

Digitized by the Internet Archive  
in 2022 with funding from  
Kahle/Austin Foundation











COLECCION

CONDOR

HISTORIA GENERAL DE AMERICA

Es propiedad  
Registro N.º 8109

—  
COPYRIGHT by  
**Edit. Ercilla, S. A. 1944**

FABRICACION CHILENA

Tipografía Chilena - Agustinas 1627

PRINTED IN CHILE

— Santiago de Chile

555h  
Ed. 3  
v. 2

LUIS ALBERTO SANCHEZ

# HISTORIA GENERAL DE AMERICA

CUARTA EDICION CORREGIDA  
Y PUESTA AL DIA

con mapas e ilustraciones

TOMO II



EDICIONES ERCILLA

1945

WHEATON COLLEGE LIBRARY

WHEATON, ILLINOIS





## INDICE

### CUARTA PARTE

### LA REVOLUCION

360. Generalidades.—361. La expulsión de los jesuitas como hecho revelador.—362. La agitación intelectual.—363. *Las rebeliones populares*. El «común»: de Fernando de Mompó a la insurrección de los comuneros correntinos.—364. Los comuneros de Nueva Granada.—365 Levantamiento de los Catari.—366. Rebelión de «Tupac Amaru».—367. Motines en México.—368. Efervescencia en Venezuela.—369. Otras intentonas y alzamientos.—370. *Movimientos precursores en Brasil*. Agitaciones «mineiras».—371. Las reformas de Pombal.—372. La inquietud juvenil: conjuración de Tiradentes.—373. La conjuración de los «Alfaiates».—374. *Independencia de los Estados Unidos*. Disposiciones comerciales que favorecieron la independencia.—375. Jorge III y sus reformas.—376. Efervescencia en las colonias.—377. Recalcitrancia de los tories.—378. Estalla la violencia.—379. Hacia la independencia.—380. Declaración de la independencia.—381. Actitud posterior de los colonos.—382. La guerra.—383. Jorge Washington —384. Los hombres de espada y de pluma.—385. El «período crítico».—386. La segunda guerra de la independencia —387. Crecimiento de Estados Unidos.—388. *La Revolución Francesa y América*. Caracteres de las relaciones entre Francia y España durante la Revolución.—389. La Revolución Francesa y la América Española.—390. *El fidelismo colonial y la independencia de Haiti*. El fidelismo colonial: rechazo de los franceses.—391. Los franceses en Santo Domingo.—392. Toussaint l'Ouverture.—393. Independencia de

JAN 14 1964

109232

350

Haití.—394. Fallidas tentativas inglesas.—395. La reconquista de Buenos Aires: Liniers.—396. La «Defensa» de Buenos Aires.—397. La intentona de Burr.—398 *Los Precursores*. El estudiantado y el bajo clero: Olavide.—399. Miranda.—400 Nariño.—401. Moreno.—402. El fiscal Villava, el padre Talamantes y otros.—403.—El separatismo. Causas endógenas y exógenas.—404. El año 8 en España.—405. Las conspiraciones.—406 Dos corrientes encontradas en la independencia.—407. La Logia Americana. Concertación de futuros directores.—408. Godoy y el plan de Aranda.—409. La primera Junta de Montevideo (1808) y la revolución de 1810.—410. Los sucesos del Alto Perú.—411. La Junta de Quito.—412. La Junta de Caracas.—413. La Junta de Buenos Aires.—414. Independencia del Paraguay.—415. La Junta de Nueva Granada.—416. La Junta de Chile.—417. La revolución popular en México.—418. Las Cortes de Cádiz y la Constitución del año 12.—419. El predominio español en Perú y Centroamérica.—420 *La guerra*. Carácter de este período.—421 a) *La guerra en Venezuela y Nueva Granada*. La reacción y Monteverde.—422. Regreso de Bolívar. Manifiesto de Cartagena.—423. La guerra a muerte.—424. La campaña en los llanos.—425. Muerte de Boves y de Ribas. Derrota patriota.—426. La Carta de Jamaica.—427. La represión de Morillo.—428. La reacción patriota: Santander, Casanare, Angostura. Fusilamiento de Piar.—429. Nacimiento de la República: Vargas y Boyacá.—430. Regularización de la guerra: Carabobo.—431. La independencia de Panamá, Quito y Guayaquil.—432. b) *La campaña del Sur*. La guerra en el Alto Perú. Goyeneche y Balcarce. Suipacha y Guaqui.—433. Abascal y Pezuela. De Vilcapugio a Viluma.—434. La guerra en Chile.—435. La guerra entre Buenos Aires y las provincias. Los portugueses y la Banda Oriental.—436 *La guerra en el Paraguay*. El éxodo de Artigas.—437. Artigas.—438 Prolegómenos de la independencia de Chile.—439. Paso de los Andes: Chacabuco y Maipú.—440. Lord Cochrane.—441. La campaña marítima.—442. c) *La campaña final*. La independencia en el Perú. Prolegómenos.—443. La revolución de 1814.—444. Retiro de Abascal. Pezuela.—445. La acción de San Martín: Punchauca.—446. San Martín.—447. Protectorado de San Martín. Campaña de la Sierra.—448. La entrevista de Guayaquil.—449. Retiro de San Martín. Llegada de Bolívar y Sucre. El primer Congreso.—450. Las campañas a Intermedios.—451. La anarquía ante el enemigo.—452. Primera Constitución peruana. Deposición de Riva Agüero. Dictadura de Bolívar. Defección de Torre Tagle.—453. La campaña final: Junín y Ayacucho.—454. Últimas acciones guerre-

ras.—455. *Independencia de América, Bolívar*.—456. Concentración de fuerzas en Nueva España.—457. Las guerrillas de Mina y de Guerrero.—458. La revolución de Riego y los absolutistas mexicanos.—459. El plan de Iguala.—460. La independencia de Centroamérica.—461. La emancipación: las Provincias Unidas de Centroamérica.—462. *Independencia del Brasil*. Resonancia de los sucesos europeos en la colonia.—463. Juan VI en Brasil.—464. Hegemonía inglesa en el Brasil.—465. Brasil bajo Juan VI.—466. Insurrección nacionalista.—467. Regreso del Rey a Portugal.—468. Don Pedro, Emperador del Brasil.—469. José Bonifacio.—470. El Imperio bajo Pedro I.—471. *Aspecto cultural de la Revolución*. Las letras —472. Las costumbres.—473. El clero y la Independencia.—474. Finanzas de la Revolución.—475. La inmigración.—476.—*Reconocimiento de la independencia americana*. La reacción en Europa y la Declaración de Monroe.

## QUINTA PARTE

### EL CAUDILLAJE NACIONALISTA

#### GENERALIDADES

477. «Los generales de la Independencia».—478. El localismo caudillesco.—479. *Estados Unidos: Del republicanismo moderado a la democracia y la expansión*. Adquisición de Florida. El Oeste.—480. El sufragio amplio: Jackson.—481. Las cuestiones internacionales. Monroe. Texas.—482. Germen de la lucha entre Sur y Norte. Las tarifas protectoras.—483. De Jackson a Polk.—484. *México: del imperio a la anarquía*. Iturbide: emperador de un año.—485. Federalistas y centralistas: Guadalupe Victoria.—486. Fusilamiento de Iturbide.—487. Influencia sajona y lucha intermasónica.—488. Anarquía: intervención española.—489. Origen del asunto de Texas.—490. Intervención francesa e inglesa. Caída de Santa Anna.—491.—La guerra de Texas con Estados Unidos.—492. Centroamérica: de la Confederación al caudillaje; Morazán y la unidad.—493. Liberalismo versus fanatismo.—494. Rafael Carrera y el clericalismo.—495. La separación.—496. *Las Antillas: Haití y Santo Domingo*. Predominio y decadencia de los

negros.—497. Cuba y Puerto Rico pugnando por su independencia.—498 —La ley de guerra. Bolívar y los autonomistas.—499. Tiranía de Tacón. El absolutismo.—500. El anexionismo.—501. *Disolución de la Gran Colombia*. Ultimo esfuerzo unificador. El Congreso de Panamá.—502. *Colombia: el constitucionalismo*. Aparición política de Santander. Congreso de Cúcuta.—503. Sublevación de Páez. Intervención del Libertador.—504. La Convención de Ocaña: Vitalicios y santanderistas.—505. «La noche nefanda» y sus consecuencias. Destierro de Santander.—506. Guerra de Gran Colombia con Perú.—507. Sublevación y muerte de Córdoba.—508. Renuncia de Bolívar. Su muerte.—509. Sublevación de los venezolanos. Fin de la Gran Colombia.—510. Santander: el hombre de las leyes.—511. Los sucesores de Santander: Herrán y Mosquera.—512. *Venezuela: Hacia la autocracia*. Asesinato de Sucre.—Muerte de Bolívar. Páez contra la Gran Colombia.—513. La anarquía de 1834. Hegemonía de Páez.—514. Lucha entre liberales y conservadores. Los Monagas.—515. *Ecuador en pleno caudillismo*. Fundación de la República. Primera Presidencia de Flores.—516. Rocafuerte.—517. Nueva Presidencia de Flores. Reacción conservadora.—518. Roca. La nueva intentona de Flores.—519. *Perú: entre la anarquía y la dictadura*. Reacción antibolivariana.—520. Guerra con la Gran Colombia y la autocracia de Gamarra.—521. De la lucha individual a la Confederación.—522. Reacción conservadora. Gamarra. La anarquía.—523. Aparece el general Ramón Castilla. El guano.—524. *Bolivia: del amanecer al caos*. La Fundación. La Constitución Vitalicia.—525. Caída de Sucre: Santa Cruz.—526. La Confederación Peruanoboliviana y la primera guerra del Pacífico.—527. Chile y Argentina ante la Confederación.—528. Argentina interviene contra la Confederación.—529. Tratado de Paucarpata.—530. Campaña en Argentina y segunda expedición chileno-peruana.—531. Anarquía en el Perú. Derrota de Santa Cruz.—532. Fisonomía general de la Confederación Peruanoboliviana.—533. Ingaví. Presidencia de Ballivián. La anarquía.—534. *Chile: de la anarquía a la organización*. Caída de O'Higgins. Presidencia de Freire. Constitución del 23.—535. Blanco Encalada, primer Presidente de Chile. Gobierno de Pinto.—536. Ochagavía y Lircay. Portales.—537. El orden de Bulnes: inquietud espiritual.—538. *Argentina: de la anarquía a la tiranía, de la tiranía a la oligarquía*. La anarquía del año 20.—539. Ministerio de Rivadavia.—540. La Presidencia de la República.—541. Guerra con el Brasil. Otros arreglos internacionales.—542. Independencia de Uruguay.—543. Renuncia de Rivadavia. En plena anar-



quía. Ejecución de Dorrego.—544. Juan Manuel de Rosas, Gobernador.—545. Rosas y Quiroga.—546. La tiranía de Rosas.—547. Los proscritos.—548. El nacionalismo rosista.—549. Las Malvinas.—550. Urquiza y el «Ejército Grande».—551. *La formación del Uruguay*. Nacimiento de la República.—552. Oribe y Rivera. Blancos y Colorados.—553. Intervención de Rosas.—554. La «Nueva Troya». Guerra diplomática anglo-francesa.—555. *Paraguay: del enclaustramiento tiránico al liberalismo formal*. La soledad paraguaya.—556. Gaspar Rodríguez de Francia.—557. *Brasil: una monarquía democrática*. La primera guerra brasileña.—558. Tendencias políticas en pugna bajo el gobierno de Pedro I.—559. Consejo de Ministros.—560. Agitación en las provincias.—561. El Brasil y Rosas.—562. Abdicación de Pedro I.—563. Actividad republicana.—564. Declaración de mayoría de Pedro II. Primeros años de gobierno.—565. *La vida social*. Aspectos de la economía. 566. El orden fiscal.—567. Las ideas y las clases sociales.—568. El hogar y la calle. La mujer.—569. El clero.—570. Los extranjeros.—571. *Vida espiritual*. La instrucción.—572. La actividad literaria.—573. Las artes.

## SEXTA PARTE

## HACIA LA FORMACION DE LOS ESTADOS

574. Generalidades.—575. *Estados Unidos: unificación nacional y continental*. La sucesión de Presidentes.—576. Pródromos de la Guerra de Secesión.—577. Disputas y transacciones.—578. Lincoln. La Guerra de Secesión.—579. Consecuencias de la guerra. Asesinato de Lincoln.—580. La Reconstrucción.—581. Transformación progresista de los Estados Unidos. El Oeste.—582. Estados Unidos, potencia mundial. Guerra con España.—583. *México: de la anarquía a la autocracia*. La anarquía tras el conflicto.—584. Los conservadores y Santa Anna.—585. El Plan de Ayutla.—586. El liberalismo en el poder. Reacción conservadora.—587. Se reanuda la lucha entre liberales y conservadores.—588. La intervención extranjera.—589. La guerra y el Imperio.—590. La «Reforma» en marcha. Muerte de Juárez.—591. Interregno de Tejada. Porfirio Díaz.—592. *Cenro América: disputas internas. Penetración imperialista*.

La lucha entre unionistas y separatistas. Carrera y Morazán.— 593. El «Destino Manifiesto» Walkér, el filibustero.— 594. Consecuencias de la política del «Destino Manifiesto».— 595. *Haití: de la hegemonía interna a la anarquía militar*. La herencia de Pétion.—596. La anarquía militar: Soulouque.— 597. Otra vez la anarquía.—598. *Santo Domingo: la grave lucha por mantener la independencia*. Santana o la resistencia.— 599. La sucesión de Santana.—600. *Cuba: la guerra por la independencia*. Antecedentes del grito de Yara. Las expediciones de López.—601. El reformismo.— 602. Grito de Yara.—603. La guerra grande. Pacto de Zanjón.—404. Nacimiento del Partido Liberal cubano. La reforma.—605. Hacia la independencia: José Martí.—606. El Partido de la Revolución y el autonomismo —607. La gran campaña.—608. Desembarco y muerte de Martí.—609. La represión de Weyler,—610 Participación de los Estados Unidos.—611. El «Maine» y la guerra hispano-yanqui.—612. La guerra entre Estados Unidos y España.— 613. Resultados de la guerra.—614. *Venezuela: afianzamiento de la autocracia*. Tadeo Monagas y el liberalismo.—615. El otro Monagas.—616. Segunda Presidencia de José Tadeo.— 617. Venezuela, república federal.—618. Dictadura de Páez. 619. La república federal —620. Guzmán Blanco: dictadura, presidencia y sustitutos.—621. *Colombia: la lucha doctrinaria y la organización institucional*. Hacia la era liberal.—622. La Confederación Granadina y los Estados Unidos de Colombia. 623. Rafael Núñez. Los conservadores. La república de Colombia.—624. *Ecuador: de la teocracia al laicismo*. Alternativas entre conservadores y liberales.—625. Gabriel García Moreno, el teócrata.—626 Los sucesores de García Moreno. Alfaro.—627. *Perú: del militarismo al civilismo*. Ramón Castilla.—628. La definición jurídica.—629. Auge liberal y reacción conservadora.—630. La guerra con España.—631. La era de los empréstitos y obras públicas.—632. Aurora sangrienta del civilismo. Los Gutiérrez. Manuel Pardo.—633. Vuelta del militarismo. La guerra.—634. Después de la guerra.—635. Crisis y caída del militarismo. Piérola.—636. *Bolivia: la era de los generales*. Belzú y el caudillismo militar.—637. Melgarejo.— 638. De Melgarejo a Daza.—639. Nuevos planes nacionales.—640. *Chile: del orden a la prosperidad*. Reorganización de la República. Bulnes.—641. Manuel Montt, Agitación ideológica.—642. Reformas internas.—643. La guerra del Pacífico. Causas. Desarrollo. Resultados.—644. Consecuencias de la guerra.—645. La crisis constitucional. Balmaceda.—646. Se inicia la era parlamentaria.—647. *Argentina: «Gobernar es poblar»*. Buenos Aires versus las provincias.—648. La Consti-

tución del 53. Alberdi.—649. Segregación de Buenos Aires. Guerra civil.—650. Mitre. La guerra con el Paraguay.—651. Desarrollo de la instrucción pública. Sarmiento.—652. Federalización de Buenos Aires y campaña del desierto.—653. La crisis y la aparición de la clase media.—654. La reorganización estatal.—655. *Uruguay: organización de la república*. Definición nacional.—656. La guerra tripartita y el Uruguay.—657. Período caudillesco.—658. Hacia la normalidad.—659. *Paraguay: por el heroísmo a la desintegración*. Afianzamiento del Estado paraguayo.—660. Solano López y su régimen.—661. La guerra tripartita.—662. Colapso del país.—663. *Brasil: del Imperio a la República*. Ordenamiento constitucional.—664. Progreso del país.—665. La esclavitud y la tendencia democrática.—666. Caída del Imperio.—667. Iniciación de la República. Primeros disturbios.

## SEPTIMA PARTE

## HACIA UNA PERSONALIDAD CONTINENTAL

668. Generalidades.—669. *Estados Unidos: de la diplomacia del dólar a la Buena Vecindad*. Los Directores del Estado.—670. El imperialismo del novecientos.—671. Estados Unidos y la revolución mexicana.—672. La primera guerra mundial y sus efectos.—673. La crisis.—674. El New Deal.—675. *Puerto Rico: su pugna por la independencia*. España pierde su dominio.—676. El nacionalismo puertorriqueño.—677. *México: la revolución mexicana*. La dictadura porfiriana.—678. La revolución mexicana; primera etapa.—679. Segunda etapa de la revolución —680. Obregón y Calles.—681. Lázaro Cárdenas. La nacionalización del petróleo.—682. *Haití: bajo el «Destino Manifiesto»*. Progreso democrático.—683. La ocupación y sus consecuencias.—684. Hacia la liberación del país.—685. *Santo Domingo: también el «Destino Manifiesto»*. Progreso, autocracia y anarquía.—686. La ocupación yanqui.—687. Retiro de las fuerzas ocupantes. Dictadura de Trujillo.—688. *Cuba: hacia la autonomía verdadera*. La intervención norteamericana.—689. Primeros años de la República —690. La dictadura.—691. El reajuste.—692. *Centroamérica: «Banana Em-*

*pire*. Una visión global.—693.—Guatemala: una larga dictadura y una dictadura absorbente.—694. Tránsito a otra dictadura.—695. Nicaragua. El problema del Canal.—696. Sandino.—697. San Salvador.—698. Honduras.—699. Costa Rica 700. *Panamá: nacimiento de una república*. Antecedentes históricos de la secesión.—701. La independencia de Panamá.—702. El Canal de Panamá.—703. Vida política de Panamá.—704. *Venezuela: una larga autocracia*. El despotismo de Cipriano Castro.—705—«El hombre de los Andes».—706. La herencia de la dictadura.—707. Hacia la constitucionalidad.—708. *Colombia: la evolución hacia el liberalismo*. La Revolución de los Mil Días.—709. Consecuencias de la guerra.—710. Advenimiento del liberalismo.—711. *Ecuador: una república laica*. Eloy Alfaro y el liberalismo.—712. Anarquía y dictadura. Hacia una rectificación popular.—713. *Perú: retorno al militarismo*. Apogeo y caída del civilismo.—714. Reparición del militarismo.—715. La dictadura de Leguía.—716. El militarismo en auge.—717. *Chile: una democracia jerárquica*. Predominio del parlamentarismo.—718. La agitación social.—719. El A. B. C.—720. La legislación social y el auge democrático.—721. El viejo litigio del Norte.—722. Orientación más democrática.—723. *Argentina: nuevas corrientes*. Arreglo de fronteras. La doctrina Drago.—724. Nuevas formas sociales.—725. El radicalismo en marcha.—726. La Ley Sáenz Peña.—727. El radicalismo al poder.—728. Reacción oligárquica.—729. *Bolivia: una guerra desconcertante*. Tratando de liquidar problemas.—730. Auge y decadencia del partido liberal.—731. El Partido Republicano en el gobierno.—732. La guerra del Chaco y sus consecuencias nacionales.—733. *Paraguay: una larga convalecencia colectiva*. El predominio de los «Colorados». Ascenso de los liberales.—734. El conflicto del Chaco.—735. Resultados de la guerra del Chaco.—736. *Uruguay: un ejemplo democrático*. La personalidad de José Batlle y Ordóñez.—737. Afianzamiento del orden jurídico.—738. El Ejecutivo colegiado.—739. «La Revolución de Machete» y sus consecuencias.—740. *Brasil: hacia un estado totalitario*. Delimitando la nueva república.—741. Predominio de las Regiones.—742. Brasil, imperio republicano.—743. Un Estado totalitario. Getulio Vargas.—744. Vida política. Las Constituciones.—745. Los Presidentes.—746. Centralismo y federalismo.—747. Los partidos políticos.—748. El Poder Legislativo. Las elecciones.—749. La policía.—750. Los municipios.—751. *Vida social*. Las razas.—752. Las clases.—753. Las leyes sociales.—754. Las costumbres.—755. La mujer.—756. La calle.—757. El deporte.—758. La moda.—759. Las comidas.—760. *Vida económica*. El imperialismo.—761. La

propiedad.—762. La industria.—763. El comercio.—764. La agricultura.—765. Las rentas.—766. El petróleo.—767. Las compañías anónimas y los truts.—768. Los minerales.—769. *Vida religiosa*. La Iglesia y el Estado.—770. Católicos y protestantes.—771. *Vida cultural*. Instrucción pública. La escuela.—772. Las Universidades.—773. Las Letras.—774. Artes plásticas.—775. La arquitectura.—776 La música.—777. Descubrimientos e inventos científicos.—778. *Vida internacional*. Las vías de comunicación y la corriente inmigratoria.—779. El Internacionalismo obrero.—780. El americanismo.—781. La «Diplomacia del Dólar» y el «Destino Manifiesto».—782. El Interamericanismo.—783. La «Buena Vecindad» y la «Defensa Continental».—784. Las relaciones interamericanas.—785. Los bloques interamericanos.—786.—Los procedimientos pacíficos y de cooperación.





## CUARTA PARTE

### LA REVOLUCION

360.— *Generalidades.*

Aunque ningún hecho histórico puede ser localizado con exactitud entre dos fechas precisas, conviene dar éstas aproximativamente, para mayor claridad. Diremos, pues, que la Revolución abarca el lapso abierto entre 1770 y 1824.

Este período, elástico por cierto, se subdivide en dos etapas: 1.<sup>a</sup> La de fermentos ideológicos y protestas económicas, que culmina con la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica (1776) y los grandes estallidos indígenas y comureros (1780), y 2.<sup>a</sup> La de conspiración criolla, de tipo separatista y político, que desemboca en la guerra emancipadora con la proclamación y confirmación de la independencia de las Américas española y portuguesa (1822 y 1824), coronadas por la ratificación de la autonomía americana, expresada por *Monroe* (1823).

Tiene este período de común con la época de la Conquista el descollamiento de individualidades pujantes, pero se diferencia de él porque las masas empiezan a ejercer activa presión. Siendo una etapa de *hacer*, se distingue rítmicamente de la Colonia, época de estabilización, de ajuste, de asentamiento, no de iniciativa, empuje e improvisación creadora como la conquista y la revolución.

No hemos de reseñar este período, hecho por hecho, cargando el acento, sobre combates y episodios de meros transcendencia que brillo. Queremos, al revés, reflejar las grandes corrientes, los grandes acontecimientos y las individualidades destacadas, en función de su obra.

## PRIMER PERIODO

361.—*La expulsión de los jesuitas, como hecho revelador.*

La expulsión de los jesuitas es uno de los antecedentes más inmediatos y significativos de la revolución americana. Por contradictorios modos, se entronca íntimamente con ella. Veamos cómo:

El primer país que procedió a eliminarlos de su territorio fué Portugal, bajo la inspiración del Marqués de *Pombal*, en 1759. Como sabemos, este ministro llegó a culparlos de intento de asesinato del rey, invocando, para justificar su denuncia, las afirmaciones en pro del magnicidio atribuidas al P. Marianas. Tres años después (1762), bajo el reinado de Luis XV y por decisión de *Choiseul*, Francia siguió el ejemplo de Portugal. Cinco años más tarde, los jesuitas se veían excluidos también de España y sus colonias. No contento con ello, Carlos III, rey español, y su ministro el *Conde de Aranda*, gestionaron y obtuvieron, mediante amenazas y peticiones, que el Papa Clemente XIII, por la Encíclica *Dominus ac Redemptor* (1773), reviviendo viejos papeles, declarara extinguida la Orden que había sido, dos siglos antes, el más vigoroso y eficaz instrumento de la Contrarreforma.

Perseguidos así, prohibidos de vivir en tres naciones latinas, y en todo un continente, los miembros de la Compañía se refugiaron en Italia, y, cosa paradójal, a veces en Inglaterra, país no-católico.

Dejando de lado las acusaciones de tipo político que sobre ellos se dieron nos interesan aquí los efectos de la expulsión sobre la etapa histórica que reseñamos.

Lo primero que se advierte es la íntima solidaridad, dentro de la Orden, entre criollos y españoles: ambos elementos eran jesuitas ante todo.

Primaba, sobre cualquier aspecto, su condición confesional. Ciertamente que el número de sacerdotes y novicios criollos era cuantioso. De toda suerte, nadie desertó, y, antes bien, el destierró sirvió para aunar sentimientos, ajenos ya a los intereses de la Corona.

La acusación del rey, tanto en Portugal, como en Francia y España, había sido de tipo político. Los jesuitas, según sus enemigos, trataban de constituir un Estado dentro

del Estado. Sao Paulo en Brasil, Canadá, en la América francesa; la colonia de Sacramento y Misiones, en la española, eran otros tantos baluartes de un poder independiente: el de la Compañía de Jesús. Hablar de un «imperio jesuítico» no era, por tanto, excesiva fantasía.

Puestos ya en el exilio, los frailes y novicios de la Orden de Loyola duplicaron con la nostalgia sus sentimientos de rebeldía y de protesta. Las ciudades italianas de Bolonia y Padua, Florencia y Bérgamo cobijaron a la mayor parte de ellos. Ahí escribieron connotados jesuítas libros inolvidables sobre el reino natural americano. Y desde ahí *Juan Pablo Vizcardo y Guzmán*, el egregio jesuíta arequipeño, proyectó su célebre *Lettre aux Espagnols Américains*, aparecida en francés e inglés antes que en castellano.

Había nacido Vizcardo en Arequipa, el año de 1747. Cuando la expulsión apenas pasaba de los 20 años. Siguió a sus maestros al exilio, en Massacarrara, y, después de la Revolución Francesa, pasó a Francia e Inglaterra, en donde Pitt le asignó una pensión anual de 300 libras esterlinas. Murió en 1798, legando sus papeles al Ministro de los Estados Unidos, quien los puso en manos de *Francisco de Miranda*. En 1799 aparecía, en Filadelfia, la *Carta a los españoles americanos*, en la que, aparte de sus protestas contra la expulsión de sus cofrades, dice que «*El Nuevo Mundo es nuestra patria, y su historia es la nuestra*». Además escribió: «*En honor de la humanidad y de nuestra nación, más vale pasar en silencio los horrores y violencias de ese otro comercio exclusivo, conocido en el Perú bajo el nombre de Repartimiento*», a lo que agregaría: «*la conservación de los derechos naturales y, sobre todo, de la libertad y la seguridad de las personas y los bienes es, sin duda, la piedra fundamental de cualquier sociedad humana*» (1).

La expulsión de los jesuítas significó, además, un problema económico, el que atribuyeron los partidarios de la Orden a la actitud del rey: nos referimos a las *temporalidades*, o sea a los bienes incautados que inmediatamente pasaron a ser propiedad del Estado, quien incrementó así sus riquezas. Los institutos de enseñanza jesuíticos fueron, a su vez, refundidos, bajo la dirección de elementos criollos adictos a las ideas enciclopedistas y favorecidos por el «despotismo ilustrado».

---

(1) (Véase: Rubén Vargas Ugarte: «*Juan Pablo Vizcardo*», en la «*Revista Histórica*» del Perú, t. VIII, Lima, 1925, p. 9 y sig. Sánchez, «*La Literatura Peruana*», Lima 1929, t. II, p. 217; la carta de Vizcardo en «*El Correo Mercantil*», Lima, 1822, número 16, etc.).

En fin, no tardó en ampliarse la disposición contra los jesuitas, abarcando en ella a todo clero extranjero, pero cuando se fué a cumplir se halló que la inmensa mayoría de los frailes era criolla, y así, de 6,000 clérigos en el Perú se supo entonces que sólo 12 no eran americanos, según refiere don Carlos Wiesse (Carlos Wiesse, *Historia del Perú, La Colonia*, Lima, 1937).

### 362.—*La agitación intelectual.*

Desde mediados del siglo XVII, se estaba operando una profunda transformación en la cultura y el espíritu coloniales. Ella se apresuró con la expulsión de los jesuitas y el establecimiento de nuevos centros de enseñanza, en los que se acogieron los más recientes adelantos científicos y pedagógicos de Europa, así como otros no tan nuevos. Con decir que entonces se dió carta de ciudadanía al método experimental de Roger Bacon, en vez del concepto trascendente utilizado por los aristotélicos, y que las enseñanzas de Leibnitz, Helvecio y Grocio se pusieron en boga, se la dicho mucho. La «caña pensante» de Pascal requería ser *experimentada*. Hasta ahí bastaba con el apoyo soberano de la fe, que se adhiere, pero no comprueba. La ebullición intelectual fomentada por los enciclopedistas hallaba en América su válvula de escape. En los Estados Unidos de hoy, o sea en las *Middle Colonies* de la época, cuajó la doctrina de los *derechos naturales* de los pueblos, que coincidía ya con el rechazo de las leyes opresivas, antesala de la independencia. En la América del Sur, incluso Brasil, se produjo el desperezamiento de la inteligencia, hasta ahí tullida por un dogmatismo inamovible.

La propagación de las ideas de la *Enciclopedia* baina, por lo demás, despertado inquietudes y esnobismo — forma femenina y epidérmica de la curiosidad científica — en cortes poco afectas al pensamiento, como la de Rusia, con Catalina, y la de Prusia, con Federico II. *Voltaire* fué el niño mimado de ellas, y lo fué, además, el criollo *Francisco de Miranda*, más no ya por extremos científicos o literarios, sino por su exotismo y su audacia creadora. No es raro que el ímpetu pasara también a España y Portugal, donde dos ministros alertas — *Aranda y Pombal* — se apoderaron de la mente de sus reyes por medio de esos nuevos conceptos que enamoraron a los desprevenidos e inquietos monarcas.

Todos lo cual se reflejó en la categoría de los virreyes y gobernadores que, a fines del siglo XVIII, ilustraron el



gobierno de América. Los hubo de primera calidad intelectual, o al menos de tolerancia ejemplar. Los nombres de *Revillagigedo* y *Bucarelli*, de México; *Gil de Taboada* y *F. de Croix*, en Perú; *Vértiz*, en Buenos Aires; *Manso*, en Chile; *Messia de la Cerda*, en Nueva Granada; *Luis de las Casas*, en La Habana, significaron otros tantos tramos ganados a la ignorancia y la intolerancia.

Además, había nacido la apetencia científica. Cuando vinieron los científicos europeos, esos *La Condamine*, *Bonpland*, *Seniergues*, *Haencke*, *Ulloa*, *Juan*, etc., se produjo intensa conmoción espiritual. El paso de Humboldt, en las postrimerías del XVIII y comienzos del XIX, sería más fecundo aún. Pero superó a todas las influencias, en eficacia, la acción constante, sistemática, creadora del gaditano *Mutis*, de quien provino una escuela de sabios en Nueva Granada, sabios que, llegado el momento, se lanzaron a la revolución, con el ímpetu avizor que abrigan los hombres de ciencia en tiempos grávidos, tan distinto a la neutralidad sistemática de los sabios de otros tiempos.

De España llegó entonces — ésa era la vía de tránsito de nuestras lecciones intelectuales — la costumbre de formar sociedades, donde discutieran las personas afines, en vez de seguir dedicadas al trabajo solitario o a la Academia sujeta a un magnate político. Así como, desde 1764, se constituyeron allá la *Sociedad Vascongada para fomentar el gusto por las bellas letras*, y el *Instituto de Gijón* (de que formó parte Jovellanos), así también en Lima surgió, en 1787, la *Asociación filarmónica de José Rossi y Rubí*, transformada, en 1790 en *Sociedad de los Amantes del País*, cuyo vocero bisemanal fué «*El Mercurio Peruano*». Pero ya desde antes, desde 1781, al llegar el virrey Jáuregui, que tuvo que enfrentarse a la rebelión de Tupac Amaru, un sabio aristocrático y criollo don *José de Baquíjano y Carrillo*, en el *Elogio* protocolorio pronunciado en la Universidad, afirmó el derecho de los criollos a tomar parte en los debates políticos y científicos. Y tal fué el eco de sus palabras, que otro sabio, *Juan Bautista Maciel* (1727-1788), educado en Córdoba (Argentina) y que sufriera después destierro en Montevideo, escribió unas *Reflexiones* sobre la llamada *Arenga* de Baquíjano.

En La Habana se organizaron la *Real Sociedad Económica* y la *Sociedad Patriótica de Investigaciones*, de que formó parte el insigne *Tomás Romay*; en Buenos Aires, la *Sociedad Patriótica y Literaria*, en que resaltó el famoso *Manuel José de Labardén* (1756-1811), autor de la *Oda al*

*Paraná* (iniciación del americanismo literario) y del drama *Siripo* (reivindicación indigenista llevada al teatro). Después, ya en 1811, se constituiría la *Sociedad Patriótica*, que secundó los ideales de *Moreno* y condujo en gran parte la ideología revolucionaria. El mulato *Maruel del Socorro Rodríguez* reunió en Santa Fe de Bogotá la *Tertulia Eutrapélica*. En México, se formaría, a poco, la sociedad secreta de mestizos y criollos conocida con el nombre de *Los Guadalupes*, y más tarde, en 1808, la *Arcadia Mexicana*, del P. *Navarrete*, presidida por signos de nacionalismo intenso. El guatemalteco *Landívar*, vecindado en México, realizaría empeños análogos.

Una pléyade de salios criollos se lanza a conocer y propagar las riquezas de su país; por donde el *patriotismo* cobró al comienzo — y esto es importante — una forma *científica y geográfica*. Ya son los jesuitas expulsos, de la talla del ecuatoriano *Velasco*, del chilero *Abate Molina*, o del peruano *Vizcardo*, y muchos más. Ya los clérigos y seglares que permanecen firmemente adheridos al tronco nativo. *Juan Bautista Maciel*, antes nombrado, el gran *Antonio de Alcedo*, quiteño (n. 1735), autor del famoso *Diccionario geográfico e histórico de Indias* y otras obras; los cubanos *Antonio Parra* y *Tomás Romay*, médico haterero, catedrático de anatomía en La Habara (1797) ya el quiteño *Francisco Xavier Espejo* (1747-1795), autor de *El Nucleo Juuciano*, *La Ciencia Blancardina* y *Reflexiones sobre la viruela y la higiene en Quito*; ya *Toribio Rodríguez de Mendoza* (1756-1825), primer rector del Convictorio Carolino, en Lima, introductor de nuevas teorías; *Hipólito Unanue* (1755-1811), médico, autor de *Observaciones sobre el clima de Lima* y fundador de la Facultad de Medicina (1811) de esa misma ciudad; y *José Eusebio Llano Zapata*, peruano también, físico y naturalista.

Pero, es en Nueva Granada donde se reúne el grupo más eminente. Ahí el virrey *Messia de la Cerda* había llevado, en 1760, al gaditano *José Celestino Mutis* (n. 1732), hombre eminentísimo, quien no sólo comunicó las enseñanzas de Galileo y Copérnico, sino también la filosofía moderna y el amor a la investigación metódica. Fué él quien fundó la *Biblioteca Pública*, en 1777, a base de los libros que dejaron los jesuitas, y el *observatorio de Bogotá* (1803). Sus discípulos, repetimos, fueron próceres y sabios de gran valía. Como: *Francisco Xavier de Caldas* (1781-1811), autor del admirable ensayo acerca de *La influencia del clima sobre los seres organizados* y un *Texto de la geografía del virrei-*

nato en relación a la economía y el comercio, trabajos de mérito indiscutido que abrieron desconocidas perspectivas sobre la realidad neogranadina; al par fué Caldas promotor del *Semanario de Nueva Granada*; José Tadeo Lozano; José Domingo Duquesne, autor del *Calendario Muisca*; Francisco Xavier Zea (1770-1822) y también Antonio Nariño, y Camilo Torres, miembros de aquel admirable cónclave, con el que se relacionó, además el mulato Manuel del Socorro Rodríguez, protegido del virrey Ezpeleta y editor de la utilísima *Gaceta de Santa Fe* (1785).

El alto peruano Vicente Pazos Kanki (1769-1825), los chileros Juan Egaña y Camilo Henríquez (incorporados éstos al grupo de Lima) y el oriental Domingo Larrañaga (1777-1846), por no citar a otros, constituyeron una vanguardia de geógrafos, juristas y naturalistas que precedió a los políticos y los explica. Completando este cuadro, habrá que mencionar las *Guías* y la obra de los cosmógrafos, entre quienes resalta don Cosme Buero. Las *Guías de Forasteros* son los primeros documentos útiles que, entonces, se imprimieron.

Como la actualidad ro suelta de sus garras a los individuos, empiezan también entonces a publicarse gacetas y periódicos. Desde 1760 circulaba ya la *Gaceta de Lima*, llena de roticias sobre Europa y cosas de América. Pero desde mucho antes, desde 1722, se publicaba el *Mercurio Volante*, en México. Esta prioridad de Nueva España se manifiesta, poco más tarde, en un hecho concreto: el primer diario — es decir, el primer cotidiano — de América sale en México el año de 1805, y, además, un cuarto de siglo antes, en 1780, mientras en la Península circulaban 10 periódicos, México por su propia cuenta publicaba ya 3.

Bogotá tuvo la *Gaceta de Santa Fe* por el año 1785, y el *Papel Periódico* entre 1791 y 1792. El sabio Caldas auspició y ayudó a la edición del *Semanario de Nueva Granada*, mencionado antes, que es un verdadero monumento político, literario y científico.

En Lima circulaba, desde 1790, un nuevo periódico, el *Diario erudito, económico y comercial de Lima*, al que siguió, un año después, el ya mencionado *Mercurio Peruano*, en cuyo cuerpo de redacción cooperaban peruanos y chilenos; el *Mercurio* estuvo favorecido al comienzo por el virrey Gil de Taboada, pero más tarde (1794), hubo de ser sostenido por el peculio personal del fraile Diego de Cisneros, ex confesor de la reina María Luisa, y, por tanto, hombre de ancha conciencia. Cisneros proveía de libros prohibi-

dos a los jóvenes maestros y estudiantes criollos de Lima.

Otro gobernador, *Luis de las Casas*, favoreció el *Papel Periódico* de la Habana (1790). En Buenos Aires, un periodista español, *Cabello y Mesa*, que ya había actuado en Perú, funda *El Telégrafo* (1800). Entre 1788 y 1795, había circulado en Nueva España la prestigiosa *Gaceta Literaria de México*. En Centroamérica aparece la *Gaceta de Goathemala*. En Quito, *Las Primicias de Espejo*. En 1817, Camilo Henríquez, (1769-1825), chileno, fraile de la Buena Muerte, educado en Lima, y autor de un famoso sermón el 4 de julio de 1811, celebrando la independencia de los Estados Unidos, lanzó su célebre *La Aurora de Chile*.

El afán periodístico significaba interés inmediato en la actualidad circundante. Ya empezaban a moverse los acontecimientos con velocidad vertiginosa. Las prensas trataron de seguirles el compás, pero infructuosamente. En medio de todo ello, fermentaba un nuevo estado de cosas. América estaba ya madura para la libertad.

## LAS REBELIONES POPULARES

363.—El «común»: de Fernando de Mompó a la insurrección de los comuneros correntinos.

Después de haber estado durante un tiempo preso en la cárcel de Lima, donde conoció y trató al mártir José de Antequera, había llegado al Paraguay, hacia 1730, don *Fernando de Mompó*, hombre activo, claro, honesto y de profunda inclinación democrática, como hoy se dice. Mompó, fiel discípulo de Antequera, que había dado su vida por sostener el principio de lo que los teólogos llamaban «soberanía popular», propagaba entre los antequeristas asunceños la teoría que, en España, le costara también la existencia a Padilla, o sea que los designios del *pueblo* están por encima de las resoluciones del príncipe. Aquel concierto de querer individual en un solo querer, es lo que se denominaba *el común*; sus partidarios eran los *comuneros*, análogo título al de los secuaces de Padilla. Fueron estos comuneros asunceños los que más de una vez rechazaron autoridades nombradas desde Lima y empezaron a mirar seriamente el poderío de los jesuitas, sus enemigos.



En uno de esos entreveros, hacia 1732, cuando un justicia mayor, afrontando el peligro de encararse a la ira multitudinaria, salió a un balcón queriendo convencer a los amotinados, alguien le hizo la siguiente pregunta que explica la interpretación de los derechos populares entonces en gestación: «Señor Provisor, ¿qué quiere decir *vox populi vox Dei?* Usted responderá lo que quisiere, pero sepa que *ese es el común*».

Después de los alborotos que produjeron los comuneros en Paraguay, en 1762, la cercana comarca de *Corrientes* puso en práctica la teoría aquélla, en forma harto bulli-ciosa y rotunda.

Habían salido a combatir contra los indios merodeadores, las milicias correntinas, conchavadas con las paraguayas y tucumanas, al mando del Maestro de Campo Bernardo López, por orden del gobernador Cevallos. Como uno de los propósitos consistía en abrir un camino entre Tucumán y Corrientes, y no se tuviesen en consideración para ello las condiciones del clima ni las necesidades de los milicianos, sino que, al revés, se ordenó que 200 de los correntinos se pusieran a las órdenes de los jesuítas, imponiéndoles sobrehumanas tareas, aquéllos desertaron. El gobernador Cevallos dispuso entonces que Corrientes enviase otros 200 hombres en reemplazo de los desertores. Pero, el cabildo abierto de la ciudad se negó a obedecer la orden y en nombre del *común*, pidió la destitución de la autoridad. Cevallos no quiso dar su brazo a torcer, y nombró teniente gobernador a un adicto a los jesuítas, con lo que desafiaba la voluntad popular. Torpe bravata. El 29 de octubre de 1764, por la noche, los correntinos asaltaron la casa del recién nominado, lo apresaron y reemplazaron. Según uno de los jueces que intervinieron en el proceso respectivo, la opinión general era que «no sólo no es delito un levantamiento de esta especie, sino que merece el renombre de señoría el común de aquella gente levantada» (citado por Levene, o. c. I, 182).

Más importante que el alzamiento en sí, era, pues, por consiguiente, la teoría sustentada por los amotinados, el derecho que alegaban tener, la prerrogativa de que se sentían investidos, el enfrentamiento de la autoridad del común con los funcionarios nombrados por el rey, si éstos se oponían a los intereses y apetencias de la colectividad. A poco más, aquello iría a reventar en frutos republicanos, al menos teóricamente. Y así ocurrió.

364.—*Los comuneros  
de Nueva Granada.*

Era virrey de Nueva Granada don *Manuel Antonio Flórez* cuando acaeció aquel memorable levantamiento, de proyecciones más vastas que las entorces percibidas. Coincidió con la nueva guerra entre España e Inglaterra y el ataque a Cartagena (1779). Mientras Flórez acudía a este puerto, quedó a cargo de la autoridad el visitador *Gutiérrez de Piñeres*, quien, tal como *Areche* en Perú, aumentó los impuestos, creó nuevos (el del algodón, por ejemplo), acicateó a los funcionarios a oprimir más a los naturales y criollos, y, en suma, trató de obtener, de cualquier modo, nuevos aportes a España para dicha contienda.

Cansado de soportar la mita, los olrajés y las nuevas cargas, se alzó a fines de 1780 el *común* de los pueblos de *Charalá*, *Mogotes* y *Simacota*, y, en marzo de 1781, el de *Socorro*, donde la mujer *Manuela Beltrán* arrancó valerosamente el cartel que mandaba nuevos impuestos, y, secundada por el pueblo, se opuso a la autoridad.

Cundió, como reguero de pólvora, el relato de los sucesos de Socorro y se alzaron otros vecindarios contra Gutiérrez de Piñeres. Elegido jefe de los comuneros el socorrido *Juan Francisco Berbeo*, declaró que el movimiento estaba dirigido sólo contra las exacciones vigentes, pero de ningún modo contra el rey de España y su autoridad.

Los comuneros se lanzaron, triunfantes en varias escaramuzas, sobre Santa Fe de Bogotá, mientras Gutiérrez de Piñeres huía a Cartagena, más aceleradamente aún al saber que en *Fuente Real* habían sido vencidas las fuerzas con que preterdió detener a los amotinados. Intervino entonces el arzobispo de Bogotá, *Caballero y Góngora*, yendo a visitar a Berbeo hasta *El Mortiño*, cerca de las célebres salinas de Zipaquirá, donde le acompañaban sus veinte mil hombres, la mayoría con lanzas y cuchillos.

Para restablecer la paz y volver a sus labores cotidianas, Berbeo exigió que los españoles, representados por el arzobispo, aceptasen y jurasen unas Capitulaciones en que se reducían y suprimían ciertos impuestos y se acordaba que los criollos interviniesen en ciertas funciones de gobierno, etc. Ello se hizo en junio de 1781. Caballero y Góngora rezó una misa para solemnizar el acto y se dedicó, él mismo, a pacificar el norte; pero, de nada valió su palabra (hecho que proyecta graves sombras sobre su figura, según aparece



del libro de Germán Arciniegas, «*Los comuneros*», Bogotá, 1938). El virrey Flórez, siguiendo los consejos de Gutiérrez de Piñeres, desconoció el pacto; envió a Bogotá un regimiento de 500 plazas, cuando ya los comuneros se habían dispersado en cumplimiento de su compromiso, y se puso fuerte contra las demandas de éstos.

Ante semejante felonía, a fines de 1781, nuevamente cundió la rebelión, encabezada por *Juan Antonio Galán*, teniente de Berbeo. Mas, no eran ya los tiempos de la primera algarada. Los españoles, prevenidos, despedazaron el nuevo conato. Y en enero de 1782 subían al patíbulo, en Santa Fe, Galán y tres de sus compañeros a quienes la justicia real conderó a descuartizamiento, y a que sus nombres fuesen infamados por cuatro generaciones.

Tremendo destino el que España reservaba a los que se erguían pidiendo trato más humano y justiciero.

Poco después se restablecían los impuestos que provocaron la indignación de Manuela Beltrán y el alzamiento del común. Pero el hecho había conmovido a todo el país. Y se sabía ya que era posible derrotar a los peninsulares.

### 365.—*Levantamiento de los Catari.*

Los abusos de los corregidores llegaron a lamentables extremos, no obstante las prohibiciones expresas de las Leyes de Indias. Precisamente, la lección que fluyó del alzamiento de ertorces, trajo como consecuencia la transformación del régimen administrativo y favoreció el nuevo de las Intendencias.

En los últimos años, los indígenas del Perú habían apelado varias veces (sobre todo en 1750) a las armas, o, al menos, al grito, contra la opresión de que se les hacía víctimas. En 1780, las cosas llegaron a intolerable extremo. La mita, los obrajes, los repartimientos no eran siro otros tantos medios de oprimir y explotar al nativo. Indignados contra tal procedimiento, en agosto de 1780, los hermanos Catari se rebelaron contra el corregidor de Chayanta (en Charcas, es decir, Bolivia), don Joaquín Alós, traduciendo con su actitud la repulsa de los indígenas contra semejante trato.

No se habían apagado los ecos de la frustrada intentona, cuando, en región vecina, se produjo el motín, luego revolución, de José Gabriel Condorcanqui.

366.—*Rebelión de  
«Tupac Amaru».*

Era *José Gabriel Condorcanqui*, cacique de Tungasuca, un indio de noble estirpe, educado en el Colegio de San Bernardo, del Cusco. Se decía descendiente en línea recta del último inca Tupac Amaru, sacrificado por el virrey Toledo. Vivía del transporte de mercaderías y poseía gran número de mulas, signo de riqueza.

El 4 de noviembre de 1780, cansado de soportar los abusos del corregidor *Antonio de Arriaga*, apresó a éste, y, previa convocatoria a los indios de los alrededores, lo hizo ejecutar en la plaza de *Tungasuca*, después de lo cual levantó un ejército de 6.000 nativos, con sólo 300 de ellos armados de fusifes.

Del Cusco despacharon los españoles, en seguida, 1,200 hombres, a quienes *Tupac Amaru* (tal fué el nombre de combate que adoptó el caudillo) destrozó en Sangarara. Pudo y debió entonces entrar a la ciudad imperial, que ya se veía en sus manos, pero prefirió quedarse en Tinta, arregando a los vecinos, robusteciendo su ejército.

Entre diciembre del 80 y febrero del 81, el rebelde que había marchado ya sobre el Collao (Bolivia) y entrado a Lampa, experimentó continuos reveses. Las huestes virreinales, reforzadas sin cesar desde Lima, habían constituido un poderoso núcleo en Cusco. Condorcanqui se atrincheró en Tinta.

Pero, la semilla estaba sembrada, y continuas partidas de indígenas acudían a reforzar al rebelde, e incitaban a nuevos alzamientos. Los virreyes de Lima y Buenos Aires — *Jáuregui* y *Vértiz* — sintieron inseguros y decidieron actuar de conjunto, enviando tropas, respectivamente, desde Lima y el Alto Perú. A comienzos de abril, uno de los más poderosos ejércitos españoles, 17.000 hombres, en su mayoría mestizos e indios, al mando del mariscal José del Valle, salió de la capital incaica y penetró en la montaña de Vilcamayo, buscando al insurrecto.

No pudieron los 20.000 hombres de éste, indisciplinados, sin pericia militar y sin armas suficientes, resistir al empuje y las tretas de sus enemigos. Se produjo la derrota de los revolucionarios, que enarbolaban la bandera de la restauración de los derechos de la raza indígena. El caudillo fugitivo alcanzó a huir hasta Langui, pero alguien le entregó a los vencedores. No se hizo esperar la bárbara re-

presalía. Estaba en el Perú el visitador *Areche*, hombre duro y cruel, que había ya provocado incidentes con el virrey Guirior: no trepidó en ordenar el más salvaje castigo para Tupac Amaru y su familia.

El 18 de mayo de 1781, subió el vencido al cadalso. Pero, antes de recibir su pena personal, tuvo que ver cómo se ahorcaba a varios de sus parientes y amigos, dos de los cuales fueron deslenguados previamente. Tuvo que mirar morir en vil garrote a su esposa y a la cacica de Acos, mujer de ejemplar valentía. Vió cómo acomodaban a su propio hijo para que presenciara el suplicio del padre; después de lo cual le cortaron a Tupac mano y lengua, le ataron las extremidades a sendos caballos, cuyo esfuerzo, a pesar de los acicates de los verdugos, no logró desmembrar al caudillo, a quien, por fin, le cortaron la cabeza. El hijo de Tupac, de 12 años, tuvo que pasar bajo el cadalso paterno antes de partir al destierro de Africa, a donde le destinaba la justicia real.

En septiembre de 1781, después de haber segado la vida de alrededor de 80.000 indios, el virrey dictó amnistía culpando a los ingleses como promotores del levantamiento: ridícula excusa, desmentida virtualmente en el acto mediante la ordenanza que suprimió los corregimientos y creó las intendencias.

Hasta enero de 1782 continuaban vivos los rescoldos de rebelión en Puno y Alto Perú. Los indios de Huarochirí, cerca de Lima, se alzaron por aquel entonces y como hubiera aún síntomas de descontento, se condenó a muerte a Diego Cristóbal Tupac Amaru, hermano de José Gabriel, quien se había sostenido contra el virrey en época inmediatamente posterior al ajusticiamiento de aquél.

Cerca de dos años había durado aquel estado de eferescencia, y de él salían suplicidados y diezmados los nativos, pero el régimen administrativo colonial español experimentó seria revisión. No había sido, por tanto, inútil el sacrificio. Tanto es así que, años después, precisamente uno



TUPAC AMARU

de los oficiales indígenas al servicio de España en la lucha contra Tupac, saltó a la palestra como jefe de otra rebelión, ganado por el espíritu de su vencido de antaño, convertido en paladín de su patria contra la opresión en que yacía: fué Mateo García Pumacchua. Pero ello no ocurría sino hasta 1814.

### 367.—*Motines en México.*

Afirma Vasconcelos que tanto en Perú como en México, la independencia hubo de venir de *afuera*, queriendo testimoniar con ello que el estado político-social en ambos países bajo el virreinato fué, si no inmejorable, al menos sin duda tolerable (Vasconcelos, *Breve Historia de México*, México, 2.ª ed., 1937, p. 283). Justo Sierra lo había insinuado mucho antes cuando escribía: «Por fortuna para la dominación española, los últimos virreyes del siglo fueron, con una excepción, hombres buenos, y dos de ellos excelentes: me refiero a Bucarelli y al segundo Revillagigedo» (Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*. Ed. México, 1939, p. 146).

No cabría decir otro tanto del virrey Branciforte, quien, con sus exacciones y torpezas, estimuló la rebeldía de los criollos.

Pero, hay algo típico, especial, en el carácter de la inquietud mexicana. En vez de dirigirla sólo los criollos, la encabezaron también los *indígenas*.

Aparte de agitaciones vanas, que alguna vez fueron castigadas con la muerte (tal el caso de *Guillén Lombardo* o *Lompart*, ajusticiado en un auto de fe de 1659, por haber dicho, en uno de sus arranques de semiloco, que pretendía emancipar a Nueva España; tales, también, los casos de Aguilar y Ubalde, en Cusco, el año de 1805, y, en cierto modo, el de *Tiradentes*, en Brasil, lo que prueba que soñar y, sobre todo, referir los sueños puede ser delito): aparte de eso, surgieron levantamientos populares de cuantía. Ya nos hemos referido a la célebre sublevación nativa de 1692, en México, cuyo documental ha sido exhumado por Irwing A. Leonard. En aquella ocasión, el haber encarecido el maíz, produjo terrible algazara en el mercado de Ciudad de México, y, en el entrevero consiguiente, acaeció la muerte de una india. El pueblo embravecido quiso exigir la presencia del virrey o el arzobispo, y, como no los hallara, invadió e incendió el ayuntamiento, en cuya oportunidad, el eminente don Carlos Sigüenza y Góngora a duras penas logró sal-



var los documentos del archivo municipal. La represión que siguió a aquel desmán fué terrible.

Después, debido a las causas apuntadas por Sierra y Vasconcelos que también dejan entrever Teja Zabre y hasta Chávez Orozco, las rebeliones fueron menos frecuentes, y, en especial, menos de criollos y más de indios, que en otras partes de América.

Sin embargo, cuando a raíz de la visita a Nueva España hecha por el famoso don *José de Gálvez* (1765-1771), inspirador de la política peninsular de la Corona en América, se *estancó el tabaco*, y, poco después, se aumentó el trabajo de los operarios de aquella industria, éstos, en son de protesta, llegaron hasta el palacio del virrey, que era entonces *Mayorga*, y lo invadieron en abierta rebeldía. La conciencia popular y económica estaba despierta. Poco después, en 1785, a la inversa de cuando el movimiento de los tabacaferos, el señor feudal don *Juan Antonio Yermo* se opuso a un bando del virrey sobre trabajo indígena, pues consideraba que las medidas de protección contenidas en dicha ordenanza eran lesivas para los señores y, por cierto, también según él, para el indígena.

Siguieron numerosos motines «de indios de Durango y Yucatán» (Teja Zabre, *Historia de México. Una interpretación*. México, 1935), pero los episodios más notables fueron la propaganda subversiva que se hacía de los principios de las revoluciones norteamericana y francesa (en 1794 apareció un intencionado pasquín respecto a esta última, en la plaza de Ciudad de México), así como la conocida *rebelión de los machetes* en 1799, llamada así porque el jefe de ella, el recaudador *Pedro de la Portilla*, contaba para llevarla a cabo con sólo dos fusiles y 50 sables o machetes.

Dos años más tarde, en 1801, se sublevaba el indio Mariano, en Tepic. Como se ve, el predominio de la inquietud nativa sobre la mestiza no admitía dudas, sin embargo de lo cual sería injusto equiparar la magnitud de aquellas intentonas con las enormes rebeliones de Tupac Amaru, en Perú, y los comuneros de Nueva Granada y Asunción.

368.— *Efervescencia en Venezuela.*

El 4 de junio de 1797, los reos políticos *Juan Bautista Picornell*, *Manuel Cortés Campomanes* y *Sebastián Andrés*

se escaparon de la cárcel, donde los tenían encerrados por el motín de Coro, el año anterior, en que quisieron fundar «una república a la francesa» (Gil Fortoul, «*Historia Constitucional de Venezuela*», t. I, p. 92). Estaban los tres cabezillas conchavados con el capitán retirado Manuel Gual, y con el Justicia Mayor de Macuto don José María España, todos resueltos a constituir un régimen republicano. Con ellos cooperaban los pardos Chirinos, León y Ponte. El plan de este movimiento descansaba sobre objetivos más concretos: independenciamiento, rebaja de contribuciones, abolición de la esclavitud de negros y de la servidumbre de los indios, prohibir exportar el oro, etc. Gil Fortoul considera este alzamiento como «el primer paso dado hacia la independenciamiento». Una vez fracasado, de los 89 cómplices (entre ellos dos monjes franciscanos) fué ajusticiado sólo España, en 1799, cuando volvía oculto a Venezuela.

Pero aquel movimiento no fué el único de índole económica política. Ya, con anterioridad de medio siglo, a raíz de algunos excesos de la discutida Compañía Guipuzcoana, había ocurrido otro: el encabezado por el canario José Francisco León, teniente de justicia de la villa de Paracquire, que defendía su puesto contra una destitución, estimada por él injusta e inspirada por la mencionada empresa. Al mando de 8,000 hombres, León toma Caracas y convoca al Cabildo para preguntarle si estima que la Compañía daña al bien público. Se satisface con una respuesta afirmativa de los cabildantes, obliga al gobernador a certificarla y la envía a España. Tarda la contestación y, de nuevo, León se apodera de Caracas. El gobernador apela a una treta dilatoria. Cuando León se rebela por tercera vez, en 1751, arrastrando tras sí a las gentes de Aragua y Barlovento, el nuevo gobernador, Ricardos, lo ataca, destruye su casa, lo apresa y lo despacha a la Península, en donde le permiten alistarse para el ejército de Africa. No volvió jamás León a Venezuela; su hijo, sí, a heredar su hacienda.

Los tres movimientos, el de León, el de Coro y el ya contexturado de Picorrell y España reflejan la inquietud venezolana en vísperas del nuevo siglo.

369.—*Otras intentonas y alzamientos.*

Hacia 1751 y 1754, Chile es también teatro de movimientos armados por causas económicas. El presidente de la Audiencia, *Ortiz de Rosas*, funda varias poblaciones para



cerrar el avance de los araucanos. Los terratenientes se rebelan, porque para defender a la colectividad les han expropiado parte de sus posesiones y, además, porque la cercanía de centros poblados disminuye el número de sus trabajadores. (Amunátegui Solar, *Historia de Chile*, I, p. 115).

La hecatombe que ocurre en 1766 tiene por origen también cuestiones de idéntica índole. Los jesuítas, hombres de temple y ancha mirada, han aconsejado constituir colonias agrícolas en derredor de las ciudades, protegidas por éstas, para lo que no hay otro remedio que despojar de algunas de sus tierras a los indios comarcanos. No lo permite el indómito y vigilante araucano, y se alza en armas, ferozmente, en una de las insurrecciones más serias que conoce la historia de Chile. Cierto que en esto no hubo gérmenes de independencia ni de separatismo, pero ello revela el clima de lucha y descontento en que vivían los colonos.

Cuba es escenario, hacia 1755, de una extensa sublevación de *negros*, hartos de soportar la crueldad y la exacción de mayordomos, guardacampos y mayoresales. Combatidos con dureza, se desparramaron por diversos puntos de la Isla, constituyendo bandas de salteadores que tenían a la población en constante zozobra, de lo que sacó un argumento el generoso presbítero *Varela* para pedir la abolición de la esclavitud, diciendo que ello contribuiría a devolver la obediencia a aquellos bandoleros y la paz y la riqueza a la colonia.

En la Presidencia de Quito ocurrieron, igualmente, disturbios, uno de ellos sin mayor trascendencia política, pero sí espiritual, en 1794.

## MOVIMIENTOS PRECURSORES EN BRASIL

### 370.—*Agitaciones «mineiras».*

También en el Brasil hubo numerosas rebeliones motivadas por causas económicas y étnicas. Una de las más sonadas fué, por cierto, la que, en 1720, tuvo por escenario a *Minas*, y en la que se evidenció el repudio popular contra el oidor Martín Vieira, símbolo del despotismo imperante. En el motín intervinieron como directores el acaudalado *Pascual da Silva Guimaraes* (en los bosques de Ouro Podre) y *Felipe dos Santos*, quien pagó con la vida su osadía.

Pero, no obstante la dura represión sufrida, la inquietud entre los mineros iba tomando cuerpo, y recrudesció poco a poco, al amparo del rechazo que despertaban las medidas del Ministro Pombal, y acicateadas por el ejemplo de Estados Unidos y Francia.

### 371.—*Las reformas de Pombal.*

El rey *José I de Portugal* fué un hombre débil. Saturado de lecturas, confundió los intereses políticos con sus aficiones literarias, y, pretendiendo parecer liberal, se entregó a manos de un hombre de inspiración tolerante, pero de procedimientos despóticos: *Sebastián José de Carvalho y Mello, Marqués de Pombal*, su primer ministro.

Representó Pombal en su país, lo que el conde de Aranda en la España de Carlos III. Gran devoto de los filósofos franceses, mantenía la tesis del *despotismo ilustrado*, pero, en realidad, era más lo primero que lo segundo. Como prueba de su actitud antioscurantista, atacó a los *jesuitas*, los hizo expulsar de los dominios portugueses y los culpó de cierto fallido atentado contra el rey José I, en 1758. Pero, en cuanto a su política colonial, nunca hubo magnate alguno en Portugal tan *centralista, absorbente y tiránico* como él.

Juzgado por sus declaraciones, Pombal era un hombre de ideas abiertas. Los hechos indicaban algo distinto. Y ellos lo colocan, en materia de política americana, al nivel de *Aranda y Greenville*.

Pombal prohibió el libre cultivo de la caña de azúcar en la comarca del Marañón: dictó una ley estancando la sal y el tabaco; creó nuevos impuestos (como el «literario» para el sostenimiento de escuelas, etc.); dió amparo a los capitalistas portugueses frente y contra los criollos; organizó la Real Hacienda en forma de incrementar sus ingresos a costa de los contribuyentes; rompiendo la cierta libertad de comercio que había existido con las colonias, fué partidario del sistema de *flotas*; favoreció desembozadamente a ciertas compañías mercantiles, monopolistas, como la *Itaparicá-Porto Seguro*, etc.

Al lado de estas medidas efectivas, Pombal lucía una apariencia liberal y vistosa, como la nacida del hecho de que, en 1757, promulgara varias Bulas papales que reconocían *la libertad de los indios*, y, un año después, dictara una disposición decretando la libertad de éstos en el Brasil. Mas, no pasó del terreno de las *meras declaraciones*. En la práctica, los hacendados seguían oprimiendo al nativo co-

mo antes, y sólo cuarenta años más tarde, bajo la regencia del príncipe don Juan, 1798, se puso en verdadera vigencia lo que no fué sino una plataforma o un designio de Pombal.

Coronación de aquel estado de descontento sería, más adelante, una medida de la reina María I, disponiendo la *clausura de las fábricas y talleres industriales brasileños*, para impedir que compitiesen con los metropolitanos.

Los virreyes de ese período (Lavradan, Vasconcelhos y Noronha), más preocupados de durar que de servir a su patria, acataron las resoluciones de Lisboa y fueron agentes incondicionales de lo que la Corona decretaba siguiendo los consejos de Pombal y sus secuaces.

Mientras tanto, en las colonias españolas habían ocurrido los movimientos multitudinarios de los comuneros y de Tupac Amaru, y en Norteamérica se había proclamado la independencia de Inglaterra. La situación general adquiría perfiles imprevistos.

### 372.—*La inquietud juvenil: conjuración de Tiradentes.*

Un grupo de estudiantes brasileños, que se hallaban en las aulas de la Universidad de Coimbra, propuso a *Tomás Jefferson* (1785) que la América anglosajona, ya libre, ayudara a la emancipación del Brasil. Poco después, volvieron a América varios de esos estudiantes, entre ellos el más tarde famoso mineralogista *José Alvarez Maciel*, quien se comunicó con «Tiradentes», y éste con el poeta y coronel *Ignacio José de Alvarenga Peixoto*; el poeta y oidor *Tomás Antonio Gonzaga*; el doctor *Claudio Manuel da Costa*, ya ilustre en la literatura brasileña, y con los sacerdotes *José da Silva Oliveira Rolim*, *Carlos Correa de Toledo*, *Luis Vieira da Silva*, etc.

«*Tiradentes*» se llamaba, en realidad, *Joaquín José da Silva Xavier*; había sido alférez de caballería en Minas y tenía un genio vehemente e impulsivo. El mote de «Tiradentes» le venía de su eventual profesión de dentista. Cuando sus amigos conocieron el plan de Maciel, se sintieron contagiados por su inquietud. La revuelta tendría como pretexto el cobro de las «derramas» o atrasados quintos del rey. Los propósitos no estaban muy bien definidos. Acaso, lo más concreto era su significativo lema del motín, tomado por el poeta da Costa de un verso de Virgilio: «*Libertas quae, sera, tamen respexit inertem*» (La libertad, aunque tarde, vuelve su mirada hacia el débil), palabras inscritas

en la bandera del movimiento, en cuyo triángulo central algunos vieron un signo de masonería (Gustavo Barroso, «*Historia secreta do Brasil*», tomo I).

Delatada la conjura, el virrey *Vasconcelhos* dispuso la prisión de «Tiradentes», mientras el *Vizconde Barbacena* hacía apresar a los demás y los trasladaba a Río, excepto al poeta da Costa, «que fué hallado muerto en la cárcel el 1.º de julio (1789). Quizá el poeta se suicidó, seguro del duro castigo que a todos esperaba» (P. Calmón, o. c., p. 211).

En el proceso, largo y prolijo, mantuvieron reiterada protesta de inocencia todos los acusados, menos «Tiradentes». El 20 de abril de 1792, el iluso conspirador subió al cadalso, impávido, mientras sus demás compañeros veían conmutadas sus respectivas sentencias por la de presidio en Africa, gracias a un acto de indulgencia de la Reina María I.

En la historia del Brasil se conoce este episodio con el nombre de «*infidencia mineira*».

Es muy semejante por el exceso de crueldad en la represión, y el desorden y vaguedad en los propósitos, al intento de Aguilar y Uvalde, en Cusco, el año de 1805.

### 373.—*La conjuración de los «Alfaiates».*

Con este título se conoce otra conjura, de 1798, en la que participaron mulatos y mestizos ganosos de tener una «República *Bahiense*», tal como en el conato semejante en Coro (Venezuela), donde los negros quisieron también establecer una República a la francesa.

«Parece que algunos hombres poderosos se agitaron detrás de los «*alfaiates*» (esto es, plebeyos), y que el secreto que los unía era masónico. La investigación judicial reveló la culpabilidad de cuatro pobres artistas, a quienes ahorcaron (Calmón, o. c., p. 212). A otros se les deportó al Africa.

Para muchos, la conspiración aquélla no existió, en realidad, sino que fué un concierto de opiniones para protestar contra la excesiva desigualdad social que hacía víctimas a los mestizos, mulatos y, en general, a los criollos.

La calificación de «masónica» dada a la conjura de los «*alfaiates*» es esgrimida no sólo por Calmón, sino también por otros historiadores brasileños y, desde luego, por el unilateral y obsesionado Gustavo Barroso en el 1er. volumen de su amena y polémica «*Historia Secreta do Brasil*».



## INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

374.—*Disposiciones comerciales que favorecieron la independencia.*

El triunfo de Jorge III sobre las fuerzas francesas de Canadá, alteró sustancialmente el equilibrio entre Inglaterra y sus colonias americanas y, por exceso de arrogancia, socavó las bases de su autoridad en ellas.

El *Acta de Navegación* (1651) había establecido, con el propósito de robustecer la marina y el comercio británicos, que el tráfico con las colonias debía hacerse sólo en buques ingleses, tripulados por súbditos de esta misma nación. En 1699, la *Woolen Act* prohibió que las colonias exportasen lana. En 1732, otra disposición cortó el ya cuantioso comercio de sombreros norteamericanos con Irlanda, España y Portugal. En 1750, la industria del hierro recibió un golpe semejante. Desde otro punto de vista, hay que considerar la ley de 1663 que reducía la elaboración de ciertos productos (azúcar, tabaco, jengibre) al disponer que ellos sólo podían ser exportados a Gran Bretaña y sus dominios. Un siglo después, en 1764, la Corona mandaba que el arroz, el caucho, el cobre, las perlas, etc., sólo serían movilizados a través de puertos ingleses. La «*Molasses Act*» (que alzó inconsiderablemente los derechos de importación del azúcar y melaza que vinieran de las colonias holandesas y francesas, a pedido de los plantadores de Jamaica y Barbados, cuyo interés privado se hallaba en juego), agravó más aún la vida económica en las Middle Colonies. En tales momentos se produjo la victoria de Inglaterra sobre Francia, en Canadá.

375.—*Jorge III y sus reformas.*

*Jorge III*, para borrar la tradición germana de su familia, pretendió ser «británico» y nada más que británico. Queriendo fortalecer el absolutismo, se amparó en los aristocráticos *tories*, dejando de lado a los democráticos *whigs*. No vaciló en poner en manos de sus amigos los «*rotten-bourghs*» (burgos podridos), alejó del ministerio a Pitt y designó a George Greenville como líder en los Comunes.

Para resarcirse de los perjuicios ocasionados por la guerra con Francia, Jorge III elaboró un plan de reformas financieras inspiradas únicamente en los puntos de vista de la Corona (1763). Empezó por restringir el plazo y la cantidad de papel moneda circulante en las colonias. Prohibió a los colonos comprar tierras a los indios, reservando tal derecho nada más que a la Corona. Sólo ésta autorizaría en adelante manejos industriales en que intervinieran los indios. Por medio de la *Sugar Act* (1767) actuó desembozadamente en el comercio del azúcar, adjudicándose imprevistas y pingües ganancias en ello. La protesta se hizo clamorosa, pero no quiso prestar oídos. Hallábase a la sazón enfermo, quebrantado físicamente, y quería dinero y más dinero. En 1765, presentó la *Stamp Act* (ley del timbre) que provocó una tempestad de oposiciones en el Parlamento, pero al fin fué aprobada por 205 votos contra 49. En seguida, y como corolario de todo aquel sistema opresivo y extorsionista, se dictó la *Quartering Act* (1765), según la cual los colonos quedaban obligados a dar alojamiento en sus casas a los contingentes de soldados que se enviaban a América y que ascendían a 100.000 hombres, lesionando así las prerrogativas de las milicias criollas, en las cuales había jefes tan ilustres como *Jorge Washington*, probado en la guerra de Canadá. En vano el coronel Barrie, amigo íntimo del general Wolfe, vencedor de Montcalm, anunció que el fervor liberal americano impediría la realización de esa ley. «*We have the power to tax them, and we will tax them*» fué la arrogante e imprudente respuesta de uno de los ministros.

### 376.—*Efervescencia en las colonias.*

El pueblo norteamericano se opuso a tales medidas. Los *whigs* coloniales también, encolerizados a causa de su desplazamiento del gobierno, en el que habían sido sustituidos por los *tories*. El verano de 1765 se señaló por rudas protestas y constantes síntomas de rebeldía. Se constituyeron dos importantes asociaciones: las *Daughter of Liberty*, en que militaban las mujeres del país, y los *Sons of Liberty*, en que se juntaron artesanos, mercaderes y campesinos adversos a las leyes mencionadas.

No tardaron en producirse alborotos callejeros. En *Poston*, *Nueva York* y *Filadelfia* ocurrieron choques con las fuerzas públicas, en el empeño popular de impedir la venta del timbre o papel sellado. Algunas residencias de funcio-



narios reales fueron incendiadas. A fin de hostilizar a la Metrópoli, las *Daughter of Liberty* se consagraron a determinadas industrias domésticas (en especial *hilados*) para reducir las compras a Inglaterra. La Asamblea local de *Virginia* fué más allá: se pronunció abiertamente contra la *Stamp Act*, reivindicando el defecto de los colonos a imponer sus propias leyes. *Patrick Henry* resumió en magníficas palabras los fundamentos de la oposición norteamericana a la ley. *Massachusetts* pidió a las demás colonias celebrar una asamblea *ad hoc* en Nueva York, para resolver problemas comunes. Nueve provincias enviaron sus representantes. Pero, no obstante las claras y precisas representaciones de los colonos y las francas y profundas respuestas de *Benjamin Franklin*, destacado en Europa, *Greenville* se negó a rectificar su política. Y aunque por medio de la *Declaratory Act* se suspendió la aplicación de la ley del timbre, en el mismo documento se deregaba a los colonos el derecho de protestar contra las disposiciones reales.

### 377.— *Recalcitrancia de los Tories.*

En 1767, esta actitud orgullosa y despectiva culminó con las llamadas *Towshend Acts*. *Towshend*, secundado por los tories, dictó tres leyes contra los angloamericanos: *a*) impuesto al *té*, al *vidrio* y al *cuero* a fin de pagar a los funcionarios ingleses en las colonias (29 de junio); *b*) que todos los impuestos deberían ser en adelante cobrados por *funcionarios ingleses*, nombrados directamente por el Rey, pagados por el Real Tesoro y que residirían en las colonias, pero con independencia de las autoridades locales; y, *c*) en fin el *Tea Act* (2 de julio) que intervino en forma vejatoria y lesiva para los colonos en el comercio e industria del *té*.

No contentas con esto, y como supiesen las autoridades británicas que se iba a reunir la *Asamblea colonial* en Nueva York, la suspendieron por medio de la fuerza. Ya *Samuel Adams*, previniendo las funestas consecuencias de aquel procedimiento, había hecho, en 1768, que la asamblea de *Massachusetts* enviara una circular a las demás del país con el objeto de resistir a las leyes metropolitanas. *Maryland*, *Georgia* y las *dos Carolinas* contestaron afirmativamente. Pero, el gobierno ordenó disolver todas las asambleas mencionadas. Como la represión asumiera caracteres violentos, los comerciantes angloamericanos resolvieron *no importar nada de la Metrópoli*.

378.—*Estalla la violencia.*

Era ya ésa una *actitud de franca rebeldía*. El gobierno no quiso ceder ni contemporizar. El 5 de *marzo de 1770* se vió el primer síntoma inequívoco de la obstinación oficial. En *Boston* se produjo un choque, en el cual la tropa disparó sus armas contra el pueblo, causando varios muertos y heridos. La justicia, lejos de castigar severamente a los soldados infractores, mostróse muy suave con ellos. En 1771, *North Carolina* fué escenario de otro suceso sangriento. Como respuesta a tales desmanes, fué quemado (1772) el «*Gaspee*», buque patrullero contra los contrabandistas. Y, al año siguiente, *Virginia* convocó a sus hermanos a una acción general contra los ingleses.

La represión británica no se hizo esperar. Hasta *Pitt* se vió arrastrado por la ola de indignación contra los insurrectos colonos. Se dictaron entonces cinco decretos punitivos: 1.º el de *clausura del puerto de Boston*; 2.º el de *revocatoria de la carta de Massachusetts*, estableciéndose, en cambio, que los consejeros, fueran nombrados por el Rey, y los jueces por el virrey; 3.º el de *trasladar a Gran Bretaña y otras colonias a los funcionarios acusados de haber incurrido en actos cruentos en los motines*; 4.º el de *acuartelar tropas inglesas en Massachusetts a expensas de los vecinos*, y 5.º la *Quebec Act*, que disponía la tolerancia de cultos, *en favor de los católicos de Canadá*.

Los protestantes de Canadá, Massachusetts, Connecticut, etc., rechazaron abiertamente esta última disposición. Y, desde luego, las anteriores. Los americanos — afirmaban — poseen *derechos naturales* que los *igualan* a los ingleses, teoría inspirada en los *enciclopedistas franceses*. Por esos días, *Edmond Burke*, desde Inglaterra, pedía que se tratase de par a par a los colonos, pero no se le prestó oídos.

379.—*Hacia la independencia.*

Entretanto, el 17 de *junio de 1774*, *Samuel Adams* convocaba en Massachusetts el *Congreso Continental*. El 5 de septiembre se reunieron en Filadelfia, en el *Carpenters' Hall*, eminentes representantes como *Jorge Washington* y *Patrick Henry*, por Virginia, *John* y *Samuel Adams* por Massachusetts, etc. De ahí salió una declaración *negando que pretendieran ser autónomos, pero pidiendo a Jorge III*

que cambiase de política con respecto a América. Paralelamente se acordó no importar en absoluto ningún producto inglés. Inglaterra trató, entonces, de paliar su rudeza, pero ya era tarde. El 19 de abril de 1775 se trababa en Lexington un sangriento choque entre americanos y soldados ingleses. En tales circunstancias, el segundo congreso continental, reunido en Filadelfia, en mayo de 1775, adoptó una actitud más definida frente a la intolerancia británica. No comprendió Jorge III la importancia de aquello, y, resuelto a abrumar con su fuerza, el 23 de agosto declaró rebeldes a los norteamericanos.

Poco después, en enero de 1776, el mismo gobierno británico contrató con el Lansgrave de Hesse-Cassel un número de hombres, cañones y pertrechos para usarlos en sus colonias. Aquello era no sólo provocativo sino afrentoso. A los dos meses, el 17 de marzo, Washington (jefe de las milicias coloniales, desde el 3 de julio de 1775) obligaba a Lord Howe a salir de Boston con sus tropas.

Había estallado la rebelión. El movimiento se propagó con rapidez increíble. A lo largo de tantas fricciones y bajo tantas injusticias, los colonos habían adquirido un agudo sentimiento de su propio valer. Resumen del estado espiritual de aquel período es el folleto «Common sense» de Tomás Paine, cuyos 100.000 ejemplares, de virulento ataque contra la Corona, circularon con rapidez vertiginosa por todo el territorio de las Middle Colonies.

Los sucesos se precipitaron. El 10 de febrero del mismo 76, Gadsden pedía en la convención de Sur Carolina una nueva Carta en que constara la absoluta independencia de la región. El 12 de abril, Carolina del Norte instruía a sus delegados ante el Congreso continental para que reclamasen la autonomía americana. Rhode Island, Massachusetts y Virginia hicieron lo propio. El 7 de junio, Virginia propuso lisa y llanamente la independencia. El 2 de julio, todas las provincias, excepto Nueva York, que no podía físicamente hacerlo, rompieron sus relaciones políticas con Inglaterra. Dos días después, la independencia era un hecho.

### 380.—Declaración de la Independencia.

El 4 de julio de 1776 era aprobada la declaración de la independencia sobre la base del borrador que redactara Jefferson. Los principios sustentados en aquel documento, con el cual se puso fin, en principio — la guerra lo haría en

los hechos —, a la dominación inglesa en las *Middle Colonies*, deben ser rememorados porque de ellos arrancó no sólo la sustentación teórica de la Emancipación de la América Española, sino también no poca parte de las proclamas de la Revolución Francesa, ocurrida trece años después.

Dichos principios podrían reducirse a los siguientes:

1) *Todos los hombres han sido creados como iguales y se encuentran bajo el cuidado de su Creador, quien les otorga ciertos derechos inalienables, como son los de vida, libertad y felicidad;*

2) *Los gobiernos tienen por objeto garantizar al hombre tales derechos;*

3) *Los gobiernos derivan su poder del consentimiento de los gobernados (tesis de Rousseau en «El Contrato Social»);*

4) *Cuando un gobierno, cualquiera que sea su forma, se opone a tales fines, otorga al pueblo el derecho de cambiarlo o abolirlo, e instituir en su reemplazo un nuevo régimen que descansa sobre las bases del punto 1), y de organizar ese nuevo gobierno con el objeto de alcanzar la felicidad de los ciudadanos.*

Tan simples enunciados resumían el dolor y la aspiración de varios siglos. En torno a ellos flamearon la bandera y la decisión de los ex colonos, desde ese momento súbditos de de un Estado que luchaba por su total autonomía.

### 381.—Actitud posterior de los colonos.

Inglaterra no se resignó a aquella situación. No podía permitir que esas ricas colonias se emancipasen, ni aceptar la injuria que dicha liberación suponía. A su vez, los Estados Unidos recién autónomos prepararon todos sus medios para resistir y vencer a la poderosa Metrópoli.

Ya desde 1772 existían *Comités de cooperación* en las trece colonias. Samuel Adams, en Boston, había demostrado la eficacia de la acción conjunta. No tardó ésta en evidenciarse. Casi simultáneamente, 1776, se dictaron *nuevas constituciones para Virginia, Nueva Jersey, Nueva York, Pensilvania, Delaware, Georgia, Maryland, etc.*, designándose *gobernadores o presidentes en lugar del virrey y sus delegados. Nueva Jersey fué más allá que los otros Estados, pues estableció desde entonces el derecho de las mujeres al sufragio.*

Todas estas constituciones locales se basaban sustancialmente en las Cartas de que disfrutaron durante la *Colonia*: es decir, reprodujeron en gran parte los principios legislativos de la Metrópoli. Pero, los *tories* locales no se resig-



naban ante tal situación. Sin reparar en medios, se lanzaron a un ataque furibundo contra los patriotas, cegados por su fidelismo, lo que provocó violentas reacciones en contra de ellos.

Todo el pueblo tomó parte en esta contienda, agravada por la intervención franca del ejército inglés, acantonado en los Estados en virtud de la *Quartering Act*. No rehusaron servir ni siquiera las mujeres, ni los adolescentes, ni los intelectuales. Entre éstos, *Thomas Paine* alternó la pluma y el fusil, igual que *John Adams*, el poeta *Philip Frenan* y muchos más.

### 382.— *La guerra.*

Guiados por el magnífico ejemplo y el indeclinable espíritu de *Jorge Washington*, las tropas patriotas se dispusieron a la acción contra los veteranos británicos. La guerra, en la que se distinguen dos fases inconfundibles, fué al principio una sucesión de desastres para los ex colonos, pero luego se transformaron las condiciones de la contienda, mediante la alianza con Francia, y al fin, el triunfo se decidió por aquéllos.

#### *Primera fase de la guerra.*

Empezó la contienda abierta con la expulsión de Lord Howe de *Boston*, forzado por las fuerzas de Washington en 1776. El vencedor no trepidó en apurar el ritmo de la lucha y se dirigió en seguida sobre *Nueva York*. La suerte de las armas le fué hostil. Obligados por la creciente presión inglesa, los patriotas abandonan Nueva York y se retiran por Nueva Jersey. Trabados en combate ambos ejércitos en *Trenton*, las fuerzas libertadoras obtienen una sonada victoria, pero de no largos ecos. Poco después, las fuerzas metropolitanas se apoderaban de *Filadelfia* (septiembre de 1777), poniendo en dura situación a sus adversarios.

El invierno de Valley Forge fué una prueba de fuego y hielo para las tropas de la libertad. A raíz de ello, el general inglés John Burgoyne, veterano de gran experiencia, invade Nueva York, pero en *Saratoga* sufrió una terrible derrota, y se vió obligado a rendirse, lo que prácticamente decidió la suerte de la guerra (1777).

En esta primera etapa de la guerra, el hecho más saliente lo constituye, pues, la victoria de Saratoga. El general Gates consiguió ahí una ventaja resonante sobre el inglés

Burgoyne, quien había descendido desde Canadá por las vecindades del Lago Champláin. La opinión dominante es que si el general *Howe* se junta a Burgoyne, *Gates* habría sido derrotado. No ocurrió así, y *Saratoga* tuvo resonancias imprevistas. Francia, en donde *Benjamín Franklin* trabajaba sin descanso por conseguir ayuda para la causa antibritánica de las ex colonias sajonas, se decidió a reconocer la independencia de éstas, en lo que fué secundada, poco después, por la España de *Carlos III*. El odio a Inglaterra de ambas naciones redundó en indudable provecho para los patriotas norteamericanos. No tardaron en verse los resultados de aquella actitud, en forma material, cuando *Lafayette*, entre otros, partió de Francia con su gente en auxilio de los insurrectos.

Poco después, los patriotas celebraban un tratado de alianza con *Francia* (6 de febrero de 1778), lo que aseguró el triunfo de los independentes.

### *Segunda fase de la guerra.*

La ayuda de Francia significó un aporte inapreciable para la causa patriota. Por un lado, la flota francesa actuó decididamente contra los ingleses y, por otro, la escuadra británica, por muy fuerte que fuese, poco podía hacer contra un país esencialmente agrícola, que vivía de su mercado interior.

Los ingleses, sin embargo, no se amilanaron. Ciertamente que lord *Nortle* quiso contemporizar, pero el reconocimiento de la independencia norteamericana por Francia cambiaba la fase de las cosas. Con esa porfía característica de su raza, los británicos se lanzaron impetuosamente a la pelea, en la que no hallaron ya sino efímeros laureles. España se había, además, puesto al lado de los «insurrectos» y hasta *Federico el Grande* prohibió a los hessenianos que apoyasen a los ingleses.

Inglaterra, desoyendo a *Pitt*, presionó a general *Clinton*, jefe de 30.000 hombres, para que activase la guerra. *Washington*, con 12.000 soldados, se hallaba en precaria situación en *Valley Forge*, donde sufrió inmensamente en menudas intrigas internas. Se llegó al punto de pretender arrebatarle el mando y cambiarlo por *Gates*.

Ciertamente que, en el sur, obtienen los británicos ventajas. Ciertamente que se apoderan de *Savannah*, de *Georgia*. Una sucesión de acciores de armas marca ese nuevo período. Los auxiliares, como *Kaskaskia* y *Vincennes*, colaboran llenos



de entusiasmo. Lafayette, al lado de Washington, se da íntegro a la tarea de cooperar a la libertad de un Nuevo Mundo. En el oeste, la marcha de Roger Clarck, sobre Illinois, es una página épica.

Durante esta etapa se destaca la sangrienta batalla de *Monmouth Court-House* (28 de junio de 1778), en que ambos ejércitos quedaron exhaustos, si bien Washington logró frustrar las intenciones de su adversario, a pesar de que sufrió la traición del general Charles Lee. Sin embargo, poco después tuvo un descalabro en Rhode Island, donde vió frente a sí a los *indios, a quienes azuzaban los británicos*. Los *iroqueses* fueron muy tenaces en aquella campaña antinorteamericana, y Washington envió 5.000 hombres contra ellos, derrotándoles sangrientamente en *Newtown* (1779). A continuación los patriotas perdieron la ciudad de *Savannah* y la batalla de *Braiar Creek*, al par que la flota francesa, mandada por el conde de Guichen, tuvo que retirarse ante la inglesa. *Charleston* se rindió a los ingleses (1780), y los refuerzos que el congreso mandó para ayudar a Washington recibieron terrible derrota a manos de *Lord Cornwallis*, veterano general inglés de mucha experiencia.

Variados sucesos se produjeron entonces: llegada del refuerzo francés de Rochambeau; traición del patriota Arnold; triunfo de los americanos en *Tarleton* (1781) y en *Guilford Court-House*, en donde actuó brillantemente *Lafayette*.

Poco después, Washington asestaba un golpe de mano afortunado. Aprovechando hábilmente la ayuda de la flota francesa, cercó a Cornwallis y lo obligó a rendirse en York Town (10 de octubre de 1781). La victoria estaba consumada. En 1783 Inglaterra reconocía la independencia de los Estados Unidos, mediante la *Paz de Versalles*.

### 383.—*Jorge Washington.*

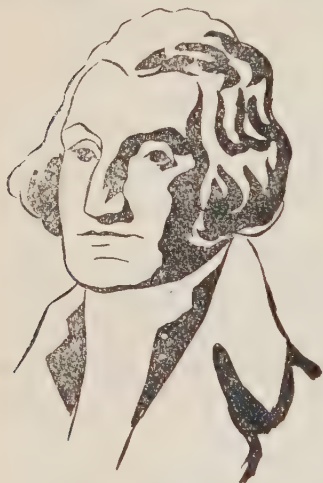
Nacido en Virginia en 1732, Jorge Washington se identificó, desde su juventud, con los anhelos más íntimos y permanentes de su patria. Hombre de carácter acerado, reflexivo, paciente y decidido, cuando intervino en la guerra de la independencia de su país, ya contaba con una prolongada experiencia guerrera, sin lo cual, acaso, no se habría resuelto a tomar parte en ella. Durante veinte años combatió al lado de los británicos, contra los franceses del Canadá. Asimiló de tal manera provechosas e inolvidables enseñan-

zas que, luego, pondría en práctica. Sin esa escuela viva, tal vez nunca habría podido conducir, como condujo, sus huestes al triunfo.

Desde los 13 años había demostrado su voluntad de acero, su reflexividad incansable. Mientras otros libertadores americanos sobresalían ya por su ímpetu, Washington —en eso semejante a San Martín— afirmaba su tenacidad, su constancia. Lo que fué en la paz lo fué en la guerra. Experimentó reveses, pero sin arredrarse. De cada fracaso sacaba material para la victoria siguiente.

En 1775 asumió la jefatura de las milicias de las rebeladas colonias y, como tal, expulsó a Lord Howe de Boston. Así empezó la guerra, que él terminaría con su espada y su talento.

Paciente hasta el extremo, los primeros tiempos de la contienda húbolos de emplear en la difícil tarea de imponer disciplina a las huestes desordenadas que se le habían confiado. Para esa tarea contó con la ayuda de oficiales franceses tan brillantes como Lafayette y Rochambeau, y con la de polacos de talla tan admirable como Kosciusko.



WASHINGTON

Obtenido el triunfo de Trenton y, después el de Yorktown, que decidió la guerra, se consagró a organizar el país en la misma forma que había organizado la guerra. Fué entonces cuando, después de auscultar las necesidades y los anhelos de la patria, apoyó y logró sacar triunfante una Constitución federal, que es la que hasta hoy rige.

Franklin fué uno de los que lo ayudaron en tal empeño, no obstante disentir en varios de los aspectos de dicha Carta.

Washington, por sus méritos innumerables, recibió la confianza de sus conciudadanos, siendo elegido primer presidente de los Estados Unidos, por dos períodos, de 1789 a 1797. Terminado su gobierno, y después de rechazar una tercera presidencia, se retiró tranquilamente a su residencia de Mount Vernon, donde se consagró, como Cincinato, a

la agricultura, aparte de toda intriga política, atento, sí, a los latidos del corazón de su pueblo.

En plena paz, sin ambiciones, sencillo de costumbres, llano y paternal, pasó sus últimos días, hasta 1799, en que, siempre en Mount Vernon, ocurrió su muerte.

El juicio de sus contemporáneos lo reconoce como «el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos». No cabe epitafio más elogioso y, al par, más justo después de tarea de tanta magnitud como la que le tocó asumir.

Jorge Washington, como Bolívar y San Martín, es uno de los grandes ejemplos que ofrece la historia americana a las nuevas generaciones. En su residencia — hoy monumento nacional — de Mount Vernon aprenden desde hace décadas los jóvenes angloamericanos una perdurable lección de abnegación, desinterés y sereno y firme heroísmo.

#### PARALELO ENTRE BOLIVAR Y WASHINGTON

«Bolívar es un místico, bajo la obsesión de la idea fija. Washington es un realista de roca.

Bolívar es un sentimental, Washington es un calculador.

Bolívar es un imaginativo, Washington es un razonador.

Psicológicamente se asimilan en la unificación perfecta de la voluntad.

Históricamente, Bolívar es un guerrero. Washington no es un guerrero, aunque en la infancia le gustara tener bustos de guerreros como todos los hombres, y aunque hubiera hecho algo que puede vagamente llamarse guerra (sin que le niegue yo la cualidad viril del valor en el grado que correspondía a su casta aristocrática, y esto lo subrayo muy especialmente)

Bolívar era un orador y un escritor, Washington, un silencioso y un inexpressivo.

Bolívar era un estadista de gran talla. Washington conocía admirablemente los puestos públicos de su país; pero no figuró nunca entre los autores de concepciones políticas prácticoutópicas, como las de Bolívar, o prácticas como las de Hamilton.

Bolívar era esencialmente un dictador, Washington lo fué accidentalmente, y sólo para la guerra.

Bolívar, naturaleza rica, conoció todas las pasiones y se desvió por todos los senderos torcidos; pero alcanzó en Bucaramanga el equilibrio supremo de la serenidad conquistada a costa de luchas internas y de la experiencia ganada en las tempestades de la vida; Washington tuvo siempre un número limitado de virtudes, de aficiones, de conocimientos, de aptitudes, de hábitos, de ideas y de propósitos. Su vida fué siempre equilibrada, siempre igual, y podría compararse a aquellos pagarés que escribía con buena letra a los trece años. La desigualdad no cabe en este espíritu cuadrado».

Carlos Pereyra, «Bolívar y Washington», Madrid, s/a, p. 271-273).

384.—*Los hombres de espada y de pluma.*

Desde luego, no todo se logró por la acción bélica. La diplomacia, en el exterior, y la fe popular, en el interior, tuvieron un papel inapreciable en esta cruenta campaña.

Los británicos habían contado con jefes de la talla de Sir *William Howe*, veterano de la guerra de Canadá; el general *John Burgoyne*, militar experto y poeta; Sir *Henry Clinton* y Lord *Cornwallis*, quien había combatido en la Guerra de los Siete años y en la India. Los patriotas, a su vez, tuvieron jefes de gran empuje y espíritu de improvisación y disciplina, *Jorge Washington*, con veinte años de guerra contra Francia en su haber, el primero de todos; *Horacio Gates*, veterano, que, aunque vencido en *Camden*, tuvo descollante actuación; *Nathan Greene*, hacendado, devoto lector de César, convertido en general de un día a otro; *Francis Marion*, plantador de la Carolina del Sur, militar improvisado; *Daniel Morgan*, que tenía alguna experiencia de combates; *John Sullivan*, abogado; *Anthony Wayne*, hacendado de Pensilvania; y el bravo, pero desleal, *Benedict Arnold*. A ellos se agregaron los soldados extranjeros, como *Baum Steubes*, alemán, *Lafayette*, francés, que llegó con su equipo de oficiales, en un buque costado de su propio peculio, y fué constante compañero de Washington; *De Kalb*, francés, muerto en la batalla de *Camden*; el polaco *Pulaski*, muerto en el sitio de *Savannah*; y el polaco *Kosciusko*, uno de los héroes de la independencia de su patria, quien, después de coadyuvar a la emancipación norteamericana, regresó a Europa a luchar contra Rusia por la libertad polaca.

Los diplomáticos no pudieron estar mejor seleccionados. Ellos consiguieron neutralizar los esfuerzos ingleses en el Viejo Mundo y volver en favor de la causa de los colonos. La simpatía de Francia y aun de España.

En este sentido, el nombre de *Benjamín Franklin* resalta con singular pureza. A él le correspondió estar en París y contraatacar a la diplomacia inglesa en la Corte de los Capetos. Para eso contaba con un amplio conocimiento de la Gran Bretaña, obtenido en años de residencia y actividad en su Metrópoli. *Franklin* consiguió el tratado de alianza de 1778, decisivo para su patria, al par que un alto prestigio como hombre de pensamiento y de sabiduría. *John Fay*, en España, *John Adams*, en Holanda y, en general, todos los enviados del naciente Estado cumplieron eficazmente con su deber en Europa.



*Benjamín Franklin* había nacido en Boston el año de 1706, y murió en el año 1790. Fué, consecutivamente, tipógrafo, maestro, escritor, científico y político. Inventor del pararrayos y de una estufa, se destaca, sin embargo, por la admirable misión que realizó en Francia, cuya alianza obtuvo, después de haber tratado, en vano, de convencer a los tories ingleses de la urgencia de modificar su actitud para con las Colonias. Los enciclopedistas recibieron a Franklin, que tenía 70 años ya, en triunfo. Aunque Luis XVI se opuso a una ayuda franca, siempre obtuvo Franklin una subvención anual de 1.000.000 de libras y armas y buques así como un cuerpo de oficiales escogidos que sirvió de mucho en la guerra.

Hay otro grupo que, muy a menudo, pasa inadvertido, y es el de los financieros. Dada la situación en que se hallaba el país cuando la guerra, la negativa a comprar a Inglaterra, el bloqueo de Boston, etc., el movimiento pudo ser ahogado al nacer. Pero, aparte del fervor y el sacrificio de las *masas*, se contó con el esfuerzo creador y la generosidad de un puñado de hombres acaudalados, desprendidos y patriotas. Entre ellos figuran *Haya Salomon*, comerciante de Filadelfia, quien sostuvo de propio peculio a Madison, Jefferson, Monroe y a numerosos oficiales durante la guerra; *Robert Morris*, también de Filadelfia, quien no calculó jamás sus donativos, y en fin, las *mujeres patriotas*, incansables en organizar colectas para el ejército, en atender heridos, en llevar comunicaciones, en servir de auxiliares secretos, arriesgándolo todo para servir a la causa de la libertad en que militaban. Hermoso ejemplo que tuvo tanto eco en la actividad femenina en la otra América, cuando llegó la hora de combatir por la propia autonomía.

### 385.—El «período crítico».

Con este nombre se conoce en la historia de los Estados Unidos la etapa que siguió a la guerra de la independencia. Igual que, más tarde en Francia y en América española, se planteó entonces el problema de la organización. Hasta ahí todos habían coincidido en el aspecto negativo de la contienda: acabar con la ingerencia inglesa; pero, desde ese punto empezaban todas las discrepancias. Suele ocurrir que es más fácil estar de acuerdo en los votos *en contra* que en los votos *en pro*; así fué aquella vez. Los compañeros de batalla se convertían en tercos enemigos. Los próceres se apartaban de una acción común. Hasta el propio Washington sintió los efectos de tal divorcio cuando se retiraba a Mount Vernon, después de dos presidencias consecutivas. Cincinato volvía a sus meditaciones y labores de paz, por-



que la guerra, de iniciarla de nuevo, sería contra sus propios hermanos. La muerte le ahorró en gran medida el dolor de asistir a tal desinteligencia.

Chocaban dos principios fundamentales: la idea *federal centralista y antifederal, favorable a los Estados*. En el fondo, ya se insinuaban los gérmenes que reventarían medio siglo después en la guerra de Secesión. La zona industrial no rimaba con la agraria del país. Los algodonereros del sur miraban de mala gana a los comerciantes e industriales del norte. Y era tan complejo el problema como lo sería, en la Francia después de la Bastilla, la cuestión de si se seguía con una monarquía constitucional o con la república, con un gobierno plural de cónsules o, finalmente, con un imperio conquistador, aunque significara esto contradecir los primitivos dogmas del alzamiento. En la América Española sería igual. Se vaciló no sólo entre monarquía y república, sino entre un ejecutivo unipersonal o plural, entre unitarismo y federalismo, como se vió en los casos de Argentina, Colombia y Venezuela. *Hamilton* encabezó a los partidarios de la *Federación* estadounidense; *Thomas Jefferson*, a los *antifederalistas*. Aquéllos con su lema de *pluribus in unum*; éstos con su decidida convicción de que la centralización federal, conduciría a la ruina. Para reflejar la agoría de los patriotas norteamericanos de esos días, bastará citar una frase de Washington, ante la polémica: «*We are one Nation to-day, and thirteen tomorrow*» («Somos hoy una nación; mañana seremos trece»). Triunfó el federalismo, y, triunfalmente, se procedió a votar la *Constitución Federal de los Estados Unidos* (1787), con la que adquirió definitiva fisonomía de Estado el conjunto de las antiguas trece *Middle Colonies* ganadas a la libertad.

#### EL VOTO DE FRANKLIN

«Confieso que hay ciertas partes en esta Constitución que no apruebo por el momento; pero no estoy seguro si las desaprobare siempre. He vivido mucho tiempo, y la experiencia me ha obligado muchas veces a cambiar de opinión sobre asuntos importantes. Creía tener razón, pero mejores informes y estudios más profundos, me probaban que estuve equivocado.

En la situación en que me encuentro, acepto esta Constitución con todos sus defectos, si los tiene, porque creo que necesitamos un gobierno general y que no hay forma de gobierno que no pueda ser una bendición para el pueblo, si está bien administrado.

Acepto, pues, esta Constitución porque no espero otra mejor, y porque no estoy seguro de que no lo sea. *Sacrifico al bien público la idea que he tenido de sus defectos*, de los cuales no he murmurado una palabra fuera de aquí.

Si al regresar al lado de nuestros mandatarios, cada uno de nosotros debiera llevar sus objeciones y tratara de granjearles partidarios, pondríamos obstáculos a que la Constitución fuese generalmente recibida, y perderíamos todos los saludables efectos y las grandes ventajas que la unidad real o aparente nos proporcionaría dentro y fuera del país.

Deseo que en nuestro propio interés, como miembros de la nación y en el interés de la posteridad, obremos cordial y *unánimemente* para recomendar esta Constitución en todas partes adonde alcance llegar, en influencia, y que enderecemos nuestros pensamientos y esfuerzos a buscar los medios para que esta Constitución sea bien administrada.

En suma, no puedo menos de expresar el voto de que, si se encuentra en esta Convención algún miembro que no esté enteramente conforme con esta Constitución, este miembro haga lo que yo hago en tal momento: es decir, *dular un poco de su propia infalibilidad*.

(Discurso de Franklin, al explicar su voto favorable a la Constitución acordada por la Asamblea del pueblo.)

### 386.—*La segunda guerra de la independencia.*

El *Tratado de Versalles* había puesto punto final a la contienda con los británicos. Así, al menos, parecía hasta que, con motivo de la guerra contra Napoleón, del despertado anhelo inglés de sentar más su planta en América, de la decadencia hispánica y del rechazo de los ingleses en Buenos Aires en sus reiteradas intenciones de desembarco, la ex metrópoli ordenó a sus ejércitos atacar a sus antiguos súbditos. La *Segunda guerra de la independencia* comenzó en 1812 y concluyó a los dos años, con la *Paz de Gante*. En esta paz influyó mucho el ritmo que Napoleón estaba aún imprimiendo a la política europea.

Uno de los principales hechos de la segunda guerra fué el *incendio de la ciudad de Washington* por las tropas inglesas.

En la pugna entre norte y sur, entre federalistas y antifederalistas surgió, también, como después en Buenos Aires, la cuestión de la capitalidad. Los del septentrión sostenían que Pensilvania debía ser la capital de los Estados Unidos; los del meridión, Virginia. Para zanjar tales disputas, el año de 1800 el gobierno decidió fundar una ciudad intermedia, a orillas del río *Potomac*, bajo la advocación del padre de la Independencia, recientemente muerto entonces, y así nació la ciudad de *Washington*. No bien establecida, tuvo que soportar la avalancha de la guerra y un completo incendio por las tropas británicas.

La segunda guerra de la Independencia no hizo sino reafirmar ésta, de suerte que de ella salieron los Estados Unidos vigorizados (1814). Al año siguiente, Napoleón

abandonaba la isla de Elba e intentaba la aventura de los Cien Días, de la que despertó trágicamente en Waterloo (junio de 1815). Pero, ya los Estados Unidos se hallaban alertas, y en la América Española ardía la guerra de un confín a otro.

387.— *Crecimiento de Estados Unidos.*

Por la Paz de Versalles, los Estados Unidos habían recibido una zona más allá de los Montes Alleghany, a la orilla izquierda del Mississipi.

Demostando un profundo espíritu práctico, el gobierno estadounidense, en 1809, compró a Francia la *Luisiana*, porque la necesitaba para su expansión; y, en 1819, por igual sistema, adquirió *Florida* de España. Las trece colonias, es decir, los trece estados primitivos habían aumentado su número y el país adquiría incontenible robustez.

## LA REVOLUCION FRANCESA Y AMERICA

388.— *Caracteres de las relaciones entre Francia y España durante la Revolución.*

A partir del reinado de Luis XVI, y aun en los últimos años de Luis XV, la política francesa ejerció profunda influencia en la de América, tanto a través de los sucesos de Estados Unidos, como por la propaganda y la acción de Francia en sí.

Ya nos hemos referido al hecho de la penetración intelectual de los enciclopedistas. Ellos (esencialmente Voltaire, Rousseau, Montesquieu y Diderot) significaron para las colonias lo siguiente: desprejuicio religioso y político; derecho a la revolución; origen humano del poder político; acción benéfica de la espontaneidad y la naturaleza en la educación y la política; organización del poder e intercontrol de sus componentes.

Pero, nada habría traducido aquello sino es por los cañones, picas y mosquetes del 14 de julio de 1789, cuando la

*toma de la Bastilla*, que repercutió profundamente en las colonias españolas y portuguesas, como se verá en seguida.

Mas, la mayor influencia de la revolución francesa en América se revela sólo cuando *Napoleón* surge a la palestra. El primer Cónsul (1802) saltó al solio imperial (1804) y soñó hacerse dueño de las posesiones de sus sometidos Carlos IV y Fernando VII de España. Como se sabe, urgido por conseguir la hegemonía en la península, Napoleón urdió en 1810 la *comedia de Bayona*. Carlos IV, gordo, lento, comodón y cobarde, dominado por su licenciosa mujer María Luisa y el favorito de ésta Godoy, accedió a abdicar, en Bayona, el trono a favor de su hijo *Fernando VII*, sujeto por Bonaparte, y Fernando se entregó a su aprehensor, quien, a su vez, como quien transfiere una prenda de vestir, puso en manos de su hermano José, el famoso *Pepe Botella*, de la historia hispánica, la corona de Carlos V.

Los españoles se dividieron, como se sabe, en dos sectores: uno, pequeño, los afrancesados, que se reputaban más cultos que los demás, y más entreguistas, por cierto, a órdenes del invasor; y otro, grande, enfrentado a los invasores, que se opuso a su avance y derrochó heroísmo en memorables batallas. España fué la tumba de Napoleón. No porque los ingleses desembarcados en Portugal con el Duque de Wellington, lo hostigaran, sino porque el pueblo en armas no permitió la victoria del corso.

Pero, entretanto, el país, abandonado por sus cobardes reyes, constituyó, en un acto de madurez política y de tacto admirable, Juntas de Gobierno en cada ciudad, obedeciendo a la principal que se organizó en Aranjuez y que acabó en la Isla de León (frente a Cádiz). Las colonias americanas siguieron el ejemplo, y rechazando las insinuaciones napoleónicas, se aprestaron a mantener su independencia de todo poder que no fuera España, ejercicio en el cual comprobaron su espléndido vigor propio. El criollo salió de ahí vencedor y ufano.

La actitud de las colonias al adherirse al legítimo rey Fernando VII, cautivo de Napoleón, y al rechazar a José Bonaparte, se denomina el *fidelismo colonial*. Tuvo tres manifestaciones típicas: 1.º Rechazo de los franceses en el Caribe (Venezuela, Haití, Santo Domingo); 2.º Rechazo de los ingleses en Buenos Aires, y 3.º Constitución de Juntas de Gobierno. Este último paso precipitó la declaración de autonomía.



389.—*La Revolución francesa y la América española.*

Aunque generalmente nadie discute la influencia que la Revolución Francesa tuvo en los movimientos precursores de nuestra emancipación, algunos escritores han dado en disminuir, disimular o hasta negar ese hecho, con el ánimo de servir tendencias o prejuicios absolutamente ajenos a la sana crítica histórica. Al respecto, el investigador argentino Ricardo Caillet-Bois, en un documentado discurso dicho en Buenos Aires, el 1.º de julio de 1939, con ocasión del sesquicentenario de dicha revolución, afirma lo siguiente:

«No es ningún misterio el hecho de que los revolucionarios franceses, desde el comienzo del movimiento de 1789, dirigieron sus miradas al imperio colonial español, y no es menos sabido que, debido a la titánica lucha que sostuvieron contra la Europa monárquica, sus planes debieron ser postergados... No hace mucho tiempo se afirmaba categóricamente que la revolución de 1789 no había ejercido influencia alguna en el estallido del movimiento de emancipación de las colonias hispanoamericanas. Tal afirmación es falsa. La Revolución Francesa ha ejercido una influencia que, grande o pequeña, los modernos estudios van poniendo en evidencia. Expliquémonos. No bien llegaron a estas playas las noticias de lo que acaecía en Europa, numerosos criollos y peninsulares manifestaron su satisfacción y adhesión a las ideas que los representantes reunidos en Constituyente sostenían en contra de la dinastía Capeta. En Buenos Aires como en el Alto Perú, en Bogotá como en México, se notó con cuánta ansiedad observaban el dramático desarrollo de los sucesos. Pero, al llegar a 1793, parte de la opinión pública sufrió un vuelco fácil de explicar. En efecto, ejecutado Luis XVI, la impresión que esta muerte causó en el ánimo de los habitantes fué tal, que no tardaron en aparecer las adhesiones a la causa seguida por S. M. el Rey de España. Lejos del teatro de los sucesos, en un medio ambiente completamente distinto, informados muy a menudo parcialmente por las gacetas hostiles a la Revolución, no es extraño que parte de los pobladores de las colonias se inclinasen a opinar en contra de los revolucionarios. Pero, a pesar de todo, un núcleo no despreciable continuó abrazando la causa de éstos y es ese núcleo el que, unido a otros más, estará en condiciones de intervenir en forma activa cuando, en 1810, se dedican a romper todos los vínculos que los unían a la madre patria» (1).

Ahora bien, como el mismo autor reconoce, el eco de la Revolución Francesa fué más perceptible en México, el litoral norte de Sudamérica, las Antillas y la América Central, porque estaban más cerca de las posesiones francesas en el Nuevo Mundo, sublevadas entonces, como ocurrió en Santo Domingo. El escritor Geoffroy de Grandmaison, nada partidario de la Revolución, dice en su libro *«L'Ambassade française en Espagne pendant la Révolution»*, citado por Caillet-Bois, que en las aldeas de la Mancha (España), todos los oficiales de carabineros tenían periódicos franceses, que les suministraban los contrabandistas, y que uno de los ardidés puestos en juego consistía en hacer pasar las hojas de propaganda por América, haciéndolas llegar a España desde el Perú, a donde eran remitidas.

(1) R. Caillet-Bois, *«La América española y la Revolución Francesa»*, en *«Boletín de la Academia Nacional de Historia»*, Buenos Aires, 1940, vol. XIII, p. 159 y sig.



Resumiendo datos concretos, el señor Caillet-Bois recuerda los siguientes hechos que comprueban la enorme influencia de la ideología de la Revolución Francesa en la América de entonces:

*México:* En 1794, proceso contra fray *Juan Francisco Ramírez*, por leer y distribuir libros prohibidos, especialmente de Voltaire, D'Alembert y Rousseau, que adquirió en Sevilla dos años antes de manos de un comerciante francés; tenía comunicación directa con París. Poseía la Constitución francesa que el *Calificador del Santo Oficio* tildó de herética. Proceso contra el bachiller *Alamillo*, por semejante motivo; el acusado declaró que su amigo Bonavita «le enseñó y leyó un cuaderno manuscrito que contenía la historia de la Revolución Francesa». Circularon «papeletas» contando lo acaecido a *Olavide* con la Inquisición, los sucesos de la isla de Santo Domingo, la ejecución de Luis XVI, la proclamación de la nueva Constitución. El estudiante *Montenegro* sufrió proceso por la misma causa que los anteriores. Don *Manuel Esteban de Endérica* (1794) refirió que un viajero italiano, el abate Ligu, le proporcionó los libros de Loke, Raynal, Hume, Montesquieu, Mirabeau, Robertson. El propio virrey Revillagigedo escribía, en 1790, haber descubierto, no ya libros, sino láminas subversivas sobre la demolición de la Bastilla, etc. Declaró además que había recibido de Oaxaca el prospecto de un «*Diario general de comercio*», cuyo producto estaba destinado, en su cuarta parte, a la Asamblea Nacional. En La Habana se supo, y fué transmitido a México, el propósito de ciertos súbditos de las colonias inglesas de América del Norte, para imprimir e introducir a México el libro «*Desengaños del hombre*». El virrey *Branciforte*, sucesor de Revillagigedo, no se daba abasto para secuestrar los escritos e impresos que clandestinamente circulaban acerca de la Revolución Francesa. Los franceses *Durrey*, *Mexanes*, *Fournier*, *Labadie*, *Laussel*, fueron víctimas de proceso, y uno de ellos, Malavert, nada menos que por tener el texto de una marcha que empezaba: «*Muchachos de la Patria, los días de gloria han llegado*». Nada menos que la Marsellesa.

*En Guatemala*, el año 1795, se organiza tenaz persecución contra los extranjeros, especialmente franceses, y los adictos a la masonería, lo cual no impidió la difusión de libros prohibidos.

*En Cuba*, el año 1794, circuló la noticia de un posible levantamiento popular, en pro de las ideas francesas. Un pasquín muy popular entonces, misteriosamente pegado en las calles, terminaba diciendo:

porque hemos de hacer poner  
en la plaza guillotina,  
Viva la Nación Francesa.  
¿Está buena aquesta pieza?

El año 96, la autoridad se incautaba de numerosos impresos alusivos a la revolución, llegados desde Santo Domingo.

*En Santo Domingo*, cuya mitad estaba ocupada por Francia, la lucha fué efectiva, de arma contra arma. Los ingleses y españoles intervinieron y ocurrió la célebre sublevación de *Toussaint l'Ouverture*, que, negro esclavo en 1791, fué más tarde general en jefe del ejército dominicano que combatió a españoles e ingleses. Toussaint l'Ouverture profesaba los principios de la Revolución Francesa. Triunfó en 1798, y con él sus ideas que contagiaron a parte de la población de la parte española de la isla, no obstante las precauciones de las autoridades.

*En Puerto Rico* hubo una casi sublevación, el año 1795. La fomentaban los negros residentes en el Partido de la Aguadilla, teniendo por

jefes a los de nacionalidad francesa. Para evitar dificultades se prohibió el desembarco de los hombres de ese país, inclusive sus esclavos.

En *Nueva Granada*, desde 1788 empiezan las denuncias sobre lecturas prohibidas. La propia biblioteca del virrey *Caballero y Góngora* ostentaba un ejemplar de «*El espíritu de las leyes*» de Montesquieu. Antonio Nariño tradujo e imprimió y difundió la *Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano*, motivo de proceso y carcelería. El virrey *Mendinueta* comunicaba en 1797 haber logrado incautarse de papeles franceses destinados a Guayaquil. El famoso *Manuel del Socorro Rodríguez* sintetizaba aquella situación, diciendo, en 1793: «La gente más infeliz y popular ha aprendido ya el mismo lenguaje de esos filósofos libertino», y casi no hay un hombre de la oscura plebe que dexé de ser estadista acerca de este asunto. Los actuales sucesos de la Francia han dado un nuevo vigor a estos perniciosos racionios».

No cabe declaración más amplia y explícita.

En las tertulias literarias de entonces, a través de las enseñanzas del célebre Mutis, en los papeles periódicos (aunque fuera para atacarla), se hablaba de la Revolución Francesa. Nada menos que un capitán de guardias del virrey, *Rodríguez de Arellano*, fué quien puso en manos de Nariño el ejemplar de la «*Historia de la Revolución de Francia y de la Asamblea Nacional*» de donde extrajo la «Declaración de los derechos del hombre».

En la *Capitanía General de Venezuela*, fué más intensa la repercusión de los sucesos que afectaban ya, por manera evidente y tangible, a las vecinas regiones de Martinica y Santo Domingo. La llegada de más de 900 prisioneros provenientes de Santo Domingo, el año de 1795, fué un motivo para acentuar la propaganda de las ideas revolucionarias, toda vez que ellos estaban imbuidos de tales principios. Así lo declaró paladinamente el Presidente de la Real Audiencia. La situación tomó un sesgo peligroso en mayo de 1795. Habiendo oído un esclavo a su amo de lo que ocurría en Francia y de la proclamación de igualdad entre todos los hombres, cobró ánimos y azuzó a los negros esclavos de Coro y alrededores a proclamar la «ley de los franceses». Más tarde, un criollo de apellido *Gual*, llegó a brindar en alta voz por las tropas francesas que habían conseguido algunos triunfos en la frontera con España. En 1799 estalló el movimiento de *Picornell y Campomanes*, en el que se complicó a *Gual*, influenciados todos, entre otros motivos, por la revolución de Francia. Entonces se llegó a componer e imprimir una especie de «*Carmañola americana*» en la que se dice, por ejemplo:

Todos los reyes del mundo  
son igualmente tiranos  
y uno de los mayores  
es ese infame Carlos.  
Bailen los sin camisa,  
y viva el son, y viva el son.

El año 99, con ocasión de haber anclado en el puerto tres barcos corsarios franceses, promovieron nuevos incidentes, y el gobierno acusó a los visitantes de agitar al pueblo. La «*Declaración de los Derechos del hombre*» fué documento que figuró en las inquietudes de 1810 y en las de Bolívar.

En el *Perú*, nada menos que un fraile, el jeronimita *Diego Cisneros*, que fuera confesor de la Reina María Luisa, se encargó de propagar la lectura de las obras de los enciclopedistas, como aparece de numerosos documentos de la época. Hasta tal punto fué de viva esa influencia, que

en «*El Peruano*» de 1811, citado por Caillet-Bois, se llega a afirmar perentoriamente que «la explosión de la revolución francesa bamboleó el espíritu de los hombres y dió un extraordinario impulso a su curiosidad». El año de 1805, circulaba en Lima, ahí impreso, un «*Compendio histórico de la Revolución Francesa*».

En Chile, ocurrió otro tanto. La lectura de libros franceses, teñidos de insurgencia, fué considerable. Ya en 1787, según prueba documental, andaba, de mano en mano, bien que ocultamente, el «malísimo y pestífero diccionario enciclopédico que dicen es peor que el tabardillo» (vulgo, la *Grande Encyclopédie*) y «las obras de un viejo que vive en Ginebra» (vulgo Rousseau). Nada menos que un *sacristán de Coquimbo* era acusado, en 1795, como lector de autores franceses revolucionarios. De Buenos Aires siguieron llegando, en todo ese período, nuevas remesas de obras tan temidas. O'Higgins, al volver de Europa, contribuyó, sin duda, a agitar el ambiente de las ideas, en pro de la causa de Francia, que se confundía con la de la emancipación.

En Quito, pasa lo que en Lima y Santiago. Patentemente, en el año 1792, la autoridad tuvo pruebas de agitación ideológica en pro de «la depravada libertad de Francia». Después presenció algo parecido, en 1794. De Bogotá venían papelititos subversivos. Pero, el asunto cobró relieve cuando se complicó en ello al eminente *doctor Espejo*, prominente sabio quiteño, autor de «*El Nuevo Luciano*». Llegó éste en sus afirmaciones a sostener que, al guillotinar a Luis XVI, los franceses habían faltado al quinto mandamiento de la ley de Dios, mas de ningún modo al primero, como pretendía la autoridad eclesiástica.

En el *Río de la Plata*, la actitud fué más completa aun con respecto a la Revolución Francesa. La llegada a Buenos Aires, el mismo año de la toma de la Bastilla, de un barco de guerra francés, «*Le Duc d'Orléans*», promovió grande agitación entre las autoridades que trataron de impedir, sin conseguirlo, que se distribuyesen algunos pasquines y volantes respecto a los sucesos de Europa. La velocidad de la propaganda fué tal que aquellas hojas inundaron Charcas y hasta Potosí, y probablemente llegaron hasta Santiago y Lima.

De nada valió la censura. Los hacendados rioplatenses estaban al tanto de la Revolución Francesa, igual que las clases más bajas, en virtud de la activa propaganda que se hacía en los despachos y comercios. Además de los impresos, circulaban copias manuscritas del «*Himno de los Marselleses*» y la «*Declaración de los Derechos del hombre*», como lo demuestra cierta correspondencia del *Deán Funes*. Y no sólo en Buenos Aires, sino que en la mismísima Córdoba, Montevideo y Corrientes, la autoridad sorprendía documentos probatorios del avance que tenían las ideas revolucionarias. Por la ortografía de un pasquín contra Alzaga, se creyó que los *negros esclavos* estaban también contagiados de aquel movimiento. Las últimas palabras de aquel anónimo tienen una risueña elocuencia: «*La nación francesa — dicen — tomará satisfacción. Costará arroyos de sangre. Ya se da aviso a París*». París era una especie de personaje mitológico, de quien dependía la fortuna buena o mala de los hombres. Central de la libertad, a ella se apelaba con adorable candor.

A partir de 1800 la prédica se hace más descarada, comprendiendo a todas las clases sociales. *Belgrano*, *Mariano Moreno* y *Bernardo de Monteagudo* están contestes en reconocer que Francia ejerció una influencia decisiva en la formación de sus ideas emancipadoras, y en la galvanización del entusiasmo público.

No es extraño, por consiguiente, que más tarde, los máximos libertadores del Continente recalcaran su amor a Francia, a los principios de la revolución y no lograsen nunca, pese a vicisitudes diversas de sus vi-



das, desprenderse del estilo o lenguaje (trasunto de las ideas) que aquella gigantesca transformación política y social de un país europeo produjo en sus ánimos.

La enumeración sucinta de algunos hechos probatorios de la influencia de la Revolución Francesa en el movimiento emancipador del Nuevo Mundo, se retempla cuando se observa lo que los franceses hicieron en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, a que nos referimos ya.

## EL FIDELISMO COLONIAL Y LA INDEPENDENCIA DE HAITI

390.—*El fidelismo colonial: rechazo de los franceses.*

El 15 de junio de 1808 arcló en *La Guayra* la corbeta *Le Serpent* trayendo a su bordo emisarios de Francia, a raíz de los sucesos de Bayona, con el fin de convencer a *Caracas* de la necesidad de plegarse a la política napoleónica. Las autoridades inglesas de Trinidad se oponían a aquel contubernio, según carta del Ministro de Relaciones Exteriores inglés, *Sir Dundee*, a *Sir Thomas Pinckton*, gobernador de dicha isla. Pero, Francia tenía especial interés en Venezuela para controlar a los ingleses de Jamaica y Trinidad. En tanto el vecindario de *Caracas*, al igual que el bonaerense frente a los ingleses, se opuso a la intromisión francesa. El capitán de milicias don *Manuel Matos* involucró en su rechazo a Fernando VII y las autoridades españolas coloniales, de lo que resultó que los franceses hubieron de salir a ocultas de *Caracas*, y *Matos* fué apresado.

No fué ésta, como hemos visto en páginas anteriores, la única intentona francesa en Venezuela, ni mucho menos en las Antillas. Ya *Santo Domingo* había sufrido las consecuencias de los pleitos entre las dinastías europeas. A su vez, *Buenos Aires* vivió azozobrada, pendiente de una posible intervención francesa en 1799. Las actividades de los hijos de la patria de «Los Derechos del Hombre y el Ciudadano», en diversas circunscripciones americanas, han sido someramente referidas en el párrafo pertinente. Pero aunque, en los hechos, fracasaron, subsistió la influencia de lo francés en el campo ideológico, desde el cual se determinaron casi todos los movimientos políticos que, luego, darían nuevo cariz a los sucesos del Nuevo Mundo.

El *fidelismo colonial* rechazó, pues, toda tentativa de

traspaso de dominio a Francia. Mas no por amor «a las cadenas», como rezó después cierto famoso grito hispánico, sino porque, a la sombra de aquel repudio y como oposición al imperialismo napoleónico, estaba amaneciendo una *incipiente conciencia nacional* en cada una de las colonias españolas de América.

391.—*Los franceses en Santo Domingo.*

Desde 1776, en que se delimitó definitivamente la frontera entre las partes francesa y española de la isla de Santo Domingo, se vió que día a día aumentaba la agudeza de los problemas de la isla. La causa principal de ello estaba en que ahí, como en Brasil, la esclavitud tenía las dimensiones de problema fundamental.

La revolución de 1789 en Francia tuvo un eco inusitado en Santo Domingo. Al saberse la buena nueva, empezó una fuga incontenible de esclavos, los cuales llegaban a la cifra de 500.000, en un conglomerado de que formaban parte sólo 30.000 blancos y alrededor de 27.000 negros y mulatos libres. Cuando el gobernador francés *Peyner* pretendió intervenir, halló una repulsa general. Y más difícil se hizo la situación al llegar el enviado *Vincent Ogné*, mulato, quien se puso del lado de los levantiscos, por lo que, no hallando nada mejor a mano, *Peyner* decidió ejecutarlo a fin de quedar en paz (1791). Con eso no hizo más que aumentar el alboroto.

Mayor fué éste cuando se supo que la *Convención de París* había decretado la *igualdad de derechos para las colonias*. El motín creció como la espuma. De todas partes surgían rostros oscuros y manos crispadas gritando el soñado lema *Liberté, Egalité, Fraternité*, y, en nombre de la primera, ya que no de la tercera, empezó la revuelta con caracteres extremadamente sanguinarios. Más de diez mil negros murieron en los combates que se trabaron, y no menos de 2000 blancos cayeron también víctimas de ello.

En vista de tan desastrosa situación, la Asamblea de París acordó mandar una expedición compuesta por 8.000 hombres y comandada por tres de sus propios miembros, a fin de averiguar la realidad de los sucesos coloniales (1793). Ya en Santo Domingo, y después de pequeñas pesquisas, los emisarios llegaron a la conclusión de que los blancos eran los provocadores de los disturbios, por estar exacerbando los ánimos de los naturales, con lo que, lejos de llegarse a



una conciliación, los blancos se exasperaron y se lanzaron a la lucha, decididos a no permitir que se otorgasen mayores franquicias a los negros, y a que no se vulnerasen sus expectativas como propietarios y gobernantes. Fué una coyuntura que los *ingleses*, siempre astutos, y, además, enemigos de la Revolución Francesa, utilizaron para hacer desembarcar al coronel *Whitelock* — más tarde general y jefe de una de las fallidas expediciones sobre Buenos Aires. Entonces surgió *Toussaint L'Ouverture*.

### 392.— *Toussaint L'Ouverture*.

Era *Pierre Dominique Toussaint Breda* un negro, nacido en el condado de Breda, de religión católica, de cierta instrucción, audaz, fiel a Francia, pero, más que a Francia, a su tierra nativa; hombre intuitivo y de resolución incommovible. No más cruel que los españoles que torturaron a Tupac Amaru, ni que los franceses de las Guerras de Religión, ni que los ingleses que despedazaban iroqueses en Norteamérica. Hombre de presa. Durante cinco años mantuvo en jaque a británicos y colonos blancos, en una guerra crudelísima, por parte y parte, hasta que el *general Maitland*, jefe de las fuerzas inglesas, hubo de firmar con Toussaint L'Ouverture un *tratado de paz* (1798), reconociendo la soberanía de Francia sobre esa fracción de la isla.

Aprovechando el respiro que se le daba, Toussaint se apoderó de otro sector de la isla, que España había cedido a Francia en virtud del tratado de Basilea (1795), y, luego, penetrado de las ideas de la Revolución Francesa, procedió a instalar una Asamblea, en que tuvo representación el pueblo, la cual asamblea dictó, en 1801, una Constitución nutrida del más puro fuego liberal y revolucionario. Toussaint L'Ouverture fué designado *Mandatario vitalicio* del nuevo Estado; se proclamó la *libertad de comercio*, lo cual consoló a Inglaterra de no haber conquistado la isla, y llenó de temor a las autoridades españolas de Venezuela y alrededores del Caribe; reconoció la *religión católica*; y, en fin, decretó la *libertad de los esclavos*. Bolívar, que observaba atentamente aquellos sucesos, se declararía más tarde admirador de las directivas fundamentales del régimen de *Toussaint L'Ouverture*, el *Napoleón de Santo Domingo*.

El Consulado de Napoleón alteró los planes de Toussaint L'Ouverture. Resuelto desde ya a iniciar la gran campaña contra Inglaterra, Bonaparte quiso mantener más

estricta sujeción sobre la isla de Santo Domingo, por lo que envió sobre ella una expedición de 25.000 hombres al mando del general *Leclerc* (1801). *Christophe*, uno de los tenientes de Toussaint, al ver el desembarco de las tropas francesas en Cabo Francés, comprendió que no podría resistirlas y quemó la ciudad (1802), retirándose al interior. Fué inútil el valor de los negros de Toussaint y Dessalines. A los tres meses de feroz contienda hubo de capitular (mayo de 1802), después de lo cual, y anticipando en carne ajena lo que le ocurriría en la propia, Napoleón dispuso que Toussaint fuera apresado, llevado a Francia, donde lo recluyeron en el terrible castillo de *Joux* (Besancon), y allí expiró de hambre, frío y pena, en la peor de las torturas y el más cruel de los cautiverios, el 27 de abril de 1803.

No se desalentaron, por ello, los negros dominicanos, sino que prosiguieron la campaña contra los franceses, a sangre y fuego, teniendo como directores a *Dessalines* y a *Christophe*, y, como aliado principal, a la fiebre amarilla que hizo, entre otros, víctima a *Leclerc*. Napoleón envió un cuerpo auxiliar al mando de *Rochambeau*, hijo del auxiliar de Washington, pero lo sitiaron los negros, los ingleses y la fiebre. En noviembre de 1803, *Rochambeau* había capitulado, y reembarcado a Francia sus huestes de no más de 6.000 hombres, saldo trágico de los 35.000 que en dos expediciones enviara Francia.

### 393.—*Independencia de Haití.*

El 1.º de enero de 1804 se proclamó la independencia de la República de Haití, hecha sobre el modelo de la francesa de 1789, pero teñida con la Francia de Napoleón. Su primer *Presidente y talicio*, *Juan Jacobo Dessalines*, no tardó en manifestar síntomas de autocratismo y bonapartismo. Luego, se hizo coronar *emperador* bajo el nombre de *Jacques I.* En 1807 caía asesinado.

*Henry Christophe* lo sucedió, como emperador de la parte norte de la isla, porque en la del sur se impuso *Pétion*, grande amigo de Bolívar y cooperador de sus empresas en las horas más fatídicas. *Christophe* gobernó hasta su muerte en 1820; *Pétion*, hasta la suya, en 1818. El nuevo gobernante, *general Boyer*, reunió las dos partes de la isla bajo su gobierno y se comprometió a pagar a Carlos X de Francia una cuantiosa indemnización, a cambio del reconocimiento de la independencia. Dicha suma fué rebajada a 3.600.000 libras esterlinas.

Boyer derrotó a los españoles que pretendieron derrocarlo.

La República de Haití fué, finalmente, *reconocida* por Francia, en el año de 1838.

### 394.—*Fallidas tentativas inglesas.*

Especulando con las intenciones francesas de extender el dominio napoleónico a las colonias españolas de América, valiéndose de la espúrea autoridad que habían logrado sobre la Península misma, los ingleses, en guerra con Napoleón, pretendieron, a su vez, apoderarse de las mencionadas posesiones hispánicas y planearon un triple ataque; *por el Nordeste*, desembarcarían en *Venezuela*; *por el Sudeste*, en el *Río de la Plata* y *por el Sudoeste*, en *Chile*, con lo cual coparían todo conato de resistencia ibérica, imposibilitarían cualquier propósito francés y se adueñarían de los mejores pasos de la América del Sur, tal como habían hecho en el Mediterráneo con Gibraltar.

Los alentaban a realizar este programa las continuas peticiones que recibían para que enviasen auxilios a los criollos contra la dominación peninsular. Sin contar las gestiones de Vizcardo y, sobre todo, las de *Miranda*, a que nos hemos referido, otros muchos conspiradores acudieron a las Islas Británicas en procura de amparo y protección. Entre ellos figuran algunos personajes pintorescos como *Francisco de Mendiola*, supuesto conde de Cossio, quien pidió, desde *México*, armamentos para 40.000 hombres, que Inglaterra entregaría a cambio de dinero; *Luis Vidall* o *Vidale*, que hizo una proposición de semejante tipo, desde las Antillas; *J. M. Duque*, o *Monsieur de la Tour*, o *Juan Antonio del Prado* (usaba los tres nombres), aventurero francés, entregado a análogas andanzas, etc.

Por cierto, la única gestión eficaz y autorizada fué la de *Miranda*. El brioso e inquieto caraqueño tenía un indudable prestigio por haber guerreado a las órdenes de Estados Unidos, como general de la Revolución Francesa (su nombre figura en el Arco de Triunfo entre los vencedores de Valmy) y por haber sido amigo de confianza de Catalina II de Rusia y de Potemkin. *Miranda*, conocedor de la situación americana y de la diplomacia europea, propuso un plan, según el cual le estaría reservado a él conducir la expedición que desembarcaría en *Ocumare*, prendiendo la tea revolucionaria en el territorio de la Capitanía General de Venezuela.

No correspondió la realidad a sus propósitos; las fuerzas españolas resistieron victoriosamente; los aliados del interior no acudieron a tiempo, y, tras heroicos encuentros, Miranda hubo de reembarcarse derrotado, tratando de no sufrir excesivas pérdidas, a la vez que de reorganizar sus fuerzas para una nueva embestida (1806).

395.—*La Reconquista de Buenos Aires: Liniers.*

Paralelamente la flota inglesa se había apoderado del Cabo de Buena Esperanza, para castigar a Holanda, que además de haber actuado contra las Islas Británicas, era reo de ser dueña de un poder marítimo todavía apreciable.

A la vez, siguiendo el plan ya enunciado de converger sobre América del Sur por tres puntos distintos, se comisionó a *Crawford*, para que atacase a Valparaíso, mientras *Lord Pophan*, jefe de la expedición al Cabo, ordenaba al general *Beresford* que desembarcara en el Río de la Plata, y se lanzara sobre *Buenos Aires*, ciudad a la sazón con 50.000 habitantes, no obstante lo cual fué dominada por una columna de más o menos 2.000 ingleses.

El 25 de junio se producía el desembarco de las fuerzas expedicionarias. Al solo anuncio de su presencia, el virrey *Sobremonte* huyó precipitadamente hacia las sierras de Córdoba, abandonando la capital.

Con el objeto de tranquilizar los ánimos, Beresford promulgó un bando en el que prometía a la población algunas medidas importantes, como la de respetar la religión católica, la propiedad privada, auspiciar la libertad de comercio y establecer un sistema de gobierno análogo al de las colonias inglesas, o sea con intervención del vecindario. Sin embargo de lo halagador de tales reformas, los porteños resolvieron resistir, y como el virrey se hallaba fugitivo, designaron jefe del puerto al capitán de navío Santiago de Liniers (1735-1810), de origen francés, pero al servicio de España, el cual, inmediatamente, asumió el mando de las columnas fidelistas y se encaró a los británicos.

Lo que es hoy el viejo Buenos Aires — muy cerca del centro —, la calle de la Reconquista, la boca del Riachuelo, etc., fué teatro principal de la campaña llamada de *Reconquista*, en la que, al cabo de tres días de tenaz ataque, Liniers logró que Beresford capitulase (12 de agosto de 1806). De esta suerte culminaba el esfuerzo de los porteños, en el



que no sólo se comprometieron las fuerzas de Liniers, sino también el paisanaje, en impetuosas arremetidas, al mando de *Pueyrredón*.

Al saber la victoria de Liniers, el virrey Sobremonte regresó rápidamente de Córdoba para reasumir el mando, pero el vecindario se lo negó, y, después de tratarse el asunto en un amplio Cabildo abierto, Liniers (por voluntad de Buenos Aires, no de España), fué ungido *virrey* del Río de la Plata.

396.—*La «Defensa»  
de Buenos Aires.*

Como la expedición de Crawford a Valparaíso tenía por objeto cortar la retirada a los ejércitos españoles e impedir que les llegasen refuerzos desde Chile y Perú, al saberse los resultados de la expedición de Beresford se dió orden a aquél para que regresara al Río de la Plata, de manera que Valparaíso no fué siquiera amagado.

Pero, no se resignaron fácilmente los ingleses a aquel revés. En 1807 volvieron a la carga, partiendo de la base de Montevideo, que capturaron, y enviaron 12,000 hombres al mando de *Whitelock*. Liniers, que había organizado definitivamente las *milicias criollas*, les opuso sus 8,000 milicianos en lo que se denomina la *Defensa de Buenos Aires*, donde nuevamente derrotó a los invasores, quienes no tornaron a reanudar la fallida empresa. En esa oportunidad se destacó mucho el español *Martín de Alzaga*, de sombría actuación después.

De todos modos, vencidos los ingleses, dejaron un saldo sumamente favorable a la ya incipiente causa emancipadora: 1.º porque demostraron a los propios criollos la cuantía y calidad de sus propias fuerzas organizadas en milicias; 2.º porque los obligaron a insurgir contra las autoridades nombradas en España y erigir su propio gobierno aunque fuese en defensa de «la misma Metrópoli»; 3.º porque la *libertad de comercio* se convirtió desde ese día en una conquista irrenunciable, que dió sus efectos en el Memorial de Moreno, y 4.º porque destruyó del todo la propaganda tendenciosa contra los extranjeros, tanto desde el punto de vista de los intereses materiales, como de los religiosos.



397.—*La intentona de Burr.*

Además de la intervención británica de Beresford y Whitelock y de la fracasada de Miranda en Venezuela, hubo otra, de origen sajón, pero de menor cuantía, más bien un episodio risueño que una empresa respetable: la del político norteamericano *Aarón Burr*, el que mató a Hamilton en duelo, frustrando acaso con ello una más decidida y sistemática intervención de los Estados Unidos en pro de la libertad hispanoamericana. Burr pretendía ser rey de Nueva España (algo semejante al pseudo rey de la Araucanía, en el siglo XIX). Para conseguirlo organizó una expedición que debía invadir México. Pero un oficial inglés, secretamente al servicio de España, deshizo su intentona en Luisiana.

Aarón Burr no pudo coronar sus ensueños ni su cabeza.

## LOS PRECURSORES

398.—*El estudiantado y el bajo clero; Olavide.*

Sería aventurado pretender que todos los precursores figurasen en esta brevísima reseña. No pretendemos hacerlo, pues ello nos llevaría un volumen entero. Sin embargo, debemos señalar algunos hechos y personajes cimeros.

El primero de todos esos elementos es el estudiantado. Germán Arciniegas nos habla de él con terrora y justicia impares.

•La revolución de independencia en América no es obra del caudillaje, no es una idea surgida de los cuarteles, sino la fórmula propuesta por los estudiantes de vanguardia. La necesidad fué formando los generales: hombres de genio que dominaban todos los planos de la estrategia guerrera: que hacían incursiones felices a la ciencia política — la carta de Jamaica y la carta al Congreso de Angostura de Bolívar —, y que penetraban en la conciencia de un continente. La técnica militar se inventaba, se improvisaba. Pero, las victorias no fueron, en último término, sino el triunfo de la conciencia estudiantil, que no moría ni bajo las banderas de fuego en la marcha de los Llanos, ni al paso de los Andes coronados de frío. Aquéllas, sí, fueron batallas como ganadas desde los campos de Eton: nuestro Eton de América, rústico convento de piedras ásperas sobre llanadas agrestes. Son los estudiantes Morelos y Belgrano; es ese universitario peregrino que va del brazo con su tutor, estudiando en el mapa político de Europa la cruzada que le hará Caballero y Señor de América, en Boyacá y en Carabobo; y son los mozalbetes de la escuela quienes, desde las tablas de los pupitres y con los dedos manchados de tinta, deciden la suerte de América. Bolívar no tiene sino dieciséis años cuando pone en contacto su inquietud revolucionaria con los muchachos

de México y cuando escandaliza al virrey de la Nueva España afirmando, en sus barbas, que América no puede concebirse sino independiente y libre». (Germán Arciniegas, «*El estudiante de la Mesa Redonda*», 3.ª ed., Santiago, 1936, p. 180).

El segundo factor fué el *bajo clero*, cuya acción no se limitó a la prédica sino que llegó a alzarse en armas y a conspirar abiertamente como en los casos de los Talamantes, Hidalgo, Morelos, Muñecas, Béjar, Henríquez, etc.

Pero, hubo otros precursores no colectivos: *Pablo de Olavide y Jáuregui* (1725-1803) uno de ellos. Nacido en Lima, tuvo una destacada actuación en el terremoto de su ciudad nativa, en 1746, en donde demostró gran actividad organizadora y desprendimiento en cuanto a los prejuicios.

Ciertamente, Olavide, que entonces pasó a España, se apartó desde ese instante de la vida colonial. En la Península se relacionó con gente de avanzada. Cambió cartas con los enciclopedistas franceses. El rey le confió la colonización de Sierra Morena. Pero, el Santo Oficio, que le andaba a la zaga, lo enredó en sus redes y lo hundió en un calabozo, de donde pudo salir mediante fuga, ocho años después. Para congraciarse con la Iglesia, de vuelta de Francia, en donde la Revolución le recibiera en palmas como a hijo adoptivo, hubo de publicar *El evangelio en triunfo* (1791), libro de palinodia, poco edificante. Después, ya en vísperas de su muerte, aparecieron *Poemas cristianos* y *Salterio español*.

Muy de otra índole son las vidas de otros precursores, mucho más ligados al continente que este ejemplar de titubeo espiritual y europeizantismo: *Antonio Nariño*, *Mariano Moreno*, *Camilo Torres*, *Francisco Zea*, etc., y sobre todo, el insigne caraqueño don *Francisco de Miranda*, son otros tantos ejemplares de desprendimiento, honestidad y heroísmo, difíciles de igualar. El esfuerzo intelectual de Lizardi, en México, se liga también por otros conceptos al de estos egregios individuos.

399.—*Miranda*.

Francisco de Miranda, a quien ya mencionamos, es, sin duda, el que con más derecho que todos lleva el nombre de *Precursor*. Ninguna vida como la suya, tan llena de actividad, de desinterés, de heroísmo, de aventura.

Nacido en 1750, se enroló en las fuerzas de Washington, después de la victoria de Saratoga, demostrando su

capacidad y su coraje. En desacuerdo con la conducta de España recorrió Europa con la idea de libertar a su patria, esto es, a su *continente*. El ejemplo de solidaridad de los Estados Unidos repercutía en su corazón. En pos de apoyo para su ideal, viajó hasta Rusia, donde le protegió Catalina II, quien le otorgó un pasaporte especial para librarlo de las asechanzas españolas. Estuvo a punto de caer preso en la Península, pero se libró a tiempo. Fué a conspirar en Londres. Cuando la Revolución Francesa peligraba, corrió en su auxilio. Cooperó con Dumouriez, en la defensa de la República, General del Estado antimonárquico, hubo de sufrir las consecuencias de la desconfianza que despertó por la traición de su jefe y amigo a la República, motivo por el cual se vió dos veces preso en la *Conciergerie*, al borde mismo de la guillotina. Tenaz, incansable, se relacionó en Inglaterra con el Ministro inglés de Relaciones Exteriores y con el Ministro de Estados Unidos, y les propuso trabajar, por mutuo interés, en favor de la independencia del Nuevo Mundo. Como jefe del Estado que se formaría habría un Inca, quien gobernaría con un parlamento a la inglesa. Pese a estas aparentes extravagancias, si hay algún esfuerzo serio y constante por la libertad americana, ése es el de Miranda.



MIRANDA

Constituyó logias masónicas con fines políticos; se comunicó con los jóvenes hispanoamericanos; fué amigo y «compatriota» del chileno *Bernardo Riquelme*, esto es, de O'Higgins, del peruano Vizcardo, cuyos papeles heredó; y fué él quien mostró a Bolívar el camino de la libertad. Los azares de la vida lo enfrentaron, tras dos fracasos revolucionarios sucesivos, al joven y futuro Libertador. Después de haber soñado y combatido juntos, chocaron en La Guayra, a raíz de la capitulación ante Monteverde, y entonces se consumó uno de los más dolorosos episodios de la historia. Miranda, prácticamente entregado por Bolívar a los españoles, agonizó durante cuatro años en un calabozo de Cádiz,

sin enunciar una queja, hasta 1816, en que se marchó definitivamente de la vida.

La obra de Miranda es la más excelsa y fecunda de todas las que antecedieron al grito separatista de 1810. Tenía en su imaginación y en su dinamismo, un tesoro difícil de igualar. No se limitaba a trabajar por la independencia del continente, a pedir apoyo dondequiera llegaba sino que planeó un vasto sistema de repercusión mundial, cuya eficacia empieza a reverdecir en nuestros días. En sus conversaciones de Londres, con Pitt y con el Ministro norteamericano, propuso un entendimiento solidario entre *Inglaterra, Estados Unidos del Norte y la América Española libertada*, formándose así un poderoso núcleo contra los avances despóticos y «oscurantistas» de Austria, Rusia, los monárquicos franceses y los reaccionarios españoles.

Su influencia fué decisiva y sólo pudo nublarse ante circunstancias no previstas por él y ante un genio superior como Bolívar. (Véase Robertson, *Vida de Miranda*, Trad. Buenos Aires, 1938.) (1).

400.—*Nariño*.

*Antonio Nariño* (1763-1823), neogranadino, compañero en su juventud de *Zea, Lozano, Ricaurte* y lo más selecto del grupo de futuros próceres colombianos, discípulos de *Mutis*, quedó fascinado al conocer los *Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Aquello de que todos los hombres nacen iguales, de que no hay privilegios, de que el derecho a la propiedad, al comercio y al poder es común a todos, lo deslumbró. Desde entonces no hubo día en que no pensara traducir esos preceptos al castellano y difundirlos. Lo hizo. Imprimió con su propia mano unas hojitas clandestinas, que hizo circular entre mercancías, a lomo de mula, a través de la cordillera, llevando a los más lejanos rincones andinos la palabra de la Revolución. El virrey lo supo, y Nariño fué preso y condenado a reclusión en Cádiz. Poco después, escapó. Recorrió Francia y, desde luego, Inglaterra, donde se encontraban los mejores espíritus americanos. Estallada la insurrección juntista, Nariño fué erigido, por la confianza de sus conciudadanos, cómo uno de sus directores (1810). Al enfrentarse con la durísima represión de Morillo, Nariño era general del ejército neogranadino. Vencido en Pasto, desarmó a sus enemigos presentándose él mismo, con sereno

(1) L. A. Sánchez, «*El pueblo en la Revolución Americana*», Ed. Americalee, Buenos Aires 1942, passim.



heroísmo, ante quienes le buscaban para matarle. Sufrió cuatro años de nueva prisión, pero, otra vez libre, volvió a la guerra. Cuando Bolívar creó la República de Colombia, en 1819, Nariño, como vicepresidente, se encargó, en ausencia de Zea, de la *Presidencia*. Murió dos años después, el año de 1823, agotado por las privaciones sufridas en la prisión. Su vida entera estuvo consagrada a la patria. A él se debe, en gran parte, la difusión en las colonias americanas de los principios básicos de la Revolución Francesa, fuente de fecunda agitación.

401.—*Moreno.*

*Mariano Moreno* (1778-1811) fué un abogado argentino, educado, como Monteagudo, en Chuquisaca e imbuído en las ideas del enciclopedismo. En 1809, le tocó representar a los hacendados de ambas márgenes del Plata en una célebre *Representación* que ha pasado a la historia. En agosto del año 9, los comerciantes ingleses J. Dillon y J. Thwaites habían pedido al virrey Cisneros permiso para vender los cargamentos de sus navíos. El monopolio español se oponía a ello, y, pese a la aceptación en principio hecha por el virrey Cisneros, el fiscal o síndico del consulado impuso su criterio antagónico. En tales circunstancias, y basados únicamente en la realidad ambiente, los hacendados a que hemos hecho mención nombran al doctor Moreno para que redacte su *Representación* y éste lo hace en términos tan elocuentes, que no sólo logra inclinar en su favor la voluntad del virrey Cisneros, sino que en Brasil tradujeron al portugués su documento, publicándolo entusiastamente en 1810. El jurista *José da Silva Lisboa* agregó, además, comentarios de su cosecha en aquella edición de Río de Janeiro. No se limitó Moreno a ese documento profundo y decisivo, que ponía en evidencia los vacíos de la legislación colonial, sino que, en el propio año 10, dió a la estampa una edición castellana del «*Contrato social*» de Rousseau, prologada por él, con lo que contribuyó en forma eficaz a incrementar la circulación de las ideas liberales y la inspiración central de la revolución. De tal suerte, Moreno complementaba la obra de Nariño, coronando la traducción de la Declaración de los Derechos del Hombre con la obra fundamental de Juan Jacobo. Ese mismo año, como veremos después, fué designado secretario de la primera Junta de Buenos Aires que reemplazó al Virrey, en cuyo desempeño Moreno fundó la Biblioteca Pública y orientó la libertad de

comercio. Rencillas intestinas lo alejaron del poder. Nombreado delegado en Inglaterra, murió en alta mar, en 1811.

402.—*El fiscal Villava, el padre Talamantes y otros.*

Un remoto precursor es también el fiscal de la Audiencia de Charcas, el criollo don *Victorino de Villava*, si bien su actuación se vió circunscrita al plano legal, y no más. Villava escribió, a fines del siglo XVIII, un «*Discurso sobre la mita*», en que defendió al indio, cuyo descontento alcanzaba ya manifestaciones armadas, según se ha visto. Los puntos de vista del Fiscal, teniendo en cuenta la artimaña de considerar el laboreo de las minas de Potosí como obra pública a fin de incluirlas en la mita, fueron: 1.º que dicho laboreo carecía de carácter público y era particular; 2.º que, en el caso de ser público, de ningún modo podía obligarse por la fuerza al indio a prestar sus servicios; 3.º que el indio no necesita que le obliguen a trabajar; y 4.º que, supuesto que fuera indolente, nada autorizaba a compelerle con la violencia. El intendente de Potosí contestó ásperamente al Fiscal, y se trabó una larga polémica, llena de generosidad y de casuismo, de altura y sofisticamiento, en la que campeó el espíritu amplio de Villava.

En México surgió un espíritu singular: el del fraile limeño *Melchor de Talamantes*. Este, en unión del licenciado Verdad, otro precursor, promovió una importante algarada en México. Eran los días de 1808, en que las noticias de la Península aseguraban que el rey de España había dejado de ser tal, pasando su poder a manos de los invasores franceses. Talamantes, de acuerdo con el Ayuntamiento, sostuvo la tesis de que el virrey *Iturrigaray* debía asumir la plenitud del poder sin recibir órdenes de nadie, con el apoyo del síndico don *Francisco Verdad*. La Audiencia y el Tribunal del Santo Oficio oponíanse a la tesis de Verdad, aduciendo que convenía mantener la autoridad real por encima de todo conflicto. En esas circunstancias, Talamantes, que se hallaba estudiando los límites de Texas y Luisiana, lanzó dos célebres opúsculos apoyando la teoría del Cabildo. Promovióse una intensa agitación, a consecuencia de la cual los españoles de la ciudad de México, de acuerdo con la Audiencia y la Inquisición retardatarias, procedieron a embarcar al virrey *Iturrigaray* (inclinado a la tesis del Cabildo) con rumbo a España, al par que ordenaban encarcelar a Ver-

dad y al P. Talamantes. El primero murió súbitamente en la prisión: se le encontró colgado en su propia celda. El segundo, cargado de cadenas, fué conducido a San Juan de Ulúa para embarcarlo a la Península, pero murió en ese puerto. El motín reaccionario de Yermo, a que ya hemos hecho mención, se cruzó fatídicamente en el destino del P. Talamantes y el licenciado Verdad.

En el Perú, se considera «*el precursor*» por antonomasia a don *Toribio Rodríguez de Mendoza*, nacido en Chachapoyas (1750-1825), hombre de ciencia, primer rector del Convictorio carolino, fundado a raíz de la expulsión de los jesuitas, y uno de los propagandistas de las nuevas doctrinas literarias, filosóficas y científicas que circulaban ya por el mundo europeo. Rodríguez de Mendoza fué sancionado por la Inquisición, pero mantuvo su campaña cultural agitando a la juventud. Proclamada la independencia, desempeñó una diputación en el primer congreso constituyente del Perú, y murió poco después de la batalla de Ayacucho, que cimentó la libertad americana.

Chile reconoce como uno de sus más eminentes precursores a *Camilo Henríquez*, editor de «*La Aurora*», a quien nos hemos referido ya en el párrafo pertinente a la agitación intelectual prerrevolucionaria. (Véase, además, el pár. 416).

## SEGUNDO PERIODO

### EL SEPARATISMO

#### 403.—*Causas endógenas y exógenas.*

El historiador peruano Jorge Guillermo Leguía, en un agudo estudio titulado *Simientes para un ensayo sobre la Guerra de la Independencia hispanoamericana* y en el tomo II de su «*Historia de América*», clasifica, con mucho acierto, las causas del separatismo en dos grandes divisiones: las *endógenas* y las *exógenas*.

Las *endógenas* son de varios tipos: *políticas* (los criollos sentíanse con derecho y aptitud para desempeñar los más altos cargos públicos, que les eran negados nada más que

por no haber nacido en España, lo cual era origen de situaciones como la que pintan Juan y Ulfoa en las «*Noticias Secretas de América*», cuando refieren que «es cosa muy común el oír repetir a algunos que, si pudieran sacarse la sangre de españoles que tienen de sus padres, lo harían porque no estuviese mezclada con la que adquieren de sus madres»); 2.º *sociales* (los criollos se sentían relegados a un segundo plano en la vida de sociedad); 3.º *económicas* (el monopolio hispano estrangulaba el comercio y la industria de América; no era factible desarrollar ninguna iniciativa, y sólo el contrabando podía remediar semejante situación, verdad que apelando a un medio irregular y punible; al respecto, Belgrano había expuesto ya ideas y hechos que habrían bastado, dentro de una organización medianamente democrática y con cierto respeto al dictamen ajeno, para revocar el repudiado sistema monopolista); 4.º *doctrinarias* (las ideas igualitarias y de derecho natural, habían socavado el criterio de autoridad omnipotente que había regido durante tres siglos, lo cual se ligaba ya con las llamadas causas exógenas).

Estas causas *exógenas*, o provenientes de afuera, se redujeron a dos: 1.º *la independencia norteamericana*, y 2.º *la Revolución Francesa*. En la primera iba involucrada desde luego la *mentalidad política británica*, tan respetuosa del libre albedrío, del parlamentarismo, y de sus ventajas comerciales; en la segunda, fermentaba ya no sólo una ideología nueva sino también la posibilidad de adoptar procedimientos drásticos, y resolver las dificultades por la violencia. Por nuestra parte, agregaríamos otra causa más, entre las *exógenas*: 3.º *la crisis de la corona española*, provocada por la degeneración de sus reyes y la rebeldía de su pueblo.

#### 404.—*El año 8 en España.*

Nos hemos referido varias veces a los sucesos de España, y hemos de insistir en ello.

Como se sabe, la invasión napoleónica produjo una conmoción radical en la Península. Hubo de emigrar a Brasil el Príncipe Regente de Portugal, *Juan VI* (regente por enfermedad de María I), y con él vino la infanta *Carlota Joaquina*, hermana de Fernando VII. Este, que había recibido el poder de manos del abúlico e indigno Carlos IV, no tuvo empacho en traspasar la corona de sus mayores a *Napoleón Bonaparte* en la comedia de Bayona, y, a su vez, el Corso



cedió el trofeo a su hermano José, quien con el título de *José I* debía reinar en España. El pueblo le bautizó con el mote de *Pepe Botella* y se aprestó a cerrarle el paso. Aunque las huestes de Junot, Soult y demás mariscales de Napoleón arrasaron con gran parte de la resistencia popular, al cabo fueron detenidas por las fuerzas combinadas hispano-luso-inglesas, en diversas batallas hasta la derrota definitiva de Bailén (1812); pero, en el entretanto, había que dar fundamento político a esa resistencia, y el mejor expediente consistió en enhebrar todos los esfuerzos provinciales en una *Junta Central*, la cual desde *Aranjuez*, asumió la dirección del país, en nombre del desposeído y cautivo Fernando VII, quien gozaba de la dual situación de rey abdicante y regalado rehén, en Francia, y, en España, de la de rey *deseado*, dueño del corazón de su pueblo, a través de las Juntas peninsulares que combatían por él, pese a su cobarde desistimiento y entrega.

Como se sabe, la Junta de Aranjuez tuvo que ir retrocediendo, a medida que avanzaban los franceses, hasta refugiarse en la isla gaditana de *León*, desde donde dirigió — nueva Covadonga — las postreras batallas por la nueva Reconquista española, esta vez no contra los moriscos, sino contra los franceses.

La vida de las colonias se hizo muy difícil! 1.º Los reaccionarios y comodones, principalmente funcionarios españoles, sostenían la tesis de que, en cumplimiento de la voluntad del rey, había que seguirle obedeciendo, con las autoridades vigentes, sin cambio alguno, aunque, por cierto, sin entenderse con los apetitos dominadores de Francia; 2.º Los criollos, en su mayoría, defendían el mismo principio de fidelidad al rey legítimo, pero con una variante: siendo, en ausencia suya, única autoridad hispánica la Junta Central, trocada después en *Consejo de Regencia*, lo natural y conveniente era obedecerla, constituyendo, a su imagen y semejanza, Juntas en todos los núcleos centrales de América, de acuerdo con las instrucciones de los emisarios de la Junta Central y aprovechando, ahí donde ello fuere posible, la autoridad del virrey vigente, si no se oponía por su voluntad o su desprestigio a los fines eminentemente bélicos y renovadores de los juntistas; 3.º Como la infanta Carlota Joaquina, hermana del cautivo Fernando VII, princesa española por tanto, aunque esposa del Regente de Portugal Juan VI, se hallaba en libertad y en suelo americano (en Brasil), no faltó un importante sector que sostenía la legitimidad de sus derechos, con predominio sobre los de la Junta

y los del abdicante Fernando, de suerte que había que apoyarla, con lo que se beneficiaba enormemente la corona portuguesa, ya que lograba juntar bajo su égida todo el imperio colonial lusohispánico de América; 4.º Los menos fueron los partidarios de la intervención francesa. Si, en el campo ideológico, la mayoría de los criollos ilustrados (y aun españoles) defendían las teorías difundidas por la Revolución Francesa, esos mismos francesistas se apartaron de tal influencia cuando ella quiso manifestarse en hechos, conforme ya lo vimos.

Dado el sesgo de los acontecimientos, la actividad de los delegados de la Junta Central y el afán fidelista y autonomista de los criollos, acabó predominando la segunda de las corrientes apuntadas, la fidelista.

Por otra parte, no cabe duda que la tentativa napoleónica para sojuzgar a España y la reacción que ello despertó en las colonias eran cosa prevista por Inglaterra, que pensaba compensar la pérdida de Estados Unidos, convirtiendo a dichas colonias en zona de influencia suya. Don Justo Sierra escribe al respecto, tajantemente: «*Sin el levantamiento de España en 1808, México y toda la América Española habrían sido, no una colonia, que esto era ya imposible, sino un dominio inglés, compartido desde luego con los angloamericanos*». (Sierra «*Evolución política del pueblo mexicano*», ed. cit., p. 151.)

#### 405.— *Las conspiraciones.*

Desde luego, no tuvo nada de súbito el triunfo del juntismo. El período de su gestación fué largo y laborioso. Como siempre que chocan tendencias opuestas, se requiere una tarea penetrante, de silencio más que de ruido, hasta que se uniforman los criterios. Dado el sistema de represión en las colonias, las conjuras crecieron con extraordinaria rapidez, valiéndose de todos los medios posibles. Por donde las damas se iniciaron entonces en la vida política por el complicado, tortuoso y eficaz camino de la conspiración y la intriga.

Influía en ello el relato de lo que habían realizado las *mujeres* en las Trece Colonias norteamericanas, donde suplieron con su trabajo en los telares domésticos a los rechazados géneros ingleses, y donde, por medio de colectas, coadyuvaron sin cesar a los gastos de los ejércitos de Washington. Influía también la actitud de las mujeres francesas, verdad que no de las más empingorotadas; pero de

todos modos, Madame Roland y las gallardas asaltantes de la Bastilla, eran otros tantos novelescos arquetipos que suscitaban la emulación de las damas españolas-americanas.

En México, por ejemplo, gran parte de la conspiración del cura Hidalgo y de sus primeros éxitos en la guerra, se debieron a doña *Josefa Ortiz de Domínguez*, quien, en su casa de Querétaro, asiló a los conspiradores mexicanos. El nombre de doña *Manuela Cañizares* es venerado en los anales de la independencia de Quito, pues fué ella constante cooperadora y sostén de los revolucionarios de dicha ciudad. En Lima y otras ciudades del Perú, las actividades de *Pepita Ferreyros*, la *marquesa de Gislis*, la *marquesa de Torre Tagle*, las *Iturregui*, etc., fueron, a medida que avanzaba el movimiento, dignas de encomio. Lo propio ocurrió en Caracas y en Chile, en Nueva Granada y en Buenos Aires. Hay heroínas, años después, que imprimen caracteres heroicos a la intervención femenina de entonces: Policarpa Salavarrieta (la Pola) en Bogotá; María Parrado de Bellido, en Huamanga (Ayacucho, Perú), y las famosísimas heroínas de Cochabamba.

Conspiraban, también, los frailes, pertenecientes al bajo clero, quienes servían de modo admirable para ocultar ajetreos y propagar noticias y orientaciones. Luego, saliendo de ese plano, expusieron el pecho en el combate, conduciendo las mesnadas patriotas, como Hidalgo y Morelos. Otros participaron en conjuras de encontrado matiz, como aquel célebre *fray José de las Animas*, que pagó con su vida, en el cadalso, las consecuencias de una conspiración antijuntista, en Buenos Aires.

#### 406.—*Dos corrientes encontradas en la independencia.*

Decidido ya el criollaje por el juntismo (en realidad, por el separatismo) se advierte una diferencia fundamental entre la revolución en México y la del resto del continente.

Los *juntistas* eran, casi todos, gente de alta posición, pospuestos nada más que por la desventaja de haber nacido en América, por ser criollos. México no dió ese tipo de insurgente. El *cura Hidalgo*, hombre de cultura sólida, amaba, por eso mismo, su realidad antes que el eco de las revoluciones extrañas, y, viendo que el indio era el productor y el sufridor de su país, trató con él, lo alentó, conspiró al lado suyo y se levantó a la cabeza de sus pobladas. A la vez, comprendiendo que la obra del catolicismo había ca-

vado muy hondo en el surco espiritual del indio, y siendo él mismo sacerdote católico, lejos de adoptar las banderas del escepticismo religioso y hasta del ateísmo enciclopedista, hizo ondear el «*Viva la Virgen de Guadalupe*», a cuyo amparo colocó su movimiento popular, armado y a campo abierto.

En el resto de América Española no ocurrió así. Quizás podría decirse que el levantamiento del *común* de Socorro y de Asunción, y el de los indios de Tupac Amaru recién resonaba en Nueva España, pero, como quiera que fuese, el año 10 sorprendió a los mexicanos en algarada popular, con un cura y la imagen de la Virgen de Guadalupe a la cabeza, y una obscura y frenética tropa de cobre tras ellos.

En otros países, la conspiración se hacía en las altas esferas. Se discutía casuísticamente sobre los derechos del Deseado Fernando. Y hasta algún virrey sirvió de careta para encubrir la insatisfacción americana.

Si traducimos lo anterior al lenguaje de las instituciones, diríamos que la revolución fué una pugna entre el Cabildo y la Audiencia. Representaba aquél el retorno a la salud popular, una vuelta a la hegemonía de la colectividad; y ésta, un rezago de la autocracia. El Cabildo quería amplitud de miras y de puertas, sobre todo en lo que al comercio atañía; la Audiencia, monopolio y censura, en ideas y mercancías.

La actitud de la Audiencia de México en el incidente de Talamantes y el licenciado Verdad, protegidos por el Cabildo y hasta contando con la simpatía del virrey es bastante aleccionadora. Con diferencia de matiz, aquel episodio se repetiría, más o menos intensamente, en toda América.

407.—*La Logia Americana.— Concertación de futuros directores.*

Para coordinar todos los esfuerzos de los americanos con el fin de obtener su emancipación y entenderse de manera sistemática con los cooperadores de Londres, vivamente interesados en ayudar a las colonias españolas en su afán de ser libres, porque, según declara Canning, de ese modo se garantizaba su *libertad de comerciar*, se constituyó en la capital inglesa una vasta organización, cuyo inspirador y regente fué don *Francisco de Miranda*. Ella fué la *Logia*



*Americana*, de la que era Gran Maestre el insigne agitador venezolano.

Establecida según los moldes masónicos, entonces sumamente en boga por sus ideas de libertad, democracia y oposición al absolutismo, la Gran Logia Americana exigía que: para obtener el primer grado de iniciación en ella era preciso jurar *trabajar por la independencia de América*; y para el segundo, una *profesión de fe democrática*.

El Consejo Supremo tuvo como sede la residencia de Miranda, *Grafton Street, 27, Fitzroy Square, Londres*, y fundó filiales en varias partes, entre ellas, en *Cádiz*, donde funcionaba la *Logia Lautaro* de tan importante actuación en la campaña por la libertad del Río de la Plata, Chile y Perú.

Ante Miranda juraron entregar sus vidas por los ideales de la Logia Americana: *Bolívar* (1806) y *San Martín*; *Moreno y Alvear*, de Buenos Aires; *O'Higgins y Carrera*, de Chile; *Montúfar y Rocafuerte*, de Ecuador; *Valle*, de Guatemala; *Mier*, de México; *Nariño*, de Nueva Granada; *Monteagudo* y muchos más. Fué ahí donde quedó constituido el ubicuo estado mayor espiritual de la inminente guerra por la emancipación del Nuevo Mundo.

408.—*Godoy y el plan de Aranda.*

Como se sabe, el conde de Aranda, ministro de Carlos III, después de considerar atentamente la situación de las colonias y de sopesar la inquietud creciente en ellas, llegó a presentar al rey un plan, por el cual América Española se dividiría en tres reinos independientes, en cada uno de los cuales habría un príncipe de Castilla. *México, Costa Firme y Perú* serían los nuevos estados, dependientes de la vieja Metrópoli, pero en forma tan sutil que les permitiera la ilusión de *autonomía absoluta*, aunque reconociendo a Carlos como emperador común. A pesar de que el plan de Aranda no ha sido debidamente esclarecido, se sabe que sus propósitos reformistas, ya manifiestos con el envío de Gálvez a México, la expulsión de los jesuitas, etc., cayeron en el vacío.

En 1804, ya abocada la Corona a los sucesos de América, cuya inquietud, según todos los datos, iba en aumento, resurgió de nuevo el proyecto del conde de Aranda, esta vez en manos de *Godoy*, el favorito de la reina *María Luisa*.

Había, sin embargo, algunas diferencias entre ambos planes. Aranda, en 1783, había propuesto a Carlos III que se proclamara Emperador de España y América, reconociendo a las tres secciones que él había ideado, cada una de las cuales tendría a su cabeza un rey, que sería un infante de Castilla, los cuales infantes se vincularían por medio de un Pacto de Familia (recuérdese el que se celebró entre España y Francia). Además, se concedería libertad de comercio con Francia y España a dichos reinos. Godoy propuso a Carlos IV, lisa y llanamente, que designase como *Príncipes Regentes* de cada una de esas secciones a infantes españoles, sin considerar ninguna de las otras condiciones, más liberales por cierto, imaginadas por Aranda.

El plan del valido de Carlos IV fué sometido a los obispos del reino, ocho de los cuales le prestaron su aprobación, pero se opuso el Ministro *Caballero*, y Carlos IV desistió de llevarlo adelante, con lo que se perdió tal vez la última y gran oportunidad de España para mantener su poderío en las Indias Occidentales a través de una ficción que, luego, tendría gran éxito en Brasil, cuando se proclamó el Imperio teniendo como jefe a Pedro I.

## LAS JUNTAS

409.—*La primera Junta de Montevideo (1808) y la revolución de 1810.*

Fué la primera en constituirse, el 21 de septiembre de 1808, no bien se conocieron los sucesos europeos y la formación del organismo central de Aranjuez. Aunque, según los historiadores uruguayos, se estableció sin participación del virrey, lo que inferiría cierto aire emancipado, no tuvo repercusión autonomista. En eso influyeron mucho los acontecimientos del Río de la Plata, o sea el ataque de los ingleses y el triunfo del elemento criollo, pero no se sometió a Liniers, lo cual podía traducir cierto fidelismo hacia España, más allá de lo entonces consabido, puesto que, como sabemos, Liniers sustituyó a Sobremonte por voluntad del vecindario, no de la Corona.

Cuando al año siguiente, en 1809, llegó el nuevo virrey Hidalgo de Cisneros, la Junta de Montevideo cesó en sus

funciones sometiéndose al nuevo gobernante. Coincidió ello con una aguda crisis financiera en la región.

El apaciguamiento en la Banda Oriental duró poco. Una vez que Buenos Aires erigió su Junta, Montevideo no demoró en seguir sus pasos. Encabezados por *José Gervasio Artigas*, el sabio *Larrañaga*, *Miguel Barreiro*, *Joaquín Suárez* y otros, el vecindario de aquella ciudad organizó un movimiento análogo al de la vecina ciudad del Plata.

El prestigio de Artigas era inmenso en todo el país y, prácticamente, cubrió la acción de los autonomistas. Había llegado a Montevideo un nuevo virrey de las Provincias del Plata y el Alto Perú, *Elío*, con ánimo de contener la insurrección por orden del Consejo de Regencia. Para contrarrestar cualquier resistencia hispana, se formó en seguida un cuerpo de milicias, a las que Artigas llevaba su experiencia de teniente de *Blandengues* y de antiguo recorredor del territorio. Una división, al mando de Viera, Vargas, Benavides y Manuel Artigas, derrotó a los españoles en el *Paso del Rey*, la *ciudad de San José*, etc.

Pero la batalla definitiva de aquel período fué la que el propio José Gervasio Artigas dirigió en *Las Piedras* el 18 de mayo de 1811, a consecuencia de la cual los españoles no retuvieron ya sino Montevideo, donde quedaron prácticamente aislados. Fué ésa la primera gran victoria de las tropas sudamericanas sobre el ejército realista.

Artigas se lanzó sobre Montevideo, a la que puso sitio. En eso llegaron las tropas enviadas con *Rondeau*, desde Buenos Aires, y aquél asumió la jefatura general. Cuando más crítica era la situación de los realistas sitiados, el gobierno de Buenos Aires ordenó inexplicablemente levantar el cerco, habiéndose firmado la paz entre Elío y Buenos Aires (octubre de 1811). Según muchos, ello se debía a recelos por el creciente prestigio de Artigas; otros lo explican como un signo de debilidad a causa de las recientes derrotas sufridas por las fuerzas porteñas en el Alto Perú; y otros lo relacionan con la invasión portuguesa a la Banda Oriental. Los sucesos posteriores parecen confirmar la primera hipótesis como la más importante. Sin embargo, el gobierno de las Provincias Unidas declaró a José Gervasio Artigas «benemérito de la patria en grado heroico» y le ordenó dirigirse a Entre-Ríos por el Salto. Fué una lamentable disposición, de la que surgió, no obstante, una bella página de la historia uruguaya: viejos y niños, hombres y mujeres, en un impulso magnífico de solidaridad y sacrificio, se unieron a las tropas de su caudillo y abandonaron su patria en total

éxodo, en pos del ejército, a tal punto, que cuando los portugueses llegaron a Paysandú — para «socorrer» a los españoles, por aquello de las pretensiones carlotinas — sólo encontraron en el lugar a nada más que dos indios viejos.

Artigas acampó con aquella enorme mezcolanza de elementos en *Ayui*, a donde, en realidad, se había trasladado la patria uruguaya.

El gobierno de Buenos Aires dispuso, entonces, que el general Sarratea asumiera el mando de las mejores tropas de Ayui, y se lanzara sobre Montevideo. El caudillo uruguayo no trepidó en seguirlo, a retaguardia, dispuesto a cooperar en la liberación de su patria. Celos absurdos y minúsculos empañan la razón a Sarratea, quien deseando quitarse de en medio a Artigas, lo declara traidor; pero los jefes argentinos que acompañan a aquél, censuran a su general. Rondeau asume entonces el comando del ejército. Así se inicia el nuevo sitio de Montevideo.

Pero se trasluce ya la profunda diferencia entre los directores de una y otra Banda del Plata. Efectivamente, en abril de 1813, Artigas reúne a los cinco diputados orientales que van a representar a su país en la Asamblea General Constituyente argentina, y les ordena plantear como puntos básicos de sus reivindicaciones nacionales: 1.º *independencia absoluta de España*; 2.º *sistema federal*, dentro del cual la Provincia Oriental tenga la autonomía que le corresponde; 3.º *libertad civil y religiosa*; 4.º *derecho de la Provincia Oriental a levantar ejército*; 5.º *implantación del régimen republicano*.

No coincidían éstas y las demás instrucciones con las corrientes predominantes en el gobierno — no en el pueblo — de Buenos Aires, y se hizo anular la designación de aquellos cinco diputados. Al procederse al nuevo acto electoral, Rondeau asumió arbitrariamente la presidencia del cuerpo, imponiendo los nombres de los diputados.

De hecho quedaba planteada la dolorosa lucha intestina — germen de un Estado nuevo — entre Artigas y el gobierno de Buenos Aires. Este lo declaró «infame» y fuera de la ley, y ofreció hasta 6.000 pesos por su cabeza. Artigas, con sus huestes, abandonó el sitio de Montevideo. En Santa Fe, Entre-Ríos, Corrientes, al igual que en Córdoba, le aclamaban *protector*. Las disidencias caudillescas y locales estaban a punto de frustrar la incipiente libertad.

En aquellas circunstancias, Montevideo se entregó a Alvear, sucesor de Rondeau. Artigas, en la campaña, lleva a cabo una tarea tremenda. Hora de esfuerzos gigantes-



cos, de teracidad y privaciones sin cuento, proeza de la energía humana puesta al servicio de una decisión irrevocable. Episodios mil. Victorias y derrotas mutuas. Hasta que el 24 de febrero de 1815, el ejército argentino de la Banda Oriental, resuelve dirigirse a Buenos Aires, y Artigas obtiene un triunfo más visible sobre Alvear.

Como represalia y, al par, como deseo de amortiguar la amenazadora invasión portuguesa, el *Congreso de Tucumán* (Argentina), que proclama el 9 de julio de 1816 la *independencia de las Provincias Unidas del Plata*, resuelve entregar la Provincia Oriental a *Portugal*, que con 5.000 soldados la ha invadido. Artigas, vencido, se retira nuevamente a sus pagos, mientras espera que alumbré un nuevo día, que al fin amareció.

410.—*Los sucesos del Alto Perú.*

En realidad la primera Junta típicamente autonomista fué la de *Chuquisaca* (Sucre), en la actual Bolivia, ya que la de Montevideo en 1808 fué meramente circunstancial. El 25 de mayo de 1809, es decir, un año antes que Buenos Aires, dicha ciudad asistió al inesperado hecho de que un grupo de patriotas, capitaneado por Monteagudo, Zudáñez y Lemoine apresaron a García Pizarro, presidente de la Audiencia. El 16 del mes de julio, La Paz adoptaba igual actitud que Chuquisaca al mando de José Domingo Murillo, Sagárnaga, Lanza, Catacora y el cura Medina. Toda la provincia ardía en ardor patriótico y se formó una Junta tuitiva presidida por Murillo, la cual expresó al virrey de Lima que mantenían su adhesión a Fernando VII. Pero, desde Cusco, en donde acampaba un vigoroso ejército al mando del general Goyeneche, se despacharon fuerzas sobre Alto Perú, obligando a las inexpertas huestes de Murillo a retirarse a los *Yungas*. Pocos meses duró la campaña. A fines del año, apenas quedaban algunos rescoldos de la hoguera en el país. Y el 10 de enero de 1810, los implacables vencedores, para ejemplarizar tal vez a los posibles insurrectos de mañana, hicieron subir al cadalso a Murillo, cuyas últimas palabras fueron realmente proféticas: «*La tea que dejo encendida no la ahogará nadie*».

Con eso la vigilancia realista sobre Alto Perú aumentó mucho. Ya no fué posible irradiar desde Chuquisaca (en donde se había educado Moreno, Monteagudo y tantos otros próceres) las luces libertadoras que hasta ahí habían bri-

llado. Goyeneche lanzó todas sus fuerzas sobre los diversos reductos subversivos de Alto Perú. El último, en aquella etapa, Cochabamba, ciudad indomable, sufrió feroz represión. En la resistencia que opusieron los patriotas figura el hermoso episodio de las «recoveras», o sea las mujeres del mercado, que encabezaron el combate en el cerro de La Coronilla, dando ejemplo de heroísmo (27 de mayo de 1812). Goyeneche arrasó materialmente Cochabamba. (Véase un relato novelesco en «*Juan de la Rosa*», por Nataniel Aguirre, novela.)

Pero la tea no la ahogaría nadie. Los sucesos posteriores, la guerra propiamente dicha, los reseñamos en un capítulo posterior.

#### 411. — *La Junta de Quito.*

Culminación de las largas conspiraciones de años anteriores, eco del descontento ambiente y del motín de Chuquisaca, al fin estalló en *Quito*, el 10 de agosto de 1809, el grito de libertad, si bien no para formar nación aparte, sino para ejercitar su derecho a gobierno autónomo. El Cabildo encabezado por don *Juan Pío Montúfar*, marqués de *Selva Alegre* (cuyo activo secretario era el peruano *Rodríguez de Quiroga*) y algunos connotados vecinos de alcurnia, establecieron la *Junta de Quito*. Otras ciudades siguieron el ejemplo de la ciudad del Pichincha, pero Guayaquil y Cuenca se negaron a hacerlo. Por otra parte, la ciudad vecina de *Pasto*, al sur del virreinato de Nueva Granada, caracterizada por su realismo inexpugnable, lanzó sus fuerzas contra la *Junta de Quito*, que, con suma cautela, había adoptado el temperamento de contemporizar con el anciano presidente de la Audiencia, *Ruiz de Castilla*.

Triunfaron los pastuzos sobre los juntistas, y, a la vez, convergieron de Santa Fe las tropas del teniente coronel Dupré, mientras que en Guayaquil se presentaban, en son de bloqueo, los barcos del virrey de Lima, *Abascal*, el cual despachó también tropas por tierra, desde Maynas.

Ruiz de Castilla, entretanto, fué restituído en el poder, y había dictado un bando de amnistía. Mas, al entrar vencedor en Quito el coronel *Manuel Arredondo*, principió su tarea de exterminio desconociendo la amnistía y procediendo a una persecución sistemática, sin cuartel, contra los rebeldes. Episodio cruento de la época fué el asalto del pueblo quiteño contra el cuartel de los realistas.

Ya no hubo concierto, porque ni los represores cesaron

en su afán de dominio a sangre y fuego, ni los juntistas se resignaron a entregarse. El 22 de septiembre, Carlos de Montúfar, delegado de la Junta Central, comenzó a actuar. Se formó otra Junta en Quito, a cuya cabeza se colocó al anciano Ruiz de Castilla, quien ordenó el retiro de las tropas de Abascal, que fueron despedidas en agosto de 1810.

En medio de multitud de incidencias que denotaban el afán libertario de los patriotas quiteños, se proclamó luego *la independencia el 11 de octubre de 1810*. Pero, eso no fué, por el momento, sino un acto simbólico, pues en 1812, el territorio estaba totalmente dominado por el ejército del incansable y severo Abascal.

#### 412.—*La Junta de Caracas.*

La situación de Caracas era más complicada y propicia, tanto por su situación geográfica, cuanto porque ya había empezado a trabajar en el país la agitación sembrada por Miranda, cuya fracasada expedición de 1806 había dejado un favorable saldo de agitación e inquietud en la Capitanía General. Además, aquel movimiento había sido canalizado por hombres indomables, y desde Jamaica, Curazao y Haití llegaban incesantes incitaciones para romper las cadenas de España.

Se destacaba, en aquel conjunto de conspiradores, un joven moreno, pequeño, ardiente, elegante y rico: *Simón Bolívar*, quien en su hacienda «El Palmito», a orillas del Guaire, reunía los partidarios más connotados del fidelismo casi todos ellos miembros de la aristocracia caraqueña. Entre los dos Bolívar, José Félix Ribas, el Marqués de Toro, los Sojo, Tovar, Palacio, etc., cambiaban ideas para constituir una Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII, en pugna con el Capitán General. Los criollos también tenían derecho a opinar y decidir tratándose de sus propios destinos y en circunstancias tan graves.

En agosto de 1808 llegó el comisionado de la Junta Central de España, don José Meléndez Bruma. No tardaron en dictarse órdenes de prisión contra los más violentos de los propagandistas. Pero, en enero de 1809, la Junta Central de España fué reconocida, se decretaron indultos contra los procesados, y pareció como que la situación se estabilizaba, máxime cuando el nuevo Capitán General *Emparán*, de ideas afrancesadas, fué, por esa causa, recibido con cierta simpatía por el vecindario.

El 14 de febrero la *Junta de Sevilla* formuló su famosa



declaración: «Desde este momento, españoles y americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres». Con todo, las opiniones se hallaban divididas en tres sectores inconfundibles: los partidarios del rey, entre quienes había muchos miembros del alto clero, del ejército y pardos serviles; los partidarios de un término medio, con una Junta contemporizadora, y los que propugnaban la deportación de Emparán y la formación de una Junta Autonomista, entre quienes estaba *Bolívar*.

Emparán, forzado por los acontecimientos, apeló a despóticas medidas. Como protesta contra ello, Bolívar, que era teniente del batallón de Blancos del Valle de Arauca, se retiró al valle de Tuy, lleno de ira contra el desleal gobernante. Lejos de calmarse, la agitación fué *in crescendo*. El 18 de abril a nadie se le ocultaba que algo grave iba a ocurrir de un momento a otro. En efecto, al día siguiente, 19 de *abril de 1810*, se realizaba una reunión de Cabildo, a la que asistió el Capitán General, y en la que estuvieron presentes patriotas como Roscio, Sosa y otros. Deseoso de hurtar el cuerpo a la tormenta que presentía, Emparán salió del Cabildo para dirigirse a la Catedral, pero *Ponte* le obligó a volver, significándole que la gravedad de lo que iban a tratar no admitía dilaciones. Entonces, resumiendo la situación, hablaron *Roscio* y el carónigo chilero *Cortés de Madariaga*. Emparán, enfurecido y ahito, al oír aquellas invectivas y la grito del pueblo hábilmente azuzado, salió al balcón y se encaró con la multitud, gritándole: «¿Me queréis por vuestro gobernador?» A lo que el pueblo, siguiendo sugerencias de Cortés de Madariaga, contestó al unísono: «No lo queremos». «Yo tampoco quiero mando», vociferó frenético Emparán, retirándose del balcón y del gobierno.

Quedó constituida la *Junta*, cuya autoridad se fué extendiendo al territorio, excepto a Coro y Maracaibo, donde los patriotas cometieron el error de permitir que los realistas se hicieran fuertes. Otro error hubo entonces: el apresuramiento con que se proclamó la *libertad de los esclavos*, lo cual, si bien dió a los patriotas el apoyo de éstos, en cambio, puso en su contra a los poderosos terratenientes y negros. Además, por imitar a los Estados Unidos, al declararse la independencia, el 5 de julio de 1811, se definió a Venezuela como *república federal*. Poco antes, en marzo del mismo año 11, se había reunido el *primer Congreso de América Española*, en Caracas. Y luego, para buscar ayuda inglesa, había partido una comisión tripersonal de la que formaba



parte *Bolívar* y en la que iba como secretario don *Andrés Bello*.

La ilusión de Inglaterra, la fe en su apoyo omnímodo, obsesionaba todos los ánimos. Pero la realidad no correspondió a tal esperanza. La situación europea atravesaba un momento sumamente crítico, a causa de la hegemonía napoleónica. Y lo único que los emisarios pudieron conseguir, aparte de conocimiento, irradiación y simpatías, fué traer consigo al precursor don *Francisco de Miranda*, cuya experiencia hacía falta en la patria, amenazada a la sazón por las fuerzas que de Puerto Rico traían *Cajigal* y *Monteverde*.

Epoca amarga; días de incertidumbre, agravados por el terrible sismo del 26 de marzo de 1812, que causó innumerables daños y víctimas, y que el alto clero y los españoles explotaron habilmente atribuyéndolo a castigo divino por la herejía de los patriotas. Finalmente, en aquel aciago año de 1812 ocurrió el episodio de *La Guayra*. Monteverde dominaba la situación. Y en un raptó de ira, Bolívar, pensando que Miranda comprometía con su supuesta lenidad la suerte del país, lo apresó acusándolo de felonía. Los españoles apresaron en seguida al Precursor y lo trasladaron a Puerto Cabello, a Puerto Rico y finalmente a Cádiz, donde murió entre tinieblas y grillos. Grillos «nunca tan pesados como los de la Guayra», según la melancólica frase del Precursor, en 1816, poco antes de cerrar los ojos para siempre.

#### 413.—*La Junta de Buenos Aires.*

Pensar que la creación de las Juntas obedeció a un proceso enteramente popular, es decir, sin divisiones ni debates internos, es un error. Los criollos, no obstante desear al unísono las prerrogativas de que los privaba la autoridad peninsular, no estaban de acuerdo en la manera de llegar a tal fin, o sea, que *concordaban en lo negativo pero no en lo positivo*. Vemos así que, por ejemplo, en lo tocante a la provincia de Buenos Aires, surgieron enemistades y emulaciones desde el primer día, una de ellas la que se abrió entre *Moreno*, ya en su plenitud, y *Bernardino de Rivadavia*, que iniciaba su carrera política. Sus facciones chocaron en el Cabildo abierto del 1.º de enero de 1809, cuando, a raíz de haber nombrado Liniers, Alférez Real a Rivadavia, se promovió una intensa agitación que oí ligó a anular el nombramiento, no obstante lo cual prosiguió la grito, cortada en seco por el comandante de Patricios, *Cornelio Saavedra*,

quien mantuvo la autoridad del virrey, tras de lo cual se deserró al agitador Alzaga. Un semestre después, el 30 de junio, llegaba el nuevo virrey *Baltasar Hidalgo de Cisneros*, ante quien presentó Moreno, abogado de los ganaderos locales (20.000 según el texto), su célebre *Representación de los Hacendados*, uno de los documentos primordiales de la independencia americana, en el que se abogaba por el libre comercio, ya que el monopolio — auspiciador del más desenfrenado contrabando — era adverso a los intereses de los estancieros argentinos. Para dar una somera idea del valor que tenían los cueros de las reses y su abundancia, bastará decir que era corriente que se regalase la carne al vecindario.

Cisneros, como se sabe, aceptó en principio la *Representación* encabezada por Moreno, y en la que se bosquejaban las fallidas expectativas de los criollos. Pero era tarde. El 21 de mayo de 1810, 450 vecinos de Buenos Aires recibieron invitación a concurrir al Cabildo Abierto del día siguiente, al que asistieron sólo 224, entre ellos *Moreno, Rivadavia, Castelli, Villota, Saavedra*. El obispo asturiano *Lué*, revestido de todos sus ornamentos, cometió el dislate de afirmar enfáticamente, en un discurso despectivo y riguroso, que «*mientras existiera en España un pedazo de tierra mandado por españoles, ese pedazo de tierra debía mandar a las Américas*».

Saavedra zanjó la discusión, declarando que se debía declarar vacante el virreinato, y designar una *Junta* que gobernara el país, en nombre del cautivo Fernando VII. El 25 de mayo fué designada dicha Junta, conforme al parecer del comandante de Patricios; a su cabeza se colocó a *Cornelio Saavedra*, y, como secretario, a *Mariano Moreno*.

La actividad del secretario fué tal que, en pocos meses, logró poner en marcha sus dos propósitos fundamentales: el de culturizar al país y el de propender a su desarrollo económico: Biblioteca Pública, *Gaceta* y libertad de comercio, sintetizan aquel programa, a cuyo servicio consagró Moreno todo su fervor. Sin embargo, las facciones se encrespaban a tal punto, que se hizo inevitable la salida del secretario, en pugna con Saavedra y los moderados. Designado comisionado en Londres, hallábase Moreno en viaje hacia Inglaterra, cuando en alta mar, en plena juventud, le sobrevino la muerte.

Otro de los actos de la Junta consistió en despachar tropas patriotas al Alto Perú, con *Castelli*; a Paraguay, con *Belgrano*, y a Montevideo, con *Rondeau*, a fin de esparcir e

imponer las nuevas ideas. Castelli venció al enemigo, ganando la batalla de *Suipacha* (noviembre de 1810), pero el general español *Goyeneche* lo derrotó totalmente en *Guaqui* (20 de junio de 1811) comprometiendo la suerte de la Revolución. Los paraguayos rechazaron a Belgrano en *Tacuarí* (9 de marzo de 1811); Rondeau, por su parte, se unió a *Artigas* para combatir por la libertad de la Banda Oriental. (Ver párrafo 409.)

La Junta, entretanto, siguió confrontando ardientes problemas internos. El 23 de septiembre de 1811, ya sepulto en el mar Moreno, hubo de nombrarse un triunvirato (*Chiclana*, *Paso* y *Sarratea*, con *Rivadavia* por secretario), dejando a la Junta (ahora *Junta Conservadora*) el papel de legislativa. Poco más tarde, en junio del año 1812, se descubrió la célebre conspiración de *Martín de Alzaga* y el *P. José de las Animas*, que agitaban a los españoles contra la Independencia. Rivadavia, haciéndose el hombre fuerte, colgó a muchos, sin respetar hábitos sacerdotales. Proveniente de Chuquisaca, donde tuviera luminosa actuación patriota, surgió otro hombre peligroso, ardiendo de contagiosa vehemencia: *Bernardo de Monteagudo*, apasionado, irritable ambicioso, audaz y lleno de talento. Se le otorgó cierta preponderancia en «*La Gaceta de Buenos Aires*», pero pronto se arrepintió el gobierno de haberlo hecho, por lo que transformó el periódico en «*Gaceta Ministerial*». En fin, los acontecimientos fueron precipitándose, y, si no es poque en esos días vuelve Belgrano, que se dirigió a Alto Perú a reparar los errores ahí cometidos, y llega de España San Martín (con el impetuoso Alvear) a organizar los *Granaderos*, el eco del desastre de Guaqui y el de las rencillas intestinas, habría dado en tierra con la recién ganada independencia de las *Provincias Unidas del Plata*, amenazadas también por las tropas del Portugal, desde Brasil, y por las intrigas de *Carlota Joaquina*, empeñada en verse coronada como reina de dichas Provincias Unidas.

Estos y otros hechos más fueron otros tantos sucesos que encresparon en vez de alisar aquella nueva existencia tan necesitada de orden, concierto y estímulo.

Cuando la infanta se convenció de que sus artimañas no tenían eco en los patriotas y que no sería posible realizar su sueño de unir, en la Corona de Portugal, los dominios ultramarinos de España, se convirtió en irritada enemiga de los delegados del gobierno de las Provincias Unidas a la sazón en Río, Rivadavia y Belgrano, el glorioso vencedor de *Salta*. Para dar una idea del caos de aquellos días, en que un



Triunvirato era sustituido por otro, un Director Supremo por otro, basta decir que Belgrano, de vuelta de su misión en Inglaterra, abrigaba el proyecto de crear un gobierno *sui generis* con un *Inca* a la cabeza, repitiendo en parte lo que Miranda propusiera en su plan de Londres.

Después de encontrados combates y contrastes en Alto Perú, de que nos ocuparemos en el capítulo siguiente, cuando pareció totalmente dominado el anhelo expansionista de la Revolución Argentina, el *Congreso de Tucumán* proclamó la *Independencia definitiva de las Provincias Unidas del Plata*, el 9 de julio de 1816, pero cediendo la Banda Oriental, el Uruguay de hoy, a los portugueses del Brasil.

#### 414.—*Independencia del Paraguay.*

Carácter distinto a todos los movimientos americanos (como el de *Haití* y como el de *México*, también impares) tuvo el de *Paraguay*.

Conocedora la Junta de Buenos Aires, de la situación que atravesaba el antiguo territorio de Misiones, y dándose cuenta de que el estado social que ahí reinaba no era comparable con el de otras partes (por ejemplo, el de Buenos Aires), a causa del enclaustramiento y la disciplina impuestos por los jesuitas, enviaron para remover el ambiente y ganarlo a la causa patriota, al general Belgrano, quien, hombre de ímpetu y de talento, experto en conmover espíritus y manejar hombres, creyó que sería fácil empresa la que se le confiaba. Pero en *Tacuarí* (9 de marzo de 1811), halló pronto su desengaño, al verse rechazado por los hombres a quienes pretendía ganar a su causa.

Parecía que Paraguay, como Pasto en Nueva Granada, Coro en Venezuela y Cuenca en Quito, se negaría a aceptar las nuevas ideas y se aferraría al yugo español, cuando poco después de Tacuarí, el 14 de mayo de 1811, el *Doctor Gaspar Rodríguez de Francia*, hombre de gran influencia en Misiones, a la cabeza de sus adictos, sorprendió a propios y extraños proclamando la independencia del Paraguay, independencia, como todo lo que en adelante hiciera Francia, absoluta, sin ningún nexo con España ni — y eso fué lo doloroso — con el mundo. A partir de ese día, el doctor Francia, cuya personalidad avasallante ha merecido un atento y enjundioso estudio de Carlyle, cerró las puertas de su patria a toda corriente extraña, haciéndola vivir en un en-



claustramiento que corría parejas con el de su genio inclinado al autoritarismo, a la soledad y a la misantropía.

En 1812, el Congreso convocado por el Doctor Francia creaba un doble consulado como Poder Ejecutivo de Paraguay, pero él y nadie más que él gobernata.

#### 415.—*La Junta de Nueva Granada.*

Culminación de un largo período de conspiraciones, de agitaciones intelectuales, de difusión ideológica, el 20 de julio de 1810 el vecindario de Santa Fe depuso al virrey Amar y Borbón, y en su reemplazo constituyó una Junta, como las de Caracas y Buenos Aires. El eco de los sucesos del 19 de abril en Caracas hallaba así su fruto. Y habían comenzado a cosecharse, como es lógico, desde la costa atlántica, más vecina a la Capitanía General de Venezuela. A principios del año — 1810, por cierto — había llegado a Cartagena, *Villavicencio*, comisario del Consejo de Regencia. No tardó en proclamar aquella linajuda ciudad una Junta, procedimiento seguido por Pamplona y Socorro, y extendido, en seguida, a Santa Fe de Bogotá, según hemos dicho.

En esta ciudad, los principales promotores de los sucesos fueron *Camilo Torres* y *José Acevedo Díaz*, llamado «el tribuno del pueblo», quien dirigió el Cabildo abierto del 20 de julio. Producida la deposición de Amar, se nombró una nueva junta en cuya presidencia se colocó al ex virrey *Amar*, y en su vicepresidencia a don *José Miguel Rey*: junta fidelista, por cierto.

En el sur, vecinas a la presidencia de Quito, cuyo movimiento contribuyeron a sofocar, las ciudades de Popayán y Pasto se negaron a aceptar el procedimiento del resto del virreinato, y reiteraron su recalcitrante monarquismo.

Planteada la necesidad de la guerra interior, Amar fué depuesto y desterrado, mientras el gobernador de Popayán, *Tacón*, avanzaba sobre el norte con sus fuerzas. Felizmente para los patriotas, en *Bajo Palacé* sufrió contundente derrota, lo que permitió a los vencedores organizar el primer Congreso de Cundinamarca, en diciembre de 1810.

Este Congreso constituyó un parlamento compuesto por una Cámara popular y un Senado conservador, y reconoció como primer Presidente de la República a *Jorge Tadeo Lozano* (abril de 1811), el cual fué reemplazado por *Nariño* en octubre.

Presto se planteó una división más honda entre los pa-

triotas, repitiéndose en Nueva Granada lo que ocurrió en Buenos Aires. Dos tendencias se enfrentaron: la federalista, proclamada por el Congreso de Ibagué con Camilo Torres a la cabeza, teniendo como principal sostén a la provincia del Bajo Magdalena; y la unitaria, con Nariño, cuya sede era Cundinamarca. Entretanto, Panamá y Santa Marta, sobre las que pesaba la vigilancia de las posesiones españolas de las Antillas, permanecían bajo la autoridad de la Península.

Los debates degeneraron en conflicto. Nada tan lamentable como aquel duelo estéril entre los patriotas de mejor cepa.

Nariño acusa al presidente del Congreso de las Provincias Unidas. Sobrevienen sucesos deplorables, a los que hemos aludido brevemente en la semblanza de Nariño (véase párrafo 400), y todo ello facilita la labor de las tropas españolas que, durante 1812, en Nueva Granada, igual que en Venezuela, se impusieron, llevando así al cadalso a multitud de patriotas eminentísimos.

Pero los sucesos a partir del año 12, en Nueva Granada, Venezuela, Alto Perú, etc., pertenecen a otro período, al de la guerra, traspuestos ya los umbrales del separatismo.

#### 416.—*La Junta de Chile.*

Una de las insurrecciones más típicamente representativas del cariz aristocrático-criollo del juntismo o separatismo por medio de Juntas en Sudamérica, fué la chilera. Al considerarla en sus elementos constitutivos, uno se da cuenta de lo acertado del juicio de Oliveira Lima cuando dice que, no obstante haberse producido la autonomía brasileña apelando a la fundación de un Imperio, eran muchos los que, comparándolo con la República pelucora de Chile, decían que el Brasil era un imperio democrático, mientras que Chile era una república aristocrática.

Culminando un largo proceso de conspiraciones, estrechamente ligado con los sucesos de allende los Andes y con los intereses de los terratenientes (igual que con los hacendados argentinos), el 18 de septiembre de 1810, un Cabildo abierto, vehículo como siempre de la voluntad antidespótica, proclamó a la Junta de Gobierno encargada de reemplazar al abusivo García Carrasco, Gobernador y Capitán General español. Pero no se deshicieron de los viejos nobles, sino que los usaron, de acuerdo con la ficción del

fidelismo, como ocurrió con Ruiz de Castilla en Quito y con Amar en Bogotá. El *Conde de la Conquista*, octogenario ya, fué reconocido como Presidente de la Junta.

Tras toda aquella agitación habían actuado, como es natural, algunos espíritus dinámicos, no siempre inspirados en idénticos propósitos. Mientras don *Antonio de Rojas* y don *Juan Manuel de Ovalle* encarnaban aspiraciones tibias, don *Bernardo O'Higgins* (el hijo del ex virrey del Perú y Marqués de Osorno, don Ambrosio) y el inquieto mendocino *Juan Martínez de Rozas* representaban tendencias más extremas, como que el primero había sido aleccionado por Miranda, en Europa, y el segundo profesaba ideas ampliamente liberales. Además, cooperaba con él la famosa familia de los *Larraínes* (la *gens Fabia*, como la llama Mitre), constante de 800 miembros, entre ellos sus allegados, el guatemalteco don *José Antonio de Irisarri* y el irlandés don *Juan Mackenna*.

Designado Presidente de la Junta don *Mateo de Toro y Zambrano*, *Conde de la Conquista*, y como vicepresidente el obispo electo don *José Antonio Martínez de Aldunate*, se vió que la dirección del nuevo régimen, si bien entregada a los criollos, no se diferenciaba radicalmente de lo hasta ahí existente, y revelaba mucha influencia de lo ocurrido en Buenos Aires. Fué así como dos de los primeros actos de la Junta consistieron en declarar libres los puertos de Valdivia, Valparaíso, Talcahuano y Coquimbo (con lo que se despertó el recelo de los comerciantes peruanos, a quienes lesionaba la medida), y la potestad de enganchar nuevos milicianos para la defensa del territorio, cuya parte sur estaba ocupada por los españoles, y cuya parte norte y nor-oriental se hallaba a merced de un ataque del Perú.

Llegó en esas circunstancias el fraile *Camilo Henríquez*, a quien mencionamos ya, el cual lanzó una proclama manuscrita, a los miembros del Congreso, abogando por la creación de la República de Chile (enero de 1811). Era demasiado prematuro. Las elecciones del 1.º de abril de ese año, demostraron que quienes dominaban la situación eran los tibios, no los extremistas. En cuyas circunstancias arribó, de vuelta de Europa, donde ejerciera la carrera militar brillantemente y había sido contertulio y discípulo de Miranda, el fogoso joven *José Miguel Carrera*, perteneciente a aristocrática familia (julio de 1811). A los pocos meses, las actividades de tan encontrados elementos dieron al traste con la Junta y, el 4 de septiembre, se constituyó una nueva.

Las medidas que la nueva Junta adoptó fueron: con-



feccionar un censo del territorio; formular un proyecto de Constitución; aumentar los impuestos para los gastos de la guerra; establecer cementerio público; proclamar la libertad de todo el que naciere en Chile (libertad de vientres, se diría sarcásticamente en Perú cuando San Martín proclamó igual medida en Lima); prohibición de traer nuevos esclavos, pero no libertad de los existentes, punto en el que discrepa la revolución de Chile con la de Caracas, México y otros puntos, y revela con ello su carácter

Carrera promueve otra sedición, deseoso de formar parte de la Junta. El Congreso es disuelto el 2 de diciembre. La Junta de Concepción, en donde predomina Martínez de Rozas, se declara anticarrerista, lo cual le vale al fogoso mendocino ser deportado en 1812 (murió al año siguiente). Se lanza el Reglamento constitucional de 27 de octubre del año 12, pero la guerra civil lo entraba todo. Pareja, al mando de tropas realistas, invade el territorio. Carrera y O'Higgins, que momentáneamente actúan juntos, se traban en intestina pugna. Se funda la Biblioteca Nacional, pero se quebranta la solidaridad del movimiento. Aquí, como en Bogotá, como en La Guayra, como en Buenos Aires, como en Montevideo y, en parte, hasta como en México, la desunión, la discordia, las emulaciones, la falta de plan constructivo y la sobra de individualismo, realizan su obra nefasta. De los combates de aquella guerra civil absurda, en la que se debaten personas antes que principios vale más no acordarse mucho. Su fruto fué amargo. Las tropas españolas, que, al mando de *Maroto* y *Osorio*, hábilmente azuzadas por Abascal desde Lima, se lanzan sobre la revolución dividida, logran triunfar. En *Rancagua* termina desastrosa, aunque heroicamente, la Patria Vieja. De ella sale O'Higgins con el orgullo en alto pero derrotado. Y con él la primera etapa de la Revolución. Las represalias de Osorio denotan innecesaria brutalidad, germen de nueva insurgencia. Los vencidos pasan por Santiago, y trasponen los Andes, para ir hasta Mendoza, donde San Martín, previsor, cauteloso, tenaz y vigilante prepara las huestes de la campaña decisiva.

417.—*La revolución popular en México.*

Como hemos dicho, la independencia en México adquirió ritmo, orientación y tendencia diversos a los demás países.



El alboroto del año 8, en que cayeran victimados el P. Talamantes y el Licenciado Verdad, no fué sino un preámbulo, casi desarticulado del movimiento que estalló dos años después. Desde luego, la inquietud latente no perdió su empuje. Al contrario, a la luz de los sucesos europeos, del vecino ejemplo de Estados Unidos y de las noticias del resto del continente, iba cobrando mayor impulso. Pero con un ritmo propio, adecuado a la fisonomía típica de Nueva Granada, cuyo estado de desigualdad levantara las censuras y protestas de Humboldt, poco antes, con ocasión de su estancia en el país.

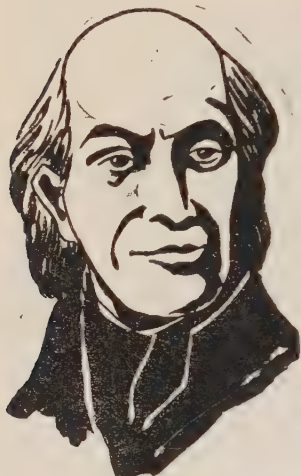
Las conspiraciones de Querétaro, que hemos mencionado, habían adquirido un ritmo más vivo. Tomaban parte en las conversaciones hombres del más variado matiz. Por cierto, el centro de todo era el cura *Miguel Hidalgo y Costillo* (1753-1811), educado en Valladolid, clérigo sexagenario, de considerable cultura, versado en lengua francesa, de la que había hecho varias traducciones, aficionado a las letras clásicas, astuto, audaz, apasionado y fervoroso del indio de su país, cuya opresión miraba con singular repudio. Era cura de Dolores (Guarajuato) y, por sus cualidades de astucia, lo apodaban «El Zorro». Encarnación del apóstol, sus palabras conmovían a personajes que, a primera vista, era imposible ganar a la causa libertadora, y con ello contaban los capitales don *Ignacio Allende* y don *Juan Aldana*, promotores del movimiento, con quienes solía conversar en diversas casas particulares.

Había llegado a Nueva España un nuevo virrey, Venegas, y la situación se hacía difícil a causa de la disparidad de opiniones sobre el contenido constitucional de la administración, si bien reinaba singular uniformidad en lo tocante a no alterar la sujeción del indio, gran víctima de aquel régimen.

Se hallaba muy avanzada la conspiración que dirigía Hidalgo, cuando se supo que alguien había delatado sus propósitos y que, de un momento a otro, podía ocurrir la intervención de la policía. No titubeó un instante el ardiente patriota. Tomando la delantera, el 16 de septiembre de 1810, en circunstancia de que se hallaba en su iglesia, subió al púlpito, y, desde ahí, vivo contraste con los demás movimientos americanos, pronunció una encendida arenga incitando a los feligreses a desconocer la autoridad de España, exaltando sus sentimientos nacionales, de raza y de odio a los españoles. Y al grito de «*Viva Nuestra Señora*

de *Guadalupe*» y «*abajo los gachupines*», como se apodaba a los peninsulares, se inició la rebelión.

*Fué una verdadera mesnada irregular, pero llena de fuego y de arrojo. Nada de Junta Conservadora del Rey: antiespañolismo liso y llano. Nada de conspiración de terratenientes criollos: insurgencia de la gleba indígena y mestiza. Nada de parlamentos con el virrey: desconocimiento absoluto. Nada de laicismo y libertad de cultos: catolicidad completa.*



HIDALGO

Estas características, tan diferentes, correspondientes a la realidad mexicana, sorprenden a algunos historiadores, que califican de manera despectiva las fuerzas de Hidalgo. Pero el contagio fué tan súbito, el ansia de libertad tan incontenible, que pronto fueron ganando una a una sus batallas, desde *Guanajuato* hasta *Valladolid*, y desde ahí hasta llegar a las puertas mismas de *México*. Era el 31 de octubre: en mes y medio, las fuerzas insurrectas con el nombre de la Virgen de Guadalupe como emblema, y su odio al gachupín extorsionador, habían conquistado una buena porción de territorio y dos plazas importantes. Pero, Hidalgo cometió un error: la indecisión, madre de la derrota.

En la marcha vehemente, al par que desesperada, de las huestes de la revolución, habían influido, paradójicamente, en pro y en contra a la vez, los mismos elementos. Hidalgo a la cabeza de los indios, constituía una horda, que comió a menudo excesos lamentables. A su lado, el capitán Allende trataba infructuosamente de constituir un ejército con disciplina militar, que pudiese enfrentarse ventajosamente a las tropas españolas, cuyo temple él conocía por experiencia directa y personal. De otro lado, el gran arrastre del cura Hidalgo, hombre de empresa y de fe, se vió amenazado por la excomunión de que lo hizo víctima el obispo de Valladolid, *Abad y Queipo*, lo cual fué repetido en todas las diócesis del tránsito, así como con la mentirosa pero le-

siva versión de que el insurrecto obedecía a las órdenes de Napoleón y estaba vendido a Francia.

Cierto que Hidalgo proclamó la abolición de la esclavitud y la supresión del tributo de los indios, pero no pensó en qué clase de gobierno daría al país así convulsionado y rebelde, obsesionado, como casi todos los movimientos de entonces, por la parte negativa, por el no viril y rotundo que, para ser prolífico, debió encarnar un sí vigoroso.

Después de vencer, pues, en *Guadalajara, Valladolid, Tepic y Zacatecas*, se puso a tiro de fusil de Ciudad de México, donde, como dice Justo Sierra, se le llamaba. Pero, demoró, y el virrey Venegas logró que el general Calleja organizara sus fuerzas, venciera a Allende en *Guanajuato*, deshiciera a 40.000 insurgentes, armados más de picas y flechas que de rifles, en *Puente Calderón*, y finalmente apresó a los cabecillas, quienes fueron ejecutados a mediados de 1811 en Chihuahua.

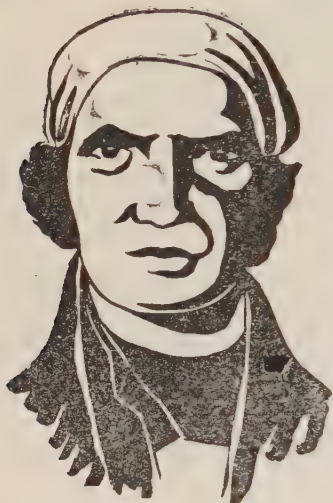
Justo Sierra, que no juzga con mucha benevolencia el movimiento de Hidalgo, dice, sin embargo, que «desde su captura hasta su muerte, estos hombres atravesaron una verdadera vía crucis; la exaltación frenética de las multitudes, a quienes se había dicho que estaban los caudillos en connivencia con Napoleón, y la fría crueldad de sus guardianes, hicieron de ellos unos mártires; no se quejaron» (Sierra, o. c., p. 169).

De Hidalgo, escribe el mismo autor: «El cura don Miguel Hidalgo se acercaba a los 60 años; era hijo de un español radicado en una aldea de la jurisdicción de Pénjamo, había recibido cierta esmerada educación literaria y teológica y, a pesar de que la poca corrección canónica de algunos de sus doctrinas le había merecido severas amonestaciones, después de haber sido el rector de uno de los mejores seminarios del país (San Nicolás, en Valladolid, hoy Morelia), había librado el buen curato de Dolores; en él, sin duda, continuaba sus lecturas de libros franceses y españoles prohibidos y meditaba. Pero no era un contemplativo; era un hombre de reflexión y de acción; pretendía, por medio del trabajo, creando y fomentando industrias (la industria vinícola, la serícola, la alfarería), lo que era poco grato a las autoridades de la Nueva España, mejorar la situación de sus feligreses indígenas. Atento, con ardor profundo, a cuanto pasaba en España y a las consecuencias que aquí tenían esos sucesos, cuando consintió en formar parte del grupo que Allende organizaba, comenzó, desde luego, a fabricar armas». (Sierra, o. c., p. 162).

Por aquellos días, otro movimiento insurreccional se hallaba aún en pie: el de *Morelos* y *López Rayón*, que habían sublevado la parte sur de Nueva España, ganando poblaciones tras poblaciones a su causa.



*José María Morelos y Pavón* era otro cura, que en su juventud fué arriero y conocía palmo a palmo el territorio. Se enroló, guiado por su odio a los gachupines, en las huestes de Hidalgo y aprendió al lado de *Rayón*, ex oficial del virrey, algo de arte militar. En 1801, cuando Hidalgo cayó en el patíbulo, Morelos dominaba parte del sur.



CURA MORELOS

Calleja, después de muchos episodios, consiguió sitiar a Morelos en *Cuatla*, y tales fueron las precauciones tomadas por el general español, que dió por descartado el aniquilamiento de su adversario, pero el arrojado cura zafó del asedio, cuando lo juzgó prudente, y reapareció al sur de Puebla, desconcertando a los realistas y tomándoles la importante plaza de *Oaxaca*.

A diferencia de Hidalgo, y con la experiencia de lo ocurrido, Morelos se esforzaba por dar estructura al movimiento, tener un puerto para comunicarse con el exterior presentarse como una organización política, positiva.

Por eso se dirigió hacia la costa y consiguió tomar Acapulco, esperando que Estados Unidos le proporcionara armamentos. A la vez, organizaba en *Chilpancingo* un *Congreso Nacional*, que, siguiendo el pensamiento de Morelos, enunció su decisión de *obtener la independencia absoluta de España* (noviembre de 1803), en circunstancias en que los sucesos de la Península española hacían pensar que pronto dejarían de tener vigencia los propósitos fidelistas hasta ahí válidos.

Morelos asumió la integridad del poder ejecutivo, controlado por la Asamblea, en mucho impertinente y entrometida. Sufrió varios reveses militares. En España fué abolida la Constitución de Cádiz. Calleja era virrey de Nueva España. Como respuesta a ello, desde *Michoacán*, el Congreso de Morelos lanzó el *Decreto constitucional para la libertad de la América mexicana* o constitución provisional de Apatzingán (octubre de 1814), de tipo *republicano* y con un ejecutivo *triumviral*. Dicho decreto establecía la *vuelta*



de los jesuitas y no consideraba como ciudadanos a los que no fueran católicos. Pero eran los últimos estertores del movimiento. Calleja avanzaba con paso firme, munido de poderosos implementos de guerra. El congreso mexicano quiso entonces situarse más cerca de villas tan importantes como Puebla y Veracruz, bajo la custodia de Morelos. No consiguieron su intento. Y, vencido, el caudillo, cura heroico también como Hidalgo, fué degradado de sus insignias sacerdotales y sacrificado en el cadalso (1815).

418.—*Las Cortes de Cádiz y la Constitución del año 12.*

Fiel a sus principios fidelistas, la *Junta de León* había convocado a todas las del reino a una reunión general, en la que cada una debería tener sus respectivos representantes. Hasta aquella isla gaditana había ido a parar la *Junta Central* expulsada sucesivamente por las armas francesas, desde *Aranjuez*, pasando por *Sevilla* y *Cádiz*. Como la *Junta* cometiera desaciertos en materia militar y no pudiera impedir el avance constante de las armas enemigas, hubo de ceder el paso a un *Consejo de Regencia* que, con tal título, se encargó de organizar la campaña, residir y vencer a los invasores, y mantener a las colonias unidas, en sus aspiraciones fundamentales, a los propósitos de la *Península*.

Ya se habían realizado en el Nuevo Mundo las Juntas del año 10 y las guerras subsiguientes, con las que se evidenció de modo palmario la voluntad y la capacidad de autonomía de los virreinos.

El 15 de *octubre de 1810*, las Cortes reunidas en *Cádiz*, según el modelo popular (extirpado por los Austrias) de las antiguas Cortes medievales, habían declarado solemnemente que «los dominios españoles en ambos hemisferios habían de formar una sola y misma Monarquía, una sola y misma Nación, y una sola familia y que, por lo mismo, los naturales que fueran originarios de dichos dominios europeos o ultramarinos, gozarían de iguales derechos que los de la *Península*.»

Dentro del ambiente liberal, hijo del «despotismo ilustrado» y de la Revolución Francesa, aquellas Cortes declararon extinguida la Inquisición y proclamaron la libertad de pensamiento y de prensa. Y llevando su liberalidad a extremos que, poco antes, habrían parecido inalcanzables, decre-

taron el 9 de febrero de 1811, que los americanos tenían *derecho a acceso a todos los cargos públicos*, con cuyo motivo, confirmaron su igualdad, como ya lo enunciara Vizcardo y lo agitara constantemente Miranda

Cada Junta americana designó, como sabemos, un representante en Cádiz. La presidencia era rotativa, y ocurrió que el peruano *Vicente Morales Suárez* murió súbitamente en circunstancias en que presidía el torneo. Conspicuos miembros de las Cortes gaditanas fueron el insigne quiteño *José Mejía*, uno de los más ardientes partidarios de la abolición del Santo Oficio; el poeta *José Joaquín Olmedo*, cuya más descollante actuación consistió en un discurso para extirpar el sistema de las mitas; el mexicano *Miguel Ramos Arispe*, el «Franklin americano»; *Fray Servando Mier*, también de México etc. Entre los españoles figuraban nada menos que Manuel José Quintana, Francisco Martínez de la Rosa, Juan Nicasio Gallegos, etc.

Las Cortes, después de intensos debates y empenachados discursos, dictaron la famosa Constitución doceañista, calcada en muchas partes de la Constitución francesa de 1791, más bien jacobina que liberal, aunque se denegó la libertad de comercio y se acabó aceptando, en principio, el dinero que ofrecía el ministro inglés *Wellesley*. Pero, 1812 era demasiado tarde. América ardía ya en fiebre revolucionaria. Habíanse producido levantamientos irreparables. Surgían ya con caracteres netos Bolívar en el norte, San Martín en el Sur, al par que se obscurecía la estrella de Miranda. Sin embargo, la Constitución del 12 palió la beligerancia americana. Y cuando en 1814, el «Deseado» Fernando declaró abolida la Corte, tornando al ya intolerable absolutismo, España perdió más que América, porque ésta no tuvo necesidad de seguir usando la careta del fidelismo al rey, sino que se lanzó abiertamente a la guerra por la independencia.

#### 419.—*El predominio español en Perú y Centroamérica.*

Nada efectivo pudieron hacer en todo aquel período para sacudir su yugo y manifestar su fidelismo (es decir, su separatismo) el poderoso vecindario de *Lima*, ni el puerto de *Guayaquil*, ni el *Alto Perú*, después de la ejecución de *Murillo*, ni *Cuba*, ni *Puerto Rico*, ni *Centroamérica*. En ellos residía el nervio mismo del poderío militar hispano.

Lima tenía como gobernante a *Fernando de Abascal*,

*Marqués de la Concordia*, el más duro obstáculo que encontró la causa emancipadora en Sudamérica, como que la mantuvo en jaque durante todo el tiempo de su gobierno (1808-1818), y sólo a su ida subió la marea insurgente en el territorio de su mando. En vano se confabularon ilusos conspiradores, como *Aguilar* y *Ubalde*, ejecutados en Cusco el año 5; o los *Zela* y el empecinado *Gómez*, de Tacna, en 1811; o *Pallardelli* y el separatismo huanuqueño, en 1812; o, en fin, la formidable conmoción de los curas *Béjar* y *Muñecas*, los hermanos *Angulo* y el brigadier *Mateo García Pumacchua*, en el Cusco, el 3 de agosto de 1814, movimiento en cuyo último combate, con el último cañonazo, se mezcló el último canto de un poeta insigne, el Chénier peruano, *Mariano Melgar*, fusilado sobre el mismo campo de batalla, en 1815. Todo eso fué inútil, así como las conspiraciones femeninas de las condesitas y las marquesitas, lectoras furtivas de la Enciclopedia y la propaganda de los caballeretes acaudalados como *José de la Riva Agüero* y *Sánchez Boquete*, autor de una ilustrativa *Manifestación Histórica* (o folleto de las 28 causas), escrita en Lima, «Centro de la Opresión», el año de 1816 e impresa, anónimamente, en Buenos Aires, el año de 1818. De nada sirvió. Abascal deshacía las intentonas a vigilancia y horca, señor de su virreinato, y capaz de darse abasto para sujetar el Alto Perú, vencer a *Murillo*, a *Rondeau*, a *Belgrano*, a la Junta de Chile y hasta a los juntistas de Quito.

En *Centroamérica*, pesaba la vigilancia inmediata de las guarniciones de México y las de *Cuba* y *Puerto Rico*, convertidas en auténticos arsenales del ejército colonial, como que de esta última isla salieron *Cajigal* y *Monteverde* a sofocar la revolución venezolana y neogranadina. Y como que *Cuba* y *Puerto Rico* permanecieron en poder de España muchos lustros después, hasta casi finado el siglo XIX, en que intervino Estados Unidos para liquidar aquel imperio sobreviviente a su propio desastre.

Por otra parte, coincidiendo con la decadencia de la revolución en América y con sus luchas intestinas, surgía, al revés, el absolutismo hispano triunfante del fugaz liberalismo de las Juntas. Es así como, en 1814, las Cortes de Cádiz iban a tener un triste despertar, y el pueblo ibérico el más doloroso de sus muchos desengaños.

## LA GUERRA

420.—*Carácter de este período.*

Con 1812, en unos lugares de América, y, más concretamente, con 1815, a consecuencia del término de la Constitución doceañista, impuesto violentamente por Fernando VII, se da fin a una etapa de la lucha por la independencia americana. Primeramente, fueron algunos movimientos de masas, aislados, tumultuosos, cruentos; después, a la sombra de lo ocurrido en España el año 8, se constituyó el separatismo, so capa de Juntas fieles al Rey Fernando. Pero, con la vuelta de este monarca, trocado en mandón absoluto, ya no hubo disfraz posible, ni los americanos podían dar marcha atrás, ni los realistas aceptar lo conseguido en las Juntas, de suerte que se hizo inevitable el choque sangriento.

Polarizada ya la lucha, tuvo dos escenarios principales: México y Centroamérica, por una parte; y Sudamérica, por la otra. El movimiento sudamericano, que alcanzó mayor agudeza, se subdivide en tres: el del Norte, el del Sur y el de la culminación, en el Perú, «centro de la opresión». A consecuencia de eso nacen nuevos Estados, entre ellos Bolivia y Uruguay, que fueron los postreros cronológicamente.

Dos grandes capitanes y estadistas resumen esta nueva etapa: Bolívar y San Martín, emblema el uno del Norte, del Mediodía el otro. A su lado se yerguen otras figuras. Llámense Santander, O'Higgins, Artigas, Hidalgo, en primer término; y en un plano menos destacado, Santa Cruz, el doctor Francia, Iturbide.

a) *La guerra en Venezuela y Nueva Granada.*421.—*La reacción y Monteverde.*

Como sabemos, la Junta de Caracas tuvo que enfrentarse (al regresar Bolívar, trayendo a Miranda consigo, desde Inglaterra) con la vigorosa ofensiva española desatada desde Puerto Rico por las tropas de Cajigal y Monteverde. Este último se hizo cargo de la situación y se lanzó, con



energía y tacto a la vez sobre los patriotas. En 1812, según se vió, obtuvo una memorable victoria material en Puerto Cabello, de cuyos castillos se hizo dueño, y, luego, un éxito moral tan grande como aquél, al lograr la captura de Miranda, quien, víctima de un doloroso ofuscamiento de Bolívar, en *La Guayra*, por cuasi entrega de sus propios conmitones, fué a pagar en un tétrico calabozo, hasta su muerte, (1816) largos servicios y altísimos esfuerzos por la emancipación americana.

Monteverde estableció el *terror blanco*, tan rudo, tan eficaz que las principales partidas de patriotas venezolanos hubieron de recurrir a la emigración, refugiándose en las vecinas islas de Curazao y Trinidad, propiedad ésta de Inglaterra, y aquella de Holanda. En ese momento parecía la revolución totalmente sofocada, perdida.

422.—*Regreso de Bolívar.*  
—*Manifiesto de Cartagena.*

Un grupo de jefes patriotas, *Piar*, *Santiago Nariño* y *Antonio José de Sucre*, refugiados en Trinidad, resolvió, apenas hubo oportunidad, embarcarse subrepticamente y volver a la costa oriental venezolana, a fin de abrir campaña contra los realistas. A su vez, Bolívar, que se hallaba en *Curazao*, siguió igual procedimiento, pero con rumbo distinto, pues se dirigió a Cartagena. La situación se había complicado favorablemente para los patriotas a consecuencia de la ferocidad irreprimible de Monteverde. Cartagena ofrecía un magnífico campo para desarrollar una campaña eficiente sobre Nueva Granada y pasar en seguida a Venezuela.

En esas circunstancias, Bolívar, devuelto al seno de su patria americana, lanza el famoso «Manifiesto de Cartagena» (1813), pieza en la que se revelan ya las dotes de estadista de aquel joven caudillo, que entonces cumplía treinta años.

Simón Bolívar nació en Caracas en 1783, hijo de una acaudalada familia. Tuvo como maestros en sus primeros años al célebre Simón Rodríguez y a don Andrés Bello, de quienes no se desligaría jamás mientras vivió. Temperamento tempestuoso, ardiente, después de haber recorrido Europa, casó con su prima Teresa de Toro, de la que envió antes de cumplir los 18 años, dolor que se le grabó profundamente en el espíritu. Para olvidar tornó a Europa, y fué aquello un derroche de dinero y una sensualidad de alma ávida de consuelo, por el fácil medio de los sentidos. En 1805, estando en Roma, sobre la cumbre del Monte Sacro o Aventino, y ante su preceptor don Simón Rodríguez, pronunció el célebre juramento

de no cejar nunca en sus esfuerzos hasta conseguir la libertad de América. El año 3, según parece, entró a formar parte de la Logia Americana de Miranda. Volvió a Venezuela en 1806, después de haber visto coronarse Emperador a Napoleón, hecho que le causó profunda e ingrata sensación, precisamente cuando Miranda intentaba la fallida expedición y desembarcó del «Leander». Desde entonces se mezcló en todos los proyectos para liberar a su patria, de acuerdo con su juramento del año 5, y según hemos visto, fué uno de los conspiradores que prepararon el suceso del 19 de abril del año 10 en Caracas y, luego, su vida se confundió, ya hasta la muerte, con la guerra por la emancipación de América.

#### 423.—*La guerra a muerte.*

Bolívar entró por Nueva Granada a Venezuela, según el plan que se había propuesto. Convencido de que no había otro remedio que desplegar igual ferocidad que los realistas; resuelto a llevar la campaña a sus mayores extremos, el 15 de junio de 1813, estando en Trujillo, proclamó la *guerra a muerte*, por medio de su célebre proclama: «*Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad americana. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables*». El mensaje lo rubricaron dos cabezas recién cortadas, según refiere el historiador don Vicente Dávila. La respuesta no se hizo esperar igual de parte de los realistas. Y así se abrió un capítulo tremendo de la lucha por la emancipación.

*Bolívar*, al convocar en su ayuda a españoles y canarios, demostraba que *no era un odio de raza, sino de principios*, lo que inspiraba la guerra que él conducía. Y al darle tinte cruento e implacable quería evidenciar que no le habían arredrado las exacciones de Monteverde y que si era preciso, España experimentaría peores sanciones que las sufridas en carne propia por los patriotas.

Y como lo pensó, lo hizo. En menos de dos meses, había arrebatado a Monteverde, gravemente herido, sus conquistas, salvo Puerto Cabello, y el 7 de agosto del año 13 hacía Bolívar su entrada triunfal en Caracas que le recibía como «*El Libertador*».

#### 424.—*La campaña en los llanos.*

Si Monteverde fué duro, si Calleja se mostró implacable, ninguno, no obstante, logró emular, siquiera de lejos, a *Tomás Boves*, el terrible llanero que irrumpiera contra los patriotas en 1813. Se apellidaba *Rodríguez* y había actuado

como pirata, en lo que se curtió a la aventura, a la audacia y a la crueldad. El nombre de Boves lo tomó de su patrón, a quien, por curiosa paradoja dentro de un espíritu tan áspero e indómito, guardaba fidelidad siquiera en el patronímico. Boves había sido patriota en 1810, pero se alejó de la causa y, como suele ocurrir con los renegados, fué el más encarnizado enemigo de sus conmillones de ayer. Tenía a su lado un segundo tan feroz como él, *Tomás Morales*. Si Cajigal, en la costa, era el jefe oficial de los realistas, Boves representaba la acción drástica y efectiva en los llanos del Orinoco. Ahí armó, estimuló y comandó a sus terribles lanceros, jinetes de maravilla, tropa de choque de valor incomparable, sanguinaria e impiadosa.

Contra este adversario, que nacía del pueblo, que juntaba a criollos y españoles, a antagonistas doctrinarios, y famélicos, se opuso Bolívar, que aún trataba de disciplinar sus huestes. Ciertamente que lo detuvo en *San Mateo*, donde el valeroso *Ricaurte*, neogranadino, prefirió volar con su gente, en «El Ingenio», antes que entregarse al llanero. Ciertamente que ahí mismo Bolívar, dándose cuenta de que se estaba jugando la suerte a una carta, hizo vibrar a sus hombres, al mezclarse a la vanguardia, y, piafantes caballo y ánimo, les dijo, antes de arrojarlos al tumulto: «*Aquí, entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero*». Pero, había sonado una nueva hora fatal. A la fiereza de la reacción del ejército realista y de los llaneros, se añadían las noticias de España.

De pronto se desplomaba todo el edificio del fidelismo tan arduamente levantado por los americanos.

Fernando VII, de regreso a su patria, en vez de agradecer y aprobar los esfuerzos desarrollados en defensa de sus derechos, se volvió contra su pueblo y los trataba como a rebeldes. Era el año 14 en que se abolía la Constitución de Cádiz y, por tanto, los hasta ayer defensores de la Corona contra el zarpazo napoleónico se convertían de pronto en reos de «lesa majestad».

Moral y legalmente, la situación había empeorado para los patriotas. Materialmente las fuerzas de Bolívar sufrieron, además, una al parecer, definitiva derrota en *La Puerta* (junio de 1814).

El Libertador, comprendiendo que por el momento su causa se hallaba irremisiblemente perdida, logró que el contrabandista *Bianchi*, hombre arrojado y leal, lo recibiera en su barquichuelo arrebatándole a las iras de sus vencedores.

425 — *Muerte de Boves y de Ribas.*— *Derrota patriota.*

Dos hechos sobrevinientes fueron de una dureza extrema para los patriotas. José Félix Ribas, el émulo de Boves en arrojo y tenacidad, se alza en la costa nordoriental de Venezuela, en unión de Piar y de Bermúdez, contra los realistas. El Libertador fugitivo, a su vez, deseoso de seguir combatiendo, consigue que su protector de aquella vez lo desembarque en Carúpano. Los hechos adquieren un ritmo acelerado, incontenible. A punto de ser victimado Bolívar, el contrabandista Bianchi, con singular arrojo, logra salvarlo de la muerte.

Boves, entretanto, busca a la mesnada patriota y la derrota en *Maturín* y *Urica*, acción esta última en que el feroz llanero halló la muerte sobre el campo de batalla, el 5 de diciembre de 1814.

Ribas se yergue como constante amenaza frente a las hordas de Morales, sucesor de Boves, pues conoce también el secreto de levantar los corazones llaneros y enfrentarse lanza a lanza, caballo a caballo, audacia contra audacia. Un traidor corta aquella carrera que pudo ser magnífica: entrega a Ribas a manos de Morales, quien lo decapita sin piedad. La patria está de duelo. Nada retienen ya los patriotas en territorio venezolano excepto la isla Margarita, donde el terrible *Arizmendi* ejercita tantas crueldades que enloda el nombre de la causa libertadora. De ahí lo sacará poco después Morillo, al iniciar la represión realista.

Bolívar, anheloso siempre de acción, se dirige al Norte de Colombia y se une a los patriotas de la costa atlántica, que sostienen la bandera *federal*, y combate contra los *unitarios* de Cundinamarca, que son vencidos. La guerra civil ha prendido en el seno de Nueva Granada, arrastrando consigo a los mejores espíritus. *Torres* y *Nariño* se atacan; las intrigas tejen sus mallas. Bolívar, desencantado, abandona el teatro de esa lucha estéril y se dirige a Jamaica.

426.—*La Carta de Jamaica.*

En Jamaica, al amparo de la bandera inglesa, se desarrollan actividades conspirativas contra España. Bolívar no cesa de escrutar el horizonte de su patria que es ya no sólo Venezuela, sino América toda. Tampoco le abandona la



vigilancia de los realistas. Una noche, el Libertador, entregado a una de sus aventuras galantes, en brazos de Luisa, la amante de Jamaica, salva de casualidad de una asechanza. Un asesino apuñaleara su hamaca, que éi ha trocado por el lecho de aquella mujer.

Sin embargo, en medio de aquel no extinguido y múltiple hervor, Bolívar examina severa y profundamente la realidad americana, y en una famosa «*Carta*» a un caballero inglés que se interesaba por los asuntos de América», según reza el epígrafe, traza el más exacto panorama de nuestras futuras repúblicas, con la nitidez y la claridad de un iluminado. Si alguien dudara de la penetración política y el conocimiento sociológico e histórico del Libertador, ese documento, conocido como la *Carta de Jamaica*, le servirá de permanente desmentido.

#### 427.—*La represión de Morillo.*

Libre de las cortapisas de una Constitución liberal, con la que no comulgaba, y creyéndose a cubierto de cualquier asechanza napoleónica, puesto que el Corso parecía dominado definitivamente en Elba, Fernando VII se consagra a sujetar la rebelión de América, para lo que despacha 13.000 hombres al mando del marino *Pablo de Morillo*, hombre sagaz y enérgico, munido de plenos poderes. Morillo desembarca en Venezuela en abril de 1815, mientras Bolívar se halla en Jamaica, oteando el porvenir y preparando su próxima campaña.

De inmediato limpió la isla Margarita, sin ejercer sanciones contra el teroz Arizmendi, lo que hizo concebir esperanzas de comprensión y suavidad. En mayo entró a Caracas, siempre dentro de su plan de no agudizar represalias, de no despertar enconos. Después nombra al brigadier Moxó, Capitán General y Gobernador de Venezuela, y le deja 5.000 hombres para que detenga y reduzca a las partidas armadas de llaneros patriotas.

La primera empresa de Morillo en Nueva Granada consiste en sitiar a Cartagena, tanto para concluir con la revolución en aquel sitio, cuanto para cortar una de las vías de abastecimiento en armas, hombres y pertrechos, provenientes de las Antillas inglesas. Entre agosto y diciembre se lleva a cabo aquella maniobra, en la que el valor criollo luce con espléndido fulgor. El hambre, la sed, la epidemia y el plomo diezman a los cartageneros, pero resisten, y cuando ya no pueden más, entonces, sólo entonces, se rinden, pero

no sin que antes logren escapar de ahí, escuálidos, pero altivos, los venezolanos que constituían cooperación inapreciable de la resistencia. Y se van a Haití, donde Pétion, el presidente negro y generoso, les tiende la mano y les promete—y cumple— cooperación para su empresa.

Pero, no todas han de ser malandanzas. Por de pronto, Arizmendi vuelve a capturar la isla Margarita, lo cual, si es un punto de apoyo constituye también un riesgo por la ferocidad del captor. El hecho hiere tanto a Morillo, cuya prudencia hasta ahí fué extremada, que inicia una campaña de represión inexcusable. En *Santa Fe de Bogotá*, pensando que ya nada tiene que temer, dando por sentado su poder, suelta ya la zarpa crudelísima, se comportó como una hiena. Se tiene por tan seguro y está tan decidido porque sus tropas se han enlazado ya con los realistas de Quito en el Sur y mantienen férreo contacto en el Norte con las de Venezuela. Entonces se le ve de cuerpo entero. Al sagaz marino de hace meses le salen los odios escondidos.

*Mayo de 1816* es una fecha tremenda para la capital neogranadina. A nadie respeta el represor, mucho menos al talento, y nada a la cultura. En los luctuosos días de su desenfreno caen las mejores cabezas de Nueva Granada, tal vez de América, segadas sin piedad ni nobleza. Los cadalsos se enaltecen con la sangre de *Tadeo Lozano*, de *Camilo Torres*, del insigne sabio *Caldas* (30 de octubre, 1816), quien, al subir al patíbulo, trazó simbólicamente un signo que la posteridad leyó así «*O (h) negra y larga partida*».

Siguiendo su hábito de poner en mano de otro la responsabilidad del gobierno, Morillo dejó, entonces, como Virrey de Nueva Granada a *Sámano*, bajo cuya mirada se realizó el sacrificio de *Policarpa Salavarrieta*, la *Pola*, heroína patriota de Colombia (17 de noviembre de 1817).

La Revolución parece muerta. Morillo ha impuesto de nuevo el yugo del Rey, ayer deseado por los liberales, y hoy su cuchillo: don Fernando VII.

428.—*La reacción patriota: Santander, Casanare, Angostura.—Fusilamiento de Piar.*

En los llanos de *Casanare*, apartados de todo comercio humano, salvo el de la conspiración, curtiéndose al dolor y a la necesidad, se concentran las sobrevivientes partidas de patriotas. En ellas descuella con singular relieve un joven

neogranadino, estudiante de Derecho, *Francisco de Paula Santander*. A su discreción y prudencia, henchidas de coraje, confían los revolucionarios la dirección de sus movimientos. En medio de los bosques, el licenciado neogranadino destila pericia y energía. Todo aquel trágico año de 1816 es de expectativa y angustia. Menos mal que el Presidente *Pétion* ayuda a *Bolívar*, para que retorne a la acción. Así es como, secretamente, desembarca el Libertador en Cayos, a fines del año 16, y organiza en la Guayana venezolana sus nuevas huestes.

Mientras *Santander* espera, actuando durante casi cuatro años en los bosques de Casanare, haciéndose fuerte y duro en una cuasi vida de fiera, *Bolívar* tiene en *Casacoima*, en medio de la selva y del desamparo, grandezas futuras, un delirio que se ha hecho célebre (4 de julio de 1817). Y lucha, atacando como puede a los poderosos destacamentos realistas, en tres años de guerrillas y exasperación.

Ya por julio de 1817, es dueño de *Angostura*, a lo que coopera la escuadrilla de *Brion*. Esto le permite comunicarse con el mundo, y entonces sabe, entre tantas nuevas, que su propia gente anda alborotándose y planeando desapacibles empresas e intrigas. En mayo del 17, un grupo de jefes patriotas adversos al Libertador realizan un *Congreso en Cariacó*, del que emana una especie de Constitución que establece el federalismo y un ejecutivo bipersonal. Bolívar se ve en el caso de combatir esa vez contra sus propios correligionarios, entre los cuales figuran experimentados capitanes de antaño como *Piar* y *Mariño*. Este último escapa a la isla Margarita, pero aquél cae en manos del Libertador, quien ordena fusilarlo, el 16 de octubre de 1817. Aquella ejecución desata una tempestad de acusaciones y odios contra Bolívar, pero restablece la disciplina, tan necesaria en esos instantes. Entretanto *Páez*, al mando de sus llaneros, ataca a los realistas, hostigándolos sin cesar. Morillo pretende terminar con él en una batalla de caballería, la de *Mucuritas*, donde los llaneros de Páez vencen a superiores fuerzas del general español. Otra derrota sufre Morillo al pretender recapturar Margarita, pero, en cambio, en el ya fatídico punto de *La Puerta*, experimenta Bolívar otro fracaso.

429.— *Nacimiento de la República: Vargas y Boyacá.*

La lección es tan recia que Bolívar se dispone a rectificar sus proyectos y la estructura misma de sus huestes. Ahora las somete a férrea disciplina, aprovechando la experiencia de oficiales extranjeros, ingleses e irlandeses, que se han enrolado en sus filas, carentes de campo de batalla en Europa, donde impera la Santa Alianza. Para hacer más sólida aquella reforma, reúne en *Angostura* un Congreso, y renuncia el mando, pero recibe, acto seguido, la investidura de *Presidente de la República*. Ha nacido el *Estado venezolano*, en aquel febrero del 19. Para ese naciente Estado vierte Bolívar la armoniosa lección de sus preceptos jurídicos, las pautas de una nueva Carta.

La guerra se desarrolla vertiginosamente con un compás de apremio. Páez vence a Morillo en *Las Queseras* (abril del 19). Bolívar, en conexión con Santander, mientras Páez se mueve en los llanos, parte de la cuenca del Orinoco y cruza los Andes, y cae sobre Tunja, donde nadie le espera, y asesta un golpe de muerte al virrey, no obstante mes y medio de marcha forzada, en donde perdió casi toda su caballería, a causa del frío, el cansancio y el hambre. En el *Pantano de Vargas* (6 de julio de 1819) inflige seria derrota a los españoles. Un mes después, el 7 de agosto, su triunfo en *Boyacá* le da posesión de Bogotá, a donde entra el 10 de ese mes. El virrey Sámano huye presurosamente.

La guerra no intercepta sus planes políticos. Mientras persigue a los realistas, establece, según el *plan de Angostura*, que Santander asuma el gobierno de Nueva Granada, casi libre, salvo el sur. El 17 de diciembre, día de su natalicio, queda constituida la *Gran Colombia*, con el Libertador como Presidente, pero en campaña. En esas circunstancias llega a América una noticia tan decisiva como aquella otra funesta, de 1814, cuando Fernando VII restableció el absolutismo: pero esta vez ha triunfado el liberalismo con la insurgencia de *Riego en España*. El primer fruto de ello es que los españoles se deciden a aceptar la necesidad de regularizar la guerra.

430.— *Regularización de la guerra: Carabobo.*

A fines de 1820, Bolívar se entrevista con Morillo, acuerdan dar fin a la luctuosa etapa de la guerra a muerte,



y pactan un *armisticio* de seis meses, de noviembre de 1820 a mayo de 1821. Por vez primera el ejército realista acepta que los patriotas no sean ya montoneros sino tropas regulares. Mas, no lo parecen — se explica por su falta de tradición en las contiendas de esa especie y por el ardor de las masas que los secundaban y a veces los precedían—, en cuanto a cumplir las estipulaciones de la tregua convenida. Maracaibo se subleva dentro del período del armisticio, y *Bermúdez* se apodera, en marzo, de *Caracas*, sin esperar que venza el plazo convenido. Nuevamente se reanudan las operaciones. Morillo ha viajado ya a España, fatigado de tantos años de combate, y le ha reemplazado el general Latorre, a quien derrota el Libertador en la magnífica batalla de *Carabobo* (24 de junio de 1821), que le permite entrar vencedor a su ciudad nativa y libertar a su patria venezolana. Poco después, caen *La Guayra* y *Cartagena* en manos de los revolucionarios.

431.— *La independencia de Panamá, Quito y Guayaquil.*

El *Istmo de Panamá* se adhiere a la causa emancipadora el 28 de noviembre del mismo año 21. Bolívar mira en su derredor y tiene la sensación de haber coronado su obra. Pero, hacia el sur la pelea es aún violenta. Pasto resiste toda tentativa patriota. Y aunque *Guayaquil*, en la costa, ha proclamado su libertad el 9 de octubre de 1820, *Quito* no es aún patriota, y sufre a *Aymerich*, quien combate con éxito en *Huachi*, a fines del 20, para caer vencido por las tropas del general *Sucre*, en *Yaguachi*, a mediados del 21.

El *triunfo de Yaguachi* no fué, sin embargo, definitivo. La pericia y la cautela de *Sucre* chocaron ahí con la decisión del general español *Tolrá*, quien, en las proximidades de *Ambato*, entre *Quito* y *Ríobamba*, venció a los patriotas. Siguiendo las huellas de Bolívar, cuando pactó el armisticio de *Trujillo* con *Morillo*, *Sucre* propuso a *Tolrá* el *armisticio de Babahoyo* (noviembre de 1821), que, en seguida, no bien se encontrara en condiciones mejores, no respetaría, dando así a su campaña, igual que la de Venezuela, un mixto acento de montonera y guerra formal.

Por ese tiempo, las fuerzas que operaban en el Perú, a órdenes de *San Martín* y de *Arenales*, habían comprendido la urgencia de impedir que las huestes españolas de *Quito* y las del Alto Perú encerrasen en una especie de gi-

gantesca tenaza a los patriotas de Lima. El *general Santa Cruz* veterano del ejército realista, pasado a las tropas patriotas, natural del Alto Perú, llegó, pues, a la cabeza de refuerzos, en considerable número. Hasta una parte de los *Granaderos argentinos* de San Martín acudió a coadyuvar a la emancipación quiteña. Y desde el Istmo de Panamá vinieron los soldados de un brioso general neogranadino, joven, arrogante y arrollador: *el general José María Córdoba*.

Mediante esta confluencia de fuerzas, en *abril de 1822*, *Riobamba* caía en poder de los patriotas, bajo un ataque de los Granaderos argentinos. Y el 24 de mayo, en las faldas del *Pichincha*, a las puertas de la ciudad de Quito, el general español Aymerich fué totalmente vencido por el ejército combinado, a órdenes de Sucre y Santa Cruz.

Entretanto, Bolívar había lanzado sus mejores tropas sobre la presidencia de Quito, a fin de socorrer a Sucre. Como siempre, los pastuzos le opusieron severa resistencia, pero los derrotó en *Bomboná* (abril del 22). Poco después estando Bolívar en ruta hacia Quito, ocurrió la batalla de Pichincha. Dos semanas después de esta victoria patriota, el Libertador ingresaba a la capital (16 de junio de 1822). Ahí le esperaba la fervorosa acogida de los patriotas y el amor de *Manuelita Sáenz*, esposa del médico inglés Thurne, a quien abandonó por seguir la senda llena de incertidumbre y gloria del Libertador.

La costa, declarada independiente bajo la égida de *Guayaquil* en 1820, se debatía, en esos meses, entre tres corrientes encontradas: la de los partidarios de la anexión de Guayaquil a la Gran Colombia, la que patrocinaba su inserción en el Perú, y la que defendía la autonomía. Esta última contaba con numerosos partidarios, entre ellos el insigne poeta Olmedo, miembro prominente de la Junta regidora de la ciudad. Bolívar se dirigió sin tardanza, después de escuchar los primeros informes, sobre el Guayas. Nuevamente cruzó los Andes, coronó cumbres y descendió por valles hasta llegar al caliente puerto. No obstante que venía resuelto a establecer el criterio grancolombiano y deponer a la Junta, envió a un edecán a que saludara a *Olmedo*. El memorialista O'Leary refiere que Bolívar dijo, entonces, respondiendo a una atingencia recelosa: «Es el *genio* de *Olmedo* y no su cargo, lo que yo respeto». Olmedo le pagaría, andando el tiempo, con creces, en un magnífico canto

Anexada Guayaquil a la Gran Colombia, lo que provocó

violenta reacción antibolivariana en Perú, se produjo un impasse en la guerra. Si no se unían los dos capitanes, Bolívar y San Martín, separados ahora profundamente por el





asunto guayaquileño el ejército español del Perú, sumamente fuerte, amenazaba batir en detallé a las tropas patriotas. Aunque sea adelantar los acontecimientos, habrá que decir aquí cómo aquel conflicto quedó zanjado, en el mismo puerto de Guayaquil, a mediados del 22, con la entrevista de ambos libertadores. San Martín abandonó en seguida para siempre el campo de batalla americano. Poco después, viniendo la anarquía peruana surgida de aquel abandono, Bolívar recibía un llamado del Congreso peruano (llamado previsto y estimulado hábilmente por sus amigos), y se iniciaba la etapa decisiva de la guerra por la emancipación del Continente.

### b) *La campaña del Sur*

432.—*La guerra en el Alto Perú.—Goyeneche y Balcarce.—Suipacha y Guaqui.*

El movimiento emancipador del *Alto Perú* fué, como hemos visto, sofocado por las tropas del general *José Manuel de Goyeneche*, quien desde su acuartelamiento del Cusco, lanzó vigorosa ofensiva contra los insurgentes que mandaba Murillo. Apenas nacida, la revolución parecía definitivamente herida de muerte. Comprendiendo las funestas consecuencias de aquello, la Junta de Buenos Aires destacó un ejército, nada aguerrido, sobre el altiplano, a fin de que detuviera, primero, y hostigara, después, a los ibéricos. El general Balcarce tuvo la fortuna de ganar, entonces, la batalla de *Suipacha* (7 de noviembre de 1810), lo que hizo concebir grandes expectativas a los patriotas, y más aún cuando Goyeneche, compulsando su debilidad, se retiró a Desaguadero y pidió un armisticio.

Así quedó convenido, pero, no bien se halló en mejores condiciones, el brigadier español, anticipándose a lo que las fuerzas patriotas harían en Venezuela y Nueva Granada, a raíz del armisticio de Trujillo (1820) y las de Sucre a raíz del de Babahoyo (1821), se deshizo de su compromiso y atacó a los desprevenidos patriotas, infligiéndoles la terrible derrota de *Guaqui*. Fué una acción de espantoso resultado para los soldados de la emancipación. Sin demorar un instante, Goyeneche arrojó sus fuerzas contra los patriotas, a los que deshizo en *Suipacha* el 12 de enero de 1812, y siguiendo el ritmo veloz de su campaña, entró a sangre y



fuego en *Cochabamba* (27 de mayo), sin respetar ningún privilegio, sin la menor consideración para nada, ni siquiera para las heroicas mujeres que le resistieron con sus ineficaces armas de estaño, ni para la iglesia, a la que allanó violentamente. Fusilamientos, asesinatos, tropelías fueron el lamentable corolario de aquella victoria implacable. Goyeneche quería un escarmiento, sin importarle los medios de conseguirlo.

No obstante que no era ya su jurisdicción, despachó al general *Pío Tristán* contra las fuerzas del Río de la Plata. Felizmente para la causa libertadora, *Belgrano*, que había sido trasladado a ese frente, rehecho de los anteriores descalabros, detuvo y venció a Tristán en la famosa batalla de *Tucumán* (septiembre de 1812) y en la de *Salta* (20 de febrero de 1813), con lo que pareció consolidada la independencia rioplatense, que combatía, por otro lado, con los orientales y vivía amenazada por un ataque portugués, desde Brasil.

La musa patriota, celebrando irónica las derrotas de Tristán, que se vió obligado a solicitar una tregua, echó al viento, al compás de las vihuelas campamenteras, intencionados versos como unos que decían:

por un *tris* perdió en Salta,  
por un *tan* en Tucumán...

La alegría de aquellos éxitos hizo olvidar cuál había sido su precio. Goyeneche, temeroso de represalias o anhelante de recompensas, se embarcó hacia España, donde lo recibió el Rey con mil honores, uno de ellos el de otorgarle el título de *Conde de Guaqui*, en memoria de su horrenda victoria...

433.—*Abascal y Pezuela*.—  
*De Vilcapugio a Viluma*.

Pero, el nervio de toda aquella campaña, el animador de Goyeneche y de Tristán, el que iba a movilizar exitosamente al general *Joaquín de la Pezuela y Sánchez*, era el virrey de Lima, don *Fernando de Abascal*, *Marqués de la Concordia*. Hombre duro y teraz aquel viejo. Fija la vista en su virreinato y en los alrededores, no perdía minuto ni escatimaba esfuerzo con tal de lograr su objetivo. Fué, según se verá poco más adelante, el valladar que encontraron las conspiraciones limeñas para el logro de sus miras. Y fué el azote de altoperuanos y argentinos en su empeño de trans-

ferir sus inquietudes revolucionarias al sujeto y poderoso Perú.

Provisto de sólidos refuerzos y de buen aprovisionamiento, el general Pezuela venció a Belgrano en *Vilcapugio* (1.º de octubre de 1813) y *Ayohuma* (noviembre del mismo año). De nada les valió a los patriotas el apoyo popular que les llevaron el español y patriota *Juan Alvarez de Arenales* y la rebelión formidable de *Mateo García Pumacahua*, en unión de los hermanos *Angulo* y los curas *Béjar* y *Muñecas* (3 de agosto de 1814) en Cusco. El brigadier Ramírez reventó en sangre aquel estallido, hasta destrozarlo en *Umachiri* (1815). Pezuela hizo el resto. En Viluma (de donde vendría su título de nobleza) consiguió decisiva derrota a *Rondeau* (noviembre de 1815), el cual volvía de Montevideo, coronado de promesas.

*Martín Güemes* trató inútilmente de perturbar la alegría de los vencedores, a la cabeza de sus gauchos. Pezuela se dirigió a Lima, en triunfo, recibido por universitarios, ediles, frailes, señorones y soldados. Abascal se fué, dejándole aquel legado de guerra. Pero el marqués de Viluma no tenía, como el de la *Concordia*, brazo largo, mano fuerte y ojo zahorí. La gloria se le deshizo entre las manos, según se irá viendo más adelante.

#### 434.—*La guerra en Chile.*

Había otro punto neurálgico para Abascal, otro campo de batalla, en el que era posible a los patriotas argentinos ejercitar su actividad y su denuedo: el de *Chile*.

Como el sur no había sido copado por la Junta santiaguina, Abascal mandó a *Pareja* hasta *Chiloé*, a fin de que reforzara la reconquista, que acto seguido se apoderó de Valdivia y colocó a *José Miguel Carrera*, a la sazón en Talca, en difícil situación. *O'Higgins* y *Mackenna* comprendieron el peligro y pusieron su esperanza en una ayuda argentina que tardó demasiado.

A principios de 1814, Abascal mandó nuevas tropas al sur, al mando de *Gainza*, a quien los patriotas vencieron en el *Membrillar*. Por esos días, superando, un instante sus querellas intestinas, la Junta de Buenos Aires resolvió enviar refuerzos a sus vecinos de allende los Andes.

Hacia marzo de 1814, Chile como en los tiempos prehispanicos, como cuando el Inca amenazaba a los «feroces promaucaes», tenía al Maule por límite de los dos ejércitos, que, el 18 de dicho mes, firmaron el *tratado de Lircay*, entre

*O'Higgins* de un lado y *Gáinza* del otro. Según él, los chilenos reconocían ser súbditos del Rey (a esas horas en plan de alzarse contra la constitución doceañista, y proclamarse absoluto), mientras que los españoles se comprometían a evacuar las ciudades ocupadas. Para *Gáinza* aquello sonaba a victoria, pero *Abascal* no se contentaba con triunfos morales: quería avasallamiento como el que logró *Goyeneche*, como el que estaba consiguiendo *Pezuela* en el Alto Perú. *Gáinza* fué reemplazado entonces por *Osorio*, hombre feroz, intrigante y terco. La guerra recuperaba su ritmo acelerado.

Y entonces, cuando más urgente era la necesidad de unión entre los patriotas, se desbordaron los inquietos manejos de *José Miguel Carrera*, caudillo de pura cepa, reñido con *O'Higgins*, hombre de disciplina y de espera. Pero esta vez no esperó. Enardecido por encontrados sentimientos, *O'Higgins* rompió con *Carrera*. *Osorio* comprendió que era llegada su hora y no la quiso desperdiciar. El pueblo, atónito, no acertaba a discernir razones, derechos ni ventajas en medio de aquel caos. Epílogo de todo ello fué el *desastre de Rancagua* (octubre del 14) donde el ejército patriota se cubrió de gloria y desventura, con *O'Higgins* a la cabeza. Para los patriotas había sonado una hora fatídica. *Osorio* no perdonó medios represivos, como *Goyeneche* en Alto Perú, como *Morillo* en Nueva Granada, como *Calleja* en México. Y aunque entregó luego el mando al blando *Marcó del Pont*, la leyenda popular dibujó un nimbo de sangre en torno a la figura del capitán *Vicente San Bruno*, y sus «talaveras», soldados que se encargaron de hacer más irrespirable aún la atmósfera de odio y venganza que alentaba por doquiera. Para *Santiago* aquello fué como un toque de agonía.

Mientras sus caudillos emigraban, a uña de caballo, hasta el otro lado de los Andes, donde *San Martín* adiestraba a sus granaderos para la gran empresa, el vecindario patriota quedó llorando lágrimas de sangre, entonando estrofas de rencor y angustia, bajo el yugo sañudo del realismo, lleno de vengativo gozo.

435.—*La guerra entre Buenos Aires y las provincias.—Los portugueses y la Banda Oriental.*

Ya hemos visto que el dinámico y principista secretario de la Junta de Buenos Aires, *Mariano Moreno*, hubo de cho-

car con el tímido presidente de la misma, Cornelio Saavedra, quien, a pesar de su belicoso cargo de jefe de Patricios («Patricios son los que defienden la Patria», se decía entonces), contemporizaba con los españoles y los monárquicos. Desaparecido Moreno del escerario político — y de la vida en un naufragio —, no por eso cesaron las disidencias, sino que, antes bien, se agudizaron, como se vió con el nombramiento del *triumvirato* de que formó parte Paso y que chocó con la Junta. Si aquello hubiese sido todo, los riesgos habrían quedado circunscritos. Pero hubo mucho más.

El panorama de las Provincias Unidas era un verdadero rompecabezas. Las pasiones y los intereses arrasaban toda posibilidad de entendimiento. Buenos Aires no escuchaba a las provincias del litoral, pretendiendo una imposible hegemonía absoluta, que aquéllas rechazaban. Artigas, a la cabeza de sus gauchos orientales, campeaba por los fueros de Montevideo y arrastraba la simpatía de las provincias del litoral, de Santa Fe, Corrientes y Córdoba, que lo proclamaban su protector. Gaspar Rodríguez de Francia, dando un violento tajo a sus relaciones con la metrópoli platense, se había encerrado en Paraguay, impidiendo que nada de afuera penetrase en el antiguo territorio de los jesuítas, y pronunciándose resueltamente contra el clero católico. El impetuoso Alvear intrigaba contra Saavedra, y más tarde hasta contra su compañero San Martín. La *Acción Patriótica* se enfrentaba a la *Logia Lautarina*. Facciones partidarias de un monarca constitucional (entre ellas estaban Belgrano, Monteagudo, y en cierto modo el propio San Martín, quien, no obstante, lo niega en sus «*Cartas*»), chocaban ruidosamente con los republicanos a ultranza, discípulos de Rousseau. Las provincias se «*pronunciaban*» — repitiendo las esterilizantes querelas de Nueva Granada — por el *federalismo*, en tanto que Buenos Aires sostenía el principio *unitario*, germen de futuras contiendas civiles. A más de todo esto los *portugueses* argüían raros derechos sobre lo que ellos denominaban la *Provincia Cisplatina*, o sea e' Uruguay de hoy, y alistaban tropas en la frontera, aumentando con su actividad el caos en que se debatían los patriotas.

Para zanjar tanto enredo y tanta discrepancia, en 1812 se designó un nuevo triumvirato, en el que actuaba descollantemente *Rodríguez Peña*. Artigas, a su vez, dictaba sus instrucciones a los diputados orientales, que fueron desconocidos, usándose fútiles subterfugios formalistas, por el gobierno de Buenos Aires. Y aunque Belgrano había ya elaborado una bandera nacional, alentando con ello la indepen-



dencia de *hecho* que ahora había en las Provincias Unidas del Plata, nadie se atrevía aún a una declaración perentoria en ese sentido, o sea que nadie osaba aún proclamar la independencia de *jure*, el *derecho* a ser libre.

La victoria de Belgrano en *Salta* (párrafo 432) impulsó formidablemente a los patriotas argentinos y altopeñaruanos. Por ese tiempo, el *segundo sitio de Montevideo*, contra el nuevo virrey *Vigodel*, terminó con el triunfo de las tropas patriotas en *El Cerrito* (1812), bajo el comando inmediato de Rondeau. Poco después, el coronel *San Martín*, entonces ya concentrado a su tarea de organizar una fuerza libertadora de amplio radio de acción, sorprendía en *San Lorenzo*, sobre las orillas del Paraná, a las fuerzas que los españoles enviaban en socorro de Montevideo, y las desahacía en la memorable batalla de ese nombre (*3 de febrero de 1813*), de la cual arranca el prestigio del Libertador del Sur. Cortados los abastecimientos a los españoles que resistían en Montevideo, asediada también por la escuadra del *argentino Brown*, Rondeau la pudo tomar con la colaboración valiosísima de Artigas y la de sus gauchos y *Blancos* (1814).

Pero, surge *Alvear*, que sustituyó a Rondeau; y *Alvear* no era hombre que toleraba popularidades ajenas junto a la suya. No tardó en hostilizar a Artigas, quien, a su turno, declaró a la Banda Oriental autónoma con respecto al gobierno de Buenos Aires, que tanto y tanto lo había hostilizado. Artigas tomó la ofensiva contra *Alvear*. En esas circunstancias, la derrota patriota en *Viluma* o *Sipe-Sipe* (noviembre de 1815), a manos de *Pezuela*, tuvo los efectos de un desastroso despertar. Las diputaciones de las Provincias Unidas, viendo el peligro de una reacción hispana se reunieron en *Tucumán* y proclamaron ahí la *independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata* (*julio de 1816*). Pero, el saldo político de aquella asamblea, no obstante su tonificante proclama, era lamentable. En primer término, aquella concentración en *Tucumán* había tenido como causa el temor de que Buenos Aires sufriese un ataque de Artigas, que ganaba adeptos no sólo en la Banda Oriental, que dominaba, sino también en la de enfrente. Y, por otro lado, la independencia se producía ahí bajo la égida de *unitarios* y *monarquistas*, siendo así que, por decisión de la naturaleza misma, aquel país estaba destinado a republicano y federal.

436.—*La guerra en el Paraguay.—El éxodo de Artigas.*

No esperaban más los *portugueses*, acantonados en las fronteras entre Brasil y la Banda Oriental, para desatar su ataque. En enero de 1817 ejércitos disciplinados, bien provistos y numerosos, invadían lo que ellos llamaban la Provincia Cisplatina, con ánimo de incorporarla al Brasil. *Artigas*, a la cabeza de sus gauchos, se opuso resueltamente. Las *tribus indias* ayudaban a aquella encarnación misma de la pampa y de la selva, a aquel hijo de la naturaleza. Caciques de lejanas regiones del *Chaco* acudían a su campamento a ofrecerle sus vidas. *Artigas* encarnaba la decisión de la voluntad de independencia de los argentinos. Pero no podía contra un ejército aguerrido y bien armado. Combatió hasta que no le fué posible hacer más. Desistiéndose a veces, volviendo a la carga, viendo que traiciones y malentendimientos le rodeaban y minaban su poder. Al cabo, comprendiendo que su presencia era causa de que de la otra banda del río no enviasen refuerzos, que su figura era temida y odiada por las caudillos de Buenos Aires, tomó una resolución heroica: entregarse al dictador del *Paraguay*.

Fué una negociación dramática. El *doctor Francia* lo aceptó como asilado, le entregó unas tierras, pero lo rodeó de impenetrable vigilancia. *Artigas* dejaba, al otro lado, familia, patria, bienes, esperanzas, su vida entera. A su padre, que se había empobrecido confiando siempre en la razón de la causa que su hijo defendía. Al propio hijo, que calentaba en el alma la ilusión de su progenitor heroico, adorado y temido.

Ironía postrera: ese mismo año de 1820 en que *Artigas* pasó la frontera paraguaya, las tropas del litoral argentino derrotaban finalmente a las de Buenos Aires, y hacían flamear la bandera, ahora sí, *republicana y federal*, en los campos de *Cepeda*.

Pero no era cosa de volverse atrás. *Artigas* se sumergió en su destierro rodeado de un grupo de amigos fieles, y no quiso volver, ni siquiera cuando el gobierno del Uruguay, ya nación independiente, como él la había querido, le brindó el abrigo de la tierra nativa. Hasta 1850 en que murió, *Artigas* fué un huésped, a veces un secuestrado, según los vaivenes políticos, del gobierno paraguayo. Hasta su retiro fué a visitarle su hijo, militar del ejército

uruguayo; hasta ahí llegaron amigos leales; y, más tarde, la admiración de la patria que él forjó, fué a rescatar sus restos.

#### 437. — Artigas.

*José Gervasio Artigas* (1764-1850) era un hombre de rara energía, un producto genuino del suelo uruguayo. Sus antepasados habían llegado al país desde la fundación de Montevideo, y estaban en la otra banda del Plata desde el siglo XVII. José Gervasio vivió su infancia en la campaña. Hombre delicado de contextura, caracterizado físicamente por una frente inmensa y unos ojos claros irradiando bondad, se hizo a caballo, tratando a gentes de todo linaje; estudio fecundo de humanidad que le serviría después para su acción libertadora. Se dedicó al comercio, pero como en esos días no era posible realizarlo legalmente, pues el monopolio era impertinente y absorbedor, tuvo que hacerlo de contrabando, con lo que se curtió al peligro, a la conjura y a las decisiones rápidas. Al par, se hizo de una numerosa clientela de gentes que admiraban su audacia y su labriciosidad. Más tarde, cuando se modificaron las circunstancias del tráfico, Artigas ingresó al regimiento de Blandengues, encargado de vigilar la campaña o campo, y estar en constante alerta sobre los avances portugueses desde el lado del Brasil. De esta doble actividad, primero como mercader ilegal, después como custodio del orden, resultó la gran popularidad y el innegable ascendiente de Artigas sobre sus conacionales, puesto de relieve durante la guerra por la independencia. El



ARTIGAS

éxodo de 1811, a que nos referimos antes, demuestra la confianza que en él depositaba su pueblo. El segundo éxodo, el definitivo, el de los 33, cuando se le hizo irrespirable el ambiente de la patria, por las luchas y fricciones entre las facciones y la opresión portuguesa, agiganta su figura. Como todos los libertadores, murió en la proscripción, decretada por él, es cierto, pero amargada por la conducta del doctor Francia, trágico tirano que cumplía, a su manera, los designios que su megalomanía y misantropía le impusieron. Libre ya su patria, Artigas no volvió a ella para gozar con la victoria, porque no quiso aumentar con su presencia las desinteligencias partidistas. No quiso ser un caudillo más, él que había sido un libertador. La figura de Artigas es una de las más admirables de la gesta emancipadora. Digno monumento a él es «La Epopeya de Artigas» por el insigne poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín. En, nuestros días, ha escrito una bella biografía suya («Artigas», Claridad B. Aires, 1940) el escritor oriental *Jesualdo*.

438.—*Prolegómenos de la independencia de Chile.*

Después de su victoria en San Lorenzo (en cuyo convento se conserva aún el árbol bajo el cual reposó el héroe el día de la batalla), *San Martín* cobró relieves nacionales. Los aprovechó para poner en marcha su proyecto: libertar a Chile y lanzarse sobre Perú.

Por 1814, el general se hallaba en *Tucumán*, reponiendo su salud largamente quebrantada. Poco después, logró que se le designase a *Mendoza*, ciudad fronteriza de Chile, al pie casi de los Andes, donde, en 1816, empezó a constituir el futuro *ejército de los Andes*.

Habían llegado, a la sazón, a Cuyo los restos del ejército patriota, derrotado por los españoles, y algunos jefes de gran valía como *O'Higgins* y *Carrera*. El carácter sagaz, moderado y reflexivo del general argentino chocó casi en seguida con el del tumultuoso *Carrera*, parecido en cierto modo al de *Alvear*; pero, en cambio, trabó recia amistad con *O'Higgins*, hombre también caviloso y flemático, pese a algunos arrebatos. Con los informes y la cooperación de éste, *San Martín* se entregó a la tarea de organizar una fuerza capaz de sorprender y despedazar a los españoles de Chile.

Como siempre, trabajó tenaz y silenciosamente. Se aseguró de que, desde Buenos Aires, el nuevo director, *Pueyrredón*, le respaldara. Trató de penetrar en el ánimo de los *indígenas araucanos* cuya simpatía tuvo de su parte. Mediante continuas *misivas*, en lo que cooperaban con eficacia *O'Higgins* y los demás expatriados chilenos, fué minando la voluntad de gente adicta, en el fondo, a la causa emancipadora. Puso en manos del general chileno las tareas de reorganizar sus huestes; pidió algunas tropas a Buenos Aires (que se las envió en pequeñísimo contingente, según lo atestigua cierta patética carta de *Pueyrredón*); juntó los restos del ejército de *Las Heras*, despedazado en el Alto Perú por los españoles; convocó a los mendocinos a formar *milicias* y, como osatura de aquel conglomerado, designó dos escuadrones del *regimiento de granaderos*, a cuya organización había consagrado tanto esmero.

La política porteña puso nuevamente en aprietos a *San Martín*. *Carrera*, que había seguido hasta Buenos Aires, conspirando con *Alvear*, estuvo a pique de frustrar, en aquel año de 1816, los proyectos sanmartinianos, pero la *Logia Lautaro*, trabajando con toda eficacia, detuvo el golpe y lo devolvió, derribando a *Alvear* del poder y nombrando una *Junta de Observación*.



439.—*Paso de los Andes: Chacabuco y Maipú.*

Todo dispuesto ya, en aquel tenazmente improvisado ejército de los Andes, San Martín empezó sus labores preliminares: escaramuzas en puntos por donde no pensaba pasar; activa circulación de rumores y noticias desconcertantes; pacto con los caciques araucanos; todo lo cual tenía nervioso al gobernador de Chile, *Marcó del Pont*. Por fin, en enero del 17, penetraron en Chile las fuerzas libertadoras, divididas en dos secciones: con San Martín, por Uspallata, y con Las Heras, por el paso de los Patos.

Marcha sólo comparable a la de Bolívar, en los Andes del Norte, cuando se dejó caer sobre Cundinamarca, antes del Pantano de Vargas. San Martín, vestido de paisano, enfermo, sostenido a fuerza de medicinas, con un ejército no bien armado, expuesto a continuas sorpresas, realizó la proeza. Cuando *Marcó* se dió cuenta de lo que pasaba era ya tarde. En *Chacabuco*, el 12 de febrero, las huestes libertadoras vencieron a los españoles y se abrieron el camino de Santiago.

San Martín no quiso proclamarse protector o jefe del Estado chileno. Ello le correspondía a O'Higgins, quien tomó el nombre de *Director Supremo*. Al punto dió comienzo a la tarea de reorganizar el país y terminar la guerra, lo cual requería: 1.º, vencer a los realistas del sur, y 2.º, cerrar el paso a la reacción del norte, del Perú. Para aquello se envió una expedición que, desgraciadamente para los patriotas, tuvo un rudo fracaso en Talcahuano en octubre del 17. A eso se agregó la sorpresa de *Cancha Rayada*, en el centro del país, a raíz de la que pareció nuevamente perdido Santiago (marzo del 18). Comprendiendo la urgencia de rehacer el ánimo popular, sin tardanza las fuerzas libertadoras se reagruparon y en *Maipú*, el 5 de abril del mismo año, apenas a unos kilómetros de la capital, obtuvieron decisiva victoria sobre los realistas, *Marcó del Pont* capituló. La independencia de Chile estaba asegurada.

Falta ahora la segunda parte la campaña del norte, el sueño de San Martín, desde Mendoza; el firme propósito de O'Higgins. Esa tarea requería el auxilio de una escuadra activa, fuerte, numerosa y bien dirigida. El ejército libertador contaba, en esos precisos instantes, con la cooperación de un hombre hecho para tal empresa: *Lord Cochrane*. En sus manos confió O'Higgins la estructura de la escuadra patriota chilena.

440.—*Lord Cochrane.*

Célebre marino inglés. Nacido en Escocia, en 1775, en el viejo solar de los condes de Dundonald, se distinguió desde pequeño por su inquietud, audacia y arrojo. A los diecisiete años ingresó a la Marina de su patria, y combatió contra Francia y España. Pero tenía el genio de la indisciplina, poco propenso a aceptar mandatos superiores. En la batalla era el primero; el último, en la paz, por su congénito anarquismo. Esto le condujo, desde entonces, a errores y trapisordas de que fué fruto ejemplar el proceso en que se vió involucrado en 1814, bajo acusación de defraudación, por lo que le condenaron los jueces, y le expulsaron de la Marina. Años de soberbia protesta hasta que en 1817, Alvarez, comisionado de Chile en Europa, según cuenta el propio Cochrane en sus «*Memorias*» le contrató para el servicio de su país y de la causa emancipadora.

Fué a Chile y pronto tuvo sus primeros choques. Miraba con desdén a los marinos del país, y no paró hasta conseguir la jefatura de la escuadra chilena, con desmedro del pundonoroso y severo Blanco Encalada, que cedió el primer puesto.

San Martín, que acababa de conquistar en unión de O'Higgins los decisivos triunfos de Chacabuco y Maipú, que consolidaron la independencia del Estado chileno, se conectó con él para iniciar la campaña sobre Perú. O'Higgins, como Director Supremo de Chile, se encargó de ultimar los detalles. Lord Cochrane, al mando de algunos buques, partió en corso al Pacífico, amagó las costas peruanas y se apoderó de varios buques del virrey. Su más sonada hazaña se realizó en el propio Callao, donde tomó al abordaje la fragata «*Esmeralda*» de la armada realista.

En tal empresa rivalizó con él, en valor, otro marino inglés, Martín Jorge Guise, más tarde jefe de la escuadra peruana, muerto en acción el año de 1829. Lord Cochrane no perdonó a Guise su excesiva personalidad, sombra para la suya propia.

Cuando, en agosto de 1820, partió de Valparaíso la expedición libertadora del Perú, llevando a su bordo un ejército de argentinos y chilenos, y algunos peruanos, entre ellos a Francisco Vidal, más tarde presidente de la República del Perú, Lord Cochrane figuraba como jefe de la flota bajo el mando general de San Martín.

Como vemos en otro lugar, la campaña de Cochrane fué activa y fundamental, pero se enemistó con San Martín, a causa de piques para los auxiliares ingleses, régimen de presas y cuestiones de preeminencias, y estorbó la causa libertadora. En un raptó de ira se apartó de la línea de conducta del conjunto, se dirigió a Guayaquil, luego a Acapulco, regresó a Perú, se marchó a Chile, cargado de odio y acusaciones contra el Protector, y, finalmente, malquisto también con el gobierno de O'Higgins, pasó a Brasil, a jugar papel principal en su escuadra, y, después, se dirigió a Grecia a combatir, como Lord Byron, por su libertad.

El gobierno inglés acabó devolviéndole sus honores. Lord Cochrane murió en 1860, después de publicar unas amenazas y arasignadas memorias en dos volúmenes, el primero de los cuales ha sido traducido al castellano.

441.—*La campaña marítima.*

Lo primero que hizo Cochrane fué organizar una campaña de corso, implacable, desde Magallanes hasta Bue-

naventura. En ello se hallaba empeñado el año de 1818, y, sobre todo, el 19, en que se apoderó de mayor número de barcos españoles y tuvo la osadía de penetrar a la bahía del Callao desafiando a la flota realista. La fama de Cochrane, como la de los viejos corsarios, volaba por los puertos del Pacífico, promoviendo temor o júbilo, según el partido de quien la propalaba. O'Higgins, comprendiendo que aquel audaz inglés era ambicioso y egolátrico, le entregó, pues, el mando de la armada chilena.

No se hicieron esperar los éxitos. En febrero de 1820, a la vuelta de una de sus correrías, Lord Cochrane tomaba la plaza de *Valdivia*, al sur de Chile, cancelando uno de los más potentes baluartes españoles en el país. Poco después, en *agosto*, cuando ya todo estuvo previsto, San Martín se embarcó en la *escuadra libertadora*, en el puerto de Valparaíso, como jefe supremo de la expedición. O'Higgins, que después de ingentes sacrificios había logrado organizar aquellas tropas, las fué a despedir. Dijo entónces unas palabras breves, concisas y significativas: «*De estas cuatro tablas — aludía a los barquichuelos que zarpaban — depende la suerte de América*». Así lo entendieron todos. Y, fijos los ojos en el destino, se alejaron hacia el Norte los expedicionarios, cuyos barcos llevaban consigo el porvenir de la causa libertadora.

### c) *La campaña final*

#### 442.—*La independencia en el Perú. Prolegómenos.*

Mientras la revolución asumía caracteres violentos por casi toda América, en el Perú se mantenía una especie de *statu quo*, al menos en lo visible por mucho que, en lo subterráneo, fermentaran la inquietud y la insurgencia. La vigilancia del *virrey Abascal* torcía el rumbo a las intenciones de los conspiradores. Su ejército, poderoso y bien disciplinado sujetaba no sólo al virreinato peruano, sino que avanzaba sobre los territorios vecinos. Comprendiendo la fuerza expansiva de las ideas emancipadoras, Abascal les opuso un dique de bayonetas en las fronteras del Alto Perú y en la Audiencia de Quito. Y así fué cómo, el año 1810, mientras en Caracas y Santiago, en Santa Fe y Buenos Aires, en México y en La Paz, en Quito y Asunción se escuchaba el

grito de libertad, Lima apenas si fué testigo de meras conjuras, algunos extrañamientos y pocas prisiones.

El historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna ha referido minuciosamente los pormenores de esos días en su libro «*La revolución de la independencia en el Perú*» (Lima, 1860). Ahí, y en todos los documentos conexos, aparece que los intentos insurgentes eran sofocados con previsión y dureza por el virrey. El año de 1805, por ejemplo, se castigó con el cadalso el ingenuo sueño de dos inquietos, *Aguilar* y *Ubalde*, quienes encabezaron un fallido movimiento en *Cusco*. Aguilar, que pecó por referir un sueño alegórico en el que jugaba parte importante la escala de Jacob, murió diciendo versos, cuyo texto perdura por la solemne ocasión en que fueron compuestos más que por su mérito literario. Llegó, por aquellos días, de vuelta de España, un joven inquieto, contagiado de las ideas liberales que, como efecto de la Revolución Francesa, circulaban en España. Se llamaba don *José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete*, aristócrata joven, ambicioso y demagogo. Era la época en que Miranda arreciaba su prédica; en que el contagio francés encontraba eco en la Península; en que hasta algunos generales españoles sentían inclinación por la libertad de las colonias ultramarinas; en que O'Higgins partía de regreso a su patria — el ardoroso «compatriota Riquelme», como le llamaba Miranda — decidido a trabajar por la independencia chilena; en que San Martín organizaba primero sus ideas para entregar luego su espada al servicio de la Patria. Riva Agüero (1808) se hizo muy popular; el populacho, halagado por sus actitudes y ademanes, le entregó su entusiasmo, llamándole — vocativo feudal, por cierto — «*niño Pepito*», pero *Abascal*, que no comulgaba con tales fervores le empezó a seguir los pasos y, comprobada su excesiva diligencia política, le confinó en Tarma (1810).

Al año siguiente, estallaba un motín en *Tacna*, encabezado por *Francisco de Zela* y por *José Gómez*, el Empecinado. Reprimido por la fuerza, los promotores fueron a purgar su insubordinación a los Castillos del Callao.

Otro foco de rebeldía fué, en 1812, Huánuco. Las tropas virreinales se dirigieron a aquel lugar y combatieron a los sublevados, dominándolos. Fué cabecilla de la revolución don *José Crespo y Castillo*, muy popular en la comarca, el cual pretendió quemar las plantaciones de tabaco. El combate decisivo se realizó en el *Puente de Ambo*, triunfando *Josef González de Prada*, Gobernador-Intendente de la región.



443.—*La revolución de 1814.*

Se sublevó también *Pallardelli*, con idéntico mal éxito. En 1814 (3 de agosto) le tocó a *Cusco* ser testigo de un levantamiento más importante que los anteriores. Bajo la dirección de los hermanos *Aguilar*, de los curas *Béjar y Muñecas* (émulcs de los curas *Hidalgo y Morelos*, de México) y del brigadier, de estirpe incaica, *Mateo García Pumacahua*, insurgieron las masas indias y mestizas. Arrasaron con la autoridad real, y, en magnífico empuje, implantaron su orden en *Cusco*, *Puno* y *Arequipa* en un movimiento de envergadura y solidez magníficas. Esto, unido a la efervescencia que venía de *Buenos Aires* y el *Alto Perú*, significó grave riesgo para el poder español. El general *Ramírez*, jefe de las fuerzas realistas, recibió instrucciones para sofocar sin miramientos la revuelta. Consideraba el virrey que cualquier muestra de debilidad habría sido funesta.

*Ramírez* no necesitaba más. Emulando al visitador *Areche*, que combatió contra *Condorcanqui*, dispuso sus tropas cuidadosa y decididamente. Después de varios encuentros, en que triunfaron los españoles y fueron ejecutados los principales jefes rebeldes, los dos ejércitos riva'es — el improvisado y tumultuoso de *Pumacahua*, y el disciplinado de *Ramírez* — se midieron en *Umachiri*, cerca de *Arequipa* (mayo, 1815). La victoria titubeó poco rato. La conquistaron los mejor armados: los realistas.

444.—*Retiro de Abascal.—Pezuela.*

El año siguiente fué funesto para las armas patriotas. El general *Pezuela*, enviado por *Abascal*, logró en el *Alto Perú* los importantes triunfos ya citados (desde *Viluma* a *Vilcapugio*). *Abascal*, cansado tras diez años de gobierno y de guerra, se retiró a *España*. Poco antes, según cuenta una conseja, aparecieron en su alcoba, misteriosamente, tres saquitos conteniendo *sal*, *habas* y *cal*. El ingenio limeño indicaba perentoriamente con eso sus deseos: *sal*, *Abascal*.

Se fué, y quedó la ciudad de *Lima* hecha un hervidero de conspiraciones. El intrigante y audaz *Riva Agüero* había conseguido que un grupo de aristócratas hombres y mujeres, se unieran a sus planes. La casa del conde de la *Vega del Rendel*, marqués de la *Torre Tagle*, se convirtió en centro de agitación. Aquello aumentó al saterse, en 1817, el re-

sultado de la batalla de Chacabuco, que dió libertad a Chile. Las «damas patriotas», locas de entusiasmo, enviaban versos y proclamas al general San Martín, a Chile. En la *Universidad*, la inquietud cundió en forma tal que el virrey Pezuela creyó lo mejor clausurarla. Cundieron los desórdenes. La autoridad creyó posible cortarlos por medio de la amenaza. Se alzó el cadalso para ahorcar a un célebre médico, el *doctor Alcázar*, víctima de sus ideales. Vano cálculo. La revolución estaba en marcha. Circulaban libros prohibidos; la Inquisición, resucitada, no se daba abasto para condenar a los lectores de obras «heréticas» — Rousseau, Montesquieu, Voltaire, Robertson, D'Alembert, etc —; y mucho menos para impedir las comunicaciones con el ejército que el 7 de septiembre de 1820, después de las épicas proezas de Lord Cochrane en el mar, había sentado la planta sobre suelo de Perú en la *bahía de Paracas* (Ica), llamada desde entonces *Bahía de la Independencia*. Sucesivamente se proclamaron libres Trujillo, Lambayeque, Piura, es decir, la costa norte del Perú.

Desde luego, había sido poderoso motor de aquella agitación la *política europea*. Aparte de la propaganda doctrinaria de la Revolución Francesa, a la sombra del pseudo «fidelismo colonial» se habían fomentado las juntas de gobierno, devotas del «muy deseado» Fernando, y enemigas de José Bonaparte, pero Abascal, venteando la finalidad oculta de tanto aspaviento lealista, no había permitido «Juntas» en el territorio de su mando.

445.—*La acción de San Martín: Punchauca.*

El poderoso virreinato del Perú se hallaba, de todos modos, «en forma» revolucionaria. Los sucesos que luego vinieron no serían sino corolario de lo anterior. San Martín no erró al proyectar una campaña de catequismo antes que de combate. Sitiando al país *por la conciencia*, logró pronto sus primeras y más perdurables victorias: la sublevación del batallón *Numancia*, principal baluarte del virrey en Lima, y la flaqueza de la Serna, sucesor de Pezuela, patente en las negociaciones de Punchauca (mayo, 1821).

Si bien es cierto que ahí se trató de la *posibilidad* de convertir en *Monarquía* al Perú, no es menos cierto que se trataba de un *plan provisional*, en momentos en que no se veía claro el final de la guerra. Todavía no se había conseguido el triunfo de Carabobo; todavía no había llegado

la hora de Pichincha; aún se mantenían en el sur de Chile fuerzas realistas, y el Perú estaba dominado por un ejército aguerrido y poderoso. La reacción absolutista campeaba en Europa y se temía el envío de una expedición considerable. Punchauca trató de evitar aquellos riesgos, pero la realidad fué más generosa que los sueños. Y después de algunas escaramuzas y finteos, encargados al *general Arenales*, que dirigió la campaña de la sierra y de nuevas hazañas de Lord Cochrane, dueño del mar, el propio ejército español, sintiendo la debilidad de Pezuela, había entregado el mando, por acto de libre determinación y, por tanto, subversivo, al *general La Serna*, nuevo Virrey sin confirmación real.

El 9 de julio hacía su entrada en Lima, victorioso sin batalla, el general San Martín. Lo recibieron con inmenso júbilo. Según refiere el marino inglés *Basilio Hall* y según cuenta el propio San Martín en sus *«Cartas»*, fué un recibimiento apoteósico. Las mujeres se lanzaban a sus brazos, llamándole Padre y Salvador. El argentino tomó las medidas conducentes para asegurar su triunfo. Diecinueve días después, *el 28 de julio de 1821*, desde un tabladillo de la Plaza de Armas de la capital colonial de Sudamérica, San Martín proclamó *la independencia del Perú* — aun ocupado en buena parte por el ejército español — con las famosas palabras: *«El Perú es, desde este momento, libre e independiente, por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende»*. Acto seguido gritó: *«Viva la patria»*. Y la multitud le contestó a coro.

#### 446.—*San Martín.*

«Un hombre envuelto en el misterio», ha dicho el historiador Gervinus describiendo a San Martín; y así era, en efecto, este hombre singular. En el presente libro he intentado rasgar los velos del misterio que lo envolvía. Ahora podemos contemplar a San Martín cara a cara, como si estuviésemos mirándolo en los negros ojos profundos, para penetrar en el secreto de su alma.

Muchos europeos que lo conocieron personalmente; Macduff, Haigh, Hall Miller, Lafond y Mary Graham, coinciden en su testimonio cuando afirman la impresión de superioridad que emanaba de su persona, además de la prestancia física y de la claridad intelectual, que también le atribuyen. «Cincinato Americano», lo llama Lafond; «Emulo de Washington», lo llamó Lord Macduff; «Hermes Trimegisto», dijeron Sarmiento y Mitre. Metonimias que lo definen por lo que otros fueron, hombres o mitos. Pero San Martín fué un ser genuinamente individual, acaso único en la historia; de ahí proviene «el misterio que lo envolvía» y que nosotros deseamos descifrar en palabras, si esto es posible.

La primera cosa que en él desconcierta es su rápida carrera en Espa-

ña, la facilidad con que guerrea, ganando grados y amistades en un vuelo triunfal. Cadete a los once años y coronel a los treinta, galardonado en Arjonilla y condecorado en Bailén, un brillante porvenir militar se le ofrecía en la Europa convulsionada, cuando cortó allí su carrera. Esa ruptura con la madre patria en tales condiciones, es su primer acto de heroísmo espiritual; y se explica que no lo comprendieran sus paisanos cuando se presentó en Buenos Aires para ofrecer sus armas a la libertad de América. Las sospechas contra él aparecieron inmediatamente: lo creían espía de España y muchos argentinos desconfiaron de él.

En la segunda etapa de su vida lo cantó la fama épica sobre los Andes, y entonces asombró por su visión estratégica y su capacidad de realización. Grande hazaña fué, propia de un héroe militar, haber preparado el más completo ejército de América en la pobreza de Cuyo, y pasar con 5.000 hombres la desolada cordillera, y restaurar en Chile la libertad, como resultado de la prevista victoria. La intuición, el conocimiento, la paciencia, el ingenio y la infatigable labor entre miserias y enfermedades asombran entonces tanto como sus aciertos de guerrero, cuando en medio de la incertidumbre general señala el nuevo rumbo de los Andes y del Pacífico, porque ha oído «la voz del destino que lo llama» En aquella etapa de su vida, muchos desconfiaron de sus esfuerzos, atribuyéndolos a ambición personal. Pero en San Martín hay aún algo que supera la visión genial y la acción heroica.

El paso de los Andes y la guerra de Chile fueron sólo un camino hacia otros horizontes en el panorama continental, dentro del cual su genio se movía como si fuese un órgano del territorio y de la raza en su totalidad. Por allí salió al Pacífico para entrar en Lima, desalojando con su sola presencia al último Virrey español. Su voluntad, exclusivamente su voluntad a la vez intrépida y sutil, forjó la cooperación de chilenos y argentinos para la expedición del Pacífico, y así armó las naves que lo llevaron al Perú. A Lima quiso tomarla sin derramamiento de sangre.



SAN MARTIN

El guerrero de los Andes procuró evitar la guerra en el Perú: ocupó la costa, sublevó la sierra, sembró en el ejército realista la deserción y en el pueblo peruano la idea de libertad, y así rindió al Perú, cuna de la conquista española y último baluarte de la colonia. Esta obra verdaderamente mágica, propia sólo de un maestro espiritual, pareció a muchos tan incomprensible, que atribuyeron a cobardía militar del esforzado guerrero su empeño por evitar derramamiento de sangre y su deseo de triunfar, no sobre los ejércitos sino sobre la opinión popular.

Pero el más innegable misterio de la vida de San Martín se nos ofrece en su encuentro con Bolívar: en su renunciamento al Protectorado del Perú, después de Guayaquil, cuando aún falta la última batalla de la epopeya continental. Se retiró del Perú, después de haber dado ser a la nación, de haber fundado sus instituciones liberales y haber constituido el Congreso Nacional, ante el cual depuso las insignias del mando. El digno silencio en que se mantiene entonces, genera toda especie de



calumnias hostiles. Hoy sabemos lo que ocultaba su silencio, y por lo que hoy sabemos San Martín resplandece a nuestros ojos bañado por las luces de una virtud excelsa, antes no vista en ningún hombre de armas.

Cuando vino de España a Buenos Aires en 1812, fué un apóstata para España, en cuyos ejércitos habíase formado; cuando pasó de Cuyo a Chile, abandonando a las Provincias Unidas anarquizadas por el odio, fué un apóstata para la Argentina, en que había reclutado sus legiones; cuando partió de Chile a la costa del Perú y anduvo en rencillas con Cochrane por el pago de la escuadra, fué apóstata para Chile, que le había prestado su bandera; cuando se retiró del Perú, dejando la última batalla a Bolívar, fué un apóstata para aquella nación, que él había fundado. Apóstata pareció de nuevo a sus compatriotas, cuando al reaparecer como un espectro a las puertas de Buenos Aires el año 1829, se negó a aceptar la dictadura que le ofrecieron los dos bandos de la contienda civil. El no esgrimió su sable para conquistar el poder. Su misión fué la liberación del Continente, y esa misión, fielmente cumplida, explica todas sus actitudes.

Hazañas militares, propias de un gran guerrero, realizó en la guerra; pero lo que más lo engrandece es la abnegación con que empuñó sus armas. Sería un guerrero como otros si no existiera en él aquel espíritu de sacrificio con que santificó a la Espada. Nunca la esgrimió para conquistarse poderío, sino para la liberación de su América, y en el cumplimiento de esa misión prometeana, el encadenado titán fué rompiendo las ataduras que lo ligaban al pasado.

Rompió primero con España para venir a luchar por la emancipación en Buenos Aires para proseguir su empresa en el Pacífico; rompió luego con la América dionisiaca para evitar contiendas de predominio personal; y finalmente se alejó de su tierra para vivir casi treinta años en la expatriación, y morir en Europa, frente al mar, pobre, ciego, solo, pronunciando palabras de perdón y de esperanza.

El misterio que lo envolvía — según la recordada frase de Gervinus— nace de esa capacidad para el renunciamento, porque eso es lo que suele faltar en los hombres de poder. El poseía el conocimiento y era capaz de las victorias armadas; pero, además poseía el amor. La aureola mística de su heroísmo proviene de su aptitud para el sacrificio. Con magnánima serenidad bajó al abismo de las peores pasiones humanas y volvió de ellas más sabio y más sereno.

Hay en San Martín gloria mayor que la de haberse medido con la Montaña y con el Mar, o que la de haber vencido, con soldados que él sacó de la nada, a las armas españolas que habían vencido a Napoleón, destrozando así el imperio secular de los Reyes en el Nuevo Mundo: esa otra gloria más grande es la virtud, excepcional en un guerrero, de haber sabido vencerse a sí mismo y haber renunciado a los ascensos, los honores y los premios del triunfo en todos los lugares en que venció; haber domado de tal modo su carne que no tuvo la fruición del mundo, ni del dinero, ni de la lujuria, como la tuvieron tantos otros vencedores militares; haber sabido sobreponerse a la adversidad cuando se eclipsó su estrella, coronando su vida en el destierro, en la soledad y la pobreza, con el caritativo silencio de los más puros maestros espirituales. Para llegar a esto último necesitó perdonar injurias, y supo perdonarlas, acaso más que por amor a los hombres, por amor a su América, la tierra entre cuyas pasiones primitivas, él fué un luminoso hijo del sol.

En medio del infierno sudamericano, José de San Martín, no obstante su vida ejemplar, que ya conocemos, fué llamado espía, traidor, hipócrita, ambicioso, embustero, inepto, cornudo, ignorante, sibarita, sensual, mulato, cobarde, borracho, asesino y ladrón. Porque tales calificativos

fueron injustos yo lo he llamado el «santo de la espada», pues fué santidad el espíritu con que sirvió a los hombres que así lo injuriaban. El genio merece la gloria no sólo por el esfuerzo con que la conquista, sino por los vejámenes que siempre forman el siniestro cortejo de la gloria.

A medida que su misión libertadora iba cumpliéndose, fueron creciendo las hostilidades. Sordos en un comienzo, estallaron en 1820, al irse de la Argentina; crecieron en la hora meridiana de su heroísmo, después de 1822, al irse del Perú; renováronse cuando no quiso aceptar, en 1829, la dictadura que le ofrecía su patria ensangrentada por las guerras civiles.

.....

Arenas fueron, en torno de su conciencia incommovible, las hostilidades que el viento de mezquinos rencores levantó contra él. Hombre sin prestigio hereditario ni arraigo en su país, todo lo hizo por la fuerza de su voluntad. Careció de fortuna pecuniaria y de salud física; pero su carácter venció de todo, y él se venció a sí mismo. Conoció la victoria y la superó con humildad nunca vista en un guerrero. Hijo del Sol en un continente doinisiaco, el odio envolvió sus sierpes en los miembros del héroe infatigable. Sobrellevó enfermedades, trabajos, pobreza, ingratiitudes y calumnias, con impresionante resignación. De entre esos fuegos salió purificado, como los metales más nobles; y en ello consistió su santidad. Santidad laica que se confunde con el deber, y que no buscaba premios celestiales ni terrenales.

Así renunció a sueldos, ascensos, mandos, premios y honores. Le regaló Chile \$ 10.000 y él los donó para una biblioteca pública; le regaló una chacra, y destinó sus frutos a costear un vacunador y un hospital de mujeres. A su capataz de Los Barriales ordenábase desde Europa, siendo él pobre, dar de comer a los pobres del lugar con las cosechas de la finca. En el campo de Maipú, abrazó al vencido general Osorio; en la cárcel de San Luis, quitó él mismo las cadenas a un prisionero realista; en la conferencia de Punchauca brindó por la reconciliación con España. Tal es la virtud de este santo laico.

San Martín ha guereado treinta años consecutivos; ha tenido por campo de su empresa, tres continentes y tres mares; ha recorrido en su itinerario militar los más largos caminos y las más altas montañas; todo esto mide en cifras excepcionales la magnitud del soldado. El teatro principal de su genio ha sido nuestra América, que alberga cien millones de hombres y que ofrece tierra de retoño a la civilización europea. Los nombres geográficos de Europa dan más prestigio, y mayor fama dan sus batallas; pero debemos prescindir del teatro modesto en que se realizó el destino sanmartiniano, para valorar al genio en su propia conciencia y en su misión. San Martín, como guerrero, no sentía el placer del combate y planeó sus campañas con precisión matemática o con habilidad política, procurando alcanzar sus objetivos con el menor derramamiento de sangre. No buscó el halago del triunfo ni la fruición del poder, y dijo que su causa era la del género humano. Tales circunstancias definen el contenido moral de un nuevo heroísmo. El no pertenece a la tradición homérica, y en él se crea el paladín de «la fuerza protectora», como él mismo lo dijo.

Contemporáneo de Napoleón y de Bolívar, fué diferente de ellos, anticipándose, en su caso singular, algo de lo que ha podido verse después de la última guerra europea, en la que todos los beligerantes procuran aparecer como víctimas de una agresión injusta y ninguno pretendió deificar a sus generales. Joffre, en su retiro de Francia después de la victoria, es el símbolo de esta nueva sensibilidad militar. Al sentido estético de la guerra, que creó a Alejandro, a César y a Napoleón, tiende a sobreponerse

el sentido ético latente en los mitos de la epopeya. San Martín es el prototipo genial, individualísimo, de esa nueva sensibilidad heroica: se sirve de las necesarias armas, pero sin arbitrariedad ni sensualidad. Sobre él gravita un mandato moral, por eso su figura de héroe militar se proyecta en una silueta de héroe civil. Más hermosa que su hazaña es su conciencia. Su espada de Santo, al desnudarse, refleja la luz de la justicia.

No sabemos qué cosas pudo haber aprendido San Martín en las Logias de Cádiz y de Londres, o en el trato con tantos hombres de España, Francia e Inglaterra, familiarizados con las tradiciones esotéricas de la antigüedad en aquella edad apocalíptica que siguió a la Revolución Francesa y que fué la época de su aprendizaje personal. Napoleón mismo fué tenido entonces por mago, y leyendas de eleusinos, rosacruces y templarios andaban en boga por entonces. San Martín no era mago sino santo: y las logias lautarianas que fundó en América, y el silencio inflexible que sobre ellas guardó hasta la muerte, y la armonía infalible de sus pensamientos, sus palabras y sus actos a través de una larga existencia, y el poder de su voluntad, y el misterio que según dicen envolvía su persona, sugiérenme la convicción de que poseyó las normas de la sabiduría y que fué un agente de poderes extraordinarios. El mismo, al embarcarse hacia el Perú, confesó ser un agente del destino». (Ricardo Rojas, *«El Santo de la Espada»*, Buenos Aires, 1933).

#### 447.—*Protectorado de San Martín. — Campaña de la Sierra.*

San Martín se dedicó, en seguida, a organizar el país en la medida que le estaba sometido, y a continuar la guerra. Sus huestes se habían acrecentado. El primitivo ejército de chilenos y argentinos con que llegó, contaba ahora con numeroso respaldo peruano, y, aparte de las tropas regulares, hostilizaban a los realistas muchas partidas de montoneros criollos e indígenas, entre cuyos cabecillas destacaba la figura enérgica y abnegada de *Ninavilca*.

Como *Protector* del Perú, San Martín se dedicó a dirigir la guerra, contando para ello con la cooperación de Arenales, que era su jefe de mayor confianza, y con nuevos allegados a la causa patriota, como *Agustín Gamarra*, cusqueño, que había servido en el ejército español y se había pasado a las fuerzas patriotas, defensoras de la independencia de su propio país; *José de Lamar*, oriundo de Cuenca, que se hallaba en idéntica situación y que se rindió a los patriotas en el Callao, y *Andrés de Santa Cruz*, nacido en el Alto Perú, experto, como los otros dos, no sólo en mandar hombres y dirigir guerras, sino en conocer el territorio en que actuaban.

Golpes y contragolpes, victorias y reveses, la amenaza a Lima, todo ello convenció en pocos meses a San Martín de que necesitaba refuerzos, y éstos no los podía dar sino



Bolívar, que llegaba, después de su victoria de Carabobo, sobre Quito y se iba a adueñar de Guayaquil.

Pero, San Martín, de cuya probidad no se duda, tenía junto a sí a un personaje de raro talento y de ímpetu difícil de igualar, contra quien se estrellaban las pasiones y que ya había concitado, en su propia patria, la desconfianza del gobierno que le encargara temporalmente de la «Gaceta» de Buenos Aires: *Bernardo de Monteagudo*. El fogoso ex estudiante de Chuquisaca tenía en las venas sangre de dictadores. Nada le detenía. Era vehemente, personalista, sensual. Le gustaban el poder y las mujeres. Y, de contera, se le reprochaba ser partidario de la monarquía. Por ende, esta afición se proyectaba sobre San Martín y fué origen de numerosos y enconados ataques contra él. A esto se agregaba que de los tres ministros del Protector, *sólo uno era peruano* (*Hipólito Unanue*), otro colombiano (*García del Río*) y el tercero argentino (*Monteagudo*).

En Lima, se reunía un grupo demagógico, que empezó a editar, poco más tarde, «*La Abeja Republicana*». Lo animaba *José Faustino Sánchez Carrión*, sin duda el primer constitucionalista peruano, como lo demuestran sus «*Cartas del Solitario de Sayán*», publicadas poco después. Por otra parte, la idea de un avenimiento con Bolívar, a quien se imputaban tendencias imperiales y que se había enajenado la animadversión de los peruanos con la captura del puerto de Guayaquil y su anexión a la Gran Colombia, despertaba serias resistencias. Ya se veían asomar las primeras grietas, en un ambiente que San Martín conocía y que su memoria identificaba con el de las Provincias Unidas del Plata, donde la intriga, la desinteligencia y el caos habían entorpecido tanto la marcha de la causa patriota.

Resuelto a superar aquellos obstáculos, San Martín, que había dictado un *Estatuto Provisorio* en el Perú (1821), convocó a elecciones de representantes a fin de formar un *Congreso Constituyente* (1822) que discutiera y promulgara una Carta Fundamental para el país. Hecho esto, casi sin publicidad se embarcó en el Callao y se dirigió a Guayaquil a fin de entrevistarse con Bolívar y resolver, cara a cara, todo lo concerniente al futuro de la independencia en Sudamérica, para la cual reclamábase la cooperación estrecha de los ejércitos del norte y del sur.



448.—*La entrevista de Guayaquil.*

En aquellos momentos, no obstante los recientes triunfos de Bomboná y Pichincha, que cimentaron la libertad de la Audiencia de Quito, el horizonte se presentaba preñado de funestos presagios. La *Santa Alianza* se preparaba a asestar un golpe a los anhelos liberales; desde Cuba, Puerto Rico y Filipinas se proyectaban expediciones sobre Sudamérica; México atravesaba un instante delicado, a causa de las discordias suscitadas por la ambición imperial de Iturbide; los propios Estados Unidos del Norte encaraban ya disputas intestinas entre norte y sur, y no habían fundido aún en un anhelo sólido y unitario las aspiraciones de sus diversos Estados y, en fin, el ejército español del Perú, mucho más fuerte en número y rico en jefes experimentados que el patriota, mantenía bajo su control la zona más fértil — la sierra — y tenía prolongaciones en la costa, para su abastecimiento y comunicación, contando para ello con los Castillos del Callao y — verdad que aislado — con el reducto de Chiloé.

Agravábanse tales dificultades con la visible rivalidad entre las tropas aliadas que combatían en suelo peruano. *Lord Cochrane* había ido un activo agente de disolución, tanto a causa de sus ataques personales y directos contra San Martín y Monteagudo, como por la oposición fomentada entre argentinos, chilenos y peruanos.

El asunto de *Guayaquil* había despertado enconos en Perú y en un sector de Guayaquil mismo. Los políticos limeños, acicateados en no poca parte por el incansable Riva Agüero, sembraban de escollos el camino de San Martín, al par que se oponían a la venida de Bolívar, lo que no obstó, luego, para que sus más tenaces opositores fueran sus entusiastas invitantes y uno de ellos hasta panegirista: Olmedo. En suma, no eran propicios los presagios para el buen fin de la campaña tan heroicamente conducida. El único remedio consistía en un férreo entendimiento entre los dos grandes capitanes: el vehemente, dinámico, impetuoso y apostólico Libertador Bolívar, y el flemático, tenaz y abnegado Protector San Martín.

Para llegar a un acuerdo — o un desacuerdo, según esperaban los pesimistas — se pactó la entrevista de Guayaquil. San Martín, que, como dijimos, había ya convocado a reunión de Congreso (el primero de la historia peruana) se

embarcó en la goleta, «Macedonia», y desembarcó en el Guayas, el 26 de julio de 1822. Ahí lo esperaba Bolívar.

Mucho se ha fantaseado acerca de las famosas entrevistas de Guayaquil, especialmente a base de la carta de Bolívar a su secretario Pérez, y de los relatos de Guido y Mosquera, acompañantes de San Martín y de Bolívar, respectivamente. El velo no ha quedado rasgado definitivamente a pesar de la publicación del discutido libro del señor Eduardo L. Colombres Mármol, ex embajador argentino en Perú, titulado «*San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil, a la luz de nuevos documentos definitivos*» (Buenos Aires, 1940).

Los resultados de dicha publicación no hacen sino confirmar lo que se inducía a través de la actitud de los dos hombres. Su colaboración estaba sembrada de peligros para la causa libertadora. Sus temperamentos no se conciliaban. Bolívar tenía un empuje incontenible. San Martín, un desinterés innegable. Sin aquél no era posible ganar la batalla a los españoles; sin éste no era posible la unificación necesaria para lograr lo primero.

Las entrevistas fueron dos a puerta cerrada y sin testigos. Terminaron con un banquete en el cual Bolívar pronunció un fervoroso brindis, diciendo: «*Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y yo*».

San Martín respondió: «*Por la pronta terminación de la guerra, por la organización de las nuevas repúblicas del continente americano y por la salud del Libertador*».

De todo lo publicado parece quedar en claro que ahí fué sellado el compromiso para que el Libertador acudiese con sus fuerzas en auxilio de los patriotas peruanos. Y San Martín no sería un escollo, pues se eliminaría.

Seguramente, influyó en esta última determinación el hecho de que, mientras San Martín se hallaba en Guayaquil, una poblada limeña atacó y obligó a huir a Monteagudo, ministro de toda la confianza del Protector. No fué, por cierto, la causa determinante de su retirada, pero tampoco se debe desestimar totalmente el eco que sin duda tuvo en el corazón del argentino.

San Martín volvió al Perú en la misma embarcación. Traía en sus manos la salvación de la causa y el rumbo de su propio destino.

449.—*Retiro de San Martín.*  
— *Llegada de Bolívar y*  
*Sucre.—El Primer Congreso.*

No bien de vuelta al Perú, San Martín reunió el 20 de septiembre de 1822, el *Primer Congreso Constituyente del Perú*. Ese mismo día, aquel cuerpo recibió varios pliegos cerrados del Protector, quien se retiró del recinto apenas instalado el organismo legislativo. En ellos manifestaba su irrevocable voluntad de eliminarse del escenario político, de alejarse del país y de entregar a los peruanos el porvenir de su patria. Sus palabras respiraban innegable nobleza.

«Peruanos: la presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible para los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más. En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones: los hijos de éstos darán el verdadero fallo».

El Congreso pretendió retener a San Martín, pero todo empeño fué inútil. Esa misma noche se embarcaba rumbo a Valparaíso, de donde, después de entrevistarse con su amigo O'Higgins, pasó a Mendoza, luego a Buenos Aires, y, con su hija única — había enviudado entretanto —, se dirigió a Francia, en voluntario ostracismo, para no regresar sino efímeramente y sin poner la planta en Buenos Aires, el año de 1829. Del barco mismo que esa vez le trajo a América tornó a Europa, a terminar sus días, pobre y casi ciego, en Boulogne-sur-Mer, el 17 de agosto de 1850.

El Primer Congreso del Perú debatió, no obstante la amenaza de las tropas españolas, la primera Constitución. Lo presidió el sacerdote *Francisco Javier de Luna Pizarro*. El Perú fué declarado República popular, unitaria y representativa. *Nadie nacería esclavo en el país, pero no se manumitía a los esclavos existentes*. El voto tenía como taxativas el alfabetismo, la edad y un censo de renta. El Ejecutivo — nuevamente la lucha entre pluralistas, por temor a un «nuevo Soberano», y partidarios de un ejecutivo unipersonal — fué, como en Buenos Aires, plural. Junta de Gobierno triunviral, presidida por La Mar, a la que derribó, casi en seguida, el 23 de febrero de 1823, un motín militar, el primero de la historia peruana, proclamando la presidencia de *José de la Riva Agüero*, el activo conspirador de antaño,

trocado en coronel y, al día siguiente de su presidencia, en mariscal. Riva Agüero fué el primer Presidente del Perú, y el Congreso hubo de resignarse en apariencia a lo sucedido.

Con el gobierno de Riva Agüero iba a iniciarse una etapa luctuosa para la nacionalidad recién constituida.

450.—*Las campañas a Intermedios.*

Riva Agüero cobró ánimos, a poco de instalado su gobierno, a consecuencia de varios hechos favorables que, sin mediar su voluntad, sobrevinieron entonces. San Martín había enviado a Londres, con la misión de contratar un empréstito, a *García del Río y a Paroissien*. En esos días las actividades de ambos comisionados obtuvieron, al parecer, buen éxito puesto que consiguieron un *millón doscientas mil libras esterlinas en calidad de préstamo* al nuevo Estado peruano. Al mismo tiempo, el *Ejecutivo de los Estados Unidos había reconocido al nuevo régimen establecido en el Perú*.

Pero, la amenaza realista era cada vez mayor. Días antes del golpe de Estado de Riva Agüero, había ocurrido un tremendo desastre a las fuerzas patriotas en la llamada *primera campaña a Intermedios* (es decir, a los puertos intermedios del sur peruano). El general realista *Valdez* destruyó a las huestes del argentino Rudecindo Alvarado en *Torata* (enero del 23) y, luego, con refuerzos que le mandara *Canterac*, el activísimo jefe realista, se dirigió sobre Moquegua y obligó a sus adversarios a reembarcarse en fuga.

La lucha seguía, pues, implacable, y no aminoraban los excesos de bando y bando. Sin declaratoria de «*guerra a muerte*», era en el Perú llevada adelante sin clemencia. *Carratalá*, ardoroso realista, dió muestras de una ferocidad digna de Boves, en la toma de *Cangallo* (1821), ciudad que arrasó hasta sus cimientos por haberle resistido en nombre de la Patria. Y en *Huamanga*, el mismo Carratalá usó de singular fiereza, llegando al extremo de ordenar el fusilamiento de una mujer, *María Andrea Parrado de Vellido*, a quien se acusaba de suministrar informes a los patriotas. Seguía el mismo sino de la heroica santaferense Policarpa Salavarrieta, la Pola, fusilada también por su ardiente patriotismo.

Riva Agüero, decidido a recuperar el prestigio de las tropas libertadoras, ordenó que *Santa Cruz*, llevando como jefe de estado mayor a *Gamarra*, saliera a Intermedios, al



mismo tiempo que organizaba la *escuadra peruana*, al mando de *Martín Guise*, marino inglés, compañero y émulo de Lord Cochrane.

Esta *segunda campaña a Intermedios* se vió coronada por el triunfo de *Zepita* (24 de agosto de 1823). Pero Santa Cruz cometió una pifia estratégica y se dejó engañar por una artimaña de La Serna, que acudió en auxilio del ya derrotado Valdez, más tarde Conde de Torata, en memoria de su anterior victoria. En definitiva, la segunda campaña a Intermedios fué, también, otro desastre.

#### 451.—*La anarquía ante el enemigo.*

Pero, mucho peor que todo era la anarquía que se observaba en la vida civil patriota. Por de pronto, el nada limpio origen de la autoridad de Riva Agüero había provocado varias reacciones. El Congreso no le manifestaba mucha adhesión, y se explica: había surgido contra su voluntad, por obra de un acto de fuerza. Para defenderse de los realistas, para vencerlos, Riva Agüero había pedido formalmente socorros a Bolívar, ya que anteriormente el Perú los había dado para terminar la liberación de Quito. Bolívar envió en *mayo del 23*, a su general de mayor confianza, a *Sucre*. Ese mismo mes salía la segunda Campaña a Intermedios. Al mes siguiente *Lima caía de nuevo en poder de los realistas*. El Congreso se retiró a sesionar bajo la protección de los cañones del Real Felipe, en el Callao. Sucre fué investido de la *suprema autoridad militar* por el Congreso, erigiéndolo así en un virtual nuevo jefe de Estado. Riva Agüero, que había sido destituido por el Congreso, protestó contra este acto y se dirigió a *Trujillo* con parte de los congresales adictos a su persona.

Sucre designó *Presidente Provisional* al *Marqués de Torre Tagle*, quien, como Intendente de Trujillo, abrazara la causa libertadora apenas llegado San Martín al Perú. Dos días después de esto, el 19 de julio, se decretaba la disolución del Congreso parcialmente trasladado a Trujillo. Semanas más tarde, se restablecía el Congreso Constituyente en Lima. La presidencia definitiva de Torre Tagle coincidió con la derrota de *Zepita*. Terminaba agosto del 23. El 1.º de septiembre, insistentemente llamado por delegaciones especiales del Congreso peruano, entre las cuales figuraban dos de sus más enconados enemigos de antaño, Sánchez Carrión y el poeta Olmedo, *Bolívar llegaba a Lima*, y diez días des-

pués quedaba investido con la suprema autoridad militar en el país. Lo cual no quitaba que *Riva Agüero* siguiera siendo presidente en Trujillo, y que *Torre Tagle* mirara de mala gana este despojo de sus prerrogativas de Presidente en el Callao.

452.—*Primera Constitución peruana.—Deposición de Riva Agüero. — Dictadura de Bolívar. — Defección de Torre Tagle.*

El 12 de noviembre de 1823 se promulgó la ya mencionada *Primera Constitución peruana*, que reconocía el sistema republicano, unitario, representativo; la religión católica; el sistema tripartito de poderes, etc. Poco duró su vigencia, porque en febrero del 24, el mismo Congreso concedía la *Dictadura*, con amplios poderes al Libertador Bolívar.

Entretanto, un motín interno derrocó en Trujillo a Riva Agüero, quien había entrado en relaciones con La Serna por móviles tal vez sin la altura de los que inspiraron a San Martín. La enemistad entre colombianos y peruanos era tan honda como entre realistas y patriotas. Bolívar dictó sentencia de muerte contra Riva Agüero, pero salvó a éste la generosa intervención de Guise. Torre Tagle, a su vez, mohino y maltrecho, abandonaría luego las filas patriotas, descubierto en conspiración contra Bolívar. Torre Tagle huyó a refugiarse a los castillos del Callao, que fueron entregados por una traición del *sargento Moyano*, argentino de nacimiento, más tarde coronel español. Bolívar también decretó sentencia de muerte contra el ex presidente, el cual terminó su vida mientras se hallaba refugiado en dichos castillos.

Menos mal que en tales circunstancias, el campo realista también se hallaba dividido, puesto que el *general Olañeta* se negó a reconocer a La Serna, obligando a éste a destacar a Valdez en su contra.

Por mayo de 1824, Bolívar y la causa patriota se hallaban casi vencidos. En Fativilca, enfrentado al destino, cuando su ayudante Mosquera le preguntara dramáticamente «¿qué hacer?», fué cuando el Libertador, sacando fuerzas de flaqueza, respondió con su magnífico: «*Triunfar*».

Bolívar se dirigió al Norte del Perú. Lima estaba de nuevo en poder de los realistas.

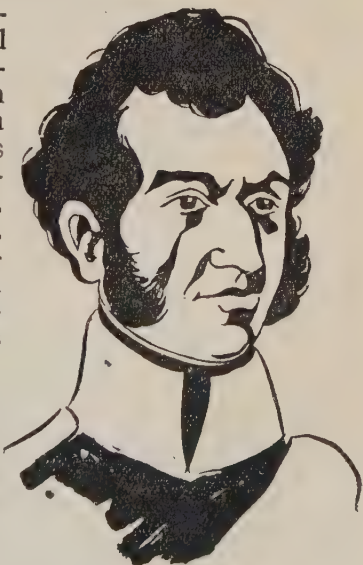
453.—*La campaña final: Junín y Ayacucho.*

No obstante lo trágico de la situación, agravada hasta por el hecho de que el empréstito contratado en Londres por Paroissien y García del Río se había finalmente frustrado, Bolívar, decidido a vencer a la suerte, formó un plan de ataque que comprendía como objetivo principal encerrar en la sierra al ejército realista e ir a buscarlo hasta ahí a presentar batalla, contando con el apoyo que, por cierto, representaba la actitud cada vez más antiespañola de los pueblos.

Para desarrollar su plan designó como Jefe de las tropas patriotas coligadas a *Sucre*, bajo las inmediatas órdenes del Libertador, cuyo secretario en campaña era el fogoso *José Faustino Sánchez Carrión*, destinado a prematura muerte, el año 25. Las fuerzas peruanas las tenía bajo su mando el general *Lamar*; la caballería, *Necochea*, argentino, pero la peruana tenía por comandante al general *Miller*, irlandés, de descollante actuación en toda la campaña, desde Chile, y la colombiana, a *Carbajal*.

Las huestes patriotas, concentradas en la sierra del Norte (en Cajamarca, Huamachuco, etc.), se movilizaron sobre Junín, donde estaba *Canterac*. Este tenía apenas 7.000 hombres a sus inmediatas órdenes, ya que *Valdez*, con 3.000, combatía a *Olañeta*, el realista disidente, que contaba con 4.000 para atacar el Alto Perú. Vale decir, *Canterac* disponía de la mitad de sus efectivos totales.

*Miller*, al mando de la caballería y dirigiendo las montoneras nacionales, cuya efectividad fué considerable, empezó a hostigar a los realistas, quienes, por un movimiento táctico, aparecieron en el lado opuesto al de los patriotas



SUCRE

pero paralelamente. La caballería patriota decidió dar un golpe de audacia y, con 900 hombres, bajó de las alturas y se lanzó al llano, circunstancias en las cuales, Canterac, confiando en la superioridad numérica de sus jinetes, los destacó, alejándolos de la infantería, a contrarrestar a los atacantes. La batalla se trabó sin cambiar un disparo, a pura arma blanca. Ya se batían en retirada los menos numerosos patriotas, cuando de un repliegue del terreno surgió el escuadrón peruano, al mando de *Suárez* y de *Razuri*, sorprendiendo por retaguardia a los ufanos realistas. La caballería patriota volvió grupas y barrió a sus adversarios. Pero Necochea quedó muerto sobre el campo con siete heridas de sable y lanza. Bolívar, llegado más tarde al lugar del combate, ahí mismo denominó *Húsares de Junín* al escuadrón de Suárez, nombre que desde entonces conserva el regimiento N.º 1 de caballería del Perú, (6 de agosto de 1824.)

Canterac, perdida su caballería, se retiró precipitadamente hacia el sur. El virrey *La Serna* ordenó a Valdez abandonar la persecución de Olañeta y acudir en su auxilio. Valdez trató de cortar la retirada de los patriotas a la costa, y sublevó a los indios contra ellos. Sucre, en semejante condición, retrocedió, buscando no perder sus comunicaciones y ocupar una posición más sólida. En una de las escaramuzas, el batallón colombiano «*Vargas*» perdió gran parte de sus efectivos. Finalmente, ambos ejércitos se hallaron el 8 de diciembre frente a frente, los realistas en las faldas del *Condorcunca* y los patriotas en el pueblecito de la *Quinua*, cerca de la planicie de *Ayacucho*. 9.000 hombres reunían los españoles; algo más de 5.000 los americanos. El virrey mismo comandaba a aquéllos, Sucre a éstos.

Poco antes de empezar la batalla, Sucre dijo a sus tropas: «*Soldados, de los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur; otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia*».

Sucre dispuso su línea. *Gamarra*, peruano, era su jefe de estado mayor. A la derecha, la división colombiana, bajo las órdenes del joven e impetuoso general colombiano *José María Córdoba*; al centro, en reserva, a *Lara*, también con los colombianos; a la izquierda, a los peruanos, con *Lamar*; a retaguardia, al centro, la caballería, con *Miller*. La única pieza de artillería estaba a la derecha. A las 10 de la mañana del 9 de diciembre se rompieron los fuegos. Ya parecía sobrepujar el cuerpo de Valdez al de Lamar, en las primeras escaramuzas, cuando Córdoba, bajándose del caballo y alzando su sombrero en la espada, gritó a sus



hombres la inmortal frase: «*Soldados adelante; armas a discreción; paso de vencedores*». Y se lanzó al ataque arrollador. Sucre, con certero golpe de vista, se dió cuenta de que era el de Córdoba un ataque decisivo, y envió contra los españoles todas sus fuerzas. Miller con la caballería, y Lara con los dos batallones de reserva colombiana se precipitaron a la refriega. Por la tarde, el virrey firmaba la *capitulación de Ayacucho*. El y sus hombres se constituían en prisioneros de guerra, y *reconocían la independencia del Perú y de América*.

Habían participado en el combate hombres de todas las nacionalidades. Colombianos y peruanos, argentinos y chilenos, panameños y futuros bolivianos, unidos por un mismo ideal, rivalizaron en valor. Mediante ello y su pericia, Sucre pudo vencer, con tropas inferiores en número y casi sin artillería, a un enemigo experimentado, con 11 piezas de artillería y que casi lo doblaba en fuerza.

#### 454.—*Ultimas acciones guerreras.*

Al mismo tiempo, *Guise* lograba magníficos éxitos en el mar, pese a la superioridad cuantitativa de los realistas.

*Pío Tristán*, a quien en el *Cusco* se le había investido del virreinato interino, tuvo que someterse a Sucre que avanzó sin tardanza sobre aquella plaza.

*Olañeta*, que se mantenía con cerca de 6.000 hombres, rebelde a la capitulación, fué herido y muerto en un motín de sus tropas (abril de 1825, en *Tumusla*). La escuadra realista se retiró de aguas del Pacífico, viéndose obligado La Serna a tomar pasaje en un barco francés para volver a España.

A su vez, *Chiloé* caía en manos patriotas, pese a la tenaz resistencia de *Quintanilla*.

En *enero de 1826*, los Castillos del *Callao*, donde aún se mantenía el brigadier español *Rodil*, tuvieron que rendirse, cayendo así el último baluarte hispánico. *Rodil* había resistido durante largos meses, en medio de penurias espantosas, viéndose obligado hasta a evacuar por la fuerza a civiles, mujeres y niños, arrojándolos del fuerte para no tener «bocas inútiles». El escorbuto hizo más víctimas que las balas patriotas. Entre ellas, *Torre Tagle*, el ex presidente del Perú que se pasó a las filas realistas por odio a Bolívar y la hegemonía colombiana.

*ch) Independencia de América*455.—*Bolívar.*

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

.....

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular e inconfundible en la historia. Lo es por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha e indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. Y ésta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte, en América, la gloria del libertador. San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría sin inconveniencia el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocallosos. Imaginémoslo al lado de Turrena: valdría para heredero de su espada previsoramente segura y de su noble y sencilla gravedad.

Transportémoslo junto a Washington: podría ser el más ilustre de sus conmlitonos y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámoslo en las guerras de la Revolución y del Imperio; llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, o del prudente Moreau, cuando sale proscrito. Es, considerado aparte del gran designio a que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple dibujo de ciertas condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos.

En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra, y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada o trunca, Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente. . . , todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreductible, que supone e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso.

Ni guerrea como estratégico europeo ni toma para sus sueños de fundador más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia o la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca a cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y será siempre el héroe por excelencia, representativo de la eterna unidad hispanoamericana. Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que transmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalar de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

La revolución de la independencia sudamericana, en los dos centros donde estalla y de donde se difunde: el Orinoco y el Plata, manifiesta

una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende, en ambos centros, la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos. En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las influencias reflejadas del mundo trajeron la idea de la patria como asociación política, y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares. Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias organizadas, fueron los medios de acción.

Pero en los dilatados llanos que se abren cerca del valle de Caracas hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Uruguay, hacia el Océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, sólo había alcanzado a infundir una población rala y casi nómada, que vivía en semi-barbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduino o del hebreo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose más que sobre la tierra sobre el lomo de sus caballos, con los que señoreaba las vastas soledades tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *estancias* del Sur.

El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el centauro indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con sangre del conquistador y del indígena, hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada a dar una fuerza de acción avasalladora y de carácter plástico y color a la epopeya de cuyo seno se alzarían triunfales los destinos de América. En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, a toda aspiración de patria constituida y toda noción de derechos políticos con que pudiera adelantarse, de manera consciente, a tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio a las banderas de la revolución; Boves y Yáñez, al Norte, la dotaron a favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana.

Porque el sentimiento vivísimo de libertad que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior a cualquier género de sentimiento político y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la Naturaleza, ni se satisface sino con su desate incoercible en el espacio abierto sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda, esa que, en la más crítica ocasión de la historia humana, acudió a destroz ar un mundo caduco y a mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo con sus ráfagas de candor y energía.

La sola especie de autoridad conciliable con este instinto libérrimo era la autoridad personal, capaz de guiarlo a su expansión más franca y domiñadora por los prestigios del más fuerte, del más bravo o del más hábil, y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo* como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí su vasta familia guerrera, sin otra comunidad de propósitos y estímulos que la adhesión filial a su persona.

Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino a engrosar el torrente de la revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrasta con las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra el sello

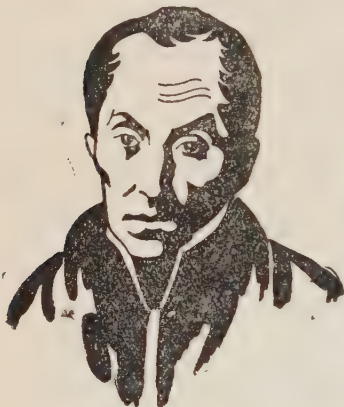


de originalidad y pintoresco americanismo que las determinase y diferenciara en la historia.

Frente al ejército regular, o en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que suple los efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica; el guerrear, para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán, en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

Bolívar subordinó a su auteridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía originariamente en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado. Abarcó dentro de su representación herida de

esa mitad original e instintiva de la revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos a sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio, perdido con la infausta expedición de los Cayos, y en adelante las dos riendas de la revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 a 1818 muestra concertados los recursos del instinto dueño del terreno y los de la actitud guerrera superior y adecuada. En los extensos llanos de Apure, el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo.



BOLIVAR

Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como en su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de domador de potros, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto a escape, tras el venado fugitivo, o por la pura voluptuosidad del arrebatado, tras la fuga ideal del horizonte. El Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas, era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dió nunca en San Martín. El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento e indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acertó estas distancias.

En el Sur la revolución tiene una órbita para el militar, otra para el



caudillo. El militar es San Martín, Belgrano o Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes o López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula a su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín; eso es Bolívar. Y aún faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la revolución, desde que, en sus inciertos albores, le abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y, finalmente, la organiza como legislador y la gobierna como político.

(De «Bolívar», por José Enrique Rodó.)

#### 456. — *Concentración de fuerzas en Nueva España.*

La ejecución de Morelos no puso término a la agitación revolucionaria de Nueva España. Un movimiento de tanto impulso popular, no podía deshacerse de un momento a otro. Para eliminar obstáculos, ya que *Calleja* había sido tan feroz en la represión, la Corona designó como sucesor suyo a don *Juan Ruiz de Apodaca*, hombre contemporizador. Su autoridad hallábase reforzada por la presencia de un ejército de 85.000 realistas, potente hueste que ponía paz obligatoria en el territorio, aunque no tanto como para sofocar las constantes montoneras que se descolgaban de las montañas y tenían en continua alarma a las guarniciones españolas. El Rey, después de abolir la Constitución de Cádiz y de haber sofocado la insurrección patriota de Nueva Granada, con la metódica represión de Morillo en Caracas y Bogotá, así como tras los triunfos del Alto Perú sobre los patriotas argentinos, sentíase llamado a ejercer una presión incontenible en aquellas colonias remotas. Sin embargo, la tregua duró muy poco.

#### 457.—*Las guerrillas de Mina y de Guerrero*

Un súbdito español, inquieto, de ideas profundamente liberales, que había tomado parte en la guerra contra Napoleón, experto, pues, en las artes bélicas, resucitó la insurgencia en 1817. Era *Francisco Javier Mina*. En seguida reunió en torno suyo partidas de indios, de empleados, que vociferando contra los gachupines, iban, no obstante, bajo el comando de uno de ellos, a quien tenían por suyo porque

comulgaba con sus ideas. El liberalismo español, contrario al absolutismo de Fernando VII, se ponía de acuerdo con los insurgentes americanos.

Después de numerosos encuentros, Mina fracasó, pero surgió al punto otro guerrillero, *Vicente Guerrero*, a quien le cupo más ilustre destino.

458.—*La revolución de Riego y los absolutistas mexicanos.*

El grito de *Riego*, en 1820, conmovió a las colonias como se ha dicho repetidas veces. En México se dió por perdida la causa de Fernando, produciéndose entonces un nuevo fidelismo, pero a la inversa: si el de 1810 fué, en las demás colonias, un modo de ganar libertades, el de 1820 fué en México una manera de estrangularlas. Pensando, que Fernando podía caer en manos de los liberales de Riego, los absolutistas de Nueva España se apresuraron a forjar un plan, según el cual México se separaría de España, haciéndose independiente, para ofrecerle asilo — y corona — al posiblemente destronado Fernando VII, que no cayó sino que venció a los rebeldes. Entonces surgió Iturbide.

459.—*El Plan de Iguala.*

*Agustín de Iturbide*, oficial del ejército del virrey, había tomado parte en la campaña represiva contra el cura Hidalgo. Hombre ambicioso, cauto, intrigante, no dejaba de acariciar ambiciones políticas, si bien trataba de ocultarlas. Al comprobar el estado de desconcierto de sus comilitones, los realistas, concibió audaz idea: confabularse con el patriota insurrecto Vicente Guerrero para emancipar a México, no ya para Fernando, sino para sí mismo. El 24 de febrero de 1821 se pactó el llamado *Plan de Iguala*, o de los *trigarantes* (tres-garantías), en virtud de constar de tres condiciones o garantías esenciales: 1.º *reconocimiento de la religión católica*; 2.º *unión de españoles y mexicanos*; 3.º *independencia de México*. Símbolo de aquel acuerdo, se acordó que la bandera nacional tuviese tres colores, rojo, blanco y verde, que representaran a dichos requisitos. Se decía, además, para anestesiar la resistencia realista, que el punto tercero implicaba la reserva del trono imperial de México para Fernando VII, en lo cual se infiltraban ya los ecos de lo acaecido en Brasil con Juan VI, que vino a refugiarse en

América, cuando sintió el Portugal amenazado, y, por esos días, se veía despedido de Brasil, en donde su hijo, don Pedro de Alcántara, no tardaría en ser reconocido como emperador.

El virrey *Juan O'Donjou*, irlandés de nacimiento, hombre nada terco a pesar de su origen, al cabo, aceptó el nuevo estado de cosas, del que podía surgir una garantía permanente para los españoles y firmó los pactos de Córdoba.

Iturbide tomó posesión del gobierno el 27 de septiembre de 1821.

La independencia de México era un hecho consumado.

#### 460.—*La independencia de Centroamérica.*

Se operó pacíficamente, a diferencia de las otras regiones de la América Española, por una sencilla razón: la íntima influencia que sobre Centroamérica tenía México. El gobernador *Gáinza*, que ya había actuado frente a la insurrección chilena, se plegó al movimiento de 1821, a raíz del pacto *trigarante* y del convenio entre Iturbide y Guerrero.

Desde luego, aquello tuvo antecedentes. Si bien es cierto que aquel pronunciamiento se realizó en forma sosegada los preliminares, a lo largo de los años, no tuvieron igual tonalidad.

Desde 1811, en *Salvador*, el clérigo *José Matías Delgado*, verdadero precursor de la independencia centroamericana, había iniciado ya la rebeldía. Meses después, en diciembre, y vencido aquél, el acaudalado de Granada, *Juan Argüello*, alzaba el pendón emancipador. Fracasó ante las fuerzas españolas y porque en México cundía entonces la reacción que había sacrificado a Hidalgo — inspirador del movimiento de su correligionario Delgado — y se cerraba el círculo en torno de Morelos. Y así se frustraron los conatos de 1813, en Guatemala, y de 1814, en San Salvador.

Director de la campaña contra la revolución libertadora había sido el gobernador *Bustamante*, a quien reemplazó el anciano Mariscal de Campo don *Carlos de Urrutia*. En realidad, la atmósfera ideológica centroamericana distaba mucho de ser tan fervorosamente patriota como la de México o Nueva Granada, Venezuela o Buenos Aires. Poseía, más bien, la tibieza de la de Lima. Tanto es así que, al tenerse que designar diputados regionales a las Cortes de

Cádiz, los triunfadores fueron los españoles, no los criollos, al revés del resto de América, inclusive el Perú.

461.—*La emancipación: las Provincias Unidas de Centroamérica.*

Con el pacto trigarante, como decimos, prendió de nuevo la chispa libertadora en la antigua capitania general de Guatemala, y Gáinza aceptó las resoluciones libertadoras de la *Asamblea Popular*, especie de vasto cabildo abierto, que proclamó la escisión de España.

No ocurría lo propio con respecto a México. Iturbide se acababa de ungir emperador, en un raptó de ambición. Luego, sin mayores vacilaciones, dejando de lado los titubeos de los colegios, cabildos y asambleas regionales centroamericanas, se *anexó la América Central* a principios de 1822 (enero 5).

La oposición cobró ánimos. El viejo insurgente Delgado, de Salvador, se alzó en armas contra la voluntad de Iturbide, a quien apoyaba Gáinza. *José Manuel Arce*, fogoso caudillo costarricense, derrotó a éste. Pero, no se pudo cimentar la victoria, porque *Agustín I* se apresuró a enviar a Guatemala un poderoso ejército de 6.000 hombres, bajo las órdenes del general *Vicente Filisola*.

Iturbide, horqueteado por la crisis de México, por el descontento que su imperio había producido y por los levantamientos republicanos ya en marcha, lleno de compromisos y ansioso de dinero, impuso a Centroamérica un régimen económico que halló rudo rechazo de parte de la población. Filisola quiso consultar a ésta, y reunió un congreso que fué adverso (1823) a la anexión. La palabra de orden que se aprobó el 29 de junio en el seno del encendido debate de la *Asamblea Constituyente* fué: *ni con España ni con México: con Centroamérica*. Y así nació el Estado denominado *Provincias Unidas de Centroamérica*. El modelo de su estatuto orgánico fué la Constitución de los Estados Unidos del Norte. El de su Ejecutivo, en gran parte la práctica del Río de la Plata. En vez del gobierno de uno solo, se erigió un *triunvirato*, con *Molina*, *Villavicencio* y *Arce*; a *Filisola*, para contemporizar, se le reconoció como jefe político, cargo en el que, naturalmente, por haber sido enviado mexicano, no podía durar. En seguida se embarcó hacia México.

Un año después, en 1824, la flamante República Centroamericana decretaba la *liberación de todos los esclavos*. Y



en 1825, después de un lapso de organización y tanteo, designaba a su *primer Presidente*, el patriota *José Manuel de Arce*.

Pero, las pasiones se hallaban sumamente agitadas. No obstante la unidad que, durante la colonia, tuviera aquella región, cada comarca, al vislumbrar la libertad, reclamaba su propia autonomía. Intereses externos agitaban también dichas banderías, puesto que un Estado sólido y fuerte habría sido un contrapeso para ciertas ambiciones ya despiertas sobre las Antillas. No tardarían, pues, en empezar las disidencias. La República Centroamericana, nacida en casi paz, estaba, desde su origen, herida de muerte.

#### d) *Independencia del Brasil*

##### 462.— *Resonancia de los sucesos europeos en la colonia.*

Desde 1801, las hostilidades entre Portugal y España, que siguió la suerte de Francia, unida a su destino, tuvieron honda repercusión en el Brasil. No obstante la vigencia del tratado de San Ildefonso, estallaron pendencias, una de ellas encabezada por el capitán de dragones *Francisco Barreto Pereira Pinto*, brasileño, quien al frente de sus «gauchos» invadió el territorio de Misiones, derrotando a los soldados ibéricos. Pero, la *paz de Badajoz*, cuyo tenor no fué conocido hasta el 24 de diciembre en Río Grande, volvió las cosas a su cauce y liquidó la hazaña del capitán Barreto.

Por esos mismos días, la actividad conspirativa, iniciada en las logias masónicas de Bahía, desde 1797, adquirió un ritmo acelerado. Las constituídas en el ingenio de Suasuna lanzaron a los propietarios rurales contra Portugal, a trabajar incansablemente por la independencia (Calmón, o. c., p. 224 y sig.; Gustavo Barroso, «*Historia secreta do Brasil*», t I, S. Paulo, 1937, segunda edición) Esta actividad no cesó ya. En 1807, los clubes masónicos de Río de Janeiro habían adquirido considerable preponderancia, si bien tenían nada más que un carácter especulativo, como los «*Caballeros de la luz*» de Bahía y el «*Areópago*» de Pernambuco. Pero, sólo en 1808 iba a hacer crisis la situación europea, provocando un nuevo sesgo en la política colonial. La invasión napoleónica de la Península fué el reactivo que determinó

todo aquello. El regente Juan VI fué obligado entonces (1808) a abandonar su patria y pasar a la floreciente colonia del Brasil.

463.—*Juan VI en Brasil.*

Ante la amenaza napoleónica se formaron dos partidos en Portugal: los partidarios de las nuevas ideas, es decir, de los *franceses*, de tendencia *liberal*; y los *anglófilos*, conservadores. Predominaron estos últimos, lo cual era fácilmente explicable, dada la notoria influencia que Inglaterra ejercía en Portugal desde mediados del siglo XVII. Para impedir que el monarca lusitano cayera en manos — o en ardidés — napoleónicas, los británicos le aconsejaron que abandonara el país y se refugiara en su colonia de América, a la sazón llena de esplendor. Ya le pisaban los talones las fuerzas del mariscal Junot, cuando Juan VI abandonó Lisboa seguido por un ostentoso séquito de más o menos 15.000 cortesanos, funcionarios, etc. Aquella lujosa comitiva iría a producir una transformación radical en el ambiente brasileño, tanto en lo político como en lo cultural, en lo social como en lo económico.

464. — *Hegemonía inglesa en el Brasil.*

Luego se dejó sentir la hegemonía inglesa en el Brasil. Por de pronto, en el mismo 1808, se abrieron los puertos de esta colonia al comercio con los países amigos. Inglaterra se aprovechó de ello, puesto que era la dueña de los mares. Se beneficiaron, también, los comerciantes locales. Un dato lo indica con somera elocuencia: en 1807 las entradas y salidas de barcos llegaron al número de 90; un año después, esta cifra se elevaba a 420; diez años más tarde, en 1818, a 2.000. No puede discutirse la evolución que ello trajo consigo.

Por otra parte, el Rey estableció en su nueva sede, *bancos, imprentas, tribunales de justicia, fábricas, biblioteca, cuarteles*; en una palabra *Corte*. De ahí — y del libre tráfico que el lo alentó — la acertada frase del historiador Calmón cuando asevera que Brasil pasó de la economía monopolista de Colbert (representada por Pombal y sus métodos) a la de Adam Smith, industrialista, librecambista, liberal, personificada por Linhares.

465.—*Brasil bajo Juan VI.*

No era Brasil, por cierto, una provincia unida, como por ejemplo, Perú o México, sino un «mosaico de provincias» según expresión de Oliveira Lima. La vasta extensión territorial, la complejidad de razas habitantes, los distintos modos de explotación de la riqueza natural, la convergencia de intereses lusitanos, ibéricos, franceses, holandeses y de muchos judíos daba al país una fisonomía contradictoria, única. El Rey se halló por tanto en un ambiente de grande riqueza y escasa homogeneidad.

Mientras, allá, en la Península, las huestes portuguesas, a las órdenes de Wellington, después de evadir el riesgo de ser copados por Junot, vencían en *Busaco*, obligaban a aquel mariscal napoleónico a capitular en Cintra, derrotaban a Soult en Porto y detenían a Massena en Torresvedras, Juan VI se enamoraba más y más de su nueva residencia. Al par, los colonos, favorecidos a la sombra de la proximidad de la corona, sentían crecer su confianza en sus propios medios. Cierto que las excesivas concesiones a los ingleses — en especial hacia 1810 — turbaban aquella plenitud, pero, de todos modos, Brasil sentíase una parte integrante del mundo  *europeo*  y un reducto de libertad como hasta ahí había ocurrido. Por eso, un historiador afirma que cuando la libertad declinó en Europa, bien bajo el vendaval bonapartino, bien bajo la tormenta reaccionaria de la Santa Alianza, entonces, a su turno, recién comenzaba a alborear en el Nuevo Mundo.

El boato de Juan VI impresionó, afeccionó y, al par, corrompió a los colonos. Aquel'o de que se gastaran 275.000 en la real mesa, que, sin embargo, no llegaba a ser suntuosa, no podía menos que llamar la atención. La cultura adoptó nuevos aires. En 1813, una  *imprenta*  de Río publicaba la traducción portuguesa de «*La Henriada*» de Voltaire, sátira contra la Iglesia y la Corona. El escepticismo cortesano florecía imprevistamente en la lejana colonia.

En cuanto a expansión territorial, en 1817 se veía obligado Juan a desprenderse de Cayena, conquistada desde 1809; en cambio, las tropas lusitanas de Sao Paulo y Río Grande ocuparon Montevideo.

466.—*Insurrección nacionalista*

El 6 de  *marzo de* 1817, estalló en Recife un vigoroso movimiento  *popular, nacionalista republicano* . A la fecha

era visible la actitud del vecindario criollo contra los «*marinheiros*» como se llamaba a los lusitanos. Los nativos (los *mamaluco*s o mestizos), todos cuantos no pertenecían al Portugal, se confabularon ahí, organizados por la masonería, guiados por el liberalismo.

Pretendían aquellos hombres *nacionalizar* el comercio y establecer una «*República Pernambucana*», para lo que se ganaron el apoyo de *Itanaravi*, *Parahyba*, *Alagoas* y *Río Grande del Norte*.

La forma como estalló el movimiento no deja de tener cierto interés. A consecuencia de que un oficial negro atacó en la calle a un lusitano, aquél fué apresado, pero la oficialidad criolla no quiso aceptar castigo alguno y ocurrió el motín. El gobernador *Cayetano Pinto* se vió obligado a salir de la localidad. Pero, la flota lusitana atacó a los rebeldes, comandados por el bravo José Mariano. Producida la derrota de los sublevados, la represión se hizo sangrienta en grado sumo. Uno de los prisioneros, el *P. Juan Ribeiro*, se ahorcó en su celda. Una capa de dolor y luto cubrió el nombre de aquella intentona nada estéril. El odio llegó a extremo tal que los portugueses escupían al rostro de los condenados a muerte en marcha hacia el patíbulo.

#### 467.—*Regreso del Rey a Portugal.*

No obstante que ya había pasado el peligro napoleónico (desde 1815 hallábase el Corso en manos de los ingleses), Juan VI no se decidía a abandonar el territorio de su colonia, y acaso no lo habría dejado en mucho tiempo si no ocurren trascendentales sucesos en su patria.

El 24 de agosto de 1820 estalló en *Oporto* una revolución de marcado carácter *antiabsolutista*, la cual erigió como norma del Portugal la fenecida Constitución doceañista española, execrada por Fernando VII. Se trataba de un movimiento de *tendencia democrática*, pero con el Rey. Los rebeldes portugueses no habían cobrado experiencia, pese al ejemplo español.

Juan VI permaneció, sin embargo, en Brasil, si bien su atención se fijaba apasionadamente en la lejana patria. Pero, su primogénito, el *príncipe Pedro de Alcántara*, casado con una hija del emperador de Austria, joven impetuoso y aspirante, a la sazón de 23 años, se encargó de acelerar su partida. En febrero de 1821, la guarnición de Río juró la Constitución y don Pedro se adhirió a ello. Poco después,



el 21 de abril, la intervención violenta del príncipe en una frustrada reunión de los electores de la ciudad en la casa de la Bolsa, obligó a Juan VI a apurar sus decisiones. Cinco días más tarde salía con rumbo a Portugal, llevándose 200 millones de contos, y dejando como *regente* a don Pedro.

No quedaba en absoluta libertad el joven príncipe. La «Legión» lusitana, cuerpo organizado y en armas, al mando del *general Avilez*, vigilaba a su lado. Y como viera que el conde *Dos Arcos* aconsejara al regente en sentido liberal, la omnipotente «Legión» exigió el 5 de junio que el conde fuese desterrado, y lo obtuvo. Pero, don Pedro no quedó contento.

468. — *Don Pedro, Emperador del Brasil.*

Mientras tanto, las Cortes de Portugal iniciaron una metódica campaña contra los privilegios de la colonia. Primero fué la *abolición de escuelas y tribunales superiores*. Luego, la orden de que Don Pedro debía *restituirse* a Portugal, a fin de viajar y estudiar, adiestrándose en las artes de gobierno, lo que equivalía a alejarlo de Brasil y someterlo a la tutela paterna y de los políticos lusitanos. Aunque en dichas Cortes había diputados brasileños, su exigua minoría no les daba importancia alguna. El 5 de octubre de 1821, la *Legión* pedía que un *Consejo militar* asesorara al Regente en los asuntos de esa materia, y uno *civil* en la administración. Don Pedro comprendió el ardid, y, acto seguido, intrigando hábilmente, logró que el *Senado* de la Cámara de Río de Janeiro vetara el acuerdo de las Cortes portuguesas y pidiera al príncipe no abandonar el suelo brasileño. Don Pedro aceptó el mandato de la ciudad fluminense. Y como «La Legión» se irguiera descontenta, organizó las *milicias criollas*, dió fuerza a las que ya estaban en pie de guerra, obligó a sus enemigos a replegarse a *Praia Grande* y el 16 de enero de 1822 forzó al general Avilez a embarcarse hacia Portugal. Aunque los lusitanos resistieron todavía en *Bahía, Pará, Maranhao* y *Montevideo* (ocupado por los portugueses), la suerte estaba echada ya.

Don Pedro recorrió Río, Sao Paulo, Minas, Río Grande, todas provincias pronunciadas contra la intromisión lusitana. Al lado del príncipe destacaba su austera figura un patriota experimentado y sagaz: *José Bonifacio de Andrada e Silva*.

Lisboa se sintió herida por tal actitud de su regente y

envió amenazas conminatorias a Río. Caminaba a caballo don Pedro entre Santos y Sao Paulo, cuando, a orillas del *Ipiranga*, supo de aquellas amenazas. Desenvainando la espada, pronunció, entonces, impetuoso y trémulo, las memorables palabras: «*Independencia o muerte*» que, inscritas sobre fondo verde-esperanza, son desde esa fecha el lema del Brasil. Era el 7 de *septiembre de 1822*: había nacido una nueva nación *independiente*.

El 12 de *octubre* del mismo año, don Pedro era *coronado Emperador constitucional*.

469.—*José Bonifacio*.

«*Callar el nombre de José Bonifacio al hablar de la emancipación política del Brasil, sería tanto como omitir el nombre de Lutero en una historia del Protestantismo, o como si al evocar el Risorgimento se dejara a Cavour en la penumbra*»,—dice Oliveira Lima (o. c. p. 177).

Y es verdad. Junto al vehemente y tempestuoso don Pedro, su ministro José Bonifacio representaba la cordura, la templanza, la sabiduría.

Hombre singular, por cierto, le tocó representar un papel dual en aquellas agitaciones. Frente al autocratismo de don Pedro I, fué la encarnación del liberalismo, y eso le costó la libertad y la fortuna entonces. Pero, frente al liberalismo frívolo y bonhomista de Pedro II, su pupilo de más tarde, representó la tendencia autoritaria, conservadora, respetuosa de la jerarquía. A él pertenecen, por ejemplo, estas palabras avizoras, dignas y realistas: «*Somos la única nación de sangre europea que trafica de un modo abierto y público comprando esclavos africanos*», pero llegada la hora, comprendió que se hacía sumamente difícil abolir la esclavitud sin que la suerte misma del imperio se viese con ello comprometida.

Su actitud frente a la orden de que el Regente viajase a Portugal fué terminante: formaba parte José Bonifacio de la Junta Provisional de Sao Paulo, y no trepidó en pedir al príncipe que se quedara con los brasileños. Tenía 58 años cuando fué elevado al cargo de Ministro.

Ex profesor de la *Universidad de Coimbra*, miembro de la Academia de Ciencias de Lisboa, monarquista sincero; hombre apasionado, pero de flaca salud, su ideal fué liberar a su patria de la tiranía de Portugal, pero no de la familia de Braganza, a la que permaneció fiel hasta el fin. Fué José

Bonifacio quien invitó a la *Junta de Minas* a hacer causa común con la de Sao Paulo y la de Río.

La influencia de José Bonifacio en el emperador era enorme. El joven monarca lo visitaba constantemente, tanto que, un día, viendo, como de costumbre, el caballo de don Pedro atado a la puerta del ministro, alguien dijo en forma que el emperador lo oyera: «*Ese es el caballo del ayudante de José Bonifacio*». Esto y el carácter doctrinario del ministro provocaron su caída; pero fué más tarde rehabilitado por el singular encargo de don Pedro I para que fuese tutor de su hijo.

#### 470.—*El Imperio bajo Pedro I.*

Solememente, en medio de gran pompa, Pedro I fué consagrado emperador el 1.º de diciembre de 1822. Era natural aquel boato. Desde Juan VI, la Corte de Río había sido tan—o más—brasileña que portuguesa, y los hábitos de lujo habían penetrado mucho en aquel ambiente. Verdad que, al marcharse, Juan no dejó al Regente sino un mayordomo o escudero y dos chambelanes, ¡él que había venido con 15.000 personas de séquito! Pero, Pedro restauró pronto el extinguido protocolo. . . Si no hubiera tenido el ejemplo de su padre, le habría guiado el que le dictaba su carácter y el de la Corte napoleónica, a cuya imagen y semejanza constituyó su monarquía. Mientras para la generalidad, la idea misma del imperio significaba un régimen conservador, en Brasil tenía carácter revolucionario y popular. Un reino habría sido calco del portugués, y, por tanto, apegado a sus fórmulas: un imperio no: implicaba ideas diferentes.

Pedro había tenido que sobreponerse al choque de los partidarios de la «recolonización» o reingreso al seno materno lusitano y los del separatismo provincialista. Con claro golpe de vista, y gracias a los consejos de José Bonifacio, se dió cuenta de que el país deseaba su autonomía, mas sin *república*, no obstante que la diputación brasileña en Lisboa se jactaba de republicanismo. Pronto se reveló el fondo auténtico de don Pedro, entregado luego a los encantos y seducciones de la famosa Marquesa de Santos, especie de Pompadour fluminense, sobre la que hay magníficos cuadros literarios.

Instalada la *Asamblea constituyente* el 3 de mayo de 1823, se logró que el 2 de julio se marchase la guarnición portuguesa a su patria y se procedió a discutir la Carta de

la República. Pedro no aceptó el temperamento liberal patrocinado por la mayoría de la Asamblea, y en especial por José Bonifacio y sus hermanos *Martín Francisco*, ministro de hacienda, y *Antonio Carlos*. El 12 de noviembre el emperador declaraba *disuelta la Asamblea* y desterraba a los tres hermanos Andrada, sin reparar en los enormes servicios prestados a su Corona por José Bonifacio. Ese mismo día nombró un *Consejo de Estado* — modelo napoleónico — que dictó la *Constitución* promulgada el 25 de marzo de 1824.

Prácticamente, el *monarca constitucional* había desaparecido también en Portugal, desde 1823, cuando Juan disolvió las Cortes, excesivamente jacobinas. Pero, desde la metrópoli se veía el problema americano en forma diversa a la realidad, y Juan VI llegó a temer que Bolívar pretendiera uncir a su carro triunfal el imperio de su hijo. Bahía continuaba siendo un centro portuguesista a ultranza. Pernambuco, en cambio, era más bien republicano. Buena prueba dió de ello en 1825 con ocasión de la revuelta en que intentó constituir la llamada «*Confederación del Ecuador*».

Entretanto, don Pedro, que tenía sobre sí el riesgo de las Provincias Unidas y una posible amenaza portuguesa, se apresuró a fortalecer su marina, para lo que contrató a *Lord Cochrane*, en ese tiempo de vuelta de Chile, peleado con San Martín a causa de unas cuentas no esclarecidas. Cochrane atacó Bahía, defendida por el general Madeira. Con su acostumbrada audacia, el inglés persiguió a la escuadra lusitana que regresaba a su patria y le arrebató algunos barcos con los que volvió para robustecer la débil flota brasileña.

Entretanto, el riesgo de una intervención bolivariana no desaparecía. Buenos Aires tentaba al *Libertador* a participar en su lucha contra el Imperio de don Pedro. Había para ello pretexto en el acto inconsulto del gobernador de Matto Grosso que anexó a su territorio la *provincia de Chiquitos*, perteneciente al Alto Perú (Bolivia). Bolívar amenazó con bajar al Paraguay, y marchar con sus tropas contra Pará, pero el Emperador desautorizó al gobernador de Matto Grosso y así desapareció la tensión.

*Portugal reconoció entonces (1825) la independencia de Brasil*, cuyo trono era una presea de la misma familia allá reinante

Algunos descalabros amargaron a don Pedro, hombre de goce y de ímpetu. Con la muerte de su padre, le correspondía a él heredarlo en Lisboa con el título de Pedro IV. La guerra le arrebató la provincia Cisplatina, esto es, el



Uruguay. No quiso soportar más, y, en 1831, convocó a su ex amigo José Bonifacio del destierro, le nombró *tutor* del príncipe heredero, que tenía cinco años, y *abdicó el trono*. Tres años después moría el primer emperador del Brasil.

## ASPECTO CULTURAL DE LA REVOLUCION

471.—*Las letras.*

Aparte de las manifestaciones escritas íntimamente unidas a los sucesos de la guerra, puede afirmarse que la acción absorbió todas las actividades del espíritu. Si bien, dentro de un cuadro intelectual, es imposible prescindir de la *Representación* de Moreno, de los Discursos de Bolívar, de las páginas de Espejo, Belgrano y Monteagudo, ellas cuadran, sin duda, más en un panorama de la guerra misma, que en uno del pensamiento autónomo.

Sin embargo, tampoco podríamos pasar por alto ciertas expresiones culturales, como las que se revelan en las novelas de Lizardi y en los poemas de Olmedo, por no citar sino a dos de los escritores representativos, a dos de las tendencias más subrayadas y a dos de los sectores de América menos análogos. De igual modo sería inútil preferir a M. J. Labardén y a Andrés Bello, aquél más colonial que éste, pero ambos marcados por la huella del virreinato.

J. J. Fernández de Lizardi (1774-1827), como la mayor parte de los escritores de su tiempo, realizó una labor al par literaria y combativa. Purgó en prisiones su franqueza, su atrevimiento. Nacido en el México convulso de entonces, no trepidó en aportar su esfuerzo a la gran causa de la revolución, mexicana. Su «*Periquillo Sarniento*» (1816), su «*Quijotita*», todas sus obras en general reflejan ácidamente la época en que le tocó vivir; pero Lizardi no era sólo un costumbrista. Fué también un polemista y no de los postreros, sino de cuando ardía con más ímpetu la llama de la revolución, cuando el cura Hidalgo andaba en armas, que fué el momento en que Lizardi lanzó un memorable panfleto político.

Mas, no parecía época de literatura. Monteagudo, que como Bolívar, Belgrano, y Moreno, tuvo una intensa labor de publicista, era en realidad un combatiente con su pluma, un soldado de la causa. Lo asesinaron en 1825, víctima de sus escritos y sus hechos. En cambio, José Joaquín de Olmedo (1787-1847), guayaquileño, diputado en el Perú, sur-

ge como un poeta de vigoroso estro, aunque uncido también al carro de la guerra. Sus más celebradas estrofas son las que dedicara «A la victoria de Junín» el año 1825, a las que Bolívar coopera como crítico, pero son un himno de guerra. Su otra famosa composición. «A Miñarica», tiene por motivo y escenario un tema de guerra civil ecuatoriana.

Resaltan, en el Río de la Plata, *Juan Crisóstomo Lafinur* (1797-1823), filósofo y poeta, autor de un fervoroso canto a la muerte del general Belgrano, y *Esteban de Luca* (1786-1824), también garganta de la gesta emancipadora. *Wenceslao Alpuche* (1804-1841) hace lo propio en México, con respecto al cura Hidalgo; con Morelos hace igual el vate *Sánchez de Tagle* (1782-1847); para cantar a Morelos e Iturbide, surge *Quintana Roa* (1787-1851).

La forma literaria traduce, por otra parte, la pugna ideológica. Los classicistas en el estilo manifiéstanse propensos al absolutismo del rey o de algún jefe de Estado fuerte: *Andrés Bello* (1781-1865), el más insigne, caraqueño de nacimiento, chileno de madurez, maestro y compañero de Bolívar; gramático, jurista y poeta de limpia elocución; *José María Pando*, limeño, españolizado, defensor del conservantismo, aunque fuese republicano; el mexicano *José Joaquín Pesado*, y otros están entre ellos. Pero, frente a ese grupo se perfilan, roussonianos, liberales, democráticos y hasta *jacobinos*, y, por tanto, incipientemente *románticos*; *Mariano Moreno*, el insigne secretario de la Junta de Buenos Aires; *Manuel Lorenzo de Vidaurre*, delegado de Perú y de Bolívar a Panamá, peruano de nacimiento y romántico de vocación; y, ante todo, *Bolívar* mismo, genio del romanticismo amanecido sobre América descubierta ante sí misma.

Al margen, celebrando las *costumbres* populares entronizadas en todas partes, *Lizardi*, el más auténtico, desde su México; el payador *Bartolomé Hidalgo*, uruguayo y rebelde (1788-1825), combatiente y cantor; el gauchesco *Juan Gualberto Godoy* (1793-1864); y el cura limeño *Larriva*, festivo, travieso, versátil, el cual sintetiza el espíritu tornadizo y perplejo de su época en una octava corriente, a propósito de Simón Bolívar a raíz del triunfo de Ayacucho:

Cuando de España las trabas  
en Ayacucho rompimos,  
otra cosa más no hicimos  
que cambiar mocos por babas.  
Mudamos de condición,  
pero sólo fué pasando  
del poder de don Fernando  
al poder de don Simón.

Los años 25, 26, 29 y 30 darían al traste con muchas fidelidades doctrinarias, malaventuradamente. . .

Síntesis ideológica de aquel período, aparte de lo que la guerra en sí misma indica, es la que publicaba la prensa. En «*La Gaceta*» de Buenos Aires, en «*La Abeja Republicana*» de Lima, en el «*Seminario*» de Bogotá, etc., se traban en singular o plural pelea los doctrinarios de uno y otro bando. Los *federalistas* contra los *unitarios*, los *roussonianos* contra los *bonapartistas*, los *conservadores* contra los *jacobinos*, los evolucionistas monarquizantes y los revolucionarios republicanos impertérritos: todo es un caos, una caldera de verbo e ideas. En nada se refleja mejor el clima de la época que en aquellas discusiones. Debates y discursos encendidos, penacho andante, que penetra en los corazones, a veces, sin hacer hervir los entendimientos.

#### 472.—*Las costumbres.*

Con los Congresos, surge la *oratoria parlamentaria*. Con los combates, las *arengas y proclamas bélicas*. Con la conspiración, el *género epistolar*, difusor y doctrinal. Con la libre prensa, el *verso suelto*. Y con la capa caída de la Iglesia, en general adversa desde sus altas cimas, a la independencia, la *costumbre* se libera de los capuces de hipocresía y de prejuicio, y se avienta, jacarandosa y jocunda, a la plazuela, al café, a la calle, saliendo del salón, adonde luego, por fuerza de las luchas intestinas, regresa el cubileteo de los destinos colectivos y particulares.

La *mujer* alcanza a ser reconocida en sus gestiones de conjurada. San Martín crea una *Orden del Sol*, con rama especial para las damas patriotas. El *café* llega a un auge imprevisto. Ya no se recogen los hombres a la hora de queda, sino que permanecen en las aceras, no tomando el sol, sino la luna, o el pálido reflejo del mechero, o del candil, al acecho de novedades, pues nuevo es ahora el mundo, limpio de los «tres siglos de horror» de que hablaban los himnos o canciones nacionales, entonces expresión del sentimiento popular alboreante.

Lo que Humboldt vió, a principios del siglo XIX, como una sociedad en abierta rebeldía contra el cartabón del dogma gubernativo y clerical, era ya un hecho. Se hacía vida social más intensa y más extensa. Al sarao de antaño lo sucedía el *salón* de hogaño. Al corral de esclavos, la *plaza pública*. Al cercado o ejido de indios, la *calle* bullente. Todos se disponían a retemplar sus armas dialécticas y contun-

dentes para defender al prócer dilecto ya trocado en *caudillo*. Los primeros presidentes perfilaban, en la sombra, sus futuras odiseas, y los libertadores dirigían el paso, herido, sí, pero arrogante a pesar de todo, los unos a la tumba, los otros, menos felices acaso, hacia el destierro.

#### 473.—*El clero y la independencia.*

No sería justo decir que todo el clero tomó partido contra la causa independiente. El solo hecho de que capitanearan la guerra en México los *curas Hidalgo y Morelos*; el movimiento popular de Caracas contra Emparán, el *canónigo Cortés de Madariaga*; la insurrección de Cusco contra Abascal, los *curas Béjar y Muñecas*; la de Centroamérica, el *cura Delgado*, por no citar sino los nombres que primero acuden a nuestra memoria, indica que hubo una fracción del sacerdocio dispuesta a cooperar con los revolucionarios. Esa fracción fué, en general, el *bajo clero criollo*.

En cambio el alto clero, criollo y peninsular, (con muy pocas excepciones, entre ellas la de Mons. Cuero y Caicedo, obispo de Quito) se mantuvo al margen o contra la revolución. El caso del arzobispo de Lima, *González de Reguera*, enemigo franco y declarado de la emancipación, así como el de *Caballero y Góngora* en el 780, granadino, se dió en otras partes. La conspiración de *Fray José de las Animas*, con Alzaga, en Buenos Aires, contra los patriotas, a consecuencia de lo cual fué ajusticiado por orden de Rivadavia, evidencia tal actitud adversa.

El clero no tuvo, pues, una conducta uniforme, si bien puede asegurarse que *la mayoría del clero criollo y pobre estaba con la Revolución*, mientras que *la mayoría del rico y peninsular estaba con el absolutismo*. En México se voceaba «*Viva la Virgen*» y se planteó el respeto a la Iglesia, mientras que en Caracas se tomaban resoluciones discrepantes; en Paraguay, el doctor Francia perseguía sistemáticamente a la Iglesia Católica como *reacción antijesuítica*; en Lima el Congreso Constituyente era presidido por un futuro arzobispo, el Dr. Luna Pizarro. Se habló, entonces de constituir una *Iglesia nacional*, rompiendo con el *patronato*, tema de discusión de los primeros congresos; pero, a la vez, se consagraban los ejércitos patriotas a determinadas efigies católicas, como la de Las Mercedes, en Perú; la del Carmen, en Chile; la de Guadalupe, en México. De suerte que, en suma, puede afirmarse que *la aristocracia del clero*



*estuvo con la aristocracia hispana*, y a veces hasta con las Juntas, pero no con la guerra posterior; mientras que el cura de pueblo, conecedor inmediato del doñor de la gleba mestiza india, se identificó con su protesta y se hizo parte de su rebelión.

#### 474.—*Finanzas de la Revolución.*

Sólo mediante un largo y pormenorizado estudio puede llegarse a establecer el financiamiento de la guerra de la independencia. Ya han aparecido estudios monográficos de suma importancia, como el de *Raúl Scalabrini Ortiz*, en Argentina, acerca del primer empréstito inglés al gobierno de Buenos Aires. Sabemos que Miranda pidió y obtuvo subsidio económico de Pitt para atacar al gobierno español de Caracas. Está probado que, apenas triunfante el movimiento juntista, viajaron misiones a Europa en demanda de apoyo en metálico y en crédito. Por fin, no bien constituido el nuevo Estado republicano del Perú, una delegación en la que figuraban hombres de la talla de Paroissien y García del Río se dirigió a Londres para obtener un empréstito que, logrado al comienzo, fué negado después. Irisarri obtuvo otro para Chile. En suma, Inglaterra era el tesorero de las nuevas repúblicas de Sudamérica.

Desde luego, esta ayuda no fué desinteresada. En el trabajo de Scalabrini se demuestra que ese primer empréstito a la Argentina no hizo otra cosa que consolidar deudas anteriores, de manera que el gobierno de Su Majestad Británica resultó acreedor por sumas ya invertidas y con ganancias pingües. No sólo cobró su dinero en metálico sino que también, en influencia, lo cual vale tanto como aquello. En Chile, el préstamo acordado a Irisarri fué suspendido cuando sobrevino el desorden. El del Perú fué negado meses después de concedido, en vista de lo mismo.

Igual ocurrió en casi todos los países emancipados de la tutela española. El primer medio siglo de libertad se traduce en nuestra historia por el *predominio casi hegemónico del capitalismo inglés*. Ferrocarriles, vías de navegación, monopolios de ciertos productos, preferencias en el intercambio, cobro de deudas a subido interés, consejo y hasta acción determinante en la vida política del Estado, eso fué lo que se vió como efecto del auxilio en aquella gesta. Muchos de los *militares ingleses y franceses* que prestaron sus servicios en la guerra, se afincaron en nuestras patrias, dejando en ellas su nombre y su familia, pero algunos, como el caso de

Lord Cochrane, hicieron cuestión de Estado de las indemnizaciones y presas de guerra, produciendo conflictos penosos en plena campaña.

De otro lado, la confiscación de bienes de españoles, la apropiación de los inmuebles de jesuítas, etc., significó una crecida entrada para las repúblicas recién nacidas. Ciertamente que lo primero provocó belicosa reclamación más tarde, hacia 1868, sirviendo de pretexto a la intervención europea en momentos en que Estados Unidos no podía dar validez a la declaración de Monroe, en defensa de la autonomía continental.

Libres, flamantemente emancipados, los nuevos Estados tuvieron que afrontar una difícil situación financiera derivada de los compromisos de tan larga guerra, de la desorganización de ese mismo período bélico y del indispensable viraje en el sistema de explotación de las riquezas nacionales, todo lo cual absorbe los esfuerzos de sus gobiernos, junto con la urgencia de dominar las pasiones caudillescas, durante toda la primera mitad del siglo XIX y buena parte del segundo tercio del mismo.

#### 475.—*La inmigración.*

De los países recién libertados, el más urgido de abrir sus puertas a la inmigración europea fué la Argentina, que decretó medidas protectoras al respecto, desde 1810. Al par aumentó las contribuciones para sostener la guerra en sus vecindades, y, en 1813, hizo un empréstito forzoso. Colombia y Venezuela coincidieron en ese camino.

Entre 1810 y 1824 el problema de la población no tenía caracteres iguales en los demás países, no porque no fuera tan apremiante, sino porque la situación geográfica, la índole de sus economías respectivas y las características de su población y gobierno los diferenciaban radicalmente. Volcada sobre el Atlántico, Argentina debía mirar, como Brasil, Colombia y Venezuela, el problema de sus relaciones con Europa más urgentemente. Penetrada por las influencias francesa e inglesa y también la portuguesa (que desataron sus apetitos desembozadamente poco después, en tiempo de Rosas, y que ya habían mostrado sus deseos —especialmente los ingleses— con respecto a las Malvinas y al mismo Buenos Aires), más le valía *legislar* sobre un hecho irremediable que sufrir las consecuencias de un choque leve.

Por otra parte, las provincias del Plata vivían de la

ganadería, género de trabajo que requiere ante todo *consumidores foráneos*, porque la producción superaba las necesidades del país. No fué el caso de los Estados agromineros del resto de América, para los cuales el comercio exterior era todavía una necesidad secundaria, mientras que Buenos Aires lo necesitaba tanto que hasta su propia independencia se produjo como consecuencia de un movimiento, no tanto por la igualdad política de los criollos, como por la libertad de comercio. Ya Humboldt decía, refiriéndose a México y Caracas: «Cuantas menos minas tiene una colonia, tanto más se dedica la industria de los habitantes a sacar fruto de las producciones del reino vegetal», que en este caso debía aplicarse al *animal*. (Humboldt, «*Ensayo Político sobre Nueva España*», t. I, p. 5, París, 1836, tercera edición.)

## RECONOCIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA

### 476.— *La reacción en Europa y la declaración de Monroe.*

La caída de Napoleón significó un cambio absoluto en la situación europea y, especialmente, en la española. Desaparecido el peligro del Corso, Fernando VII, vuelto desde antes al seno de su reino en donde juró cumplir la liberal Constitución de 1812, abrió de par en par las puertas de su sentimiento, nada adicto a aquella Carta. El «Deseado», como se llamara a aquel Príncipe mientras estuviera cautivo de Napoleón, mostraba ahora las uñas. Una a una fueron cayendo las conquistas que tanto sacrificio costaron. Y aquellas Juntas y ciudades que con singular denuedo combatieron y hasta vencieron a las huestes francesas, se vieron holladas, escarnecidas y opresas por el mismo hombre por cuyo regreso y triunfo habían luchado tanto.

Fué un enorme desengaño para el pueblo español que no tardó en empuñar las armas y levantarse contra el despotismo incipiente. Pero, los vencedores de Napoleón habían constituido en Viena, donde la astucia de Metternich y Talleyrand tejieron una red antiliberal extensa y fuerte, la *Santa Alianza*, entidad destinada a velar por la buena salud del restaurado *absolutismo* francés, español, austríaco, etc.

Poco antes, ya seguros de tal acuerdo, fué cuando las tropas españolas enviaron grandes refuerzos a América, cuya independencia pareció, como hemos visto, ahogada por aquella avalancha de fuego y hierro. Ocurren los desastres patriotas de casi todas partes, excepto Buenos Aires. Habían sido fusilados ya Hidalgo y Morelos; Mo. illo impuso su yugo a Caracas y Santa Fe; Abascal detuvo el movimiento de Alto Perú; Osorio deshizo las huestes de Carrera y O'Higgins en Chile. Todo parecía perdido. Pero, en esas circunstancias, muchos generales españoles, entre ellos *Riego*, conspiraban en pro de la independencia americana, desde la Península, considerando que ella era parte de su programa liberal.

*Rafael de Riego* (1784-1823) encabezó en 1820 la rebelión armada contra el absolutismo fernandino. Su programa se concretaba en la vuelta a la Constitución de Cádiz, en un régimen tolerante y de tendencia liberal. La Santa Alianza corrió en ayuda de Fernando, quien recibió el auxilio de los *Cien mil hijos de San Luis*.

Sofocado el motín de Riego, a quien la aventura costó la vida, el rey de España, y el de Portugal también, poco más tarde, pensó armar otras huestes para recuperar sus colonias de ultramar.

En tan dramáticas circunstancias, *los Estados Unidos*, cuya posición corría también peligro, dados los planes de Inglaterra sobre la Isla de Cuba y aun sobre la propia Unión, lanzaron por boca de su presidente, *James Monroe*, una solemne advertencia al mundo, respaldada por entonces recientes hechos en la América antes española y portuguesa. que permitían esperar una rápida derrota de las fuerzas hispanas: los triunfos de Bolívar y San Martín, la independencia del Brasil y el acuerdo (o desacuerdo) final de Guayaquil entre los dos insignes capitanes.

La declaración de Monroe es del 2 de diciembre de 1823, mensaje al Congreso. En ella, con lenguaje firme y claro expresó su concepto, y el de su país, con respecto a cualquier futura y pretendida intervención de cualquier nación europea en los asuntos de nuestro continente.

La declaración de Monroe es del 2 de diciembre de 1823, y fué antecedida con una sugestión en igual sentido del ministro inglés de RR. EE., inspirada en motivos comerciales.

La declaración de Monroe dice así:

*«El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente diferente del de América. Nuestra sinceridad y las relaciones amistosas existentes entre los Estados Unidos y esas*



*potencias nos obligan a declarar que consideramos cualquier intento por su parte de extender su sistema político a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad».*

Refiriéndose a Rusia, que pretendía tener derechos sobre la costa N.E. de América, añade:

*«Se considera llegada la ocasión para proclamar como un principio en el que están implicados los derechos e intereses de los Estados Unidos, que los continentes americanos, debido a la condición libre e independiente que han asumido y mantienen, no podrán ser considerados en adelante como objetos de futuras colonizaciones por parte de cualquier potencia europea»*, lo cual involucró también a Inglaterra que, en 1823, había declarado que no se sentía capaz de ser «el Quijote de la libertad de los pueblos».

Era una manera, sin embargo, de disparar contra Inglaterra. Porque este país que, en 1823, no se sentía capaz de convertirse en «el Quijote de la libertad de los pueblos», cuando tres años más tarde la Santa Alianza quiso repetir su intervención con Portugal; la frustró, porque ello ponía en peligro sus miras americanas.

Consecuencia de la Declaración de Monroe, de la batalla de Ayacucho y de la derrota de los portugueses en Bahía (tres hechos que reúnen a las tres Américas: la española, la sajona y la portuguesa), Inglaterra, Francia y Portugal mismo reconocerían, poco a poco, la emancipación del Nuevo Mundo, con la excepción de Canadá, Cuba, Puerto Rico, las Guayanas y algunas islas de las Antillas menores.



## QUINTA PARTE

### EL CAUDILLAJE NACIONALISTA

#### GENERALIDADES

477.—“*Los generales de la Independencia*”.

Cometeríamos un craso error si pretendiéramos encasillar exactamente el lapso que sigue a la consolidación de la independencia, entre dos fechas inamovibles. No puede ser así. Sin embargo, sería dar pábulo a una vaguedad inconducente, negar que entre los años 24 y 48 (a veces hasta 52, como en el caso de Rosas), se opera en el Continente un movimiento de apariencia caótica, pero que, sin embargo, revela directiva precisa en los hombres y los sucesos.

Los «*generales de la independencia*», como llamaba el historiador inglés Clement R. Markham a los próceres trocados luego en políticos, no dejaron descansar la espada. Parafraseando a Fray Luis, diremos que «menearon fuimicante el hierro insano», en pos del poder, premio y pináculo de sus sacrificios. Todos, cual más, cual menos, echaron su nombre en el ánfora a merced de la mano del azar. Todos creyeron que el último grado de su carrera no lo llevaban en la mochila, como el bastón de mariscal en las de los caporales de Bonaparte, sino lo tenían puesto sobre un sillón forrado de seda, generalmente sobre un estrado y bajo un dosel.

Páez se hizo pagar sus sacrificios de los llanos con la Presidencia de Venezuela; igual hicieron Sucre (sin buscarlo), Santander, Mosquera, Gamarra, Lamar, Flórez, Freire, Santa Cruz. Lo propio quiso hacer Córdoba, y se halló con la muerte a manos de Rupert Hand. Igual le aconteció a

*Rivera y a Oribe*. Sacrificados, sólo *Artigas, San Martín, y O'Higgins*, desposeídos, por propia voluntad, de sus pre-seas. Traicionado, *Bolívar*, el más grande de todos. Y aprovechadores, sin haberse arriesgado en la guerra emancipadora, y, antes bien, habiendo permanecido al acecho, *Diego Portales*, el chileno, y *Juan Manuel de Rosas*, el argentino, autócratas convictos y confesos, cuyos nombres no figuran en ninguno de los fastos emancipadores.

#### 478.—*El localismo caudillesco.*

Apenas promulgada la independencia, se trata de definir las diferencias, de ahondarlas, en vez de suavizarlas. Hubo en ello responsabilidad de los próceres, por cierto. Si Bolívar no acendra tanto su propósito de constituir un gran conglomerado bajo su mando; sustancialmente, si no insiste en lo último, no se habrían producido tan pronto las disgregaciones coetáneas. Pero los caudillos locales no tenían otra salida que aguzar su nacionalismo, su localismo, a fin de tener bandera que hacer flamear en el mástil de sus ambiciones.

Los motes de *federalistas y unitarios o centralistas* que dividen a los hombres de entonces, no significan sino distingos casuísticos, ergotismos, para disfrazar la voluntad caudillesca. Los partidos *conservadores y liberales* que en esa época se constituyen — en la Colombia de Mosquera, en el Uruguay de Rivera y Oribe (*colorados y blancos*), en la Argentina de Rosas, en el México de Santa Ana, los *pipiolos y pelucones* de Chile — encubren ante todo propósitos personalistas. No nos equivoquemos, por eso, con los marbetes, ni nos dejemos enredar por las palabras: el caudillaje se inició en aquel momento, como secuencia de la guerra emancipadora, sólo que, carente ya de enemigo común, hubo de comenzar por destrozarse mutuamente, tal como los cachorrillos, ávidos de dinamismo, suelen mordisquearse y atacarse entre sí.

Pero, llegó también, a la sombra de ese caudillismo, la época de las *definiciones nacionales*. No es que las nacionalidades existieran, es que hubo que crearlas. En eso le cupo responsabilidad indudable a Bolívar, que, mientras las soldaba en el Norte, las dividía en el Sur. Y en eso discrepa la tendencia englobadora de la Confederación Centroamericana, ya al margen de México, de la escisionista del Plata, donde las provincias de Corrientes, Santa Fe y Entre



Ríos mostraron, varias veces, más simpatía a la Banda Oriental, donde se constituiría un nuevo Estado, que a Buenos Aires, su capital desde el coloniaje.

Coincidente con el *caudillismo*, con las guerras definidoras (expansivos y fríamente resueltos sólo fueron los Estados Unidos por ganarse Texas, California, etc.), el espíritu se enfrenta a una crisis del individualismo: la *romántica*. Y, frente a ella, preparando el advenimiento de una nueva era, asoma el *industrialismo fabril*, merced a la difusión de la *máquina* a vapor y al comercio marítimo realizado por dicho medio, en sustitución de los bergantines y navíos a vela.

Se trata, pues, de una época con caracteres propios y definidos, ante la cual precisa detenerse, separándola netamente de las anteriores y siguientes. Económicamente, los países experimentan también entonces modificaciones, bajo la égida inglesa.

Iniciada esta etapa con un sueño de coordinación continental — el de *Panamá* —, y bajo el amparo de una declaración defensiva — la de Monroe —, termina con una guerra *escisionista* y hasta *imperialista*, la de México con Estados Unidos, al par que la abolición de la esclavitud y la delineación de principios comienzan a sustituir a los choques de individuos. No es poco contenido el que así surge de etapa tan llena de dramaticidad y tan coronada de penacho romántico.

## ESTADOS UNIDOS: DEL REPUBLICANISMO MODERADO A LA DEMOCRACIA Y LA EXPANSION

479.— *Adquisición de  
Florida.— El Oeste.*

Después de la adquisición de la *Luisiana* (1802) por compra a Francia, y de la segunda guerra con Inglaterra (1812), los Estados Unidos tuvieron que confrontar dos problemas urgentes: el de su «*espacio vital*», como hoy se dice, y el de su organización interna. El primero atañía a España hasta que América se libertó; el segundo, al juego de sus partidos.

Para resolver acuél, el ejército estadounidense empezó por aprovechar la difícil situación que para el gobierno hispano se presentaba con el agudizamiento de la guerra emancipadora. Florida, zona que la República del Norte juzgaba necesaria para su desarrollo y defensa, fué ocupada, y luego adquirida previo pago de 5 millones de dólares con que España indemnizaría a los súbditos de la comarca. En 1819, esto es, cuando más tensa era la situación en Sudamérica, se firmó el tratado respectivo, y los Estados Unidos ganaron una estrella más para su constelación. En esa misma época, renunció a sus pretensiones sobre Texas: pronto olvidaría su promesa.

En lo interno, la República había vivido dentro de un progreso ordenado y paulatino. Los seis primeros presidentes — *Washington, Adams, Jefferson, Madison, Monroe* y *John Quincy Adams*, hijo del segundo — se habían sucedido dentro de algo que podríamos denominar un *orden dinástico*. El presidente escogía a su secretario de Estado, y éste se convertía en sucesor de aquél. De tal surte se aseguró una disciplina permanente y se fortalecieron los cuadros del *partido republicano nacional* o *whig*, que sería núcleo del futuro *partido republicano* a secas.

Hombres eminentes todos ellos, de prestigio nacional e internacional, destacáronse, además, por su moderación. Sin desentonar con estridencias de propaganda ni de doctrinarismo extremo, llevaron a cabo la campaña de incorporación *del Oeste*, donde la mezcla de razas y clases constituía un abigarrado telón de fondo para cualquier intento de conquista.

Los indios (los *apalaches*, por ejemplo) y mestizos eran una fuerza de oposición sorda, porque habían ya formado intereses en sus respectivas comarcas. La independencia individual de aquellas gentes chocaba con cualquier propósito de subordinación, por lo cual los pacificadores tuvieron que manejarse con suma cautela. *Ohio, Tennessee, Kentucky, Indiana* (1816), *Illinois* (1818), fueron, uno a uno, incorporándose plenamente a la vida colectiva del Estado. Importantes canales (como el del Erie, 1825) remediaban las dificultades que la naturaleza oponía. De esta suerte en el transcurso del primer tercio del siglo XIX, los Estados Unidos consiguieron ganar para su organización gran parte del fabuloso West, donde cada ciudadano era un *núcleo autónomo, indómito*, señor de su destino.

480.—*El sufragio amplio: Jackson.*

En el *Este*, entretanto, se luchaba por otros objetivos. Había surgido el problema del *sufragio*, que los ricos propietarios de la tierra trataban de reservarse exclusivamente, contra la oposición de los no propietarios. Desde luego, triunfaron, aunque no del todo, los puntos de vista de los últimos, de suerte que el derecho a sufragar se amplió. Los *electores presidenciales* fueron designados en adelante por medio de elección directa y popular. Desde 1840 nadie se atrevió, además, a innovar el sistema de que cada partido o grupo de partidos realizara una *convención nacional* para designar su respectivo candidato a la presidencia, con lo que predominaba el acuerdo general y no la anarquía, propia de Sudamérica.

Por cierto que los primeros presidentes habían sido hombres *adinerados*: Washington, Adams, Jefferson, Madison y Monroe lo fueron. John Quincy Adams (1824), hijo de John Adams, también pertenecía a la clase rica, pero tenía ideas realmente democráticas, por lo que fué posible que, en 1828, lo sucediera *Jackson*, tipo de político popular, de modesto origen, sin dinero, de ideas no sólo democráticas, sino, a veces, hasta demagógicas. Su elección se debió sobre todo a Nueva York y Pensilvania.

*Jackson* significó un cambio total en la política norteamericana. Con él surgía el *Partido republicano demócrata* (es decir, el *Partido demócrata* de nuestro tiempo). En ese tiempo el sistema constitucional del país quedó definitivamente estructurado. El *Poder Ejecutivo* tenía una autoridad muy amplia, y el *Legislativo* se matizaba por la diferente extracción de los *dos* cuerpos que lo formaron. Mientras el *Senado* se prestaba a desigualdades que deberíamos llamar dinásticas (dos senadores por cada Estado, cualesquiera que fuesen su extensión y su población), la *Cámara de Representantes* constaba de un diputado por cada grupo de 30.000 habitantes. El *Poder Judicial* no se limitaba a un organismo de tipo judicial meramente, sino que tenía alcance *político*, al serle discernida la prerrogativa de *interpretar la Constitución*, dando rumbo jurídico, claro y concreto, a cualquier disposición que se prestara a confusión. En esta tarea sobresalió singularmente el juez *John Marshall*, 2.º presidente de la Corte Suprema de la república.

481.—*Las cuestiones internacionales.—Monroe.—Texas.*

Pero, el problema más importante de la nueva nación, dentro de un continente todavía en pugna, era también de tipo internacional. Si bien *Franklin* había ganado lauros inmarcesibles para la diplomacia angloamericana cuando la guerra con Inglaterra, ahora se trataba de algo más simple. Inglaterra se hallaba aliada a España contra Francia, e Inglaterra y España eran las dos grandes potencias colonizadoras del Nuevo Mundo. Palpablemente, la *Santa Alianza* trataba de fortalecerse en América, e Inglaterra y España querían utilizarla, al par que Francia buscaba modo de compensar su pérdida del Canadá con la conquista de otros territorios. Contra todo eso se irguió la *declaración del 2 de diciembre de 1823*, a que ya hicimos mención, en que el *Presidente James Monroe* formuló el fundamento de una doctrina hasta hoy vigente: América no es ni podría ser ya pasto de ambiciones europeas, pues todo el continente se uniría contra cualquier asechanza de este tipo.

Mas, mientras se asentaba así una afirmación tan definida y rotunda en lo que respecta a la relación de América con Europa, no ocurría lo propio en las relaciones interamericanas. Estaba muy bien que, previendo la amenaza rusa, en la costa norpacífica, y la inglesa, en las Antillas, *Monroe* formulara su tajante declaración. Pero, cuando se trataba del interés directo e individual de los Estados Unidos, no bastó la compra de territorios, sino que se apeló a la *conspiración* y a la *conquista*. Tal fué lo ocurrido con *México*, y así se generó, a través de varios años, la *guerra de Texas*.

Texas se hallaba en condición semejante a la que Panamá tenía con respecto a Colombia a fines del siglo XIX, pero su raza, su interés, su historia, su geografía la vinculaban a México. En 1835, culminando un largo proceso al que nos referiremos después, Texas declaró su independencia de su antigua metrópoli. No contaba con sus propias fuerzas para ello; eso está claro. Tras del autonomismo texano (así ocurrió con Guayaquil, cuando Bolívar intervino en pro de la Gran Colombia, con su ejército) se hallaban los Estados Unidos.

México descuidó el problema, absorbido por sus luchas intestinas, hasta que estalló la guerra de Texas, que desangró a México y enriqueció a los Estados Unidos, brindándole



los vastos territorios de *Texas, California, Nebraska, Dakota, Nueva México*, etc., que constituyen hoy un orgullo de la República del Norte. La guerra iniciada hacia 1844 y que duró hasta cuatro años después, representa la *integración territorial de los Estados Unidos*, y, a la vez, la *primera cisura* firme, clara y decisiva en las relaciones entre ambas Américas. La «doctrina» Monroe fué más discutida desde entonces y menos creída. Los años y el desenvolvimiento industrial harían el resto en el curso del ciclo 1848-1918.

482.—*Germen de la lucha entre Sur y Norte.*  
—*Las tarifas protectoras.*

Mas, si bien, dentro de lo geográfico, el país alcanzaba su plenitud, los problemas económicos internos no habían sido resueltos de igual manera. Chocaban ya dos tendencias, bosquejadas desde los primeros días de la libertad. Los republicanos se habían vuelto *nacionalistas a ultranza*, y los *federalistas* (discípulos de Hamilton) se habían hecho *localistas* o *provincialistas intransigentes*. En el campo económico, esta diferencia tendría vastas proyecciones. Por de pronto, se acentuaron las *tarifas protectoras* en *pro de los intereses textiles de la Nueva Inglaterra, de los productores de hierro de Connecticut y Pensilvania, de los azucareros de Luisiana, de los laneros de Ohio*, etc. Pero surgió un conflicto. Los *algodoneros del Sur* (y ahí está el germen de la guerra de Secesión que estallaría poco después), que habían acumulado su producto durante los años de la guerra napoleónica, en que hubo deficiencia de embarcaciones, entendían que ellos obtendrían mayores ganancias vendiendo directamente su algodón a las fábricas inglesas y comprando, en trueque, productos elaborados, que aceptando las altas tarifas protectoras, con las cuales les resultaban las cosas muy caras, complicando y reduciendo sus beneficios. Por tanto se convirtieron los sureños o, mejor dicho, los *algodoneros del sur*, en adversarios de la política de protección que el industrioso norte había impuesto.

En 1828, a pedido de los fabricantes del Norte se alzaron más todavía las tarifas de importación; las legislaturas de Virginia, las Carolinas, Georgia y Alabama manifestaron su decidido descontento. En 1832, la Carolina del Sur avanzó hasta *anular* la tarifa en su jurisdicción. Los demás Estados del Sur no prestaron su apoyo a Carolina

del Sur, lo que alivió la situación, cargada de por sí. Pero Carolina del Sur insistió en cobrar por sí misma sus derechos, y el presidente Jackson definió su actitud al incrementar sus preparativos bélicos, afirmando que *la Unión era una Nación y no una liga de Estados libres* y que estaba resuelto a colgar al primero que se opusiera a las leyes nacionales. La nulidad decretada por Carolina del Sur le parecía *incompatible con la Unión nacional*. Por intervención de *Henry Clay*, en el Senado, se llegó en 1832 a una *transacción* que contemporizaba con los deseos de Carolina del Sur hasta un período dado, pero se otorgaba mayor fuerza al Ejecutivo para cumplir las leyes federales. A través de aquel debate se puntualizaron las dos teorías constitucionales antagónicas, por intermedio del senador *Hayne*, sureño, que defendía los derechos de los *Estados soberanos por encima de la Constitución*, y de *Daniel Webster*, que declaró la *Constitución de la Unión por encima de las prerrogativas estatales*, tesis que más tarde robusteció *Lincoln*.

#### 483.—De Jackson a Polk.

*Jackson* fué reelecto en 1832, lo que demostró la popularidad de sus medidas, y que la mayor parte del país lo apoyaba en sus luchas. Desde luego, no cesó la oposición de los *whigs* o *republicanos moderados*.

Jackson impuso, por medio de la convención de su partido, a *Van Buren* como sucesor. Fué un período duro, signado por la crisis cuyo *climax* se produjo hacia 1838, en parte por la política jacksoniana con respecto a los bancos.

El general *Harrison* (William Henry), héroe de la independencia, hombre tenido como encarnación del oeste y del sur, fué electo en sustitución de Van Buren, que no logró hacerse reelegir. Pero Harrison murió, apenas asumido el poder. Lo reemplazó *John Tyler*, vicepresidente virgiano.

Tyler, aunque democrático, representaba en gran parte los intereses del sur. Durante su período se inició *la guerra de Texas*, que *el norte miró con desconfianza y hasta con rechazo*, pero que el sur alentaba; se declaró caducado el arreglo de 1832 entre ambas regiones del país y se firmó un pacto con Inglaterra acerca del asunto de las riberas del Maine.

Harrison pretendió que lo sucediera Henry Clay, pero ganó *James Polk*, amigo del general Jackson, de Tennessee, abogado (1844). Durante su período se realizó la guerra

con México, y los Estados Unidos ganaron 2 millones y medio de kilómetros cuadrados de superficie, a costa de su vecino del sur.

1848 señala una fecha decisiva en la historia de los Estados Unidos: la anexión de dichos territorios y el *descubrimiento del oro*, en cuya gesta tuvo Sutter tan descollante y novelesca participación. Además, *Oregón*, en litigio con Inglaterra, fué ocupado y anexado al territorio de la Unión. La campaña por el fortalecimiento territorial había tenido un éxito definitivo. Se explica, entonces, que fuera electo presidente el vencedor de la guerra con México: el *general Taylor*.

Pero, si bien esto sucedió así, en ningún instante hubo en la historia de los Estados Unidos, el cúmulo de ambiciones personales que en América Española. Se explica: durante el coloniaje el país se había adiestrado en la autonomía, por medio de sus gobiernos locales y municipales. La independencia fué nada más que la declaración final de un proceso que estaba en marcha desde hacía dos siglos. Al cabo de doscientos años de existencia libre, sin monopolio de Casa de Contratación, con industria y ejercicio democrático, los Estados Unidos podían aspirar, sin duda, como aspiraron, a constituir una nacionalidad auténtica, preocupada de su progreso y de solucionar sus cargas coloniales, una de las cuales era, y muy importante, la *esclavitud del negro* y el *tono feudal de la economía de la región del Sur*. Para eso fué precisa una guerra larga de la que salió el país robustecido y definitivamente unificado.

## MEXICO: DEL IMPERIO A LA ANARQUIA

484.—*Iturbide: Emperador de un año.*

El pacto «trigarante» permitió a *Iturbide* desarrollar sus planes políticos en los que se conjugaban, en iguales proporciones, la autonomía mexicana y propósitos realistas. Quiere decir que *Iturbide* abrigaba un proyecto semejante al del Conde de Aranda, al de Godoy más tarde, y aun al que eminentes patriotas como Rivadavia y Belgrano, San Martín, en Punchauca, y no pocos colombianos alentaron en determinado instante, acuciados por la amenaza de un

poderoso ejército español en el país, de la coalición europea en ciería y de la anarquía devoradora interna: crear una monarquía. De acuerdo con esto, buscó un príncipe español que sancionara, con su presencia, una de las tres garantías del pacto: la de dar vida a una nación libre y mantener la unión con España. No se lo halló. Se volvieron los ojos al archiduque *Carlos de Austria*. Pero no anduvo la iniciativa. Entonces, el 18 de mayo de 1822, según se ha dicho, el sargento *Pío Marcha*, del Regimiento de Celaya, proclamó a Agustín de Iturbide como emperador de México, y éste, que se hallaba de perfecto acuerdo, asumió el poder con el ya mencionado nombre de Agustín I.

El Congreso aprobó la proclamación. El propio *Vicente Guerrero* incansable sucesor de Mina, se adhirió a lo hecho. Y así le fué posible a Agustín I coronarse el 21 de junio, y acto seguido, como indicio de sus futuras actividades, disolver el Congreso que lo había ratificado.

Pero, un Imperio así estaba destinado a perecer en seguida. Para fundar una dinastía de la nada, se necesita haber ganado muchas batallas, contar con el ejército y tener al país deshecho, como lo halló Bonaparte. Iturbide fracasó en seguida. Un militar, *Antonio López de Santa Anna*, que se proclamó republicano, se levantó contra él, e Iturbide tuvo que *exilarse* a Europa el 11 de mayo del año siguiente, 1823.

485 — *Federalistas y centralistas: Guadalupe Victoria.*

Tanto por la situación geográfica del país como por el ejemplo de los Estados Unidos, la flamante república se dividió, al punto, en los dos bandos consabidos: federalistas y centralistas. Con aquéllos estaba nada menos que el propio Santa Anna, representante de la fuerza, y *Mier*, ex clérigo, uno de los promotores de la libertad, orador encendido y hombre de un prestigio integérrimo. La República de México, de los Estados Unidos mexicanos, digamos mejor, quedó dividida en 19 Estados y 5 territorios, a semejanza de su vecino del Norte.

Asumió la presidencia de la República (10 de octubre de 1824) el audaz guerrillero, ahora general del ejército, *Manuel Félix Fernández*, quien, usaba el simbólico de *Guadalupe Victoria*, con que firmaba todos sus documentos oficiales y privados y con el que ha pasado a la historia (entre los casos análogos, vale recordar el de Doroteo Arango, *Pancho*



*Villa*). El fué el primer presidente de México: honesto y decidido, le cupo expulsar a la última guarnición española de Veracruz (*noviembre de 1825*).

486.—*Fusilamiento de Iturbide.*

Pensando que peligraba la independencia mexicana, en vista de la anarquía interior y de la amenaza exterior, pues en Europa se hablaba encendidamente de organizar una expedición contra América, Iturbide, el proscrito, se embarcó hacia su patria, ignorando que se había decretado pena de muerte contra él si era habido. No bien puso pie en suelo de su país, lo apresaron y la legislatura de Tamaulipas, cumpliendo con la ley, dispuso su fusilamiento, que se realizó en Padilla el 19 de junio de 1824. Apenas tuvo tiempo el infortunado ex emperador para dirigir una carta a su esposa y a sus dos hijos que habían quedado a bordo.

487.—*Influencia sajona y lucha intermasónica.*

Desde entonces, elementos sajones andaban mezclándose activamente en la política de México. Pese a la reciente declaración de Monroe — o tal vez, interpretándola ya como se la interpretó después, bajo la *dollar-diplomacy* —, elementos intencionados se filtraban a través de la frontera y se hablaba de apetencias territoriales. Sin embargo, aquello no cundía tanto entonces como las discusiones principistas o doctrinarias, encabezadas por las logias masónicas.

Según es sabido, en la masonería universal hay dos ritos principales, que, a veces, han tenido graves disensiones entre sí y hasta llegaron a incomunicarse y combatirse: el rito de *York* y el rito *escocés*. Las logias adictas al rito yorquino, organizadas por Mr *Joel R. Poinsett* (1825) habían asumido un papel extremista, realizaban propaganda demagógica, eran los jacobinos de México; en tanto que las del rito escocés, dirigidas por el vicepresidente de la República, don *Nicolás Bravo*, se destacaban por su conservatismo y se las consideraba bajo la influencia británica.

La pugna se hizo más aguda y reventó contra los españoles, según el viejo grito de «*Mueran los gachupines*» y se extendió a todo el territorio.

Bravo tomó las armas. Guerrero gran Maestre de los Yórkinos, intervino en la disputa, venciendo a Bravo, y se inicia la violenta era de las sublevaciones.

488.—*Anarquía: Intervención española.*

*Guerrero*, candidato a la presidencia, combate en el campo de batalla y en el electoral a *Gómez Pedraza*, hombre de espíritu moderado, escocés más bien conservador. *Gómez Pedraza* pareció ganar las elecciones. El general *Antonio López de Santa Anna*, el derrocador de *Iturbide*, se amotina. En tanto, los guerreristas vencen a sus adversarios en *Parián* (1828) y cometen innumerables excesos. El Congreso sometido al poder, declara presidente a *Guerrero*.

Por esos días (1829), *España*, indignada por los ataques contra sus súbditos, envía una expedición al mando de *Isidro Barradas*, a fin de castigar los desmanes cometidos por los mexicanos, cuya independencia no había reconocido. *Santa Anna*, unido al patriota *Mier*, derrota a las fuerzas españolas y cobra nuevos bríos para futuras intervenciones en el país.

El año de 1831 contempla atónito el fusilamiento de *Guerrero*, a manos de su vicepresidente, *Anastasio Bustamante*, partidario que había sido de *Iturbide*. Como siempre, *Santa Anna* levanta sus mesnadas. *Bustamante* lo vence, pero el intrépido e incansable montonero revive su organización, vuelve a dar la cara y, esta vez sí, deshace las tropas de *Bustamante* y proclama el mejor derecho de *Gómez Pedraza*, el vencido de ayer (1832).

Luce un lampo de esperanza cuando *Gómez Farías*, hombre civil, es escogido por *Santa Anna* como vicepresidente, y de este modo da carta de ciudadanía al *progresismo* que aquél difunde. Tal *progresismo* envuelve algunas reivindicaciones esenciales: *reforma* del país en lo sustantivo; reparto de los inmuebles pertenecientes al clero entre los inquilinos (la reforma agraria actual trata de realizar todavía parte de tal programa): pago del justo precio en largos plazos; instalación de bancos, librerías e imprentas, amparados por el Estado; abolición de la pena de muerte por delitos políticos. A la vez, y es una paradoja visible, proponíase aumentar el número del clero secular, dando así pábulo a la religiosidad popular, pero impidiendo la formación de

núcleos colectivos poderosos como eran los conventos o clero enclaustrado.

*Santa Anna* no entendió el sentido de la Reforma. Además en esos momentos se perfilaba de nuevo y ya en forma desembozada, el propósito norteamericano de apoderarse de territorios mexicanos. La cuestión internacional asumía caracteres de imprevista gravedad.

Hasta circulaba una declaración de Scott, en *Estados Unidos*, según la cual este país reconocía la autonomía sólo de aquellas ex colonias «*capaces de gobernarse*».—La taxativa era tan áspera, que olía a pretexto, como que después sería usada para toda invasión y coacción internacional, inclusive en el asunto ítalo-etíope de 1936.

El intrigante Joel R. Poinsett había vuelto entonces a México.

489.—*Origen del asunto de Texas.*

No hay razón alguna que pueda justificar el procedimiento de Estados Unidos con México entonces.

En 1817, expresamente, Estados Unidos renunció a toda expectativa sobre Texas en virtud de la ley de neutralidad a que se llegó de acuerdo con España, entonces en guerra contra los libertadores del continente. Por esos días Estados Unidos obtuvo *Florida*.

Sin embargo de esto, en 1821, Estados Unidos recibía a don *Manuel Torres* (sobrino del ex virrey de Nueva Granada, Caballero y Góngora) como un «*enviado de la América Española en Estados Unidos*», el cual fué a pedir la concertación de un *pacto de unión continental*, nuevo lazo que ataría a Estados Unidos con México, si la renuncia de 1817, pactada con España, no hubiera sido suficiente.

Entretando, el virrey de Nueva España había concedido a Moses Austin y un grupo de católicos norteamericanos, el derecho de instalarse en Texas.

Hábilmente instigado desde el otro lado de la frontera, estalló un motín en dicha zona, bajo el pretexto de atacar el excesivo centralismo capitalino. *Santa Anna* marchó con sus fuerzas a sofocar el levantamiento, pero éste contaba con recursos extraordinarios de Estados Unidos, y *Santa Anna* se vió vencido en *San Jacinto* (1836). Más aún: cayó prisionero en manos de los rebeldes. Para recuperar su libertad, el presidente-montonero no vaciló en sacrificar prác-

ticamente a Texas, a la que dió *autonomía*, disponiendo que el ejército mexicano se retirara del territorio.

Inmediatamente, la *nueva república* — futura nueva estrella de la bandera de la Unión — fué reconocida por EE. UU. y, por cierto, puesta a merced del vecino más poderoso. Entre 1836 y 1845, esa autonomía se conservó *in nomine*. En seguida vino la anexión.

490.—*Intervención francesa e inglesa. Caída de Santa Anna.*

México tuvo que sufrir una larga serie de motines y revueltas entre 1837 y 1841. Además, los *franceses*, que ansiaban tener bases en el Nuevo Mundo atacaron *San Juan de Ulúa* en 1838 — coincidía esto con sus pretensiones en el Río de la Plata, de acuerdo con un plan general de la Santa Alianza —. Inglaterra también intervino. Se pronunciaron varios Estados: San Luis, Tampico, Guadalupe. Entonces el general Santa Anna vuelve al poder y dicta las «*Bases orgánicas*», o nueva Constitución (1843). Al siguiente año cae Santa Anna, al parecer definitivamente. Pero nada había definitivo para este osado desafiador del destino.

491.—*La guerra de Texas con Estados Unidos.*

En 1845, Texas, la República autónoma, *solicitó su anexión a Estados Unidos*. Se repetía una vieja historia, ya vista en América misma cuando Guayaquil «pidió» su anexión a la Gran Colombia en 1820; también ocurrió algo análogo en varios episodios de la lucha en las Provincias Unidas del Río de la Plata y en lo referente a la constitución de Bolivia. Presidía a México, *Herrera*, quien fué derrocado por *Paredes*. La guerra con Estados Unidos se hizo inevitable, porque, naturalmente, México no accedía a desprenderse de una de sus provincias. En tal coyuntura, *Santa Anna* reapareció de nuevo, dispuesto como siempre a combatir.

La lucha fué muy desigual. México, más pequeño, menos preparado, corroído por la anarquía, debilitado por la escisión texana (su autonomismo), combatió tan denodadamente que paralizó a las fuerzas del general *Taylor* enviadas contra él. En *Angostura*, el ejército azteca dió pruebas de heroísmo admirable (1847). Fué preciso que interviniera



la escuadra norteamericana que, a órdenes de *Scott*, cañoneó a Veracruz.

Entre el enemigo exterior y el descontento interior, Santa Anna se tuvo que resignar a perder Veracruz, que capituló el año 47. Las tropas combinadas de Estados Unidos avanzaron en territorio mexicano. Finalmente, después de enconada lucha, Santa Anna quedó vencido en *Cerro Gordo*. El 2 de febrero de 1848 se firmaba el *Tratado de Guadalupe Hidalgo*, por el cual México ratificaba la cesión de Texas, California, Nueva México y otras provincias a Estados Unidos. La bandera estrellada había ganado algunas estrellas más.

En el resto de América repercutió amargamente el eco de aquella contienda, para entonces fratricida. Después se desentrañó su significado auténtico.

## CENTROAMERICA: DE LA CONFEDERACION AL CAUDILLAJE

492.—*Morazán y la unidad.*

Constituída la *Confederación de las Provincias Unidas de Centroamérica*; electo *Arce*, costarricense, como su primer presidente; declarada la libertad de los esclavos, etc., quedaba lo más arduo: someter a los caudillos regionales y dar vida real al pacto confederal. Esa fué la obra de *Morazán*.

*Francisco Morazán*, hondureño, había nacido en 1799. Hombre culto, impetuoso y tesorero, caudillo de «raza blanca» (según le llaman algunos, como queriendo afincar sus virtudes en su origen étnico, como si no hubiera blancos peores que los indios y mestizos), *Morazán* se propuso llevar a la práctica la idea unificadora. Para ello tuvo que apelar a las armas, pero, de todos modos, consiguió su propósito.

No tenía más de 2.000 partidarios fieles cuando inició su obra. En abril de 1829, con estas huestes, se apoderó de *San Salvador* y de *Guatemala*. Como *Arce* era un obstáculo para sus fines, lo apresó, e igual cosa hizo con el vicepresidente y el general *Aycinema*, tipo de caudillo clerical, quien soliviantaba a las masas indígenas contra *Morazán* y los liberales, valiéndose de la ventaja de tener una hermana

monja, Sor Teresa de la Santísima Trinidad, y contar con el apoyo incondicional del arzobispo Casaus.

Ya habían tomado vuelo las iniciativas separatistas. En cada una de las regiones constitutivas de la Confederación se habían instalado Cámaras de representantes, lo que fortalecía el sentimiento separatista. Así, San Salvador tenía la suya desde el 12 de junio de 1824; Costa Rica, desde el 22 de enero de 1825; Guatemala, desde el 11 de octubre del mismo año; Nicaragua, desde el 8 de abril de 1826, y Honduras, desde el 11 de diciembre.

Todo esto contribuyó a fomentar numerosos movimientos separatistas que Morazán hubo de sofrenar por la fuerza.

El gobierno confederal tuvo al principio su capital en *Guatemala*, pero, a partir de 1835, pasó a *San Salvador*.

#### 493.—*Liberalismo versus fanatismo.*

El aspecto más combatido del gobierno de Morazán fué su actitud anticlerical, liberal a ultranza. Se comprende. El clero, el arzobispo Casaus, los conservadores y las masas creyentes, hacían implacable guerra al caudillo.

Morazán no se amilanó: hizo expulsar a los dominicos y franciscanos, prohibió el establecimiento de nuevas órdenes religiosas, clausuró los monasterios, demostrando su fuerza y decisión de gobernante. Al par, abría las puertas de la Confederación a las nuevas ideas, a la inmigración, a la libertad de conciencia.

No contaba con un inesperado obstáculo, aparte de las fricciones que surgían entre las Asambleas Legislativas, los presidentes de cada uno de los Estados: no contaba con la naturaleza ni la superstición tan arraigada y tan hábilmente explotada por el clero. Y fué que en abril de 1837 una terrible epidemia de *cólera morbo* azotó el país. Como ocurrió en Caracas el año 11, cuando el terremoto, los enemigos del liberalismo difundieron la voz de que la plaga se había producido como castigo a las herejías de los liberales, y, más aún, acusaron a éstos de haber envenenado las aguas.

La reacción popular no tardó mucho. Y de ella se aprovechó el bárbaro *Rafael Carrera*, cacique mestizo, conservador cruel y despótico nacido en 1814: tenía 24 años cuando inició su desatada carrera hacia el poder.

494.—*Rafael Carrera y el clericalismo.*

El Gobierno de Guatemala, bajo las presidencias de Molina, Rivera-Cabezas, Barrundia y Gálvez había desarrollado un progresista plan vial, confeccionado códigos, tratado en fin de llevar el adelanto al país. La epidemia de cólera y las intrigas congresales fueron un terrible obstáculo. Carrera hizo lo demás.

En enero de 1838, el impulsivo cacique entró a Guatemala al frente de sus hordas. Los cronistas describen al jefe de la revolución, Rafael Carrera, vestido nada más que con unos pantalones, su camisa y varios escapularios. Tenía como consejero al Padre Durán.

El presidente Gálvez no pudo resistir el ataque ni Carrera pudo o quiso impedir el saqueo a que se entregó su gente.

Morazán acudió con tropas y venció al montonero, mas éste se dirigió a San Salvador y ahí pactó con el general Guzmán, uno de los jefes provinciales de la Confederación.

Morazán, dándose cuenta de lo que significaría el triunfo de Carrera, en cuyo favor se alzaban las indiadas, al conjuero de su clero, trató de reducirlo por las armas; pero sucedió lo fatal: en *sufragio público*, Carrera fué elegido presidente (1840). A Morazán no le quedó otro recurso que expatriarse.

Por una extraña coincidencia, a partir de ese hecho, la vida de Morazán sigue la trayectoria de la de Iturbide, el mexicano. Regresó también Morazán a su patria (7 de abril de 1842) resuelto a sacarla del estado a que la conducía Carrera. Más afortunado que Iturbide, halló el apoyo de Carrillo, presidente de *Costa Rica*, quien le cedió su puesto. Inútil gesto, que no le libró de la derrota, ni, tras ella, de comparecer ante el pelotón de fusilamiento (15 de septiembre de 1842).

495.—*La separación.*

Astuto y mendaz, Carrera se negó a ejercer la Presidencia de la República. Bastátale con ser Jefe General del Ejército y tener bajo su vigilancia a los presidentes que hacía elegir. Táctica muchas veces seguida en diversos países y en distintos tiempos. Finalmente, en 1844, Carrera aceptó ser *Presidente de Guatemala*, que el 21 de marzo proclamó

su *independencia* como *Estado autónomo*. En seguida imitaron el ejemplo los demás Estados de Centroamérica.

En 1849 hubo un breve interinato de Paredes. Los *liberales*, rehechos, derrotaron a Carrera, pero éste volvió al poder más tarde.

## LAS ANTILLAS: HAITI Y SANTO DOMINGO

### 496.—*Predominio y decadencia de los negros.*

La isla de Haití quedó, como se ha visto, libre de dominación extranjera desde el 1.º de *enero* de 1804, en que proclamó su independencia. Dividida la isla en dos partes, la sección meridional tuvo como presidente hasta 1818, en que ocurrió su muerte, al eximio *Pétion*, cooperador desinteresado y eficaz de *Bolívar*; en tanto que la sección norte, convertida en reino, tenía como monarca a *Enrique Cristóbal* o *Henry Christophe*, que usaba el nombre de *Enrique I*. Gobernó hasta 1821, año de su fallecimiento.

Entretanto, en la parte *española*, o sea Santo Domingo, habían ocurrido transformaciones dignas de ser consideradas porque revelan el fondo mismo de la política inglesa, que es el de toda política nacional y colonizadora o imperialista. El *gobierno británico* que ayudaba con tanto entusiasmo a Miranda en 1808, verdad que procurando afianzarse en el Río de la Plata por intermedio de Beresford y Whitelock, prestó su auxilio, no obstante, a los españoles — no ya a los criollos — para obtener que dicha parte de la isla se reintegrara a la autoridad hispánica en 1808, época de las Juntas y del hervor antinapoleónico. Jefe del movimiento hispanista fué don *Juan Sánchez Ramírez*.

Pero en 1821, poco después de la muerte de *Pétion* y coincidiendo con la de *Henry Christophe*, se transformó otra vez el régimen de la parte española, donde se erigió un *gobierno nacional* presidido por don *José Núñez de Cáceres*. Al mismo tiempo, en el sector *francés*, iniciaba su larga y dura dictadura Juan Pedro Boyer (*Jean Pierre Boyer*).

Boyer fué un tipo de conquistador, y así, desde 1822, la parte española se vió dominada por los negros y obligada a hablar francés, lo cual duró hasta 1844. Boyer fué derrocado en 1843.



Hasta ahí, la vida pública en la isla había sido dubitativa, llena de altibajos, en medio del choque de dos razas opuestas, de dos imperios antagónicos, de intereses, por tanto, adversos. La leyenda de *Toussaint l'Ouverture*, y el prestigio de Pétion, realizador admirable, habían dado a los negros títulos suficientes para pretender y ejercitar la autoridad. Al par, a la sombra de ello, habían decaído los valores hispánicos y franceses, creciendo, en cambio, los *criollos*. Fué así cómo, en 1844, a raíz del derrocamiento del fiero Boyer y de la decadencia de los negros en la parte española, los *dominicanos* iniciaron, ya en la plenitud de sus medios, una resistencia activa, bajo el comando de *Pedro Santana y Ramón Mejía*, con lo cual quedó definitivamente escindido el país en dos partes, y se afianzó definitivamente la independencia de *Santo Domingo*.

497. — *Cuba y Puerto Rico pugnando por su independencia.*

Los sucesos españoles de 1808, que provocaron el movimiento separatista y juntista de América, tuvieron eco, pero frustrado, en Puerto Rico y Cuba. La opinión favorecida por las autoridades fué que la Junta de Sevilla era una institución tiránica, con la que no había que contaminarse. En realidad, el despotismo hispánico trataba así de eludir la concurrencia con el liberalismo y el autonomismo incipientes de las colonias insurrectas. Desde luego, se nominaron diputados a las Cortes de Cádiz, y uno de ellos fué el cubano *Francisco de Arango y Parreño* (1765-1837), hombre de vastísima cultura y probado amor a su patria.

No por eso quedaron las cosas en paz. Sobre todo los *negros esclavos*, soliviantados por los sucesos de Haití y Santo Domingo y por la abolición de la esclavitud en Venezuela, etc., llegaron a tomar las armas en *Cuba y Puerto Rico*, para conseguir su emancipación. Una de las más rudas revueltas de esta clase fué la encabezada por *Aponte*, el año 12, en Cuba, de la que resultaron el cabecilla y ocho de sus compañeros colgados de la horca.

Hacia 1818 se reconoció la *libertad de comercio* para los puertos de Cuba. En 1820 se puso en vigencia el convenio anglo-hispano de 1817 prohibiendo la *trata* (no la existencia, sino la trata; es útil recalcarlo) de *esclavos*, pero, desde luego, la medida quedó sin cumplimiento, lo que originó conflictos más tarde.

El golpe de Estado de *Riego* en España, en pro de las instituciones liberales, provocó profunda conmoción en América, como se ha visto: *Cuba y Puerto Rico* no escaparon a su influencia. Sus gobernadores hubieron de someterse a la Constitución, y así lo hizo *Cajigal*, de la Habana. Mas, era poco ya. Cundían las *sociedades secretas*, organizaciones de tipo masónico, trabajando cada grupo con diferentes finalidades. Así, en Cuba coexistieron la de los *comuneros* (españoles adeptos al gobierno), los *carbonarios* (conciliadores) y los *de la cadena* (partidarios de la autonomía). Durante el gobierno del general *Mahy*, aparecieron otras más. Y estando *Vives* de gobernador, tomó impulso la conocida como «*Los Rayos y Soles de Bolívar*» (1823), cuyo solo nombre indica sus finalidades emancipadoras, que convergían en fundar *la República de Cubanacán*.

Pero, el absolutismo tronchó todas esas esperanzas, aguzando la necesidad de realizar más activos trabajos secretos.

498.—*La ley de guerra.—  
Bolívar y los autonomistas.*

Fernando VII autorizó a sus capitanes generales de Cuba y Puerto Rico a tratar a las poblaciones como bajo *ley de guerra*, esto es, como si estuvieran *en estado de sitio*. Los conspiradores quisieron entonces entrevistarse con *Bolívar*, para pedirle que extendiera su campaña hasta Cuba y Puerto Rico. Era tarde ya. El poder del Libertador declinaba. En 1827, en que celebró una entrevista oficial con los enviados cubanos, ya había fracasado el Congreso de Panamá y se desmoronaba la Gran Colombia. *Bolívar* explicó a los delegados que en aquel Congreso se pensó tratar de la *Libertad de Cuba y Puerto Rico*, pero que los intereses de Estados Unidos se opusieron al Congreso, principalmente por esa causa, ya que, según pensaban, aquello redundaría en favor de los esclavos, y, acaso, de Inglaterra.

Se constituyó, entonces, la «*Junta Protectora de la libertad de Cuba y Puerto Rico*», con sede en *México*. Dentro de los países respectivos, la agitación iba creciendo. Refiriéndonos solo a Cuba vemos así que en 1826 hubo varias ejecuciones de catecillas de la revolución de *Camagüey*, y que en 1830 abortó, aunque incruentamente, la conjura de los negros de la *Legión del Aguila*.

499. — *Tiranía de Tacón. El absolutismo.*

Pero, sobrevino en Cuba el gobierno del general *Tacón* (1833), que traía consigo la amargura de sus derrotas ante los patriotas; y comenzó la hostilidad abierta contra los criollos. Expulsó al eminente don *José Antonio Saco*, honra y prez del magisterio y la intelectualidad habanera; *restauró la ley de guerra*, pronunciándose contra la igualdad política entre España, Cuba y Puerto Rico, de que hablaba la Constitución liberal; y se negó a jurar la Constitución del 35 porque ella reconocía ciertas prerrogativas a las colonias, con lo cual provocó un choque interno entre fuerzas españolas, pues el general *Lorenzo*, gobernador de *Santiago de Cuba*, juró la nueva Constitución, sin consultar a Tacón, y éste, que la repudiaba, marchó contra aquél y lo redujo por las armas.

El absolutismo andaba suelto. España en 1837 no era teatro propicio para los liberales ni los patriotas cubanos y puertorriqueños. Basta decir que entonces *la Cortes expulsaron a los diputados de ambas colonias*, entre ellos a Saco, y que no les volvieron a aceptar hasta 1879, época en que, al fin, se resignó España a reconocer la independencia americana.

La situación era cada vez más tirante. Se llegó al extremo de auspiciar la expulsión del *cónsul inglés Turnbull*, de La Habana, simplemente porque era notoriamente anti-esclavista y había acogido las quejas que contra la violación del pacto de 1817, prohibitorio de la trata de negros, se formularon de continuo. Turnbull volvió al país, después de dejar el consulado, pero sufrió vejámenes de parte de las autoridades españolas de Cuba (1842).

La campaña antiesclavista era activa. Coincidió, con la que se libraba en Estados Unidos en el Norte. *José de la Luz Caballero* destacábase entre los campeones de la abolición. Varias conspiraciones (la de 1843, la llamada «*de la escalera*» por el suplicio a que se condenó a millares de negros insurrectos, 1844) y numerosas ejecuciones (entre ellas la del gran poeta mulato *Gabriel de la Concepción Valdés*, «*Plácido*») se destacan en esta época. Pero lo más notable fué una teoría que surgió en 1848: el *anexionismo*,

500.—*El anexionismo.*

No puede soslayarse la interesante coincidencia: una vez que Estados Unidos liquidó su guerra con México, en 1848, surgió el *anexionismo* cubano. Así como Texas empezó por el autonomismo con respecto a México para concluir con el anexionismo con respecto a Estados Unidos, en Cuba se empezó por el autonomismo con respecto a España y siguió la actividad por el anexionismo a Estados Unidos. La democracia norteamericana conquistaba astutamente voluntades, y los anexionistas argumentaban que, para salir del poder de España, no quedaba otro remedio que pedir la anexión del país a Estados Unidos a fin de tener un aliado poderoso. Algunos declaraban desembozadamente que sería una fortuna que Cuba y Puerto Rico se convirtiesen, como Texas, en dos estrellas más sobre la constelada bandera de la Unión. *Gaspar de Betancourt* fué uno de los más dinámicos propulsores del anexionismo, que halló viva oposición en otros grupos de cubanos de adentro y fuera de la Isla, así como en Puerto Rico, cuya suerte se hallaba ligada a la de Cuba.

## DISOLUCION DE LA GRAN COLOMBIA

501.—*Ultimo esfuerzo unificador.— El Congreso de Panamá.*

Antes de retirarse del Perú, y de resignarse a afrontar la implacable realidad del desmoronamiento grancolombiano y el aflorar de pasiones personales, Bolívar quiso asentar su gran idea unionista, a la que tanto temían y de la que tanto recelaban sus émulos locales, los Estados europeos y no pocas repúblicas sudamericanas. Sin omitir esfuerzo dió nuevo impulso a la iniciativa de reunir en *Panamá* un Congreso que él calificaba de *anfictiónico* por la resonancia que debería tener en el porvenir de América.

Desde el comienzo se vieron los riesgos, los obstáculos, el fracaso. Bolívar, a pesar de todo, quiso seguir adelante. Contaba con la voluntad de un numeroso conjunto de naciones. La *Gran Colombia*, de por sí, con su estructura formidable, conjugación de tres futuras repúblicas autónomas;



el Perú y Bolivia unidos a aquélla por la espada del Libertador y la Constitución boliviana; México y Centroamérica, vinculados por los intereses inmediatos, no podrían faltar a la cita. En términos contemporáneos, diríamos que ahí estaban, respaldando la iniciativa bolivariana: México, Guatemala, Nicaragua, San Salvador, Honduras, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; es decir doce naciones de hoy, que entonces no eran sino cinco Estados.

Los esclavistas de Estados Unidos fueron los más vehementes enemigos del Congreso, a causa de que él contemplaba la emancipación de Cuba y Puerto Rico, lo cual acarrearía la abolición de la esclavitud, con daño para sus intereses privados. Además, temían que Inglaterra pudiera influir en una Cuba y un Puerto Rico verdaderamente libres.

Paraguay no titubeó en una negativa franca, de acuerdo con las normas de aislamiento absoluto impuesto al país por el dictador Gaspar Rodríguez de Francia. Esa sola negativa bastaba para abrir una brecha en el sistema del Plata y el Paraná que debiera haberse hecho presente. Las Provincias Unidas del Plata, es decir, la Argentina, se hallaba en plena guerra con el Brasil a causa de la posesión de la Banda Oriental, o sea que aún no había nacido el Uruguay a la vida libre

En tales circunstancias, el Congreso de Panamá, aunque carecía de la deseada unanimidad, estaba destinado a abrir un nuevo sendero en la historia americana. Bolívar instruyó a los representantes del Perú, en especial a don Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada (personaje semejante por ciertos conceptos a don Simón Rodríguez, el roussoniano maestro del Libertador) para que planteara la tesis de una vasta confederación continental. Era el sueño del Imperio de los Andes, según murmuraban los enemigos del Libertador; la realización de la amenaza formulada al Brasil, de invadirlo a causa de sus diferencias con Bolivia; la ejecución del proyecto de que tanto hablaban en el Congreso de Bogotá, hasta el punto de haberse destacado amigables observadores para sondear la opinión oficial europea acerca de una posible coronación de Bolívar, a lo que él, más tarde, opuso un rotundo y vehemente mentís.

Rodeado de suspicacias, ayuno de unanimidad, saturado de romanticismo por el exceso oratorio de algunos delegados, coincidente con el inicio del eclipse bolivariano y las impaciencias de Páez que socavaban su autoridad; mirado

con desconfianza por la Santa Alianza; teniendo muy cerca la isla cautiva de Cuba donde España preparaba sus nuevas legiones, el Congreso de Panamá (1826) se frustró, porque no dejó las huellas que debiera, sino desde un punto de vista moral, como un ejemplo, como un propósito, infortunadamente desaprovechado hasta hoy.

## COLOMBIA: EL CONSTITUCIONALISMO

502.—*Apacición política de Santander.—Congreso de Cúcuta.*

La República de Colombia había sido creada, como dijimos, a raíz del Congreso de *Angostura*, en plena lucha por la emancipación, el 17 de diciembre de 1819. Su primer Presidente fué *Zea*, en reemplazo de Bolívar, a quien se declaró *Libertador y Presidente*, pero que se hallaba dedicado a la guerra. Mas, aquella Colombia no era la actual, sino la primera célula de la Gran Colombia, la cual, a su tiempo, sería el primer germen de la Confederación sudamericana que soñó Bolívar.

En aquellas circunstancias, el departamento de *Cundinamarca*, cuya capital es Bogotá, recibió como gobernador al general *Francisco de Paula Santander*, hombre de leyes y de guerra, cuya gesta en el oriente contribuyó tan poderosamente al triunfo final del Libertador.

*Santander*, temperamento cauto, estudiante de derecho, intelectual en suma, se había enrolado a las filas patriotas desde el año mismo del primer pronunciamiento juntista, esto es, en 1810, cuando no contaba más que dieciocho años. Se explica que sus primeros actos de gobernador tendiesen a fortalecer la conciencia cívica, a auspiciar el desarrollo de la *educación*, mediante el apoyo a las escuelas primarias en todos los municipios del país bajo la fiscalización de éstos. Pero, eran tiempos de guerra, y la acción requería tanto balas como libros. Y hubo de consagrarse a atender las necesidades del ejército patriota, como su providencia invisible, mientras Bolívar era su conductor genial.

El *Congreso de Cúcuta* (ciudad nativa de Santander), reunido en 1821, después de los triunfos de Boyacá y Carabobo, dispuso que el gobierno de la República fuese *popular y representativo*, amén de *libre e independiente*. Dividió el

Poder en tres: *Ejecutivo, Legislativo y Judicial*, de acuerdo con la vigente tesis de Montesquieu; estableció la *capitalidad* de *Bogotá*, lo que provocaría tantos sinsabores y disidencias como la capitalidad de Buenos Aires en las Provincias Unidas del Plata. Por aquel entonces era vicepresidente *Nariño*, en vista de que Zea estaba en Europa. El Congreso confirmó a Bolívar como *Presidente de la Gran Colombia*, y, liquidando discrepancias, reconoció como *Vicepresidente a Santander*, al par que se aprobaba *entusiastamente la unión con Venezuela libre*, o sea, la constitución definitiva de la *Gran Colombia*, en cuyo favor trabajaban ya huestes colombianas destacadas sobre la presidencia de Quito.

El triunfo de *Pichincha* (1822), la ocupación de Guayaquil por Bolívar, la campaña del Perú y las victorias de Junín y de Ayacucho concluyeron la liberación total de América del Sur.

Pero, Bolívar no se limitó a eso, sino que habiendo creado un nuevo Estado, *Bolivia*, formado del Alto Perú, hizo dictar la Constitución, llamada *boliviana* o *vitalicia*, en la que él, Bolívar, era Presidente de por vida, y los países cuya autonomía labrara con su espada debían formar una confederación, ampliando así la Gran Colombia, lo que despertó recelos en el Plata, donde se hablaba ya del *Imperio de los Andes* como de un propósito firme del Libertador.

Aquello era en los años 25 y 26. Pero un hecho inesperado torció los planes de Bolívar y el rumbo de su Gran Colombia: la sublevación de Páez.

#### 503.—*Sublevación de Páez.* — *Intervención del Libertador.*

El Congreso de *Bogotá* (1826) reeligió Presidente a *Bolívar*, y Vicepresidente a *Santander*. El país había entrado en senderos hasta ahí desconocidos, pero concordantes con lo que ocurría en otros sectores del continente, verbi-gracia en el Río de la Plata. Según refieren las crónicas de la época, el incremento de la *inmigración europea*, sobre todo *británica*, contribuía, especialmente en Bogotá, al fomento de todo *lo inglés*: modas, deportes, como las carreras de caballos, escritura (la letra inglesa comenzó a ser enseñada en las escuelas, etc.). Sobrevivían, desde luego, casi todos los hábitos hispánicos: cortesía, religiosidad, intemperancia y hasta algunos bailes, como la contradanza, pero, a la vez, se había iniciado un intercambio de costumbres interame-

ricanas, no sólo en lo político y comercial, sino también en lo coreográfico, cual se ve en el caso del valse *ondú*, de origen peruano, que entonces se puso en boga en la sociedad colombiana.

Venezuela llevaba un ritmo algo diverso. El *León de Apure*, como se llamaba al impetuoso y hasta cruel José Antonio Páez, persistía en usos del tiempo de la guerra grande. Como *Comandante general de Venezuela*, a órdenes del vicepresidente Santander, hubo de chocar varias veces con éste. La medida quedó colmada con ocasión de la *ley de alistamiento militar*, que el vecindario caraqueño no acató y que Páez hizo cumplir ordenando que se llevara en masa a los transeúntes de la ciudad.

Ante las quejas recibidas, el Congreso de Bogotá dispuso que el *León de Apure* compareciera ante él. Santander había puesto en boga la famosa frase: «*No hay patria sin leyes*», que pronunció en la Cámara. Aquello era demasiado fuerte para Páez, hombre de campaña, de arrebató, de improvisación. La ciudad de *Valencia*, compenetrada de la indignación de su caudillo, se sublevó contra el gobierno. *Caracas* siguió el ejemplo. No hubo más remedio que llamar a *Bolívar*, única autoridad capaz de someter a Páez, como ocurrió, pero con ello puso en peligro definitivo la consecución de sus fines de alta y vasta política continental. *La Paz de Valencia* selló el arreglo y Bolívar visitó, por última vez, su ciudad nativa. En seguida se dirigió a Bogotá. Había que zurcir firmemente el destrozó producido por el choque de la ley (Santander) y el ímpetu (Páez) o, en otros términos de Colombia y Venezuela.

#### 504.—*La Convención de Ocaña: Vitalicios y santanderistas.*

Prácticamente, estaban ya divididos los campos. A las antiguas pendencias entre federalistas y unitarios (Torres contra Nariño) sobrevenían las no menos enconadas entre legalistas o futuros liberales santanderistas, y los *bolivianos*, vitalicios, autoritarios o *serviles*, como los llamaban aquéllos.

Para dilucidar las opuestas tendencias se realizó en 1828 la *Convención de Ocaña*, cuyo melancólico recuerdo, transmitido especialmente por *Perú de Lacroix* en su «*Diario de Bucaramanga*», alumbra, con su macilenta luz — sol de los muertos —, los últimos años del Libertador. Chocaron los dos grupos con inusitada violencia. La intriga rebajó los



quilates de la lucha. El irlandés *O'Leary* se movía ágilmente en pro de la tendencia «vitalicia». Se trataba de establecer también en la Gran Colombia (no obstante que el documento estaba siendo repudiado ya en Perú) la *Constitución vitalicia* o *boliviana*, que sostenía la necesidad de un gobierno fuerte, autoritario, sobre la base del gobernante, más que de la ley. Santander representaba la posición diametralmente opuesta, de donde proviene su mote de *hombre de las leyes*. Una frase de Santander a Páez (27 de agosto de 1826) da idea exacta de lo que ahí acontecía: «*Si en el inmenso porvenir alguna vez se recordare mi nombre, se murmurarán mis fallas intelectuales, hijas de mi edad, de mi primera educación bajo el régimen español y de las difíciles y particulares circunstancias de mi posición; pero no se dirá que hice traición a la confianza nacional, ni que fui causa de los desastres y desgracias de la Patria*». Este reproche enderezado, sin duda, contra Páez, regía, en lo más profundo de su tono patético, contra la tendencia boliviana de aquel momento, y viceversa. Un párrafo de Bolívar mismo, publicado en la edición de «*Cartas*» hecha por Lecuna, es más expresivo que cualquier comentario: «*Si usted — dice el Libertador a Santander el 5 de noviembre de 1826 — y su administración se atreven a continuar la marcha de la República bajo la dirección de sus leyes, desde ahora renuncio al mando para siempre de Colombia, a fin de que lo conserven los que saben hacer este milagro*» (Lecuna, «*Cartas de Bolívar*», Caracas, 1929, tomo VI, p. 28).

Los bolivaristas se apartaron de la Convención, llenos de amargura. Los santanderistas quedaron también heridos. Uno de los personajes que atraía más las iras del hombre de las leyes era, por cierto *O'Leary*, edecán del Libertador, a quien Santander calificaba de «espía» suyo en Bogotá.

505.—«*La noche nefanda*» y sus consecuencias,  
—*Destierro de Santander.*

Así las cosas, el 25 de *septiembre de 1828*, por la noche, un grupo de conjurados asaltó el *Palacio de San Carlos* donde residía el Libertador, con *Manolita Sáenz*, la hermosa quiteña, conocida en la historia por el sobrenombre de «la Libertadora». El tropel, repitiendo la escena de Lima, cuando el asesinato de Pizarro, llegó hasta la alcoba misma del héroe, matando al ayudante inglés Ferguson. Manolita les

salió al paso, los detuvo con argucias, y cuando lograron penetrar en la estancia, una ventana abierta denunciaba por dónde había conseguido escapar el fundador de la Patria. Bajo un puente (hoy el *Puente Bolívar*), medio hundido en el agua, estuvo largas horas el Libertador de Colombia, escuchando el rumor de la ciudad convulsa, hasta que los vítores a su nombre le demostraron su triunfo. En la ventana por donde huyó aquella «noche nefanda» el Libertador, luce ahora una placa de mármol que evoca el hecho.

La reacción fué rápida y drástica. Santander cayó preso. A punto de ser ejecutado, libró la vida inesperadamente a cambio de su prisión en el torreón de *Bocachica*, una de las fortalezas de Cartagena de Indias. De ahí le desterraron a Europa. Entretanto, y como una consecuencia de aquel caos así como medida tranquilizadora en lo interior, estallaba la guerra peruano-colombiana, poco después de la expulsión de Sucre de Bolivia (1828).

#### 506.—Guerra de Gran Colombia con Perú.

Las fuerzas peruanas ocuparon *Guayaquil*, pero sufrieron un revés en *Poite de Tarqui*, el 27 de febrero de 1829. Acto seguido se firmó el *Pacto de Girón*, por Sucre y el presidente peruano *Lamar* (nacido en Cuenca). El jefe de las tropas peruanas, *Agustín Gamarra*, jefe de estado mayor en Ayacucho, desconoció el pacto y al gobierno firmante.

La paz estipuló de todos modos la desocupación del territorio de Colombia invadido por las tropas del Perú. *Bolívar*, que había acudido a la guerra, se dirigió a Quito. *El Pacto de Guayaquil* cerró aquel lamentable suceso.

#### 507.—Sublevación y muerte de Córdoba.

Pero no cabían en América tantos próceres victoriosos. El general *Córdoba*, el héroe de Ayacucho, se insurrecciona en Antioquia, ese año 29, y Bolívar envió contra él a O'Leary, que logra vencer al fogoso caudillo. Un militar inglés, *Rupert Hand*, insensible a la misericordia, puesto al margen del sentimiento de admiración que concitaba la legendaria figura de Córdoba en los criollos, dió muerte inicua al vencido, en *Santuario*. Córdoba tenía apenas 30 años.

508.—*Renuncia de Bolívar. Su muerte.*

Bolívar regresó a Bogotá, deshecho física y moralmente. Páez había convocado un mes antes (*diciembre del 29*) un Congreso de los pueblos venezolanos para proclamar su autonomía de Gran Colombia y rechazar la Constitución de Bolívar: la repulsa llegó al extremo de declarar proscrito al genial hijo de Caracas. En Nueva Granada se había convocado también a un congreso, en el cual se volvió a hablar de *monarquía*, triunfando la idea republicana. Bolívar, que había renunciado al mando antes, tuvo que acceder a retenerlo hasta que la Constitución (popular, representativa, con tres poderes, etc.) fuera dictada.

El primer presidente de Colombia, general *Joaquín Mosquera* (representado interinamente por el general *Caicedo*), tributó honores a Bolívar y dispuso que se le guardasen las consideraciones debidas a su conducta y a su rango. Tardó homenaje. Bolívar sólo ansiaba ya salud y paz. Se dirigió a Cartagena, pensando embarcarse a Europa, cuando recibió una noticia que le agobió más aún de lo que estaba: *el asesinato de su fiel Sucre*, en las montañas de Berruecos (en junio del 30). «*Han derramado la sangre de Abel*» fué el corto y expresivo epitafio sobre la tumba del insigne y limpio mariscal de Ayacucho.

Sucre había cumplido 35 años. Seis meses después, en la hacienda de *San Pedro Alejandrino*, en *Santa Marta*, bajo techo español, Simón Bolívar terminaba sus gloriosos días mortales, el 17 de *diciembre de 1830*.

509.—*Sublevación de los venezolanos.—Fin de la Gran Colombia.*

Antes le cupo el funesto destino de ver deshacerse su obra política: en junio del 30, coincidiendo con el asesinato de Sucre, se rebelaron los soldados venezolanos del batallón *Callao* y dieron por tierra con el gobierno de Mosquera-Caicedo. Bolívar no quiso ni pudo acudir desde Cartagena al llamamiento que aquéllos le hicieron. Asumió el gobierno el general *Urdaneta*, y entretanto *Ecuador* y *Venezuela* desahuciaban el pacto confederal de la Gran Colombia y proclamaban su libertad de acción como Estados autónomos.

Después de un breve interregno de discusiones e inte-

rinatos, el Congreso dió constitución definitiva al nuevo Estado de Colombia y llamó como su presidente a *Francisco de Paula Santander*, entonces en Europa, proscrito. El nuevo jefe del Estado regresó triunfalmente a fines del año 32.

510. — *Santander: el hombre de las leyes.*

El gobierno de Santander se inició en medio del violento choque de pasiones subsistentes desde la Convención de Ocaña. Los bolivarianos no le perdonaban su actitud de entonces. El no quería cejar en su posición legalista. Dentro de ella hubo de afrontar la cuestión del *pago de la deuda* de la Gran Colombia, y asumir la parte que, dentro de la caduca entidad, correspondía a Nueva Granada, o sea a Colombia, deslindando las de Venezuela y Ecuador. Los celos fronterizos se agudizaron. También la voracidad de los prestamistas, que reforzaron sus pretensiones y exigencias. No era un tiempo para asentar un Estado duradero y sólido. Santander hizo cuanto pudo, pero tropezó con los hechos. Su gobierno, que pretendía ser espejo de legalidad, terminó envuelto en acusaciones de abuso y hasta crueldad partidista. La rebelión del general español *José Sardá*, simpatizante de los patriotas, provocó violenta actitud de Santander. Sofocado el conato, hizo caer sobre los inculpados todo el peso de su cólera y de la ley. Lo grave fué que un servidor atolondrado y extremista dió muerte, cuando iba prisionero, al insurrecto don *Mariano París* y paseó en triunfo su cadáver por Bogotá. Lo tremendo fué que Santander, enemigo de tal extremo, no conmutó las penas capitales contra 17 cabecillas, a quienes dejó morir en el cadalso por rebeldes. Dura forma de inculcar el respeto a las autoridades, que evoca el sacrificio de Piar por Bolívar, el de Carrera por los patriotas del Río de la Plata, y tantos más. Pero fué un peso sobre la reputación política de Santander, quien, después de salido del gobierno, al expirar su período en 1837, y ya como miembro de la Cámara de Representantes a que lo eligiera la provincia de Pamplona, hubo de defender vehementemente su conducta de entonces y lo siguió haciendo hasta la víspera misma de su muerte, acaecida en 1840, cuando sólo contaba — muerto joven como todos los libertadores — cuarenta y ocho años.



511.—*Los sucesores de Santander: Herrán y Mosquera.*

Sucedió a Santander (1837-1841) el general *Márquez*, a quien también le cupo intervenir en los detalles del arreglo de la deuda, que quedó repartida en un *cincuenta por ciento a Colombia*, y el otro cincuenta a Venezuela y Colombia. La paz, naturalmente, se vió turbada por montoneras y rebeldías, propias de ese período de ajuste. Sólo que uno de los caudillos tenía renombre, el general *Obando*. Felizmente para el gobierno, lo apoyaban los generales Herrán y Mosquera, que con sus prestigios y habilidades respaldaban al régimen.

No fué mucho más tranquilo el período del general *Herrán* (1841-1845), en cuyo tiempo regresaron los jesuitas, ni el del general *Tomás Cipriano Mosquera* (1845-1849) que sucedió a aquél. Eso sí, todos eran legalistas, santanderianos, pero a pesar de la identificación de un día entre santanderistas y liberales, sería absurdo aventurar que siempre el legalismo fué sinónimo de esto; al contrario. Mosquera había sido edecán y secretario de Bolívar, y conocía y compartía muchos de sus propósitos e ideas. Dice de él uno de sus exegetas:

«El brillo de su familia y el suyo propio, muralla firme frente al oleaje revolucionario del liberalismo, lo sitúan donde él quiere estar: el centro de la cima. Y este conservador don Tomás Cipriano se sienta en el sillón de la Presidencia de la Nueva Granada y su primer pensamiento es el de que los hombres que permanecen en un sitio, no se sientan allí dos veces. Este Presidente manda. Manda como un militar, porque tiene la concepción militar del pueblo. Cada mañana dice: «Mi pueblo es mi ejército». Ni un minuto deja de ser General. Hasta en los paseos y en los deyunos adopta una posición de César, aquel romano que no creyó a nadie digno de reírse con él» (Antonio García, «*Tomás C. de Mosquera*», en «*Caudillos liberales*», Bogotá, 1936, p. 77 y siguientes)

Cuando termina su período Mosquera, con el cual se creó la nomenclatura de liberales y conservadores, asciende a solio don *José Hilario López*, después de dura lucha, dirimida por el Congreso: con él, puede decirse, adviene un *liberal auténtico*. Era en 1849, y el 48 fué la hora cenital del liberalismo en toda América, por cierto teniendo a Europa como inspiración y arranque...

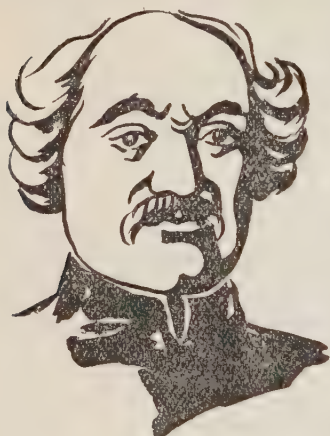
Pero era una lucha brava la que se planteaba. El elemento conservador o godo se imponía. Lo dicen con elocuencia impar las cifras de la población de Colombia, com-

puesta por 4.513 *eclesiásticos*, 319.339 blancos, 458.636 indios, 69,526 esclavos y no menos de medio millón de mestizos. El número proporcional de esclavos y eclesiásticos es sumamente revelador.

## VENEZUELA: HACIA LA AUTOCRACIA

512.—*Asesinato de Sucre.*  
—*Muerte de Bolívar*—*Páez*  
*contra la Gran Colombia.*

Bolívar había renunciado el mando supremo ante el Congreso, llamado por él «*Admirable*». Era en *enero de 1830*. Sucre, en cuyas manos confiara la presidencia de aquel certamen, se halló impotente para resolver la pendencia desatada por Páez y agravada por el impetuoso *Santiago Mariño*, emisario de aquél. Venezuela quedó al margen de la Confederación Grancolombiana, según ya vimos. Páez manejaba el timón de su rumbo. Tanta era la amargura empo-



PAEZ

sada en el alma de los libertadores, que el uno, Bolívar, se retiró de la vida pública, y Sucre, con idéntica decisión, se encaminó hacia Quito, para reunirse con su joven esposa y despedirse de la política: tenía 35 años. No quiso oír las

voces que denunciaban la posibilidad de un atentado, ni aceptar la escolta armada que se le ofrecía. Solo, a cuestas con su destino, se introdujo en la selva de Berruecos: el 4 de junio, le asaltó el crimen, tundiéndole a disparos. La voz más propalada indicó al *general Obando* como promotor de aquella acción nefanda. Poco después, el 17 de diciembre, moría Bolívar, según se ha dicho, en San Pedro Alejandrino, bajo techo del español *Joaquín de Mier*, y atendido por el médico francés *Alejandro Próspero Révérend*.

Páez era el jefe indiscutido de Venezuela. Acabó con un conato de revolución de *José Tadeo Monagas*; ahogó un motín de tipo demagógico contra los nobles o *mantuanos*; permitió *la vuelta del arzobispo de Caracas*; organizó municipios y Universidad, y decretó *la libertad de cultos* (1834).

513. — *La anarquía de 1834. Hegemonía de Páez.*

Luego empezó la anarquía su pugna con la autocracia. El *doctor Vargas*, que sucedió a Páez, en competencia con Soublette, Mariño y Urbaneja, no logró vencer el motín de Mariño y Carujo sino mediante la ayuda de Páez, y con el sacrificio de su propia autoridad. Al cabo de un período, Páez tornó a la presidencia, esta vez de 1839 a 1842, completando más de una década de predominante influencia.

Fué la época en que se liquidó el litigio con Colombia, sobre la deuda de la independencia, y en que llegó el *primer barco a vapor de Europa*: el «*Flamer*». Fué también la época de conquistar definitivamente la *libertad de prensa*, a cuya sombra inició sus fervorosas campañas don *Antonio Leocadio Guzmán*, entablando una lucha ideológica que dió vida al antagonismo desde ese día profundo entre *conservadores* y *liberales*.

514.—*Lucha entre liberales y conservadores.—Los Monagas.*

Tornó al poder, que ya había ejercido temporalmente, el general *Soublette* (1843-1846). Francia reconoció al comienzo de ese régimen la independencia venezolana, y España, al finalizar (1845). Soublette se destacó como un presidente *ejemplar*. «*Nunca vió Venezuela durante el siglo XIX un gobierno que como el de Soublette respetase más sinceramente las libertades individuales*», dice Gil Fortoul («*Historia constitucional de Venezuela*», ed. cit., tomo II, p. 190). Mas eso mismo alentó la anarquía de los últimos tiempos de su régimen, ya abocado al problema de la sucesión. Pretendieron el poder *Antonio Leocadio Guzmán*, por los liberales, y luego Francisco Rangel, instigado por Guzmán, según se probó después. Roto el equilibrio, surgieron las montoneras, una de las cuales vió caer a Rangel. Aquel desorden causó irreparables heridas al país.

Páez, padre de la patria, «*León de Apure*» y de «*Pa-*

yara», *Ciudadano esclarecido*», según los títulos que se le otorgaban en excesivos homenajes, dejó caer su espada sobre el platillo de la sucesión, y sacó electo (en vez de Blanco o de Salom, que le habrían sido leales y que eran ilustres) al general *José Tadeo Monagas*, aquel que se le insurreccionó allá por 1831. Monagas, hombre cauto, fogueado ya en las pendencias intestinas, seguro de lo que quería, empezó con pie derecho, perdonando delitos, ganándose la simpatía de los *liberales* al conmutar la sentencia de muerte que pesaba contra Antonio Leocadio Guzmán por la de destierro perpetuo. Se libraba de tal manera de un adversario peligroso y, en cambio, se ganaba fama de tolerante y la adhesión de un importante sector de la opinión pública. Era en el año 47. Monagas, hábilmente, venteando lo que el criterio público anhelaba, se lanzó contra las pretensiones de los oligarcas o *mantuanos*, los provocó a la algarada. No tardó en producirse la reacción que él esperaba. Teniendo mayoría en el Congreso, los *conservadores* acusaron al presidente de faltar a la ley. Monagas no se arrugó por eso. El 24 de enero de 1848 *disolvió el Congreso* usando a sus tropas, sin importarle la resistencia de algunos diputados ni el atropello a don Santos Michelena, destacado político, que fué a morir como asilado en la Legación británica. Para muchos, aquello no pasó de ser sino una venganza. Michelena se había negado a votar en pro del indulto que Páez acordó para Monagas en 1835.

El 25 de enero, Monagas ordenaba a los diputados que se reunieran a sesionar. No faltaron respuestas lapidarias como la de *Fermin Toro*: «*Decid al general Monagas que a mi cadáver podría llevarlo, pero que Fermin Toro no se prostituye*». Pero, el temor pudo más en los otros.

Entonces surgió Páez, padre de aquella república tan turbulenta, decidido a devolver sus fueros a la representación nacional. No contaba con la astucia ni el poder de Monagas. Derrotado el *León de Apure* en *Los Araguatos* y en los llanos del *Guárico*, firmó un pacto que Monagas dejó sin cumplir, más afanado en apoderarse del caudillo que de acatar lo prometido. Páez partió para el destierro. Y como eran días en que soplaban brisas liberales, José Tadeo Monagas, el disolvedor del congreso, el irrespetuoso para con uno de los tres clásicos poderes que prescribía Montesquieu en toda democracia perfecta, llamó a *Antonio Leocadio Guzmán* a un Ministerio y se arrojó en brazos de los *liberales* aquel mismo año 50, en que terminaba su período legal, aunque no su mando. Al otro lado de la puerta, el día



que salió de la presidencia, le esperaba su hermano *José Gregorio, liberal* también, pero *autocrático*, presidente de la República, sí, pero antes que eso, hermano de *José Tadeo*.

Al promediar el siglo XIX, a los veinte años de república independiente, Venezuela no había salido del ritmo alterno de Páez y sus criaturas, y ahora José Tadeo Monagas y las suyas. Se anunciaba como una secuencia de todo aquello *la liberación de los esclavos*. Pero, políticamente, el país no había movilizad o aún los principios roussonianos, aquellos que inspiraron los discursos de Cortés de Madariaga y Roscio, en abril de 1810; que acompañaran las divagaciones de Simón Rodríguez y su discípulo Simón Bolívar, en sus andanzas por Europa; que signaran para siempre el rostro y el alma de aquel desafortunado precursor Francisco de Miranda, intrigante sublime, por cuya vida pasaron, como desbocado tropel, pasiones de emperatrices y duquesas, amistades de monarcas, embajadores, generales y conspiradores.

## ECUADOR EN PLENO CAUDILLISMO

### 515.—*Fundación de la República. — Primera Presidencia de Flores.*

El 13 de mayo de 1830, la antigua presidencia de Quito, siguiendo el ritmo disolvente suscitado desde Venezuela por Páez, proclamó su *independencia* de la Gran Colombia, convirtiéndose en *República autónoma*. Nada quedaba ya de orgánico de la obra federativa de Bolívar. En el sur, Perú y Bolivia disputaban y se miraban con recelo. El director del separatismo ecuatoriano fué un general nacido, como el Libertador, en Venezuela: *Juan José Flores* (1801-1864). A la sazón se hallaba en la flor de su edad. Sin haber cumplido la treintena se veía dueño de un país. La enseñanza de las recientes guerras, los rápidos éxitos de sus coetáneos, prohombres a temprana edad, lo inducían a concebir esperanzas grandiosas. Los ecuatorianos le aclamaban como «El Fundador» de la república. No le bastó, y quiso ser «El Defensor» del nuevo régimen. Para cimentar su gloria pretendió inspirar una nueva Carta Fundamental y revestir a su Estado de una organización particular. Nada de complicaciones bicamerales, mucho menos tricamerales,

como en la Constitución vitalicia: bastaba con una sola *Cámara*; en lugar de un numeroso gabinete de Ministros, se satisfacía con un *Ministro* también *único*. De esta suerte el poder se concentraba en sus manos con mayor facilidad, porque lo que perseguía no era sino disfrazar su autocracia.

Desde luego, la guerra civil estalló plural y fuerte. Flores quiso aprovecharla, así como las dubitaciones de Colombia, para anexarse *Pasto*, pero fueron vencidos sus intentos, y hubo de reconocer la autoridad colombiana sobre aquella provincia.

En vista de sus visibles propósitos conservadores y aristocratizantes, los *liberales* del país lo combatieron. El inspirador de ellos era *Vicente Rocafuerte*, varón de sólida instrucción y notables cualidades cívicas y éticas, en quien se inspiraban los jóvenes redactores de «*El Quiteño libre*», a cuya cabeza, como mentor inmediato, figuraba el *coronel Hall*, asesinado en esos días. Flores se dió cuenta del poder y la valía de Rocafuerte, y quiso eliminarlo por medio del destierro. El cabecilla de la oposición, percatándose de su influencia, enmendó rumbo y torció el destierro por una marcha sobre el gobierno, para lo cual autorizó con su nombre una sublevación e instituyó frente a Guayaquil, en *la isla de Puná*, que resguarda su entrada, un gobierno efímero pero significativo. Traicionado por gente de su bando, y entregado a Flores, su personalidad pudo más que el rencor partidista, y Flores hizo con él las paces el 3 de julio de 1834. Desde luego, no terminaron las disensiones, pero todas quedaron virtualmente extinguidas después de la *batalla de Miñarica*, en que Flores venció a sus enemigos (18 de enero de 1835); y dándose cuenta de su endeble posición y de su origen extranjero, que ya empezaba a pesar en contra suya, inició una etapa de apaciguamiento. Flores era muy combatido, además, por sus ligerezas administrativas. Su contemporización final coadyuvó poderosamente a hacer viables sus últimos días de gobierno. Y, como sabía que Rocafuerte era un hombre de prestigio y de palabra, pactó con él una especie de alternabilidad de poder, en cumplimiento de lo cual le entregó el mando el 22 de junio de 1835.

516 — *Rocafuerte*.

*Vicente Rocafuerte* (1783-1847) tenía poco más de cincuenta años cuando asumió la presidencia del Ecuador. Nacido en Guayaquil, se distinguió desde su juventud por su

talento y su desinterés. Pertenecía a la promoción de los próceres y había estudiado en Francia, donde conoció al precursor *Miranda*, que lo contó entre sus más brillantes discípulos. Formó parte de aquel glorioso estado mayor en el que figuraron el propio Bolívar (su contemporáneo), O'Higgins, Carrera, Nariño y aun San Martín y Alvear. Los conocimientos de Rocafuerte fueron tales que *México* le confió una importante misión diplomática en Londres. Este hombre no padecía de las trabas megalómanas de Flores, ni tenía el culto del poder por el poder. Por eso, inició sus tareas reformando la Constitución, que en 1835 sancionó ya el régimen parlamentario *bicameral*. Rocafuerte había jurado el poder en *agosto del 35*. A los pocos meses, no sólo había una nueva Constitución sino un nuevo ritmo en el país. El Poder judicial recibió considerable aliento, ensanchando sus facultades; el Congreso, como decimos, se dividió en Cámara de senadores y Cámara de representantes; la *instrucción pública* se incrementó mucho, multiplicándose el número de escuelas; el *sufragio* fué saneado hasta donde era posible, haciéndolo más libre; la *moneda* se saneó, pues Rocafuerte, comprendiendo que uno de los orígenes de los males presentes de su patria radicaba en la deshonestidad financiera de Flores, quiso poner dique a cualquier posible intento de repetir el infeliz ensayo. La venta de *tabaco* y *sal* se incrementó mucho, robusteciéndose la economía nacional tan incipiente.

Desde luego, Rocafuerte hubo de sufrir las consabidas revueltas, tres de ellas importantes, pero contaba con la opinión sana del pueblo y tenía, además, un ministro respetado y eficiente, *Eugenio Tamariz*, que coadyuvó decisivamente a dar vigor a su gobierno. Las Cámaras lo resistieron por cuestiones personales y sectarias, pero, sin embargo, pudo realizar gran parte de su plan, del cual arrancan las directivas permanentes de la República ecuatoriana. Finalmente dejó el mando el *31 de enero de 1839*.

517. — *Nueva Presidencia de Flores.—Reacción conservadora.*

Rocafuerte había sido un presidente moderadamente liberal. Flores volvió en 1839 más personalista, más autocrático que antes. El público esperaba de él que continuara la política de apaciguamiento inaugurada después de *Miñarica*, batalla que mereció uno de los más bellos cantos de la literatura americana y el mejor de Olmedo, la oda «A

*Miñarica*. Para incrementar aquellos buenos auspicios, el 16 de febrero de 1840 España reconocía la independencia del Ecuador. Pero, Flores venía saturado de un impulso mesiánico. Su ambición pretendía emular las hazañas de los libertadores. No quería ser un administrador ordenado y progresista; quería hazañas deslumbradoras. Y así el año 41 lo sorprende en preparativos para intervenir en Colombia, contra Obando; y enero del 43 lo halla elucubrando una *nueva Constitución*, para cuyos preparativos no buscó un Congreso de emanación popular, sino un conglomerado de funcionarios, los cuales dictaron la nueva Carta, incuestionablemente retrógrada y de tendencia autocrática. El Presidente de la República duraría 8 años, sería *reelegible* (forma disimulada de vitalicidad), y podría intervenir hasta en asuntos religiosos (remedio del Doctor Francia). Se creaba un *impuesto personal* de 3 pesos y 4 reales por cada habitante, medida extorsiva que el pueblo llamaba «*el tributo*», recordando el sistema colonial. La nueva Constitución fué conocida bajo el nombre de «*Carta de esclavitud*».

No duró aquello. El general *Antonio Elizalde* se sublevó el año 45, con el apoyo de *Rocafuerte*, contra quien se dictó orden de exilio. Los rebeldes organizaron en *Guayaquil* un gobierno con representantes de los Estados de *Quito*, *Azuay* y *Guayas*, en las personas de *Olmedo*, *Noboa* y *Roca*. La afición a los triunviratos se reflejaba en aquel gobierno provisorio. Flores comprendió el riesgo, y, antes de sufrir una derrota decisiva, pactó con los opositores, pidió para sí la Jefatura del Ejército y se dirigió a Europa

#### 518.—*Roca. La nueva intentona de Flores.*

Durante el gobierno de su sucesor, *Vicente Ramón Roca* (1845-49), ocurrieron dos sucesos importantes: la *muerte de Rocafuerte* (1847) y la *expedición de Flores*. Queriendo coronarse rey (sombra de Iturbide), alentó una expedición de fuerzas españolas, que buscaban frustrar la independencia de América y, a su turno, imponer un príncipe de la casa real de Madrid. Inglaterra malogró el absurdo plan. Pero Flores insistió en organizar otra expedición desde *California*, y luego, fracasando en ella, viajó al *Perú* para atacar desde ahí al Ecuador, con el ánimo de imponer su señuelo. Roca terminó su período. Pero su sucesor *Noboa*, en pocos meses, iría a dar al traste con la ar-



mazón liberal de Rocafuerte y agravar los males ocasionados por el autocratismo de Flores. El *clero*, que ya intervenía desembozadamente en la política ecuatoriana, encontraría en Noboa un servidor sumiso, más atento a las inspiraciones jesuíticas que a las necesidades del país.

## PERU: ENTRE LA ANARQUIA Y LA DICTADURA

### 519.—*Reacción antibolivariana.*

No bien se produjo la salida de Bolívar del Perú, a consecuencia de la actitud de Páez en Venezuela, estallaron protestas contra el régimen imperante, y la *Junta de Gobierno* que él dejó fué sustituida por el general *La Mar*, quien asumió la *presidencia de la República* (1827).

La causa principal del descontento radicaba no sólo en la insatisfacción de algunos generales, pospuestos por los jefes *colombianos* que acompañaban a Bolívar, sino también por el hecho de haberse cercenado del territorio peruano la sección del *Alto Perú*, para crear la República de Bolivia, y el puerto de *Guayaquil*, sobre el cual hubo discusiones y expectativas especialmente en 1820, a raíz de su emancipación de España.

Contribuía a ese rechazo *nacionalista*, otro motivo de índole política: la *Constitución boliviana* o *vitalicia*, que el Libertador implantó en Bolivia, a raíz de su fundación, Constitución que creaba una Presidencia vitalicia, entregada al genial venezolano, y establecía un sistema legislativo en cierto modo análogo al que Napoleón creó para Francia durante su Imperio, con tres Cámaras, una de ellas la de *Censores*, premunidos de facultades y privilegios chocantes con las ideas de democracia roussoniana vigentes entonces.

La *Constitución vitalicia* cuyo preámbulo es, sin duda, una de las piezas más sobresalientes de la ideología bolivariana fué promulgada también en el Perú, todo lo cual sirvió de asidero para divulgar más aun la absurda creencia de que Bolívar pretendía coronarse como Emperador de los Andes según se discutía ya públicamente, aunque Bolívar rechazó concretamente tal imputación más tarde.

Para los caudillos nacionales de la independencia, la Constitución vitalicia era un tope inaceptable a sus aspiraciones. Para los gestores de la libertad, implicaba un paso

atrás, difícil de tolerar sobre todo después de los encendidos debates doctrinarios que embargaron a la prensa peruana de los años 21 a 24.

Bajo la bandera de repudio contra la Constitución vitalicia y la hegemonía de los colombianos en la política y el ejército peruanos, prosperó rápidamente la conjura, cayó la dicha Junta de Gobierno y ascendió La Mar, pero con él ascendió también el espíritu *anticolombiano*, que se hizo visible, además, en Bolivia misma, dirigiendo sus dardos contra el immaculado pero extranjero *Sucre*. Una letrilla del clérigo limeño Larriva revela claramente aquel estado de ánimo:

Sucre en el año veintiocho,  
irse a su tierra promete,  
¡cómo permitiera Dios  
que se fuera el veintisiete!

Aquella hostilidad hizo que las tropas colombianas se retiraran del Perú; Sucre tuvo también que abandonar Bolivia, cuyos elementos políticos habían sido hábilmente atizados por el general *Gamarra*, peruano, ex jefe del estado mayor patriota en la batalla de Ayacucho. Poco después, se rompieron las relaciones entre la Gran Colombia y Perú, y el ejército de este último invadió el territorio de aquella, ocupando Guayaquil.

520.—*Guerra con la  
Gran Colombia y la  
autocracia de Gamarra.*

*Bolívar*, como hemos visto, dispuso de inmediato la organización de la resistencia: *Sucre*, en persona, asumió el mando de las tropas, y en el *Portete de Tarqui* consiguió infligir un severo revés a los peruanos, firmándose en seguida el *Tratado de Girón*, por el cual cada parte se retiraba a sus primitivas posiciones, sin tomarse represalias, lo cual era muy difícil, puesto que, si, de un lado, los grancolombianos habían tenido un éxito en Portete, por el otro, Guayaquil seguía en poder de los peruanos y el ejército de éstos era más poderoso. A la vez los grancolombianos se hallaban abocados a la *división* intestina provocada por Páez, en Venezuela, y a las consecuencias de las luchas entre santandereanos y bolivaristas en Nueva Granada, así como a las nacientes ambiciones del general Juan José Flores, en el futuro

Ecuador, también resuelto a romper el pacto confederal de la Gran Colombia.

En el lado peruano, la forma de terminar la guerra, que aceptó La Mar (1829), oriundo de Cuenca, Ecuador, hombre apacible y ponderado, determinó el inmediato alzamiento de los más recalcitrantes antibolivarianos, dirigidos por el *General Agustín Gamarra*, quien derrocó a La Mar, y lo arrojó al ostracismo, a Costa Rica, donde murió años después.

Durante un breve período, reinó la anarquía. El Mariscal *Gutiérrez de Lafuente*, de discutida actuación en los funestos sucesos de 1823, asumió el poder en Lima, mientras llegaba allí Gamarra, que, antes, firmó un nuevo tratado de paz con la Gran Colombia, el de *Piura*.

Gamarra representaba la voluntad caudillesca y un indudable rezago realista. En él cifraban sus esperanzas los elementos hispanizantes y los criollos aristócratas, mal contentos con la república. Impuso un régimen severo; hizo de su voluntad la ley; restableció la Constitución de 1823, repudiando la bolivariana; y trató de encauzar el gobierno hacia una restauración, si no realista, al menos, de todos modos, autoritaria. Su gobierno, que duró hasta 1834, se caracterizó por eso, y tuvo al frente como censor indomable a don *Francisco de Paula González Vigil*, más conocido por su último apellido — *Vigil* —, defensor encarnizado de la libertad en el amplio sentido roussoniano, autor de un célebre discurso parlamentario, un «yo acuso» que provocó sensación en el año 33, precisamente cuando Gamarra, resuelto a conservar el mando a través de una hechura suya, favorecía sin rebozos la candidatura del general *Pedro Bermúdez*, quien fué derrotado en el Congreso por el general *Luis José de Orbegoso*, hombre de sólida fortuna, de viejo apellido, representante de la aristocracia rural norteña del país.

521.—*De la lucha individual a la Confederación.*

Naturalmente, estalló la guerra civil, y, cuando más enconada parecía que iba a ser, ocurrió lo imprevisto: las dos huestes se conciliaron, y, en el *Abrazo de Maquinhuyo*, liquidaron los dos jefes antagónicos sus contiendas. *Orbegoso* subió al solio presidencial.

Mas, no era Gamarra (representación frustrada de un caudillismo que en Argentina perfeccionaba entonces *Rosas*,

en Bolivia *Santa Cruz*, en Chile *Portales* y en Venezuela *Páez*), no era Gamarra hombre de contemporizaciones ni capaz de resignarse. Intrigó con el presidente de Bolivia, *Mariscal Andrés de Santa Cruz* su ex conmlitón en las luchas por la Independencia, y logró que éste se pusiera en contra de Orbegoso y, aprovechando del desorden del Perú, propusiera reatar los lazos rotos por Bolívar, pero con supremacía boliviana, dentro de una Confederación (1834).

Las contradicciones de estos años llegan a términos increíbles. Orbegoso, que rechazaba aquellas pretensiones, acabó sometiéndose a las mismas, cuando se vió ante la rebelión del general *Salaverry*, adverso a todo lo que significara entrar en colusión con *Santa Cruz*; en cambio, *Gamarra*, que *alentó* a *Santa Cruz*, abandonó el Perú cuando éste iba a entenderse con Orbegoso y, desde Guayaquil, primero, y, después, desde Chile, trabajó incansablemente contra el plan de *Santa Cruz*, hasta conseguir su derrota. Las *pasiones personales* podían más que los intereses nacionales. Pero, éstos, a su vez, empezaban a adquirir ciertos contornos, como resultas de esos choques *interestatales* ya que no puede hablarse con propiedad de choques internacionales en aquel entonces.

*Salaverry* (Felipe Santiago) era un general, como el colombiano *Córdoba*, joven, apuesto, audaz, ambicioso. Representó el nacionalismo ultrancista cuando el Perú se debatía entre los intereses *bolivianos* y *chilenos*, y los caudillos nacionales se sometían a aquéllos con vistas a sus propios y personalísimos destinos. *Santa Cruz*, ya de acuerdo con Orbegoso, entró con sus tropas al Perú, venció a *Gamarra*, y, pretextando algunos actos de crueldad de *Salaverry*, lo hizo fusilar después de la batalla de *Socabaya* (1835).

*La Confederación no fué popular en el Perú*. No sólo por el sacrificio de *Salaverry*, quien representaba el anhelo nacionalista y romántico, sino porque a ella entraba el país desmedrado. En efecto, mientras Bolivia conservaba su *integridad* en el conjunto, el Perú debía *dividirse* en dos Estados — *Norte* y *Sur peruanos* —, uno de los cuales, el último, tenía sobre sí considerable influencia boliviana. Aunque al lado de *Santa Cruz* se alinearon caudillos como *Orbegoso*, *Riva Agüero* y *Tristán*, representantes de la *vieja aristocracia colonial*, no pudieron evitar la reacción antagónica. Por otro lado, *Chile*, con la presencia de eminentes desterrados peruanos, envió contra la Confederación dos expediciones, la primera, alentada por el Ministro *Portales* y, luego, la se-



gunda, mandada por Bulnes. A su vez, Rosas declaró la guerra a Bolivia. Como se verá más adelante, la Confederación fué vencida.

522.—*Reacción conservadora.*  
—*Gamarra.*—*La anarquía.*

Subió de nuevo al gobierno el *general Gamarra*, quien dictó la *Constitución conservadora de Huancayo* (1839) y pretendió inmiscuirse en asuntos bolivianos, sin reparar en que eso podía producir, como produjo, la *unificación* de los bandos bolivianos en pugna. No bien inició el avance sobre territorio de Bolivia para imponer un hombre de su simpatía, los dos jefes antagónicos, *Velasco* y *Ballivián*, se unieron y presentaron batalla. En *Ingaví*, a los primeros disparos, cayó muerto el presidente del Perú, *Gamarra*, por balazos cuya procedencia hasta hoy se ignora a punto fijo, siendo una versión corriente la que les asigna procedencia peruana (1).

La muerte de *Gamarra* dió principio a una anarquía espantosa. Surgieron *caudillos* de todo calibre. En esa época de *caos*, día hubo en que sentóse en la silla presidencial de Lima el *negro bandolero León Escobar*, y otro en que el presidente interino, don *Justo Figuerola*, venerable magistrado, ex amigo de Bolívar ahito por los clamoreos de las turbas, mandó a su hija que arrojara a la multitud la banda presidencial por el balcón.

Los nombres de mayor responsabilidad en ese paréntesis fueron los de los generales *Torrigo* y *Vidal*, este último soldado de la Independencia, héroe del asalto a Valdivia, bajo las órdenes de Lord Cochrane. Posteriormente, surgió *Manuel Ignacio de Vivanco*, el «presidente bonito», hombre de lecturas selectas, arrogante porte e ideas aristocráticas (1844). Venció a *Vidal* en *Aguasanta*, y, a su vez, fué vencido por el tempestuoso y astuto general *Ramón Castilla* (Carmen Alto, 1845), quien no tardó en ceñirse la insignia de mando.

523.—*Aparece el general*  
*Ramón Castilla. El guano.*

Era *Castilla* un soldado de carrera, nacido en Tarapacá y de sangre mestiza. Sargento en Ayacucho, distinguido jefe de la caballería peruanochilena en Yungay, tenía ga-

(1) Véase: Alfredo González-Prada, «*Un crimen perfecto*», N. York, 1942.

nados sus galones y prestigios a fuerza de trabajo y valentía. Hombre en contacto con el pueblo, aspiraba a dar una estructura más democrática al Estado y (aunque más no fuera que por contrariar al empingorotado Vivanco) mermar a la aristocracia colonial. Dueño del poder en 1845, no se quedó en él sino que repuso al vicepresidente legal y luego aceptó la elección de que fué objeto. Durante aquel período se organizó el *primer presupuesto nacional*, incrementó el comercio marítimo reforzado desde 1842 por la *navegación a vapor*, y empezó a tomar incremento la exportación del *guano*, riqueza entonces recién descubierta.

El hallazgo de los yacimientos guaneros, en las islas del litoral, *transformó la economía peruana*. Repentinamente se encontró el país con recursos impensados. No solamente podía pagar sus deudas, sino que tenía para volver al boato de la colonia. Castilla, sin embargo, no se dió al lujo. Era un soldado arbitrario, pero sobrio, y quiso encauzar la voluntad popular por más nobles senderos. Surgía, además, entonces una división ideológica que se acusaba en los claustros universitarios, entre *conservadores ultramontanos*, acaudillados por el joven clérigo *Bartolomé Herrera* (nacido en 1808) y los incipientes *liberales*, cuyo maestro era *Vigil*. Sobre éste llovían ya anatemas, y hasta el Papa se disponía a excomulgarle y refutarle. El contagio de las ideas liberales conducía a contemplar el problema de la *esclavitud del negro*, y a reemplazarlo por los *culies* chinos que comenzaron a llegar entonces en calidad de «mano de obra barata» y querer sumiso.

## BOLIVIA: DEL AMANECER AL CAOS

524.— *La Fundación.—  
La Constitución Vitalicia.*

En 1825 se fundó la República de Bolivia. Consecuencia de la guerra emancipadora, su nacimiento no estaba determinado entonces por grandes razones históricas o geográficas, sino más bien por motivos políticos. De ser válidas las geográficas, su delimitación era indebida, pues parte del noroeste y del sur peruano pudieron ser involucrados en el nuevo Estado; de primar las históricas — y ése era el conflicto —, Guayaquil no debió de haber sido segregado del Perú, ni, desde luego, el mismo noroeste altooperuano. Bo-

lívar, que conocía la resistencia *limeña* — más que peruana, *limeña* — a la política grancolombiana y que había aquilataado la profundidad del arraigo del sistema virreinal en Lima, es decir, el predominio del conservatismo oligárquico, discutió en un principio la posibilidad de negociar las cuatro provincias altoperuanas con Buenos Aires, pero luego accedió al pedido que le formularon dichas provincias para hacerse autónomas.

Acababa de vencer en Ayacucho y había llegado a Cusco, recogiendo lauros en su marcha. *Choquehuanca*, el inspirado cacique sudperuano, le había pronunciado la famosa arenga que termina: «*Vuestra sombra crecerá con los siglos como la sombra cuando el sol declina*». En esas circunstancias, y estando el immaculado Sucre en Alto Perú, se acordó la independencia de aquel país el 6 de agosto de 1825, y seis días después, esto es, el 12, la *Asamblea* reunida en *Chuquisaca*, al ratificar el nombre de *Bolivia* impuesto al nuevo Estado, como homenaje a su creador, declaraba, reverentemente, que el Libertador sería tenido «*como buen padre*» de la República.

Así nacida, *Bolivia*, como es lógico, aceptó sin mayores obstáculos la Carta Constitucional ideada por el Libertador, y de esa suerte apareció en el ambiente político de América la Constitución boliviana o *vitalicia*, que su autor extendió, luego, al Perú y pretendió imponer en la Gran Colombia, que se resistía bajo la dirección de Francisco de Paula Santander.

La *Constitución Boliviana* reconocía, como sabemos, a Bolívar como *Presidente vitalicio*, capacitado para delegar su poder en un presidente (esta vez en Sucre). Había un *Poder electoral*, que consistía en un delegado por cada 10 habitantes, siendo aquéllos los únicos con derecho a voto. El *Cuerpo Legislativo* se dividía en tres organismos: los *Tribunos*, los *Senadores* y los *Censores*, imitando la constitución napoleónica. Los Tribunos eran los que resolvían sobre la paz y la guerra, los Senadores se encargaban de los códigos y leyes, y los Censores, que eran vitalicios, venían a ser como fiscales o interventores, dueños de una autoridad enorme. Eran un cuerpo conservador y privilegiado.

#### 525.—Caída de Sucre: Santa Cruz.

Las cosas marcharon bien mientras Bolívar permaneció en el Perú. Pero no bien le fué preciso alejarse, por las algaradas de Páez y los desacuerdos con Santander, a que

nos referimos ya, estalló el descontento excitado desde Perú por Gamarra.

Impelido por esas adversas circunstancias, *Sucre* se vió obligado a dimitir el 14 de *abril de 1828*, dejando en su lugar al general *Urdinenea*, el cual no titubeó en firmar el *Tra-tado de Piquiza con Gamarra (julio de 1828)*, corroborando la extinción del régimen bolivariano.

Estalló la guerra *peruano-grancolombiana*. Bolivia tomó el partido de la Gran Colombia, amenazando a Perú por el *sur*, mientras éste combatía por el norte con las fuerzas gran-colombianas. De tal manera se realizaban las previsiones del Libertador con respecto al Perú y a Bolivia, que entonces se hallaba en posición de neutralizar cualquier intento agresivo hacia el septentrión de la reaccionaria república peruana.

El 24 de *mayo de 1829*, mientras en el norte la suerte se decidía contra el Perú en *Portete de Tarqui*, en el sur el general *Andrés de Santa Cruz* ocupaba el gobierno, desconocía la Constitución Boliviana y proclamaba otra no menos aristárquica. Gamarra gobernaba en el Perú, y la anarquía, en Chile.

*Santa Cruz*, hijo de un coronel español y de una cacica indígena, se había destacado en el ejército realista. Posteriormente ingresó al servicio de los patriotas, donde revelara sus cualidades de estratega. No olvidemos que él condujo las huestes libertadoras en *Pichincha*, y que en la 2.<sup>a</sup> *Campaña a Intermedios* tuvo un papel descollante. Nacido en 1786, llegaba entonces a la madurez. Ambicioso, absolutista, autoritario, no dejó el mando al expirar su interinato, sino que, en 1831, se hizo elegir por un período constitucional de cuatro años. Antes de terminarlo, y después de dictar la Constitución de 1834, ya se había lanzado a la aventura de la *Confederación peruano-boliviana*, para lo que utilizó a Gamarra, primero, y a Orbegoso, después. Cuando aquél se le opuso, se alió a éste y derrotó al primero. Después de vencer a Salaverry, de quien ya hablamos, dictó el *Estatuto de la Confederación (28 de octubre de 1836)*.

526.— *La Confederación Peruano-boliviana y la primera guerra del Pacífico.*

Aprovechando de la irregular situación creada en el Perú a consecuencia de las ambiciones e intrigas promovidas



a raíz de la intentona de imposición de Bermúdez, por parte del mariscal Gamarra; de la resistencia armada del general Orbegoso, y de las maniobras del general Lafuente, Santa Cruz resolvió llevar a la práctica un viejo empeño suyo patentizado en diversos documentos precedentes: reunir de nuevo las antiguas provincias del Alto y Bajo Perú, pero esta vez bajo la suprema dirección de la primera de ambas entidades.

Santa Cruz, que había comprendido el riesgo de la insurgencia de Salaverry, decidió sofocarla drásticamente. Se valió de un pretexto para justificar su crueldad. Como Salaverry, con su ímpetu apasionado de juventud, mandara fusilar a un jefe vencido, a Valle Riestra, peruano igual que él, no obstante las rogativas de familiares y partidarios, Santa Cruz no vaciló en permitir que, a raíz de la batalla de *Socabaya* (1835), en que fué vencido Salaverry, un tribunal de emergencia lo mandara fusilar. Fué un acto de amplia resonancia. Porque si bien se libró Santa Cruz del más eficaz y popular de sus adversarios, en cambio dió vida a un mito, el salaverrino, la más acusada nota épica de la historia republicana del Perú.

Sobre tal victoria se fundó la *Confederación peruano-boliviana*. El Perú ingresó a ella en condición supeditada dividido en dos: el Estado *Nor-Peruano* con *Orbegoso* de Presidente y el *Sud-Peruano*, con *Tristán*, el *ex virrey de un día*. Bolivia constituía, íntegra, el tercer elemento, y tenía a *Velasco* en su presidencia. *Santa Cruz*, Protector de los tres Estados, resucitaba, en parte, la Constitución vitalicia bolivariana. Dondequiera que él estuviese, le correspondía el mando del Estado respectivo, y, siempre, la tutela general de la Confederación.

Entre los cabecillas peruanos que cooperaron con él figuraron, en lugar preeminente, Orbegoso, Tristán y Riva Agüero.

#### 527.—*Chile y Argentina ante la Confederación.*

Varias fueron las causas que determinaron la resuelta actitud del gobierno de Chile, inspirado por el *Ministro Diego Portales*, contra la naciente Confederación.

La rivalidad entre Callao y Valparaíso se había acentuado mucho; pero, con el nuevo estado de cosas, se decidía, al parecer, en favor del primero. Queriendo obviar tales dificultades, en vísperas de que triunfara la iniciativa santa-

cruciana, se pactó un tratado de comercio entre Perú y Chile, siendo ratificado, con anuencia de éste, por el general Salaverry, tácitamente reconocido así en su calidad de jefe de Gobierno, lo que motivó la protesta y el rencor del general Orbegoso, Presidente legal.

Aliados Orbegoso y Santa Cruz, se perfiló mejor el empeño de éste para conectar directamente a Perú con Europa, en detrimento de la navegación e intereses de Chile. Señal inequívoca de la rivalidad ya desatada fué la declaración de puertos libres en favor de *Arica, Cobija, Callao* y *Paita*, así como la imposición de *derechos adicionales de importación* sobre determinados productos chilenos. A todo lo cual se agregó la actividad agresiva, a veces procaz, de los emigrados chilenos en Perú contra el gobierno de Santiago, y de los emigrados peruanos en Chile contra el gobierno de Lima, estos últimos bajo la protección de Portales, como en el caso de Felipe Pardo, director de «*El Intérprete*»

Por esos días partió una expedición del ex presidente chileno Freire sobre su patria, expedición amparada por el gobierno peruano, lo que dió ocasión a que Chile se apoderase del buque «*Aquiles*» perteneciente a Perú, y a que *Santa Cruz*, en violenta dúplica, apresara al cónsul chileno.

Por sobre todas estas incidencias, el hecho predominante era que *Portales*, en realidad Jefe de la República chilena, consideró desde el primer momento un obstáculo para sus planes nacionales la subsistencia de la Confederación, que, de fortalecerse, acabaría dominando el litoral y, por consiguiente, el comercio del Pacífico. Decidió, entonces, asaltarle un golpe decisivo. Aprovechó, pues, las incitaciones de los emigrados peruanos, antiorbegosistas y antisanta-crucistas, de los generales Lafuente, Vivanco y Gamarra, éste, en Guayaquil, en donde trató de ganarse al *general Flores*, presidente de Ecuador, contra Santa Cruz. Flores se negó, (según lo dice a Orbegoso en carta del 8 de mayo de 1837). Portales pidió entonces al Congreso equipar una expedición al mando del almirante chileno *Blanco Encalada* e integrada por fuerzas de Chile y por un grupo de descontentos del Perú (octubre de 1836).

La Correspondencia de Portales al respecto (tomo 3.º del «*Epistolario*» publicado por E. de la Cruz, y el volumen «*Portales pintado por sí mismo*» de esta editorial) es muy elocuente. El Congreso aceptó en diciembre su proyecto. Pero, cuando estaban preparándose las tropas y la escuadra, ocurrió el motín de Quillota que cortó la carrera política y la vida del Ministro (junio de 1837).

528.—*Argentina interviene contra la Confederación.*

El recelo suscitado por el plan santacrucino halló repercusión inmediata en la *República Argentina*, en la que había maniobrado hábilmente *Portales*. Los dos gobiernos se parecían: el de Chile y el del Plata. *Portales*, autocrático, si bien sólo ministro, y Juan Manuel de Rosas, autócrata sin embozos, no podían mirar con buenos ojos el nacimiento de *otra autocracia*, de tan vastas proporciones como la de *Santa Cruz*.

El ejército argentino invadió, pues, Bolivia, en la zona de Tarija, al propio tiempo que el chileno, con la cooperación de los peruanos antisantacrucistas, desembarcaba en Islay y se dirigía sobre Arequipa.

529.—*Tratado de Paucarpata.*

La acción de las tropas de Blanco Encalada se vió entorpecida por desavenencias internas y por la buena colocación tomada por Santa Cruz, conocedor experto del terreno, en los llamados «*balcones de Paucarpata*», lo que permitió decidir la campaña de una sola vez.

Los adversarios resolvieron firmar una *tregua*, comprometiéndose Blanco Encalada a devolver los buques que había tomado, a retirar sus tropas en el término de seis días; y Santa Cruz a celebrar un tratado de comercio con Chile, siendo garantizado aquel conjunto de condiciones por el *gobierno inglés*.

Peró, el *gobierno de Chile desaprobó el Tratado de Paucarpata* (diciembre de 1837).

530.—*Campaña en Argentina. La segunda expedición chileno-peruana.*

Entretanto, las fuerzas de la Confederación habían conseguido importantes victorias frente a los argentinos, volviéndose de agredidos en agresores. Parte del territorio noroccidental de la República atlántica, hasta cerca de Jujuy, estaba en manos de los bolivianos. En el año de 1838 obtuvieron éstos éxitos parciales en *Yruya* y *Montenegro*.

Gamarra, que comprendió el riesgo decisivo que se cernía sobre sus propósitos, acudió rápidamente a Chile, desde Guayaquil, y, no obstante haber sido mal recibido, logró

reforzar la ya tomada resolución de Chile para enviar otra expedición sobre la costa peruana.

Planteáronse cuestiones de competencia. Los peruanos querían formar un cuerpo especial. Pero se impuso la estructuración de un comando único, entregado al general chileno *Manuel Bulnes* (julio, 1838). Así empezó la nueva campaña.

531.—*Anarquía en el Perú.*  
— *Derrota de Santa Cruz.*

Por esos días, se vislumbraba ya que la situación interna del Perú se hacía insostenible. El general *Nieto*, peruano, estaba a punto de sublevarse en el Estado Norperuano. Orbegoso acudió a impedirlo, pero en su ausencia Lima se sublevó enarbolando nada menos que el nombre de Orbegoso, trocado así en cuasi rebelde contra Santa Cruz (29 de julio de 1838).

Por un instante se pensó que entre las fuerzas de *Bulnes* y *Orbegoso* podía llegarse a un acuerdo, pero la mutua desconfianza y las intrigas de *Gamarra*, antiorbegosista tenaz y defensor de sus propios intereses, impidieron finiquitar ningún arreglo.

Enfrentadas las tropas de *Bulnes* y de *Orbegoso*, en *Guía*, a las puertas de Lima, participando en las primeras los ex presidentes del Perú, *Gamarra* y *Lafuente*, la victoria sonrió a los expedicionarios. Orbegoso se vió obligado a retirarse (21 de agosto). Tres días después, *Gamarra* era proclamado presidente del Perú por una Junta de Notables. Simultáneamente, el Norte del Perú se pronunciaba por los «restauradores», bajo el comando del general *Francisco Vidal*, quien, como dijimos, en su juventud, después de enrolarse en el Perú en las huestes de Lord *Cochrane* fuera abanderado del ejército patriota chileno en su ataque a la plaza fuerte de *Valdivia*. Una síntesis de la situación caótica del Perú, nos la da *Jorge Basadre* con este hecho: *había siete presidentes simultáneamente en el país*: 1.º *Santa Cruz*, presidente de la Confederación; 2.º *Gamarra*, presidente de la Restauración; 3.º *Orbegoso* presidente del Estado Norperuano; 4.º *Riva Agüero*, nombrado presidente del mismo Estado por *Santa Cruz*, al saber la defección de *Orbegoso*; 5.º *Pío Tristán*, encargado del Estado Sudperuano; 6.º *Nieto*, en una fracción del Norte y 7.º *Vidal*, en otra. (Véase *Jorge Basadre*, «*Historia de la República del Perú*», p. 125, Lima, 1939.)



*Bulnes* avanzó entonces sobre el norte, para embestir a Santa Cruz. Pero en los callejones de la cordillera de Ancash se requería un experto: *Gamarra*, viejo maniobrero desde los días de la gesta emancipadora, era uno de sus principales consejeros. La batalla, que fué dura, se trabó en *Yungay*. A pesar del ímpetu y superioridad del ejército de *Bulnes* parecía indeciso el resultado cuando *Ramón Castilla*, más tarde presidente del Perú y entonces uno de los jefes a órdenes de *Bulnes*, acometió a la caballería santacruzina, comandada por *Morán*, decidiendo la victoria (enero de 1839).

Santa Cruz quedó vencido. La Confederación, deshecha. El fugitivo caudillo pasó por Lima, para tratar de rehacer sus huestes, pero en el seno del ejército boliviano había cundido también la desmoralización. *Velasco* y *Ballivián*, generales suyos, se rebelaron. No quedó otro camino que el exilio. *Bulnes*, que se había negado a aceptar una transacción antes, pudo entenderse entonces con su aliado y colaborador *Gamarra*, trocado en Presidente «restaurador» del Perú.

532.—*Fisonomía general de la Confederación Peruano-boliviana.*

Sería pueril ver en este episodio nada más que un reflejo de cuestiones personales, o una mera lucha ocasional. También son inferiores al auténtico ámbito de esa guerra las consideraciones estrictamente comerciales. En aquella contienda hubo algo más importante, más desgarrador al mismo tiempo. Antes de veinte años, las nuevas naciones amanecidas bajo un esfuerzo solidario, rompían entre sí, se precipitaban las unas sobre las otras, demostraban escasa trabazón. *Cuatro países* se vieron envueltos en la vorágine del 36 al 39. *Argentina, Chile, Bolivia, Perú* — y a punto estuvo también *Ecuador* — sufrieron las consecuencias del luctuoso episodio. Y si los vencedores pudieron pensar que habían logrado sus objetivos, en realidad, la unidad, elemento indispensable, cuya eficacia vislumbraba ya Bolívar, había quedado maltrecha. Dos años después, rompían de nuevo hostilidades peruanos y bolivianos. Luego serían más extensos y complicados aún los conflictos, no obstante que la tierra americana era inmensa y la población reducidísima.

El personalismo podía más que los intereses colectivos. Los caudillos hacían sentir sus gigantescas ambiciones. Odios parroquiales convertíanse, según la magnitud de quien los alentaba, en pugnas entre Estado y Estado. Al margen de

ello, vigilaban, enojosamente tutelares y entrometidas, algunas naciones europeas. La enseñanza de aquella lucha había sido contraproducente. Como siempre, la guerra intestina — y todas las guerras inter-estatales en nuestro continente tienen marcado carácter intestino — atizaba odios más irreconciliables, levantaba murallas más altas, cavaba surcos más hondos que las auténticas guerras internacionales, como, por ejemplo, la que se produjo entre México y Francia, años más tarde, y la que hubo entre Estados Unidos y España, a fines del siglo.

533. — *Ingaví. — Presidencia de Ballivián. — La anarquía.*

Triunfante y ya Presidente del Perú, *Gamarrá* trató de influir en la política de Bolivia, aprovechando de la pelea entre *Velasco* (santacruzino), y *Ballivián*, pelea a la que se agregaba también la discordante voz de *Agreda*. Las palabras de orden, como de costumbre, eran *Restauración y Regeneración*. *Gamarrá* creyó llegada la hora de devolver el entrometimiento de Santa Cruz, y dispuso sus tropas en batalla para intervenir en la política interna de su vecino.

Bastó eso para unificar corrientes dispares. *Gamarrá* se encontró con un frente común, nacional, en *Ingaví*, el 18 de noviembre de 1841. Habían sonado apenas los primeros disparos de la batalla, cuando el Gran Mariscal *Gamarrá*, Presidente del Perú, cayó mortalmente herido de un balazo. La versión general habla de temeridad, pero hay una versión, repetimos, que se abre paso en la investigación, según la cual el tiro de muerte salió de sus propias filas. En el ambiente caótico de entonces, más personalista que nacionalista, todo se explica (1). En todo caso, ahí terminó la aventura gamarrista peruana, y don *José Ballivián*, hombre culto, moderado, lleno de buenos propósitos, fué ratificado en la Jefatura del gobierno. Bolivia había entrado por un sendero de progreso. Acto seguido se dictó una nueva Constitución, la de 1843, que derogaba la de Santa Cruz. *Ballivián* recibía un poder casi absoluto, incluyendo el poder de disolver las Cámaras.

Pero en aquellos días se hacía muy difícil fundar nada con solidez, y menos en un país recién organizado como Bolivia. Faltaba tradición de gobierno autónomo, y las pasiones, fomentadas por la escasa población alfabetada, se de-

(1) Véase: Alfredo González-Prada, «*Un crimen perfecto*», N. York, 1941.

cuplicaban. Ballivián abandonó el gobierno en 1847, cansado del sinnúmero de conspiraciones y rebeldías que aquejaban al país. Hubo un fugaz ejecutivo del general *Guilarte*. Luego asumió la dictadura *Velasco*, el ex presidente de la Confederación. La Constitución fué sustituida por las llamadas *Ordenanzas militares*. En 1848, el general *Belsú* (5 de diciembre) vencía a Velasco y se apoderaba del mando. Volvió el país a la Constitución anterior, pero ello fué en el nombre. Realmente, lo que empezó entonces fué el período del *caudillaje* en su forma más ruda. Al revés de Argentina y Chile, donde el caciquismo y la consiguiente anarquía fueron frenadas por la autocracia de Rosas y Portales, en Bolivia, país recién nacido, el fenómeno hizo un camino *inverso*. Nacida la República bajo el freno de Bolívar, primero, y de Santa Cruz después, se disolvió luego durante largos años, hasta la guerra del 79, en un caudillaje y una anarquía desenfrenados, resultantes de una niñez cívica demasiado constreñida por voluntades personales excesivamente fuertes.

## CHILE: DE LA ANARQUIA A LA ORGANIZACION

### 534.—Caída de O'Higgins.—Presidencia de Freire.—Constitución del 23.

No bien asegurada la independencia del Perú, comenzó, o, mejor dicho, recrudesció la lucha interna en Chile. El *Director Supremo*, *O'Higgins*, a quien los *pelucones* santiaguinos llamaban despectivamente «el guacho O'Higgins»—aludiendo a que fué hijo del amor—se encontró con una muralla de pasiones y prejuicios frente a sí. El Senado conservador le cerraba tercamente el paso. Nada podía ya su voluntad. Le salieron al encuentro hasta motines callejeros. Y su propia madre, Isabel Riquelme, fiel como una mujer esquiliana, sintió el ramalazo de la injusticia y el insulto. Renacían los rencores de la era carreriana. El Director Supremo no pudo más. Educado en la escuela de Miranda y San Martín, los dos insignes desprendidos de la historia americana, no trepidó en eliminarse como lo hiciera su ex jefe el argentino, en Perú. *O'Higgins* *dimitió* el poder y se marchó al Perú, voluntariamente proscrito, para no volver a Chile jamás. Aquello fué en 1823. Desde Mendoza, transido de an-

gustia, San Martín le escribió la inolvidable frase: «*Vámonos a un lugar donde no nos acordemos de que existen hombres*».

Así fué como, hostigado por el general *Freire*, que, aprovechando el estado de miseria en que se hallaba el país, habíase levantado en Concepción, O'Higgins, fracasada una efímera tentativa de resistencia con el general *Prieto*, se presentó ante un *cabildo abierto* — ¡qué añoranza de aquel 18 de septiembre de 1810! — y dejó el poder a una *Junta*, la cual sucumbió ante la popularidad del general *Ramón Freire*, que fué quien permitió el exilio de O'Higgins.

Freire tuvo que resolver el problema de la resistencia del español *Quintanilla* en *Chiloé*. La liquidó en 1825, después de varias inútiles tentativas. Afrontó además la resonancia del senado-consulta, inspirado por *Mariano Egaña*, sobre *libertad de los esclavos negros* que no eran muchos en Chile, dada la pobreza en que había vivido la ex Capitanía General durante el coloniaje.

Poco después, merced a los trabajos de *Juan Egaña*, uno de los más ilustres jurisconsultos chilenos, se dictó la *primera Constitución del país*. Sus preceptos fundamentales estaban lejos de ser muy democráticos. Por de pronto, sólo serían *electores* los casados o mayores de 21 años que tuvieran una *propiedad* o ejercieran algún arte, industria o comercio; que fueran católicos y que resultaran sorteados, ya que sólo la *mitad* de los que gozaran de tales requisitos podría intervenir en los sufragios. Las *asambleas de electores* así constituídas tenían la suma del poder público, con facultades de gobierno, lo cual implicaba una medida *demagógica* en cuanto a su alcance, pero *conservadora*, en cuanto a su origen. *El Director Supremo* duraría *ocho años*, pero las leyes emanaban del *Consejo de Estado*, y la sanción de ellas pendía de un *Senado* de no más que *nueve* miembros, superiores en prerrogativas a la numerosa Cámara. En suma, un número pequeño de familias *patricias* retenía el poder público bajo rótulo republicano.

535.—*Blanco Encalada, Primer Presidente de Chile. — Gobierno de Pinto.*

La Constitución del 23 fué desconocida casi en seguida. Pero, se trabó el gobierno en pependencias con el clero; *Inglaterra* no reconocía la independencia de Chile (pero sí la de México, Buenos Aires y Colombia), inspirándose en que,



por falta de organización, no habían sido puntualmente satisfechas las cuotas del presupuesto contratado por Irizarri en Londres; todo lo cual decidió a Freire a renunciar en 1825.

Al año siguiente, y por inspiración de don *José Manuel Infante*, el Congreso confirmaba la fórmula *federal*, sancionada poco antes, y se elegía *primer presidente de Chile* al almirante *Manuel Blanco Encalada*. Las conspiraciones menudearon. Una revuelta, la de Camino, hizo necesaria la intervención de Freire, a quien se confió de nuevo la presidencia, pero la renunció casi en seguida, dejando al vicepresidente *general Pinto*. En el entretanto, el federalismo había recibido golpes de muerte.

Hostigado por la constante politiquería ambiente, *Pinto* disolvió el Congreso y convocó a elecciones para designar uno nuevo. Triunfaron sus partidarios, pese a los esfuerzos de los conservadores y de los *estanqueros* (negociantes con el fisco) a cuya cabeza se hallaba don *Diego Portales*. Desde entonces, los liberales fueron denominados *pipiolos*, mote desdeñoso con que se quería significar su poco arraigo social, y los conservadores, *pelucones*, por la ranciedad de sus ideas políticas (1828).

*Pinto* dispuso que el escritor liberal español *José Joaquín de Mora* elaborase un proyecto de Constitución (el cual se aprobó), y que el maestro, también español, *Ramón Carnicer*, compusiera la *Canción Nacional*.

536.— *Ochagavía y Lircay. — Portales.*

Días agitados. Los *Pincheira*, banda de salteadores políticos, tenían atemorizado a Santiago con sus fechorías. Arreciaron las disputas religiosas. El clero desempeñó importante papel en aquel trance. El comandante *Urriola* se sublevó dos veces. Otros motines vinieron a perturbar la vida del país. Finalmente, el *general Prieto*, pelucón, se lanzó contra el gobierno que se había constituido entre mil azares. Contenido en *Ochagavía*, y entregado el gobierno, como transacción, al general *Freire*, éste vió cómo *Prieto* violaba su palabra apoderándose de Santiago. *Freire*, con sus tropas, salió a resistirle. A principios de 1830, en las orillas del *Lircay*, las tropas *peluconas* vencían definitivamente a *Freire* y los *pipiolos*, en medio de una carnicería innecesaria. Sobre la sangre de *Lircay* levantó su figura *Diego Portales*, ex negociante, «estanquero» y pelucón de estirpe

cesariana. Su inclemencia se demostró por el hecho de borrar del escalafón a Freire, que había defendido al gobierno constitucional, y expulsar del país a José Joaquín de Mora y otros eminentes hombres. En cambio, y eso le sea abonado en cuenta, escuchó a *Andrés Bello* y al sabio don *Claudio Gay*.

Las nuevas elecciones de 1831 eligieron Presidente al *general Prieto* y vicepresidente a *Portales*, que renunció. Acto seguido se confió a *Mariano Egaña* la redacción de una Carta Fundamental, que consagrara la autoridad del Poder Ejecutivo y la influencia de los pelucones u «oligarcas».

Para felicidad de los conservadores, en 1832 se descubrió un yacimiento de plata en *Chañarcillo*, cuya extrema riqueza permitió suprimir algunos impuestos, aumentando, a la vez, la renta pública. Andando los años, aquello promovería la implantación de una Compañía de Vapores, la *Pacific Steam Navigation*, ideada por *Guillermo Wheelwright*, e iniciada en 1840, así como una compañía *ferrocarrilera* que sólo comenzó sus labores efectivas en 1851. Pero, en el entretanto, Portales había visto surgir ante sí un obstáculo inesperado: la Confederación peruano-boliviana (1835). Portales, como hemos visto, decidió trabajar contra ella aprovechando dos circunstancias: 1.º, las incitaciones que le enviaban los emigrados peruanos, entre ellos, dos expresidentes, Lafuente y Gamarra; y 2.º, la ayuda que Freire había recibido del Perú para armar una expedición que desembarcara en Chile. Implacable, Portales pidió para Freire, cautivo, la pena de muerte, y como sólo fuera de presidio la que le impuso, apeló y protestó, y como no consiguiera nada, obtuvo, sí, que se le desterrara a Australia. A la vez creó *tribunales sumarios* para juzgar los delitos políticos, y ejecutó sin piedad a muchos de sus enemigos. Dejó caer, en suma, como él mismo decía, «*el peso de la noche*» sobre Chile.

El «*Epistolario*» de Portales revela las ideas que acariciaba con respecto a la Confederación peruano-boliviana. Esta, impuesta a la fuerza en Perú, se vió atacada por Rosas, desde Argentina, y por Portales, desde Chile. Ultimaba los preparativos para la expedición, cuyo jefe era Blanco Encalada, cuando un motín encabezado por el comandante *Vidaurre*, en *Quillota*, apresó al omnipotente ministro, y, en uno de los lances de la insurrección, el teniente *Florín* le dió cruel muerte, el 16 de junio de 1837.

No dejó de zarpar por ello la expedición, pero tuvo un resultado infructuoso, según el tratado de Paucarpata. El

Gobierno de Chile resolvió preparar otro ejército. Esta vez halló mejor fortuna, y, según hemos dicho, la Confederación quedó destruída. *O'Higgins*, emigrado al Perú, pretendió intervenir como amigable componedor entre sus dos patrias: la de origen y la de asilo.

Gamarra quedó de Presidente del Perú, y el ejército chileno, que dirigía *Bulnes*, y que con la cooperación de los desterrados peruanos conquistará el triunfo de *Yungay* (1839), regresó a su patria.

537.—*El orden de Bulnes: inquietud espiritual.*

En 1840 hubo elecciones: *Manuel Bulnes*, el jefe de la campaña contra Santa Cruz, fué electo Presidente de la República. Su gobierno se inició bajo auspicios liberales, con una amnistía. Su interés por la instrucción se hizo palpable al fundarse la *Universidad de Chile* (1842), bajo el rectorado de don *Andrés Bello*. Los *proscritos argentinos* desarrollaron libremente sus actividades, y *Sarmiento* publicó su «*Facundo*» en Chile. Se organizó la *Sociedad Literaria*, en que empezaron a fulgir *Lastarria* y *Bilbao*. Se elaboró el plan de *ferrocarril* entre Santiago y Valparaíso. Al par, nacía cierta inquietud espiritual, debido en gran parte a *Bilbao* y a *Santiago Arcos*, quienes fundaron en 1850 la *Sociedad de la Igualdad*, encaminada a combatir la candidatura de don *Manuel Montt*, ministro de Bulnes, a la presidencia de la República. Bilbao se había destacado ya por sus ataques a los conservadores. El arzobispado le censuró y excomulgó. Bulnes se hizo más partidario de Montt de lo que hasta ahí era. Un abortado movimiento revolucionario, en 1851, produjo muchas proscripciones, entre ellas las de *Lastarria* y *Bilbao*. Los emigrados argentinos, que habían importado el *romanticismo*, estaban ahora con el oído atento a lo que Urquiza urdía contra Rosas en Montevideo. Partía ya Sarmiento a ser «boletínero» del «Ejército Grande». Y precisamente cuando surgía la aurora liberal con José Hilario López, en Colombia; la tolerancia de José Gregorio Monagas en Venezuela; el gesto también cuasi jacobino de Ramón Castilla en Perú; cuando se perfilaba ya la era de Juárez en México y el antiesclavismo del norte en Estados Unidos; en esos instantes, por una de las constantes paradojas en que es pródiga nuestra América, Chile regresaba con pie firme al camino autoritario, bajo el discutido gobierno de don *Manuel Montt*.

ARGENTINA: DE LA ANARQUIA A LA TIRANIA,  
DE LA TIRANIA A LA OLIGARQUIA538.—*La anarquía del año 20.*

Uno de los problemas más agudos que tuvieron que afrontar las entonces Provincias Unidas del Plata, fué la pugna entre Buenos Aires y el resto del país. Sin que se pronunciara aún el asunto de la capitalidad, se veía ya inminente un conflicto, tanto más grave, cuanto que la República no estaba aún suficientemente estructurada para resistir aquel embate.

Desde 1820 se advierten los síntomas de una anarquía y una desinteligencia irremisibles. La batalla de la cañada de *Cepeda*, en aquel año, significó, pese a los pactos a que se llegó a raíz de ella, una escisión profunda entre la ciudad y la campaña. Triunfaron las provincias e impusieron, mediante el *cabildo abierto* del 16 de febrero del 20, un cambio radical en el sistema de gobierno: en vez del Congreso y del Directorio hasta ahí en funciones, se designó al *primer gobernador de la provincia de Buenos Aires, Sarratea*, y una *Junta de Representantes*. El flamante gobernador no tuvo otra cosa que hacer sino firmar el *Tratado del Pilar*, con los caudillos del Litoral (actualmente Santa Fe, Rosario, Corrientes), que eran *Estanislao López* y *Ramírez*, reconociendo la vigencia del *régimen federal*, el derecho de *libre navegación en el Paraná* (asunto hasta hoy origen de debates, como se ve cuando se habla del Canal Mitre), es derecho igual en el *Uruguay*, *amnistía política*, etc.

Tan duras condiciones humillaban a los porteños, que empezaron a mirar con desgano a Sarratea. No tardó en precipitarse el descontento en la forma de una insurrección, la de *Balcarce*, quien depuso a Sarratea. Se alzaron por aquel entonces *Alvear* y el chileno *J. M. Carrera*, que actuaba como si fuera argentino (y viceversa en el caso de San Martín, Montegudo, etc.). Estos sempiternos conspiradores organizaron una asonada para adueñarse del poder. Fueron vencidos, pero como consecuencia de todas esas y otras agitaciones más, se constituyó una nueva Junta de Representantes y se dictó el *Primer reglamento constitucional* de la Provincia de Buenos Aires. En medio del caos



de esos tiempos, en plena anarquía, día hubo en que Buenos Aires tuvo, al mismo tiempo, tres gobernadores (Soler, Martín Rodríguez y Ramos Mejía, 1820).

A Soler lo venció *Alvear*. Pero, éste era resistido a causa de su carácter díscolo y avasallador. La Junta designó entonces gobernador a *Manuel Dorrego*. Surge por esos días, en uno de esos episodios, en apoyo de Martín Rodríguez, un oscuro comandante de la campaña, *Juan Manuel de Rosas*. Artigas, el caudillo oriental, pelea con el caudillo Ramírez; Estanislao López también se indispone con este último. En una de aquellas incidencias, el tumultuoso Ramírez pierde la vida. Su muerte, empero, no detiene el aflujo. Todo era ímpetu individual, política de facción, caudillismo proveniente de la misma independencia, ausencia de instituciones organizadas.

#### 539.—*Ministerio de Rivadavia.*

El gobierno de *Martín Rodríguez*, en el cual coopera Rosas, llama como uno de sus ministros a *Bernardino Rivadavia*, quien venía de Europa, en donde pasara ocho años de observación fecunda y de amargura. Rivadavia puso su acento en el período de Rodríguez. Para dar idea de todo lo que su paso por el gobierno representó para su patria, bastará recordar que, debido a su influencia, dictóse entonces la ley que otorgaba el *derecho de sufragio universal* a los varones desde los 20 años, y la correspondiente disposición sobre *elección directa*: la llamada *ley del olvido*, que ponía un paréntesis en las persecuciones iniciadas el año 10; el *tratado del cuadrilátero*, o sea el acuerdo entre Buenos Aires, Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos; la *abolición del Cabildo*, con el objeto de impedir su constante beligerancia cívica; y la contratación de un *empréstito de tres millones de libras en Londres*, para lo cual, como garantía, se dictó la *ley de la Enfiteusis*, según la cual quedaba prohibido enajenar tierras del Estado, prenda de aquel préstamo, y se obligaba a mantenerlas en actividad. En otro terreno, y ello motivó vigorosas protestas, *se abolió el fuero eclesiástico* y el *derecho al cobro del diezmo*. No obstante que en esta medida contó con la cooperación de algunos emigrantes eclesiásticos como el Deán Funes, no faltaron quienes aprovecharan la coyuntura para lanzarse a una conspiración, que dirigió *Tagle*. Rivadavia, además, en su afán de ponerse en contacto con todas las capas sociales, de justificar personalmente sus medidas y de impulsar la cultura, hacía in-

tensa vida de salón, en casa de doña Mariquita Sánchez de Mendeville, esposa del cónsul francés, salón célebre por la resonancia que sus debates tuvieron en la vida pública del país. El año de 1821, dando un paso importantísimo en pro del fomento de la instrucción, *se fundó la Universidad de Buenos Aires*. El 22, empezaba a funcionar la *Sociedad Literaria*, de que formaban parte los más eminentes intelectuales de la ciudad y de la época.

540 — *La Presidencia de la República.*

A Martín Rodríguez lo sucedió *Las Heras* (1824), en cuyo período el Congreso constituyente dictó la *ley fundamental* de la República (diciembre de 1824) con lo cual el Estado entró en un período de organización, para lo que se estableció un *Poder Ejecutivo pleno*, con un *Presidente de la República* a su cabeza: *Bernardino Rivadavia* resultó electo para aquel cargo (1826). Fué, en consecuencia, el *primer Presidente de la República argentina*. Al mismo tiempo, la ley había mandado que *Buenos Aires* fuese la *capital de la nación federalizada*, lo cual provocó resistencia entre los propios porteños, mientras las provincias se negaban a aceptar la tendencia de la Constitución del 26. Al mismo tiempo que el general *La Madrid* se alzaba contra el gobierno central, las *tropas brasileñas* invadían la Provincia Oriental y estallaba la guerra con el vecino país.

541.— *Guerra con el Brasil.—  
Otros arreglos internacionales.*

La vida internacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata había pasado ya, pese a su juventud, por diversas vicisitudes. Las principales habían sido los tratados a que se llegó con *Chile*, en 1819, a fin de cooperar a la campaña de liberación del Perú; con *Colombia*, en 1823, para defender mutuamente la independencia ganada, y en 1826 con los demás Estados sudamericanos con idéntico fin. En 1825, *Inglaterra* había reconocido amplísimamente la emancipación de las Provincias del Plata y había celebrado un pacto con ellas.

La *guerra con el Brasil* encontraba al gobierno minado por dentro pero fuerte en el exterior. Si no es por esto úl-

timo, mala habría sido la cuenta que Argentina diera de aquel conflicto.

Ya los brasileños tenían demostrado, según se ha visto, su voracidad con respecto a la provincia Cisplatina. Artigas luchó contra ellos duramente, y sufrió, sin mengua para su decoro, pero sí para su porvenir, la derrota de *Tacuarembó* (1820), una de las causas determinantes de su emigración.

En 1825, la actitud de los uruguayos correspondió plenamente al ejemplo de Artigas. Los célebres 33 *orientales* de la fama, con *Lavalleja* a la cabeza, salieron entonces de Buenos Aires y se dirigieron resueltos a oponerse a la invasión, hasta la Banda Oriental. No tardó en declararse la guerra, que no duró felizmente mucho. No obstante la merma que sufrían los ejércitos del Plata con las disensiones intestinas, en *Ituzaingó* las huestes del *marqués de Barbacena* sufrieron tan rudo revés que se hizo posible la paz, no obstante la anterior terquedad del gobierno de Río. Rivadavia, Presidente de la República entonces, envió un plenipotenciario a negociar la paz, pero éste se excedió en sus funciones y convino en reconocer que Brasil tenía derecho a poseer la Provincia Oriental.

#### 542.—*Independencia del Uruguay.*

Ante la gríta de los ciudadanos, del Congreso, de sus enemigos y de sus amigos, Rivadavia, que compartía el sentimiento de protesta, desautorizó al plenipotenciario.

*El Tratado de Río de Janeiro* se firmó sobre la base del retiro de las tropas brasileñas y del reconocimiento de la *Independencia del Uruguay* o *República Oriental* (febrero de 1827), la que no tuvo efectiva ratificación hasta el 18 de junio de 1830, en que se dictó la primera *Constitución* uruguaya y se eligió como su primer Presidente a Fructuoso Rivera. Artigas seguía en la proscrición: no quiso volver cuando le invitaron a hacerlo. No deseaba turbar con su presencia la paz que anhelaba reinara en su patria recién emancipada según su viejo anhelo.

#### 543.—*Renuncia de Rivadavia. — En plena anarquía. — Ejecución de Dorrego.*

Pocas semanas después de logrado aquel triunfo, *Rivadavia renunciaba la Presidencia de la República*. No había

durado sino un año. En su lugar quedó encargado del poder, interinamente, el prócer don *Vicente López*. Pero la anarquía continuaba haciendo estragos en el Río de la Plata.

López convocó en seguida a la legislatura de Buenos Aires (1828), la cual designó como *governador de la provincia* al coronel *Dorrego*. En esos días se ratificó definitivamente el *Tratado de Paz con el Brasil*. Pero, apaciguado el peligro exterior, la fiereza de los caudillos, con su sentido parroquial, lugareño y tumultuoso de la democracia, no tuvo trabas y se desbordó sobre el país. Cundieron los motines, las montoneras, por fútiles motivos. Libertad era la consigna, pero contra ella se conspiraba más que nunca.

Se subleva el general *Juan Lavalle*. *Dorrego* sale a combatirlo, uniéndose para ese objeto con el comandante *Rosas*, *Lavalle* apresa a *Dorrego*, y, sin proceso alguno, lo manda fusilar (13 de diciembre de 1828). Puede decirse que en ese día nació la tiranía de *Rosas*, que absorbió esa lección y se propuso vengar a su jefe y amigo.

La actitud de *Lavalle* concitó contra él generales protestas. De casi todas las provincias surgieron movimientos condenatorios. *Rosas* entre ellos. *Lavalle* se volvió el blanco de una activa y ruda guerra. *Facundo Quiroga*, uno de los más feroces y populares caudillos, se sublevó en La Rioja, su lugar nativo. El país ardía en guerrillas, en desorden, en pasiones hirvientes y lugareñas. En tales circunstancias, *Rosas* pudo, al fin, toparse con *Lavalle* y lo venció decisivamente (1829). El 8 de diciembre de aquel mismo año, después de tres meses de interinato de *Viamonte*, el nuevo sol de la campaña, *Juan Manuel de Rosas*, era reconocido como *Gobernador de Buenos Aires*.

544.—*Juan Manuel de Rosas, Gobernador.*

*Rosas*, nacido en 1793, era un hombre duro, firme, de modales suaves, de facciones casi femeninas, delgado de labios, frío de ojos y alma, imperioso y tenaz. Adolescente tomó parte en la Reconquista contra los ingleses, el año 6, y luego presenció, con sus propios ojos, la ejecución de *Alzaga*. Muy joven quiso forjarse una fortuna con su propio esfuerzo. En 1815 era ya un conspicuo negociante en carnes saladas. Pero, su actuación política no comenzó hasta 1820. Conocedor profundo de la campaña, de sus pobladores, sabía manejar a los gauchos, al par que no ignoraba las tretas para dominar a la gente de la ciudad. Sin la muerte de *Do-*



rrego tal vez no habría acendrado tanto en su espíritu el concepto de la represión, según algunos historiadores, pero la curva de su vida parece demostrar que estaba llamado, como intérprete de un medio rioso y turbulento, a ser rioso y ordenadamente turbulento — aunque parezca paradoja —, como aquél.

De entrada, se le enfrentó la anarquía en sus peores manifestaciones. Paz, unitario de conveniencia y corazón, se trabó con Quiroga, federalista recalcitrante y bárbaro. El caudillo Villafañe, también federalista, peleaba por su cuenta. El Litoral se pronunció contra Paz, mediante el pacto de 1831. Rosas y Estanislao López (de Santa Fe) combatían por los federados. El bravo general Paz, cosas de esas guerras que hoy son de opereta y ayer de mitología, cae preso en una encrucijada que provoca risa, si no diera lástima. Sobre la pampa argentina galopan los caballos del novelesco insurgente La Madrid, a quien derrota Facundo Quiroga, el «tigre de los llanos». Como en toda alegoría, el vencedor dirige sus pasos a la urbe, a solazarse con la admiración que su paso despierte. Facundo llega a Buenos Aires.

#### 545. — *Rosas y Quiroga.*

El «tigre de los llanos» saborea — símbolo del caudillismo campero — la seducción de la urbe en progreso. Y ahí está, mandando en ella, y desde ella, sobre el resto del país, otro que fuera, como él, hombre de campaña: Juan Manuel de Rosas.

Este ha recibido facultades extraordinarias, lo que lo convierte en el amo indiscutido. Uno de sus primeros actos será tributar solemnes funerales al sacrificado de Lavalle, a Dorrego. Sobre su tumba, el gobernador deja caer palabras promisoras: «*Dorrego, víctima ilustre de las disensiones civiles, descanza en paz*». Y empieza a cumplir su promesa.

Facundo ve que Rosas es popular. Ese año 31 marca, acaso, el cenit del vigor cívico de don Juan Manuel. Le vitorean ciudadanos y campañeros, blancos, mestizos y negros. Y fiel a su plan de acabar con las disensiones civiles que victimaron a Dorrego, proyecta la *campana del desierto* para extinguir los malones de indios, y pide ayuda a Chile, y a los caudillos Estanislao López y Facundo Quiroga. Pero el gobierno de Chile, abocado a tremendas discordias internas, se excusa, y Quiroga no quiere secundarlo. Sin embargo,

Rosas lleva a cabo su propósito, y triunfa. La guerra contra el indio ha sido un malón de blancos y mestizos, con kepis y vincha. Un tendal de muertos rubrica el temible triunfo de don Juan Manuel.

Mientras él combate, ha quedado de gobernador *Ealcarce*, a quien voltea un motín popular. De noviembre del 33 a junio del 34, ocupa interinamente la gobernación *Viamonte*. Son los años en que el Perú atraviesa también espantosa anarquía, y en que Chile trata de combatir la propia bajo la mano férrea del ministro Portales.

Regresa el vencedor, y la capital le unge *gobernador y capitán general* en junio del 34. Pero, don Juan Manuel tiene sus miras, y se niega. Cuatro veces consecutivas rechaza el honor que se le ratifica. Entonces eligen a Anchorena, y lo tumban, y ascienden a otros dos más, y hasta gobierna fúgadamente también Vicente Maza.

Ocurre en eso un suceso que conmueve a la República y precipita los acontecimientos: los hermanos Reinafe urden un complot contra Facundo Quiroga, en Córdoba. Los *Reinafe* son caudillos provinciales, gente de influencia e inescrupulosa. Valiéndose del criminal *Santos Pérez*, asaltan el birlocho en que Facundo camina por *Barranca-Yaco*, y matan hasta al chiquillo que le sirve. Negro drama ése del 18 de febrero de 1835, en el cual se encienden la omnipotencia de Rosas y la inspiración de *Domingo Faustino Sarmiento* que, siete años más tarde, lanza el más vigoroso libro de interpretación social argentina: «*Facundo*». Los *Reinafe* y *Santos Pérez* son ejecutados. Pero, la murmuración señala a Rosas como instigador oculto del delito.

Como quiera que sea, es él quien recoge los frutos. El 7 de febrero de 1835 recibe el poder, y el 13 de abril resulta prácticamente un tirano; tal es el cúmulo de prerrogativas que se le disciernen. Desde entonces hasta 1852, es decir, durante 17 años consecutivos, sin contar los de influencia indirecta, la voluntad de Rosas impera sin contrapeso en el país.

#### 546. — *La tiranía de Rosas.*

Pocos regímenes han recibido mayores invectivas. Hoy, como reacción contra ello, se inicia un proceso de revisión, pero en exceso exagerado. «Monstruo sanguinario» es la figura con que se nos presenta Rosas, y realmente espanta por su fiereza y porque coartó toda posible libertad individual. Pero, de otro lado, no fueron mucho menos crueles

algunos de sus adversarios como Lavalle, y hay que abonar en su haber su actitud de resistencia contra la amenaza extranjera, y el sufragio de San Martín con tal motivo.

Bueno será, además, considerar que el absolutismo se había puesto en boga no sólo en Europa, sino también en América. *Santa Cruz*, en el Perú, pretendía restaurar una especie de monarquía sin herencia y sin abolengo, y Portales en Chile arrasaba violentamente todo conato de resistencia. Páez imponía su voluntad de acero en Venezuela. El doctor Francia y luego Carlos López atraían la atención europea con su régimen impenetrable. Nada de esto exculpa las crueldades de Rosas, pero la historia no es un tribunal político sino un proceso genético en el cual no hay ángeles absolutos ni demonios definitivos. Hecha por los hombres, el claroscuro es su ley y su destino.

Rosas, tirano ya (no dictador, sino tirano), adorado por la chusma porteña, ídolo de los negros, *cuyo tráfico declara abolido*, adelantándose con mucho a otros países, impone su ley por la fuerza. Por una parte *declara sin vigencia la ley de confiscación*, pero, por otra, él no confisca bienes, sino libertades y vidas. *Defiende al negro*, pero, sin que sea antagonismo o antípoda, sino medida nada liberal, *restablece la Compañía de Jesús*, expulsada desde el virreinato. La disciplina y el sigilo jesuíticos le atraen; en el fondo son parte de su método. Se explica, de consiguiente, la medida. Sabe que el patriciado virreinal y deciañista está desbecho por las pendencias intestinas, y lo enfrenta al pueblo en sus expresiones más primitivas. Desde el 33, bajo Balcarce, funciona un organismo temible, la *Mazorca*, a la que él confía su defensa. Impone la divisa punzó y hasta es fama que hizo pintar las puertas de colorado. No admitió oposición alguna. Se deshizo de sus adversarios sin contemplaciones. El año 39 desbarató cruelmente la conspiración de Lavalle y tuvo el goce de saber que el matador de su amigo Dorrego desaparecía del escenario de la vida el año 41. No trepidó en perseguir sañudamente a los jóvenes idealistas de la *Asociación de Mayo*, soñadores, prendados del porvenir de la patria. Su juventud y su inteligencia no les sirvieron de nada. El que no pudo escapar, pereció bajo el cuchillo mazorquero. Contra él se mellaron los ímpetus de la conspiración de Maza, y los del bravo Paz. Y *Urquiza* hubo de buscar apoyo extranjero para enfrentársele.

547.—*Los proscritos.*

La inteligencia argentina, proscrita, daba sus mejores frutos en el exterior. *Sarmiento*, en Chile, producía páginas inmortales. *Echeverría* lanzaba su «*Dogma socialista*» desde Montevideo, después de haber compuesto, iluso, «*La Cautiva*», al regresar de Europa. *Mármol* era el poeta peregrino. *Juan María Gutiérrez* espigaba en otras literaturas, ensayando su vuelo crítico. *Mitre* ejercía periodismo y patriocidio en la historia en Chile. *Vicente Fidel López* despertaba el romanticismo chileno; imposibilitado de desarrollarlo en su patria. *Alberdi* meditaba ya los principios de sus «*Bases*» también al otro lado de la Cordillera. Rosas no respetaba aquello; y cuando un poeta como Varela se empinaba demasiado sobre su odio, le abatía, según es fama, por medio del puñal de un sicario.

548.—*El nacionalismo rosista.*

En cambio de este silencio intelectual, apenas alumbrado por el italiano *Angelis*, Rosas demostró un *nacionalismo* rabioso e insolente. Declaró *la guerra a Bolivia* (1837), para deshacer la Confederación Peruano-boliviana.

Las represalias cometidas contra los europeos, en los días de la anarquía, exacerbaron la insolencia de éstos, y, creyendo intimidar al gobierno argentino, plantearon — *Francia e Inglaterra* — reclamaciones exorbitantes, en términos descomedidos. Los adversarios de Rosas apoyaron a los franceses que bloquearon el Río de la Plata y los puertos argentinos, y tomaron la isla de Martín García.

Muchos cargos pesan sobre Rosas, sombrío tirano en verdad, pero no el de someterse a la arbitrariedad extranjera. Los documentos exhumados ahora así lo prueban; la famosa carta de San Martín a Rosas, ofreciéndole su espada en tal coyuntura, para pelear contra el invasor galo, lo ratifica. Desde luego, en la contraposición de los conceptos «libertad» y «tiranía», así como democracia y totalitarismo hoy día, los prejuicios nacionales pierden gran parte de su vigencia. Se vió en el caso de los peruanos que apoyaron las expediciones chilenas de Blanco Encalada y Bulnes contra la Confederación, y, por no citar otros, en el de los argentinos que se pusieron del lado de los franceses con el ánimo de derribar a Rosas, así como más tarde, en el juego de



pasiones y conveniencias, habría mexicanos que apoyarían intereses extranjeros en semejantes circunstancias, con miras a objetivos interiores. A Sarmiento mismo se le acusó de que favorecía y hasta despertó la atención del gobierno de Chile sobre la Patagonia, aunque ello, por más que se empeñen sus opositores, no amengua su talla de estadista, típicamente argentino.

#### 549.—*Las Malvinas.*

En el mes de diciembre de 1831, un buque norteamericano de guerra había atropellado a las autoridades argentinas que vigilaban en las islas de *las Malvinas* (o Falkland, según las llaman los ingleses) para impedir que se pescaran ahí ballenas. Como el agente diplomático de los Estados Unidos se negara a dar las explicaciones que le exigió el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, se vió obligado a abandonar el país.

Un año después, en *enero de 1833*, una corbeta *británica* desembarcó su tripulación en dichas islas, a fin de «*obrar en aquel paraje como en una posesión dependiente de la Gran Bretaña*». Rosas protestó por medio de Manuel Moreno (hermano de Mariano), a la sazón ministro argentino en Londres, pero no se le escuchó. Argentina tenía adquiridas esas islas legítimamente y había constituido autoridades en ellas, no estando, por tanto, desocupadas, como argüían los ingleses, que desde entonces las retienen en su poder, manteniendo abierta una profunda herida en la soberanía y el pundonor nacionales de Argentina.

Ya en 1774 había surgido una cuestión al respecto entre España (entonces metrópoli) e Inglaterra, pero ese año quedó zanjada.

Inglaterra argüía, sin pruebas, que ellos habían descubierto las islas Falkland (es decir, Malvinas) en tiempos casi de Colón, atribuyendo el descubrimiento a *Sebald de Weert*, quien las habría visto por primera vez en 1598, yendo a bordo de su navío «*Geloof*». Las islas se llamaron *Sebal-dinas* en homenaje a aquel remoto navegante *holandés* — no británico — que no llegó a desembarcar en ellas.

Aquel hecho y las pretensiones francesas sobre Martín García y otros puntos, durante la guerra contra Rosas, son los síntomas más acusados del resurgimiento del imperialismo europeo sobre América, en esta etapa. Pero el cautiverio de las Malvinas perdura hasta el presente.

550.—*Urquiza y el*  
*«Ejército Grande».*

La vecindad de Montevideo dió a esta ciudad especial beligerancia en la política argentina de entonces. El año 30 había sido aprobada la primera Constitución y electo el primer presidente uruguayo. *Oribe sucedió* a aquél, que fué *Rivera*, y éste, tratando de derribar a su sucesor, se alió a los unitarios argentinos, mientras que *Oribe* se juntaba a *Rosas*. Estalló la guerra civil: Montevideo, llamada entonces la *Nueva Troya* por el largo asedio que hubo de soportar, estuvo durante diez años sitiada por *Oribe* y *Rosas* (1841-1851). Dentro de sus muros los antirrosistas tuvieron amparo, pero no siempre seguridad, como se demostró con el asesinato de *Florencio Varela*.

El Paraguay, gobernado por el doctor *Francia* hasta 1840, y luego por *Carlos López*, se declaró en contra de *Rosas*, dándose el caso de dos tiranos adversos, a pesar de su identidad doctrinaria, por discrepancia nacional, de fronteras. En fin los franceses acabaron pactando con *Rosas* y retirándose de la isla *Martín García* (1840). Los ingleses siguieron igual camino. Pero, a partir del año 45, en que la bandera de la resistencia nacional perdió su vigencia, se debilitó el poder de *Rosas*. Su dilatado gobierno era ya un enemigo eficaz de sí mismo. Comprendiéndolo así, *Justo José Urquiza* reunió a todos los enemigos, llamó a los proscritos de todas partes y desde Uruguay lanzó su célebre pronunciamiento antirrosista el 1.º de marzo del 51. El 29 lograba constituir un pacto de alianza entre *Uruguay*, *Entre Ríos*, *Corrientes* y *Brasil*. Dos Estados extranjeros y vecinos y dos provincias de la Federación se arrojaban contra el tirano en defensa de «los inmundos, salvajes, asquerosos unitarios», como decía el pregón de los serenos rosistas.

La suerte estaba echada. El «*Ejército Grande*», como se llamó a aquél, constaba de millares de soldados brasileños, orientales, correntinos, entrerrianos, etc. Una verdadera conjunción. De *Chile*, pasó de nuevo los Andes, *Sarmiento*, el periodista vigoroso, el visionario potente, para convertirse en boletínero de aquellas huestes. La escuadra brasileña se instaló en el *Paraná* a fin de permitir que lo pasaran las tropas aliadas que comandaba *Urquiza*. Fué una breve campaña, sin mucha gloria, pero con positivos resultados. El 3 de febrero de 1852, en *Monte Caseros*, a las puertas mismas de Buenos Aires, el ejército del tirano se desbandaba

ante sus adversarios. Rosas, ligeramente herido en una mano, dimitió ante la representación nacional, y se embarcó, protegido por los ingleses, hacia Southampton, donde pasó tranquilamente sus últimos años, que fueron nada menos que veinticinco, escribiendo sus memorias, acompañado por su hija Manuelita, que fué su compañera leal, como lo fué Mercedes de San Martín.

Alberdi, uno de los grandes proscritos, lo visitó en aquel lugar el año 57 y publicó una importante semblanza al respecto. En fin, en 1877, cubierto de silencio, de odio y de vejamen, murió Juan Manuel de Rosas, sobre cuyo paso por la historia argentina queda todavía mucho que decir.

## LA FORMACION DEL URUGUAY

### 551.—*Nacimiento de la República.*

Uruguay nació del fragor de la guerra entre el Brasil y las Provincias Unidas del Plata, que se disputaban la posesión de la *Banda Oriental*. Aquello ocurrió el año 27 y fué lo más que pudo obtener Rivadavia de la arrogancia imperial brasileña. *Artigas* también había querido la autonomía absoluta de su patria, pero pudieron más las conspiraciones de Buenos Aires, la anarquía de sus conterráneos y la corrupción y la violencia maridadas de Brasil sobre Uruguay. Desde su voluntario retiro, en la entraña del Paraguay, bajo el ojo vigilante del doctor Francia, el prócer consideraba desvelado las vicisitudes de su terruño. En fin, el 18 de julio de 1830, la Banda Oriental forjó su primera Constitución y, poco después, su primer Presidente, en *Fructuoso Rivera*, a quien entregó el poder el gobernador *Lavalleja*. «Don Frutos», como llamaban los paisanos a Rivera, tenía bien ganado su galardón.

Pero, nadie se estaba quieto en aquellos días, carentes del concepto de responsabilidad civil. *Lavalleja* fué de los primeros en levantarse contra Rivera. Numerosos motines más salpicaron los cuatro duros años en que el caudillo debió sujetarse, con férrea mano, a la montura presidencial. Y no sólo eso, sino que hubo de encararse a los muchos *españoles* del país, que reclamaban indemnizaciones por la pasada guerra, en la que, cual más cual menos, todos dejaron un jirón en la contienda.

552.—*Oribe y Rivera.*  
—*Blancos y colorados.*

Al terminar el período de *Rivera*, ya en vísperas de que Rosas, en la otra banda, asumiera la plenitud del poder, la legislatura, que era la electora, designó, como su sucesor, al general *Manuel Oribe*, quien tuvo a su lado como comandante general de la campaña, al astuto don «Frutos». Era un modo de conservar éste su influencia, y *Oribe* lo entendió tan bien, que en cuanto halló oportunidad, se deshizo de su antecesor, suprimiendo la comandancia, por lo que *Rivera* se lanzó a combatirlo.

El Uruguay servía, sin quererlo, de teatro a diversos intereses, la mayoría de ellos extranjeros. Los más próximos, por cierto, los argentinos, entraron sin tardanza a jugarse a fondo. Y desde ese punto, es decir, apenas iniciada la República, la población uruguaya tomó partido, o con los *colorados* de *Rivera*, o con los *blancos* de *Oribe*.

Montevideo se hallaba repleto de *proscritos argentinos*. El general *Lavalle*, uno de los principales, reunió un verdadero ejército y se plegó a *Rivera*, mientras *Oribe* recibía el refuerzo de *Lavalleja*, antiguo émulo y adversario de «don Frutos». Rosas, que dejaba caer su dura mano donde hubiera un «inmundo unitario», se puso al lado de *Oribe*, de suerte que la lucha tomó un carácter *regional*, antes que nacional, y luego, cuando intervinieron los *franceses* e *ingleses*, su acento fué ya internacional.

#### 553 — *Intervención de Rosas.*

Primero, *Rivera* sufrió la derrota de *Carpintería*, pero se desquitó en el *Palmar*. *Oribe*, agobiado por aquello, renunció el mando en 1838. Pero, *Rosas* se negó a reconocer su dimisión y prosiguió la guerra por su cuenta, como si él fuese parte de la lucha uruguaya. La razón escolástica de tal insistencia es que a *Oribe* le faltaban *cuatro meses* para terminar su período, y por tanto continuaba siendo Presidente. La elasticidad de *Rosas* estiró esos cuatro meses por *trece años*, pues siguió peleando contra Montevideo hasta 1851, proclamando siempre como único Presidente legal al renunciante *Oribe*.

«Don Frutos» tornó a la Presidencia en 1839, pese al desconocimiento de *Rosas*. Este apoyó la expedición de los generales uruguayos *Eugenio Garzón*, *Lavalleja* y *Gómez*



contra Rivera, quien los venció en *Cagancha*. Entusiasmado con aquello, el año 42 «don Frutos» llevó la ofensiva contra Rosas hasta el extremo de encabezar una alianza en la que participaban *López*, Gobernador de *Santa Fe*, *Paz*, de *Entre Ríos*, y *Ferrer*, de *Corrientes*. Las tropas federales se batieron bravamente, triunfaron en *Arroyo Grande* y se lanzaron al sitio de Montevideo. La estrella de Rosas brillaba muy alto aun.

554. — *La «Nueva Troya»*. — *Guerra diplomática anglofrancesa*.

El país era muy pequeño. Con apenas 200.000 habitantes, tenía una capita: de 40.000 (1840). Los azares de la guerra obligaron a que se dictara la *libertad de los esclavos*. Previendo un ataque a fondo de Rosas contra Montevideo, las escuadras *francesa* e *inglesa*, de común acuerdo, le prohibieron bombardear la plaza (1845). Se constituyeron *legiones extranjeras* para la defensa de la ciudad. Una de ellas, la italiana, tenía por jefe a *Giuseppe Garibaldi*. Francia e Inglaterra desataron su ofensiva económica contra Rosas, según se ha visto. Francia, en especial, secundaba a *Rivera*, quien, como un a:arde de fuerza y como contraste con el régimen de Rosas, osó mantener la *libertad de prensa*, sin traba alguna, en su territorio, en tanto que la Argentina gemía bajo el peso del silencio tiránico de su caudillo.

La guerra, que consumió la primera parte de la historia republicana uruguaya, se hacía en dos campos: el de la pelea misma y el del debate diplomático. Palmariamente se advertía el interés de franceses e ingleses por aquella zona, a la que habían intentado dominar desde los tiempos del coloniaje hispano. Para lo primero, hubo desembarcos y ocupaciones, en la isla *Martín García*, después evacuada; pero en cuanto a lo segundo, el relato se complica un poco más.

En 1845, los plenipotenciarios *Ouseley*, británico, y *Defaudis*, francés, pretendieron que Rosas evacuara la Banda Oriental y levantara el sitio de Montevideo; el rechazo de Rosas provocó la ocupación de la isla de Martín García. Un año después, el ex cónsul *Hood* vino de Inglaterra a obtener la paz, mas consiguió apenas una tregua. En 1847 encañaron los esfuerzos de los enviados *Howden* (británico) y *Waleski* (francés); en el 48, los de *Core* y *Gros*, respectivamente de las mencionadas nacionalidades. Finalmente el *almirante La Predour* consiguió concertar un arreglo honroso y zanjar las dificultades principales.

Pero, los aliados de los unitarios no eran menos exigentes. *Brasil* vendió cara su neutralidad al comienzo, y negoció hábilmente su apoyo posterior contra Rosas. El gobierno de «la Defensa» se vió en el caso de reconocer *privilegios económicos* y de *navegación* en favor de aquel país, a cambio de lo cual influyó en la derrota de Oribe y el desbande de sus huestes.

De esta guisa transcurrieron aquellos primeros años de vida republicana uruguaya. Incrustada la república en el eje de dos grandes naciones, hubo de sufrir las consecuencias de tal posición. La lucha de Rosas y contra Rosas fué una lucha nacional del Uruguay. Por curiosa coincidencia, en 1850, mientras *Artigas*, anciano y desengañado, agonizaba en el Paraguay, siempre pensando en su patria, por la que sacrificó su vida entera, en Uruguay se iniciaba el movimiento que iba a dar por tierra con Rosas y afianzar definitivamente la libertad del país.

Las dianas de *Caseros*, en 1852, significaron para la Banda Oriental su emancipación definitiva, su patente de República efectivamente libre y dueña de sus destinos.

## PARAGUAY: DEL ENCLAUSTRAMIENTO TIRANICO AL LIBERALISMO FORMAL

555.—*La soledad paraguaya.*

«*Miembro atrofiado de la Argentina*», solía llamar al Paraguay un notable político y escritor argentino. Cáustica frase. Pero, el Paraguay, a pesar de ello, a pesar de que por su posición mediterránea depende, en mucho, de sus vecinos dueños del tránsito fluvial, mantuvo, durante el coloniaje, su personalidad acorazada por la censura jesuítica, en el legendario Misiones, y, después, apenas proclamada su independencia, se encerró en el mutismo impenetrable, ya no jesuítico, sino al revés, *anticatólico*, que le impuso el doctor *Gaspar Rodríguez de Francia*.

No es posible hablar del Paraguay de entonces sin detenernos en su presidente y tirano.

556.—*Gaspar Rodríguez de Francia.*

No bien producida la independencia paraguaya, después de rechazar la expedición argentina enviada por la Junta de Buenos Aires, se constituyó un gobierno diunviral con *Francia* y don *José Antonio Valeriano Zeballos*. En seguida este gobierno se convirtió en un triunvirato bajo la presidencia de don *Fulgencio Yegas*. El Dr. *Francia* siguiendo enseñanzas difundidas en todas partes y todos los tiempos, se hizo el descontentadizo y se apartó del gobierno, para volver como *cónsul*, denunciando, bien a las claras, imitación napoleónica en el título y el procedimiento. Entre 1811 y 1816 fué *Primer Cónsul*. Después de 1816 hasta su muerte, en 1840, fué nada más y nada menos que «*El Supremo*».

Recelaba el Dr. *Francia* del exterior y del propio interior del país. Rechazó en 1825 la invitación de Bolívar a participar en el Congreso anfictiónico de *Panamá*. Retuvo, durante ocho años, en una especie de confinación, en el Paraguay, al sabio *Bonpland*. Descargó sobre *Artigas*, según su humor, severidades o benevolencias. Llegó a prohibir que la gente se asomara a sus casas cuando él pasaba. Persiguió a la Iglesia católica, tratando así de vengarse de su tiranía durante el coloniaje, y favoreció una iglesia nacional. Desde luego, hay en la pintura del gobierno del doctor *Francia* (creador del nacionalismo paraguayo) que corre por el mundo, mucho de pasión interesada. Los historiadores católicos y los argentinos lo han atacado sin tregua. *Carlyle*, sin embargo, halló motivos de admiración para el hombre. Un escritor paraguayo, resaltante por sus estudios acerca de su patria, *Natalicio González*, dice en uno de sus libros:

«Rodeado de peligros exteriores, viendo rugir en torno las tempestades políticas que difundían en el Nuevo Mundo peligrosos gérmenes de disolución, el Paraguay, bajo la dictadura de *Francia*, se repliega sobre sí mismo y contempla el desgarramiento de los pueblos circundantes desde un altivo aislamiento. Muchos escritores han querido encontrar rasgos comunes entre el régimen de los jesuitas y el régimen del doctor *Francia*. En efecto, ahondando el análisis puede trazarse un paralelo fecundo en rasgos coincidentes, nacidos no de una imitación deliberada de un modelo antiguo, sino de este hecho cierto: la obra de los jesuitas, como obreros que realizaron un esfuerzo feliz y admirable para desenvolver los valores de la cultura autóctona uruguaya. Hombres como don Juan Vicente Estigarribia eran continuadores brillantes de la medicina misionera y muchas instituciones jesuíticas reviven con fuerza dentro del nuevo Estado paraguayo. Pero aquí terminan las coincidencias. Porque la dictadura francista no podía tolerar, en el orden religioso, ni en ningún otro or-

den, el menor conato de divergencia con los fines nacionales; y no lo toleró, en efecto, Francia no sólo suprimió las castas aristocráticas para fundar la democracia paraguaya, explotando hábilmente el profundo sentido igualitario de su pueblo, *sino que se declaró jefe de la Iglesia* y resolvió para siempre el problema religioso a base de la supremacía absoluta del Estado. En cuanto a su política de aislamiento, no obedece a ningún remedo del régimen misionero, como quieren observadores superficiales, sino que nació de la naturaleza misma de las cosas. Acaso nada arroje tanta luz sobre ella como estas palabras de un geógrafo de pensamiento inquisitivo y penetrante: «Una civilización puede sacar ventaja de un vivir aislado, estrecho, protegido. Hay casos en que es el extremo aislamiento, el alejamiento de las rutas, la inaccesibilidad lo que constituye para los pueblos o sociedades una ventaja positiva de que se aprovechan» (Natalicio González, «*El Paraguay Eterno*», Asunción, 1935, p. 46-48).

Como quiera que fuese — y discrepamos en varios puntos de lo anteriormente transcrito —, lo cierto es que ese aislamiento, tal vez fecundo en algunos casos, no lo fué en cuanto al Paraguay se refiere, y que esa democratización por el absolutismo cesarista condujo a la autocracia, como se vio más tarde.

Muerto Francia en 1840, asumió el gobierno una dualidad compuesta por *Mariano Roque Alfonso* y el doctor *Carlos Antonio López*. Cuatro años después, López era Presidente de la República. Su poder no se extinguiría hasta casi veinte años después, 1862, en que le sucedió su hijo, Francisco Solano López.

*Juan Manuel de Rosas*, desde Buenos Aires, hostilizó al gobierno paraguayo, a raíz de que éste pactó con la insurrecta Provincia de *Corrientes*. Paraguay ratificó su independencia el 25 de noviembre de 1842, revelando su voluntad de ser. En 1844, los *Cónsules* aprobaron la nueva constitución que erigía tres poderes y creaba la Presidencia de la República que asumió C. A. López, de quien ya hablamos. En 1852, Paraguay se hallaba, como todos los ribereños del Plata y el Paraná, en guerra contra Rosas y tratando de resolver los problemas referentes a la *libre navegación fluvial*, indispensable para su auténtica autonomía.

## BRASIL: UNA MONARQUIA DEMOCRATICA

### 557 — *La primera guerra brasileña.*

No bien proclamada la independencia con el grito de *Ipiranga* (1822), se presentó un problema al incipiente Imperio: el de fijar su frontera del Sur. Ese problema compor-



taba una especie de acicate y liberación para el sentimiento público encarnizadamente entregado a los debates políticos. Además implicaba revalidar las viejas discusiones de portugueses y españoles, acerca del territorio de la Banda Oriental. El flamante Imperio se propuso anexarlo y así lo hizo en 1821. Ocupó Montevideo aprovechando de las disensiones intestinas. En 1823 la «Provincia Cisplatina» designaba dos diputados al Congreso de Río de Janeiro. Pero la intervención de los «33 orientales» hábilmente incitados por las Provincias Unidas del Plata, provocó una nueva situación. Brasil expresó su voluntad de seguir en sus propósitos no obstante la resistencia que la idea hallaba en *Río Grande del Sur*, la zona más amenazada por la guerra. *Fructuoso Rivera*, como se sabe, abandonó a sus ex aliados brasileños y se puso de parte de sus compatriotas. En *Sarandí* obtuvieron las tropas orientales un triunfo memorable, apoyadas por los argentinos. Brasil envió su escuadra a bloquear a Buenos Aires. El ejército argentino, al mando del general *Alvear*, se lanzó sobre el brasileño que comandaba el *Marqués de Barbacena*. El propio Emperador Pedro I acudió a la zona de guerra para animar a sus hombres, en vista del descontento de los de Río Grande del Sur. Pero, la muerte de la emperatriz lo obligó a volverse a Río de Janeiro. *Barbacena* hubo de aceptar batalla en el Paso de Rosario, en el lugar llamado *Ituzaingó*, donde fué vencido gracias a la superioridad de la caballería de *Alvear* (1827, 20 de febrero).

A consecuencia de ese lance se pactó la independencia uruguaya (25 agosto de 1828). Pero, el tratado entre las Provincias Unidas del Plata y el Imperio brasileño tuvo dificultades, lo que motivó la intervención de ingleses y franceses, so pretexto de exigir indemnización para aquellos de sus súbditos que habían experimentado perjuicios durante la contienda. El representante diplomático de Inglaterra, *Lord Ponsonby*, fué perentorio en insistir sobre la necesidad de que dicho pacto se perfeccionase. Buenos Aires, que se rebeló contra la primitiva forma de arreglo, en tiempo de *Rivadavia*, hubo de someterse entonces a la exigencia de dejar que la Banda Oriental constituyese un Estado independiente.

Cuando, en 1830, se dictó la primera Constitución uruguaya, prácticamente Pedro I era ya un soberano caído. Su abdicación poco después de aquello lo demostró con toda claridad.

558.—*Tendencias políticas en pugna bajo el gobierno de Pedro I.*

El gobierno de Pedro I había seguido un rumbo zigzagueante, y ello provocó su rápido descrédito. Aparte de la actitud injusta que adoptó con *José Bonifacio* a raíz del rumbo liberal que tomaba la Asamblea de 1823, luego se dejó influenciar por elementos aristocráticos portugueses, por los «marqueses», como ahí se decía, sin reparar que en su pueblo fermentaba una aguda agitación de tipo federal, liberal y de origen masónico. La *Constitución de 1824*, de tipo francés, cometió el error de proclamar al Brasil, país de tan vasta extensión, como un Estado unitario, contrariando sus necesidades geográficas y los clamores de la población. Además, siguiendo a *Benjamín Constant*, adoptó la tesis de los *cuatro poderes*, esto es, convirtiendo al soberano en un cuarto poder moderador, con facultad de solucionar las controversias entre el Ejecutivo y el Legislativo y de disolver las Cámaras. El *Senado*, a su vez, era vitalicio, todo lo cual, si bien resulta congruente con la nomenclatura de Imperio que tenía el país, estaba en desacuerdo con las aspiraciones del pueblo, especialmente de la región de *Minas*, donde el espíritu liberal tenía su más poderoso baluarte. Un dato de esos días tiene una elocuencia suma: en Ouro Preto, yendo el Emperador Pedro I de visita, lo recibieron con las campanas doblando a muerto, en homenaje a cierto periodista, según se explicó después, a quien había mandado matar el monarca.

Surgieron, pues, conflictos constitucionales, y hubo de enmendarse el sistema con cierto tenue parlamentarismo. La reforma de 1826, recomendada por *Bernardo de Vasconcelos*, trató de conciliar lo existente con un procedimiento que se parecía al parlamentarismo británico. El año 27 empezó a regir con toda eficacia la enmienda, asistiendo en adelante los ministros a los debates parlamentarios, aunque sin ponerse totalmente término a esa especie de «monarquía parlamentaria» vigente, lo que cesó sólo veinte años más tarde, en 1847, con la creación de la *Presidencia del Consejo de Ministros*.

559.—*Consejo de Ministros.*

En vista del malestar que reinaba hubo de aprobarse, más tarde, el Acta Adicional, también dentro de la ten-

dencia inglesa de las enmiendas, dirigiendo al país hacia el *federalismo*, ya que el descontento provinciano era considerable.

#### 560.—*Agitación en las provincias.*

Desde hacía tiempo se manifestaban evidentes síntomas de descontento provinciano. *Río Grande del Sur* se alzó entonces en armas, pero fué debelado el movimiento. Un más vigoroso sacudimiento ocurrió en 1835. Pero, desde antes la agitación iba *in crescendo*. Sobre todo, cercana ya la caída de Pedro I, a quien *Minas* se le encaró gracias a la campaña liberalizante que *Vasconcelos* realizaba en ella y la incansable propaganda de las logias masónicas.

El año de la abdicación y el siguiente, se sublevaron *Río, Bahía, Pernambuco* (la «setembrizada») y *Victoria*; el año 34 se produjo una matanza de portugueses en *Matto Grosso*; y luego ocurrieron las revueltas de *Ouro Preto, Pará, Alagoas* y *Pernambuco*. Cada provincia tenía su caudillo, aspiraba a fundar entidades autónomas a semejanza de las provincias argentinas y de las repúblicas de la antigua América Española. Por otra parte, el gobierno central se hallaba seriamente lesionado por su exceso de aristocratismo. A pesar del Parlamento a la inglesa, subsistía el Ejecutivo a la española y a la portuguesa, esto es, con tendencias absolutas. De ahí que la abdicación de Pedro, en 1831, y el *Acta Adicional* del 34 concediendo ciertas prerrogativas a las provincias, así como la *extinción de los mayorazgos*, operada el año siguiente, y el levantamiento de las cortapisas que dificultaban la *libre división de las tierras*, permitieron airear un tanto el ya pesado ambiente político del país.

#### 561.—*El Brasil y Rosas.*

El Imperio creyó de su deber y conveniencia cooperar al derrocamiento de Rosas, primero, por vías subrepticias; después por otras más francas. Las razones para ello no eran sentimentales: eran políticas y económicas. Rosas representaba una amenaza por su acendrado *nacionalismo*, aunque a la bárbara. El libre tráfico de *los ríos* encontraba en él un pesado obstáculo. La propaganda del federalismo, que podía corroer eficazmente la unidad brasileña, tenía en él un promotor. Uruguay era objeto de sus ataques, y el triunfo del rosismo significaría para el Brasil contar con otro

competidor más en esos instantes. La opinión inglesa y la francesa agujoneaban al emperador contra el «tirano». Los liberales del país también. Los gobiernos argentinos insusmidos a Buenos Aires, precisamente los de las provincias colindantes con Brasil, pedían ayuda y ofrecían compensaciones. Todo lo cual decidió al Emperador a intervenir en auxilio de Montevideo, el año 1849, por medio de *empréstitos*, que cautelosamente no concedió el gobierno brasileño, sino un *particular*, el banquero *Evangelista de Souza*, con quien firmó el respectivo «contrato» don *Andrés Lamas*, por parte del Uruguay (1850).

Al año siguiente se modificó el *status* convenido, en virtud de que, conseguida ya la cooperación material y decidida de varias provincias argentinas contra Rosas, además de la uruguaya, se podía arriesgar la carta de intervenir oficialmente el Brasil en la contienda, ya que no había el riesgo de hallar (como le ocurrió al Presidente Gamarra del Perú cuando quiso entrometerse en Bolivia el año 41) una resistencia unificada y nacional. El éxito coronó lo previsto, en Caseros, donde se deshizo el sistema rosista.

#### 562.—*Abdicación de Pedro I.*

El *nacionalismo* brasileño, repetimos, estaba íntimamente unido al *liberalismo*, la *masonería* y el *autonomismo provincial*. Su adversario era el *centralismo aristocrático* a que Pedro I se aferraba, dominado ya por un prurito de Corte, con sus devaneos y prejuicios. Precipitó su caída la constitución del gabinete llamado «de los marqueses», al propio tiempo que su deseo de ir a Portugal a ocupar el trono, si le era posible. El gabinete de los marqueses cayó el 16 de abril de 1831 ante la *sublevación de Sant' Ana*. Al día siguiente, Pedro de Alcántara *abdicaba* el trono y se embarcaba con rumbo a Inglaterra. Murió, como dijimos, dos años después.

Dejó el gobierno a cargo de un *Consejo de Regencia*, formado por *Luna y Silva*, *Vergueiro* y *Caravelas*, *nombrados por el Senado*, durante la minoría del emperador niño, *Pedro II*, a la sazón de 5 años. *José Bonifacio*, vuelto del destierro, se encargó de la tutoría del nuevo monarca. En las postrimerías de su gobierno, Pedro de Alcántara reconocía la injusticia cometida contra su ex ministro y consejero



563.—*Actividad republicana.*

Aprovechando de aquellas circunstancias y del desprestigio a que habían conducido a la monarquía los excesos de los «gabinetes secretos» o círculos de íntimos, los republicanos apuraron su propaganda, siguiendo en parte los consejos de Vasconcelos. En Río aparecía un periódico titulado «*República*». *Eraristo da Veiga*, desde «*Aurora Fluminense*», era vocero de un movimiento cuyos más poderosos reductos estaban en San Pablo, Bahía y Recife. Los conservadores, dirigidos por el ministro Feijó, trataron de dar un golpe de Estado utilizando su mayoría en el Senado, vitalició y adicto a Pedro I. Les fracasó (1832) y, como consecuencia, triunfaron los liberales en las elecciones, y se dictó la ya mencionada Acta Adicional contra la vitalicidad senatorial y otorgando cierta autonomía a las provincias. A eso siguió la también mencionada abolición de los mayorazgos y otras medidas democratizantes. Un historiador comenta: «*Por eso (por la supresión de los privilegios de la primogenitura) le faltó al segundo reinado, a pesar de su régimen inglés, la característica de las monarquías europeas: una nobleza propietaria que fortaleciera, con la continuidad, la jerarquía*». (P. Calmón, o. c., p. 280).

Diversas maniobras políticas en torno a la regencia, cuando parecía perfilarse incontenible la silueta de Feijó, ocasionaron numerosos estallidos revolucionarios, tan frecuentes y fervorosos como los de la América antes española. Sucediáanse, día a día, las «rusgas» o cuartelazos. Feijó, combatido por la Cámara, tuvo que abandonar el poder que había vuelto a ocupar, como regente, desde 1835. Lo sucedió, en 1837, Pedro de Araujo Lima. Una de sus primeras tareas fué dominar la tremenda revolución de Bahía.

Todas estas tentativas habían tenido como objetivo implantar una República, que los conservadores anhelaban, pero dentro de su manera de concebir las cosas, y que los liberales querían también, pero desde opuesto ángulo. Ante el fracaso, resolvieron precipitar la entrega del poder al Emperador, eliminando a los regentes. La conspiración tuvo el mejor éxito.

564.—*Declaración de mayoría de Pedro II.—Primeros años de gobierno.*

Por «horror al caudillaje», el Brasil aceptó sin mayores vacilaciones el subterfugio jurídico mencionado.

Se constituyó un club de los «Mayoristas», por iniciativa de *José Martiniano de Alençar*; los masores trabajaron en igual sentido; y el 22 de julio de 1840, teniendo *Pedro II* sólo 14 años, recibió una delegación parlamentaria que le ofreció la inmediata «mayoridad». Pedro aceptó al instante.

En vano el regente *Araujo*, apelando a un ministerio relámpago (9 horas) de *Vasconcelos*, que se había vuelto conservador, trató de frustrar aquel golpe de Estado: Pedro II, aclamado por el pueblo, se echó en brazos del *Partido liberal*.

Duró poco este auge liberal. Los propios miembros del partido se esforzaron en muchas ocasiones en rodear de tanto boato al imperio que cayeron en el extremo opuesto. Por la propia índole del régimen político instaurado, el gobierno viró hacia los *conservadores*. *José Bonifacio* mismo había evolucionado, según dijimos ya. La *coronación del Emperador*, en 1841, encontró a los conservadores mandando el país. Para reforzar el trono, en un amplio empeño monarquista, se dictaron algunas reformas importantes, entre ellas, la *vitalidad del Consejo de Estado* y una modificación del Poder Judicial. Los liberales tomaron pie en ello para lanzarse contra el acento conservador del régimen. Como el Emperador disolviera las Cámaras, el partido liberal recurrió a las armas.

La *rebelión liberal* fué ahogada por el ejército imperial en las acciones de *Venda Grande* y *Santa Luzia*. No hubo represalias. Al contrario, salvo unos cuantos casos de ostracismo y prisión, los demás fueron perdonados, y no tardó en producirse una amnistía general. Aun surgieron rebeliones de cierto volumen, como la de *Río Grande del Sur*, liquidada en 1845, y la de *Pernambuco*, de 1848. Pero en general los odios se acalmaron. El Emperador, ejerciendo su poder personal y valiéndose de la prerrogativa de cuarto poder *Moderador* que le otorgara la Constitución, intervenía para aplacar divisiones, sin represalias agudas, a fin de no exaltar a los vencidos, dándoles al contrario oportunidad de restituirse y hasta de ingresar al gobierno.

Fuó este primer período del imperio de Pedro II el de formación. Hasta 1848 aun no se había logrado dar impulso definitivo a algunas empresas que ya se buscaban. Ciertamente, se habían fundado algunos *bancos*, como el de Ceará, en 1836, el de Río, en 1838, el de Maranhao, en 1846; pero, por ejemplo, la iniciativa de establecer una *vía férrea*, según la concesión que Lord Tomás Cochrane obtuvo en 1840, fracasó entonces y sólo pudo tener éxito años después,

cuando ya el país tomaba rumbo cierto y firme hacia un desenvolvimiento uniforme y progresivo.

Pedro II, que significó evidentemente, como veremos en seguida, una pausa en las guerras fratricidas que habían estado desgarrando al Brasil, atenuó los conflictos y con su intervención moderadora y sensata sirvió de estímulo y vigilancia permanente del desarrollo creciente de su patria. Por último, con la creación de la Presidencia del Consejo de Ministros, en 1847, dió fisonomía más parlamentaria y democrática al régimen que encabezaba.

## LA VIDA SOCIAL

### 565.—Aspectos de la economía.

«A la América del Sur (hay que comprender aquí a México y Centroamérica también. L. A. S.) llegaron con muchos años de atraso las grandes mejoras técnicas que el siglo XIX trajo a la vida moderna. Esperamos 30 años a la locomotora, 40 a las fábricas de hilo, más aun a la navegación a vapor, la iluminación a gas, el régimen bancario, las compañías de colonización, la maquinaria agrícola, la industria que, en 1800, había transformado a Inglaterra, y en 1820, a Europa», dice el historiador brasileño Calmón (o. c., p. 293). Y agrega: «País de materias primas, el Brasil se contentó con exportar en bruto su algodón, su azúcar, sus cueros, su tabaco, su café, e importar las manufacturas inglesas, francesas y norteamericanas. En 1808 propuso en vano el negociante de Bahía Francisco Ignacio de Siqueira Nobre, instalar una fábrica de hilo, con operarios que pensaba contratar en Inglaterra. Inglaterra tuvo desde un principio el monopolio virtual de nuestro comercio, gracias al tratado de 1810.» Esto que se concreta a Brasil, puede extenderse a todo el continente. La ausencia de esclavos obligó a los agricultores a invertir su dinero en enclavos — especie de libreta de ahorro o cuenta corriente —, o en traer culíes, etc.

La evolución del coloniaje a la república no tenía eco fructífero aun en la organización económica. Hubo que esperar que venciera la primera mitad del siglo XIX, para ver sus resultados.

Es preciso, pues, destacar bien dos fenómenos: el de la influencia inglesa y cómo se administró, y el de la

*máquina a vapor* y cómo se propagó. En seguida se debe tener en cuenta el aspecto económico de la anarquía, o sean las causales económicas de las revoluciones y del caudillaje.

Cuando se observan las luchas de cabecillas y las primeras guerras internacionales no se considera que, bajo la apariencia de los principios, se movilizaban *oscuros intereses*. Así, en la guerra de Brasil con las Provincias Unidas del Plata, tuvo una importancia fundamental la pugna de mercados y productos. Brasil vendía *arroz*, *azúcar* más baratos que Tucumán y que Jujuy. La vida de estos Estados se hallaba contrapuesta desde el punto de vista de sus inmediatas aspiraciones materiales. Bajo el ropaje de diferencias ideológicas y de tendencias patrióticas, muchas veces se ocultaban nada más que disputas de mercado. Los que sostienen, ingenuamente, que el predominio o influencia determinante del factor económico es un engendro marxista, olvidan que el *homo economicus* antecedió a Marx en algunos milenios.

Los gérmenes de la lucha contra la *Confederación peruano-boliviana*, sostenida desde Argentina y Chile, traducían también competencias de orden mercantil. Basta leer las cartas de *Diego Portales*, cuando se refiere al *azúcar* y al comercio de *cabotaje* peruanos para comprenderlo. Y basta examinar, siquiera de paso, la política argentina en tiempo de Rosas, y la boliviana y la peruana de igual fecha, para sorprender el nexa oculto.

En la guerra entre Estados Unidos y México las causas materialistas son más visibles. El primero no trató jamás de esconderlas. Quería *tierras*, *espacio*, *seguridad*, *agricultura* y *clima tropical*. El petróleo surgió después y no hizo sino corroborar la previsión de los primeros estadistas de la Unión.

A mayor abundamiento, tres nuevos factores empiezan a transformar, a fines del período a que nos referimos, la fisonomía política y económica de América: el hallazgo del *guano peruano*, cuya influencia en el país que lo produjo y en la agricultura mundial fué notable; el del *oro en California* y el de la *plata* en Chañarcillo y, sobre todo, la substitución de la navegación a la vela por la *navegación a vapor*, así como el uso de la *máquina a vapor en las industrias*.

Los países con *hulla* y *hierro* tomaron el comando del orbe. Inglaterra afirmó su señorío, y Estados Unidos aumentó su vigor en el Nuevo Mundo. Ante los *países-campo*, como los nuestros, el angloamericano hizo resaltar su robustez industrial de futuro país-máquina.



De ahí que las zonas más próximas a Estados Unidos, como Cuba, por ejemplo, tenían navegación a vapor antes que el resto de la América Española. En 1819 Juan O'Farrel adquirió allí el buque «*Neptuno*» para ir de La Habana a Matanzas. En 1823, Cuba tenía tres vapores; y en 1836 funcionaba la primera línea a New Orleans, y en 1845 era regular el tráfico entre Europa y Cuba.

En Brasil, Barbacena (1817) quiso establecer la navegación a vapor, pero fracasó en 1824 porque murió el maquinista, durante el viaje de Pedro I a Cachoeira, a bordo de una barca de esa clase.

Como consecuencia de todo esto, se inicia una etapa de organización financiera. No sólo instituciones de crédito, sino, además, factura de *presupuestos* fiscales más sistemáticos, como ocurrió en cada una de nuestras repúblicas. Por lo demás, pese al auge del caudillismo, se avanza en el sentido de la disciplina y del orden. Los tiranos lo implantan a contrapeño, sin consultar los intereses colectivos, pero dejan los hilvanes de su acción para una empresa futura.

El nombre de *Wheelwright* y la organización de la *Pacific Steam Navigation Company* no pueden desligarse de esa etapa. Tiene, a nuestro juicio, más importancia que muchas Constituciones políticas de un día. La *política vial* de Rosas y su interés *ferrocarrilero*, tan vinculado a intereses británicos, pese al nacionalismo del tirano es algo digno de ser tomado en cuenta. La incomunicación entre las diversas zonas de cada país fomentaba las revoluciones, de suerte que era interés de los gobiernos el ponerle término.

Las actividades mineras y agrícolas crecieron mucho. Nuevos yacimientos auríferos y argentíferos, en California, México, Chile, Perú, reeditaban la vieja leyenda de la opulencia colonial. En Brasil, el futuro vizconde de Mauá fundaba la *fundación de Ponta de Arcia*.

En Cuba, el cultivo del *café*, llevado de La Martinica en 1741, alcanzó auge apreciable desde 1804 y más hacia 1830. Brasil era una gran fuente de recursos. El consumo de tabaco había crecido. Las plantaciones de algodón en el sur de los Estados Unidos y en Brasil entorpecían la liberación de los esclavos, que, en el campo político, reclamaban los liberales. El *arroz* del Perú, el noroeste argentino, Brasil, etc., requerían, para mantener el volumen de las ganancias de los propietarios, un régimen francamente *esclavista* o de esclavitud disimulada. No obstante la ventaja que representaba para la producción agrícola la aplicación del guano como abono así como el descubrimiento del sali-

tre — y tal vez por esa causa —, la agricultura sirvió más bien para enriquecer a unos pocos. El carácter de país-campo de América, patente también en aquella desigualdad creciente, se advierte en numerosos indicios, uno de ellos en que, aunque hubo *resistencia para adoptar la máquina* en muchas industrias, no ocurrió tal en el azúcar. Los dueños de ingenios de Cuba ya utilizaban implementos modernos desde 1815, mientras que, en el resto de las actividades económicas, la maquinaria era mirada como un auténtico enemigo del bienestar de los poderosos. El tabaco la comenzó a utilizar desde 1851.

En cuanto al régimen de comercio, muchos estimaban, en vista de la invasión de productos extranjeros, especialmente ingleses, que no cabía otra política nacionalista que instaurar leyes protectoras, es decir, dar pábulo al *proteccionismo*, como hizo el *Brasil*, bajo el Ministerio del *Marqués de Caravelas* en 1844. Otra cosa habría sido desangrar a las repúblicas recién nacidas. La circulación en metálico era restringidísima, y las instituciones de crédito incipientes. No bien se asentaron las instituciones, a partir de más o menos 1848, nacieron muchos *bancos*, se establecieron otros de origen extranjero y empezó a movilizarse la riqueza nacional, verdad que bajo la tutela a menudo impaciente de Inglaterra.

Desde luego, los *Estados Unidos* se hallaban al margen de tal situación. Su creciente industrialismo, su autonomía económica, su voluntad de dominio, su amplitud y variedad territorial, y el carácter de su inmigración en aumento, los colocaron industrial y comercialmente a muchos codos por encima del resto del continente.

#### 566.—*El orden fiscal.*

Los primeros 20 años de independencia, absorbidos por luchas intestinas, avasallados por la voluntad de los caudillos, bajo un constante régimen de «cupos» o impuestos forzosos para las revoluciones, a menudo con dos o hasta siete autoridades gubernativas en el mismo territorio, no fueron propicios para organizar las finanzas nacionales. Bastaría citar el caso del *Perú*, que solamente en 1845 logró formarse su *primer presupuesto* público. Desde luego, con un déficit considerable, pero, al menos, ya se marchaba hacia una organización fiscal. Otra anécdota: la negativa de Inglaterra a determinados arreglos con Chile en vista de que

su situación interna no le garantizaba el cumplimiento de lo pactado con el diplomático Irisarri.

Carentes de paz para el trabajo, ayunas de sentido estatal, las nuevas repúblicas pugnan, durante esta etapa, por estructurar sistemáticamente sus ingresos y sus egresos. Después de los movimientos «pacificadores», de más o menos 1848, y de las luchas europeas entre radicales y ultraconservadores, los asuntos *fiscales* pasaron a ocupar poco a poco el plano que hasta ahí tenían las discusiones políticas. No es, pues, raro que para el liberalismo de entonces, «presupuesto» y «libertad» fuesen sinónimos, un punto de apoyo indispensable para el progreso efectivo de la nación.

567.—*Las ideas y las clases sociales.*

Repetimos lo dicho en otro lugar de esta *Quinta Parte*: más que ideas hubo *personas*; antes que doctrinas, *caudillos*.

Los mismos que proclamaban la urgencia de abolir la esclavitud no tenían reparo en aceptarla cuando convenía a sus intereses. El escritor chileno *Bilbao* refiere que, en 1854, el Presidente del Perú, Echenique, lo amonestó por su campaña en pro de la manumisión, amenazándolo con expulsarlo del país, pero, un año más tarde, viéndose cuasi derrocado por los abolicionistas a quienes encabezaba Castilla, prometió la libertad a los negros que lo ayudasen contra éste. Por lo que Bilbao le envió una irónica carta que aparece en sus obras completas.

No había sino *dos clases sociales*: los que estaban *arriba* y los que estaban *abajo*. Los primeros podían tener cualquier rótulo; en el fondo eran los terratenientes y los militares de la Independencia; los segundos, eran los esclavos negros, los indios aun en condición real (no legal) de servidumbre, los mestizos. Estos últimos solían adaptarse a uno u otro caudillo alternando con sus alzas y sus bajas, pero indios y negros sólo estaban en la baja.

Ser o dejar de ser conservador o liberal carecía de mayor importancia. La pasión y la conveniencia primaban. No se había constituido aún suficiente conciencia social para apetecer cosa distinta.

Así vemos a Bernardo de Vasconcelos dejar el liberalismo para convertirse en conservador furioso, en el Brasil del 30; a José Bonifacio — pero ya por razones respetables — convertirse de temible liberal en moderado tenaz; Iturbide,

realista, se pasa a los autonomistas a condición de tomar el mando. Mosquera, el hombre fuerte del conservatismo colombiano, devino más tarde un cabecilla liberal; Flores, creador de la República de Ecuador, pretende luego ayudar a coronarse a un rey. Olmedo osciló entre la enemistad, la devoción y el despego hacia Bolívar. Gamarra fué confederacionista y anticonfederacionista en el Perú del 30 y tantos. Fructuoso Rívera sirve a los brasileños y se alza contra ellos, según sus conveniencias. No es que sean personajes inmorales o meramente oportunistas; es que *les faltaba conciencia doctrinal*.

Y ésta mal podía existir en países aun sin vida propia, sin organización, todavía pugnando por romper las trabas coloniales, mal adecuadas a su vocinglera proclamación autonómica.

Prácticamente, los partidos políticos, expresión de un estado social, sólo comienzan a surgir hacia 1848, pero sin involucrar aún a toda la población. La incorporación de los más infelices estratos a la vida pública no se opera sino muy a fines del siglo XIX y, más concretamente, ya iniciado el siglo XX.

568. — *El hogar y la calle.*—*La mujer.*

Una dualidad interesante se desarrollaba en lo concerniente a ambas: la *casa* seguía siendo colonial; la *calle* empezaba a ser cosmopolita. Eso ocurría tanto en Estados Unidos como en Sudamérica, tanto en el Brasil como en México, con la única excepción del Paraguay, preocupado en acendrar su nacionalismo, interrumpido a través de tres siglos de doble monopolio: español y jesuítico.

En la casa subsistía el recato virreinal. La *mujer*, por mucho que hubiera tomado ya parte en la gesta libertadora, bien como cómplice de conspiraciones, bien como auxiliar para el bloqueo económico (caso de la industria textil estadounidense), se conservaba dentro de moldes que podríamos denominar clásicos. Sin embargo, su influencia no era poca, y, en algunas partes, como por ejemplo en Perú, a menudo predominaba. Pocas mujeres se lanzaron abiertamente a la acción. De ellas podría nombrarse a dos, por motivos diferentes, y a fin de precisar el alcance distinto de dos razas: la *Mariscala* y la señora *Beecher Stowe*. Tal vez podríamos agregar a la *Marquesa de Santos* para comprender tres formas de vida diferentes.



*Francisca Zubiaga de Gamarra*, segunda esposa del Mariscal Gamarra, dos veces Presidente del Perú, fué una mujer impetuosa, varonil, avasalladora. En parte parecida a *Elisa Lynch*, la mujer de Solano López, de quien hablaremos en la Sexta Parte de esta obra. «*La Mariscala*», como se llamaba a la señora Gamarra, deshizo una vez una sublevación presentándose en el cuartel vestida de militar y cruzando a latigazos al oficial rebelde. Ella solía pasar revista a las tropas si su marido estaba ausente. Ella tomaba parte en las intrigas, sin embozo alguno.

*Harriet Beecher Stowe*, cuya obra fundamental aparece en 1851, tomó el partido de los esclavos negros y denunció las torturas que sufrían en su famosa novela «*La cabaña del tío Tom*», con la que, prácticamente, se inicia la etapa belicosa de la lucha entre Norte y Sur de los Estados Unidos. Con ella, la mujer norteamericana refrendaba su intervención libre en la cosa pública y sus derechos a ejercer actividades intelectuales, al margen de todo prejuicio pasatista.

La *Marquesa de Santos* fué la aristocrática amante de Pedro I de Brasil. A sus pies puso Pedro de Alcántara su imperio. Para ella, las fiestas radiantes. Para ella, los viajes opulentos. Para ella, la consagración de horas debidas al Estado. Por ella, en no poca parte, se debilitaron el prestigio y la moral del Emperador, que abdicó antes de la cuenta.

Pero, son éstas mujeres de excepción, y por eso sobresalen, no obstante que, excepto la primera, ninguna hizo cosa de llamar a tal punto el interés por estrambótica o insólita. El resto de las mujeres continuaba en su existencia monacal, aparentemente, pero con intrigas cada vez más audaces y calladas, proyectadas sobre la vida pública. La moda de la saya y manto en muchos países sudamericanos servía para llevar y traer chismes, para enredar conjuraciones, para insultar, para befar, para adquirir libertad de actos, aunque no de dichos.

En la casa, todavía seguía siendo la educadora primera una *negra esclava*, igual en los Estados Unidos que en las otras Américas. La «*mammy*» y la «*mama*» enseñaban las primeras leyendas, despertaban la fantasía de las amas, introduciéndolas en su mundo de fábulas provenientes de Africa, antes que hubieran tomado contacto con sus propias tradiciones.

Y dentro de los hogares persistía, pese al liberalismo callejero, la tutoría del *confesor católico* y del *pastor puri-*

tano o *cuáquero*. Lo dicen, bien a las claras, las obras de *Hawthorne*, en una parte, y toda la novelística romántica hispanolusitana.

Pero, en la calle, las cosas andaban de otro modo. La abundancia de teatros y cafés se había visto reforzada por la afluencia de extranjeros y la mayor actividad política.

Circulaban *periódicos*, en los cuales la parte más importante era la discusión de temas constitucionales, de ataques de persona a persona. Bastaría para recordarlo, entre otros hechos, lo siguiente: en «*El Comercio*» de Lima, fundado el año de 1839, la parte consagrada hoy al editorial estaba dedicada a una especie de Campo Libre o *Remitidos*, donde cada quisque decía lo que se le antojaba en detrimento del buen nombre de otro, que, a su turno, contestaba en la peor forma. Las caricaturas de los periódicos de Estados Unidos sobre la lucha política, bien contra los *tories*, bien contra o en favor de Jackson, también lo demuestran. Los membretes de los partidos en pugna son harto elocuentes. En el norte no hubo insulto que se omitiera contra Santa Anna, contra Santander, contra el mismísimo Bolívar; y en el sur, el saludo de los serenos de Rosas («Mueran los inmundos, salvajes, asquerosos unitarios») tiene una elocuencia impar.

Abundaban más los *carruajes*. La vida de los *puertos* había crecido en importancia, sobre todo en la América antes española. Roto el monopolio, llegaban los buques, las ideas y los rumores en forma abrumadora. El descubrimiento de minerales sirvió también de acicate para tonificar no sólo los yacimientos propiamente dichos, sino los puertos por donde llegaban torrentes de europeos, expertos, deseosos de labrarse una fortuna, en paz, lejos de las continuas guerras de su Continente.

569.—*El clero.*

En *Ecuador* y *Colombia* especialmente, la acción del clero fué descollante por su agresividad. No se resignaba a la vida republicana y pretendía revivir el ritmo del virreinato. En las luchas entre conservadores y liberales del tiempo de Mosquera se advierte la consecuencia inmediata del regreso de los jesuitas operado en el precedente período de Herrán. Ecuador mostró más agudo el problema. A raíz de las medidas liberales de Rocafuerte, autor de un folleto sobre la tolerancia en materia religiosa, el elemento conservador asumió una actitud beligerante que no declinaría ya

a lo largo de un siglo. Por seguir en tal actitud, un presidente ecuatoriano pretendió intervenir en la política colombiana, defendiendo a los jesuitas. De esta suerte, las fricciones externas tuvieron un ingrediente más: *los diferendos religiosos*.

Rosas y el doctor Francia, ambos autócratas, tiranos, se distinguen, no obstante, por su posición frente al clero católico: aquél buscó congraciarse con los jesuitas; éste los atacó abiertamente y los redujo a su señuelo de «Supremo». En el Perú, el sarcófago de Gamarra serviría de pedestal para que el joven clérigo *Bartolomé Herrera* echara las bases del ultramontanismo nacional. Si a raíz de la independencia pareció que, como consecuencia de la posición antagónica observada por el alto clero con respecto a la causa emancipadora, su influencia estaba poco menos que liquidada, no pasaron muchos años sin que tal impresión se desvaneciera. Las altas clases sociales, los juntistas del año 10, no estaban satisfechos con la República plena, y entonces se produjo una lógica simbiosis entre los elementos desafectos al jacobinismo inevitable de las primeras convulsiones.

También en la Nueva Inglaterra, por no citar sino un sector de Estados Unidos, se dejaba ver la huella de la presión eclesiástica, en este caso la puritana. Volveremos a referirnos a «*La Letra escarlata*» y a la aparición del grupo de los «trascendentales», con *Emerson, Hawthorne, Thoreau*, los cuales al protestar contra la política demagógica de Jackson y pretenderse depositarios de los principios de 1776, en realidad estaban planteando una cuestión moral casi religiosa, más allá de los linderos de un choque político.

A partir de 1848 estas encontradas corrientes iban a desembocar en más agudas crisis, entremezcladas ya de candentes problemas sociales.

#### 570.—*Los extranjeros.*

Después de la independencia llegó *un mayor número de extranjeros* a nuestro Continente, tanto en virtud de la apatencia de bienestar material, cuanto excitados por la curiosidad. Lo primero, por cierto, mucho más fuerte que lo segundo. California con su oro, Nevada y Chañarcillo con su plata, los cafetales, arrozales y campos tabacaleros del trópico, el auge del guano del Perú, la falta de técnicos en industria, agricultura y comercio, todo ello contribuyó a avivar el interés de los europeos por el Nuevo Mundo. Además, aquí subsistía aún el régimen esclavista, sin las asperezas del Africa, a la sazón casi inexplorada. Se podía vivir bajo

un sistema cuasi europeo, urbano, disfrutando de las ventajas de una mano de obra o una servidumbre doméstica cuasi gratuita.

Si los *británicos* fueron los más conspicuos compañeros de los libertadores, los *franceses* se destacaron en ser los más activos pobladores de las Repúblicas recién constituídas. Ello se vió ampliamente favorecido por la política inmigracionista de la mayor parte de ellas, descontando al Paraguay, donde el doctor Francia seguía tercamente su política de nacionalismo a base de aislamiento.

Tanto en Estados Unidos como en las Américas antes española y lusitana, las colonias francesas constituyeron núcleos que asombraban a los nativos y criollos con sus hábitos. Era una gente, un criterio, unas costumbres, totalmente distintas a las coloniales. La influencia francesa en la moda femenina, en la clase de alimentación, en las ideas sociales, en la cortesía, en los hábitos caseros, fué notable. Por otro lado, la inglesa no se quedó atrás. Sin contar los Estados Unidos, en el Brasil, en Colombia y Argentina lo británico equivalía a cosa de buen toro. Si bien su literatura no influyó tanto como la francesa, no se puede negar que el método financiero, los usos comerciales, algunas tendencias políticas, la diversión de las carreras de caballos, la moda masculina y ciertas maneras parcas, frenando la opulencia criolla, vinieron a dar un tono especial a aquel tiempo. Por cierto, las líneas de navegación, organizadas por los anglosajones, ejercieron viva presión en todo aquello.

Europa, que miraba con algún desdén a los países recién emancipados, no enviaba ministros sino cónsules, cuyos privilegios se parecían mucho a los diplomáticos de nuestros días. Son notables las intervenciones de algunos de ellos, sobre todo en los conflictos de Cuba, Argentina, Uruguay y aun Chile.

Inglaterra pretendió ser árbitro en el litigio entre Chile y la Confederación peruano-boliviana, garantizando la tregua de Paucarpata. Francia quiso forzar a Rosas, también por aquellos días. España, entretanto, trató de organizar una expedición contra México, y, luego, de aprovecharse del personalismo de Flores para recapturar el Ecuador.

Llegaron a nuestras playas prominentes extranjeros, continuadores de la tradición de los Frézier, La Condamine, Humboldt, etc. Además de Bonpland se destaca el marino francés Radiguet, que escribió unos hermosos «*Souvenirs de l'Amérique Espagnole*», y algunos observadores como Sartigues (*Lavandais*) y *Botmilieu*, que colaboraban en la «*Re-*



*vue de Deux Mondes*», y el insigne autor de «*Viaje a la América meridional*», Alcides d'Orbigny, que tanto estudió Brasil, Bolivia y, en general, todos los países del sur del continente.

## VIDA ESPIRITUAL

### 571.—*La instrucción.*

En todas las repúblicas se operó, entonces, un movimiento hacia el mayor desenvolvimiento de la instrucción. A ello contribuyeron poderosamente los extranjeros. Por ejemplo, dos españoles, Lorente y Mora, liberales ambos, renuevan la fisonomía de la educación en Perú y Chile, respectivamente; un venezolano, Bello, hace lo propio en Chile, cuya Universidad comienza a funcionar desde este período. Se constituyen sociedades literarias, que vienen a ser, en definitiva, prolongaciones de la enseñanza superior: tal ocurre en México y en Argentina, en Uruguay, en Perú y en Brasil. Colombia acentúa el incremento de su estructura educacional a fines del 40 y tantos, alternando el ritmo entre el predominio laico y el de la Iglesia católica.

Pero, no obstante todo esto, las masas indígenas continuaron al margen de la instrucción, otorgada nada más que a los mestizos semiblanos, ya que los negros seguían siendo esclavos.

El *negro*, como hemos dicho, fué, no obstante lo anterior, el primer preceptor (al menos en fantasías) de los futuros directores de los Estados americanos.

En Estados Unidos, la *instrucción* cobró mayor vuelo. No se debe olvidar que entre los organizadores de su autonomía figuraban hombres de cultura sistematizada como Franklin. La «intelligentzia» hispana y lusoamericana era predominantemente *oratoria*, *poética* y *burocrática*, es decir, poco propensa a desparramar sus conocimientos. Más bien, a utilizar los que poseía. De ahí el nivel distinto que pronto alcanzaron ambos conglomerados sociales: el anglosajón y el otro, el nuestro.

La *prensa*, que pudo servir para incrementar la cultura, se convirtió en vehículo de pasiones del momento. Más bien campo de *beligerancia* que de orientación, y más al servicio de *personas* que de principios. No variaría mucho esa situación en el siguiente período.

572.—*La actividad literaria. a) Hispanoamérica.*

No podría decirse que este período de 1825 a 1845 fué propicio a grandes obras literarias, dentro de un sentido *estricto* de la palabra. Las actividades públicas sojuzgaban las inteligencias. De ahí que la literatura experimentase, en forma directa y decisiva, la influencia de lo *politico-social*. Tal se ve en los casos de *Sarmiento*, de *Saco*, de *Bello*, de *Vigil*, por no citar sino unos cuantos.

Un grupo de *uropeístas* pretenden ordenar la vida intelectual de acuerdo a patrones exóticos. *Rivadavia* fué uno de ellos, en Argentina. Pero, *Juan Cruz Varela* (1794-1839), en lo estético, puede ser citado como ejemplo más claro, Gran cultor de lo clásico, su «*Elvira*» puede, sin embargo, ser considerada como un remoto inicio del romanticismo argentino. Sufrió las consecuencias de las luchas políticas de entonces, en el destierro y la persecución. *Andrés Bello* (1780-1865), venezolano de nacimiento, se nutrió a los pechos de su gran devoción al arte clásico. Bello deja en poesía una admirable «*Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*» y su «*Oración por todos*». *Felipe Pardo* (1805-1869), en Perú, representa la norma clásica. Fué un satírico agudo, un moralista europeizante, conservador en política y en literatura, pese a que tradujo a Hugo y Béranger. Cultivó el teatro, el periodismo y la poesía festiva. En Uruguay surge un escritor de análoga contextura, *Manuel Prudencio Berro*, quien llegó a Presidente de su país. Había nacido en 1805 y murió en 1868. *José Eusebio Caro*, en Colombia (1814-1853), sobresale en idéntica tendencia. Poeta de robusto estro, tuvo como rival al fomentador del romanticismo colombiano, *Julio Arboleda*.

Dentro de una tendencia predominantemente *objetiva, descriptiva*, se destacan entonces *Florencio Balcarce* (argentino, 1819-39), el chileno *Vicente Pérez Rosales* (1807-1886), especie de «pioneer», explorador, minero, grumete, cuyos «*Ensayos sobre Chile*» y «*Recuerdos del pasado*» son dos libros insubstituíbles. Chile da, en esta veta, a *José Joaquín Vallejo* («*Jotabeche*», 1811-58), a *José Zapiola* (1802-85); el Perú, al ya citado *Felipe Pardo* y a *Manuel Ascencio Segura* (1806-1871), nada aristocrático; al contrario, hombre aficionado al pueblo, verdadero creador del teatro peruano, con sus comedias costumbristas a lo Bretón de los Herreros. *Fermín Toro* (1807-1873), venezolano, *Domingo Delmonte*

(1804-1854), insigne cubano, fundador de la hasta hoy vigente «*Revista Bimestre Cubana*», y sus discípulos, todos ellos apegados al género descriptivo, como el paisajista *J. Jacinto Milanés*, autor de «*El Expósito*»; *Cirilo Villaverde*, autor de la famosa novela «*Cecilia Valdés*», de ambiente colonial: *Ramón de Palma* y *Romag*, descriptivo y moralista, etc. Al margen de esto, coetáneo de Delmonte fué don *José de la Luz Caballero*, eminente educador de la juventud habanera. En 1847, culminando una larga existencia literaria y política, el guatemalteco *Antonio José de Irisarri* publica «*El Cristiano Errante*», suerte de autobiografía. En México florecen el clasicista *M. Eduardo Gorostiza* (1789-1851) y el tradicionista *J. Joaquín Pesado*, así como otros de esa misma escuela.

Pero lo característico de esta época es la aparición de lo *romántico*. Bebido el romanticismo de fuentes escritas europeas, también se inspiró en la gesta libertadora, en cuanto a impulso. *Bolívar* había practicado el romanticismo en sus discursos y proclamas, así como en su «*Delirio del Chimborazo*». Un español, *José Joaquín de Mora*, de quien provino la orientación liberal de una Constitución chilena, ejerció también su apostolado en semejante sentido. Opuesto al clasicista Bello, su más activo campo de acción radicó en Chile y Perú. Pero es a *Esteban Echeverría* a quien hay que adjudicar la paternidad efectiva del movimiento americano, así como a los proscritos argentinos.

*Echeverría* (1805-1851) quiso con su poema «*La Cautiva*» dar pábulo en Argentina a una escuela análogamente terrígena, sentimental y tradicionalista, a la que se desarrollaba en Europa, de donde él venía. El ambiente del país era propicio, a causa de la exaltación producida por el régimen rosista. *Echeverría* hubo de emigrar, a raíz de su libro «*El dogma socialista*» y de una conspiración juvenil ahogada en sangre por el tirano. Pasó a Montevideo, y desde ahí coadyuvaron a fomentar tal escuela los mejores cerebros pñatenses. Los mayores eran *Domingo Faustino Sarmiento*, *Juan Bautista Alberdi*, *Juan María Gutiérrez*, *José Mármol*, *Florencio Varela*. A éste lo asesinaron los sicarios de Rosas en Montevideo mismo. El *general Mitre*, en Chile, escribía páginas de historia. *Vicente Fidel López* rompía lanzas con los chilenos sobre el romanticismo. *Juan María Gutiérrez* propalaba enseñanzas sobre literatura colonial. *Mármol*, poeta, lanzó en 1851 su novela «*Amalia*» relato, evocación y diatriba de la época rosista. Pero lo más grande de ese movimiento fué

Sarmiento (1808-1888), cuyo «*Facundo*» (1845) es el primer ensayo de sociología americana, al par que panfleto, poema y novela de una fuerza extraordinaria. El uruguayo *Marcos Sastre* propició el romanticismo en un «*Salón*» que sostenía en Buenos Aires. En Perú asomaban los primeros balbucesos románticos, con el propio Pardo. *Julio Arboleda* (1817-1862) capitaneaba las huestes románticas colombianas con su «*Gonzalo de Oyón*»; *Fermín Toro* y *Abigail Lozano*, en Venezuela; *Fernando Calderón* y *Manuel Carpio*, en México; *Gabriel de la Concepción Valdés* («*Plácido*») (1809-1844), mulato, fusilado por rebelde, plasmó en sus cantos todo el aroma del ambiente cubano, y su sentimentalismo.

En el aspecto *doctrinal*, Esteban Echeverría es uno de los primeros revolucionarios con sus «*Palabras simbólicas*» de la Asociación de Mayo, y su «*Dogma socialista*». *Francisco de Paula González Vigil* (1792-1875), peruano, se yergue como un magnífico apóstol de libertades. Propugna la constitución de una iglesia nacional, por lo que recibe anatemas de Roma. Se opone al caudillismo de Gamarra y demanda tolerancia absoluta, jacobino y roussoniano en la sociedad incipiente de Lima.

*José Victorino Lastarria* y *Francisco Bilbao* se destacan en Chile por su empenachado liberalismo. Por mano de verdugo se quema en la plaza pública el opúsculo «*Sociabilidad chilena*» del segundo, discípulo de Lastarria. Este había fundado en 1842 una Sociedad Literaria, destinada, bajo la influencia de los proscritos argentinos, a destacar los valores estéticos del país, fomentando una literatura propia. Ambos, Lastarria y Bilbao, furiosos antihispanistas.

En el campo de la *Historia*, aparte de Alamán, Saco, Mora, Vigil ya citados, surgen los testimonios cercanos de la gesta emancipadora en las obras de *José Manuel Restrepo* (1782-1863) y su «*Historia de las revoluciones de la República de Colombia*», y en las de los venezolanos Toro y Baralt, autor este último de una sólida historia de su patria.

Desde el punto de vista del derecho, el ya mencionado (párrafo 516) *Vicente Rocafuerte* publica en Ecuador del 30 su «*Ensayo sobre la tolerancia religiosa*»; Bello forma los códigos chilenos; Vidaurre, el emisario de Bolívar a la asamblea de Panamá, intenta dictar los de Perú. En general a causa de las mismas condiciones objetivas de los pueblos no es una época propicia a esta tarea.



b) *Brasil.*

Desde luego, el Brasil no escapó a la corriente romántica, sino que, al contrario, la acendró más aun. Desde la Independencia había comenzado a crecer un sentimiento de patriótico optimismo, según la expresión de Ronald de Carvalho, y ello se transparentó en hombres de variada actividad, como el mismo *José Bonifacio*, que se afiliaba más bien a los clásicos, y como *José Domingo Gonçalves de Magalhaes* (1811-1882), escritor fluminense, poeta lírico. *Gonçalves* fué el más importante del grupo romántico brasileño. Iniciado con unas «*Poesías*» de mediocre corte clasicista, se reveló en 1836, desde París, como un verdadero renovador de la lírica de su patria: «*Suspiros poéticos*».

Pero, sin duda, el más grande representante del romanticismo brasileño fué el novelista *Gonçalves Dias*, en quien se revela, como en ninguno otro, la plenitud de la naturaleza americana. Esa inclinación a la naturaleza americana nacional lo condujo a acercarse al *indio*, de quien fué decidido y fervoroso cantor. La lírica indianista, pintoresca, benevolente y en suma cristiana, debe a *Gonçalves Dias*, no sólo en Brasil, sino en todo el continente, mucha gratitud.

c) *Estados Unidos.*

Casi no debiera considerarse, dentro del marco de la literatura norteamericana, a *Washington Irving* (1783-1859). por cuanto, habiendo vivido casi toda su existencia fuera de su patria, su obra se nutrió de remembranzas en cuanto a tema, y de influencias inglesas, en cuanto a estilo, pero regresó a los tópicos nacionales y se distinguió por su pulcritud y su erudición.

Se destaca además *Fenimore Cooper* (1789-1851), representante genuino del pionero literario con sus relatos de indios, sus proezas terrígenas, entre ellas «*El Último mohicano*», que data de 1832, cuando amanecía un romanticismo lángoroso en la otra América y triunfante aún el costumbrismo satírico. A su lado asoma *Thomas Maine Reed* (1818-1883), que aunque de origen irlandés, se vincula íntimamente a este tono, en el cual iría a sobresalir, poco después, *Bret Harte*, el autor de los «*Bocetos californianos*». *Bret Harte* (1838-1902) reivindica al Oeste en las letras. *S. L. Clemens*, más conocido como *Mark Twain*, sigue una línea complica-

da, que oscila entre el humorismo del «*Diario de Eva*» y la gesta esforzada de «*Tom Sawyer*». Todo este sector representa el genio emprendedor y dinámico de la Unión. *Melville* se destaca también con su «*Moby Dic*», «*Pierre*» y «*Tahiti*», que invita a la aventura audaz sus coetáneos.

En Nueva Inglaterra, ambiente antijacksoniano, puritano, adverso a todo cuanto resume superficialidad y frivolidad, surge, como un llamado a las más viejas tradiciones de los primitivos Pilgrim Fathers, el grupo de los Trascendentales, encarnado en las conspicuas figuras de *Ralph W. Emerson*, (1803-1882), uno de los más grandes pensadores y escritores del mundo, cuyos «*Siete ensayos*» y «*Hombres simbólicos*» representan el endiosamiento de la ética individualista; *Nataniel Hawthorne* (1804-1864), censor y descriptor encarnizado de las costumbres livianas del nuevo tiempo, en contraste con la severidad puritana, como se ve en «*La Letra Escarlata*»; *H. D. Thoreau* (1811-1862), pensador de tanta alcurnia como Emerson, hombre que puso en práctica sus teorías, amigo de la naturaleza y de la soledad, creyente fervoroso en las fuerzas de la personalidad, autor de «*Walden*» y «*Desobediencia civil*»; *Herman Melville* (1819-1871), que aportó el factor de lo exótico; y el gran poeta *Longfellow* (1807-1882), resurrector de los indígenas en su poema filosófico-descriptivo «*Hiawatha*» y orientador hacia el futuro en su «*Salmo de la vida*». Los miembros del grupo trascendentalista quisieron poner en marcha sus ideas e iniciaron el ensayo de la «*Hacienda Broock*», inspirado en el falansterio de Fourier.

La novela de *Harriet Beecher Stowe* (1811-1896), «*La cabaña del Tío Tom*», influye decisivamente en los destinos de la raza negra y en la Guerra de Secesión consiguiente.

En la poesía, Estados Unidos, pese a su pragmatismo, se destaca con tres poetas de primera magnitud en la historia literaria del mundo occidental: *Edgard Allan Poe* (1809-49), cuyo lirismo determina más tarde gran parte de la poesía francesa, como en el caso de Baudelaire, sobresaliendo con sus cuentos exóticos y sus poemas de acendrado subjetivismo: «*El cuervo*», por ejemplo; *Longfellow*, didacta y ético al par que poeta, según hemos dicho, y *Walt Whitman*, el más personal de todos, verdadera encarnación literaria del genio de los Estados Unidos. *Whitman* (1819-92) no se parece a nadie. Poeta robusto, dinámico, descarnado, cuando aparecieron sus «*Leaves of grass*» (Hojas de yerba) halló la condenación de sus compatriotas, porque se apartaba

del romanticismo ritual y se lanzaba por una poesía robusta, descarnada, maquinista, constructiva y multitudinaria.

Los estudios críticos e históricos tienen en Estados Unidos magníficos representantes en *G. Bancroft*, el historiador nacional clásico; *G. Ticknor* (1791-1871), historiador de la literatura española; *W. Prescott* (1796-1859), quien, a pesar de su ceguera, e instigado por el interés práctico y romancesco de lo hispanoamericano, traza los magníficos cuadros de su historia de los Reyes Católicos, la conquista de México y la conquista del Perú.

Los *negros* inician también entonces, o al menos definen, su capacidad lírica. *Booker T. Washington* (1859-1915) se manifiesta, entre otros, como un artista singular, lleno de dolor, dueño de un estilo impar.

### 573.—*Las artes.*

Naturalmente, el tono de las artes americanas en este período es esencialmente patriótico, a menudo guerrero. En la pintura, por ejemplo, se advierte la influencia de David. Abunda el retrato de gran «allure». Algunos artistas criollos avanzan sobre lo psicológico, como ocurre con *Benito Gil*, autor de un famoso retrato del Libertador Bolívar. Los más prefieren la decoración. Una figura de grandes dimensiones rodeada de picachos, de armas, de nubes.

Varios pintores europeos acuden al Nuevo Mundo a documentarse. Siguiendo los rastros de los literatos, tratan de alimentar su romanticismo con médula americana. Uno de ellos es singularmente notable porque ejerció notorio influjo en varios países: *Raymond Monvoisin*, bordelés, nacido en 1790, y cuyo nombre completo era el de *Raymond-Auguste Quinsac Monvoisin*.

Llegó este exímio pintor a la Argentina, deseoso de recoger en sus pinceles la faz del tirano Rosas, pero ello le costó no pocos incidentes. Antes pudo pintar «Un soldado de Rosas», varios gauchos, escenas de la campaña, pero su intención inicial no prosperaba. Por quererla realizar de todos modos, estuvo a punto de caer en prisión y sufrir los rigores de la mazorca rosista. Pasó, entonces, a Chile, donde ejecutó innumerables retratos. Ningún personaje desollante, ninguna casa que se preciara de distinción pudo prescindir de una tela de Monvoisin. Así tenemos, entre ellas, el retrato de Lastarria y muchos otros. De Chile pasó a Perú, donde hizo también numerosas cabezas, bustos y un cuerpo entero, de mucho aire, majestuoso y desafiante:

el del Mariscal Ramón Castilla, entonces jefe supremo de la República (1845).

La acción de Monvoisin sobre los pintores sudamericanos se parece a la que otros artistas franceses y británicos ejercieron en Estados Unidos y en Brasil.

Nuestro arte vivía, entonces, también del caudillismo. Todo él envuelto en una atmósfera heroica, que convergía a una exaltación reiterada y constante de la personalidad.

En el *periodismo* más bien se cultivaba ya algo más suelto, menos mitológico: la escena cotidiana. Pero ello dentro del concepto caricaturesco, en trazos simples, intencionados, tratando de ridiculizar un hecho, un tipo, un suceso cualquiera. Como era época de sátira, coincidían en el empeño los escritores y los dibujantes.

En la *música* pasaba algo semejante. Epoca de revoluciones, lo que pedía el pueblo eran canciones alusivas, modo de exaltar sus preferencias, de destacar sus rechazos. Todavía se confeccionaban himnos nacionales, y, por cierto, con cierta amplitud de miras. Bastaría recordar que el de Chile lo haría un músico español, *Ramón Carnicer*, pese a que celebraba la ruptura del poder hispano en el país.

La tonalidad bélica y heroica tendía a favorecer algo que después ha pasado en gran parte a ser dominio del folklore; los himnos partidistas. No fué patrimonio del movimiento socialista tener su «Internacional». Cada caudillo tenía su canto propio. El peruano Salaverry, por ejemplo, popularizó el «Ataque de Uchumayo», contra Santa Cruz, tocata de bronces, marcial, insistente, exaltadora. Como apunta el historiador Jorge Basadre, mucha parte de la historia peruana puede quedar comprendida en dos canciones: el «Ataque de Uchumayo» y la «Marcha Morán», marcha fúnebre en homenaje a un general caído en una de tantas refriegas internas. Rosas, desde luego, tuvo su himno. Se lo cantaba en todas las ceremonias. Los dedicados a Bolívar, a los sucesores del Libertador, a sus atacantes, forman todo un archivo musical. folklórico.

En *Estados Unidos* y *Brasil* la música, aparte de su pesquisa folklorista, desentrañando motivos terrígenos o simplemente admitiéndolos, tuvo otro sesgo. Ahí cabía ya iniciar una educación musical, desde luego para las altas cimas. La ópera europea comenzaba a extender su manto sobre dichos pueblos. Hacia el 30 y tantos, *Rossini* era la última novedad. Sus partituras embelesaban a los aficionados al arte musical sin complicaciones. Rossini venía no sólo en partituras impresas, sino en la voz barítónica de los



navegantes franceses, como ese romántico Zacarías Chabrié, capitán del brick «Le Mexicain», en que viajó a América Flora Tristán, la apasionada fundadora del socialismo obrero y abuela del insigne Paul Gauguin. (Véase Flora Tristán, «*Peregrinaciones de una Paria*», trad. Santiago, ed. Ercilla, 1941: ed. francesa, París, 1938).

La independencia política no tenía por qué acarrear en seguida independencia artística. Hasta muy entrado el siglo XIX, el argentino Alberdi propugnaba la necesidad de un «San Martín de la cultura». Los negros norteamericanos, padres de la música autóctona, eran aún esclavos. Su canto suscitaba emociones, pero no discípulos. Era materia de curiosidad, no de imitación.



## SEXTA PARTE

### HACIA LA FORMACION DE LOS ESTADOS

574.— *Generalidades.*

Sin duda, la etapa comprendida entre los años de 1848 y 1898 es el medio siglo más fecundo de la historia americana. Todos y cada uno de los países que la forman, definieron durante ella su fisonomía estatal. Se inició este período con el despertar de los Estados Unidos de Norteamérica a un destino continental; se cerró con el afianzamiento del programa hegemónico de este país. La guerra con España significó a la República de Washington un triunfo definitivo, más que en las operaciones bélicas, en otro campo: el de la influencia sobre el Nuevo Mundo.

Si tendemos una mirada panorámica sobre estos cincuenta años, veremos cómo abundaban las guerras interestatales e intestinas, pero guerras de mayor envergadura que antes, guerras que comprometían intereses más vastos y elevados. Igualmente percibimos cómo las personalidades descollantes que entonces nacen tienen menos brillo multitudinario que las de períodos anteriores, pero se caracterizan por un mayor realismo. Esta palabra —y el hecho consiguiente— reemplazan paso a paso al romanticismo de antes. Ciertamente el romanticismo se define y adquiere su auge entre 1848 y 1860, pero, a la vez, el realismo, en literatura y en política, asoma conjuntamente con su antípoda y, al fin, la vence y substituye.

Se perfilan grandes negociados, extensas empresas de obras públicas. Capitanes audaces de la industria y de las finanzas se dejan caer sobre nuestro mundo todavía inmaduro, al mismo tiempo que millares de inmigrantes, ávidos

de bienestar, truecan su pobreza europea por la comodidad americana.

Resultado natural de todo ello es que se bosqueja entonces una vida hasta entonces desconocida. La calle acentúa su influencia; el obrero deja oír claramente sus anhelos; ancian en nuestro territorio doctrinas de índole reivindicacionista, como el anarquismo, y América brinda al mundo una fecha memorable de poderoso emblematismo: el 1.º de mayo de 1886, en Chicago. La revolución industrial penetra con ella en nuestro ambiente. Y con la protesta del trabajador crece también la capacidad de poder del capitalista.

No obstante las guerras, se corporiza la idea de unidad continental, pero muy diversa a la que soñaba Bolívar. El «Panamericanismo» tiene sello de fábrica, singularizado y singularista, en tanto que el proyecto anfictionico de Panamá iba más allá de las suspicacias, se adelantaba y prevenía contra el imperialismo.

España cancela entonces sus pretensiones sobre América, y Europa, en general, se bate en retirada. Con ello no adquieren las repúblicas del sur del Río Grande la apetecida hegemonía: surge ante ellas un nuevo poder, el de Estados Unidos. La doctrina Monroe, celebrada con frenesí en 1823, cuando se luchaba por la independencia, sufre en los últimos años de este período — y más aún en los primeros del siguiente — tan diversa interpretación que da nacimiento a una desconfianza comparable al entusiasmo de ayer.

En pocos capítulos de la Historia se operó un fenómeno de disgregación más agudo, de incomprensión y distanciamiento más hondo que entonces. Las guerras fueron episodios de algo más duradero y profundo: el egoísmo nacional.

De los grandes directores de entonces, varios murieron trágicamente; casi todos abusaron del poder; no pocos incitaron a guerras fratricidas: sin embargo, estaban muy por encima de los caudillos de la primera época republicana. Correspondían a un estadio distinto de la vida universal.

Lincoln, Juárez, Núñez, Guzmán Blanco, García Moreno, Castilla, Montt, Sarmiento y Mitre, Solano López, (rezagado del anterior período) y el emperador Pedro II, qué diversidad de personalidades, pero qué uniformidad en los objetivos fundamentales: construir sus Estados dentro de moldes, equivocados o no, pero de todos modos, propios. La pasión del nacionalismo estatal preside sus obras. Quisieron unificar, a veces con errores insalvables, otras con aciertos fecundos; mas su unificación adolecía de un defecto



común: no pensaban sino en la patria chica — chica aunque fueran los Estados Unidos de Norteamérica o el Brasil, porque el continente es mayor que sus componentes.

En medio de tales peripecias, la historia de nuestros pueblos adquiere ya un contorno más definido. Son Estados los que actúan. No ya conglomerados heterogéneos ni caudillos solitarios: el pueblo articula sus necesidades, el sufragio trata de servirle de vehículo, el caudillo hurga en las pasiones y necesidades colectivas. Acertaron o no, es cuestión que no compete a este libro. Nos basta señalar el hecho, que en sí implicaba una renovación total.

## ESTADOS UNIDOS: UNIFICACION NACIONAL Y CONTINENTAL

### 575.—*La sucesión de presidentes.*

Como hemos visto, el general *Zacarías Taylor*, vencedor de la guerra de Texas, fué efecto Presidente de la República en 1849. Pertenecía al partido de los whigs y se aprestaba a realizar un gobierno de tipo nacional cuando le sorprendió la muerte, al año siguiente de su asunción, por lo que fué reemplazado por otro *whig*, *Miller Fillmore* (1850-53), quien tuvo que completar el período de Taylor.

Ya entonces, la agitación esclavista y antiesclavista, que da color a la etapa de que nos ocupamos, estaba desatada y comenzaba a ser cruda. En las elecciones de 1853 se vió claramente la influencia que aquel debate, planteado desde los remotos días de la independencia, tenía en la vida política nacional. El general *Franklin Pierce*, demócrata, fué designado presidente para el período 1853-1857, con el apoyo de los esclavistas que lo rodeaban. De esta suerte se vió con claridad que el problema, lejos de suavizarse, adquiría cada vez contornos más definidos y entraba en términos más inconciliables. Durante el gobierno de *James Buchanan* (1857-1861), también demócrata, y como los demócratas de entonces partidario de la esclavitud, el conflicto fué ya inocultable. Pero sería con *Abraham Lincoln* (1861-1865) con quien estallaría la Guerra de Secesión, única forma de liquidar aquel ya largo y enojoso litigio.

576.—*Pródromos de la Guerra de Secesión.*

El sur del país, eminentemente agrícola, con pocas industrias y muchos esclavos, alimentado por ideas plenamente feudalistas, había querido organizar, desde mucho antes, un pacto contra los Estados antiesclavistas. El Oeste, dependiente económicamente del Este, no podía dejar de tener en cuenta esta circunstancia, a la que tampoco era ajeno el propio Sur, sometido, en cierto modo, a la tutoría manufacturera del Septentrión.

Gradualmente, en tanto, las ideas de los padres de la Patria, acerca de la igualdad humana, reconocida por la Declaración de Independencia, se estaban abriendo camino. En 1780, ya Massachusetts tenía decretada la abolición de la esclavitud. Pensilvania, por esos mismos días, inició idéntico movimiento. Gradualmente, New Hampshire, Connecticut y New Jersey siguieron tras sus huellas. Hacia 1799, Nueva York se pronunciaba por una especie de «libertad de vientres», como se dijo en Indoamérica, o sea que nadie nacería esclavo en su territorio. El año de 1827 amplió mucho más este concepto.

Y ello se explicaba. Franklin había presidido, en los días de su auge, una sociedad contra la esclavitud. Jefferson se manifestó contra el comercio de piezas de ébano. Madison y Clay habían sido adversos a la esclavitud también. El año 31, «*The Liberator*» de Boston, iniciaba una severa campaña antiesclavista bajo los auspicios de Garrison. Y hasta en el Sur se dejó sentir la huella de aquel movimiento.

Pero, el alza del algodón, sus nuevas aplicaciones, la codicia y el carácter de la economía de la región retrotrajeron las cosas hasta el extremo de que, en 1837, el senador Calhoun llegó a denominar «*positive goods*» a los esclavos, con franqueza rayana en el cinismo. En realidad, era un criterio minoritario oligárquico, en cuanto al total de la población del país (3.500 poseedores de esclavos sobre 20 millones de blancos), pero ese pequeño grupo tenía en su poder una vastísima porción de la tierra de la República.

577.—*Disputas y transacciones.*

En 1818, Missouri pidió ser incorporado al conjunto de la Nación como un Estado más. Pero, la mayoría de la Cá-

mara de Representantes, donde predominaban los norteos, se negaron, por considerar a Missouri una comarca esclavista, mientras que el Senado, donde había mayoría sudista, aceptó la admisión. Para evitar una ruptura perjudicial a la naciente Nación se convino en transigir de la siguiente manera: Maine, que se separaba de Massachusetts, ingresaba a la Unión como Estado autónomo, siendo de mayoría antiesclavista, mientras Missouri también era recibido, siendo esclavista. Aquel fué el pacto de Missouri.

En 1846, durante la guerra con México, el representante David Wilmot pidió que en el territorio quitado al vecino del sur quedara abolida la esclavitud, no obstante hallarse en la zona sureña o esclavista. No lo consiguió.

En 1850, se produjo en el Parlamento el memorable debate entre Webster, Clay y Calhoun (esclavista) en torno a la asendereada cuestión. Ello condujo a una nueva transacción. Pero, en 1852, ganaron las elecciones presidenciales los proesclavistas, con Pierce, a lo cual fué digna respuesta un libro de explosiva resonancia, «*La cabaña del Tío Tom*», de Harriet Beecher Stowe. Puede decirse que no hubo mejor declaración de principios, ni más ardiente panfleto contra la esclavitud que la sentimental historia contenida en aquel volumen.

Hacia 1854, sin embargo, un político taimado y ambicioso, *Stephan Douglas*, demócrata, pretendió ganar votos mediante el apoyo de los sudistas, e hizo plataforma electoral del rechazo del compromiso de Missouri. La respuesta popular en numerosos Estados fué quemarlo en efígie en medio de mueras y dicterios.

Fué entonces cuando, fusionando varios grupos, surgió el *Partido Republicano*, en cuyas filas formaron hombres tan eminentes como Emerson, Washington Irving, Longfellow, W. P. Bryant, G. W. Curtis, la flor y nata de la inteligencia estadounidense. No obstante eso, en las elecciones del 54, *Buchanan*, demócrata, derrotó a los meritísimos republicanos.

Poco más tarde, el 57, se presentó el famoso caso del esclavo *Dred Scott*. Fugitivo de su amo y su comarca, se refugió en una región antiesclavista, pero fué extraído de ahí y entregado a las autoridades de la sección esclavista, donde volvió a su primitiva condición. Llamada a juzgar el caso, la Alta Corte de Justicia declaró que, desde que la antiesclavitud no prohibía la esclavitud nadie tenía el derecho de violar la Carta fundamental.

El fallo encontró franca repulsa en el Norte. *Lincoln*

hizo de ello plataforma electoral en las elecciones de 1850.

A todo esto, en 1857 se había desatado un intenso pánico financiero, con muchos cierres de fábricas y despidos de trabajadores. El fracaso económico y la cuestión de la esclavitud inspiraron a Abraham Lincoln en su primer duelo oratorio con Stephan Douglas en pos de la senaduría de Illinois. «*Una casa dividida por dentro, no puede tenerse en pie. Yo creo que este régimen no podrá subsistir si hay medio país esclavista y medio país libre*» había dicho el sagaz Lincoln el «*honest Abe*», llamado también cariñosamente el «*little giant*» por sus partidarios. Pero Douglas ganó la senaduría, aunque dos años después perdió la Presidencia de la República ante el mismo Lincoln.

Como para aumentar aquella confusión, surgió el frenético *John Brown*, quien después de una tumultuosa y apasionada jira por el país, en furiosa propaganda contra la esclavitud, fué juzgado por las autoridades, condenado a muerte y ejecutado por el delito de atentar contra la seguridad del Estado. Era ya en 1860.

La figura de John Brown entró en la veneración del pueblo como un santo y un mártir.

Poco después, se produjo la división en el seno de los demócratas. Los republicanos no tuvieron mayores dificultades para triunfar en 1861, teniendo como candidato a *Abraham Lincoln*, el rival de Douglas.

#### 578.—*Lincoln. — La Guerra de Secesión.*

Lincoln tenía a la sazón 51 años. Había nacido en Kentucky, el año de 1809, hijo de padres que vivían en la frontera. El mismo, como sus progenitores, fué en su juventud un pioneer. Sin medios de fortuna, dueño de una tenacidad y una astucia y un vigor incomparables, ejerció el oficio de leñador, pero después se consagró a estudiar leyes, en cuya profesión demostró una claridad de juicio y una rectitud de conciencia tan poco comunes que, pronto, ganó la confianza de sus conterráneos y su fama irradió a los pueblos vecinos.

La política le atrajo como una función normal de un espíritu amante de la justicia, para realizar ideas de bienestar colectivo. Su duelo oratorio con Douglas figura en los anales de los debates más atractivos y aleccionantes de la historia política del pasado siglo. Fiel a su divisa antiesclavista de gobernar «para el pueblo, por el pueblo y con el pueblo», del cual formaban también parte los esclavos,



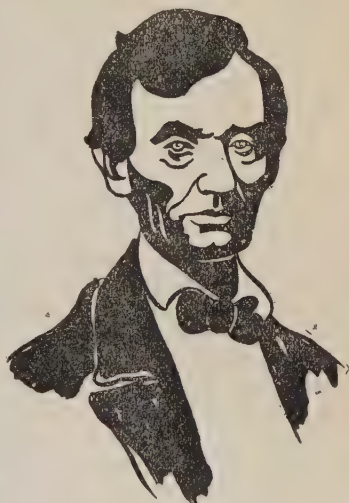
no vaciló en precipitar el rompimiento con el sur, ya que tenía la convicción, ya expresada en otra máxima suya, de que no podría subsistir la Patria si coexistían dos regímenes tan antagónicos como el esclavista y el antiesclavista o libre en su propio seno.

Al ser electo Lincoln, el sur arreció sus ataques a la «República Negra», como ya denominaba irrisoriamente al norte. El Estado de Carolina del Sur fué de los más vehementes. Iniciando la *Secesión* proclamó en diciembre su desentendimiento de la Unión, y pidió a los vecinos que lo siguieran. Georgia, Florida, Alabama, Missouri y, en fin, Texas, imitaron al primero. Lincoln no demostró blandura ni temor. En vez de las acostumbradas transacciones, demostró una inflexibilidad temeraria, que al comienzo se juzgó suicida, entre otras razones porque el sur tenía su ejército en pie de guerra.

El bombardeo de *Fort Sumpter*, por los sudistas, decidió a Virginia a plegarse al sur, pero, como existía mucha resistencia en el Estado, no tardó en dibujarse la posibilidad de una nueva entidad, la West Virginia o Virginia Occidental, favorable a la Unión (eso ocurrió en 1863).

En realidad, la fortaleza de Lincoln en esta coyuntura provenía de lo más arraigado y profundo de su ser. De acuerdo con una teoría ya expuesta por Webster, creía Lincoln que *la Unión no podía discutirse*, como pretendían los sudistas, puesto que era aún *más antigua que los Estados Unidos*, anterior a la misma Declaración de Independencia y condición de ésta, ya que el Congreso continental que precedió a los sucesos de Boston y Filadelfia la había estipulado como requisito *sine qua non* de la República.

Contra la *Unión* tradicional, realmente democrática y antiesclavista, se constituyó la *Confederación*. Lincoln siguió firme en sus ideas y sus actitudes. En abril de 1861 se le ve disponiendo el bloqueo de todos los puertos del sur. De



LINCOLN

esta suerte reducía la guerra — salvo el corso — al territorio de los Estados Unidos, donde se enfrentaban, de una parte, la Confederación, con 11 Estados y 9 millones de habitantes (la tercera parte esclavos), esencialmente agrícola, sin gran industria, y la Unión, con 2 Estados, 22 millones de habitantes, la mayor parte libres, y una industria desarrollada.

A lo largo de la contienda, se advirtió claramente que la jactancia, de tipo feudal, de que adolecía el sur contribuyó no poco a su ruina. Mientras la Unión poseía su sistema monetario propio, la Confederación hubo de crearse uno, durante la lucha. Y en el afán de buscar asideros para su actitud esclavista, no vaciló en ir tras el apoyo de las monarquías europeas, ponerse en contra de las llamantes democracias hispanoamericanas y querer intercambiar algodón de sus campos por armamento de Inglaterra. «Algodón, arroz, tabaco y mercados marítimos son los que comandan el mundo», dijo en solemne oportunidad el senador Hammond, de Carolina del Sur. Basados en falsos cálculos, los señores rurales del Meridión llegaron a pensar que el Norte no opondría resistencia, por lo que fué muy grande su sorpresa cuando, según dijimos, al ataque lanzado contra el Fuerte Sumpter (12-14 de abril de 1861), el Norte contestó con inmediatas medidas militares.

El 15 de abril Lincoln hizo su primer llamado a las armas: 75.000 hombres por sólo 3 meses. El 19 lanzó su ya mencionado decreto de bloqueo de los puertos del Sur que fué un golpe de muerte para sus enemigos. Si bien sus efectos no se vieron tan de pronto, la acción de aquella medida socavó rápidamente el poderío de los confederados. Bastarían para revelarlo unos pocos datos: el algodón, principal riqueza sureña, cuya exportación alcanzaba en 1860 a 202 000 000 de dólares, bajó, en 1861, a 41.000.000, y en 1862, a 4.000.0000. Los bonos emitidos por los confederados se depreciaron, en consecuencia.

Sin embargo, los sudistas lograron varios éxitos militares al comienzo, debido a que se hallaban mejor preparados que los nortehños para la guerra. Lincoln llamó más gente a las armas: 300.000 hombres por un período de 9 meses, a partir de agosto de 1862.

Aquel reclutamiento fracasó, pues sólo acudieron 87.000. En marzo del 63, a medida que el progreso de las fuerzas de la Unión era más claro, ansioso de asestar un golpe definitivo, Lincoln convocó a todos los nativos y residentes que querían ser ciudadanos de Estados Unidos, entre 20 y

45 años, dejando, sin embargo, la posibilidad de exonerarse del servicio mediante el pago de 300 dólares. Contra lo previsto, las exoneraciones llegaron a enorme número, pero el dinero de aquellas redenciones permitió adquirir nuevos implementos de guerra.

Desde luego, no fué el único recurso económico de la Unión. Lincoln elevó muchos impuestos y creó otros, de preferencia directos, entre ellos uno de timbres y otros sobre artículos de lujo. Para cohesionar tales medidas hubo de abolir varias conquistas de orden legal — como el *habeas corpus*, sosteniendo que, si un soldado que desertaba era acreedor a severo castigo, igual sanción correspondía a aquellos que lo incitaron a desertar.

En el territorio de la Unión hubo, por eso, tenaz resistencia contra Lincoln. Nueva York, en julio de 1863, asistió a un motín sangriento, en el cual fueron colgados y asesinados muchos negros por los antiesclavistas del norte.

Lincoln se dió cuenta desde el comienzo, con una mirada perspicaz de estadista, que hubiera sido un error hacer girar la guerra en torno del esclavismo o el antiesclavismo. Ni siquiera se apresuró a dictar la abolición de la esclavitud, sino muy avanzado el triunfo norteno. Su consigna fué precisa y simple: *la guerra era por la Unión contra la Secesión*. Por mantener la unidad del país, contra los divisionistas. El segundo paso, logrado ya casi el éxito de la campaña, volvió sobre el asunto de la esclavitud, encarándolo gradualmente. Comenzó con la abolición de la esclavitud en favor de los negros que residían en territorios confederados, en armas contra los unionistas. Ello fué después que McClellan infligiera la derrota de Antietam, en Maryland, a las fuerzas del confederado general Lee.

Sólo entonces, y con cargo a una ratificación que no se produjo hasta comienzos de 1865, se atrevió Lincoln a adoptar la medida *abolicionista*.

Desde el punto de vista táctico, Lincoln comprendió desde el principio la posición del problema. Para el Sur, la guerra era ante todo defensiva, con las ventajas consiguientes: lucharía en su propio territorio; para el Norte, era agresiva y de ocupación, con las desventajas de luchar en territorio ajeno.

En el Oeste, el general *Ulises Grant*, unionista, hizo rápidos avances, casi desde que se rompieron las hostilidades. En febrero del 62 tomó Fort Donovan, avanzando 2.000 millas en zona sureña; a mediados del 63 ocupaba el valle de Mississippi. El general *Sherman* avanzó sobre Atlanta, im-

portante ciudad de los confederados, en 1864, ocupando el litoral. Pero, al Este, la lucha fué mucho más difícil. Lee resistió duramente a varios ejércitos de la Unión, haciendo fracasar los intentos de generales como McClellan, Pope, Hooker, Meade, etc.

Finalmente, el 9 de abril de 1865, el general Lee se rindió en *Apomathox*, cerca de Richmond, capital de Virginia y de la Confederación.

579. — *Consecuencias de la guerra.—Asesinato de Lincoln.*

La Guerra de Secesión fué llevada a cabo con gran violencia y numerosas crueldades por lado y lado. Ciudades incendiadas, campos devastados, ferrovías deshechas, asesinatos, saqueos: Estados Unidos quedó exhausto después de esos cuatro años de contienda.

Cierto que triunfó la Unión en toda la línea, tanto en los hechos como en la teoría, pues no sólo barrió todo asomo secesionista, sino que destruyó el poder esclavista y llegó hasta a otorgar el voto político a los negros libres (1868). Además, en 1870, proscribió del desempeño de todo cargo público a los directores del movimiento confederado.

Cierto, además, que se impuso la industria sobre la riqueza rural; y que, rompiendo los privilegios y abusos de tipo feudal vigentes aun en el meridión, quedó reconocido que nadie podía ser privado de libertad sin ser sometido a juicio legal, ni privado del voto por razones de color, raza o religión. Mas, a pesar de tales hechos y principios, Lincoln, el vencedor, tuvo serias dificultades para ser electo en 1865. Su victoria sobre McClellan fué por 2.200.000 votos contra 1.800.000.

Efímera victoria. Iba a iniciar su segundo período sobre el país ya unificado, cuando, en una función de teatro, en abril de 1865, en Washington, el actor sudista *John Wilkers Booth* lo asesinó por la espalda, de un pistoletazo. Lincoln se hallaba entonces en el apogeo de su vida y de su obra. A pesar de lo cual, lejos de envanecerse, conservaba la sobriedad de sus costumbres y planeaba una conjunción nacional, sobre bases de moderación y mutuo respeto.

A Lincoln lo sucedió, en las dramáticas circunstancias en que terminó súbitamente su gobierno, *Andrew Johnson*, republicano (1865-1869). A éste, el general *Ulises Grant*, republicano también, vencedor de Lee, quien gobernó dos períodos, del 1869 al 1877. A Grant, *Rutherford Hayes*, re-



publicano, desde 1877 a 1881. Posteriormente advino *James A. Garfield* (1881), muerto trágicamente. Su vice-presidente, *Chester Arthur*, terminó el período hasta 1885. *Grover Cleveland* (1885-1889) marca una nueva dirección en los negocios públicos, pues representó a los *demócratas*. Lo sucede *Benjamin Harrison* (1889-93) y, a éste de nuevo *Cleveland* (1893-97).

A *William McKinley* (1897-1901) le tocó afrontar la guerra hispanonorteamericana y la liberación de Cuba.

### 580.— *La Reconstrucción.*

Ahora bien, ¿cuál fué el contenido de estos gobiernos? Ante todo se debe encarar la etapa de la Reconstrucción a raíz de la muerte de Lincoln y la paz con el Sur.

La Guerra de Secesión dejó amargos resabios. Muchos nortños, sin escrúpulos, aprovecharon de ella para contrabandear y explotar a los vencidos. Ellos son conocidos con el nombre de «*Carpetbaggers*». A su vez, aventureros sudistas los «*scalawaghs*» traicionando su filiación, se esforzaban por sacar el mayor provecho posible de lo ocurrido. Entrambos, desacreditaron la era de la reconstrucción. Cierta número de negros enorgullecidos se hizo solidario con las responsabilidades de aquella etapa. A tal punto llegó la carestía y la explotación en dicha época que se cita el caso de que el Congreso de Carolina del Sur comprara relojes a 480 dólares cada uno, y candelabros a 650 dólares. El precio de la tierra se quintuplicó. Además, la ruina ferroviaria, agraria y del crédito permitía toda clase de especulaciones. Y esto llegó a tal punto que los blancos de Norte y Sur realizaron un tácito convenio contra los insofentes negros, a lo cual contribuyeron dos asociaciones secretas y severísimas: el *Klu Klux Klan* (fundado en 1866 en Tennessee y disuelto, al menos formalmente, por propia voluntad en 1869), y los *White Camelias*.

En efecto, hacia 1872, se concedió amnistía a todos los unionistas. La reacción contra la arrogancia de los negros libertos fué tal que, a pesar de la Constitución, entre 1870 y 1900 se aprobaron tales enmiendas, que prácticamente en esta última fecha votaba sólo el 1% de los hombres de color.

Nuevamente se hizo bandera electoral del problema negro. Como los republicanos ofrecieran y no cumplieran limitar más aún la intervención electoral negra, los sudistas constituyeron el «*Solid South*» antirrepublicano.

Más tarde, ocurrió otro hecho de suma importancia: el Sur se industrializó. La propiedad agrícola fué notablemente subdividida o parcelada, poniendo final al latifundio. Los ríos se aprovecharon no sólo para regadío, sino también como propulsores de corriente eléctrica. Entre 1880 y 1900, se descubrieron yacimientos de carbón, petróleo y hierro en el Sur, con lo cual se fomentó la industria pesada regional y el comercio consiguiente. Si en 1860 el Sur contaba con 10.000 millas de ferrovías, en 1880 ya tenía alrededor de 20.000. El país todo tuvo, en 1860, 30.000 millas; 166,000 en 1890 y 242.000 en 1900.

581 — *Transformación progresista de los Estados Unidos.— El Oeste.*

El predominio del Partido Republicano cubre la etapa de 1861 a 1885, después de lo cual empieza la de los demócratas, nuevamente interrumpida por el renacimiento de sus rivales.

Al mismo tiempo, superando las actividades anteriores y extendiendo la órbita de acción civilizadora e industrializadora a todo el territorio, se inicia la campaña por la incorporación del West, o sea el *Oeste* o zona del Pacífico, mediante la construcción del ferrocarril a esa comarca y, al par, por la campaña contra los indios.

Los *pioneers* no tuvieron consideración alguna con los Pielés Rojas, procedieron contra ellos a sangre y fuego. El general Custers, al mando de tropas regulares, atacó a los siux despiadadamente en 1876. Los vaqueros o *cowboys*, hombres libres, especie de bandeirantes, secundaron aquella tarea, sin miramientos tampoco, entre 1870 y 1890.

Una oleada de inmigrantes acudió a los nuevos territorios ganados a la civilización, especialmente alemanes, irlandeses y escandinavos, sobre cuya base se constituyeron las flamantes poblaciones y fortines del Oeste. Fué así como creció la población occidental en forma vertiginosa. La estadística indica que, entre 1860 y 1880, esto es, en veinte años, los habitantes de Nebraska aumentaron de 280.000 a 500.000; los de Iowa, de 600.000 a 1.600.000. De 1889 a 1890 seis nuevos Estados fueron admitidos en la Unión, y cada uno de ellos mantenía su sistema de *self government*, dentro de las típicas modalidades constitucionales de las Trece Colonias, cuyas libertades robusteció la República.

Cierto que en 1873, con la baja de la plata, se produjo una nueva crisis, acentuada por la desorientación que tra-

jeron las escisiones en el seno de demócratas y republicanos. Pero, fué pasajera. Mientras las Repúblicas del Sur del Río Grande afrontaban pendencias de tipo caudillistas e iban perdiendo el dominio sobre sus propias riquezas. Estados Unidos constituía ya un aparato financiero moderno y evolucionaba del capitalismo industrial al financiero con la aparición de las grandes corporaciones, compañías y trusts.

Así como Vanderbilt inició su marcha hacia la fortuna en el anterior período, ahora surgían dos grandes capitanes de la industria y la finanza: *J. Pierpont Morgan* y *John Rockefeller*. Morgan, al fundar la *United States Steel Corporation*, dió un paso gigantesco hacia la concentración de capital. Rockefeller señaló el camino de los trusts, consolidado con el nacimiento de los *Banking Corporation*.

Al par que crecían las fortunas y se acumulaban en pocas manos, dando vida a la nueva jerarquía de los magnates del dinero, las ciudades industriales reunían más y más habitantes. Nueva York, que tenía 1.174.000 habitantes en 1860, alcanzó a cerca de 3 millones y medio a fines del siglo. Chicago tuvo una evolución más vertiginosa aun: de 109.000 llegó a 1.698.000 en menos de medio siglo.

El Este era ya una gran nación: el Oeste comenzaba también a serlo por la vía del industrialismo y la inmigración

582.— *Estados Unidos, potencia mundial.—Guerra con España.*

Desde luego, aquel engrandecimiento convirtió a Estados Unidos en potencia mundial. Ya en 1844, mientras desarrollaba su política de penetración en México, iniciando al par su política expansiva en el Pacífico, estableció relaciones comerciales con el gobierno de la *China*, y, no contento con eso, en 1865 amenazaba con los cañones de la escuadra del comodoro *Parry* a los entonces bárbaros *japoneses* para obligarlos a abrir sus puertas al comercio occidental.

En esta marcha progresiva, implacable, dos años más tarde (1867) adquiría por compra a Rusia la región de Alaska, integrando así su personalidad geográfica. El 88 intervenía ya en la administración de *Samoa*. Diez años después se anexaba *Hawai*, base indispensable para su defensa en el Pacífico, y tomaba parte en la guerra de la independencia de *Cuba*, declarando rotas las hostilidades con *España* a raíz del incidente del «Maire».

Con anterioridad, la política de los Estados Unidos había empezado a utilizar como plataforma electoral, las cuestiones externas. Los republicanos, aprovechando la encendida prédica libertadora del apóstol cubano José Martí, enarbolaron como una de sus reivindicaciones la necesidad de emancipar a Cuba de las manos de España, asiéndose así a la declaración de Monroe y adelantándose a los designios de Inglaterra que siempre tuvo en sus planes establecer un punto estratégico en La Habana.

Llegada la esperada oportunidad, los Estados Unidos no vacilaron en declarar la guerra a España e intervenir en defensa de Cuba, como lo veremos más adelante. La victoria coronó los esfuerzos de los norteamericanos. Y aunque Cuba quedó entonces nominalmente libre, la influencia estadounidense sobre la isla se hizo patente con la Enmienda Platt, años después, y Estados Unidos se anexó las *islas* de *Puerto Rico* y *Filipinas*, hasta ahí colonias hispanas. Poco después en 1900, cuando ocurrió el famoso levantamiento de los Boxers en la China, Estados Unidos era tomado en consideración como una de las grandes potencias mundiales, al mismo nivel que Inglaterra, Francia y Alemania: y efectivamente, Estados Unidos era ya una potencia mundial, cuya intervención en los negocios públicos y privados de la América Latina estaba creando una nueva política y un nuevo conflicto: los derivados del imperialismo.

## MEXICO DE LA ANARQUIA A LA AUTOCRACIA

### 583.— *La anarquía tras el conflicto.*

México, después del tratado de Guadalupe Victoria, cercenados ya Texas y territorios adyacentes, quedó sumamente postrado. A la amputación geográfica se añadía el quebranto económico y el desengaño moral. El general *J. J. de Herrera* (1848-1851), que entonces tomó el mando, hizo esfuerzos por reajustar el mecanismo administrativo y dar unidad al país desorganizado y anarquizado, pero chocó con dificultades incontables, entre ellas la rebelión del general Paredes Arrillaga y nuevos intentos de separatismo, fomentados por intereses cacicales.

Cuando su sucesor, el general *Mariano Arista* (enero de 1851), pretendió restablecer el orden, tropezó con mayo-



res obstáculos aun que su antecesor. Como obedeciendo a una disposición superior, se alzaron contra él elementos contradictorios. Los norteamericanos reanudaron sus ataques fronterizos, en un inesperado propósito de anexarse nuevas zonas mexicanas, al par que las tribus indias, no dominadas, proclamaban la insurrección contra el Gobierno. En esa situación totalmente revuelta, el general Arista quiso contar con facultades extraordinarias para imponerse, pero, nueva traba, el Congreso no quiso concedérselas. Harto de una lucha estéril, dimitió el poder.

584.—*Los conservadores y Santa Anna.*

En la sombra, tras toda aquella agitación, estaban actuando los conservadores, quienes, urgidos de un «hombre de a caballo», no vacilaron en apoyar al ex dictador *Santa Anna*, que volvió en esos días de su destierro en Jamaica, resuelto a recuperar el disfrute del mando. No le fué difícil conseguirlo, dado el caos que reinaba en su patria y su incontestable ascendiente sobre muchos sectores.

El clero, sumamente dinámico en política en México, le secundó sin reticencias; los latifundistas lo erigieron en su caudillo, y, de esta manera, el réprobo de ayer, volvió al gobierno con más respaldo, más sensualizado, más cruel, más dilapidador y más impune. La megalomanía había hecho presa del viejo soldado. No obstante pesar sobre sus hombres los fracasos y errores de la cuestión de Texas, pidió para sí el absurdo título de «Alteza Serenísima», pensando en hacerse coronar como Iturbide: si algo le detuvo, quizá fué la sombra del infortunado Agustín I. Su patriotismo, que radicaba en sólo salvar su persona, le empujó a pactar con Estados Unidos la venta de otro territorio mexicano más: el de *La Mesilla*. Como esto y sus abusos colmaron la medida, y como el pueblo insurgiera amenazante contra esta hechura de los «ricos». *Santa Anna*, en un alarde de insensatez, pidió apoyo a España, que en esa época demostraba renovado interés por sus ex colonias americanas. Con una invitación así en el Norte y la del general Flores en Ecuador, se comprende que Isabel II diera por descontado su triunfo en el momento en que se presentara con alguna fuerza armada frente a las costas del Pacífico. Lo acaecido una década después, con la escuadra de Méndez Núñez, tiene ahí su clave.

585.— *El plan de Ayutla.*

Finalmente, después de una pesadilla que duró poco más de un año, en mayo de 1854 los liberales lograron ponerse de acuerdo sobre un plan de reformas, que debía servir de plataforma a la revolución inevitable. El anticlericalismo, el antilatifundismo y el laicismo constituyeron el nervio de aquel programa, que, sin embargo, formalmente se limitó a combatir a Santa Anna y a exigir un Congreso federal. Prestóle su espada el viejo general *Juan Alvarez* unido al abogado — y general, por cierto — *Ignacio Comonfort*, y fué entonces también cuando apareció el joven abogado indígena *Benito Juárez*, en quien, desde el comienzo, Santa Anna vió un enemigo irreconciliable, por lo que echó sobre él sus polizontes.

Prácticamente se hallaban en lucha dos principios: el clericalismo versus el laicismo; el latifundio contra el pueblo y el pequeño productor, la colonia contra la revolución; el extranjerismo contra el vernaculismo y hasta indigenismo o criollismo. Difícil cualquiera transacción. Así lo entendió Santa Anna, quien se opuso con feroz energía a sus enemigos durante un año y medio de guerra.

Pero, dado el caos que reinaba en el país, México era una prenda tentadora para cualquier atrevido. Los filibusteros, como en los últimos días del coloniaje, merodeaban por el mar de las Antillas y zonas vecinas. Ya fuera Walker, el efímero magnate de Nicaragua; ya el pintoresco conde francés Revussat de Boulton, quien, al mando de una fracción de piratas francoamericanos, desembarcó en el litoral mexicano, se proclamó Rey de Sonora y, duro destino inevitable de los desaprensivos, fué a pagar sus culpas en el patíbulo, en el mes de agosto de 1854.

Entretanto, la lucha entre los liberales y Santa Anna proseguía sin tregua. Al fin, hacia enero de 1855, el dictador no pudo ocultar su derrota. Poco después, el 14 de agosto, huía por Veracruz, abandonando el campo a sus adversarios.

586.— *El liberalismo en el poder.*— *Reacción conservadora.*

No quiso el vencedor lanzarse desaforadamente al gobierno, sino que convocó a una *Convención en Cuernavaca*, la cual le ungió presidente (4 de octubre de 1855). Alvarez

llamó a su Ministerio a Comonforte y a Juárez entre otros. La presión anticlerical y antilatifundista que encarnaba Juárez no estaba en consonancia con el espíritu de Alvarez, quien, poco más tarde, dimitió la presidencia. Le reemplazó Comonforte.

Juárez se alejó del ministerio, pero dejando, como huella de su paso, la temida y formidable ley de secularización de los bienes eclesiásticos, con lo que el Estado mexicano adquiriría incontables riquezas, algo así como 300 millones de pesos. Pocas leyes hallaron mayor resistencia. El clero y los ricos comprendían que se jugaba una partida a muerte, y opusieron todas sus fuerzas. Juárez triunfó. Y no sólo eso, sino que, en seguida, se avanzó a reformar la estructura misma del Estado, mediante la Constitución democrática y liberal del 11 de marzo de 1857, que despertó nuevas oleadas de protesta entre los elementos conservadores, incluyendo a una parte del ejército. Cada vez se definirían mejor los caracteres de la contienda mexicana.

En septiembre del mismo año 57, Comonforte fué elegido presidente constitucional. Apenas si tardó en manifestar su divorcio con Juárez y, por ende, con los liberales. El ejército, actuando decididamente por medio de los generales Zuloaga y París, lo obligó a llamar a su lado a los conservadores. Nadie pudo engañarse sobre las consecuencias de aquel acto. El liberalismo alzó su pendón de guerra, y Comonforte, que, en el fondo, era realmente liberal, dimitió la presidencia y emigró, lleno de dolor y desengaño (diciembre de 1858). No volvería a la patria sino llegada la hora de luchar contra el invasor extranjero que pretendía imponer un emperador austríaco al país. Murió en una emboscada en plena guerra, el año 1863.

587.— *Se reanuda la lucha entre liberales y conservadores.*

El alejamiento de Comonforte complació, y, por otro lado, desconcertó los planes de los conservadores. Su legítimo sucesor era el Presidente de la Corte Suprema, o sea, *Benito Juárez*, pero el general *Félix Zuloaga* se proclamó legalmente, jefe de la Nación. Juárez aceptó el reto. Y entonces comienza la epopeya de ese hombrecito de apariencia humilde, oscuro de tez, pero de alma clara y firme como cristal de roca.

Benito Juárez había nacido en Oaxaca, el año de 1806, de un hogar modesto. Su educación, como la de Lincoln, su

coetáneo, tuvo altibajos conmovedores. Un franciscano guió sus primeros pasos, pero a él le interesaba, tanto como las letras, el lenguaje de su tierra, del indio, su hermano. Adverso por convicción y temperamento a los latifundistas, clérigos y militares, que representaban para él la opresión de su pueblo, hizo armas contra Santa Anna, por lo que éste lo persiguió en 1853. Obligado a emigrar, el abogado Juárez trabajó como obrero manual en una aldea de Estados Unidos vecina a la frontera. Ahí aprendió a conocer las instituciones libres en su amplitud y resolvió proseguir en su campaña. Ministro de Alvarez, en 1855, su doctrina y sus hechos no se desviaron un ápice de la línea trazada. Por eso, cuando le llegó su hora, tenía limpiadas las manos y la energía avasalladora y vigilante.

Juárez representó la constitucionalidad frente al desmán autoritario. Sin temor a los alardes de Zuloaga, convenció a Manuel Dorado, gobernador de Guanajuato, de su buena causa y juntos acometieron la ciudad de Guadalajara, enarbolando el estandarte de la ley.

La guerra se hizo en condiciones indescriptiblemente cruentas. Desatada la ira popular, la bala y el machete imponían su ley doquiera. Juárez, impertérrito, ya en Veracruz, afrontaba el temporal, abroquelado en la ley. El general Miguel Miramón reemplazó a Zuloaga. A Juárez, nadie. Todo aquel año 58 y el 59, una ola de sangre cubrió a México: la «bola» arrastraba el dolor y el luto tras sí.

Pero no se limitaba simplemente a resistir sino que, además, corroborando el plan de Ayutla, lanzó una nueva consigna: «la Reforma». Aquella guerra se llevaba a cabo por la ley y «la reforma», palabra mágica que enardecía a los liberales y a los descontentos con los excesos de los militares. En esos días, un hecho nuevo vino a reforzar la posición moral de Juárez: los Estados Unidos reconocieron su legalidad.

Ya Juárez era dueño de la ciudad de México (diciembre de 1860), donde se instaló solemnemente en enero del 61, casi sincrónicamente con Lincoln en Washington. Cuando eso ocurría, Juárez llevaba más de dos años en la presidencia (1858), y en ella se mantendría hasta su muerte (1872).

Pocas historias más turbulentas y sangrientas que la del México de entonces. Ciertamente Juárez era la ley en persona, y que uno de sus ministros, el egregio don Miguel Lerdo de Tejada, representaba, a su vez, lo más esclarecido de la civilidad. Pero eso no impidió que, por otra parte, Zuloaga le hubiera fusilado a otro ministro, Melchor Cam-



po, y que los jueces no lograran detener aquel torrente desatado de la venganza, el rencor, la protesta y el fanatismo.

588.— *La intervención extranjera.*

Pero nada fué tan amargo como la intervención extranjera que Juárez hubo de afrontar y vencer con singular energía.

El 31 de octubre de 1861, España, Francia e Inglaterra firmaron el llamado Pacto de Londres, al cual prestó su adhesión moral el Papa Pío IX. Los pretextos de aquella confabulación contra un Estado libre de América, podían reducirse a: 1.º, que Juárez había expulsado a Pacheco, ministro de España, que se negó insolentemente a reconocerlo como Presidente; y 2.º, que México había suspendido el pago fragmentario de las deudas exteriores, con el ánimo de hacerlo en globo. En realidad, ocurría que Europa pensó que era el momento de asestar un golpe a las ex colonias europeas en América, que ya Estados Unidos no estaba en condiciones de hacer valer su fuerza en defensa de la doctrina Monroe y de sus débiles vecinos.

Por otra parte, *Napoleón III*, saturado de megalomanía, soñando siempre en imitar a su tío, el Corso, tenía en mente la formación de un *Gran Imperio Latino de Occidente*, y así fué él quien más atizó la campaña desatada poco después.

589.— *La guerra y el Imperio.*

Las primeras acciones tenían por objetivo apoderarse del litoral mexicano y establecer en seguida una *Monarquía* con príncipe europeo. El almirante español *Rubalcava*, en diciembre de 1861, inició sus operaciones coronándolas con la toma de Veracruz y la ocupación del fuerte de San Juan de Ulúa. Un mes más tarde, las escuadras *inglesa* y *francesa* arribaban, a su turno, a Veracruz. Los jefes, de las tres fuerzas expedicionarias, el celeberrimo general *Prim*, por España, *Dubois de Saligny*, por Francia, y *Charles Wyke*, por Gran Bretaña, empezaron a actuar juntos, pero Juárez, con suma perspicacia diplomática, les salió al frente. Discutieron parte y parte, y, al cabo de varios debates en *Orizaba*, *las fuerzas británicas e hispanas resolvieron retirarse de México.*

Quedaron empecinados en la campaña de monarquizar a México, los franceses unidos a los *criollos ricos* y *reaccio-*

*narios*, antiguos adictos de Santa Anna, a cuya cabeza figuraban, entre otros, los generales *Almonte*, *Miramón*, *Mejía* y *Osollo*

Napoleón III, terco e impolítico, pretendió imponer como emperador a *Maximiliano*, gentil y cándido príncipe de la Casa de Habsburgo, hermano de Francisco José, emperador de Austria. En su nombre prosiguió la guerra cada vez menos fundada, cada vez más cruel y cruenta. Hubo mil episodios sangrientos y hasta feroces. En medio del vendaval, Juárez mantenía impertérrito su lema de «*Reforma*». Cayeron fusilados los generales Degollado y Villa. En Puebla demostró el pueblo mexicano su insuperable calidad combativa resistiendo el asalto de los veteranos franceses (mayo del 62), al mando del general Zaragoza. Napoleón III hubo de enviar refuerzos cuantiosos — más de 30.000 hombres — con el general Forey. Sólo así les fué posible, después de un año de sitio, tomar a Puebla, y, tras Puebla, la ciudad de *México*. Entretanto, el gobierno, con Juárez a la cabeza, ambulaba de un punto a otro del territorio, buscando sede desde donde dictar sus leyes.

Los vencedores constituyeron una *Junta Suprema de Gobierno* con los generales *Almonte*, *Selas* y el arzobispo *Labarthe*: esta inmiscución de la Iglesia en la contienda corroboraba la campaña de los reformistas y sería pretexto para acentuar la resistencia de un gran sector popular contra el clero. El triunvirato convocó a una *Junta* de 251 *Notables* para resolver los asuntos pertinentes al gobierno, es decir, para proclamar a Maximiliano, el cual fué recibido oficialmente en Veracruz el 28 de mayo de 1864. El 12 de junio hacía su triunfal ingreso a la capital.

¡Fugaz imperio! Entretanto el Presidente de la República no tenía punto de reposo. Impulsado por el vaivén de la guerra, ora en México, ora en Querétaro, ora en San Luis, ora en Saltillo, ora en Chihuahua, ora en Paso del Norte junto a la frontera, cuando ya parecía imposible que hallara algún amparo, Juárez, sus «pelados» y sus tropas fieles combatían contra un ejército formado por 50 000 franceses, 2.000 belgas, 6.000 alemanes y multitud de reaccionarios y clericales nativos, financiados por la mayoría de los terratenientes criollos.

Repetimos, no hubo punto de reposo, ni es necesario que rememoremos aquella larga lucha, en la que el pueblo mexicano se desangró defendiendo su amenazada independencia.

Mientras tal acontecía en México, Europa afrontaba nuevos problemas y en América del Norte había terminado la Guerra de Secesión, lo que permitía a los Estados Unidos hacerse oír en el vecino conflicto. Prusia se había lanzado sobre Austria. Napoleón III temió por la integridad de su propio imperio, y así, a comienzos de marzo de 1867, las huestes francesas se reembarcaron en Veracruz, rumbo al Viejo Mundo, dejando abandonado, víctima de su ilusión, al infeliz Maximiliano, cuya esposa, la princesa Carlota, partió a Europa a mendigar, en vano, ayuda para su engañado esposo.

Maximiliano, que había comprendido el drama, quiso abdicar, al verse sin amparo, Francisco José, su orgulloso hermano, vencido ya en Sadowa, le negó tal derecho. Impotente para resistir el creciente embate de las tropas juaristas, el Emperador se retiró a *Querétaro*, donde pensaba hacerse fuerte. Mas, no habían transcurrido dos meses desde el retiro de los franceses, cuando, el 14 de mayo de 1867, *Querétaro* fué tomado por asalto por el ejército leal. El 19 de junio siguiente, fueron fusilados en el desde entonces *Cerro de las Campanas*, los generales Miramón y Mejía y el ex Emperador Maximiliano, cuya noble y romántica figura suscitó en vano una ola de simpatía en torno suyo

590.—«*La Reforma*» en marcha. — *Muerte de Juárez.*

Juárez era dueño del país. La Reforma podía aplicarse. El clericalismo y los ricos se batían en retirada. El gobierno de los Estados Unidos había demostrado, en todo instante, una evidente cordialidad hacia Juárez. Este contó con la eficaz cooperación de jefes de extraordinarias prendas: *Porfirio Díaz* que dominó el Sur; *Escobedo*, que triunfó en la campaña del Norte, y *Corona*, en la del Oeste. Sobre todo el primero, que, con su tenacidad y coraje, obtuvo el triunfo de *Puebla*, en abril del 67, antecedente inmediato de la victoria final de *Querétaro*.

Juárez entró victorioso a la capital el 15 de julio del 67. Durante la guerra se había cumplido su período presidencial. Surgían, como siempre, ambiciones de diverso calibre, algunas disfrazadas de legalismo, para cerrar el paso a la temida Reforma. Compenetrado de su misión, Juárez convocó a elecciones, presentándose el mismo como candidato. Lo *Reeligieron* por 4 años (1867-1871), no obstante la oposición

militar de *Porfirio Díaz*, ya presunto sucesor suyo, y de *Lerdo de Tejada*, el hombre civil, una especie de Santander frente a ese cuasi Bolívar indígena que era Juárez.

Benito Juárez fué leal a sus convicciones liberales durante su gobierno. Demostró que sabía lo que quería y, además, que era capaz de realizarlo. Las principales plataformas de «La Reforma» se cumplieron. La educación laica recibió los beneficios de aquel movimiento progresista, a trueque de enconar más aún la resistencia de los clericales. Los hacendados ricos no callaron en ningún instante su oposición a las medidas gubernativas; los indígenas en cambio le expresaron reiteradas veces su confianza.

Pero Juárez saturado ya de mesianismo se hizo reelegir de nuevo en 1871, en medio de una resistencia mayor que en 1867. Tal vez se habría visto el doloroso espectáculo de un hombre meritísimo y honesto como pocos derribado por las pasiones justamente alarmadas con tan dilatado régimen si la muerte no corta la vida afanosa y ruda de aquel gran conductor de multitudes. Ello ocurrió el año 72.

591.— *Interregno de Tejada.— Porfirio Díaz.*

El Presidente de la Corte Suprema don *Sebastián Lerdo de Tejada* tomó en sus manos la ruda tarea de conducir a su pueblo durante el cuatrienio de 1872-1876. Pesada carga que sobrellevó con honradez y desprendimiento ejemplares. Lerdo se proponía restañar las heridas ocasionadas al país por las guerras contra el extranjero y la civil. Lo hizo a conciencia.

En su tiempo se dictaron las leyes de matrimonio civil, libertad de cultos, enseñanza laica; se construyeron muchas ferrovías; se restauró el quebrado espíritu civil. Pero... también quiso reelegirse; pero sin el arrastre multitudinario de Juárez, fracasó en su intento. Porfirio Díaz, nuevamente en acecho, se sublevó contra él. El magistrado Lerdo de Tejada hubo de huir abandonando la presidencia.

*Porfirio Díaz* representa un tipo de gobernante muy siglo XIX en no sólo Sudamérica, sino en el mundo entero. La noción del providencialismo despertó el deseo de prorrogarse el mando a muchos hombres mediocres, en los cuales el ejercicio del gobierno creó cierta sutileza y habilidad que se confundía con el talento. La guerra había otorgado a Díaz indudable prestigio. Ahí aprendió a dominar a



los hombres, y conducirlos. Para ello consiguió en rara mezcolanza combinar sus ímpetus dominadores de soldado con cierta flexibilidad, que se le transmitió del contacto con individuos de los quilates de Juárez y Lerdo de Tejada. Su gobierno tuvo, por eso, un contradictorio tono de fuerza y de cultura, hasta el punto que su nombre, a partir de su segundo período, iniciado en 1884, se confunde con la acción de los científicos y con el positivismo mexicano.

Díaz mandó el país del 76 al 80, y, luego de un anodino interregno del *general Manuel González* (80-84), regresó al gobierno, del que no saldría hasta que la revolución lo obligara a hacerlo en 1911.

Su período se caracteriza, repetimos, por una contradictoria apariencia de fuerza y hasta crueldad (como cuando la represión del motín de Zacatecas en 1881) y de bizantinismo. Tuvo por consejeros en ciertos aspectos a eminentes personajes de cultura, como don *Gabino Barreda*, fundador de la Escuela Nacional Preparatoria y del positivismo mexicano, y don *Justo Sierra*, uno de los más vigorosos cerebros de América a fines del siglo XIX. Sierra previó la crisis que no iba a tardar en presentarse. La devoción al positivismo inducía a Porfirio a creer en la ciencia y desconfiar del dogma. Juzgado por sus apariencias, Díaz sería un continuador de la política laicista de Juárez, ya que quiso desterrar la sotana de México, pero, en cambio, permitió que la reacción recuperara su influencia política y económica. Defendió a su país con gran calor siempre que se habló de sus derechos territoriales y de su honor de nación, pero no se opuso a que las *compañías norteamericanas* fueran apoderándose, una a una, de las principales fuentes de materias primas. Este mestizo de Oaxaca, militar experimentado y de fortuna, no amaba al indio ni al mestizo ni a la provincia. En 1892 se vió claramente, al discutirse la nueva Carta Fundamental, cómo era de antifederalista su criterio, y el de sus consejeros, todos ellos radicados en la ciudad de México. Si trazó y construyó nuevos ferrocarriles, ello obedeció al impulso natural del país que iba encontrando su cauce y al interés estratégico de tener cómo someter cualquier alzamiento surgido de cualquier rincón del vasto territorio cuyos destinos pendían de su mano. Pero, buena parte del gobierno de Díaz pertenece ya al siglo XX. Volveremos sobre él en la última parte de este libro.

CENTROAMERICA: DISPUTAS INTERNAS.  
PENETRACION IMPERIALISTA

592. — *La lucha entre  
unionistas y separatistas  
—Carrera y Morazán.*

El año 47, según vimos, *Guatemala* proclamó su independencia, y con ella, los otros 4 Estados de la faja centroamericana establecieron su mutua autonomía. Dos grandes figuras habían surgido, las dos antagónicas, no sólo en cuanto ideas, sino también en cuanto cultura, extracción y procedimientos: *Carrera* y *Morazán*. El culto y abnegado *Morazán* halló el patíbulo como coronación de su limpia carrera, defendiendo la unidad. *Carrera*, hombre astuto, apasionado, violento, tiránico, se irguió como el campeón de lo que, con términos modernos, podríamos llamar la «guatemalidad».

En efecto, *Carrera* impuso su dictamen hasta su muerte, ocurrida en 1865, salvo el pequeño interludio del 49, con el interinato del general *Paredes*. A partir de entonces (1849) campeó sobre su país y amenazó a los vecinos. En esta larga labor pública, llena de altibajos, hubo de afrontar los más opuestos azares. Algunas veces se le vió casi deshecho, perdida toda esperanza de triunfo, como cuando, en 1851, *Honduras* y *Salvador*, bajo el comando del presidente de este último, licenciado *Doroteo Vasconcelos*, le infligieron costosas derrotas, a las que *Carrera* contestó, armándose de tenacidad y energía, con siguientes victorias.

Para sostenerse en el poder apeló a fáciles y eficaces recursos: el primero de ellos, buscar el apoyo de los poderosos. Cuando, en el mismo año 51, hizo jurar el *Acta Constitucional de la República de Guatemala*, incluyó en ella dos principios adversos a todo criterio liberal: el privilegio del sufragio para los rentistas y la amplitud de poderes para el Ejecutivo. Clericales y conservadores no ocultaban su complacencia ante esta determinación que impedía el libre juego de la voluntad popular y el acceso de las masas criollas y nativas a la cosa pública.

*Carrera*, que impuso de tal manera su voluntad y la de su círculo, fué substituído en 1865, (fecha de su muerte) por el general *Vicente Cerna*, pero, antes de eso, *Guatemala* hu-

bo de soportar, como toda Centroamérica, el empuje de los sudistas norteamericanos y sus aliados criollos, empeñados en llevar a la práctica la teoría del «*Destino Manifiesto*», o sea la anexión simple y llana de México, Antillas y Centroamérica a los Estados Unidos.

A Cerna, que, aunque conservador, tenía ciertos resabios progresistas, lo depuso, en junio de 1871, el liberal *Miguel García Granados*, quien procedió — eterna historia en toda América — a expulsar a los jesuitas, considerados enemigos de la libertad.

A García Granados, lo arrojó el general *Justo Rufino Barrios*, uno de los políticos más eminentes de Guatemala, cuya ascensión al mando se produjo en abril del 73. No perdió el gobierno, hasta que no le sorprendió la muerte en abril de 1885, sobre el campo de batalla de Chalpuaca: presidentes apasionados y dinámicos, que concurrían a la primera línea del combate como los antiguos caudillos de Germania, Barrios, hombre de vastas ambiciones, quiso fundar de nuevo la Confederación centroamericana, bajo la hegemonía guatemalteca, y halló su sepultura en tierra salvadoreña. Mente abierta a lo nuevo, proclamó el matrimonio civil obligatorio, secularizó los cementerios, fomentó la enseñanza laica, propugnó la libertad de prensa y quiso romper el atomismo centroamericano, creando una vigorosa unidad.

Sus sucesores, *Manuel Lisandro Barillas*, que también guerreó sin resultado contra El Salvador, y el general *José Reina Barrios* (92-98), que murió asesinado, no continuaron la senda de don José Rufino.

593. — *El «Destino Manifiesto»*. — *Walker, el filibustero*.

Desde la creación de la República, los Estados Unidos pusieron su mirada en las regiones adyacentes, tales como el norte de México, Centroamérica y las Antillas. Los sudistas, especialmente saturados de espíritu señorial, en buena cuenta feudallista, alentaron todo movimiento que tendiera a robustecer dicho conglomerado. Con claro concepto de su posible desenvolvimiento y de sus miras imperiales, los estadistas de la República del Norte nunca perdieron de vista la posibilidad de convertir el Caribe en su «*Mare Nostrum*» y buscar, por Panamá o por Nicaragua, nuevas vías de acceso que permitieran reducir el período de viaje entre una costa y otra de su territorio, máxime cuando las comunicaciones

entre el Este y el Oeste de Estados Unidos eran entonces muy deficientes. Una prueba de ello la tuvieron durante la Guerra de Secesión, en que un barco hubo de emplear largas semanas para ir del litoral Pacífico al Atlántico de la República norteamericana, porque precisó hacer el recorrido por el estrecho de Magallanes. Además, ya desde 1804, el sabio *Humboldt* había señalado, con clarividencia ejemplar, la urgencia de abrir trochas interoceánicas por *Panamá* y *Nicaragua*. Goethe se adhirió fervientemente a lo primero, bajo el dictamen de su insigne amigo, el autor del «*Viaje a las regiones equinocciales*». En 1826, los norteamericanos trataron de realizar el segundo de dichos planes ya que el primero implicaba entrar en hostilidades con Colombia, que entonces estaba constituida por las tres actuales repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador. En 1849, cuando se inició el auge capitalista, los negociantes *White* y *Vanderbilt* pretendieron también negociar con Nicaragua para abrir el canal por ahí, frescos como estaban los laureles de la conquista de Texas. Pero, Inglaterra se oponía a aquellos designios, reiterando sus propósitos imperiales. Por ello fué menester que en abril de 1850, las dos potencias interesadas en la empresa, Estados Unidos y Gran Bretaña, firmaran un pacto — el *Clayton-Bulwer* — por el cual se comprometían ambas a renunciar a cualquier derecho exclusivo sobre dicho canal (aun en proyecto), o sea que, en caso de realizarse, tendrían ambas control o intervención en él. Eran los malos días en que Estados Unidos veía crecer ya el espectro de la Guerra de Secesión que no tardaría en estallar: la doctrina Monroe estaba en crisis.

Pero la determinación de abrir ese canal bajo jurisdicción norteamericana se mantenía, así como la de dominar todas las Antillas, tesis que recibió el nombre de «*el Destino Manifesto*» porque sus partidarios sostenían que esa era la misión de los Estados Unidos

Dentro de tal ambiente, sin embargo, fué una sorpresa la invasión de *William Walker*, aventurero norteamericano, hombre reservado y misántropo, pero audaz y dinámico, quien, aprovechando un momento en que Nicaragua y Costa Rica disputaban por el mejor derecho sobre un canal, y valiéndose del apoyo que los feudales sudistas de su país le prestaron, inició una verdadera obra de conquista, con la que tal vez quiso resarcirse de los fracasos experimentados en una fallida intentona bélica suya en California. Walker llevaba en la mente el prurito de ser gobernador en alguna parte.



Hábil y taimado, halagó las pasiones del general nicara-güense *Castellón*, jefe del partido democrático de su país, quien entró a la contienda, poniéndose de su parte y apode-rándose, con sus propios medios, de *Granada*, entonces capi-tal de Nicaragua. Pero, contra lo que se esperaba de un hombre, al parecer, de mentalidad superior a la local, Wal-ker se distinguió por la crueldad de sus métodos represivos, lo que engendró una mayor resistencia contra él. Aprovechando las circunstancias, el activo *Carnera*, Presidente de Guatemala, de acuerdo con el general *Guardiola*, de Honduras, abrieron campaña contra el depredador, ya calificado, con justicia, de filibustero. A su vez, el ejército de Costa Rica avanzó sobre Nicaragua por el sur y se apoderó de Patricio Rivas, Presidente «lítere» — como hoy se dice —, por lo que *Walker*, perdiendo toda compostura, se erigió *Presidente de Nicaragua* (julio de 1856)

Con su habitual energía, el filibustero imperialista orga-nizó su ejército y rápidamente infligió serios reveses a las tropas guatemaltecas y salvadoreñas: luego derrotó a los costarricenses, pero, éstos, rehechos, lo vencieron a su vez en forma tan decisiva que el audaz aventurero abandonó el país, bajo la garantía del capitán *Davis*, de la marina de los Estados Unidos. Este hecho demostraba que la Casa Blanca no perdía de vista los movimientos de Walker, a quien, por analogía, se podía considerar una especie de «bandeirante» o conquistador como los del siglo XVI, por su manera de proceder independiente de su Gobierno, pero, sin embargo, en cierta conexión con los intereses de él<sup>1</sup>

Walker volvió poco después a Centroamérica, siempre en actitud avasalladora. Pero, el comodoro *Paulding*, coman-dante de la fragata «Wabasli», lo capturó y lo hizo regresar a los Estados Unidos (diciembre de 1857). No tardó en reincidir el audaz corsario, esta vez acompañado por lo que el llamó contagiado ya del lenguaje ampuloso del trópico, «la falange de los inmortales»; y se apoderó de Trujillo, puerto de Honduras. Entretanto en Centroamérica se había consolidado el sentimiento de solidaridad continen-tal contra semejante ataque, de suerte que el osado aven-turero no logró seguir adelante. Desalentado, no le cupo otro remedio que entregarse al comandante de la marina británica *Salmon*, quien a su vez lo transfirió al general *Mariano Alvarez*. El cadalso fué el remate de la vida de Walker, en septiembre de 1858. La actitud del comandante británico *Salmon* pareció indicar que Inglaterra temía que las osadías de Walker pudieran frustrar de hecho el com-

promiso Clayton-Bulwer, y dar a Estados Unidos la hegemonía real sobre Centroamérica. Walker había sido un dinámico actor de la teoría del «Destino Manifiesto».

La actitud de Salmon se comprende mejor si se recuerda que Inglaterra se había apoderado desde 1848 del puerto nicaragüense de San Juan, posible boca del canal interoceánico que se proyectaba desde aquel tiempo, y si se recuerda también que sólo en 1905, muchos años después, se vino a reconocer la soberanía de Nicaragua sobre la región de Mosquitos.

Con posterioridad, el tratado *Chamorro-Bryan* (abril de 1914) otorgó a Estados Unidos el derecho exclusivo y a perpetuidad de abrir el canal de Nicaragua (ya había entrado en funciones el de Panamá), además de la concesión por 99 años para tener una base naval en el golfo de Fonseca y las islas Great y Little Corn. Todo esto ocurrió después del gobierno de Santos Zelaya, iniciado en 1898 y terminado hacia 1910

594 — *Consecuencias de la política del «Destino Manifiesto».*

Para la vida política, social y económica de Centroamérica la tesis del «Destino Manifiesto», revalidada posteriormente con diversos nombres, significó desde entonces una continua angustia. Los caudillos se movieron al compás de ella, muchas veces alentados por intereses extranjeros. La alternabilidad vertiginosa de los presidentes, por un lado, y la dilatación desmesurada de los dictadores o tiranos, por el otro, obedecieron a idénticos motivos. Tal vez sólo una de las repúblicas centroamericanas logró librarse de aquel ritmo enloquecido: Costa Rica, donde el militarismo fué sojuzgado y donde la educación y el espíritu cívico se abrieron paso entre la maraña de intereses internos y asechanzas externas en juego. Pero, en general, la sucesión presidencial y de conflictos entre las naciones de Centroamérica ofrece más bien el aspecto de luchas interprovinciales que interestatales, de pendencias domésticas que de luchas internacionales; y a menudo la presión de ajenas fuerzas tuvo mayor eficacia que la de las propias

HAITI: DE LA HEGEMONIA INTERNA  
A LA ANARQUIA MILITAR595 — *La herencia de Pétion.*

Sólo en 1825 había sido reconocida por Francia la independencia de Haití, lograda, sin embargo, 21 años antes, en 1804. El heroísmo de Toussaint l'Ouverture, primero, y la sagacidad vigilante de Pétion, después, consiguieron imprimir a la flamante República negra un ritmo de progreso visible. Pero, muerto Pétion en 1818, empezaron a presentarse nuevas dificultades, según lo hemos visto anteriormente.

*Jean-Pierre Boyer* (1776-1850) el sucesor de Pétion. tuvo que vencer numerosos obstáculos. Sin embargo, no pocos le fueron obviados con el suicidio del Rey Henry I (o sea el general Christofer), que gobernaba el Norte de la isla. Y con la conquista de la parte independiente, ocupada por Santo Domingo, después de la mencionada resistencia de Núñez de Cáceres, le fué permisible a Boyer sentirse, en realidad, dueño del país (1822).

Pero, a pesar de sus éxitos, Boyer tenía un flanco débil: sus mismos auxiliares. Para subir y mantenerse, para crecer y sujetar, su instrumento no había sido la ley, ni podía serlo en aquel conglomerado tumultuoso y un tanto aislado, sobre el cual pendía la atención y la hostilidad de Francia y España: su instrumento fué el ejército. Cada general llevaba escondido no el bastón de Mariscal, como los «caporales» de Napoleón, sino el de Presidente de la República. El general *Hérard*, colega de Boyer en el gobierno, promovió un motín militar y lo derribó. Entonces, empezó la más tremenda anarquía.

596.—*La anarquía  
militar: Soulouque.*

Hérard disfrutó poco de su victoria. En su lugar se alzó otro general: *Guerrier*, quien se vió obligado a trabarse en larga y dura lucha con los dominicanos, que bajo la hábil y valerosa dirección de *Duvergé* y del general *Pedro Santana*, habían roto las hostilidades con sus dominadores y los obligaban a retirarse de su patria (1844). Los éxitos de Santana promovieron dificultades intestinas en Haití. Sol

ellas se irguió la figura audaz y sombría de un hombre pintoresco y ne'asto: el *general Soulouque*, quien, bajo el nombre de *Faustino I*, rigió al Estado haitiano durante la década de 1849-59.

Los diez años de Soulouque se caracterizan por una mezcla arbitraria de crueldades y estridencias. Haití, no obstante los vaivenes políticos sufridos, no era una nación bárbara como algunos la pintan Toussaint l'Ouverture representó lo que todos los precursores y libertadores de todos los países: una decisión vigorosa, incapaz de detenerse ante consideración alguna que implicase renuncia o disminución de sus propósitos esenciales. Pétion había sido un colaborador activo de Bolívar y entendió el destino del continente. Boyer había dado pruebas de agudo sentido político y su ambición no se diferenciaba de la de todo organizador de vastas empresas estatales. Pero Soulouque no. Desde su optación por la monarquía; desde su gusto por los títulos sonoros, los uniformes brillantes, las ceremonias policromas, hasta su implacable crueldad y su sadismo para con sus adversarios, Soulouque demostraba síntomas inequívocos de barbarie, de retroceso, y dió marcha atrás a la naciente cultura haitiana, tanto más frágil cuanto que el país estaba formado, en sus cimientos, por grandes masas de ex esclavos africanos.

De ahí que cuando el general *Nicolás Geffrand* se levantó en 1858 contra el risible y trágico Faustino I y luego lo arrojó del poder, *restableció la República* y la identificó con la urgente necesidad de extender la educación pública, en toda América hubo un suspiro de satisfacción. Geffrand gobernó hasta 1867

#### 597 — Otra vez la anarquía.

Pero, de nuevo surgió la anarquía y se volvió a los procedimientos brutales con el *general Salnave*, que depuso por la violencia a su jefe y protector Geffrand. Y a éste lo sucedieron otros generales, más preocupados de sostenerse en el gobierno que de trabajar por el bienestar de su patria, y socavados, además, por la creciente influencia del capital extranjero, que se invertía en Haití a causa de las materias primas que de ahí extraía y porque la isla es una excelente base estratégica incluida en los propósitos de los defensores del «Destino Manifiesto».

Los generales *Salomón* (1879-1886), *Légitime* (1886-1889), *Hippolyte* (1889-1896) y finalmente *Simón Sam*



(1896-1902) son otros tantos eslabones de tal cadena, si bien el último demostró un innegable espíritu progresista, quizá porque el contacto con los revolucionarios cubanos y dominicanos lo determinó así.

## SANTO DOMINGO: LA GRAVE LUCHA POR MANTENER LA INDEPENDENCIA

598.— *Santana o la resistencia.*

Duvergé y el general *Pedro Santana* encarnan, en gran manera, el sentido de lo dominicano en dicha época, la determinación de no sucumbir ante el alud de los vecinos haitianos, la resistencia a la dominación extranjera. Hay quienes ven en Santana un símbolo de la energía blanca contra la barbarie negra. Olvidan que en Santo Domingo la mezcla de razas es extremadamente cerrada y que aquella pelea, así fuera por la independencia de un territorio que ya contaba con personalidad nacional, tuvo el carácter de choque entre los rezagos de colonización francesa y los de la española en una misma porción de tierra; tanto es así que los negros dominicanos se hicieron enemigos de los negros haitianos, y que la palabra de orden no fué tanto «libertad» cuanto «*separación*». Preparativo eficaz del estallido final separatista fué la acción de sociedades secretas que, como «*La Trinitaria*», fundada por el patriota *Juan Pablo Duarte*, orientó la acción emancipadora.

Cierto que Santana, que se enfrentó al general Guerrer y a Soulouque y venció en 1844 (27 de julio) con la toma de la fortaleza del Homenaje, concibió, al cabo, el descabellado propósito de *pedir auxilio a España*, negociando con Isabel II la reincorporación de Santo Domingo a la Corona; pero, en todo caso, ello no sería sino una forma de anexionismo como la que un grupo de cubanos enarboló a fines del siglo pasado a fin de librarse del pesado yugo ibérico, como el autonomismo que ilustres ciudadanos de Cuba patrocinaron, ya iniciada la campaña final libertadora. La propuesta de Santana se produjo en mayo de 1861, cuando Europa adoptaba el Plan de Londres para intervenir en México; cuando los Estados Unidos se hallaban entrabados por la Guerra de Secesión, y cuando España daba muestras de querer el reintegro de sus ex colonias. El Ministro *O'Don*

*nell* miró con buenos ojos la empresa, e Isabel aceptó la invitación. Sea dicho en honor del general Geffrand, entonces Presidente de Haití, que se opuso resueltamente a aquel plan de Santana, y que la mayoría de las repúblicas sudamericanas protestaron contra los acuerdos de Madrid. Vino a corroborar la razón de tales negativas, lo que en seguida aconteció con la expedición científica española en el Pacífico, la cual se trocaría — según se dirá más adelante — en escuadra de invasión.

Santana murió en 1864.

El año siguiente, en junio, Santo Domingo *recuperaba su independencia*. y España, trabada en lucha contra cuatro países del Pacífico, reconoció el hecho, por real decreto, durante el ministerio de Narváez. Pero aquel desgraciado período no fué estéril: en él se reveló vigorosamente el espíritu nacional dominicano, con la rebelión del *Cibao*, donde un grupo progresista, con Ulises Espaillat, Filomeno de Rojas y otros, hizo flamear su pendón de auténtico patriotismo.

#### 599.— *La sucesión de Santana.*

A la muerte de Santana lo sucedió *José María Cabral*, héroe de la guerra contra Haití, y a éste, *Báez*, quien pretendió anexar la isla a los Estados Unidos. No era, por cierto, un capricho de Báez, hombre, por lo demás, de carácter entreguista y reaccionario, jefe del partido «Rojo». La política imperial de Estados Unidos, que empezaba a desempeñar un papel importante en el mundo, entendía como punto indispensable de su programa contar con sólidos puntos de apoyo y defensa en aquel Mare Nostrum que, para ellos, eran las Antillas. «El Destino Manifiesto» no había sido sólo una idea de los sudistas; la nación unificada insistía en ello. Pero, Báez fracasó, y Santo Domingo mantuvo su independencia, verdad que, al igual que Haití, amenazada por el poderoso vecino del noroeste.

Báez llegó, en su sed de poder, a someterse a todo: a usar banda de mariscal español y pactar con Grant, Presidente de Estados Unidos, la cesión de su patria.

Durante este tiempo, uno de los más egregios hijos de Puerto Rico, don *Eugenio María Hostos*, símbolo de la esperanza de los dominicanos, anduvo recorriendo el país, organizando la educación pública; y aparece *Gregorio Luperón*, patriota insigne.

En 1877, el general *Ulysses Heureux* dió un golpe de

Estado y se proclamó dictador, en cuyo desempeño duró hasta 1900. Durante su período terminó la primera guerra por la independencia de Cuba, y comenzó la segunda y última, en la que participaron dominicanos tan eminentes como el general Máximo Gómez, jefe militar de la expedición que organizó Martí desde Estados Unidos, y cuyos esfuerzos se vieron coronados por la victoria en 1898.

Heureux es más conocido en la historia con el sobrenombre de *Lilis*. Negro de raza, admirador y soldado del abnegado Luperón, estuvo afiliado al partido «azul» o renovador, pero, en el poder, acabó sumándose a los «rojos» o reaccionarios. Enemigo de Báez, resultó a la postre concorde con sus pretensiones. Violento y cruel, por orden suya se hostilizó a Hostos. Al amparo de una mentida «unificación nacional», no vaciló en entregar la economía dominicana a prestamistas extranjeros, como la casa holandesa *Nestendorp & Co.* (dos empréstitos por 1.570.000 libras esterlinas en total), lo que dió pretexto al gobierno de Washington, so capa de la doctrina de Monroe, a proteger la fundación de la «*Santo Domingo Improvement Company*», que sustituyó a los prestamistas europeos, e hizo nuevos adelantos al gobierno, con la mira puesta en los ingresos aduaneros del país, cuya autonomía económica prácticamente pereció a partir de entonces.

## CUBA: LA GUERRA POR LA INDEPENDENCIA

600.— *Antecedentes del grito de Yara.*— *Las expediciones de López.*

Aunque, como hemos visto, Cuba vivía agitada por continuos movimientos revolucionarios, tendientes a independizarla de España, puede decirse que en 1850 esta actividad se acentúa, perfilándose ya un poderoso estallido que sería el de *Yara*, en 1868.

*Narciso López*, de Venezuela (nacido en 1798), había hecho su carrera militar en España. Cuando llegó a Cuba era general. Se percató de los sufrimientos del pueblo, pasó a Estados Unidos y ahí, seducido por la propaganda emancipadora de los isleños, organizó una expedición sobre la isla, el año de 1850. Partiendo de Nueva Orleans, desembarcó en Cuba e hizo flamear por primera vez la bandera de la

estrella soñitaria. Después de algunos pequeños éxitos, tuvo que reembarcarse en espera de mejor oportunidad.

Era Capitán General de la isla el autoritario *José Gutiérrez Concha*, a quien preocupaba mucho la propaganda exterior, sobre todo la hecha por la *Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe*, instalada en el cercano Haití. Su dura mano no perdonó la vida al generoso *Joaquín Agüero*, que se levantó al saber la actitud de Narciso López, dando previo ejemplo de liberalismo al conceder la manumisión a los esclavos que había heredado de su padre. El levantamiento de Agüero se produjo en 1851, y fué el primero en proclamar la independencia de Cuba.

Ese mismo año se rebeló *Isidoro Armendariz*. El y sus compañeros de aventura fueron castigados con el cadalso.

Estas agitaciones obedecían a la noticia de que López estaba preparando una nueva expedición. Así fué. En agosto del 51, el intrépido venezolano partía con 500 hombres de Nueva Orleans, resuelto a avasallar la resistencia ibérica. No el triunfo, sino la muerte es lo que halló entonces. Prisionero de sus adversarios, no recibió merced alguna, sino que le aplicaron el garrote vil: «*Mi muerte no cambiará el destino de Cuba*» fué su frase testamentaria. Y dijo bien. Porque, en seguida casi, se inicia una larga etapa de conspiraciones, todas ellas epilógadas ferozmente en el patíbulo: las de *Faccioli* (1852) *Pinto* (1855), *Estranges* (1855), etc.

#### 601.— *El reformismo.*

El nuevo Capitán General, *Serrano*, vino a poner un paréntesis de comprensión y humanidad en la vida de la isla. Durante su período se fundó el periódico «*El Siglo*», más tarde dirigido por el benemérito *Francisco de Frías, Conde de Pozos Dulces* (1809-1877), ilustre habanero, con estudios en Europa y Estados Unidos, el cual, desde su regreso a la patria, venía observando atentamente lo que en ella acontecía. El Conde de Pozos Dulces, contagiado por las esperanzas que despertaba la afabilidad de *Serrano*, fundó un partido reformista, cuya base principal consistía en solicitar para Cuba los mismos derechos que cualquier provincia de la Península española (1865). Con este objeto, se instaló en Madrid una *Junta de Informaciones* acerca de las reformas pedidas por *Cuba* y *Puerto Rico*, en la que tuvieron delegados directos ambas colonias. Debía pronunciarse además la Junta sobre la abolición de la esclavitud.



En realidad, más pareció una treta que una buena intención del gobierno madrileño, puesto que, no obstante las razones de peso alegadas en el seno de la Junta, se negó a aceptar sus insinuaciones. El desengaño producido por tal actitud precipitó a los *separatistas*, que habían estado marcando el paso y que contaban ahora con un jefe prestigioso y dinámico: *Carlos Manuel de Céspedes*.

602.— *Grito de Yara.*

Céspedes tenía a la sazón 49 años. Era un hombre en plena madurez. Había recorrido Europa y conocía a los principales políticos españoles, entre ellos a Prim. El 10 de octubre de 1868, Céspedes lanzó el célebre *grito de Yara*, proclamó *la independencia de Cuba, libertó a sus esclavos* y a la voz de «*viva Cuba libre*» se lanzó a una nueva guerra en el seno mismo de la patria. Nadie pensaba que aquel drama iría a durar nada menos que diez años.

Los patriotas cubanos obtuvieron varias victorias locales, a punto que el gobierno de Madrid envió a un hombre fuerte como Capitán General, a *Lerzundi*, reaccionario e intransigente, quien no quiso oír las expresiones de los más notables habaneros acerca de la situación creada. La rebelión en tanto se había extendido. *Salvador Cisneros Betancourt*, sublevado en Camagüey, constituyó un *Comité de gobierno*, formado por *Cisneros* y por *Ignacio* y *Eduardo Agramonte*. Las guerrillas de los *mambises* infligieron severas pérdidas al cruel general *Valmaceda* que acudió a combatirlos, en vista de lo cual Madrid envió como Capitán General, por segunda vez, al *general Dulce*, hombre conciliador y cauto, que ofreció la paz a Céspedes. Pero éste se negó a aceptarla.

La vida en la Habana era entonces intolerable. Los «voluntarios» (especie de falangistas españoles de nuestros días) pretendían imponer su cerrada intransigencia; llenaron de terror al vecindario, destituyeron a Dulce e impusieron a *Valmaceda*.

Como réplica a tales desmanes, los revolucionarios de Oriente designaron *jefe del gobierno de Cuba libre* a Céspedes, en torno a lo cual se desarrollaron algunas incidencias prontamente orilladas. Su título definitivo fué el de *Jefe del ejército libertador*. Poco después, la *Asamblea republicana de Camagüey* (1869) declaraba abolida la esclavitud en todo el territorio de Cuba libre, lo cual atrajo a masas de esclavos a las filas patriotas. El 10 de abril del mismo año se aprobó la *Constitución de Guaimaro*; se hacía ondear una nueva

*bandera*, siempre con una estrella solitaria; se designaba a Céspedes *Presidente de la República*, y a Manuel de Quesada general en jefe.

603.—*La guerra grande.—Pacto de Zanjón.*

En España habían ocurrido sucesos trascendentales. Isabel II, a raíz de su derrota en el Pacífico, la nueva separación de Santo Domingo y la sublevación de Cuba, perdió su trono. Los países aliados contra España en la guerra del 65-66, es decir *Perú, Chile y Bolivia* reconocieron derechos de beligerancia en favor de Céspedes y numerosos jóvenes sudamericanos y centroamericanos acudieron a enrolarse en su ejército. La *Junta Revolucionaria de Cuba y Puerto Rico* en Nueva York, redobló sus actividades. Muchos norteamericanos se unieron como voluntarios al movimiento patriota al punto de que un yanqui, *Tomás Jordan*, reemplazó a Quesada en su jefatura. La guerra proseguía con saña. Los militares españoles no aceptaban tratar a los insurgentes como soldados, y se dió el caso de que a un parlamentario, expresamente reconocido como tal y de lo más altos quilates intelectuales, como el poeta *Juan Clemente Zenea* lo apresaron y fusilaron no obstante hallarse premunido del debido salvoconducto (1871). Como sanción a un mitin estudiantil, ocho jóvenes fueron fusilados (1873) por orden del gobierno español de la isla. Colmando esta lista trágica, en aquellos días, Ignacio Agramonte hallaba la muerte en una batalla. Lo reemplazó un hombre, cuya obra y cuyo ejemplo serían inolvidables: el dominicano *Máximo Gómez* (1873).

Para desdicha de la revolución, surgieron fricciones en el seno de los patriotas, a raíz de lo cual Céspedes renunció la *presidencia*. Como el general Aguilera, que lo debió suceder, estuviera ausente, ocupó el cargo *Cisneros Betancourt*. *Céspedes* murió frente al enemigo ese mismo año 73. No se podía negar que los jefes cubanos sabían correr la suerte de sus soldados.

Los españoles, desesperados por tan larga guerra, trataron de abreviarla por medio del rigor más implacable. Prueba de ello fueron los fusilamientos de 53 tripulantes (cubanos, yanquis, etc.) del barco «*Virginia*» que cayó en sus manos. Pero, *Máximo Gómez* vengaba aquellas crueldades con nuevos triunfos en las batallas de *Sacra, Palo Seco, Naranjo, Las Guásimas* (1874).

Sin embargo, Gómez tuvo que renunciar poco después su cargo, a causa de pependencias intestinas, en 1876. En su lugar fué designado Carlos Roloff. Eran ya los malos días para la causa de Cuba libre. El nuevo Capitán General, *Martínez Campos*, había venido trayendo nuevas instrucciones. Era Presidente de la República cubana *Tomás Estrada Palma* cuando se llevó a cabo el *Pacto de Zanjón* (1878) con el que terminó la guerra. En virtud del tratado, Cuba tendría *igual trato que Puerto Rico; los jefes patriotas recibían amplio indulto; se ratificaba la libertad de los esclavos; los capitulados podían emigrar de Cuba sin sufrir molestias, etc*

Ya no bastaba eso. Y un sector de patriotas, encabezados por el gallardo general negro Antonio Maceo, se negó a aceptar aquellas condiciones

Romántico e infructuoso gesto.

604.—*Nacimiento del Partido Liberal cubano —La reforma.*

El Pacto de Zanjón reconoció, prácticamente, la personería jurídica de los cubanos. De ello aprovecharon para organizar sus partidos políticos, uno, el *liberal*, que congregaba a los criollos, y el otro, la *Unión Constitucional*, en el que se agruparon los españoles (1878). Al año siguiente, después de mucho tiempo, se vió en las Cortes de Madrid sentarse a los diputados cubanos codo a codo con los peninsulares. A la sombra de todo aquello se fortificaría el autonomismo. Pero, no bastaba esa fórmula a los revolucionarios auténticos. Y así, no tardó el general *Calixto García* en iniciar la otra campaña, desembarcando en la isla (1880), en lo que se llamó la *guerra chiquita*, que terminó con la derrota, prisión y destierro de García y sus tenientes.

605.—*Hacia la independencia: José Martí.*

La emigración cubana esperó largos años, tratando de reorganizar sus fuerzas. Las disensiones habían dividido a los más conspicuos patriotas. Máximo Gómez se había retirado a Santo Domingo. Maceo vivía lejos de su patria. Estrada Palma seguía en Estados Unidos. Calixto García trataba de organizar nuevas tropas. En esas circunstancias, zurciendo voluntades remisas y hasta contradictorias, surge

la figura apostólica de *José Martí*. El fué no sólo el verbo, sino la acción misma de la independencia cubana. Por su boca y en sus hechos habló el pueblo de la isla, pugnando por su libertad definitiva.

Martí había nacido en 1853, en Habana, siendo su padre español. Niño aun, supo lo que era la represión ibérica, pues lo enviaron a presidio, del que sólo salió para pasar al destierro, antes de cumplir los veinte años. Su campaña se había iniciado temprano: no dejó su actividad hasta la muerte. Puede decirse que vivió nada más que para la acción, él, que encerraba tan magnífico y tierno poeta en el pecho. Los «*Versos sencillos*», el «*Ismaelillo*», pero sobre todo las Cartas de Martí, respiran inspiración, elevación y delicadeza. Con ese mismo verbo que parecía una caricia, supo llegar al corazón de los emigrados y conmoverlos de tal suerte que, una vez que le hubieron escuchado, nadie pudo negarse a la guerra.

Aquella magnífica inspiración y carnadura de apóstol de José Martí contribuyó poderosamente a la difusión de los ideales emancipadores. Toda la etapa entre 1889 y 1895 está ligada a la vida del Maestro. Viajando por doquiera, hablando, escribiendo, conciliando, proponiendo, realizando, él fué el alma ambulante y ardiente de la Cuba Libre.

#### 606.—*El Partido de la Revolución y el autonomismo.*

En 1892 quedó constituido, bajo la iniciativa de Martí, el Partido de la *Revolución Cubana*. Paralelamente los *autonomistas* habían arreciado su propaganda, guiados, entre otros, por el egregio don *Rafael Montoro*. No era suficiente, y Martí se encargó de exponerlo con palmaria claridad. El autonomismo había sido una medida adecuada para otros tiempos, pero — con el verso del poeta ruso — «a nuevos tiempos, nuevos canciones», y la de ahora era la separación lisa y llana, o sea, la Revolución.

#### 607.—*La gran campaña.*

Premunido de amplios poderes de los grupos de emigrados en Estados Unidos, Puerto Rico, Santo Domingo, México, etc., *José Martí* tomó a su cargo la realización de la campaña libertadora. Para eso juzgó indispensable ponerse de acuerdo con los antiguos jefes del movimiento de la dé-



cada sangrienta. A principios de 1895, pasó a Santo Domingo, donde se hallaba, aparte de todo ajetreo, *Máximo Gómez*. Martí le persuadió para que volviera a la acción. Y juntos lanzaron el célebre *Manifiesto de Montecristo*, primer peldaño para la obra futura. Habló también con el descontento *Antonio Maceo* que, a su valor, su abnegación y su experiencia, unía la virtud de ser negro y despertaba por tanto, mayor confianza entre los numerosos negros de la isla. Concilió a *Calixto García*. Despachó emisarios a la isla. Aceitó el mecanismo conspirativo, y cuando todo lo tuvo listo, este poeta de tanta blandura en el verso como energía en la acción, juzgó que había llegado el momento de asestar el golpe definitivo.

El ejército libertador tenía como jefe supremo, en calidad de Presidente, a José Martí; comandante general era Máximo Gómez; jefe de las fuerzas de Oriente, Antonio Maceo. Se juntaban así los principales hombres de la antigua guerra y los de la nueva.

608.— *Desembarco y muerte de Martí.*

Mientras Maceo atacaba por Oriente, Gómez y Martí desembarcaron por otro lado, de acuerdo con el plan trazado. Fueron recibidos fervorosamente por los conspiradores cubanos ya advertidos. Pero, a los pocos días, en una escaramuza, Martí, arrastrado por su arrojo, no obstante las advertencias de Máximo Gómez para que se quedara a la retaguardia, ya que debía volver a los Estados Unidos por refuerzos, recibió una descarga de los españoles y cayó en el campo. Con eso sufría la Revolución un rudo golpe. Le sucedió en la presidencia *Cisneros Betancourt*. La jefatura del ejército la conservaban Gómez y Maceo, y la delegación en el exterior, el ex presidente, *Tomás Estrada Palma*

609.— *La represión de Weyler.*

Madrid envió, como sustituto de Martínez Campos, al general *Weyler*, quien se había hecho tristemente famoso en la anterior campaña, por sus innumerables crueldades. Era el año 96. Ese mismo año, en marzo, la Revolución sufría un tremendo golpe, que vino a sumarse al que ya había significado la muerte de Martí: la muerte de Antonio Maceo, cara a cara al enemigo. Con él cayó un hijo de Má-

ximo Gómez. De los antiguos jefes no quedaba ya sino Calixto García.

La guerra continuaba ferozmente. En La Habana, los «voluntarios» cometían todo género de tropelías. Weyler, responsable de ellas, de las quemas de cañaverales, de las persecuciones en masa, fué, al fin, llamado a España, a donde ya habían llegado las protestas por su inhumana conducta. El asesinato de Cánovas del Castillo había cambiado la política peninsular. Se pretendió contemporizar, creando una Junta de gobierno con participación de los autonomistas. Tarde ya para España.

#### 610.—*Participación de los Estados Unidos.*

Entretanto, la Junta revolucionaria del exterior, prosiguiendo el mandato de Martí, había activado la propaganda externa, la cual no necesitaba mucho estímulo en los Estados Unidos, donde — en virtud de la tesis del «*Destino Manifesto*» y conveniencias más inmediatas — se consideraba el asunto cubano como asunto nacional. Las elecciones de Mac Kinley se llevaron a cabo teniendo como plataforma la intervención en Cuba, contra España. No faltaba sino un pretexto para que ese ánimo hostil se hiciera más visible. Y la oportunidad se presentó en seguida con el incidente del «*Maine*».

#### 611.—*El «Maine» y la guerra hispano yanqui.*

«Al atardecer del día 15 de febrero de 1898, el «*Maine*», buque de guerra de los Estados Unidos, anclado en la bahía de La Habana, fué sacudido de un extremo a otro por una serie de formidables explosiones, hundiéndose rápidamente hasta el fondo de la bahía. El comandante del buque, junto con la mayor parte de los oficiales, se hallaba en tierra, salvándose así felizmente; suerte que no cupo, sin embargo, a 258 hombres de la tripulación y dos oficiales, que se hundieron con su buque.

«Los tribunales navales de investigación, americano y español, que fueron rápidamente convocados, no lograron, desde luego, ponerse de acuerdo. El americano informó a su Gobierno que el buque había sido destruído por la explosión de una mina submarina, que a su vez había hecho estallar a dos o más de las santabárbaras del «*Maine*». El español informó a su Reina que la explosión había sido interna. Es curioso observar que cerca de treinta y tres años después del suceso, todavía no se ha decidido la cuestión de cómo se produjo la explosión.

«Admitiendo que los americanos estaban en lo cierto, ¿quién puso la mina? ¿Fué colocada bajo el casco del buque por oficiales españoles, por los españoles que estaban en La Habana o por cubanos insurgentes, con el propósito de envolver a los Estados Unidos en su lucha por la indepen-

dencia? El tribunal americano no pudo esclarecerlo, por no existir pruebas; pero el público americano sabía lo suficiente. Decidió que los execrados españoles, resentidos por la presencia del «Maine» en aguas cubanas eran los responsables. «¡Acordaos del Maine!», se convirtió en el grito de guerra, y desde el 15 de febrero hasta el 25 de abril, cuando la guerra fué formalmente declarada por un Congreso algo aturdido, la frase jamás estuvo ausente de los labios de los americanos. Durante diez semanas, los politicastros agresivos y los periodistas, mantuvieron el clamoreo. Así, en la mente de Mac Kinley no cabía duda alguna, al escribir su mensaje al Congreso, de que la guerra con España era precisamente lo que deseaba la nación americana.

«Dejando aparte la popularidad de la guerra, queda todavía sin contestar la cuestión: ¿Por qué se llevó a cabo? Los Estados Unidos pudieron haber ido a la guerra por una o por todas las siguientes más o menos legítimas razones: 1. Para hacer desaparecer la molestia cubana. 2. Para libertar a los cubanos del despotismo español. 3. Para vengar el menosprecio hecho a nuestro honor nacional. 4. Para extender nuestras posesiones coloniales en el Pacífico, apoderándonos y reteniendo Filipinas. Tales son los habituales modos humanitarios nacionalistas e imperialistas por los cuales las naciones modernas van a la guerra. Pero, un examen de las circunstancias que condujeron a la guerra hispano-americana, nos lleva a la conclusión de que ninguno de dichos motivos era de mucha importancia para provocarla. Me temo, realmente, que uno se vea forzado a la conclusión de que la guerra se llevó a cabo en provecho de la situación política interior. En otras palabras, fué una maniobra del Partido Republicano urdida por sus dirigentes, un ardid al cual dió Mac Kinley su aprobación por cuanto se convenció de que la nación estaba ansiosa de sangre.

«Para los americanos de la generación de la postguerra civil estaba fuera de duda que Cuba presentaba todas las características de una indeseada molestia. De 1868 en adelante, Cuba estuvo en constante disturbio, envolviéndose en innecesarias complicaciones internacionales y poniendo en peligro los intereses de los americanos. Durante diez años los soldados españoles e insurgentes cubanos llevaron a cabo una guerra de guerrillas que costó la vida a 80.000 de los primeros y más de quinientos millones de pesos en oro» (1).

### 612.—*La guerra entre Estados Unidos y España.*

El hundimiento del «Maine» enardeció a la opinión pública de los Estados Unidos. Realizada una prolija investigación, se llegó, como hemos visto, al convencimiento de que la explosión se había producido por causa externa. El Secretario de Guerra envió una propuesta bélica al Congreso de Washington. Y ambas ramas legislativas, en la llamada «*Resolución conjunta*» de abril de 1898, aprobaron la guerra y la necesidad de: 1.º hacer de Cuba una República libre e independiente, y 2.º proscribir a España de toda intervención en sus antiguas colonias.

(1) Louis M. Hacker, «*La guerra sarta de 1898*», en «*Revista Bimestre Cubana*», vol. XLVI, N.º 3, nov-dic. de 1940, p. 397-98, La Habana, Cuba.

Fué una guerra rápida. Estados Unidos, pueblo joven y potente, contaba con elementos bélicos modernos, una escuadra fuerte y, además, con otros dos elementos: la proximidad, en primer término, y la existencia de la división interna, en pleno estado de guerra, en segundo. Mientras las tropas revolucionarias cubanas seguían hostigando a los españoles en el interior de la isla, la escuadra norteamericana bloqueó sus puertos y desembarcó varios ejércitos, bien apertrechados, en los cuales había muchos voluntarios, como *Teodoro Roosevelt*, futuro presidente, quien se había alistado entre los *rough riders*.

El descalabro se produjo en dos grandes acciones navales, más que por obra de las derrotas terrestres: en *Santiago* y en *Cavite*. La escuadra española, al verse bloqueada, recibió orden de salir a combatir. El almirante *Cerrera* acató la orden no obstante saber que estaba perdido. Uno a uno se hundieron en pocos minutos sus barcos, con la bandera al tope. España cayó llena de orgullo, dejando como legado de su paso por América una frase lapidaria: *Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra*. Con su indomable soberbia de siempre, España conservó ésta a trueque de perder aquéllos.

#### 613.—*Resultados de la guerra.*

El *Tratado de París* de 11 de abril de 1899, con el cual se puso término definitivo a las hostilidades entre España y Estados Unidos, reconoció, ciertamente, la *independencia de Cuba*, pero, sujeta en sus primeros años a la *tutela de Norteamérica*; además, entregó al vencedor las *islas de Puerto Rico y Filipinas* (que deberían ser libres cuando se juzgara conveniente) y la *bahía de Guam*, todos puntos estratégicos para mantener, si no su hegemonía, sí la influencia preponderante en el Caribe y el Pacífico de los Estados Unidos.

Los cubanos no miraron de buena gana las taxativas a su libertad así establecidas. Ya, durante la guerra misma, habían ocurrido rozamientos que evidenciaban que las fuerzas estadounidenses miraban como a inferiores a los criollos, como se comprobó con la negativa a permitir que Calixto García y su ejército de 5.000 hombres entraran a una ciudad tomada por los norteamericanos, pero con la cooperación eficaz y cruenta de García. Se iniciaba una etapa transitoria, llena de peligros y dificultades. Pero, el imperio colonial español estaba definitivamente muerto.



VENEZUELA: AFIANZAMIENTO  
DE LA AUTOCRACIA614.—*Tadeo Monagas y el liberalismo.*

El advenimiento de *José Tadeo Monagas a la Presidencia* señaló, según vimos, un renacimiento liberal. Desde sus primeros actos trató de conformar sus tendencias personalistas con un fraseario — y, a veces, con un ideario — liberal. El perdón extendido a Antonio Leocadio Guzmán le dió alguna autoridad. No obstante, sería difícil sostener que el texto del decreto correspondiente fuera muy benigno. Decía así: «*Se conmuta la pena de muerte impuesta a Antonio Leocadio Guzmán en la de expulsión perpetua del territorio de la República, con tal prohibición de pisarla que si llegase a suceder, se ejecutará la sentencia de muerte sin necesidad de nuevo juicio*». A pesar de lo cual, Guzmán volvió poco después a Venezuela y nada menos que a desempeñar la Cartera del Interior y, luego, la vicepresidencia de la República.

El acercamiento de Monagas al *liberalismo* suscitó la ira de los conservadores y paecistas, dueños de la mayoría del Congreso, ante el cual pretendieron acusarlo por infracciones constitucionales. Pero, los amigos del Presidente disolvieron por la fuerza el Parlamento (24 de enero de 1848), acción a consecuencia de la cual pereció el diputado Santos Michelena. Después del atentado, el Gobierno ordenó a los diputados que se reunieran al día siguiente, encontrando la protesta de varios, entre ellos la del eminente *Fermín Toro*, quien respondió al requerimiento del dictador: «*Decid al General Monagas que mi cadáver podrá llevarlo, pero que Fermín Toro no se prostituye*».

*Páez* creyó que aquella era su oportunidad, y se levantó en armas. Pero, fué una dolorosa sorpresa para él verse vencido por los tenientes de Monagas, ante quienes tuvo que capitular en *Macapo*, capitulación incumplida por *José Tadeo*, quien encarceló al ilustre caudillo no bien lo pudo hacer. *Páez* salió al destierro, en derrota, pero de ningún modo desalentado. Monagas, en manos ya del Partido Liberal, permitió entonces el regreso de Guzmán y lo hizo su ministro.

615.—*El otro Monagas.*

Al expirar su período (1850), *José Tadeo* designó a su hermano *José Gregorio* para que lo reemplazara en la presidencia, estableciendo una alternabilidad familiar muy parecida a una herencia monárquica.

Era José Gregorio hombre resuelto, valeroso, motivo por el cual el Libertador Bolívar lo calificara como «la mejor lanza de Oriente».

La designación de José Gregorio había herido vivamente a Guzmán, el cual contaba con los votos de los liberales y con un auténtico prestigio civil. Por este motivo, Páez y Guzmán, paradójicamente entendidos, hostilizaron a Monagas, hombre honesto, además de corajudo, cuyo prestigio acreció considerablemente con la *abolición de la esclavitud*, decretada el 24 de marzo de 1854, poco antes de abandonar el gobierno.

616.—*Segunda presidencia de José Tadeo.*

Concluido el período de José Gregorio, naturalmente las elecciones favorecieron a su hermano y antecesor *José Tadeo*. Debía éste gobernar desde 1854 hasta 1858, completando así doce años de hegemonía monaguista, pero le pareció poco. La *Nueva Constitución* de 1857 ampliaba el término de mando por seis años, y además, *abolió el principio de no-reelección vigente*, lo que hacía predecir la prórroga indefinida de José Tadeo.

Pero los acontecimientos sufrieron un brusco viraje, a raíz de que Monagas fué acusado de tratar de *vender a una potencia extranjera la Guayana venezolana*. A los gritos de «traidor» y de «tirano», la muchedumbre se adueñó de las calles de Caracas. El general *Julián Castro* se levantó en armas. Los guzmancistas se adhirieron al motín, con su caudillo a la cabeza. José Tadeo, vencido, tuvo que refugiarse en la Legación de Francia, después de haber dimitido ante el Congreso (marzo de 1858). La Convención, entonces convocada designó gobernante provisional a Castro.

Ocurrió, por ese entonces, un hecho interesante, que indica hasta qué punto podían ser fundadas las acusaciones de entrega a potencia extranjera que se habían lanzado contra Monagas. Los representantes de *Francia e Inglaterra* solicitaron y obtuvieron su libertad, pero como, luego, fuera

apresado, hicieron *cuestión internacional*, que sólo pudo ser solucionada mediante la intervención de Soublette y el destierro de José Tadeo. ¡Malos vientos de intervención flotaban sobre América!

617. — *Venezuela:  
República federal.*

La oligarquía monaguista había pasado, pues, con su cortejo de confusiones. Porque, vestida de retórica liberal y prestigiada por la manumisión de los esclavos, no cabía duda que su influencia en el pueblo era innegable. De esta suerte *el liberalismo amanecía en Venezuela revuelto con la autocracia, mezclado con la arbitrariedad y el «continuismo»*. Para enfrentarse a aquella oscura y ardiente mezcolanza se requería una personalidad pujante. No bastaba la austera figura de don Fermín Toro, presidente de la Convención, ni eran suficientes los lauros del flamante presidente provisional, Castro. Los ojos se volvieron, entonces, al desterrado de Nueva York: a Páez, en cuya demanda partieron comisionados oficiales.

Por otra parte, el liberalismo había usado eficazmente el traje *federal*, a cuya sombra prosperaban — o se mantenían — los caudillos regionales y aun locales. La nueva Constitución, elaborada por los convencionales de esa vez reconocía un sistema mixto, llamado «*centro federal*», que, en buena cuenta, trataba de coartar el funcionamiento pleno y efectivo del federalismo. Con ello se dió una bandera doctrinaria, limpia y popular a los liberales, que no tardaron en levantarse en armas. Así empezó la tremenda «*guerra de la Federación*» o de «*los cinco años*». A la cabeza de los federales se pusieron los generales *Falcón* y *Zamora* (este último enemigo antaño del «liberal» Soublette)

Para contemporar, el general Castro que sentía el reclamo del federalismo, quiso apaciguar a los liberales organizando un ministerio de este color político, con lo que sólo consiguió exacerbar a los *conservadores*, que lo derrocaron e impusieron como presidente al que ya era Delegado gubernativo, don *Pedro Gual* (1859)

Diversas vicisitudes estremecen a Venezuela entonces. El general Zamora venció a las tropas de Gual, pero, a poco, lo mataron en una acción de armas. Falcón lo sucedió, pero con mala fortuna, pues hubo de retirarse casi hasta Colombia.

En el entretanto fué electo presidente don *Manuel*

*Felipe Tovar*, civil, y vicepresidente, *Gual* (1860), también civil. Para reforzar más el régimen, Tovar nombró jefe del ejército a *Páez*, que volvía del destierro (1861). Al punto estalló la conjura pública para imponer al famoso «león de Apure». Tovar, comprendiendo la inutilidad de su resistencia, trasmitió el poder a *Gual*.

#### 618 — *Dictadura de Páez.*

Al punto viendo que el peligro del lado de *Páez* era cada vez mayor, *Gual* quiso pactar — como *Castro* anteriormente — con los federales. *Páez* anduvo más veloz; tendió una celada y le hizo caer. En seguida se negó a aceptar el precepto legal que entregaba el gobierno al Delegado *Quintero*, del partido conservador. Este bando se dividió, y, a la sombra de su división, *Páez* se hizo proclamar «*Jefe civil y militar de la República*» el 10 de septiembre de 1861: los gestores de su regreso como contrapeso al liberalismo, tenían ya a la vista el fruto de su error.

La dictadura de *Páez* se inició con un finteo conciliador con los federacionistas o federales, que lo rechazaron. Entonces rompió a hervir su vieja ira. Fusiló sin proceso a varios generalés adversos; pretendió contratar un empréstito de un millón de libras esterlinas en Londres; reformó el estatuto de la Nación. De tal modo, lejos de imponerse por el terror, aumentó la resistencia y la *Guerra Federal* se extendió más.

Todo el país estaba convulso y en armas. Doquier surgían partidas contra *Páez* y los conservadores. La vieja tea de los Monagas se encendía de nuevo, y su confusa iniciativa encontraba al fin cauce. Al lado de *Falcón*, símbolo de una continuidad histórica, y como reconocimiento a su eficacia, figuraba un hijo del ya célebre *Antonio Leocadio Guzmán*, el joven *Antonio Guzmán Blanco*. Entre él, como emisario de los federales, y *Rojas* como representante de *Páez*, se llevó a cabo el convenio de *Coche* (cerca de Caracas), donde *Páez* dejaba el gobierno y confesaba su derrota ante los triunfantes federales (mayo de 1863).

*Páez* abandonó el poder y el país, perseguido por el odio de sus enemigos, pero también por la sombra de su honradez, ya que hubo menester de un préstamo de *Falcón* para realizar su viaje al exilio.

*Falcón* fué proclamado presidente; *Guzmán Blanco*, su vicepresidente.



La *Federación* entraba a regir en toda su plenitud con el título de *Estados Unidos de Venezuela* (1864). Naturalmente, coincidencia de todos los gobiernos de la época, uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué gestionar un empréstito en Londres, no ya por un millón, sino por millón y medio de libras esterlinas.

#### 619.—*La República federal.*

El Congreso, reunido normalmente, confirmó con el título de Presidente Constitucional al general *Juan Crisóstomo Falcón*, el 11 de marzo de 1865; el general Guzmán Blanco y el general Desiderio Trías eran sus vicepresidentes.

Falcón abandonó varias veces la presidencia para ir a sofocar, en persona, revueltas intestinas: Guzmán Blanco se adiestraba durante esos períodos para las difíciles tareas presidenciales. Además, evidenció sus dotes de político sagaz al liquidar en forma pacífica la revolución «*genuina*» del general Mendoza, en 1867. Después fué Rojas, el ex lugarteniente de Páez, quien se sublevó con los «*azules*» o sea parte de los conservadores (los paecistas) y parte de los liberales. José Tadeo Monagas, reverdeciendo sus laureles, formaba entre los insurrectos.

Falcón, sabiéndose incapaz para vencer en aquella contienda, entregó el mando al general *Bruzual*, «el soldado sin miedo», quien, mediante un tratado, si bien dejó entrar a los rebeldes a Caracas, conservó la presidencia. Pero *Monagas* se negó a reconocer lo pactado y, a su vez, vencedor, entró a la capital en 1868, imponiendo un curioso *gobierno plural*, especie de anticipo del «Ejecutivo colegiado» que, décadas más tarde, funcionaría en Uruguay, según el cual, mientras la jefatura militar descansaba en un hombre — Monagas, desde luego —, la civil y política quedaba entregada al gabinete ministerial.

Mientras tanto, Bruzual se atrincheraba en Puerto Cabello, defendiendo sus prerrogativas. Y Monagas, que estaba enfermo, confió, dentro de su viejo sistema familiar, el ejército a su hijo Ruperto. Un Monagas no tenía confianza sino en otro Monagas. Muerto Bruzual y triunfantes otra vez los «*azules*», el Congreso eligió presidente no a José Tadeo, porque acababa de morir también, sino a Ruperto, último de la estirpe, el cual demostró su sangre al sofocar en persona la revuelta del general Pulgar. Pero no le acompañó su estrella frente a Guzmán Blanco, el vicepresidente de Falcón.

En abril de 1870, Caracas veía desfilar por sus calles, ya habituadas a esos cambios, a las tropas del hijo de Antonio Leocadio Guzmán. Había muerto el Estado «azul». Y aunque hubo aún que extirpar algunos focos de este bando, la Constitución Federal comenzó al punto a regir en Venezuela.

620.—*Guzmán Blanco: dictadura, presidencia y sustitutos.*

Guzmán Blanco se había educado dentro del liberalismo extremado de su padre, hombre de doctrina. Su gobierno empezó estableciendo los más definidos principios liberales: gratuidad y obligatoriedad de la instrucción; sometimiento del clero, para lo que tuvo que expulsar al Arzobispo de Caracas; reorganización de las Cortes y de la Universidad, matrimonio civil, extinción de conventos. Como contra él se sublevara el general Salazar, lo expulsó del país, después de derrotarlo, y, como reincidiera, lo hizo fusilar.

Todo esto, y la realización de muchas obras públicas, se produjo en los tres años de su dictadura. Pero, a fines de 1873, se dirigió al Congreso para dar cuenta de sus actos, y luego fué elegido presidente constitucional por el período de cuatro años. La zalema, como siempre, se mezcló a aquel acto. El título de «*Ilustre americano*» con que desde entonces se conoció a *Guzmán Blanco*, le fué otorgado por decreto parlamentario.

Guzmán Blanco se identificó con el Estado, a punto de dirigirlo como propiedad privada, sin respetar los derechos ciudadanos, aunque teniendo en cuenta, sin duda, el desarrollo material, panacea de toda dictadura. Los católicos le enrostran su reiterada enemistad contra el arzobispado, y es evidente que nada hizo por realzar la dignidad ni la libertad del individuo, base del progreso integral de un país, pero nadie puede negar las innumerables obras públicas que emprendió, modernizando la nación. Si bien derribó algunos templos para erigir el Teatro Municipal y otros edificios, por otro lado dió impulso a los ferrocarriles, y rindió un vivo culto a los próceres del liberalismo, aunque no a la libertad precisamente. Lo malo es que la vanidad andaba demasiado identificada con todos estos actos y que, como suele ocurrir en nuestra América, creyéndose dueño del poder, quiso imponer, sin éxito, un sucesor, el *general Zavala*.

Con un agudo sentido de la política, por cálculo, no quiso empecinarse en su propósito, sino que resignó el mando

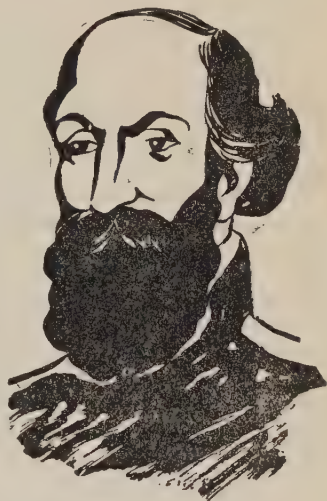
ante el presidente de la Alta Corte. El Congreso eligió, entonces, al general *Francisco Linares Alcántara*. Poco después, hostigado por una súbita explosión en contra suya, surgida en el Congreso, Guzmán Blanco se dirigía a Europa, como Ministro Plenipotenciario en París. No tardó en dictarse un decreto de amnistía. El Congreso, pródigo siempre en lisonjas, apodó al general Linares Alcántara «*el gran demócrata*». Los clericales coadyuvaron a esto porque permitió la vuelta del arzobispo proscrito. Los liberales de verdad no podían olvidar que Alcántara había devuelto su libertad a la prensa, amordazada por Guzmán Blanco.

Pero Alcántara murió casi súbitamente, y, tras un breve interinato del ministro Villanueva, y del Presidente de la Alta Corte, fué elegido el general *José Gregorio Valera* (1878). A su vez, el Congreso, que antes halagara tanto a Guzmán Blanco, ordenó derribar sus estatuas y quitarle sus títulos. De ese modo provocó la reacción guzmanista que inició su tarea en

Maracaibo: no está de más subrayar que el general Valera era hermano natural del difunto Linares Alcántara. El procedimiento de los Monagas continuaba en vigencia.

Guzmán Blanco regresó al país al saber que la revolución de sus partidarios — la «reivindicadora» — estaba ya triunfando.

De Europa traía, hombre impresionable y muy *snob*, ideas nuevas, es decir, modelos nuevos. Otra vez en el mando, propuso una constitución a la manera suiza; restauró algunos de los monumentos a su nombre; persiguió a sus enemigos; construyó ferrocarriles; restringió la libertad de prensa y reanudó el boato de su régimen. Eso durante un año (1879-80), pues se ausentó de nuevo a Europa, en viaje feérico, para volver a gobernar constitucionalmente electo, cuatro años (1880-1884). Nuevos impuestos, nuevos puentes, nuevos telégrafos y hasta un templo — esa vez — se-



GUZMAN BLANCO

ñalaron su paso por el poder. Instaló la Academia de la Lengua, conmemoró augustamente el centenario de Bolívar; pero, en contraste, tuvo frente a sí a *Cecilio Acosta*, hombre insobornable, conciencia limpia y verbo diamantino, y amargó el tránsito de *José Martí* por Venezuela: la dictadura, aunque llamada presidencia constitucional, no quería hombres de tan altos quilates.

De 1884 a 1886 gobernó constitucionalmente el general *Joaquín Crespo* — los períodos eran de dos años, como en Colombia —, pero el 86 fué de nuevo electo *Guzmán Blanco*, quien, después de un conflicto con Inglaterra, a causa de la delimitación de la Guayana inglesa, se retiró del gobierno (1887) cansado de las luchas intestinas, dejando al *general López*.

La influencia de Guzmán Blanco no fué sacudida sino bajo el gobierno del *doctor Juan Pablo Rojas Paul* (1888-1890), al principio cautivo de los guzmancistas. Pero, Rojas Paul impuso su sucesor, el doctor *Andueza Palacio* (1890-1892), cuya época fué, como la anterior, de concordia y restablecimiento civil.

Cuando Andueza quiso perpetuarse en la presidencia, halló la oposición del general *Joaquín Crespo* (1892-1898), quien, bajo el marbete de «Legalismo», estableció una dictadura muy resistida por el país. Crespo sacrificó en el tratado de límites con Inglaterra buena parte de la Guayana venezolana y contrató un empréstito de 50 millones de bolívares con Alemania, país que iniciaba entonces su marcha hacia Occidente, con el propósito de competir y vencer la hegemonía inglesa en ultramar.

El siglo se cierra prácticamente con el año de gobierno del general *Ignacio Andrade* (1898-1899), época de ruda lucha contra falaces revoluciones, la última de las cuales contra el reeleccionismo, estuvo acaudillada por el general, *Cipriano Castro*.

Todo este período de vida política, turbulento, sin regularidad, entre ambiciones regionales y caudillescas, dominado por las personalidades de los Monagas, Guzmán Blanco y la decadente de Páez, tenía que desembocar en la firme autocracia de Juan Vicente Gómez, precedida por la tiranía de Cipriano Castro. Como se ha visto, el laicismo predominó en Venezuela a diferencia de Colombia, donde triunfara el clericalismo. Pero, los liberales venezolanos, salvo esa diferencia, coincidían con los conservadores de otros pueblos en su adhesión al caudillismo autocrático.



## COLOMBIA: LA LUCHA DOCTRINARIA Y LA ORGANIZACION INSTITUCIONAL

621.—*Hacia la era liberal.*

El régimen de *Mosquera*, pese a su entraña conservadora, había significado un despertar para la nueva República, aún no llamada Colombia, pero claramente distinta de las otras dos que constituyeron el conglomerado grancolombiano. Ya marchaban barcos a vapor por las aguas del caudaloso río Magdalena; ya circulaban locomotoras por la flamante vía férrea de Panamá; en la Escuela Militar, recién instalada, se formaban los futuros militares de la Patria; el régimen eclesiástico había experimentado mermas saludables como la supresión de los diezmos, y se había hecho respetar la libertad de prensa y la de sufragio, todo ello indicio de una rectificación constitucional.

Cuando *José Hilario López* subió a la presidencia en 1849, halló, pues, un país que, si todavía no estaba en forma, trataba de encontrarla de alguna manera. Pero López ascendió al solio presidencial con aire belicoso. Su lema no admitía dudas «*Quien no está conmigo, está contra mí*» solía repetir, y no faltó a su consigna. Su primer acto fué revisar la Constitución de 1851, a fin de trasfundir a ella los principios *liberales* que él representaba. Naturalmente, el conservatismo se alzó, y no sólo en gritos, sino en armas. José Hilario López saltó sobre su rival, resuelto a defender las medidas que había dictado. El arzobispo Márquez y los obispos publicaron una representación adversa a las medidas gubernativas. Aquél fué condenado a extrañamiento.

De nuevo habían sido expulsados de Colombia los jesuitas, admitidos por Herrán, tras el prolongado ostracismo a que los sentenció Carlos III. López declaró *abolida la esclavitud* en el territorio de su mando, así como apoyó la *libre navegación de los ríos, la libertad de cultos y de prensa, la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza*, la formación de municipios, la confección del mapa del país, a cargo del eminente don Agustín Codazzi, el implantamiento del sistema de jurados para juzgar en las causas criminales, medida exótica, en pugna con la inexperiencia y la tradición jurídica de la nación.

En general, en muchas de las medidas adoptadas por el

régimen liberal de López (hombre en la plenitud de su vigor, pues había nacido en 1798), se advertía marcada huella extranjera. Mientras tanto, no se compulsaban los ingresos públicos ni se reparaba en que la anarquía reinante no era el mejor aliciente para aumentar aquéllos, sino al revés, se abusaba de principios y dogmas franceses, de la oratoria de los convencionales parisienses, al par que se quería adecuar aquello a un evidente contagio del federalismo norteamericano.

La lucha programática se intensificó, se iban definiendo ya tendencias opuestas en el seno del propio partido liberal al punto que se escindió entre *draconianos* o *radicales*, y *gólgotas* o moderados que se entendieron con los conservadores, causando el debilitamiento y finalmente la caída del liberalismo.

El general *José María Obando*, electo presidente en 1853, hubo de soportar una violenta insurrección del general Melo, al año siguiente, a raíz de haber modificado la Constitución. Melo pretendió unirse con Obando en su motín como un ardid insólito, después de haberlo tenido prisionero, con lo que sólo consiguió que se sospechara de la rectitud de Obando —harto puesta ya en tela de juicio a consecuencia del asesinato de Sucre, que se le imputó—; no por eso se detuvieron los cuatro ex presidentes, de distinta filiación, conservadores y liberales, Márquez, Herrán, Mosquera y López que marcharon contra el amotinado hasta reducirlo y restablecer en la presidencia al vicepresidente legítimo, *Obaldía* (1855). Lo sustituyó el presidente electo, *Manuel María Mallarino*, a quien sucedió *Mariano Ospina* (1857), también normalmente elegido por voto directo.

#### 622.—*La Confederación granadina y los Estados Unidos de Colombia.*

Colombia tomó por aquel entonces el nombre de *Confederación Granadina*, dividida en ocho Estados (1858). Ospina permitió el regreso de los jesuítas, problema candente en la América Meridional de entonces, y les otorgó varias mercedes en materia de instrucción. Como algunas de sus medidas excesivamente conservadoras, estorbaran al partido liberal, éste se sublevó y de tal suerte la guerra civil tendió su manto sobre el país. El general Mosquera, entonces gobernador del Cauca, se proclamó Director Su premo de la guerra. Numerosos combates ensangrentaron a

la Confederación. José Hilario López también hubo de levantar su pendón de rebelde. En 1861, después de dura lucha, *Mosquera* entraba a Bogotá, hacía ejecutar a muchos de sus adversarios y apresaba a Ospina, que había terminado su período de cualquier manera, bajo el peso de la guerra civil. Desde luego, los eclesiásticos tuvieron que soportar el peso de la ira del caudillo triunfante. El arzobispo Herrán abandonó el país, y, por cierto, salieron también los jesuítas, cuyos bienes fueron ocupados. El Presidente provisional de los ahora *Estados Unidos de Colombia* (1863) dictó nueva Carta fundamental.

Naturalmente, los sucesos internacionales se mezclaban a los internos. El Presidente del Ecuador, *Gabriel García Moreno*, político ultramontano, constante secuaz de los jesuítas invadió Colombia, a pretexto de que una facción, encabezada por el poeta *Julio Arboleda*, había invadido ocasionalmente parte del territorio ecuatoriano. García Moreno cayó vencido y prisionero de sus adversarios. La guerra civil continuó. Las tropas «confederadas», se vieron derrotadas en el combate de Santa Bárbara. Arboleda, que supo el desastre, acudía a tomar su puesto, cuando lo asesinaron en las ya tristemente famosas montañas de Berruecos, regadas con la sangre de Sucre.

Los *Estados Unidos de Colombia*, creados en virtud de la Convención de Río Negro, en 1863, duraron así organizados hasta 1885. Descansaban sobre la base del gobierno autónomo de cada Estado. *Mosquera*, convertido al liberalismo, fué designado su presidente.

Para cimentar sus prestigios sobrevino un incidente internacional. El incansable general Flores invadió Colombia, pero *Mosquera*, que acudiera a combatirlo, lo venció en Cuaspud. La paz ajustada entonces tuvo los caracteres contemporizadores y hasta diríamos generosos de la de 1829 entre Perú y Gran Colombia.

La Constitución de Río Negro, como se denomina a la que dió vida a los Estados Unidos de Colombia, estableció que el período presidencial debería ser de dos años, a lo cual se sometieron algunos presidentes, varios de ellos prominentes, como *Murillo Toro* (1864), el general *Mosquera* (1866), el general *Santos Gutiérrez* (1868), *Eustorgio Salgar*, otra vez *Murillo Toro*, *Pérez*, *Parra*, *Rafael Núñez* (1880), a quien siguió el 82 *Francisco Xavier Zaldúa*, después del cual volvió *Núñez*, liberal entonces, al gobierno (1884).

Desde luego, eso no quiere decir que reinara la paz. Los conservadores promovieron una formidable rebelión que

duró varios años, durante los cuales demostraron su valor y disciplina los directores de ambos bandos, hasta 1877, en que se hicieron las paces.

Mosquera, que quiso ser dictador en 1867 y dió un golpe de Estado, desapareció del escenario político de su país por el destierro a que lo condenaron, pero, inquieto siempre, desde Lima no cesó de conspirar, y luego hizo todo cuanto estuvo en su mano por organizar una expedición para libertar a Cuba, por esos días en plena guerra por su independencia.

Durante el gobierno de *Parra* (1876-1878), se decretó la libertad de enseñanza, rudo golpe a los clericales y conservadores, siendo éstos también derrotados entonces por medio de las armas. Fué, además, *Parra* quien autorizó el contrato de Lesseps para abrir el *canal de Panamá*, con la compañía francesa. El genial ingeniero venía aureolado por su hazaña de Suez, y se pensaba que su acción sería en América tan eficiente como lo fuera en Africa.

623.—*Rafael Núñez.*—  
*Los Conservadores.—La*  
*República de Colombia.*

Doblegados los conservadores, no dejaron, por eso, de intrigar y combatir como les fué posible. Finalmente, lograron impresionar al presidente *Rafael Núñez*, hombre de extraordinaria sensibilidad poética, dado a la aristarquía, tipo de intelectual, al par que de caudillo de alta clase. El insigne poeta filósofo que en él había, propenso a rozarse con espíritus selectos, sentía repugnancia, en el fondo, por la democracia y más aún por la demagogia radical de uno de los sectores liberales, de suerte que no resultó difícil para el conservatismo conseguir su viraje hacia las playas no sólo moderadas, sino hasta autocráticas.

Habían desaparecido, al parecer, algunos riesgos del horizonte colombiano. España reconoció la independencia del país. Un Banco Nacional, fundado por Núñez, trataba de regular la economía fiscal. Para no romper el ritmo constitucional, que era su aspiración, Núñez, no obstante su ya evidente disconformidad con la política de su partido, cesó en su primer período a los dos años prescritos por la ley, pero dejó el poder al doctor Zaldúa, cuya pericia jurídica no excusa que cumpliera literalmente la voluntad de su antecesor. A los dos años, volvía Núñez al gobierno y, ya



desembozadamente de acuerdo con los conservadores, dió comienzo al régimen llamado de «La Regeneración».

Comprendiendo los liberales el significado de aquel cambio, se alzaron en armas contra su conmlitón de la víspera. Núñez, que no esperaba otra cosa y había especulado sobre la base de que ocurriera algo que justificase una nueva Constitución, se proclamó *dictador*. De su triunfo sobre sus opositores derivaron reformas sustantivas en la estructura del país. La instrucción libre, que auspiciara Parra, quedó anulada a manos del clero. El federalismo de los Estados Unidos de Colombia volvió a los cauces de un evidente *centralismo*, en el que adquiriría el Poder Ejecutivo la facultad de intervenir en los Estados o departamentos. La presidencia se renovaríá cada seis, en vez de cada dos años. Para llevar a cabo sus reformas, Núñez fundó el Partido Nacional, pero, en realidad, su basamento fué el partido conservador y una parte del liberal. Núñez cambió el nombre del país por el de *República de Colombia*, que hasta ahora conserva. Proclamó a la República como protectora de la fe católica; admitió la libertad de prensa, en tiempo de paz, pero con severas limitaciones que, dado el carácter caudillesco del régimen, invalidaban en gran parte la decantada libertad. En 1887, Núñez firmó un Concordato con la Iglesia Católica, en virtud del cual aquélla quedaba al margen de las autoridades civiles, rigiéndose por sus propias leyes, medida más ultramontana que lo vigente durante el virreinato, que estuvo regido por el Patronato. Naturalmente volvieron entonces los jesuítas. Se estableció el curso forzoso de la moneda.

En 1892, Núñez fué reelecto presidente — había abolido el principio de no reelectibilidad —, pero, enfermo de gravedad, lo sustituyó el vicepresidente *Miguel Antonio Caro*, eximio poeta también (Colombia es una de las pocas Repúblicas sudamericanas que ha estado gobernada por intelectuales, bueno es decirlo). Núñez, que había nacido en Cartagena el año de 1825. murió en 1895.

Era presidente interino Caro cuando estalló una formidable rebelión liberal.

## ECUADOR: DE LA TEOCRACIA AL LAICISMO

624.— *Alternativas entre conservadores y liberales.*

Ecuador reproduce, en su historia del siglo XIX, muchas de las características de la historia colombiana, pero exacerbadas. Lo que los antiguos neogranadinos realizaron con cierta mesura, dentro de un molde algo clásico, los ecuatorianos lo llevaron a cabo con acento mucho más apasionado. Los partidarios de la tesis que sostiene la preeminencia del factor geográfico en la vida de los pueblos, tienen aquí un argumento favorable a sus afirmaciones.

En 1849, el presidente *Noboa*, de filiación conservadora, plantea, desde luego, una reforma constitucional. Fué una manía de los gobernantes de nuestro siglo XIX el justificar sus actos y designios por medio de pautas legalistas. La reforma significaba el establecimiento de una Cámara única, el restablecimiento del fuero eclesiástico, la restauración del diezmo y, lo más importante, que todo candidato a parlamentario tuviera que ser propietario o disfrutar de una renta. Tales características no correspondían, ni mucho menos, a un Estado liberal o a una República plena. *Noboa*, bajo el consejo del clero, llegó más lejos aún que todo eso: se dispuso a invadir Colombia a causa de que este país había expulsado a los jesuitas, bajo una de tantas rachas jacobinas que venían a compensar las del clericalismo teocratizante. Fracasó en su intento, a punto tal que halló el final de su gobierno en seguida, con la rebelión del *general Urbina* (1852), saturado de principios menos dogmáticos, propicio a la tolerancia, dentro de cuyo período la nación vivió días de relativa calma.

En 1856 sucedió a Urbina *don Francisco Robles*, quien, durante sus tres años de poder, hubo de afrontar el recrudescimiento de varios y graves conflictos internos y externos: entre los primeros, una insurrección de los conservadores; entre los segundos, una guerra con el Perú, provocada por las intemperancias y ambiciones del general Flores, a la sazón refugiado en esta República, donde halló amparo para sus designios. La guerra con el Perú fué, según veremos después, un grave contratiempo para el gobierno de Robles

y significó a *Castilla*, que era *Presidente* del vecino país del sur, un reforzamiento de sus prestigios.

Socavado por tantos contratiempos, Robles no se hallaba en capacidad de soportar el ataque de un enemigo vigoroso, como *García Moreno*, que, en 1859, dominó la situación.

Tras un breve paréntesis, signado por el gobierno de *Franco*, *García Moreno* fué electo presidente (1860) y entró a gobernar su pueblo. *Franco* había tenido la desdicha de firmar un tratado con el Perú, que en Ecuador se consideró perjudicial. *García Moreno* enarbolaba, así, el pendón del nacionalismo y el difuso, pero seductor, del orden.

625.—*Gabriel García Moreno, el teócrata.*

*Gabriel García Moreno*, nacido en 1821, demostró desde el primer instante que su paso por el poder iba a ser dilatado y vigoroso. Hombre de indudable cultura humanística, compositor de versos satíricos, escolar de San Sulpicio de París, versado en teología, su aspecto más singular era su absoluta sumisión a la Iglesia, su espíritu profundamente eclesiástico. Seco, tenaz, se parecía, por su sentido realista y autoritario, al chileno *Portales*; por su nacionalismo, a *Rosas*; pero de ambos lo diferenciaba la preeminencia que daba a los dogmas antes que a las realidades. Desde luego, no quiso demostrar que las reformas que iba a emprender dependían de su capricho, sino que trató de investir las, como siempre, de constitucionalidad. Modificó, pues, de nuevo la Carta Fundamental de la República y entregó la enseñanza a los jesuitas y *Hermanos Cristianos*, y a las *Monjas del Corazón de Jesús*. El año 61 formalizó un acuerdo de concordato con la Santa Sede. Ecuador renunciaba a las prerrogativas que el Poder Civil tenía desde el Patronato colonial. Los Breves y Bulas papales debían cumplirse automáticamente, sin necesidad de que intervinieran en ellos los poderes públicos. Toda protesta contra esta medida merecía inmediata represión. Los destierros y prisiones se multiplicaron. La prensa quedó enmudecida, bajo mordaza, pero no el pensamiento, que halló magníficos y gallardos exponentes, entre ellos el más ilustre de todos, *Juan Montalvo*, uno de los más grandes escritores de América, estilista eximio, liberal de vuelo auténtico, contra quien se estrelló en vano la ira de *García Moreno*. *Montalvo* sufrió confinamientos y persecuciones, sin que arriara

bandera. De aquella vía crucis saldrían las admirables páginas de los «*Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*», «*Catilinarias*», «*Mercurial eclesiástica*», etc.

Un extenso movimiento insurrecto, encabezado por los liberales, halló el apoyo de Mosquera, entonces ya liberal, y Presidente de Colombia. Enfurecido por semejante intromisión — repitiendo el caso de Rosas con respecto a Oribe —, García Moreno se lanzó con sus tropas contra el sur de Colombia, pero fracasó en sus propósitos de invasión. En cambio, a sus enemigos de adentro, sí, les hizo sentir el peso de su autoridad, campaña en la que tuvo por aliado al viejo general Flores, partidario de la autocracia, del orden desde arriba y hasta de la monarquía (1864).

A causa de estas circunstancias, García Moreno abandonó el mando al cumplirse su período presidencial, dejando como sustituto a don *Jerónimo Carrión*, tras del cual seguía el teócrata moviendo los hilos de la política nacional. Carrión fué quien firmó el tratado de alianza de las Repúblicas del Pacífico contra España, que terminó triunfalmente con las amenazas de la escuadra isabelina (2 de mayo de 1866, en el Callao), pero, no obstante esto, un motín conservador alentado por el poder eclesiástico, puso brusco fin al gobierno de Carrión (1868), quien, aunque católico practicante comprendía que era preciso contemporizar y anuló algunas leyes dictadas por García Moreno. Su sucesor fué don *Javier Espinosa* a quien derrocaron los conservadores, anhelosos de absoluto dominio. Después de algunas negativas, más aparentes que reales, *García Moreno* volvió al gobierno (1869), esta vez para desatar de manera desembozada sus métodos represivos y su eclesiastismo sin cuartel.

Prácticamente, los tres poderes del Estado quedaron reducidos a uno, y en su sola mano. Se restablecieron los tribunales eclesiásticos. La enseñanza quedó confiada a los religiosos. Los obispos llegaron a intervenir en la expurgación de los Códigos de la República, a fin de eliminar todo aquello que se opusiera al Concordato y a las medidas teologizantes que adoptaba el dictador. Fué clausurada la Universidad de Quito, en cambio, se abrió una Escuela Militar y un incipiente Instituto Politécnico. En 1873, la República quedó consagrada al Corazón de Jesús. La persecución contra los opositores se hizo más terrible. Montalvo tuvo que emigrar, y, con él muchos notables liberales. Se perfiló la figura recia del joven liberal *Eloy Alfaro*, discípulo de Montalvo y su amigo y sostén en Panamá.

Cierto que García Moreno se preocupó de sanear el pre-



supuesto, de tender líneas férreas (entre ellas iniciar la de Quito a Guayaquil), pero la moral política del país pagaba muy caro aquellos pocos progresos materiales, y, además, se confundió tan íntimamente el clero con sus métodos, que lógicamente el rechazo contra el Dictador trajo consigo un rechazo absoluto contra la Iglesia Católica, convertida en parte beligerante de esta lucha que debió haber sido nada más que cívica.

Cansados de aquel estado de cosas, varios grupos de estudiantes, simples ciudadanos y aun militares se dedicaron a forjar un plan que eliminase al Tirano. Y el 6 de febrero de 1875, en circunstancias en que García Moreno cruzaba la Plaza de Armas, le atacó uno de los conjurados — Rayo — con un machete. Otro grupo disparó sobre el dictador ya postrado y sangrante. Así terminó aquel período tan discutido y trágico de la política ecuatoriana, dejando un saldo de odios que, traspasando las fronteras de lo institucional y político, comprometió principios ajenos a éstos.

626.—*Los sucesores de García Moreno: Alfaro.*

De los sucesores de García Moreno (*Antonio Borrero*, 1875-1876; *Ignacio de Veintimilla*, dictador primero y después presidente, 1876-1883; *Plácido Caamaño*, *Antonio Flores Gijón*, *Lino Cordero*, 1892-1896) el de mayor personalidad fué el segundo, pero todos hubieron de sufrir las funestas consecuencias espirituales del período de la teocracia triunfante. Entre liberales y conservadores se abrió un abismo. Hasta después de muerto, seguía inspirando las pasiones políticas de su pueblo el fenecido dictador.

Finalmente, en 1896, asumió el gobierno *Eloy Alfaro*, caudillo de la Costa, donde el liberalismo ofreció siempre tenaz resistencia al conservadorismo, parapetado en la Sierra.

Alfaro, discípulo fiel de Montalvo, puso en práctica las ideas que éste le había inculcado. Del clericalismo cerrado, impuesto por García Moreno, Ecuador evolucionó a un laicismo intolerante. Las obras públicas recibieron intenso estímulo. El país ingresó a otro camino, pero las pasiones permanecían en pie. La pugna entre liberales y conservadores se había convertido en un desacuerdo radical entre serranos y costeños, lo que complicó gravemente la vida de la República.

## PERU: DEL MILITARISMO AL CIVILISMO

627.—*Ramón Castilla.*

El gobierno de don Ramón Castilla (1845-1851) emprendió una firme revisión del organismo estatal, aunque sin los elementos técnicos suficientes.

Dentro de lo material, bastaría enumerar: establecimiento de la primera línea telegráfica (1847), primer ferrocarril entre Lima y Callao (1851), primeros barcos a vapor para la armada de guerra (el «Rímac» y el «Amazonas»); primera ley de fomento de la inmigración; otorgando primas a los grupos de más de cincuenta personas, lo cual fué aprovechado — por razones económicas relativas a la agricultura — por los chinos o *culíes*; sistema de consignaciones (los consignatarios) para la creciente venta de guano a Europa (1849); descubrimiento y comienzo de la explotación del salitre en las pampas de Tamarugal; formación del primer presupuesto de la Nación, cuyo renglón de ingresos ascendía a 5.300.000 pesos de 48 peniques cada uno (5 pesos por libra esterlina, o sea 1 millón de libras esterlinas), provenientes de las aduanas de los impuestos a los indígenas en sus 3/4 partes: saneamiento de intereses de los empréstitos externos de 1822 y 1825; decreto sobre consolidación de la deuda interna, etc.

Desde el punto de vista político, se robusteció el criterio de orden, al par que se fomentaba o, al menos, no se obstaculizaban los debates doctrinarios, entonces tan agudos ya entre *conservadores* ultramontanos y *liberales*. Desde el literario, el *romanticismo* desplegó sus alas, sobre todo a partir de 1848, época en que la generación llamada de «los bohemios» inició sus tareas literarias. Desde el educativo, a pesar de que la mayor parte de los egresos fiscales se consumían en ejército y marina, se operó un cambio interesante, merced a la actividad del pedagogo español don *Sebastián Lorente*, quien emigró de su país a causa de sus ideas liberales.

Cierto que entonces se presentaron dos cuasi conflictos internacionales, uno con el Ecuador a causa de las intrigas del general Flores, empeñado, por satisfacer sus pasiones, en restaurar una supuesta monarquía hispana en aquel país;

y otro con Bolivia, a causa del alza del impuesto a los frutos bolivianos, lo que se arregló definitivamente en 1847.

En este mismo aspecto de los negocios exteriores, Castilla auspició la reunión en Lima de un *Congreso de Plenipotenciarios de Estados del Pacífico*, en el que actuaron los representantes de Nueva Granada, Ecuador, Perú, Chile y Bolivia, a efecto de pactar una alianza general (1847-1848), iniciativa cuyos frutos se verían palmariamente menos de veinte años más tarde, cuando la agresión de la escuadra hispana a nuestras costas.

En suma, el gobierno de Castilla fué el primero que logró instaurar un orden cuasi jurídico, no obstante la resistencia que le opusieron ciertos elementos conservadores.

### 628.—*La definición jurídica.*

El primer gobierno de Castilla dejaba, pues, un considerable saldo favorable. Cuando el presidente abandonó el poder en manos de su sucesor legal, *José Rufino Echenique*, se había abierto la etapa de ordenación. Echenique (1851-1855), hombre de fortuna y de ideas moderadas, quiso llevar a cabo dos obras trascendentales: en una tuvo éxito, en la otra fracaso, y fué una de las causas de su caída. Consistió la primera en la *codificación*, para lo que contaba con la anuencia de un grupo de juristas importantes. La segunda tuvo mayores obstáculos. Se trataba de las deudas originadas en la guerra emancipadora. Con el objeto de sanear las finanzas nacionales, tarea ya iniciada por Castilla, se procedió a una *consolidación*, pero, a través de ella, se filtraron numerosos negociados. Gentes con favor oficial, sin derecho alguno, reclamaron por inexistentes acreencias, y así fué como surgieron fortunas intempestivas e inmerecidas, de la noche a la mañana: las fortunas de *los consolidados*, como se las llamaría desde entonces. Y hubo más: el guano, tentadora presa, se veía disputado por los mercados exteriores. Sin flota adecuada ni organización comercial, el gobierno peruano lo «consignó», esto es, hizo un contrato con una casa inglesa, la cual, en calidad de consignatario, se encargaba de la venta del guano, pagando una suma al erario, que, ante la facilidad que se le brindaba, no titubeó en abusar de los adelantos que, por tal concepto, se le otorgaron. Con ello se abrió la era de auge y, consecuencia de ello, la crisis que estallaría veinte años después.

Pero, hubo otro aspecto importante de aquel período:

la lucha entre conservadores y liberales, coincidente con el auge del romanticismo.

Como hemos dicho, sobre la tumba del presidente Gamarra apareció una figura singular, la del clérigo *Bartolomé Herrera*. Llevado al rectorado del Convictorio de San Carlos, se afanó en formar una juventud dentro de los preceptos teocráticos, de la «soberanía de la inteligencia». Conciñando la demagogia roussoniana con el absolutismo a lo Bossuet, su fórmula se concretaba así: «el jefe del Estado recibe el poder del pueblo, y éste lo recibe de Dios».

La política exterior de Echenique fué agitada. Primero porque resuelto a una política de colonización de las zonas ribereñas al Amazonas y ríos confluentes, fomentó aquélla en el departamento de *Loreto* (1852), dió incremento al puerto de Iquitos, entonces en embrión y tuvo que firmar un pacto previo con el Brasil (1851) respecto a la navegación y delimitación de dichas vías fluviales; segundo, porque a causa de la expedición que el general Flores organizó desde Perú el gobierno de Ecuador culpó al peruano de entrometerse en sus asuntos internos; tercero, porque a raíz de nuevas disputas con Bolivia y de haber sido expulsado el agente diplomático peruano en Bolivia, el Perú ocupó el puerto de Cobija, llegando a *un casus belli* que se terminó porque la opinión pública peruana mayoritariamente pacifista se volvió contra el Ejecutivo; y, cuarto, porque el nuevo ferrocarril de Tacna a Arica dió a entender la voluntad de reforzar los intereses peruanos en la zona entonces limítrofe con Bolivia.

El año 54, el acaudalado agricultor *Domingo Elías* publicó unas célebres *Cartas* acusando a Echenique de peculado en el asunto de la consolidación. Aunque derrotado el movimiento que ahí nació, recogió su bandera *Castilla*, quien representaba el pensamiento liberal, abolicionista de la esclavitud y de saneamiento administrativo. En 1855, *Castilla*, después de la batalla de *La Palma*, ganaba de nuevo el poder.

629.—*Auge liberal y reacción conservadora.*

Las primeras investigaciones del nuevo régimen acerca de los escándalos de la Consolidación establecieron que por lo menos se habían cometido fraudes por un valor de 12.200.000 pesos, en beneficio de determinados personajes, a partir de ese día acaudalados.



Castilla, dictador por unos meses, reunió a una Convención que lo designó *presidente provisional* hasta 1858, en cuya época se realizaron las elecciones que lo proclamaron *presidente constitucional* hasta 1862.

Desde antes de La Palma, Castilla había declarado la *manumisión de los esclavos*, aún existentes (alrededor de 14.000) y la *abolición del tributo que pagaban los indígenas*. La Convención, capitaneada por los liberales, cuyo más eximio representante fué don *José Gálvez*, aprobó la Constitución de 1856, en que se reconocían los derechos de asociación y petición colectiva, la inviolabilidad de la vida humana, el sufragio popular directo, la extinción de los fueros personales, la limitación de las prerrogativas presidenciales, etc.

El empenachado lirismo de los liberales provocó la reacción armada de los conservadores, quienes llamaron a *Vivanco*, que estaba en Chile. Vivanco conmovió al país entero. Y si no es por un arreglo que Castilla celebra con Francia e Inglaterra, pudo perder los ingresos vitales de la isla guanera de Chincha. Después de dramáticas vicisitudes, Castilla personalmente redujo a su adversario, con la toma de Arequipa (1858).

Comprendiendo que las reformas del liberalismo le acarrearían más enojos, Castilla viró en redondo. El nuevo Congreso, a que convocó, mostró predominio del elemento moderado y hasta conservador. Para reforzar su prestigio personal, y aprovechando de una declaración unilateral del Ecuador, con respecto a algunos territorios de la *región amazónica*, ordenó el bloqueo de Guayaquil y, luego, él mismo, en persona, estableció su cuartel general en el país ecuatoriano. Ecuador se había dividido en tres gobiernos: el de Guayaquil, el de Azuay y el de Quito. El tratado de Mapasingue (1860), en virtud del cual se retiraron las tropas peruanas del país vecino, no fué refrendado por el gobierno de Quito, que adujo su nulidad por haberse pactado con una facción. Tampoco lo ratificó el Congreso de Lima, que sostuvo la misma causa (1862).

Entretanto, la situación económica parecía normalizada, no obstante los gastos que significó la manumisión de los esclavos (cerca de 8 millones de pesos) y la merma a causa de la supresión de la servidumbre indígena. Ciertamente era una normalidad aparente, pues las  $\frac{3}{4}$  partes del presupuesto descansaban en la renta del guano (16 millones de ingreso sobre 21 millones de total), convirtiendo al Perú en nación monocultora, con todas las desventajas consiguientes.

Era tal la bonanza que el Perú se permitió prestar a Costa Rica la suma de 100.000 pesos para que se armase a fin de evitar la amenaza de nuevas incursiones del filibustero norteamericano Walker. Costa Rica devolvió el préstamo al Perú cuando éste entró en guerra con Chile (1879).

Las pretensiones de Walker alarmaron a los hispanoamericanos. Pero fué mayor la nerviosidad cuando, a raíz del ofrecimiento del dominicano Santana, la Reina Isabel de España aceptó anexarse Santo Domingo (1861). A esto se agregó el Pacto de Londres. Poco después empezó a organizarse el *Congreso Americano* de Lima, que se reuniría en 1864, como un nuevo esfuerzo anfictiónico, reviviendo, en cierto modo, el sueño de Bolívar.

Entretanto, había terminado su período Castilla y asumido el poder el *general San Román* (1862), el cual murió al año siguiente. Mientras regresaba de Europa el primer vicepresidente, general *Juan Antonio Pezet*, desempeñó la presidencia el segundo vicepresidente, general *Canseco*. Pezet regresó en agosto, precisamente cuando entraba en calor la nueva pendencia con España.

### 630.—*La guerra con España.*

Secuela de una intensa campaña alarmista de los interesados en conseguir más dinero a título de indemnización por la «deuda española» de la independencia, en 1863 estalló un conflicto absurdo.

A causa de una pelea en la hacienda de *Talambo*, del litoral peruano, entre trabajadores vascos y criollos, resultaron muerto uno y heridos cuatro de aquéllos.

En esas circunstancias se hallaba en aguas de Valparaíso una escuadrilla española, al mando del *almirante Pinzón*, a cuyo bordo viajaba la expedición científica que venía recorriendo la costa americana desde California. Al saberse los sucesos de Talambo, destacó España al señor *Salazar y Mazarredo*, en calidad de *Comisario Regio*, y, como el gobierno del Perú lo aceptara sólo a modo confidencial, porque el título de que venía investido no correspondía emplearlo ante una República libre, Salazar abandonó repentinamente Lima, y la escuadra española se apoderó de las *Islas Chincha*, el 14 de abril de 1864.

El hecho provocó la protesta del cuerpo diplomático hispanoamericano en Lima. La Reina de España reconoció que la palabra «reivindicación» usada por sus mandatarios había sido mal empleada, pero retuvo las islas. Como la discusión

se deslizara por un camino de casuísmos, el Congreso Americano, entonces reunido en Lima, protestó de nuevo, y el Parlamento del Perú autorizó al Ejecutivo para declarar la guerra. Pero lejos de esto, el plenipotenciario *Vivanco*, que trataba con el almirante *Pareja*, sucesor de Pinzón, firmó con él un tratado inoportuno, el *Vivanco-Pareja* (1865), en que el Perú reconocía deber indemnización a España y aceptaba al Comisario Regio a cambio de recuperar las islas. Como el Congreso se hubiera clausurado antes, el Ejecutivo dispuso la simple y llana ratificación del pacto.

No fué posible contener entonces la indignación popular. Y aunque el presidente *Pezet* apresó a varios presuntos cabecillas y desterró al *Mariscal Castilla*, no le fué posible evitar la revolución que, acaudillada por el prefecto de Arequipa, *general Mariano I. Prado*, fué proclamada el 28 de febrero de 1865. *Pezet*, con su ejército, esperó el ataque de *Prado* y del segundo vicepresidente *Canseco*, pero éstos eludieron la batalla y se apoderaron de Lima, con lo que se terminaron la guerra civil y el gobierno de *Pezet*.

*Canseco* asumió, cuasi legalmente, el mando, pero *Prado* lo derrocó a los pocos días, y proclamó un estado prebélico contra España.

En tanto, la escuadra ibérica amenazaba ahora a Chile. Pero, un suceso inesperado puso fin a aquella jactancia. La toma de la «Covadonga», buque aviso hispano, por la «Esmeralda», chilena, causó tal desánimo en *Pareja*, que no vaciló en suicidarse.

Al punto se constituyó una alianza entre Perú, Chile, Ecuador y Bolivia, empresa difícil esta última, por cuanto entre Chile y Bolivia existía casi un estado de guerra. El 13 de enero de 1866, Perú declaró la guerra a España y desconoció el tratado *Vivanco-Pareja*.

La escuadra española, que había recibido refuerzos de la Península, *bombardeó Valparaíso* el 31 de marzo. Pero, el 7 de abril era derrotada en *Abitao* por la escuadra peruano-chilena, bajo el comando del capitán peruano *Villar*.

*Méndez Núñez*, almirante ibérico, se dirigió al Callao con sus siete barcos, armados de 300 cañones, y, lleno de ira por el revés sufrido, rompió a bombardear la plaza, desde las 12 y 3/4 hasta las 4 y 3/4 de la tarde del 2 de mayo (1866).

No contaban los españoles con que, en el entretanto, Callao había sido reciamente artillado de manera que, al fuego de a bordo, se contestó con otro no menor. Después de inútiles esfuerzos y derrochar coraje, la flota española

muy averiada, se retiró a la isla de San Lorenzo, de donde, después de algunos días, partió hacia España.

Sensible fué que la batalla costara la vida de un ciudadano egregio del Perú, el jefe del liberalismo, don *José Gálvez*, hombre de doctrina, de verba y de pluma, nombrado Ministro de Guerra por la dictadura de Prado: una bomba voló el torreón de «La Merced» donde él se hallaba, robando así una vida preciosa al Perú.

Sólo en 1871, por mediación de Estados Unidos, se firmó un pacto de tregua entre España y el Perú. Ocho años después, en 1879, quedó suscrito el definitivo tratado de paz.

### 631.—*La era de los empréstitos y obras públicas.*

Terminada la guerra con España, el general Prado trató de imprimir un sesgo liberal a su gobierno. La Constituyente que convocó en 1867 aprobó una Carta extremista para su época. Al par, asumía la presidencia constitucional, electo para un período de cuatro años, de los cuales sólo pudo desempeñar uno. En efecto, en septiembre del 68, el vicepresidente de San Román, el *general Canseco*, enarboló el pendón constitucionalista en Arequipa, mientras que el coronel *José Balta* se pronunciaba, al norte, en Chiclayo. Derrotado por los revolucionarios, Prado dimitió el mando y se dirigió al extranjero.

Después de un brevísimo interregno de cierta normalidad, se eligió presidente al vencedor, coronel *José Balta* (1868-72). Su gobierno fué uno de los más activos y discutidos de la historia peruana. Encontró Balta una deuda de 13 millones a los consignatarios del guano. El presupuesto de 1869 a 1870 tenía un déficit insalvable. Para remediarlo apeló a la panacea de siempre: el *guano*. Su Ministro de Hacienda, un joven ex seminarista arequipeño, don *Nicolás de Piérola*, logró que el Congreso autorizara al gobierno a cubrir el déficit. Para eso se hizo un contrato con la *Casa Dreyfus*, de París, sobre la consabida base del guano. Dreyfus recibiría dos millones de toneladas, pero adelantaría al gobierno sumas para cubrir su deuda a los consignatarios. Aprobado ya el contrato, un grupo de capitalistas peruanos alegó un mejor derecho para obtener el contrato, reclamación que aprobó la Corte Suprema de Justicia. El gobierno impuso su criterio, que había sido ya sancionado por un pacto. Mas, contra los cálculos optimistas del Ejecutivo, en



1871 no estaba ni remotamente cubierta la acreencia de Dreyfus. Entretanto, las necesidades financieras eran mayores, dado que se había entrado en una etapa de costosas *obras públicas*, como el ferrocarril a la Sierra central, el de Arequipa a Puno, el de Cusco a Juliaca, el muelle y dársena del Callao, en todo lo cual andaba mezclado un audaz hombre de empresa norteamericano: *Enrique Meiggs*, cuya influencia se dejó sentir en todos los órdenes (¡hasta pretendió coartar la campaña del nobilísimo apóstol puertorriqueño Eugenio María de Hostos!). Para hacer frente a aquellos gastos se contrataron varios *empréstitos*, naturalmente en *Londres*; en 1870 uno de casi 12 millones de libras esterlinas; el 72, uno de casi 15 millones de libras esterlinas para ferrocarriles; luego uno de casi 22 millones para amortizar la deuda externa. Las obras públicas eran, sin duda, beneficiosas, pero su costo excesivo significó una carga exagerada para la economía del país. La imprevisión condujo, poco después, a la quiebra fiscal.

632.—*Aurora sangrienta del civilismo.*—*Los Gutiérrez.* — *Manuel Pardo.*

Balta quiso dejar el poder, primero, al general Echenique, pero, viendo la oposición que suscitaba entre los militares, pensó en don Antonio Arenas. Frente a éstos se levantó un núcleo de hombres, enarbolando la bandera del *civilismo* (es decir, antimilitarismo, entonces) con *Manuel Toribio Ureta*, eximio jurista, el cual fué sustituido en la candidatura por don *Manuel Pardo*, comerciante perspicaz, heredero de un nombre de cierta prestancia colonial.

Al verse vencido por la ola popular que seguía a Pardo, Balta titubeó. Pero, la «*clique*» militar que lo rodeaba, con su propio hermano a la cabeza, lo redujo a prisión. Su Ministro de Guerra, el general *Tomás Gutiérrez*, se proclamó dictador, y los tres hermanos de éste, todos ellos coroneles, iniciaron la sujeción por el terror. Una algarada multitudinaria mató a uno de los Gutiérrez. En represalia el presidente Balta fué fusilado en su propia cama. La ira popular se hizo incontenible, a punto que de los tres Gutiérrez supervivientes, dos más cayeron bajo aquel vendaval (julio de 1872).

Tras un breve interinato del vicepresidente *Herencia Zeballos*, el candidato Pardo, que se había refugiado en la

escuadra, tomó el mando. Se iniciaba el gobierno del partido civil.

*Manuel Pardo* (1872-1876) trató de modificar las bases administrativas del Estado y enfrentarse a la crisis ya en marcha, y a la vez tuvo que contener los ímpetus insurreccionales del ex ministro *Piérola*, trocado en dinámico y vigoroso jefe de la oposición. En frustrado empeño descentralista fundó las *Juntas departamentales*; declaró los empleos en comisión, con ánimo de desarraigar la burocracia; dirigió el censo del 76; fundó la Escuela de Ingenieros y la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas; sofocó los conatos de revuelta del coronel Iglesias y de don Nicolás de Piérola (este último organizó la suya desde Chile en 1874); *expropió las salitreras*, en territorio peruano, tratando de reemplazar la reducción que significaba al erario la hipoteca del guano con la libre disposición de salitre (en 1876, los 2/3 de las salitreras eran ya del fisco). A pesar de todo esto el país fué declarado *en bancarrota*. En el orden internacional aceptó pactar con Bolivia un tratado defensivo secreto (1873), al cual se invitó infructuosamente a la Argentina, lo que motivó discusiones en el Parlamento chileno.

633.—*Vuelta del militarismo. — La guerra.*

Paradójicamente, el gobierno que reemplazó al del jefe del partido civil fué el de un militar, el general *Prado*, que había vuelto de voluntario exilio. El estado de las finanzas nacionales no podía ser peor. Hubo que continuar utilizando el papel moneda; se dejó servir la deuda externa, y, en fin, como si todo eso fuera poco, dos fuertes golpes revolucionarios de Piérola (derrotó al «Shah» y al «Amethiste», dos buques ingleses que, por una inexplicable obcecación de Prado, fueron enviados contra un barco peruano sublevado) acabaron de trastornar la ya precaria situación. Colmándola, el año de 1878, en circunstancia en que salía del Senado, cuyo presidente era, el ex presidente Manuel Pardo fué asesinado por un sargento de guardia. Cuando la guerra del Pacífico estalló en 1879, el Perú no estaba preparado ni económica, ni espiritual, ni técnicamente para soportar aquel embate

En el capítulo referente a Chile narramos someramente la llamada guerra del Pacífico, de la que el Perú salió mer-

mado territorialmente, financieramente endeudado y políticamente entregado al militarismo.

634.—*Después de la guerra.*

Piérola se erigió dictador después de la inexplicable y secreta partida del general Prado, en diciembre de 1879.

Con la ocupación de Lima (1881) el poder de Piérola se esfumó. El presidente García Calderón fué conducido preso a Chile por negarse a aceptar la cesión de territorios. Cáceres, convertido en jefe del Estado, en la parte libre, opuso heroica resistencia en la Sierra, como se verá más adelante.

El general *Iglesias*, que en 1883 levantó pendón insurreccional para firmar la paz con Chile, se hizo elegir presidente constitucional, en medio de la resistencia del ejército que obedecía a Cáceres y el repudio de gran parte de la ciudadanía que miraba en aquél una hechura de las tropas invasoras. La responsabilidad que Iglesias había echado sobre sus hombros exigía, como coronación, un desprendimiento ejemplar. Su permanencia en el poder acabó con el poco prestigio que le quedaba. En 1885, *Cáceres*, el héroe de la resistencia, lo arrojó del poder. Cumplidos algunos trámites de apariencia legal, el vencedor ocupó el gobierno como presidente (1886-1890). Inmediatamente organizó a sus partidarios en una nueva agrupación política, el *Partido Constitucional*, encaró la necesidad de dar convalecencia al país, destrozado por la guerra. Pero el militarismo alcanzó con él nuevamente su apogeo.

El gobierno del general Cáceres, si bien halló amplio apoyo, al comienzo, en la opinión pública, pronto tuvo que afrontar dos adversarios: la crisis económica y espiritual, causada por la guerra, y el ensoberbecimiento de los militares, de nuevo dueños de la función pública.

Sin ingresos de guano (hipotecado a Dreyfus y otros prestamistas), ni de salitre (arrebatao por Chile), el presupuesto hubo de buscar su contrapeso en los ingresos aduaneros y en nuevos impuestos. Desprovisto de industrias, por mucho que se alzaron los impuestos al tabaco, los alcoholes y el opio (1886), no hubo manera de compensar el déficit, sino acudiendo a un empréstito en condiciones por demás onerosas. La deuda externa subía a 51 millones de libras esterlinas. Para cancelarla, el gobierno entregó en prenda los ferrocarriles del Estado, por 66 años, a sus nuevos prestamistas, quienes además obtuvieron derecho a exportar has-

ta dos millones de toneladas de guano y a recibir durante 30 años anualidades de 80.000 libras esterlinas cada vez (1888). Los tenedores de los bonos de este empréstito extorsivo constituyeron una entidad con sede en Londres: la *Peruvian Corporation*. La aprobación del convenio provocó intensa reacción. Luego Cáceres impuso un sucesor, el coronel *Remigio Morales Bermúdez* (1890-1894).

Al par, el espíritu de la juventud, agitado por la guerra tendía a formar núcleos políticos e ideológicos de un nacionalismo extremo, enemigo del militarismo, del clericalismo, del «civilismo» (la oligarquía), a quienes se inculpaba de la derrota. Adalid de este movimiento que conmovió a la República entera y que se ligó con la tendencia provincial o *federalista*, fué don *Manuel González Prada*, ilustre escritor y apóstol intachable, quien fundó en 1891 un partido de efímera vida por su intransigencia doctrinal: *La Unión Nacional* o partido radical.

635.—*Crisis y caída del militarismo: Piérola*

Morales Bermúdez tuvo un gobierno inquieto. Durante su período se cumplieron los diez años del Tratado de Ancón y debió realizarse el plebiscito de Tacna y Arica, cuya no verificación fué causa de una campaña constante en toda América, en torno del asunto. El año 93 estuvo a punto de estallar una guerra con Ecuador, a causa de la delimitación de las fronteras, pero se derivó el litigio al fallo arbitral. Pocos meses antes de terminar su período, Morales Bermúdez murió súbitamente (abril de 1894). Le correspondía ocupar la presidencia y terminar el período al primer vicepresidente, pero los caceristas, que no confiaban en él, dieron un golpe de Estado y entregaron el mando al segundo vicepresidente, coronel *Justiniano Borgoño*, hechura de Cáceres, quien convocó a elecciones para que fuera designado constitucionalmente Cáceres.

Se levantó entonces un poderoso movimiento popular, en realidad cansado de la jactanciosa hegemonía militar. Los civilistas u oligarcas transigieron con su perenne adversario. *Piérola*, jefe del Partido demócrata, a quien entregaron el mando de la «*Coalición*» *cívico-demócrata*. Después de casi un año de combates de guerrillas, los montoneros de Piérola tomaron Lima el 17 de marzo de 1895.

Con el triunfo de la Coalición se puso fin, momentáneamente, al militarismo y se inició una nueva etapa, cuyos



primeros pasos fueron la reorganización del ejército, para lo que Piérola contrató una misión francesa; restaurar las finanzas, para lo que estableció el «patrón de oro» con equivalencia de diez soles peruanos o una libra peruana por una libra esterlina; una nueva ley electoral, en que se restauraba el voto directo de la ciudadanía; muchas obras públicas, y, aunque quedaban algunos rezagos de autoritarismo, se advirtió ensanchamiento de las libertades públicas. Finalmente, en 1898, en vísperas de terminar su período, trató de resolver el litigio con Chile, mediante el protocolo Billinghurst-Latorre, en momentos en que Chile se hallaba en conflicto con Argentina, pero fracasó. En 1899, Piérola entregó constitucionalmente el mando a don *Eduardo López de Romaña*.

## BOLIVIA: LA ERA DE LOS GENERALES

### 633.—*Belzú y el caudillismo militar.*

El triunfo de Ingaví (1841) exaltó la figura de José Ballivián, abogado y general, quien entró a gobernar el país. Hombre de espíritu progresista, según hemos visto, inició una serie de reformas con el objeto de poner en marcha la Nueva República, cuyos primeros veinte años de existencia habían sido otros tantos años de lucha y turbación. Había conseguido mucho cuando, en 1847, un levantamiento militar lo derribó, exaltando al *general Guillart*, el que, a su turno, tuvo que ceder el paso al general *Manuel Isidro Belzú*, que derrotó a Velasco, antiguo opositor de Ballivián.

*Belzú* abre la era de los autócratas militares o «caudillos bárbaros», según la denominación grata a Alcides Arguedas: ello fué el 5 de diciembre de 1848. Era un hombre violento, de pasiones tumultuosas, decidido, y de mucho ascendiente entre los soldados y las masas. Como contrapeso de estas características, tenía junto a sí a su esposa y a menudo consejera y apaciguadora, doña Juana Manuela Gorriti, distinguida escritora argentina. Pero, dada la violencia de la vida política boliviana, poco podían los consejeros ante aquel desencadenado turbión. Para agravar el tono personalista y duro de *Belzú*, sobrevino el atentado que contra él se perpetró el año 50, motivo de una represión tan severa que sobrepasó todo límite. No hubo perdón

para los enemigos. Corrió la sangre, después de lo cual, más dueño del país, se apresuró a dictar una nueva Constitución, que se ajustara a sus designios. Belzú obtuvo mucha popularidad a raíz de su decreto *aboliendo la esclavitud*.

En el orden internacional, Belzú, como todo autócrata, trató de evidenciar un celo excesivo por los intereses patrios. Se produjo en su tiempo un conflicto con el Perú a propósito de la posesión de Cobija (1853), pero el riesgo de la nueva guerra se alejó con la revolución al presidente del Perú, Echenique, según vimos ya. Desde entonces se vió que la futura política exterior boliviana tendería a apoyarse en uno de dos vecinos: en Chile o en Perú, y, por tanto, estaría en peligro de chocar con el que quedara al margen de dicho trato.

Belzú abandonó el gobierno en 1855 para ponerlo en manos de su yerno, *José Córdova*, repitiéndose, con ligera variante, lo ocurrido entre los Monagas, en Venezuela. Pero Córdova no pudo sostenerse sino poco tiempo. En 1857, la sublevación del doctor *José M. Linares* dió con su poder en tierra, pero no para abrir una etapa de progreso y tolerancia, sino, al revés, para acentuar el rigor de la vida pública. Linares, cierto es, pretendió moralizar el país, pero lo hizo según su criterio individual y usando métodos demasiado drásticos, lo que anuló sus intenciones ante lo cruento de sus procedimientos. En 1896, Linares era derrocado por sus propios ministros. Bolivia no conseguía aún encontrar su centro. Las pasiones lugareñas y de grupo, la incomunicación entre las ciudades de su vasto territorio, la escasez de su población letrada y, en general, de toda clase, el predominio del militarismo, en fin, impedían que se encauzara su existencia por un camino pacífico y legal.

El año 61 asciende a la presidencia el *general Achá* (1861-1864), hombre culto, comprensivo, realmente interesado en fomentar el progreso nacional, pero de carácter titubeante, quizá por su misma cultura e inteligencia. Achá no pudo impedir que, durante su gobierno, se cometieran odiosas tropelías, de que fué él responsable indirecto y a contrapelo. El coronel Plácido Yáñez ensangrentó el nombre de Achá con sus feroces matanzas en que perecieron muchos belcistas preeminentes. Sin embargo, lleno de ánimo constructivo, Achá trató de concentrar las energías bolivianas en tareas que afianzaran el porvenir, y así tuvo mucho empeño en explorar la zona del Pilcomayo. En su tiempo se iniciaron las hostilidades de la flota española, lo que permitió a Bolivia ponerse de nuevo en contacto con el Perú, su antiguo

adversario, y trabar entendimiento defensivo con Chile y Ecuador. Achá pudo pensar que su patria ingresaba por sendas de paz y cooperación con sus vecinos, cuando sobrevino la sublevación de Melgarejo, que amenazó borrar todo cuanto existía de vida institucional en Bolivia.

637. — *Melgarejo.*

El *general Mariano Melgarejo* (1864-1871) representa, sin duda, uno de los tipos de tirano menos atractivos, desde el punto de vista político, pero más lleno de interés desde el punto de vista psicológico, novelesco y clínico. Era un megalómano incorregible; acostumbraba beber con exceso, y tenía el prurito de hacer que su voluntad valiera por encima de toda otra consideración. Su gobierno se distinguió por ese tono de absoluto capricho, de absoluta irresponsabilidad que él solía poner en todos los actos de su vida. Más que un bárbaro, a ratos parece un bohemio de la política, por la desaprensión con que dictaba sus decretos y realizaba sus antojos, como, por ejemplo, los favores de que cubrió a su concubina Juana Sánchez. Si a alguien se parece, a ratos, es a Cipriano Castro, el más tarde presidente de Venezuela, aunque no pocos lo han comparado con Soulouque, el haitiano. Para su sentido caudillesco y caciquil del mando, estorbaban los municipios, el Parlamento, las leyes, inclusive las leyes internacionales. No tenía el culto nacional acendrado de Rosas, por ejemplo, o de Portales, sino que las fronteras las consideraba con un valor demasiado relativo para ser apreciable. A nadie debe extrañar, por tanto, que durante su tormentoso paso por el poder Bolivia perdiera partes de su territorio. Pero, era valiente, y eso le ganaba la adhesión de la soldadesca; y era generoso y francote, lo cual lo acercaba a las masas. Belzú, el otro caudillo, comprendió que con Melgarejo se le cerraba toda posibilidad de volver al gobierno, porque no soltaría el mando sino muerto. Por eso se rebeló, y, contando con vigoroso apoyo en el ejército, prácticamente lo tuvo derrotado, en 1865, antes de que Melgarejo se adueñase íntegramente de todos los resortes del gobierno; pero, vencido casi, Melgarejo, hombre de resoluciones fulgurantes, mató a Belzú, con lo que trocó la derrota en triunfo, después de lo cual, ensangrentado aún, salió al balcón del Palacio a anunciar desafiadoramente: «¡Belzú ha muerto! ¿Quién manda ahora?»; a lo que el populacho contestó a una voz: «*Melgarejo*».

Naturalmente, Melgarejo tuvo que ser, al fin, derrocado. La revolución de Morales deshizo su poder, pero no sin causar una tremenda sangría en el país (1875).

### 638.— *De Melgarejo a Daza.*

Los sucesores de Melgarejo, digamos mejor, los siguientes jefes del Estado boliviano vivieron en zozobra. El *general Morales* apenas gobernó un año: del 71 al 72; don *Tomás Frías* tuvo un interinato de otro año: del 72 al 73; don *Adolfo Ballivián*, hijo del ex presidente don José, alcanzó a dirigir el país otro año, del 73 al 74; luego, don *Tomás Frías*, electo ya, no completó el año 76; y, su sucesor, el *coronel Hilarión Daza*, que fuera ministro de Frías y su derrocador, tampoco completó su período, pues en 1879 abandonó el campo de batalla y el país.

*Daza* pretendió imponer también su sello a la historia de Bolivia. Para eso, como siempre, apeló al consabido expediente de dictar una nueva Carta fundamental, votada por la Convención del 77 reunida *ad hoc*. Era la décima Constitución del país en cincuenta años de existencia libre. En aquel período, se inició la explotación del salitre en grande escala, lo que movió al gobierno de Bolivia a dictar el funesto decreto de impuesto de los 10 centavos, pretexto inmediato de la dramática y durante tanto tiempo anunciada guerra del Pacífico.

Bolivia sufrió la primera embestida de las tropas de Chile con las ocupaciones de Antofagasta y de Calama (1879), lo que inició aquella contienda. El Perú trató de mediar, pero finalmente acabó interviniendo en la guerra. Con eso se extendió el conflicto a los tres países, según se ha referido.

El ejército de Bolivia actuó aliado al del Perú hasta el descalabro de Tacna. *Daza* abandonó entonces la lucha, sucediéndolo el general Narciso Campero, jefe de las tropas. Le tocó a Campero (1880-1884) afrontar las terribles consecuencias de la derrota, y la tregua que significó para Bolivia la amputación de su litoral, convirtiéndose en nación enclaustrada (1884).

### 639.— *Nuevos planes nacionales.*

La pérdida de la costa del Pacífico obligaba a rectificar todos los planes nacionales. Así lo entendió el presidente



*Gregorio Pacheco* (1884-1888), quien dió considerable realce a la *explotación del Gran Chaco*. Bolivia se hallaba ante una alternativa dramática: o enfrentarse de nuevo a su vencedor de poco antes para recuperar su litoral, o tratar de obtener una salida al mar, a costa de su aliado de la guerra, o, en fin, dirigir sus pasos sobre el Atlántico, tratando de conquistar el Gran Chaco, y obtener una salida fluvial sobre el otro océano, para lo que tenía que dar a su política internacional un nuevo rumbo, incrementando las relaciones con Argentina y corriendo el riesgo de chocar con los intereses del Paraguay, como ocurrió lustros más tarde. De hecho, la vida boliviana había variado su eje.

Entre 1888 y 1892, gobierna *Arce*. Su sucesor, don *Mariano Baptista*, se destacó, sin duda, como uno de los más importantes jefes de Estado boliviano, entre otros motivos por el auge que dió a la instrucción pública (1892-1896). La política empezó a tomar un sesgo menos violento, más de astucia. Los partidos realizaban un juego activo en el interior del país. Todo ello explotó con el advenimiento del *general José María Pando* al gobierno en 1896. Pando impuso la Federación con una nueva ciudad capital, la de *La Paz*, que así reemplazaba a la antigua e histórica de Sucre o Chuquisaca (1898). De hecho había llegado a su clímax la rivalidad inter-regional. Desde entonces, Chuquisaca, capital legal de la República, mira con recelo a La Paz, capital *de facto*. Pando reunió la Convención de Oruro, y gobernó hasta 1902.

## CHILE: DEL ORDEN A LA PROSPERIDAD

640.—*Reorganización de la República.*— *Bulnes*.

Ciertamente, Portales había hecho mucho por extirpar la anarquía, pero casi nada por levantar el espíritu público. Aparte de un sector de la alta clase, el pueblo permanecía al margen de la política, desconectado de ésta. Con la guerra contra la Confederación peruanoboliviana, y el aporte liberal de los proscritos argentinos, que refluyó en un avivamiento del sentido democrático, se produjo cierta mayor influencia de la clase media.

Desde luego — y como se ha dicho ya —, terminada la

guerra contra Santa Cruz en 1839, el candidato a la presidencia de la República, para el período siguiente, fué el general que condujo la triunfante expedición: *Manuel Bulnes*, quien gobernó dos períodos consecutivos, el de 1841 a 1846 y el 1846 a 1851. Durante su tiempo, si bien hubo paz interna, se produjeron sucesos que alteraron el ritmo de la vida chilena.

Bulnes era un hombre de oído atento, a cuyo rededor se congregaron personajes nacionales y extranjeros de positivo valor. Entre los primeros, bien que de opuestas ideas, se destacaban *Irarrázaval*, que favorecía a los liberales, y *Manuel Montt*, de tendencia conservadora; entre los segundos, el norteamericano *Wheelwright*, que promovió la navegación a vapor; el insigne venezolano *Andrés Bello*, fundador de la Universidad de Chile y redactor del Código civil, y el argentino *Sarmiento*, que más tarde organizaría la Escuela Normal de Santiago.

La guerra había creado un espíritu de empresa, una confianza cuyos frutos iban a verse no sólo en el norte, sino también en el sur; la toma de posesión regular del *Estrecho de Magallanes* por Chile fué una prueba de ello. Orientado en un sentido constructivo, el país abrió esa comarca a una importante *inmigración alemana*.

Pero, había otro factor: la profunda conmoción interior que significó para Chile la presencia de una pléyade de hombres cultos e inquietos, cuyas ideas provocaron verdadero revuelo entre las clases dirigentes: los proscritos de Rosas, cuyo ímpetu y cuya ilustración sirvieron de contrapeso a la enseñanza clásica de Andrés Bello, devoto del orden portaliano. A través de las encendidas polémicas entre *Vicente Fidel López* y el chileno «*Jotabeche*», entre *Sarmiento* y *Lastarria*, entre *Billao* y los conservadores del país, fué naciendo un espíritu nuevo, cuyos primeros frutos de tipo intelectual se dieron en la ya mencionada *Sociedad Literaria* de 1842; que luego, por el hervor que produjo entre los jóvenes, movió a la gente conservadora a fundar una *Sociedad del Orden*, a la que, como réplica, se opuso la *Sociedad Demócrata*, de oposición al gobierno, el cual acabó cayendo en manos de Montt.

En el segundo período de *Bulnes* se realizó el contrato con *Wheelwright* para el ferrocarril Santiago-Valparaíso y se adoptó el sistema decimal de los pesos y medidas. Además, la presencia del poeta Salvador Sanfuentes en el ministerio, dió matiz de tolerancia al nuevo período.

641.—*Manuel Montt.*  
—*Agitación ideológica.*

Entre diversas alternativas anduvo el gobierno con respecto al problema electoral, hasta que, frente a la posibilidad ya evidente de que don Manuel Montt postulara su candidatura a la presidencia, los jóvenes *Santiago Arcos* y *Francisco Bilbao*, ambos educados en Francia y saturados de ideas socialistas, resolvieron fundar y fundaron la *Sociedad de la Igualdad*, consagrada a reivindicar para el pueblo los derechos que una democracia auténtica le depara. Con ello creció la beligerancia política, y los amigos de don Manuel Montt cerraron más firmemente filas en torno de su candidatura.

Desatada la pugna, hasta el *Arzobispo* tomó parte en ella excomulgando a Bilbao por sus escritos. La Sociedad de la Igualdad fué, primero, asaltada y después, clausurada. Estallaron motines en San Felipe. La represión gubernativa no respetó a los diputados Lastarria y Errázuriz. Poco después (1851) se produjo en Santiago un golpe militar, cruento y desgraciado, a cuyo amparo creció la represión, clima en que se realizaron las elecciones que ungieron a Montt.

Montt comenzó su gobierno en malas condiciones: tuvo que sofocar una vigorosa revolución, cuyo radio abarcaba el norte y el sur del país. Resuelto a imponerse a lo Portales, dispuso que, en adelante, las sentencias de consejo de guerra fueran inapelables y se ejecutasen en el acto, lo que más tarde llevó a la tumba a numerosos civiles cuando la revolución de 1859.

No se puede calificar, sin embargo, al de Montt como un gobierno absolutamente reaccionario. Su actitud de rechazo a las pretensiones de los jesuitas para volverse a establecer en Chile le atrajo la enemistad de los pelucones. Ciertamente que Montt se negó, no por odiosidad de tipo eclesiástico o religioso, sino porque no quería que surgieran diferencias y dificultades a causa de los bienes jesuíticos expropiados cuando la expulsión de la Orden; pero, en todo caso, manifestaba más amor a su patria que a la Iglesia, lo cual no le perdonaron los ultramontanos. Además, en beneficio de la economía nacional, transformó el impuesto llamado del diezmo en una contribución territorial.

Montt fué reelecto para otro quinquenio en 1856, pero su carácter autoritario produjo conflictos que cuajaron en la oposición liberal en que militaron hombres del temple de

*Vicuña Mackenna, Gallo* y otros. Por fin, en 1859, se inició una doble guerra civil: en el sur, en la frontera, los araucanos se levantaron, hábilmente agitados contra los conservadores y Montt, y en el norte, el caudillo Pedro León Gallo, como respuesta a los destierros y prisiones decretados por Montt, alzó su pendón de guerra y fué muy dura la tarea de vencerle.

Montt (que terminó inclinándose a los ultramontanos) dió gran impulso a la *instrucción pública*, para lo que contó con la hábil cooperación de Domingo Faustino Sarmiento, así como a varias industrias mediante la cooperación de los colonos alemanes. El puso en vigencia el nuevo Código Civil.

#### 642.— *Reformas internas.*

Sucedió a Montt, por otro doble quinquenio, don *José Joaquín Pérez* (1861-1871). Durante su primer período, los hechos más culminantes fueron el terrible incendio de la Iglesia de la Compañía de Jesús a la que se había permitido establecer colegios (1863), y la *guerra con España*, en el transcurso de la cual fué bombardeado Valparaíso (1865). Durante el segundo período, se realizó *un censo general* de la República y se organizó la *Compañía del Pacífico*, que permitió comunicar, por vapor, a través del estrecho de Magallanes, Valparaíso con Liverpool. El primer viaje se realizó en 1868. Además, hubo de afrontar Pérez una insurrección más de la *Araucanía*, donde cierto aventurero francés, Antonio Tounens (Aurelio Antonio I), fantaseador sin escrúpulos, pretendió coronarse rey de la comarca, siendo, después de pintorescos azares, definitivamente derrotado.

Pérez hizo sancionar dos reformas constitucionales: una que prohibía la existencia de cualquier religión que no fuese la católica, golpe dirigido contra el creciente protestantismo; y una que *suprimía la reelectibilidad presidencial*, de suerte que, en adelante, el presidente no duraría más que cinco años. Como secuela de la guerra con España fué preciso contratar varios empréstitos. Para financiarlos se crearon algunos impuestos, y Concha y Toro propuso, sin éxito, el de la renta y las herencias.

Ya nos hemos ocupado de la guerra con España, en que tan lucido papel tuvieron las fuerzas navales de Chile, unidas a las de Perú, Bolivia y Ecuador.

En 1871, cuando se llevaron a cabo las elecciones para el sucesor de Pérez, Chile todavía estaba estremecido por



los ecos de aquella triunfal contienda, así como las consecuencias económicas que, lógicamente, significó.

Fué electo presidente, por cinco años, don *Federico Errázuriz Zañartu*, quien trató de conciliar a conservadores y liberales, haciéndolos tener representantes en su gabinete. No le fué posible cumplir con su designio. En 1873 se producía una profunda crisis ministerial, a causa de los excesos doctrinarios del Ministro conservador Abdón Cifuentes, quien en el afán de proteger a los colegios confesionales, dictó un decreto sobre exámenes, que implicaba una verdadera licencia para los alumnos, y no trepidó en separar del cargo de rector del Instituto Nacional al egregio don *Diego Barros Arana*. Errázuriz tuvo que virar hacia los liberales y ampliar varias disposiciones legales, como las referentes a libertad de imprenta, a nacionalización de extranjeros, la incompatibilidad entre el cargo de parlamentario y el de párroco, vicepárroco, intendente y otros de origen fiscal. Culminando estas reformas, el presidente dictó una nueva ley de elecciones, más flexible que la existente.

Hechos importantes en tiempo de Errázuriz fueron, además, el tratado de límites con Bolivia; el contrato de construcción de dos poderosos blindados que, poco más tarde, decidirían la guerra con el Perú; el ferrocarril transandino por Aconcagua; el hallazgo de yacimientos de plata en Caracoles (Atacama), así como el interés por las salitreras peruanas y bolivianas de Tarapacá y Antofagasta, en las que planificadamente se invirtieron fuertes capitales chilenos.

Además, en 1875, las Cámaras chilenas discutieron acaloradamente sobre el Tratado secreto defensivo entre Perú y Bolivia, al que se consideró de carácter agresivo.

En suma, durante la administración Errázuriz, Chile se puso «en forma» para una contienda que estalló poco después, en lo cual tuvo no poca influencia el ejemplo de Europa, donde el triunfo de los prusianos sobre los franceses estimuló las teorías políticas basadas en el poder militar.

Reemplazó al señor Errázuriz don *Aníbal Pinto*, quien tuvo como contrincante a don Benjamín Vicuña Mackenna, eminente escritor, de mucha popularidad, conseguida durante su intendencia en Santiago.

En aquel tiempo estalló una grave crisis económica. Para conjurarla el gobierno apeló a la emisión de papel moneda, agravada por la guerra con Perú y Bolivia, iniciada en 1879; además, dictó una ley de impuesto sobre donaciones y herencias, que equivalía a una contribución sobre la renta;

una ley de impuesto a la *exportación del salitre*, todo lo cual habría sido inútil si la victoria en la guerra no trae consigo la prosperidad al vencedor.

643.— *La guerra del Pacífico. — Causas. — Desarrollo. — Resultados.*

Mucho se ha escrito sobre esta contienda, cuyos ecos retardaron, durante medio siglo, un entendimiento cordial y fecundo entre las naciones de América, como se vió desde el segundo Congreso Panamericano de México. Creemos que es innecesario insistir en aspectos poco positivos, excesivamente minuciosos y que no afectan a la marcha general de los sucesos continentales.

Las causas de ésta, como de todas las guerras, fueron económicas y, luego, políticas.

Desde 1836 se vió claramente que el Pacífico iba a ser teatro de una contienda por su hegemonía. El episodio de las dos expediciones contra Santa Cruz lo explica claramente. Aparte de la producción industrial y la competencia comercial, la mera circunstancia de que Valparaíso estuviera más cerca del estrecho de Magallanes, vía directa aunque no más corta, a Europa, hizo que, desde que ella reemplazó a la del Norte, se produjera una competencia largo tiempo irresoluta. Después de 1913, en que se puso en uso el Canal de Panamá, la guerra aquella no habría seguramente estallado.

Ocurría, además, otra cuestión. En virtud de sus riquezas naturales, Perú podía progresar por su propio impulso, pese a sus vaivanes internos, mientras que Chile necesitaba imprescindiblemente de una vigorosa disciplina administrativa para fomentar coordinadamente su riqueza.

En estas condiciones, reconocida ya la importancia y cuantía de los recursos guaneros del Perú, era inquietante que éste y Bolivia disfrutaran de otra nueva y alta entrada cuantiosa: la del salitre. Chile tenía ante sí la oportunidad de disfrutar de esa misma imprevista fuente de recursos. El conflicto tenía que producirse, y lo ganaría el mejor preparado material y espiritualmente y que, además, asestara el primer golpe. Chile lo comprendió así.

El origen inmediato fué un impuesto por el que, faltando a un convenio anterior, Bolivia recargaba el quintal de salitre en diez centavos. Además, existía un argumento impresionante: Perú y Bolivia tenían celebrado un tratado defensivo secreto; pero, ni Bolivia ni Perú estaban prepara-

dos para una contienda internacional. Ambos se hallaban minados por rencillas intestinas y con armamento deficiente. Chile contaba con su solidez interna y sus armamentos que le permitieron invadir rápidamente el litoral boliviano y avanzar sobre la frontera peruana.

La guerra tuvo tres etapas principales: 1.º, *la campaña del sur y del mar*; 2.º, *la de Lima*; 3.º, *la resistencia de la Sierra*.

#### a) *Primera etapa.*

Al llegar el día en que debía ponerse en práctica el impuesto sobre el salitre, que gravaba de manera particular a los salitreros chilenos establecidos en Antofagasta, este puerto fué ocupado por un destacamento chileno (14 de febrero de 1879). Bolivia entonces declaró la guerra.

El Perú, ante la agresión contra su aliado, envió a un plenipotenciario, Lavalle, a Santiago, a fin de conseguir un arreglo pacífico, pero fracasó. El Perú entró en la guerra el 5 de abril de 1879.

Mientras Pinto se afanaba por cohesionar a todo Chile en torno a la bandera nacional, ni el general Prado, en Perú, ni el general Daza, en Bolivia, realizaban una política unificadora.

El 21 de mayo de 1879, en Iquique, la escuadra peruana tuvo un paradójico triunfo, pues, si bien hundió a un barco chileno perdió, en cambio, por impericia de un jefe, su más fuerte unidad marítima: la «Independencia». En aquel combate se destacó el airojo del jefe chileno *Arturo Prat*, muerto gloriosamente en la batalla, al saltar sobre el monitor peruano «Huáscar». El Perú no tenía prácticamente ya sino un barco de guerra, el «Huáscar», comandado por el intrépido *Miguel Grau*. Sus demás buques eran de madera. Chile tenía, en cambio, dos magníficos blindados, el «Cochrane» y el «Blanco Encalada». Después de innumerables proezas, el «Huáscar» fué rodeado por la escuadra chilena, a la altura de *Punta Angamos*, el 8 de octubre. No pudo ser abordado sino cuando ya habían muerto heroicamente su jefe, el contralmirante *Miguel Grau* y casi toda su oficialidad. Prácticamente ese día quedó sellada la suerte de la guerra.

El ejército chileno avanzó por el desierto de *Tarapacá* y aunque sufrió un revés en este punto (26 de noviembre), sus vanguardias penetraron profundamente en el territorio peruano. En vista de ello, el Presidente Prado abandonó secretamente el suelo patrio, declarando, en la proclama que

dirigió al pueblo, su propósito de adquirir armamentos y barcos en el extranjero. Hecho análogo ocurría en Bolivia. Los pueblos de ambos Estados sintieron el desconcierto de tan inexplicables e insólitas actitudes. El 19 de diciembre de 1879, Lima era un teatro de conjeturas, mientras en el sur el ejército chileno iba fortaleciendo sus posiciones. *Nicolás de Piérola* asumió entonces el cargo de Jefe Supremo, en Perú, al par que el general *Campero* ocupaba la presidencia de Bolivia.

El 26 de mayo del año siguiente, en el *Alto de la Alianza*, cerca de *Tacna*, sufría el ejército peruano-boliviano una dura derrota, con lo que Bolivia se apartó de la contienda. Dos semanas después, el 7 de junio, *Arica* era tomada por asalto, cayendo en la batalla el heroico coronel *Francisco Bolognesi*, jefe de la guarnición, quien pronunció en esa ocasión la memorable frase: «*Pelearemos hasta quemar el último cartucho*». Con aquella victoria podía darse por concluida la guerra.

Surgieron entonces disidencias en Santiago, entre los partidarios de ajustar la paz y los de proseguir la guerra, mediante una campaña activísima sobre Lima. Coincidió esto con la proximidad de las elecciones presidenciales. A pesar de tales circunstancias, el proceso político se cumplió pacífica y normalmente.

#### b) Segunda etapa.

En el curso de aquel año, Chile había organizado un numeroso y fuerte ejército expedicionario, que desembarcó al sur de Lima, donde se preparó febrilmente la defensa, llamando a las armas a las reservas y organizándose batallones de civiles, que suplieron con su abnegación y coraje sus deficiencias técnicas.

El 13 de enero de 1881, ambas huestes entraron en contacto en una extensa línea, cerca de *Chorrillos*. Las tropas peruanas tuvieron que ceder el campo a las invasoras, retirándose a una segunda línea, pocos kilómetros más atrás, entre *San Juan* y *Miraflores*, a las puertas de Lima. Ahí se produjo el nuevo encuentro, más sangriento que el anterior, lleno de alternativas. Al cabo, el triunfo se decidió por los chilenos (15 de enero). Dos días después, el 17, los vencedores entraban a la capital del Perú, que hubo de soportar la ocupación extranjera durante más de dos años.

*Piérola* se retiró a la Sierra, tratando de organizar una nueva Confederación peruano-boliviana y de no rendirse a



los invasores. Los «civilistas» (conservadores) de Lima designaron, entonces, presidente al jurisconsulto don *Francisco García Calderón*, a quien el ejército chileno permitió tener su sede gubernativa en Magdalena Vieja, inmediata a la capital. Como contraste, en aquellos instantes se producía en Santiago la proclamación de las candidaturas a la presidencia (5 de abril de 1881) que enfrentaban al general vencedor *Baquedano* y al reputado orador don *Domingo Santa María*, liberal, a quien correspondió el triunfo.

Entretanto, se hacían las gestiones de paz. Estados Unidos, bajo la presidencia de Mr. *Garfield* y siendo secretario de Estado Mr. *Blaine*, intervenía activamente a fin de que hubiera una paz sin indemnización. Pero Chile estaba decidido a obtener territorio. Como García Calderón se resistiese a las exigencias chilenas, fué conducido prisionero a Chile. Además, en ese tiempo, murió trágicamente el presidente *Garfield*, con lo cual cambió sustancialmente la política exterior de los Estados Unidos.

### c) Tercera etapa.

Pero no todo el Perú había sido dominado con la victoria en Lima. Un contingente decidido y audaz de tropas, al mando del entonces coronel *Andrés Avelino Cáceres*, se parapetó en los Andes e inició una campaña de guerrillas contra el invasor. Conocedor experto del terreno, Cáceres sorprendió muchas veces a los chilenos, y se ganó con ello el glorioso mote de «brujo de los Andes». Por fin, el 10 de julio de 1883, en *Huamachuco*, en el norte del Perú, se libró una batalla decisiva. Los montoneros de Cáceres no pudieron resistir más el peso de la máquina guerrera del invasor.

Producido aquel desenlace, después de casi dos años de hostilidades a partir de la toma de Lima, y de más de tres años de guerra, el coronel *Miguel Iglesias* se proclamó jefe del Perú en *Montán* (Cajamarca), enarbolando la bandera de la paz necesaria. Reunidos los plenipotenciarios de aquel gobierno, prestamente reconocido por los ocupantes, y los de La Moneda, en Ancón se firmó el *tratado de paz* de 20 de octubre de 1883.

Para entonces ya se había suscrito entre Chile y Bolivia un tratado de tregua. Además, Santa María había arreglado la cuestión limítrofe con Argentina, reconociendo derechos a este país sobre la Patagonia.

El pacto con el Perú significaba para Chile la adquisición de la rica provincia de *Tarapacá*, a perpetuidad, y las

de Tacna y Arica, por diez años, al cabo de los cuales se haría un *plebiscito* para decidir la futura suerte de ellas. Tal dilación significó para América una guerra incruenta, pero destructora, entre Perú y Chile, a lo largo de medio siglo.

#### 644.—*Consecuencias de la guerra.*

La victoria dió al gobierno de Santa María, como antes al de Pinto, una justificada popularidad. De ahí que, no obstante la tenaz resistencia de los conservadores, le fuera posible sortear, sin perjuicio ostensible, los ataques de éstos, estimulados por el arzobispo de Santiago, cuando se promulgó la ley sobre *cementerios laicos*, *matrimonio civil* (1884), etc., disposiciones tendientes a uniformar la condición de todos los chilenos y los residentes, entre los que había numerosos extranjeros.

Santa María se preocupó, además, de traer más educadores alemanes, en propugnar disciplina y espíritu jerárquico, lo que se hallaba en plena boga después de los éxitos de Guillermo I sobre Austria y Francia, y de la eficacia demostrada por los cañones Krupp usados en la guerra contra Perú y Bolivia. (1)

#### 645.—*La crisis constitucional.* — *Balmaceda.*

El año 86, en un ambiente de prosperidad económica inigualado, ocupó la presidencia don *José Manuel Balmaceda*. Hombre de viva imaginación y poderosa voluntad, desde el primer instante se reveló como un mandatario penetrado de su misión. Aparte de las obras públicas a que prestara aliento (el ferrocarril a Uspallata, la Compañía Sudamericana de Vapores, etc.) y, sobre todo, de la sistemática construcción y distribución de suntuosos locales escolares en todo el país, quiso, primeramente, reconciliarse con el Papado, y, luego, desarrollar una política *presidencialista*, a base de sólo sus partidarios, sin darse cuenta de que tenía

---

(1) El armamento usado por las tropas chilenas en la guerra del Pacífico y después hasta el año 1891, fué rifle Comblain, el Grasreformado, las carabinas Spencer y Winchester, las ametralladoras Gatling y los cañones Krupp de montaña y de campaña de diverso calibre. En el libro *Chile Describ. Geogr. polít. etc.*, colaborador Augusto Orrego, Luis Orrego Luco, Carlos Silva Vildósola, R. Montaner Bello, José S. Tornero. — Imp. J. Tornero, Santiago, 1903, p. 1279.

frente a sí un Congreso heterogéneo, una oligarquía poderosa y, además, un conjunto de nuevas inquietudes, como quedaba demostrado con la aparición del *Partido Radical*, recién fundado entonces.

Balmaceda trataba a toda costa de modificar las condiciones políticas del país. Un error de táctica del presidente entregó la mayoría del Congreso a sus adversarios, de diversos partidos, por lo que quiso intervenir en las siguientes elecciones legislativas y presidenciales, presentando para estas últimas a don Claudio Vicuña como su candidato. Por hostilizar al Congreso se negó a sancionar leyes fundamentales dictadas por éste y prorrogó el presupuesto del año anterior. El Congreso apresuró sus preparativos revolucionarios, colocando sus fuerzas al mando del almirante *Jorge Montt*, quien había sido destituido por Balmaceda. La escuadra, de acuerdo con Montt, se sublevó y después de varias batallas se apoderó del norte. Aquella especie de nueva República, con su capital en Iquique, dirigió audaz y tesonera campaña contra Balmaceda, quien procedió a tomar represalias económicas contra sus adversarios y, en ciertos casos, como en el luctuoso suceso de Lo Cañas, sanciones cruentas.

En fin, las fuerzas del Congreso salieron del norte y se presentaron en batalla frente a Quintero. El ejército presidencial les opuso batalla, pero fué derrotado en *Concón*, primero, y en *La Placilla*, cerca de Valparaíso, después; esto ocurría en el mes de agosto de 1891, ocho meses después de iniciadas las hostilidades.

Balmaceda, convencido de su derrota, entregó el mando en Santiago al general Baquedano, y se asiló en la Legación argentina. El 19 de septiembre, mientras en las calles se vituperaba su nombre, el ex presidente, cansado de aquella larga y terrible lucha, puso fin a su vida, de un pistoletazo en la sien. Dejó a sus amigos una larga carta, que es conocida en la historia política de Chile con el título de «Testamento político» de Balmaceda. *Con él terminó el período presidencialista*, iniciado por Portales y fortalecido por Bulnes y Manuel Montt. Se abrió la etapa *parlamentaria*.

646.—*Se inicia la era parlamentaria.*

Asumió el poder, primero provisionalmente, y después como presidente constitucional, el vencedor, don *Jorge Montt*.

Su período fué accidentado. Después de una década de holgura, a raíz de la guerra con Perú, el país volvía a experimentar la sensación de estrechez de antes. La contienda civil había sido larga y dolorosa. Hubo necesidad de contratos sucesivos, empréstitos en Inglaterra, por intermedio de la firma *Rothschild*. Un conflicto con Estados Unidos, a consecuencia de una riña-caliejera trabada en Valparaíso entre marineros de aquel país y trabajadores marítimos chilenos, obligó a explicaciones enojosas. El Congreso ufano por su triunfo, se volvía cada vez más exigente en sus interpelaciones y censuras. La amnistía que se dictó algo más tarde, exceptuó a los más altos directores políticos de la etapa balmacedista y a los responsables de la hecatombe de Lo Cañas. El ejército balmacedista, es decir, el regular, había sido licenciado. En tan desfavorables condiciones, el Congreso eligió sucesor de Montt a don *Federico Errázuriz Echaurren* (1896), quien inició su período bajo molestos auspicios.

Le correspondió a Errázuriz Echaurren afrontar un conflicto que amenazó de nuevo la paz en América; el de los límites de la Puna de Atacama, disputados por la Argentina. El año 96 se firmó un tratado para someter la cuestión a la decisión del Rey de Inglaterra, pero, eso no obstante, el asunto llegó, en 1898, casi al *casus belli*. Finalmente, en el año 99, los presidentes Errázuriz, de Chile, y el general Roca, de Argentina, se dieron el abrazo del Estrecho, que cimentaba la paz, al par que se acordaba erigir, en la cima de los Andes, un gigantesco Cristo como símbolo de concordia y amistad entre las dos naciones.

Salvo la llaga abierta del conflicto de Tacna y Arica, que seguiría emponzoñando la cordialidad interamericana durante todavía treinta años, parecía que el continente entraba por un camino de entendimiento y mesura, al menos en su extremo meridional.

## ARGENTINA: «GOBERNAR ES POBLAR»

647.—*Buenos Aires  
versus las provincias.*

El triunfo sobre Rosas no fué una mera hazaña guerrera. Al contrario, la acción de Caseros no añadió muchos lauros a sus vencedores. Rosas casi no presentó batalla. No fué



el suyo el caso de Solano López defendiéndose, arma al brazo, como un león herido, en las selvas guaraníes; ni el de Iturbide, corriendo el riesgo del fusilamiento. El de Rosas fué, más bien, un desinflamiento, casi un descenso, lento pero seguro, como con paracaídas, hasta que el viento le llevó a Southampton, a terminar sus días, con sus recuerdos, sus visitas y la ternura de su hija Manuelita. Lo interesante de la campaña final contra Rosas consiste en el *pacto de San Nicolás de los Arroyos* (1852), cuando los gobernadores provinciales renovaron el juramento de federalidad del año 31, y el carácter internacional que tuvo el ejército de Urquiza. Bajo su mando, el «Ejército Grande» reunió argentinos de las provincias del litoral y porteños, uruguayos y brasileños, además de que los paraguayos se encontraban también en pugna con el tirano de Buenos Aires.

En noviembre del 52, además, se reunió en *Santa Fe* un *Congreso Nacional* para discutir los problemas básicos del Estado. Ciertamente que estuvieron ausentes ahí algunas provincias, como Santiago del Estero y Tucumán, pero cualquiera que fuese el número, lo importante es que se daba la sensación de que el país existía en virtud de un acuerdo general, no por obra de la hegemonía de sólo una ciudad.

La victoria de Caseros no era— eso se vió en seguida — el mero triunfo sobre un hombre, sino que entrañaba la transformación de su obra toda. Por no encarar el asunto de igual manera, pronto surgieron desavenencias entre los aliados de ayer. Concordantes en la hora de negar, no estaban tan al unísono a la hora de afirmar. Sarmiento fué uno de los primeros descontentos, él que había sido el glorioso boletínero del «Ejército Grande». Urquiza, a su vez, no parecía tan liberal como antes de la victoria, ni tan definido. Cuando en 1853 le ungieron Presidente de la República y hubo que dotar de nueva Constitución a la República, se vió muy a las claras que un apreciable sector del país le resistía, y, sobre todo que Buenos Aires se negaba a aceptar los postulados federales y republicanos de la nueva Carta.

648. — *La Constitución del 53.*—Alberdi

En el Congreso Nacional, reunido en Santa Fe, predominaron las ideas federales y republicanas. Los diputados concurrentes tuvieron a menudo a la vista «*El Federalista*» de Hamilton (un ejemplar que pertenecía a Rivera Indarte)

y las «Bases» que con febril premura compuso, desde su destierro en Chile, el tucumano Juan Bautista Alberdi, para dotar de un prontuario de tópicos fundamentales a los legisladores que iban a dictar la nueva Constitución argentina.

Alberdi había mirado atentamente el problema de su patria desde el ostracismo. No obstante residir en Chile, donde los demás emigrados se trabaron en encendidas polémicas, Alberdi mantuvo su serenidad en medio del tumulto. Fervoroso admirador de los Estados Unidos y de Francia, pero convencido de que América tiene problemas típicos e intransferibles, apasionado de la economía, vidente de realidades, esbozó un plan constitucional nutrido de observaciones tan certeras que Urquiza lo congratuló, desde Palermo, no bien lo hubo conocido (1852), y Sarmiento lo llamó «el legislador», apenas leyó las tersas páginas de aquel documento clarividente.

Uno de los apotegmas de las «Bases» se clavó tan hondamente en el espíritu de los directores de Argentina, que durante largo tiempo, él fué norma insuperada: «*gobernar es poblar*». Para un país de vastísimas y desiertas llanuras, la cuestión más urgente era contar con brazos para trabajar la tierra, para crear industrias, pasando del estado pastoril al fabril. Ciertamente que Alberdi agregaba: «*poblar es educar*», lo que no siempre se tuvo presente, pero, de toda suerte, a él se debió en gran parte la activa política demográfica y protectora de la inmigración desarrollada a partir del gobierno de Urquiza. Las primeras 200 familias suizas llevadas con ánimo de poblar y trabajar parte del país, así como la iniciativa de poner en marcha la construcción del ferrocarril transandino entre Argentina y Chile se debieron en gran parte a la prédica de Alberdi.

#### 649.—Segregación de Buenos Aires.—Guerra civil.

En 1854, Buenos Aires se negó a aceptar la Constitución federal aprobada el año anterior. El vecindario, con el doctor *Alsina* a la cabeza, proclamó su autonomía respecto a la Confederación. La ciudad-capital tornaba a su antigua política hegemónica y arrogante. Urquiza sufrió el golpe estoicamente, y sin tardanza se apresuró a constituir un nuevo ejército, de acuerdo con los caudillos provinciales que vieron de tal suerte, renacido su poderío.

Urquiza se había instalado en Paraná, capital provisional de su gobierno. Sus decretos sobre libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay así como su traslado a *Rosario*,

le dieron amplio dominio sobre el Litoral, amenaza evidente para Buenos Aires. Seguro de sus fuerzas, puso sitio a ésta, en donde Alsina y el general Mitre habían acondicionado sus huestes.

Durante el año 55 se pactaron dos convenios entre Urquiza y los insurrectos, pero, nada pudo detener la guerra civil, que se tornó más violenta hasta culminar en la batalla de *Cepeda*, en donde Urquiza derrotó a ambos caudillos porteños.

Buenos Aires hubo de resignarse a ser reincorporada a la Confederación. En 1859, la ciudad juraba la Constitución del 53, ante el nuevo gobernador, *general Bartolomé Mitre*.

No había transcurrido un año, cuando la orgullosa, Buenos Aires volvía a sublevarse, bajo el comando de Mitre. Urquiza — no es necesario acaso recordar la breve presidencia de Derqui — le presentó batalla, pero fué vencido en Pavón (1860). Al año siguiente Mitre era electo Presidente de la República.

650.—*Mitre*.—*La guerra con el Paraguay*.

*Mitre* (1861-1867), hombre culto, escritor conocido; amigo y compañero de Sarmiento en Chile, donde ejerció el periodismo; historiador reputado, traía a la vida pública argentina nuevas auras. Era la encarnación de la mentalidad de «los proscriptos», a quienes se iba a poner a prueba, después de largos años de destierro y espera. Mitre era ya un hombre maduro. Su experiencia permitía esperar de él un gobierno progresista. Y lo fué en muchos aspectos. Lo fué por las vías férreas que construyó (entre ellas la de Rosario a Córdoba), la ley de aduanas, el incremento al comercio, y cierto señorío y hasta soberbia de país grande (Rosas lo había tenido también) para abordar las cuestiones nacionales e internacionales.

Es verdad que, no obstante su americanismo, nada hizo contra la invasión de España al Océano Pacífico, y hasta aceptó en ese momento firmar un tratado con España (1863) y es cierto que, con respecto al Paraguay, usó de una política poco dúctil. Esto no fué uno de los más débiles elementos que contribuyeron a la guerra tripartita; pero, de todos modos, en aquella época, en que las nacionalidades eran todavía informes y se pugnaba por salir del estado rijoso y caudilleril, su presidencia tuvo caracteres de auténtica jefatura de Estado, no de jefatura de facción. Si la agitación

provincial subsistió, y si la rebeldía se produjo en las provincias andinas, no por eso es posible olvidar que el de Mitre fué un gobierno organizador y con tendencia progresista y civil. Mala fortuna para él y América fué que entonces se llevara a cabo la *Guerra del Paraguay*, ya que actos como ése, según lo demuestra la historia, no pierden su eco en unos cuantos lustros ni se puede decir cuándo se extinguen por completo en la fácilmente inflamable memoria de los pueblos.

651.—*Desarrollo de la instrucción pública.*—*Sarmiento.*

No había terminado la guerra tripartita cuando llegó el momento de elegir al sucesor de Mitre, quien puso sus ojos en aquel amigo suyo del destierro, tan original, apasionado y dinámico: *Domingo Faustino Sarmiento*. Se hallaba éste en viaje de Estados Unidos (donde era Ministro de su patria) al Río de la Plata cuando, al arribar a Río de Janeiro, el empavesamiento de los barcos y las salvas de cañonazos le dieron a saber que había sido electo Presidente de la República.

Llegaba al poder el autor de «*Facundo*» en los umbrales de la ancianidad. Tenía sesenta años, había vivido intensamente, se hallaba un poco sordo y, aunque impetuoso siempre, un resabio de amargura se había emposado en su alma.

Su primera tarea — dura herencia — hubo de ser la de proseguir y liquidar la *guerra del Paraguay*. En ello le acompañó la fortuna militar. Pero, probablemente, sus viejos ideales de solidaridad continental quedaron para siempre mellados. No obstante lo cual, en 1888 fué a pasar sus últimos días, perseguido por las pasiones lugareñas, a la Asunción, capital del Paraguay.

Hombre tempestuoso, el más encarnizado enemigo de Rosas y, por tanto, de la oligarquía criolla que le apoyó, siendo Presidente sufrió un atentado, del que, por lo demás, sólo tuvo noticia Sarmiento con algún retraso a causa de su sordera.

Su lema de «*Gobernar es educar*», no opuesto al de Alberdi, sino complementario de éste, propulsó intensamente la *instrucción pública*, especialmente la *escuela primaria*. Pero tropezó con la falta de medios suficientes para coronar sus planes. Aumentó las ferrovías, persiguió a los caudillos (recordando tal vez su «*Facundo*»), fomentó la inmigración (no



hay que olvidar «*Conflictos y armonías de razas*» ni sus artículos sobre «*El extranjero en América*»). Del censo que él mandó hacer, resultó — dato indicador — que sobre 1.743.000 habitantes del país, la quinta parte estaba constituida por extranjeros.

Sarmiento terminó su período (68-74) y entregó la presidencia a *Avellaneda*.

652. — *Federalización de Buenos Aires y campaña del desierto.*

*Avellaneda* (1874-1880) llevó a cabo dos obras fundamentales: la *federalización* de Buenos Aires y la *iniciación de la campaña del desierto*. Los indios del sur de Buenos Aires significaban una continua amenaza para la paz de la comarca. Durante la colonia la tarea de catequización había sido sumamente débil en dicho lugar. Antes del advenimiento de los españoles, las tribus aquéllas no lograron constituir núcleos, dueños de una civilización como la inca, azteca o chibcha, puesto que carecían de medios de subsistencia y clima adecuado para progresar.

No obstante que, durante la guerra de la independencia, los caudillos y generales apelaron a menudo al apoyo de los indios, llegado el momento de la organización republicana y bajo el sortilegio del incremento de la inmigración europea, el nativo perdió importancia, se tornó cuasi en un personaje ingrato; su mismo aislamiento lo hizo más hosco y belicoso, y así se llegó al punto de organizar una vasta campaña, destinada a ganar el desierto a base de mortíferas incursiones a las tierras de indios, dando a la vida de éstos menos valor que a la de un animal cualquiera.

Dentro de la mentalidad «inmigracionista» de la Argentina, aquello tenía poco de censurable. *Avellaneda*, encarnación de tal criterio (que luego continuaría más drásticamente aún el general *Roca*), se hizo notable por esa obra.

Más importante fué la *federalización de Buenos Aires* conseguida al fin de su gobierno porque ello significaba poner coto a las luchas intestinas entre porteños y provincianos. Por otra parte, en el terreno económico, ninguno de los gobiernos posteriores a Caseros se distinguió por una política nacional firme, e Inglaterra siguió avanzando en su penetración económica y, a veces, política.

El sucesor de *Avellaneda*, *general Julio A. Roca* (1880-1886), labró su fama por haber culminado la *conquista del*

*desierto*, por el apoyo que concedió a la educación pública, por su *laicismo* (que atajó los incesantes avances del clero en lo educativo), y por la buena suerte que le cupo al coincidir su período de gobierno con el de bienestar colectivo. Nunca acudieron en mayor número olas de inmigrantes a los puertos argentinos; nunca hubo mayor holgura; nunca partieron caravanas de turistas argentinos a Europa como entonces. Nació la novela con ambiente pseudo-europeo.

Buenos Aires, «*la gran aldea*» del libro de Lucio López, monopolizaba la riqueza y el brillo del país. El optimismo nacional creyó que se había logrado el máximo de esplendor. Pero, no contando con una economía propia, sino con una dependiente en gran parte del extranjero, Argentina no podía estar segura de aquella súbita bonanza.

653.—*La crisis y la aparición de la clase media.*

Durante el gobierno de Juárez Celman (1886-1890), político cordobés, poco avisado para estos menesteres y tras del cual continuaba ejerciendo su influencia «El Zorro, como se apodaba, por su astucia, al general Roca, se produjeron dos hechos de vasta resonancia nacional; el primero de ellos, la *declinación económica* hasta desembocar en la *crisis*, y, el segundo, la aparición de la clase media organizada políticamente en las filas de la *Unión Cívica Radical*.

Fueron dos fenómenos íntimamente vinculados. La crisis, con la repentina baja del ficticio «*standard*» de vida, engendrado por la holgura del período anterior, alentó a los organizadores de la Unión Cívica. El creador de aquella fuerza era *Leandro Alem*, hombre de espíritu romántico, generoso, honesto, activo y apostólico, pero carente de la dosis de cazurrería indispensable al político de «*race*». Alem fomentó la revolución del 90, que, aunque fracasada, tuvo la virtud de producir la caída del vencedor Juárez Celman. Pero Alem se suicidó seis años después, entristecido por sus decepciones y fatigado de una lucha de largos años. Sin embargo, el partido por él fundado siguió bregando hasta conquistar el gobierno, casi veinte años después, con Hipólito Irigoyen.

654.—*La reorganización estatal.*

No se podría llamar, sin hipérbole, «nacional» a lo que no fué sino una reorganización del aparato del Estado. *Car-*

*los Pellegrini* (1890-1892), hombre audaz, dinámico, arrogante y astuto, representante de la inmigración ya acriollada, se consagró a componer los deterioros causados por la crisis en la estructura del crédito del país y fundó el *Banco de la Nación*, pero, lejos de asestar nuevos golpes al caudillismo, contribuyó no poco a vigorizarlo por sus mismas actitudes. Los gobiernos de *Luis Sáenz Peña* (1892-1895) y *José Evaristo Urriburu* (1895-1898) no enmendaron mucho el rumbo de la política seguida hasta ahí en la Argentina. Entretanto, crecía la incorformidad de la clase media, cada vez más vigorosa; los hijos de los numerosos inmigrantes sentían sobre sí la responsabilidad de la colectividad, pero astutas leyes electorales los mantenían maniatados. La consigna de «voto secreto», siguiendo un curso semejante al de Inglaterra un siglo antes, se convirtió en «slogan» revolucionario. No obstante el advenimiento de muchos anarquistas europeos y de algunos socialistas, la *Unión Cívica Radical* creció, con su programa a base de reivindicaciones políticas y democráticas, cerrando el paso a los conservadores, hasta que consiguió, por fin, en 1912, la reforma de la ley electoral, de la cual derivaría, lógicamente, el acceso al poder del Partido del sacrificado Alem.

## URUGUAY: ORGANIZACION DE LA REPUBLICA

### 655.—*Definición Nacional.*

La caída de Rosas significó para la República Oriental del Uruguay una absoluta transformación, aunque no tanto en lo sustantivo, sí en lo aparente, en su estructura constitucional. Durante más de veinte años había vivido el país bajo la presión de dos políticas, en mucha parte ajenas a sus propios intereses. Anteriormente, el mismo pronunciamiento de la independencia se produjo en circunstancias anormales. El sacrificio de Artigas, la expedición de los 33, las intervenciones del Brasil, la presencia de las escuadras inglesa y francesa, la actuación de Garibaldi, el asedio de Rosas, todo ello constituía un conjunto de capítulos ajenos a la voluntad propia de los uruguayos. De ahí que la caída del régimen rosista puso a los compatriotas de Artigas y Rivera en el caso de encararse a su propio destino.

Realizada la capitulación entre Oribe y los sitiadores

de Montevideo en 1851, Uruguay inició una nueva etapa, que no podía ser cumplida, pese a sus buenas intenciones, por un personaje como *Juan Francisco Giró*, cabeza del Estado entre 1852 y 53. Los caudillos locales presionaban vigorosamente. Aquellos que contribuyeron a limpiar el territorio de españoles, y que luego se vincularan de una forma u otra con los bandos argentinos en pugna, necesitaban hallar oportunidad de dejar sentir sus voces. Fué así como se constituyó el triunvirato de *Rivera*, *Lavalleja* y el coronel *Venancio Flórez*, en el cual, al cabo de poco tiempo, imperó este último hasta quedarse como gobernante único del país.

Entre 1856 y 1860, la vida interna de Uruguay estuvo a merced de los odios partidistas. Flórez se alió con Oribe. Los conservadores andaban inquietos. La influencia argentina y la brasileña trataban de disputarse la hegemonía en la República Oriental. Finalmente, en 1856 subió al poder don *Gabriel Antonio Pereira*, cuyo gobierno adquirió tintes liberales, en oposición al general Díaz, candidato de los conservadores. Naturalmente, Díaz no se resignó a perder la partida y se entretuvo en organizar motines. Derrotado en Quintero, Díaz pagó con su vida la insurrección. Pereira expulsó a los jesuitas y trató de infiltrar el ideario liberal en todas las instituciones.

656.—*La Guerra tripartita y el Uruguay.*

El 1.º de marzo de 1860 subió a la presidencia don *Bernardo P. Berro*, por 47 votos entre 51 electores. Berro pertenecía al partido Blanco, a la sazón dividido entre peireiristas y otro sector conciliador, descontento con las mantanzas de Quintero. El general Flórez — ascendido a tal — se sublevó contra Berro, apoyado por argentinos y brasileños. Berro, que había iniciado una activa labor de saneamiento de la hacienda pública y arregló la deuda con Francia e Inglaterra, vió surgir ante sí al tenaz insurgente, que, en ese momento, representaba no sólo la voluntad de su partido, sino la de sus aliados internacionales. Aquello no podía quedar circunscrito al Uruguay. Los paraguayos consideraron lesiva a su soberanía y peligrosa para su integridad, aquella intromisión brasileña, y, precipitando sus protestas, apresuraron la guerra tripartita que tanta sangre costó a los cuatro países beligerantes. Flórez logró sus designios, con la cooperación de Mitre y el Brasil. La guerra lo exaltó como jefe, pero al par lesionó gravemente la so-



ñada cohesión americana y frustró el conglomerado del Plata.

Al expirar su mandato presidencial Berro, lo sucedió don *Atanasio C. Aguirre* (1864). En realidad Flórez era el jefe del país. Sus huestes lo iban dominando paulatinamente, ejerciendo cruentas represalias sobre sus adversarios. La historia del Uruguay, dominada por el caudillismo, se entintó de sangre.

Flórez, ayudado por tropas brasileñas, sitió Paysandú, en su propia patria, ciudad que tomó mediante un ardid, sin respetar la vida de los más valientes defensores. Luego se dirigió sobre Montevideo. En 1865 obtenía para sí la presidencia provisional del país. En realidad, asumió la dictadura. Flórez no tenía pasta para regir normalmente los destinos de un Estado. Apoyándose en los conservadores, permitió la vuelta de los jesuítas y de los «blancos» desterrados.

Con Flórez en el poder entró en vigor la guerra contra Paraguay. Triunfante en *Yatay* y *Uruguayana* (1865), sufrió, después, la derrota de *Estero Bellaco* (1866). Pero, no alcanzó a ver el final de la contienda. En 1868, con motivo de la renovación legal del poder legislativo y del ejecutivo, estallaron varios motines contra Flórez, uno de ellos encabezado por el ex presidente Berro, quien, al igual que Flórez, perdió la vida en la contienda.

*Lorenzo Batlle*, Ministro de la Guerra, fué electo presidente en 1868. Gobernó hasta 1872, en medio de la guerra contra Paraguay y de la lucha contra los «colorados».

#### 657.—*Período caudillesco.*

La guerra contra Paraguay no reportó ventajas inmediatas a Uruguay, que tuvo el honroso gesto de renunciar a indemnizaciones pecuniarias y a conquistas territoriales. Las ganancias fueron por modo indirecto, de otro orden, menos agresivo y más fecundo. Con las nuevas disposiciones sobre tráfico fluvial y marítimo, Montevideo adquirió considerable importancia portuaria, y, por ende, el país recibió un gran aliento de tipo comercial. Desapareció el fantasma de la intervención vecinal. Los uruguayos se hallaron, al fin, entregados a sus propios destinos. Pero, nunca como entonces adquirió el caudillaje un volumen tan vigoroso.

Lorenzo Batlle tuvo que debelar dos revoluciones «coloradas» y varios motines cuarteleros. Mas aunque triunfó

sobre ellos, no pudo cantar victoria definitiva, pues, en 1870, los coroneles *Timoteo Aparicio* e *Ignacio Benítez* lo ponían nuevamente en jaque. Parte del territorio quedó bajo el comando del primero de los rebeldes, la otra bajo el del general *Batlle*. Por fin, mediante la intervención del presidente argentino, se logró firmar una tregua. En 1872 asumía el mando don *Tomás Gomensoro*, quien presidió las elecciones que condujeron a la presidencia de la república a don *José E. Ellauri* (1873).

No duró la normalidad, bajo el alud personalista de aquella época. Los motines militares se sucedían en una u otra ciudad. Al cabo, en 1875, uno de ellos venció al presidente *Ellauri*, y subió al poder don *Pedro Varela*, por un año, pues en 1876 era sustituido por *Lorenzo Latorre* (1876-1880).

El coronel *Latorre*, que depuso a *Varela*, de quien fuera Ministro de Guerra, representó un retroceso más en la vida política oriental. Durante el período de su dictadura (1876-1879) imperó la ley de la sangre, esto es, el asesinato político, la desaparición misteriosa de los adversarios, en suma, la arbitrariedad y la violencia. No obstante esto, bajo la amenaza del onnipotente mandón, la legislatura lo designó presidente constitucional en 1879. Sólo duró un año. Al comprobar que el ejército conspiraba contra él, prefirió renunciar, antes que exponerse a las consecuencias de aquel temible desamor.

Debió sucederlo, dentro de la mecánica de los golpes militares, el general *Santos*, Ministro de la Guerra, pero éste, hombre calculador y astuto, prefirió que se eligiese, para completar el interrumpido período de *Latorre* (1880-83), al doctor *Francisco Antonino Vidal*.

Hasta ahí el caudillaje, contra el cual reaccionara violentamente *Latorre* — él, un caudillo más — se mantenía en toda su vigencia. La instrucción pública apenas si prosperaba, abandonada en los campos y llena de altibajos en las ciudades. El Uruguay vivía la efervescencia de sus primeros años independientes.

#### 658.—*Hacia la normalidad.*

*Vidal* hubo de afrontar varias revoluciones. Cansado de éstas y de la arrogancia de *Santos*, renunció la presidencia en 1882, fecha en que fué electo el general *Santos* (1882-1886). Turbio período, del cual, sin embargo, emerge, a contrapelo si se quiere, la reconstrucción nacional. *Santos*

afrontó no sólo crisis internas, sino también externas. A raíz de las torturas infligidas a dos ciudadanos italianos, Volpi y Patrone, se produjo una enérgica reclamación de Italia y una protesta colectiva contra tales métodos, de parte de los más eminentes ciudadanos de la nación.

No era sino el comienzo. Santos creyó que podría imponerse por la fuerza y extremó sus medidas despóticas, pero tropezó con cuatro revoluciones, una de ellas, la tercera, de una gran envergadura militar y política. La dominó Santos, mediante el apoyo de los Partidos Colorado y Nacionalista y la contribución del general Máximo Tajes, pero, entretanto, tuvo una nueva prueba de su impopularidad al sufrir un atentado que casi le cuesta la vida: el teniente Gregorio Ortíz le descerrajó un tiro en el rostro cuando el dictador descendía de su carruaje. La revolución de Quebracho, aunque frustrada, y la oposición de las Cámaras hicieron comprender al general Santos que su momento había pasado, por lo que renunció la presidencia y se ausentó del país. Lo sustituyó el general *Máximo Tajes*, el vencedor de Quebracho.

Tajes quiso reconciliar al pueblo uruguayo, pero tropezó con el obstáculo de una Junta Militar, a órdenes de Santos. En la disyuntiva de buscar el apoyo del pueblo, corriendo el albur de la oposición santista, o someterse al ex mandatario, optó por lo primero. Se habían fortalecido, además, los partidos políticos. El «colorado» contaba con una organización más fuerte. Empezaba a actuar un político de mayor visión y mayor civismo que sus predecesores, *Julio Herrera y Obes*. Ministro de Gobierno de Tajes y, más tarde, su sustituto en la Presidencia de la República (1890-1894).

Herrera y Obes, hombre distinguido, de ideas liberales y educación refinada, gobernó tratando de conciliar a los partidos. Tuvo que sofocar pocos y débiles conatos sediciosos. Pero, la nota interesante de este gobierno surge al finalizar el período, que Herrera y Obes cumplió hasta el fin.

El Congreso debía elegir al sustituto, según la ley, pero ocurrió que, después de varias votaciones, sonaron las doce de la noche del último día de gobierno constitucional de Herrera y Obes, sin que tuviera sucesor. Entonces entregó el mando a Duncan Stewart, presidente del Senado, y se retiró a su domicilio particular. En tanto, continuaban las elecciones en el Congreso. Durante veintiún días y cuarenta escrutinios, resultaron disputándose la presidencia Gomenzoro, Ellauri y el general Pérez. Finalmente se eligió al doctor *Juan Idiarte Borda* (1894-1897). El débil origen de su

gobierno lo colocaba desde el comienzo en una situación precaria. Entre los movimientos insurreccionales que conmovieron al país, uno de ellos, el de *Aparicio Saravia*, presentó caracteres amenazadores. Finalmente, Idiarte Borda cayó asesinado.

De acuerdo con la Constitución, asumió la presidencia el presidente del Senado, *Juan Lindolfo Cuestas*, quien, después de un período dictatorial, se hizo elegir presidente y gobernó constitucionalmente desde 1899 hasta 1903. En su tiempo se dictó la nueva ley electoral y se realizó el pacto con el partido Nacionalista a fin de garantizar la marcha pacífica de la República. El ascenso de *José Batlle y Ordóñez* en 1903 coronó aquella obra. La era de las revoluciones llegaba a su término. Comenzaba la verdadera lucha democrática en el Uruguay y el perfeccionamiento de sus instituciones que, en determinado instante, fueron modelo para todo el continente.

## PARAGUAY: POR EL HEROISMO A LA DESINTEGRACION

659. — *Afianzamiento  
del Estado paraguayo.*

En el Río de la Plata, durante cinco lustros, fué piedra de toque de cada uno de los ribereños, la actitud tomada o por tomar con respecto a Rosas. Este, que ya era dueño del poder en Argentina cuando murió el doctor Francia, no reconoció la independencia paraguaya, pero tampoco intervino contra ella, manteniéndose en una rigurosa y expectante neutralidad.

El Pacto de Paraguay, bajo el régimen de Carlos Antonio López, con la provincia de Corrientes, antirrosista, sobre cuestiones de comercio y navegación, inquietó a Rosas, que vió la posibilidad, desde entonces (1844), de una alianza contra él. Para agravar sus temores, Brasil reconoció por aquel tiempo la independencia paraguaya. Y como en 1845 Francia e Inglaterra extremaran sus medidas coercitivas contra la Confederación argentina, al par que asumía caracteres intensos la lucha contra la Nueva Troya, o Montevideo, Rosas vió perfilarse un nuevo enemigo, que no tardó en manifestarse a raíz del pacto entre el gobierno de Montevideo y el de Asunción.



Poco tiempo después, en 1849, las fuerzas paraguayas ocupaban el territorio de Misiones. No tardó en firmarse el convenio entre Urquiza, en nombre de los unitarios argentinos, Brasil y el gobierno de Montevideo (1851). Al año siguiente se producía Caseros, y la *Argentina reconocía la indepenencia paraguaya*. Pareció entonces asentado el orden en el Río de la Plata, y, seguramente, así lo pensó *Carlos Antonio López*, quien siguió gobernando el país hasta su muerte, ocurrida en 1862, a los 18 de mando. La sucesión presidencial era un lujo en el Paraguay de aquella fecha. Entre el doctor *Francia* y *Carlos A. López* habían llenado casi medio siglo, en tanto que en las otras repúblicas aquel lapso había significado no menos de una veintena de presidentes provisionales, constitucionales y de dictadores. Acentuando ese tono perenne del gobierno, Carlos Antonio López entregó el gobierno a su hijo *Francisco Solano López*, hombre sobre quien se han proyectado luces parciales, más falsas, por tanto, que la misma oscuridad.

660. — *Solano López y su régimen.*

Francisco Solano López había estado en Europa durante largo tiempo desempeñando misiones diplomáticas. Era hombre de cultura, inteligente y furiosamente patriota. Se le podría tildar hasta de chovinista o jingoista, elogio que se vuelve dicitario, cuando, en la cima del poder, se exagera la fe en la potencia nacional. A López le ocurrió esto. Hombre, además, de mucha fortuna personal, quiso desarrollar industrias en su patria; introdujo el telégrafo y el ferrocarril en ella; fundó algunas escuelas; limpió la deuda externa paraguaya, pero desaprensivo sobre cuestiones ideológicas, prescindió de los modelos norteamericanos y franceses a pesar de que importó un número de ingenieros británicos. Carlos Pereyra, el historiógrafo mexicano, dice de él: «*No se fundirá bronce bastante en América para glorificar a Francisco Solano López por haber sabido abrir el cimientó de un Estado en el fondo de una selva*». En cambio, los historiógrafos argentinos lo tildan de bárbaro y hasta de salvaje y sanguinario — el lenguaje de Rosas contra los mismos unitarios, quienes lo rewertieron contra Solano López—. Hay un hecho innegable: en tiempo de Solano López, la marina mercante paraguaya era la más poderosa del Río de la Plata, y fué menester la acción concertada de tres naciones para destruirla y dejar sin costa al heroico país. Ciertó que Solano

López realizaba su voluntad, a su capricho, y que aquella legendaria *Elisa Lynch*, su querida, era una reina sin corona en el país de la selva. Mas resulta paradójico que quienes exaltan, por ejemplo, a Rosas y a García Moreno, por su nacionalismo y su autocracia, se vuelvan contra Solano López que hizo algo parecido, con la eximente de que su patria no se hallaba tan en contacto con el mundo europeo, y que pesaban sobre ella los treinta años de aislamiento bajo el Dr. Francia y los trescientos de aislamiento jesuítico. Fué, sí, tirano; no consideró la libertad personal y, megalómano tanto en lo individual como en lo colectivo, expuso a su país a la guerra terrible en que perdió jirones de territorio. Pero, si no lo hubiera hecho él, de todos modos parece, a la luz de documentos posteriormente descubiertos, que alguno de sus poderosos vecinos le habría asestado un golpe. Se trataba de la disputa del Río de la Plata y el Paraná, de la hegemonía en aquella comarca.

Sin incurrir en las exageraciones de Pereyra, Juan O'Leary, Natalicio González y otros, tampoco se debe aceptar de plano la dosificada diatriba de muchos de los historiadores argentinos y brasileños contra el desventurado y heroico mariscal que rindió la vida antes que la espada en medio de la selva misionera.

#### 661. — *La guerra tripartita.*

El pretexto de esta guerra sería pueril si no hubiese tenido tan dolorosa resonancia. Algo semejante al «pleito de los diez centavos» — como llama Víctor Maúrtua a la causa de la Guerra del Pacífico de 1879 —, motivo trivial, susceptible de enmienda, si no hubiesen mediado otras circunstancias.

El general uruguayo *Venancio Flórez*, colorado, invadió su patria en 1864, conforme vimos ya. Brasil le prestó apoyo ostensible. Convenía así a su política imperial. Argentina también lo miraba con complacencia.

Era una maniobra rara, tras la cual se suponía que hubiese fines secretos. Francia e Inglaterra, entre otros países, pidieron explicaciones a la Argentina por el pretenso apoyo que prestaba a una revuelta en territorio extranjero. Paraguay — es decir, Solano López — se unió a la demanda. Mitre, que presidía la Argentina, se negó a dar respuesta alguna. La toma de Paysandú, en la guerra civil uruguaya, con ostensible cooperación brasileña, agravó el conflicto. Flórez, evidentemente, actuaba en connivencia con el Im-

perio. Lo que ocurría en Uruguay era una verdadera invasión brasileña. No esperó más Solano López, y, en defensa de sus vecinos y de sus propios intereses, decidió, a su turno, atacar al Brasil.

Para atacar mejor al Imperio, López quería utilizar la provincia argentina de Corrientes, a fin de pasar su ejército por ahí. Solicitó permiso al gobierno de Buenos Aires. Este no accedió, como era lógico. Colocado ante la inminencia del conflicto, López decidió dar un golpe de mano; se apoderó de varios buques argentinos y se dispuso a tomar la ofensiva contra el Brasil. Mas su violencia había complicado más el problema. Argentina era ya parte en la contienda. El año de 1865 se produjo la declaratoria de guerra contra esta república.

El Paraguay era un país disciplinado férreamente. Su potencia militar residía, no sólo en su armamento, sino, ante todo, en el factor hombre. Tenía unidad, lo que faltaba a algunos de sus vecinos. La toma de Corrientes (1865) por las huestes de Solano López fué un aviso a sus adversarios sobre los alcances de la lucha. El 1.º de mayo de ese año se firmaba el Tratado de la Triple Alianza entre Argentina, Brasil y Uruguay, país este último donde Flórez se había impuesto merced a la ayuda exterior.

La *Triple Alianza* contra un país sudamericano constituía un peligro para el espíritu americanista que acababa de lucir en los discursos del Congreso Americano de Lima, en 1864. Por eso protestaron contra ello Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú, todos los países del Pacífico, tanto más cuanto que en esos precisos momentos España había iniciado su fallida reconquista a base de la expedición científica. Mientras en el Plata tronaba el cañón entre hermanos, en el Pacífico los cañones americanos disparaban sobre un reiterado captor: la España de Isabel II.

Los nombres de *Yatay* y *Uruguayana* (julio y agosto de 1865) donde López fué vencido, obscurecieron su hasta ahí luciente estrella. Más tarde, aunque alcanzó el triunfo de Estero Bellaco (1866), sufrió también la ruda derrota de *Tuyuti*, que le costó lo mejor de su ejército y casi toda su juventud militar. Pero, no por eso iría a cejar. Llamó a los ancianos, a los niños, inclusive, a veces, a mujeres, y prosiguió el combate. Cuatro años más duraría aquella tragedia.

Solano López, resuelto a seguir la pelea, con un espíritu indomable, calló la voz de todo sentimiento que no fuera su voluntad de triunfar. Su dureza alcanzó hasta a sus mejores

generales, por un instante de desmayo que mostraran, por algún pujo de rebeldía que se descubriera en ellos.

Así mandó fusilar al general Robles, vencedor de Corrientes; condenó como traidor al coronel Estigarribia, héroe de Uruguayana, y en el paroxismo de su ira, no trepidó en disponer la ejecución de su propio hermano Benigno y de otros altos jefes.

Juntó a él, en plena selva, ya en los años del declive, igual que en los instantes de la gloria, iba Elisa Lynch, mujer de relieve heroico, que se ha incorporado a la historia por su estoicismo, su belleza y su bravura.

Antes de iniciar la segunda parte de la guerra, la que tuvo su origen en la derrota de *Tuyutí*, Solano López quiso pactar una paz honrosa, pero el general Mitre, jefe de las fuerzas aliadas, se la negó, después de la entrevista de *Tahaití-Cora*. La suerte estaba echada.

El combate naval de *Curupaytí* infligió severísimo golpe al Paraguay. La escuadra brasileña logró forzar el bloqueo y vencer a los enemigos. Encerrado por todos lados, mientras en cambio sus adversarios recibían constantes refuerzos y materiales, Solano López comprendió que había llegado la hora, pero no aceptó rendirse.

Comandaba las tropas aliadas el *Marqués de Caxias*, brasileño, con 50.000 hombres, para los 15.000 mal armados ya y agobiados de cansancio que obedecían a Solano López. Este retrocedió sin volver la cara. Cuando las tropas inmensamente superiores de los aliados capturaron los fuertes de Humaitá el dictador paraguayo (1868) entendió que no le cabía sino dilatar el golpe decisivo. Y lo hizo con indudable grandeza.

El Marqués de Caxias avanzó sobre Asunción, ocupándola en enero de 1869, después de la batalla de las Lomas Valentinas, Solano López se replegó sobre *Piridebuy*. El ejército brasileño tenía como jefe ahora al *conde d'Eu*, sucesor de Caxias, sobrino del rey Luis Felipe. Solano López —en cierto modo semejante por su ferocidad en el desastre a Lope de Aguirre— siguió retrocediendo, sin dejar de combatir. Al fin, el 1.º de mayo de 1879, cuando ya no le quedaban prácticamente hombres, cuando todo su cuartel era un amontonamiento de inválidos, le cercaron las tropas brasileñas. El, personalmente, como durante toda la retirada, combatió lanza al brazo. Asediado, el general brasileño le exigió que se rindiera. Solano López se negó. Con la barba ya hirsuta, el uniforme roto de andar entre malezas y dormir



a la intemperie, enflaquecido por la sed, las privaciones y la brega sin pausa, se preceptó sobre sus enemigos, que lo mataron en el acto.

El Paraguay cayó con él. La osamenta de más de 100.000 muertos blanqueaba los caminos de Misiones. En las poblaciones paraguayas sólo quedaban mujeres y niños. Pocas veces ha pagado un país tan alto precio por su defensa.

### 662.—Colapso del país.

Aunque se dictó una nueva Constitución a fines del 70, y hubo algunos presidentes, entre ellos *Rivarola* y *S. Jovellanos*, las tropas vencedoras se retiraron mucho después, y la paz sólo fué firmada por separado con cada uno de los miembros de la Triple Alianza. Uruguay renunció a toda indemnización. Argentina y Brasil obtuvieron considerables ventajas, sobre todo en lo tocante a navegación y comercio. Paraguay había quedado deshecho. El heroísmo de Solano López significaba para su pueblo una contribución superior a la gloria que le comportara.

Entre 1876, en que se produjo el retiro de los vencedores, y el año 98, que marca el final de este período de nuestra Historia, la vida civil paraguaya, más clausurada aún que antes, vuelta sobre sí misma, sufrió pocas modificaciones esenciales, excepto la esencialísima de la guerra misma.

Uno de sus presidentes, *Gill*, de índole progresista, murió asesinado en los años siguientes al desastre. Después de los efímeros gobiernos de *Uriarte*, *Saguier* y *Cándido Barreiro*, se inicia una década de predominio de los militares (1880-1890), bajo los regímenes de *Bernardino Caballero* y *Patricio Escobar*. Tras el gobierno de *J. C. González*, otro general, *Egúsquiza*, se allega al poder.

La vida política, replegada sobre sí misma, repetimos, se consagró a revisar el período de Solano López y la guerra con la Triple Alianza. Una ola de antilopizmo sacudió a parte del país, estimulada por la propaganda de los vecinos, pero, en el fondo de ella, y como reacción nacional, exacerbada por la mediterraneidad y merma del territorio patrio, fecundó un sentimiento nacionalista identificado con la memoria de Solano López.

## BRASIL: DEL IMPERIO A LA REPUBLICA

663.—*Ordenamiento constitucional.*

A partir de 1844 se había visto ya que la tendencia preferida del Emperador consistía en irse replegando del gobierno, en el sentido de asemejarse más y más a la monarquía inglesa y entregar la responsabilidad del Estado a sus ministros y al Parlamento. Lo malo fué que uno de sus primeros pasos, lejos de significar mayor responsabilidad, evidenció más bien el auge de las camarillas palaciegas, con la hegemonía de Aureliano Coutinho y, a la vez, del Partido Liberal.

Pero, sólo en 1847 se da forma cabal a estos ensayos, al crearse la *Presidencia del Consejo de Ministros*, lo que entrañaba la plena responsabilidad gubernativa para éste y el contralor del Parlamento sobre el Gabinete. Era una verdadera monarquía constitucional.

Sin embargo de esta concesión, el ala extremista del Partido Liberal, *la Praia*, se sublevó en Pernambuco (1848), aunque sin éxito. Pedro II la reprimió severamente, y con ella se cierra el ciclo de los motines del segundo reinado.

Extinguida la sublevación de la Praia, ingresan al gobierno los conservadores con el Marqués de Olinda. En ese tiempo se firma el pacto entre Brasil y el general Urquiza contra Rosas, siendo digno de notarse que no fueran los liberales, sino los conservadores los que perfeccionaron tal propósito.

664.—*Progreso del país.*

El éxito de la guerra contra Rosas significó para Brasil el apogeo de su influencia política. El Primer Ministro, para reforzarlo, trató de reconciliar a los partidos políticos. El ministerio del *marqués de Paraná* también actuó en idéntico sentido, aunque sin conseguirlo del todo, ya que habían aflorado otros motivos de distanciamiento, no sólo doctrinarios, sino, como siempre, económicos, de hecho.

Hasta ahí había sido costumbre que el Congreso fuera, generalmente, unánime o abrumadoramente mayoritario en pro de un bando o de otro. La nueva ley electoral de 1855, como segundo paso después de la creación de la Presidencia

del Consejo, estuvo encaminada a romper esa costumbre y dar mayor flexibilidad a la estructura del Parlamento.

Se advertía, a medida que iban en aumento la influencia y la grandeza brasileñas, que varios grupos querían armonizar las discrepancias, tratando de robustecer la unidad nacional, empeño al cual cooperó con decisión el *Marqués de Caxias*, cuyo prestigio era muy grande a consecuencia de su conducta durante la guerra con el Paraguay.

El predominio de Caxias abarca, más o menos, el período 1861-1868, en que renunció, apartándose con ello los liberales del gobierno. La lucha había adquirido contornos más duros porque, como en otros países de América, se había complicado también con la *cuestión religiosa*.

Fué el siglo XIX cenital para la *Masonería* en América, sobre todo en el Brasil. Su reputación, a causa de haber participado triunfalmente en la guerra emancipadora, estaba *in crescendo*. Infiltrados en todas partes, los masones constituían la más firme oposición al *clero*, también extendido doquiera. Parecía, a juzgar por las apariencias, que se trataba de un choque entre el colonialismo, personificado en los jesuitas, y el autonomismo, en que cooperaron los masones. Los choques tuvieron varios episodios, agravados desde el 68. En 1872 alcanzaron un ardimiento mayor, durante el *Ministerio de Río Branco*, en vista de que los obispos excomulgaron a los masones, creando una situación enojosa en el país. Como los obispos se negaron a reconsiderar su anatema, el gobierno los hizo apresar y los condenó a 4 años de cárcel (1873). Fueron amnistiados dos años después, una vez que Caxias hubo reemplazado a Río Branco.

665.—*La esclavitud y la  
tendencia democrática.*

Como se sabe, el sistema económico del Brasil descansaba casi íntegramente en la producción agrícola, los ingenios de azúcar y, más tarde, en el café. Los *senhores de engenho* reclamaban para sí un régimen análogo al de los sudistas norteamericanos, esto es, basado en la esclavitud. En cambio, en las ciudades, cada vez más florecientes e industriales, las ideas antiesclavistas se abrían campo, favorecidas desde luego, por la poderosa institución masónica.

Entre 1868 y 1870, se hicieron presentes en el gobierno más acusadas tendencias democráticas que antes.

El triunfo sobre Paraguay contribuyó a ello al ampliar las posibilidades de riquezas nacionales.

Pero, lo más candente era la cuestión esclavista. Pedro II era partidario de ir a una emancipación gradual, por etapas, a fin de soslayar la oposición de los poderosos *senhores de engenho*. Los liberales querían apresurar ese ritmo. La enfermedad del Emperador y su viaje de salud a Europa, hacia 1871, alteraron sus planes. En su ausencia quedó ejerciendo la regencia la princesa Isabel, y ocupó el Ministerio el Barón de Río Branco.

Se puso entonces sobre el tapete una ley por la cual se emancipaba a los esclavos nacidos en el país así como a los hijos de las cautivas que nacieran a partir de aquella fecha. Era un golpe fuerte para los azucareros, por mucho que quedaban en libertad de seguir importando «piezas de ébano», o sea, esclavos del Africa. De todos modos, era éste un procedimiento más complicado y costoso, de suerte que la oposición contra Río Branco y los liberales adquirió contornos de guerra civil, no menos activa por sorda.

Sin embargo de esto, el movimiento político brasileño, tras algunas etapas de retroceso o prudencial detención, siguió orientándose firmemente hacia la democracia. En 1881, la nueva ley electoral fué un golpe más a la reacción. Al establecer, como estableció, la *elección directa*, al otorgar el derecho a voto a los no-católicos y a los libertos, extendía de un modo palmario, y, para los ricos propietarios, peligroso, la intervención de la masa en los negocios públicos.

Al mismo tiempo, crecía el movimiento proaboliconista. Ya el emperador consideraba como indispensable ampliar las anteriores medidas con la de libertar a los esclavos de más de 60 años, al par que muchos juzgaban afrentoso que Brasil siguiera siendo uno de los pocos Estados esclavistas del mundo. La Guerra de Secesión había acabado por desacreditar tal régimen, y el avance industrial había sustituido la idea del esclavo comprado por el del proletario asalariado, no menos esclavo materialmente que aquél, pero, al menos, con libertad de conciencia.

Cuando, cediendo a la inmensa presión de los liberales, Pedro II promulgó la ley «*Aurea*», o de liberación de esclavos, los *senhores de engenho* del Norte se sublevaron, pero no pudieron ya detener la marcha de lo ineluctable: la manumisión.

El poder de Pedro II estaba, eso sí, herido de muerte, y con él, la monarquía.



666.—*Caída del Imperio.*

En 1888, Pedro II había tenido que viajar nuevamente a Europa para atender a su salud. La nueva regencia de la princesa Isabel significó importantes alteraciones en el país. Se advertía que la marejada democrática iba a asumir contornos de insurgencia. Hubo un motín de marineros, de-lator de semejante estado. Habían surgido, además, otros movimientos, anexos al abolicionista: uno de ellos el federa- lista. Reaccionaban las provincias contra el centralismo pa- laciego. Y, como fermento adicional, la necesidad de con- seguir mano de obra, producida la liberación de los esclavos e incrementada la producción agrícola e industrial del país, atrajo a numerosos inmigrantes, no menos de 132.000 que ingresaron en sólo el año de 1888.

El ejército, sensible a los cambios de la opinión pública, hizo oír su voz. Para nadie era un misterio que el aire es- taba saturado de ideas rebeldes. El republicanismo, pre- sente desde los primeros días de la vida independiente del Brasil y más firmemente acusado desde 1868, había cami- nado de prisa en esos cuatro lustros. Al fin tenía que ocurrir lo que ocurrió entonces: la caída del Imperio y el nacimiento de la República. No se produjo en paz, por cierto, pero la revolución no fué tampoco tan cruenta como se podía ha- ber conjurado. Deodoro da Fonseca fué el que tuvo sobre sus hombros la tarea de cumplir aquella nueva etapa de la vida brasileña.

El país marchaba aceleradamente por la senda de la industrialización. Entre 1888 y 1889, es decir, en la bisagra misma entre la monarquía y la república, se contrataron dos empréstitos externos para la agricultura, a la nada des- preciable cotización de 97 y 90 por ciento, e interés de  $4\frac{1}{2}$  y 4 por ciento por un valor de 6.297.000 libras esterlinas el uno y de 19.837.000 el segundo. Un nuevo empréstito in- terno de 110.000 contos, o sea alrededor de 13 millones de libras, dió a la República no sólo la medida de las posibili- dades que se le presentaban, sino, sobre todo, de la energía con que había trabajado el imperio, normalizando la vida económica brasileña y desarrollándola en inmenso grado.

La abolición de la esclavitud representó una concilia- ción con los militares que, en los últimos tiempos, se habían negado reiteradas veces a aceptar la ocupación de capturar negros fugitivos, pero que, una vez seguros de la abolición,

lejos de satisfacerse, se hincharon de orgullo como vencedores y sirvieron de adláteres a las nuevas corrientes.

Se cuenta una anécdota sobre los efectos de la ley Aurea. Ante el entusiasmo de la calle, la *Regente* doña Isabel preguntó a uno de sus consejeros (a Cotegipe): «*Entonces, ¿gané o perdí?*» A lo que éste, que presidía el Consejo, respondió: «*Vuestra Alteza ganó la partida, pero perdió el trono*». Así ocurriría poco después. Era el 13 de mayo de 1888.

La idea republicana venía trabajando en la opinión del país desde hacía muchos años, pero, como partido organizado, sólo había surgido en Sao Paulo, el año 70, realizando en su programa esta singular conjunción: república, americanismo y federación. Los paulistas, expuestos a las corrientes migratorias, industrializados y lejos del tradicionalismo rural, se hallaban en situación privilegiada para abrazar y defender la bandera de la República. *Minas Geraes* y *Río Grande do Sul* se contagiaron de aquello y constituyeron, igual que *Sao Paulo*, numerosos clubes republicanos, núcleos de efectiva propaganda. Las zonas de mayor población inmigrada estaban teñidas de agudo republicanismo.

Coadyuvó a ello la enfermedad de Pedro II. Se le juzgaba reblandecido, dominado por sus validos, y se creía que lo iba a suceder un príncipe extranjero, el de Eu, casado con la princesa. Eu era resistido, a pesar de su bonhomía.

En estas circunstancias surgía, como amenaza acechante, un personaje militar, sin funciones concretas en la Corte, pero con grandes vinculaciones en el ejército: el mariscal *Deodoro da Fonseca*. A él convergieron las protestas, que no fueron solapadas, sino ruidosas. *Da Fonseca* y *Benjamín Constant*, a fines de octubre, se presentaban ya como dos líderes de la insurrección. *Aristides Lobo*, el mayor Solón y el capitán *Mena Barreto* se ocuparon de los pormenores del golpe de Estado. Mientras el emperador ofrecía, el 9 de noviembre de 1889, un baile a la escuadra chilena, Benjamín Constant arengaba a los sediciosos en el Club Militar.

El 11 de noviembre *Fonseca*, *Ruy Barboza*, *Lobo* y *Constant*, que era un contemporizador, tenían todo listo. El 14 se hizo esparcir la falsa noticia de que el ministro Ouro Preto había mandado detener a *Fonseca* y a *Constant*. En vano, al día siguiente, pretendió detener el motín Ouro Preto. Era demasiado tarde. *Deodoro da Fonseca*, al frente de sus hombres, se encaró al ministro aquel 15 de noviembre, mientras el emperador veraneaba en Petrópolis. Cuando pu-

do llegar a su palacio, la situación estaba consumada. Renunció de palabra a la corona. La *República había sido proclamada*.

667.—*Iniciación de la República. — Primeros disturbios.*

Con la aprobación de Benjamín Constant, verdadero promotor del movimiento, *Deodoro da Fonseca*, aclamado primer Presidente de la nueva República brasileña, procedió a organizar su gobierno. En su Gabinete, Constant tenía la Cartera de Instrucción Pública.

El día 16, Pedro II, que estaba arrestado, recibió orden de abandonar el país. En su nota de despedida, dijo: «*Conservaré del Brasil el recuerdo y las añoranzas más vivos, y hago los más ardientes votos por su grandeza y su prosperidad*». Firmaba «*Pedro de Alcántara*». Rodrigo Octavio, que asistió a la secreta partida a bordo del «*Alagoas*» (17 de noviembre de 1889), la refiere emocionado en un capítulo de su libro «*Mis memorias de los otros*» (trad. castellana, Buenos Aires, 1938).

*Proclamada la República*, contando el Estado con recursos económicos, conforme hemos dicho, se procedió a un brusco viraje en todo lo institucional. Se separó la Iglesia del Estado, iniciándose el laicismo; el matrimonio civil primó sobre el religioso; se laicalizó la enseñanza; se emitió moneda a base de certificados, en vez de oro; aumentaron las empresas industriales y el renglón de comercio, pero no se pudo mantener mucho tiempo la libertad de imprenta, entre otras cosas, por el natural desquiciamiento de toda hora de transición y por el carácter inclinado al despotismo del Mariscal da Fonseca.

Pronto, en 1891, los conservadores se hallaron dominando, con más o menos disimulo, el aparato estatal. Los liberales, gobernantes de la primera hora, pasaron a la oposición. El Mariscal Fonseca cayó del gobierno ese mismo año. En seguida dictóse la Constitución republicana inspirada, a través de Ruy Barboza, en la de los Estados Unidos de Norteamérica, sobre la base de un régimen presidencial, federal o descentralizado, y con un Tribunal Supremo Federal que velaba por su vigencia.

Fonseca fué electo presidente, teniendo como vicepresidente a *Floriano Peixoto*. No tardó en enfrentarse al Congreso y ordenar su disolución, lo que produjo la rebelión de la escuadra (1893). Entregó el mando al vicepresidente. Este

demostró, entonces, una energía inquietante. Rechazó las pretensiones de la escuadra sobre el término de su período presidencial; movilizó al ejército, a la opinión pública, con hábiles tácticas demagógicas, y acabó imponiendo su voluntad.

Sucedió al mariscal Peixoto, don *Prudente de Moraes*, que fuera el director de los debates de la primera Constituyente (1894). Peixoto murió al año siguiente. Le tocó a Moraes afrontar su propia flaqueza de salud y la revolución de *Canudos*, conflicto de origen religioso (o más bien supersticioso), que alteró la vida de Bahía. Vencido al cabo, dejó un reguero de inquietud. Prueba de ello fué el atentado de que se hizo víctima a Moraes, cuando visitaba un cuartel: el suboficial Marcelino Bispo, florianista, le disparó a boca de jarro, y como fallara lo acometió con un cuchillo, interponiéndose el mariscal Bittencourt, que murió en el acto. La muerte del Ministro de Guerra dió motivo a Moraes para una purga en el ejército. En 1898, cuando abandonó el mando a *Campos Salles*, la situación política iba camino de normalizarse, y el país, detenido en su adelanto por tantas vicisitudes, prosiguió su marcha hacia el progreso.



## SEPTIMA PARTE

### HACIA UNA PERSONALIDAD CONTINENTAL

668.—*Generalidades.*

Lo característico de esta última etapa de la historia continental, es la contradictoria acción del capitalismo internacional. Se inicia el siglo XX bajo la presión indudable de Estados Unidos, que, una vez conseguida la independencia de Cuba (con respecto a España), la posesión de Puerto Rico y Filipinas y la independencia de Panamá (con respecto a Colombia), se mostró arrogante y hasta provocador. Al cabo de casi medio siglo de semejante trato, conocido bajo el dictado de «diplomacia del dólar» o del «Destino Manifiesto», y ante la aparición de nuevos factores, esta política ha virado en redondo, tratando de rectificar los antiguos procedimientos. Un Roosevelt ha comenzado un sistema distinto — y hasta opuesto — al de otro Roosevelt. El Roosevelt imperialista (Teodoro) y el Roosevelt de la llamada «buena vecindad» (Franklin D.) sintetizan en sus mentes y sus actos la diferencia profunda entre una época y otra.

A partir de 1898, toda la preocupación de Estados Unidos tendió a la captura de nuestras materias primas y también de nuestros mercados. Para ello no se omitieron medios, violentos o diplomáticos. Desde 1936, ante la penetración comercial, industrial y política de otras potencias, las relaciones entre las dos Américas han sufrido considerable evolución. Del *Panamericanismo* absorbente se ha pasado al *Interamericanismo*, aún no bien definido. Del imperialismo financiero a la hegemonía llamada «democracia». De todos modos, como quiera que se considere el problema, Indoamérica — otra entidad, surgida del caos de nuestro

siglo — se encuentra en situación más cabal para encarar intercambios de toda índole con la América Sajona.

Los regímenes que, a comienzos del siglo, se orientaban hacia la civilidad, en los últimos años, a partir de la crisis del 30 y el apogeo fascista europeo de los años 36-40, han tendido en muchas partes hacia el *militarismo*, transformando la democracia política en *autocracia* y *oligarquía*. Sin embargo, se advierte el despuntar de una esperanza democrática.

La América que se extiende al Sur del Río Grande, la América no-sajona que se llamó *Española* durante el coloniaje, *Latina* a raíz de la independencia por obra de la acción francesa, e *Hispana*, después, nuevamente, por un recrudescimiento colonial a través del idioma y el dogma religioso, hoy empieza a llamarse — lo cual es significativo — *Indoamérica*, aunque algunos núcleos «blanquistas» protestan contra ello en nombre del oligárquico derecho de las minorías continentales (no precisamente los indios ni los mestizos, que son mayoría). El vocablo *indio*, a su vez, ha sufrido radical transformación: no se refiere tanto a una realidad étnica, cuanto a una realidad *psicológica, social y económica*.

Para equilibrar los regímenes gubernamentales y las zonas de influencia del Nuevo Mundo, en este período se dió efímera vida a bloques o conglomerados regionales, que, en vez de contribuir a apaciguar la existencia en un continente homogéneo, a menudo han acentuado heterogeneidades dentro de la ansiada y supuesta homogeneidad.

Además los *problemas sociales* adquieren gran agudeza. A partir de 1900 la inquietud social, primero por la vía del anarquismo, después por la de los movimientos socialistas, comunistas y apristas, toma mayor vuelo. La vida intelectual se independiza; el *modernismo* fué el primer estallido de sensibilidad propia habido en nuestro continente. Con él ingresamos a las corrientes estéticas universales.

Aunque subsisten conflictos de fronteras, se tiende a las soluciones pacíficas. Las revoluciones también, salvo uno que otro caso, son de tipo diverso: no ya la «montonera», sino el *golpe de Estado*.

De esta suerte, aunque sean hondas aun las discrepancias entre mundo y mundo, entre fuertes y débiles, entre industriales y agricultores, entre rubios y morenos, entre protestantes y católicos, entre constitucionalistas y arbitristas, a través de estas mismas contradicciones se va definiendo el contorno de un Continente con personalidad propia, capaz

de presentarse ante el resto del mundo como un todo orgánico, reclamando ya, como lo reclama, su puesto en el concierto — o desconcierto — de las naciones del orbe.

## ESTADOS UNIDOS: DE LA DIPLOMACIA DEL DOLAR A LA BUENA VECINDAD

### 669.—*Los Directores del Estado.*

Podría dividirse este período de la historia estadounidense de dos maneras: con respecto a *la política mundial*, la etapa de *crecimiento*, reafirmada mediante la victoria sobre España, llega a su cima con la intervención de Estados Unidos en la guerra europea del 14; la de *apogeo* se inicia con la presidencia de la Conferencia de Paz, concedida a Wilson, y continúa con la ocupación de Islandia, por orden de F. D. Roosevelt, en julio de 1941. Con respecto a *la política continental*, la primera etapa llega hasta 1935, fecha en que se inicia el período de «Buena Vecindad».

No hubo casi ninguna diferencia entre republicanos y conservadores tocante a la política en el continente americano; la ha habido en lo que se refiere a los asuntos mundiales. Esto es útil tenerlo presente para futuros juicios acerca de la historia norteamericana de nuestros días

*William McKinley* (republicano), presidente desde 1897 hasta 1901 (en que murió), triunfador en la guerra con España, anexador de Filipinas, Guam y Puerto Rico e inventor y libertador de Cuba; *Teodoro Roosevelt*, el dinámico «*rough rider*» de la campaña cubana, cazador de fieras en África, que finiquitó la emancipación panameña, pero tomó el Canal («*I took Panama*»), republicano, presidente en dos períodos consecutivos (1901-1905; 1905-1909); *William Taft*, republicano, opaco y conservador (1909-1913); *Woodrow Wilson*, demócrata, profesor de la Universidad de Princeton, puritano y teórico, también presidente por dos períodos (1913-1917; 1917-1921), dentro de los cuales se desarrollan las intervenciones en México y las Antillas, al par que proclamaba el derecho a la libre determinación de los pueblos; *Warren Harding*, republicano, en cuyo período (1921-1923) la administración pública sufrió un desajuste notorio y surgieron numerosos escándalos en torno a la ley de prohibición; *Calvin Coolidge*, vicepresidente de Harding, a quien tuvo que reemplazar (1923-1925) cuando ocurrió la

discutida y hasta hoy misteriosa muerte de éste, y que luego fué electo por un período (1925-1929): y *Herbert Hoover* (1929-1933), testigo del derrumbe financiero de su país, todos ellos manifestaron idéntica actitud orgullosa y despectiva con respecto al resto del continente, y cierta impasibilidad (salvo Wilson) con referencia a lo europeo. Con *Franklin Délano Roosevelt* no sólo vuelve al poder el partido *demócrata*, sino que se rectifica sustancialmente la vida pública de Estados Unidos y hasta los usos electorales, ya que es el primer presidente que, desde Washington, es reelegido por tres períodos. A partir de 1938, F. D. Roosevelt limitó la libertad de industria y comercio, mediante la intervención del Estado contra el desempleo causado por haber disminuído la producción; ha interesado al país en los asuntos mundiales; ha tratado de cambiar la mentalidad de sus políticos para mirar con más cordialidad y comprensión a los países del continente, a la vez que influir en estos para que reconsideren su política frente a los Estados Unidos; acabó con la prohibición y, en fin, después de enarbolar la doctrina de Monroe como un escudo, ha dado el gigantesco paso político de ocupar Islandia, lo que significa que Estados Unidos considera que sus intereses se hallan también ligados estrechamente a los *intereses europeos*.

670.—*El imperialismo del novecientos.*

Después de la victoria sobre España y el consiguiente dominio de las Antillas, a través de Cuba y Puerto Rico, Estados Unidos pensó que le precisaba asegurarse el libre tránsito de un océano a otro, a fin de asentar su poderío naval, facilitar las relaciones entre sus dos costas y convertir el mar Caribe en un auténtico «Mare Nostrum». Con tal objeto, estimuló movimientos caudillistas, de tipo antiunitario, en Centroamérica, y alentó la tendencia antimetropolitana del istmo de Panamá, hasta entonces provincia de Colombia. En 1903 se produjo el estallido de la insurrección separatista istmeña, y los Estados Unidos se apresuraron a reconocer la independencia de la nueva República. Inmediatamente obtuvieron una faja de tierra entre un océano y otro, por la cual se abriría el Canal que surcarían sus barcos libremente.

Firmado el respectivo tratado Hay-Bunau Varilla, T. Roosevelt procedió a dirigir su atención sobre el problema



del Lejano Oriente, es decir, sobre el Pacífico, y celebró un acuerdo de caballeros para limitar el ingreso de japoneses a territorio norteamericano. En 1907, robusteciendo la tendencia nacionalista en marcha, se ampliaron las *restricciones a la inmigración*, lo cual quería decir, sin duda alguna, que la nación sentía terminado su período de crecimiento por agregación y que estaba en pleno crecimiento orgánico, desarrollando sus propias fuerzas.

671.—*Estados Unidos y la revolución mexicana.*

El estallido de la revolución en México, en 1910, produjo agitación en el gobierno de los Estados Unidos, no sólo por el hecho en sí, sino por las posibles competencias con el capitalismo europeo en suelo del continente, lo que rompería la tranquilidad de que los inversionistas de los Estados Unidos habían disfrutado durante todo el período de Porfirio Díaz. Su actividad al respecto la reseñamos en e. capítulo concerniente a México.

672.—*La primera guerra mundial y sus efectos.*

Al estallar la primera guerra mundial de 1914, Estados Unidos acentuó su hegemonía en el Nuevo Mundo. Pronto copó materialmente los mercados de importación y exportación de estos países. Eliminadas por el momento las competencias inglesa y alemana, la industria estadounidense se consagró a abastecer a la América Latina, y a extraer de ella, en inmejorables condiciones para sí, materias primas, especialmente, petróleo, cobre, estaño, algodón, azúcar, café, salitre, etc.

La presidencia de Woodrow Wilson, de apostólicos discursos, significó un avivamiento del imperialismo del primer Roosevelt, pero diluido en principios éticos. Mientras protestaba por el hundimiento del «*Lusitania*» y la invasión de las pequeñas naciones europeas, lanzaba, en 1914 contra Veracruz, en 1915 contra Haití, en 1916 contra Santo Domingo y en 1917 contra la parte septentrional de México, destacamentos de su marina y su ejército. Sin embargo, no logró avasallar a los aztecas, y el general Pershing hubo de abandonar sin éxito esta última aventura.

A principios de 1917, ya Estados Unidos se hallaba prácticamente en la guerra. Dos millones de soldados yan-

quis llegaron a Francia a luchar por la causa de los aliados. Simultáneamente se dictaba la ley prohibicionista, por la cual quedaba totalmente fuera de la ley la venta y consumo de bebidas alcohólicas en el territorio de la Unión y sus colonias. Al mismo tiempo, Estados Unidos compraba las Indias danesas, a fin de robustecer sus defensas en el Caribe. Cuando se produjo el desplome alemán, el Presidente de los Estados Unidos presidió la Conferencia de la Paz mundial, actuando entre los «tres grandes» de esa hora: Clemenceau, Lloyd George y él. De hecho había pasado la República del Norte a la *categoría de país de primera línea*. Consecuentemente la prosperidad económica y la política se juntaban. Pero, el defensor de los países chicos y de la libre determinación de los pueblos, aparecía a los ojos de los países latinoamericanos en forma equívoca, pues era él también quien trataba por la violencia a México, Haití y Santo Domingo en el Nuevo Mundo.

### 673.—*La crisis.*

De 1918 en que se firmó el armisticio, y, más propiamente, desde la signatura del Tratado de Paz, hasta 1928, Estados Unidos gozó de espléndida holgura. Paralelamente desarrolló una evidente política imperial, culminada en la Conferencia Panamericana de La Habana (1928), donde el Secretario de Estado, Charles Evans Hughes, prácticamente hizo entender que su país tenía el deber de intervenir en las cuestiones latinoamericanas, por lo que se produjo ruda discrepancia con el delegado argentino. La actitud de los diplomáticos norteamericanos en el sur del Río Grande era francamente intervencionista. Se dieron casos en que destinos nacionales se resolvieron en el local de las embajadas de Estados Unidos. Y rebeldías nacionales, como la de César Augusto Sandino, en Nicaragua, tuvieron como adversarios a fuerzas de ocupación yanquis; al par que movimientos de carácter social interno, como la huelga de inquilinos de Panamá, eran refrenados por las fuerzas de desembarco de los Estados Unidos. La jira del entonces recién electo presidente Hoover por América Latina se llevó a cabo bajo estrecha vigilancia policial. No sabía el flamante jefe de gobierno que, bajo sus pies, crujía el edificio del «boom». En 1929, estalló la Bolsa de Nueva York. La crisis fué tan violenta que pareció que el país iba sin remedio al abismo. Necesariamente se impuso el cambio de política.

Bajo el lema de la «reconstrucción» se levantó la candi-

dataura de Franklin Délano Roosevelt y resurgió el Partido Demócrata, que ocupó el gobierno.

674. — *El New Deal.*

Pocas veces ha subido un presidente de los Estados Unidos en peores condiciones nacionales que F. D. Roosevelt. El país se hallaba en un estado de nerviosidad y de crisis incalculable. Roosevelt lanzó el «slogan» del «New Deal» para remediar la desocupación, ayudar a las industrias a rehacerse, fomentar la agricultura y adoptar una política mundial más de acuerdo con las necesidades de la hora.

Por medio de la «Nira» (National Industry Recovery Act) promovió el control, a los bancos e industrias (1933), lo que motivó que se acusara al presidente de dictador; por medio de la A. A. A. (Agricultural Adjustment Administration) intervino en la producción agraria; estimuló obras de gran aliento para dar actividad al Valle de Tennessee, levantó la ley prohibicionista (uno de los lemas de su campaña), permitiendo el libre consumo del alcohol, con lo que acabó con el negocio de los «bootleggers». En cuanto a lo internacional, venciendo muchas resistencias, entabló relaciones con la Rusia soviética; rectificó la política de Harding y los republicanos que tendía a alejarse de Europa e ignorar a la Liga de las Naciones; hizo participar a la República en la Conferencia del Desarme de Ginebra, en la Conferencia de Londres, y admitió que Estados Unidos tomase parte en la Oficina Internacional del Trabajo, dependiente de la Liga de las Naciones. Frente a América Latina, ha inaugurado la llamada política de «Buena Vecindad», en el sentido de considerar cada vez más a los países del sur del Río Grande como colaboradores no como súbditos, tendencia que se ha robustecido con la guerra mundial, aunque todavía no ha tenido todas las realizaciones que de ella se esperan.

El «slogan» de «*Defensa de la Democracia*» ha sido considerado como una tarea conjunta en pro de un sistema de gobierno homogéneo, que no existe en todas las repúblicas del continente, lo cual constituye su principal debilidad; y se ha traducido en actos, como la ocupación de Islandia, de la Guayana holandesa, etc. (mayo de 1942), que indican un absoluto cambio doctrinal y práctico en la política de Estados Unidos frente a Europa.

Con ocasión de la nacionalización del petróleo mexicano y boliviano, el Gobierno ha tratado de mantenerse en un plano de prescindencia oficial (doctrina Drago), a diferencia

de la actitud observada por los regímenes de Wilson, Harding, Coolidge y Hoover.

Lo que de permanente haya en esta política de «Buena Vecindad», lo dirá el porvenir. El mundo vive en momento de crisis tal que los vaticinios más aparentemente seguros carecen de solidez.

En fin el 8 de diciembre de 1941, al ser atacadas sorpresivamente por los japoneses las bases de Pearl Harbor, Manila, Guam, etc., Estados Unidos declaró la guerra al Japón, a Italia y Alemania, hecho que ha modificado la vida interior del país y robustecido la cooperación en el resto del continente.

Durante todo el año de 1944, a pesar de la guerra, la política de los Estados Unidos ha estado polarizada por la discusión acerca del problema presidencial. Los republicanos, después de una activa campaña se pusieron de acuerdo en designar como candidato a Tom Dewey, gobernador del Estado de Nueva York. Previamente había sido eliminado, en la convención republicana de Wisconsin, el ex candidato Wendell Wilkie, quien sin duda, ostentaba una filiación netamente liberal. Los demócratas, a su turno, escogieron, en la convención de Chicago, a Franklin Délano Roosevelt, como candidato, pero cambiaron al vicepresidente Henry A. Wallace, por el señor Truman.

Las elecciones llevadas a cabo el 2 de noviembre de 1944 han dado como fruto el triunfo del candidato demócrata quien ha roto todos los precedentes históricos de los Estados Unidos, al prolongar su mandato por un cuarto término, lo que le da una hegemonía visible, desde 1932 hasta 1948.

La plataforma del señor Dewey consistió en la rebaja de impuestos, civilidad del país, ataque a la burocracia, al New Deal, sólida alianza con la Gran Bretaña y repudio al comunismo. La del señor Roosevelt en ganar la guerra, afianzar la posición internacional de los Estados Unidos, planificar la paz, adecuar los impuestos a las necesidades del país, unidad con Rusia, Gran Bretaña, China y Francia, permanencia de la política de Buena Vecindad.

Los Estados Unidos que, durante la Secretaría de Estado de Mr. Cordell Hull, fueron implacables en su censura contra la Argentina, han cambiado su personal y organización en lo tocante a la política extranjera, desde diciembre de 1944, en que reemplazaron al señor Hull por el señor Eduardo Stettinius.

En general, todas las actividades norteamericanas están ahora dirigidas a ganar la guerra.



PUERTO RICO: SU PUGNA POR  
LA INDEPENDENCIA675.—*España pierde su dominio.*

En 1899, el Tratado de París resolvió, junto con la emancipación de Cuba, el traspaso de Puerto Rico, Filipinas y la isla Guam al poder de los Estados Unidos.

Desde mucho antes, Puerto Rico, según hemos visto en los capítulos dedicados a Cuba, trabajó intensamente por obtener no sólo su separación de España, sino su autonomía definitiva. Las Juntas Revolucionarias de emigrados, que residían y trabajaban en Estados Unidos, consideraron siempre el problema como un todo indisoluble. *José Martí* fué un incansable promotor de la libertad para ambas islas. *Eugenio María Hostos*, el insigne puertorriqueño (1839-1903) ambuló por el continente, predicando, como Martí para su Cuba, la necesidad de integrar el mundo republicano de América con aquel olvidado florón, primer núcleo — con Santo Domingo — de la civilización occidental en América.

Cuando la guerra de los diez años (1868-1878), cubanos y puertorriqueños acariciaron los mismos ideales. La campaña de 1895 hizo pensar que sería posible obtener el viejo sueño. No fué así. La ayuda de McKinley, sometida a los principios del «Destino Manifiesto», aceptó la libertad de Cuba, tamizada por la Enmienda Platt, pero no la de Puerto Rico, cuya posición estratégica y cuya pequeña superficie la hacían más codiciable y más fácil de dominar.

676.—*El nacionalismo puertorriqueño.*

En estas circunstancias, como es lógico, hay muchos puertorriqueños, cuya cultura tiene raíces profundamente indohispanas, que han seguido enarbolando su ideal autonomista, haciendo presentaciones al gobierno de los Estados Unidos, al par que invocando la solidaridad continental.

No obstante esto, y a pesar del cambio operado en Estados Unidos bajo la política del «Buen Vecino», la situación de la isla no ha variado sustancialmente, en cuanto a su definitiva autonomía, aunque sí en lo que se refiere a una cre-

ciente importancia del elemento criollo. El Gobernador nombrado cada cuatro años por el Presidente de los Estados Unidos, con acuerdo del Senado, ejerce sobre ella una autoridad absoluta. Aunque Puerto Rico cuente con una Cámara de Diputados y un Senado, basta observar que mientras los *Directores* de los departamentos de Hacienda, Interior, Comercio, Trabajo e Higiene son nombrados por dichas Cámaras, los de Justicia e Instrucción lo son por Washington.

En vista de la resistencia opuesta a la penetración norteamericana (las Cámaras solicitaron ya la autonomía en 1917) por el tenaz nacionalismo puertorriqueño, a cuya cabeza se hallaba *Pedro Albizú Campos*, la administración federal resolvió procesar a éste y a varios dirigentes del movimiento autonomista, entre ellos al insigne y joven poeta *J. Antonio Correljer*, y, después de sentenciarlos a varios años de prisión por «atentar contra las autoridades constituidas», los condujo a la prisión de Atlanta, en Estados Unidos.

Es posible que, desde el punto de vista de la política norteamericana, se justifique esta actitud. Desde el punto de vista de los demás países del continente, y, sobre todo, desde el punto de vista humano, la prisión de Albizú Campos es absolutamente impopular en América Latina.

Aunque no sea una comprobación rigurosamente histórica, puesto que trasciende al campo de los anhelos, hemos de insertar aquí nuestro voto — que traduce el de muchedumbre de indoamericanos — para que a corto plazo la solidaridad continental cuente con un nuevo camarada libre, la República de Puerto Rico, lo cual se ve alentado en medio de la segunda guerra, con la proposición de que los puertorriqueños sean quienes elijan a su propio gobernador (julio 1942). La figura del líder *Muñoz Rivera* atrae cada vez la atención de los EE. UU. y de los propios puertorriqueños.

## MEXICO: LA REVOLUCION MEXICANA

### 677.—*La dictadura porfiriana.*

México inició el siglo XX bajo el todavía prolongado gobierno del general Porfirio Díaz. El ya anciano ex colaborador de Benito Juárez ejercía sobre el país una tutela absoluta y férrea, con el significativo y capcioso lema de

«Paz, Orden y Progreso». En el campo político, su voluntad — y la de sus allegados, que formaron en torno suyo, una especie de corte — primaba sobre todo. En el económico la incipiente industrialización del Estado se verificaba bajo la absorbente influencia del capital extranjero. En el intelectual, se instaló un grupo de rectores de las letras y las ciencias orientados hacia el positivismo, a quienes se denominó «los científicos». Porfirio Díaz profesaba la idea de que lo importante en un país es incrementar su desenvolvimiento material, aun a costa del moral, y con dicho objeto hizo más severa su política represiva, acalló protestas, impuso un patrón único y abrió los brazos, en cambio, a las empresas norteamericanas e inglesas, que se adueñaron prácticamente de la riqueza nacional.

Es menester notar, sin embargo, como información útil, que en 1910 el maíz, base de la alimentación nacional, costaba 3 pesos 50 el hectólitro, mientras el obrero no ganaba sino entre 30 y 37 centavos al día, o sea el equivalente a 8 litros y medio de maíz.

Durante veintiocho años soportó México aquel sistema. No podría decirse que faltaron hombres eminentes al lado de Díaz, ni que no fomentó la cultura, desde su ángulo. Gabino Barreda y Justo Sierra realizaron una tarea importante en la Escuela Nacional Preparatoria y la Universidad.

El sistema político de Díaz se basó en un ataque sistemático a los principios de la Constitución del 57, en ser el reverso del Plan de Ayutla. Díaz hizo de la reelección su vehículo de mando, y del antifederalismo su excusa para combatir a los caudillos locales. Dueño de un fuerte ejército, impuso su voluntad en todo el país.

En 1904, merced a empréstitos que le concedían los norteamericanos con largueza (desde 1890 controlaban las ricas posesiones argentíferas de San Luis de Potosí) le fué posible mostrar apariencias de solidez y brillo. Surgía entonces una nueva fuente de poderío: el petróleo. Los capitalistas yanquis, conocedores de la importancia de aquel combustible, iniciada ya la competencia entre las industrias inglesa y norteamericana, se abalanzaron sobre el petróleo mexicano. El oro que, en 1891, se producía por un valor de 3 millones de pesos, llegaba a 50 millones en 1900; sin embargo, en 1910, la depresión paralizó el trabajo de muchas minas y desempleó a muchos obreros. Planteada una cuestión de competencia sobre quién era el propietario del subsuelo, Díaz la resolvió en favor de los propietarios del suelo, es decir, de la superficie, en forma que el que compraba un

área era dueño tanto de los aires, como se dice en las viejas fórmulas jurídicas, como del subsuelo, tesis contraria a la que hoy predomina en las Constituciones modernas.

En 1910, en vísperas de su caída, al celebrar el centenario de la independencia mexicana, Porfirio Díaz asistió a su propia apoteosis. Celebró una entrevista con el Presidente de los Estados Unidos, para finiquitar asuntos políticos y económicos. La generación del centenario, de las más importantes de la historia mexicana, aunque en parte descontenta del régimen, contribuyó a darle realce en aquella efemérides. Sin embargo, bruscamente Porfirio Díaz pasó de la grandeza a la decadencia, pero cuando la revolución — la bola — lo derribó no fué para victimarlo como ocurrió con los dictadores de otros países americanos, sino para enviarlo al extranjero, en donde terminó sus días, anciano y en paz, como Juan Manuel de Rosas.

678. — *La revolución mexicana: primera etapa.*

Sin duda, la revolución mexicana es uno de los acontecimientos más importantes del siglo XX. Si esa revolución hubiera tenido un plan concreto previo, habría sido más importante que la rusa y tanto como la francesa, pues habría servido de pauta para la liberación de muchos millones de individuos que, en el resto de América, se hallaban en semejante estado al de México. Pero, primero fué la acción y, después vino la ideología. Primero, el rechazo a la reelegibilidad, a la falta de libertad, al exceso de entreguismo al capital imperialista, a la opresión del indio, al centralismo porfirista. Sólo al cabo de años de incesante derramamiento de sangre, pudo constituirse el núcleo de una doctrina compacta y constructiva.

La revolución fermentada desde años atrás en las provincias, estalló en la forma de múltiples motines el 20 de noviembre de 1910. Díaz se había opuesto y obligado a viajar a Europa al vicepresidente, general *Bernardo Reyes*, y había desterrado al candidato de oposición el rico ranchero Francisco J. Madero, después de lo cual se impuso en las elecciones de julio de 1910, teniendo como vicepresidente al doctor *Ramos Corral*. Díaz cuyo poder estaba socavado ya por los movimientos precursores de Camilo Arriaga, Enrique y Ricardo Flórez Magón y Juan Sarabia, comprendió que tendría que ceder. Dimitió en mayo de 1911 y se embarcó a Europa, dejando temporalmente, al Ministro de RR.



EE. *Francisco León de la Barra*. Pero el verdadero jefe del movimiento era don *Francisco I. Madero*, apóstol civil en torno de quien se había reunido la inquietud liberal: fué elegido presidente en seguida.

Madero era la antítesis de Díaz y la contrapartida del caudillismo y el militarismo imperantes. Trató de gobernar desde 1911 hasta 1913, en que murió asesinado — porque su fusilamiento no fué sino un asesinato — por el general *Victoriano Huerta*, que le traicionó.

Madero quiso virar radicalmente el rumbo de la vida mexicana, restaurando la constitución de 1857, el sufragio popular, la no reelectibilidad, etc. Pero, estas reformas meramente políticas no bastaban. La masa sublevada, hambreada, inquieta, pedía más por boca de sus principales caudillos: *Cabrera, Emiliano Zapata, Molina Enríquez, Vásquez Gómez*. México quería un cambio de régimen, de estructura. Mientras la tierra permaneciera en poder de unos cuantos latifundistas, nunca habría justicia ni paz. Zapata, en el *Plan de Ayala*, había dado aliento a la idea del *reparto de la propiedad agraria*. Madero le prestó asentimiento. Con ello, el levantamiento adquiría tinte y rumbo social: se hacía *revolución*.

Contra Madero se coaligaron, por eso, los conservadores los latifundistas, el clero y, también, los extremistas. La oposición se organizó a raíz del levantamiento militar encabezado por los generales *Bernardo Reyes* y *Félix Díaz*, sobrino de don *Porfirio*. Reyes fué asesinado. Aprovechándose de aquella caótica situación, levantó pendón levantisco el ministro de Guerra de Madero, el general *Victoriano Huerta*. Traidor a sus jefes, no vaciló en hacerlos asesinar: a *Madero*, el mártir, y al vicepresidente *Pino Suárez* (1913). Huerta retrotrajo la vida mexicana al año 40, tanto por sus crueldades y primitivismo, como por el caudillismo insu-miso que despertó su felonía y por su entrega al capital inglés. Estados Unidos se negó a reconocer su régimen. El 15 de julio de 1914, Huerta se vió obligado a dimitir a raíz del conflicto que se le planteó en Veracruz con los norteamericanos.

679.—*Segunda etapa de la revolución.*

La vida de México se hizo dura, agresiva, peligrosa. Se levantó en el norte *Doroteo Arango* (que hizo célebre el sobrenombre de *Pancho Villa*) (Sept. 1914), y enarboló su

pendón agrarista, con más tesón que nunca, *Emiliano Zapata*, victimado en una emboscada en 1919. Pero, el grueso de las fuerzas reformistas se congregó en torno al general *Venustiano Carranza*, designado jefe de ellas en la *Convención de Teoloyucán* (1914). Uno de los primeros actos del nuevo caudillo fué decretar el licenciamiento del ejército, en el que perduraban excesivos elementos porfiristas y que se había manchado con la traición de Huerta. Fué una medida de una repercusión enorme.

Por ese mismo tiempo, había estallado la guerra europea, y no hacía mucho se había abierto el Canal de Panamá, todo lo cual repercutió intensamente en el organismo político y económico de América y, por tanto, de México. El papel de los Estados Unidos del Norte se definía más hegemónico que hasta entonces. Ya en Veracruz, ese mismo año de 1914, se había tenido la evidencia de los designios imperiales del demócrata Woodrow Wilson. Para contrarrestarlo se requería unidad. Después de activas gestiones del «A. B. C.», urgidas por W. Wilson desde mediados de 1915, Carranza fué reconocido internacionalmente (Octubre). Carranza obtuvo la unidad sometiéndose al procedimiento eleccionario y enarbolando la bandera *nacionalista*. Si, como se ha dicho, contó, contra Huerta, con algún apoyo de financistas norteamericanos, una vez llegado al poder se rebeló contra toda tutela, como se demuestra con la *Constitución* de 1917, uno de cuyos artículos, el famoso 27, rescató para el Estado la propiedad inalienable del subsuelo mexicano, vale decir, la propiedad de los yacimientos petrolíferos.

Además, acogió los reclamos de los agrarios zapatistas, contra el latifundio.

En suma, la riqueza del suelo y el subsuelo descansaba sobre el principio de una soberanía intangible e irrenunciable. Alarmado por ello, y bajo diversos pretextos, el Presidente Wilson mandó un destacamento punitivo sobre el norte de México, a órdenes del general Pershing. Los mexicanos —singularmente las huestes de *Pancho Villa*, que habían atacado Columbes, en New México, (9 de mayo 1916) se resistieron tan eficazmente que Pershing no pudo adelantar en sus propósitos. Además, en esos instantes Estados Unidos ingresaba a la guerra mundial. Hubo de enmendar rumbos y aceptar de hecho la actitud de México.

Durante el período de Carranza se inició otra etapa importantísima que define a la revolución mexicana: el reconocimiento de los *derechos que los trabajadores tienen a sindicarse y defenderse* (artículo 123). Para atacar al lati-

fundista, favoreció la pequeña propiedad y también la comunitaria. En cuanto a la religión, se afirmó en ese tiempo la *separación de la iglesia y el Estado*. Y, en fin, se trató de favorecer la *emancipación de la mujer*. Tales postulados, característicos de la Constitución de 1917, dieron al Estado mexicano una fisonomía especial, y, sin duda, nacionalista.

Como nunca deja de ocurrir, sobrevino un trágico incidente. La sangre irrumpió de nuevo en la política mexicana. Quiso Carranza imponer como Presidente a Ignacio Bonillas pero Alvaro Obregón se levantó en Sonora (abril de 1920). Carranza fué asesinado en Veracruz el 21 de Mayo.

La bandera de la revolución mexicana, ahora más firmemente sostenida, fué a parar a manos del general *Alvaro Obregón*, cuya actuación en la guerra civil había sido destacada.

#### 680.—*Obregón y Calles.*

Obregón completó su período (1920-1924). Consciente de que la salvación de México residía en la *unidad continental*, excluyendo a los Estados Unidos, que entonces representaban un peligro inminente por su crecimiento vertiginoso y su política imperialista, propició el reconocimiento de la *ciudadanía continental* y se preocupó, en forma preferente, del problema del *petróleo*, que atraía la codicia de las compañías angloamericanas. Además, trató de infundir a la política agraria un rumbo propio, liberándola de su papel de satélite dependiente de la minería, como hasta entonces había ocurrido. Rechazó las propuestas del secretario de Estado Hughes, contra la aplicación del artículo 27 de la Constitución, por lo cual fué reconocido hasta 1923.

Sin duda el de Alvaro Obregón fué un gobierno revolucionario (en el sentido consultivo de la palabra) y nacionalista.

La educación recibió entonces notable aliento, y se orientó en un sentido continental e indígena. Entre 1921 y 1925, México fué el emporio pedagógico de América.

Después de un conato tremendo, revoltoso, de Adolfo de la Huerta (1923) sucedió a Obregón, Plutarco Elías Calles, ex maestro y general. Pertenece al mismo grupo de su predecesor. Durante su gobierno (1924-1928) se agravó el conflicto religioso, y surgieron las numerosas partidas de «cristeros», que provocaron en el territorio constante zozobra. A la sombra de dicha pendencia, amenguó el ritmo de la política educativa y agraria de la Revolución. Ocurrieron

motines militares, entre ellos el de 1927. Entonces lanzó Obregón su candidatura para una segunda presidencia, contrariando el sentido de la constitución mexicana que prohíbe la reelección de por vida. Se hallaba en un banquete cuando el fanático católico *León Toral* le asesinó a mansalva y a quemarropa.

La muerte de Obregón fué un rudo golpe para la revolución mexicana. Aunque ya existía el *Partido Nacional Revolucionario*, es decir, un organismo responsable de la marcha del movimiento renovador del país, la ausencia del caudillo significó un brusco acentuamiento de la política anticlerical, y, en cambio, una evidente atenuación en la agraria.

Las presidencias de *Emilio Portes Gil* y *Pascual Ortíz Rubio* (éste renunció en 1932) significaron nada más que apariencias de la auténtica hegemonía de Calles, cuyas huestes lograron vencer en las elecciones presidenciales al licenciado *José Vasconcelos*, que dirigiera parte de la campaña educativa de Obregón.

Finalmente, tras un breve gobierno del general *Abelardo Rodríguez*, ocupó la jefatura del Estado por elección, el general *Lázaro Cárdenas*. Con él se inicia un período constructivo de la revolución mexicana.

681. — *Lázaro Cárdenas*. —  
*La nacionalización del petróleo.*

Cárdenas, mestizo, de indudable abolengo indígena, se libertó de la influencia de Calles, y ha sido un gobierno popular, dinámico, independiente, que ha sabido afrontar victoriosamente los graves conflictos que azotaron al mundo desde 1935. Las masas perfeccionaron su organización de los *sindicatos*, al amparo del gobierno. Se logró mantener el ritmo constitucional, no obstante los vendavales desatados por los sucesos de Etiopía, España y comienzos de la guerra mundial. Mantuvo su adhesión a la democracia, equidistante de los ismos. Reivindicó la propiedad del Estado sobre las fuentes petroleras, desalojando a las compañías imperialistas, que se negaban a acatar los fallos de la ley de la República (1937-1938) que las expropiaba en beneficio del Estado, y dando así cumplimiento a lo prescrito al respecto por la Constitución de 1917. Dentro del *plan sexenal* que elaboró para su gobierno, incrementó hasta donde le fué posible el reparto de la propiedad del campo y armó a los «agrarios» para defender sus «ejidos». Cárdenas



terminó su período en paz, después de entregar a cerca de 2 millones de padres de familia 70 millones de acres.

En 1940 lo ha reemplazado el general *Manuel Avila Camacho*, después de un reñido proceso electoral. Durante los primeros meses de este gobierno se han acentuado las buenas relaciones oficiales entre los gobiernos de México y Estados Unidos de Norteamérica, especialmente en conexión con la política de «buena vecindad» y de «defensa continental». En julio de 1942, México declaró la guerra a los países del Eje a consecuencia de que varios barcos petroleros mexicanos fueron hundidos por submarinos nazis. En 1943, ha restablecido sus relaciones diplomáticas y consulares con Rusia.

## HAITI: BAJO EL «DESTINO MANIFIESTO»

682.—*Progreso democrático.*

No obstante que, desde 1858, la victoria del general *Geffrand* sobre el pintoresco y dramático *Soulouque* abrió una nueva etapa en la vida de Haití, no por eso se libró de la anarquía militar, que como una ola volvió a extenderse sobre el país en los treinta años que median entre el final del gobierno de *Geffrand* y la ascensión presidencial del patriota y organizador *Simón Sam* (1896-1902).

Fué éste, en realidad, un período de resurgimiento. *Sam* tenía pasta de estadista y de patriota. En él no alentaba el viejo hervor caudillesco de los *Toussaint l'Ouverture*, sino más bien el impulso creador de los *Pétion*. *Sam* y su sucesor, *Nord Alexis* (1902-1908), dieron a su patria doce necesarios años de paz, durante los cuales zanjó Haití sus cuestiones pendientes con Santo Domingo, incrementó su producción agrícola, hizo más fuerte la estructura de su sistema impositivo y, en fin, aunque carente de la libertad de antes, pues el «Destino Manifiesto» rondaba sus puertas, pudo dar pasos positivos en el sentido de definir mejor su personalidad nacional.

Desgraciadamente, después de *Alexis*, esto es, desde 1908, de nuevo renacieron los viejos síntomas del militarismo anarquizante. Los jefes del ejército pretendían, cada cual, repetir las grotescas hazañas de *Soulouque* o, si acaso, las proezas bárbaras pero generosas de *l'Ouverture*. Mas, ha-

bían pasado los tiempos de aquel viejo libertinaje. Estados Unidos, ya dueño de la Zona del Canal de Panamá, con la atención puesta en Nicaragua, esgrimiendo la Enmienda Platt, convertido en potencia de primera fila, no esperaba sino una oportunidad para intervenir en la política haitiana como entonces lo hizo en la de Santo Domingo, Nicaragua Salvador, a despecho de la doctrina Drago y de las prédicas de Wilson, bajo cuyo gobierno, apostólico para los europeos, pero agresivo para los americanos del sur, se realizaron los más desenfadados avances del imperialismo. (1)

683.—*La ocupación y sus consecuencias.*

Ejercía la presidencia de Haití *Vilbrun Guillaume*, cuando estalló uno de tantos sangrientos motines de origen militar. Este se perfilaba con peores caracteres que los precedentes. Guillaume, ametralló al pueblo, pero viéndose vencido, fué a pedir refugio a la Legación de Francia, antigua metrópoli de Haití. No le sirvió de nada. La turba, ensordecida a todo razonamiento, ciega a toda consideración, asaltó la Legación, extrajo de ella al infeliz presidente y le dió muerte. Con ese pretexto se produjo la intervención norteamericana.

Estaba tan amañado todo, se sabía tan de memoria lo que iba a acontecer, que el mismo día de la tragedia la escuadra yanqui fondeaba frente a Port-au-Prince, en son de amenaza (junio de 1915), mientras el Presidente Wilson elucubraba su teoría del derecho de las pequeñas nacionalidades y la libre determinación de los pueblos.

La intervención yanqui en Haití asumió de inmediato precisamente los caracteres vituperados por la doctrina Drago: extorsión financiera. Porque no era la paz lo que más se buscaba, sino el control de las aduanas, entregadas a técnicos de Estados Unidos, que dedicaron grandes rentas a pagar los gastos de la ocupación. El acuerdo que se celebró por septiembre de 1916, poco antes de que Estados Unidos enviara sus ejércitos a Francia, colocaba al país, sin duda

---

(1) Los presidentes de este interregno fueron Antoine Simon (1908-11), que negoció con el secretario de los Estados Unidos, Knox, la entrega de una estación carbonífera; Cincinato Leconte (1911), que negoció con los alemanes; Tancredo Augusto, que derribó a Leconte (1913); Michael Oreste (1914,) que negoció con el Presidente W. Wilson; Oreste Zamor, que depuso al anterior en febrero de 1914; Davilmar Theodore (1914), dictador y Vilbrun Guillaume Saw (1914-15).

alguna, bajo un virtual protectorado yanqui, encubriendo la maniobra el presidente títere Indre Dartignave (*puppet* lo llama el historiador norteamericano Fred T. Rippy).

Haití había recibido en 1912 un empréstito oneroso, colocado en las peores condiciones imaginables, parecido a los que obtuvo Bolivia de los banqueros norteamericanos en ese período tan poco feliz para las relaciones de ambas Américas. La Casa Blanca estableció que las rentas aduaneras haitianas debían garantizar el pago de dicho préstamo y sus intereses, a lo que también convergían los ingresos internos de la nación.

Cesó la guerra de Europa, se firmó la paz de Versalles, se proclamaron en alta voz los principios wilsonianos, pero la situación haitiana seguía exactamente igual, bajo la intervención norteamericana, sobre todo después de los sangrientos sucesos de 1918.

Para evitar nuevas fricciones entre sus «virtuales protectorados», Estados Unidos intervino para que en 1929 (enero) se firmara un acuerdo fronterizo entre Haití y Santo Domingo, también ocupado.

A fin de asegurarse su dominio bajo fórmulas legales, se estableció a un presidente pro-yanqui, el presidente *Borno*, (1922-26 y 1926-30) con quien lograron grandes facilidades los invasores.

#### 684.—*Hacia la liberación del país.*

En 1929, ya sabemos que Estados Unidos entró en una etapa de franca crisis. El Presidente Hoover recibió un país en situación grave. Por mucho que los dos imperios — el inglés y el norteamericano — pasaran sus banderas y lucieran a sus más clásicos exponentes (el Presidente Hoover y el entonces Príncipe de Gales, después Eduardo VIII) por los países de América del Sur, se advertía claramente que los nuevos hechos económicos y sociales estaban provocando una crisis más honda aun que la visible. En agosto de 1931, las condiciones de la ocupación de Haití se relajaron sensiblemente. Había sido electo por la Asamblea Nacional, Presidente de Haití, (noviembre 19 de 1930) el patriota *Stenio Vincent*, quien ha gobernado hasta 1941.

En agosto de 1932, las facilidades convenidas un año antes, se transformaban en una nueva Carta Constitucional para la República.

Doce meses más tarde, en agosto del 33, ya con el «New Deal» *ad portas*, las fuerzas de ocupación abandona-

ron definitivamente el suelo haitiano, y la intervención terminó totalmente. Haití había vuelto a ser libre.

En 1941, no obstante de que se le instó mucho a «reelegirse», Stenio Vincent abandonó el gobierno a su sucesor *Elie Lescot*.

## SANTO DOMINGO: TAMBIEN EL «DESTINO MANIFIESTO»

685t—*Progreso, autocracia y anarquía.*

Durante el dilatado gobierno del general *Ulises Heureux* (1877-1900), Santo Domingo, libre ya de la pesadilla de la invasión haitiana, pudo desarrollar ampliamente sus riquezas. Distinta a su vecino, con un profundo arraigo étnico indohispano, a diferencia del tono afrogalo de Haití, Santo Domingo, decimos, se consagró a cimentar algunas instituciones y, sobre todo, su organización hacendaria. Heureux profesaba la máxima de casi todos los dictadores: «orden, paz y trabajo». La forma como se debía conseguir todo eso constituía lo menos importante de la cuestión; lo más necesario era lograrlo, aunque otros valores pudieran ser arrastrados en la carrera en pos de aquel logro. Naturalmente, los capitales yanquis acudieron a refrendar los deseos de Heureux, invirtiéndose largamente en la isla, comprendida dentro de los linderos del «Destino Manifiesto». Pero, todo régimen excesivamente personal, aunque pretenda imponer el orden, conspira en realidad contra su objetivo, puesto que con él fermentan la anarquía y el desorden futuros, y así ocurrió con el gobierno de Heureux. Además, habituó a los inversionistas norteamericanos a no detenerse ante nada, y eso explica por qué, cuando el Presidente *Alejandro Wos y Gil* (1903) pretendió resistir a las excesivas demandas de los capitalistas extranjeros, éstos consiguieron que un nativo los apoyara, en la persona del general *Morales*, quien venció al Presidente y se encaramó a la jefatura del Estado en 1904.

Los períodos de los presidentes *Cáceres* (1908) asesinado en 1911 y *Eladio Victoria* (1912) se desarrollaron en parecidas circunstancias.

Los EE. UU. apoyaron a un sobrino del último para



derribar al gobierno, pero hubo de entregarse el mando al *Arzobispo Monseñor Alfredo Noel* (Dic. 1912). A pesar de la insistencia de Woodrow Wilson, el Arzobispo renunció en marzo de 1913. Como Presidente provisorio ocupó el gobierno *José Borda y Valdez* (1913) a quien desalojó la presión norteamericana, la cual supervigiló las elecciones de 1914 (provisorato de *Ramón Báez*) que ungieron a *Juan Isidro Jiménez* (Dic. 1914). Por fin en 1916, coincidiendo con los sucesos de Haití y siempre bajo la égida de Wilson, se produjo la invasión.

#### 686.—*La ocupación yanqui.*

Gobernaba la República el Presidente *Jiménez*, hombre probo, poco afecto a la intolerable intromisión de los prestamistas yanquis en los negocios dominicanos, cuando surgió un conflicto entre el Presidente y su Ministro de Guerra, hombre a quien dominaban los capitalistas (1916). De inmediato, éstos presionaron a los poderes públicos y al pueblo para que se aceptase la renuncia que arrancaron a Jiménez. Actuaba, como prisionero del «Destino Manifiesto», *Adam Russel*, interventor norteamericano.

Para realizar las cosas en forma menos drástica que en Haití, puesto que Santo Domingo pertenecía más que aqué! a la comunidad hispanoparlante de las naciones de la antigua América española, se apeló a un recurso: dejar que los dominicanos designasen como Presidente provisorio a un ciudadano de intachables antecedentes, y él fué don *Federico Henríquez y Carvajal*, amigo y confidente de José Martí, el libertador de Cuba, y de Eugenio María Hostos, el infatigable vocero de la emancipación puertorriqueña.

Fué un golpe mal calculado. Henríquez y Carvajal era opuesto a la ingerencia abusiva de Russel, y amaba la libertad de su patria y su dignidad nacional con acendradísimos sentimientos. Se negó a aceptar la presión yanqui y la entrega de las aduanas. Como de costumbre, se optó por eliminar al presidente, y Estados Unidos intervino directamente gobernando el país bajo el Navy Department (1916-22) y luego bajo presidentes ad hoc.

#### 687.—*Retiro de las fuerzas ocupantes. — Dictadura de Trujillo.*

Los esfuerzos del Presidente *Horacio Vásquez* (1924-30) y, sobre todo, la insobornable resistencia del pueblo domi-

nicano, así como el malestar en el propio pueblo estadounidense, consiguieron, al fin, que las tropas de ocupación fuesen retiradas. Vásquez había realizado una obra de formidable valor para su patria. Pero, como suele ocurrir en todo político triunfante en nuestros países, quiso prolongarse, y, eso determinó su caída. No eran ya tiempos de prórrogas, y me nos aun en aquel año 30 que significaría en todo el continente la cancelación de los reelegidos o prorrogados regímenes dictatoriales robustecidos al amparo del «boom», so cavados no bien se presentó la crisis.

Como líder del antirreeleccionismo surgió el general *Rafael Leonidas Trujillo*, quien en seguida que capturó el poder lo halló a su medida, y quien, aunque durante los primeros tiempos de su gobierno pareció que iría a realizar una obra de auténtico nacionalismo, luego, a pesar de que no aceptó coacciones del ejército de ocupación, ha otorgado nuevas ventajas a las compañías extranjeras y ha ofrecido el paradójico espectáculo de su adhesión a la República española, durante la guerra en la Península (1936-1939), al par que una tenaz y cruenta persecución a todo elemento izquierdista de su propio país. Pero estas paradojas tapizan nuestra historia.

El general Trujillo dejó de ser Presidente por un tiempo, pero controlando el Gobierno como Jefe del Ejército. En 1942, la República Dominicana en guerra contra el Eje, Trujillo ha ocupado de nuevo el Poder.

## CUBA, HACIA LA AUTONOMIA VERDADERA

### 688.—*La intervención norteamericana.*

Después del Tratado de París que consolidó la paz entre España y Estados Unidos (1899), la isla de Cuba quedó militarmente controlada, bajo la intervención norteamericana. Puerto Rico y Filipinas pasaron, lisa y llanamente, al poder del vencedor, con la expectativa de obtener su libertad algún día. Cuba había perdido en el transcurso de la guerra sus mejores generales y directores políticos. Uno de los últimos que sobrevivía a la dilatada contienda, el bravo Calixto García, murió por aquel tiempo en Washington. Entretanto, el *General Brooke*, gobernador yanqui de la Isla, rodeado por un Gabinete de cubanos dirigía los asun-

tos isleños, con bastante moderación. El *General Leonard Wood*, que lo sucedió en 1899, fué, en cambio, autoritario y tuvo mayores intervenciones políticas que su predecesor, al punto de confeccionar y dictar un estatuto electoral, a fin que por él se rigieran las futuras actividades políticas de Cuba. El país atravesaba una etapa laboriosa y contradictoria, como la de toda incipiente República. De acuerdo con la ley electoral de Wood se convocó a elecciones para una Convención Constituyente a fines de 1900, la que hizo, a principios de 1901, la primera Constitución de la nación. A fin de no perder la autoridad «legal» sobre la nueva República, los Estados Unidos aprobaron entonces, a instancia de Elihu Root, la llamada «Enmienda Platt», que les concedía cierta autoridad sobre el territorio en determinados casos, amén de su tuición sobre los puntos estratégicos de Bahía de Guantánamo e Isla de Pinos. Puesta en vigencia la famosa Enmienda, que tanto obstaculizó un entendimiento leal entre las dos Américas, en mayo de 1902 se retiró el interventor norteamericano. La flamante *República de Cuba*, tuvo como presidente, en esta etapa de más franca autonomía, a don *Tomás Estrada Palma*, el veterano conductor político de años anteriores.

689.—*Primeros años  
de la República.*

Estrada Palma, que pertenecía al Partido moderado, adverso al liberal, empezó por contratar con Estados Unidos un empréstito de 35 millones de dólares, y acabó por pretender reelegirse, al terminar su período en 1906. Grave error, por cuanto cualquier disturbio en la Isla ocasionaría, de acuerdo con la Enmienda Platt, una intervención armada yanqui. En efecto, ante la pretensión reeleccionista, los liberales se levantaron en armas en agosto del 6, ante lo cual el gobierno de Teodoro Roosevelt, ex jefe de los *rough riders* que actuaron en Cuba contra España, envió como comisionado especial al senador Taft, y, luego, como interventor, a *Charles Magoon*. Los patriotas cubanos sintieron en carne viva lo sucedido.

La intervención norteamericana duró hasta enero de 1908. Se restableció entonces la república, eligiéndose presidente de ella a don *José Miguel Gómez*, liberal. Durante este período, las relaciones con los Estados Unidos fueron sumamente cautas, pero, en la vida interior, el gobierno tuvo que sofocar la revolución de Oriente y al rebelión de negros

que encabezaron los famosos y populares caudillos de esa raza, Estenoz e Ivonet (1912).

A los catorce años de la independencia, surgía un conflicto racial entre los hermanos de sangre de Maceo y los hermanos de sangre de Martí. No volvería a ocurrir, al menos en gran escala.

En 1912, las elecciones ungieron presidente al general *Mario Menocal*, quien llevó como primer vicepresidente al anciano y prestigioso pensador y patriota *Enrique José Varona* (1839-1933). Varona había publicado ya, desde 1907, un medular estudio sobre la influencia del imperialismo en la vida social de Cuba y, en general, de América; es decir, que era un cubano clarividente, conocedor del drama esencial de sus compatriotas.

Desgraciadamente, Menocal, que se desempeñó con acierto durante su período, se hizo reelegir en 1916 — Varona llamaba a ambos períodos, para diferenciarlos: el legal y el legalizado —. Esta segunda etapa fué distinta a la primera. Menocal incurrió en serios errores económicos y en autoritarismo político. Además, surgió por aquel entonces la guerra europea del 14. La crisis hincó su diente en la economía cubana. La revolución, producida por el descontento a causa de la prórroga, turbó la vida del país. Si no es por eso, acaso Menocal habría intentado seguir en el mando. Pero, al terminar su segunda etapa, lo reemplazó el licenciado *Alfredo Zayas* (1920-1924).

Con Zayas, la crisis se agudizó, no sólo por efecto de imprevisora política, sino porque, a raíz de la paz de Versalles, los conflictos sociales y la crisis económica contribuyeron a agudizar lo que ya se había iniciado en tiempo de Menocal: la desocupación en los campos azucareros y la ruinoso competencia con otras zonas de producción del trópico, dependientes más directamente de los Estados Unidos, consumidor casi único de la producción cubana. Zayas obtuvo un empréstito de 50 millones de dólares y, en el orden político, el reconocimiento de la nacionalidad cubana de la isla de Pinos, por parte de Washington, pero el país entró a una época financieramente dura, con su secuela inevitable de dramáticas consecuencias.

#### 690.—*La dictadura.*

En 1924, en medio de considerable entusiasmo, fué electo el general *Gerardo Machado*, perteneciente al partido liberal. Los opositores a Zayas eran muy numerosos, y



Machado se perfilaba como un gobernante nacional, comprensivo y emprendedor. Coincidiendo con las máximas propias de los regímenes de Rosas y Díaz (en Argentina y México, respectivamente), erigió para su sistema el de «agua, caminos y escuelas». Es de notar que la palabra «orden» no figuraba en la tríada, pero trató de imponerlo en demasía y con excesiva dureza. No tanto en los primeros años. Pero, a partir de 1927, se hizo evidente su voluntad de prorrogarse y por cualquier medio. Fué entonces cuando los estudiantes y los escritores (éstos formando el grupo «minorista») ingresaron a la política. No obstante, Machado se prorrogó por seis años en 1928. Su programa de vastas obras públicas no bastaba para ocultar su absoluta adhesión a la política imperial de Coolidge y Hoover (hecho palpable en la VI Conferencia Panamericana, celebrada en La Habana el año 28), ni su autoritarismo incontrolado. Sí, por una parte, mediante la apertura de numerosos caminos, la fastuosa erección del Capitolio, etc., dió trabajo a muchos obreros, por otra parte, la actuación de la «porra», o sea la cruel policía con que perseguía a sus enemigos (anticipo de la Gestapo), la forma violenta como atacara a los estudiantes y opositores, revistieron a este segundo gobierno de un carácter trágico. En 1930 se produjo, a causa de la exasperación propia de tal crisis, un atentado contra él. Además, la quiebra del 29 se dejaba ya sentir, agravada en Cuba por las enmiendas introducidas en el Senado de los Estados Unidos al sistema de comercio del azúcar. Un movimiento revolucionario, encabezado por el ex presidente Menocal y por el coronel Mendieta, fracasó ruidosamente. Los destierros y apresamientos se multiplicaron. En tales circunstancias, y ante la actividad punitiva de la «porra», por una parte, y del «A.B.C.» y otras organizaciones secretas opositoras, por la otra, el embajador norteamericano intervino como mediador. La huelga general de 1933 precipitó las cosas. El 12 de agosto, Machado entregó el gobierno al *General Herrera*, que había sido uno de sus hombres de confianza.

691.—*El reajuste.*

Días tormentosos aguardaban a Cuba a la caída de Machado, quien — igual que Rosas, Díaz y otros dictadores — escapó del país, pero, esta vez, con mayor rapidez, en aeroplano. El ejército, vigorosamente favorecido por el dic-

tador, estaba dividido notoriamente en dos sectores: la mayoría de la alta oficialidad conservaba su fidelidad a Machado, y, en cambio, la joven oficialidad y los suboficiales estaban contra él. Episodios sangrientos rubricaron todo aquello. El Congreso fué disuelto. Y el general Herrera no alcanzó a gobernar un día: lo sustituyó en el acto *Carlos Manuel de Céspedes*. Pero tampoco pudo permanecer éste en la presidencia. El 5 de septiembre de 1933 lo sucedió, sin mayor violencia, pero mediante un golpe de Estado, una Junta Revolucionaria formada por los doctores *Ramón Grau San Martín, Insani, Portela y los señores Sergio Carbó y Franc*. En el ejército surgió la figura del suboficial *Fulgencio Batista*, a quien el gobierno de *Grau San Martín* (convertido en presidente provisorio, cinco días más tarde), ascendió a coronel y le confió el mando de las tropas.

Estados Unidos, ya ingresado por el camino de una nueva política, bajo la dirección de Franklin D. Roosevelt, se limitó a su actividad diplomática y a una demostración naval. Además, se negó a reconocer el gobierno de Grau, de filiación típicamente antimperialista, popular y antcomunista, y cuyos decretos contra la usura, pro abaratamiento de las subsistencia, nacionalización de riquezas y defensa de organizaciones sindicales, coligaron contra él a los elementos reaccionarios, machadistas, comunistas y a la presión norteamericana.

Grau no pudo soportar tan vigorosa oposición. En enero de 1934, lo reemplazó el *ingeniero Hevia*, quien apenas alcanzó a prestar promesa el 17, pues, convencido de que nadie le obedecía, abandonó el gobierno al día siguiente, teniendo que encargarse de la presidencia el ministro *M. Márquez Sterling*. La misión de éste se limitó a preparar la entrega del poder al coronel *Mendieta*, pocos días más tarde. Durante el brevísimo período de éste, que, sí, fué reconocido por los Estados Unidos, la Casa Blanca declaró abolida la Enmienda Platt. Cuba empezaba a disfrutar de la *plenitud de su soberanía*.

Mendieta renunció, agobiado por las pasiones y luchas internas, el 12 de diciembre de 1935. Su sustituto, el doctor *José Barret*, organizó el proceso electoral, que ungió, en mayo del 38 al doctor *Miguel Mariano Gómez*. Pero las dificultades no cesaban. En diciembre, ocupó la jefatura del poder Ejecutivo el señor *F. Laredo Bru*, quien gobernó hasta 1940.

A partir de la caída de Grau San Martín hasta el término del mandato del señor Laredo Bru, el ejército, al man-

do del coronel Batista, tuvo el contralor de la situación. Nada de raro tuvo, por tanto, que llegado el caso, el coronel Batista, abandonando el puesto de «hombre tras el trono», se presentara a disputar al doctor Grau San Martín la presidencia, en 1940. Resultó electo. A él le ha tocado afrontar las nuevas realidades nacidas de la segunda guerra mundial y declarar la guerra al Eje en diciembre de 1941.

### *Restauración del régimen civil.*

En junio de 1944 se llevaron a cabo las elecciones generales, convocadas constitucionalmente por el Presidente, General Fulgencio Batista.

Había éste gobernado con el apoyo de una coalición de partidos, uno de los cuales, el comunista, creció mucho a su sombra, no obstante de que, al principiar su gobierno, Batista había sido tenaz adversario de dicha agrupación.

Para designar sucesor se congregaron varios núcleos, entre ellos conservadores, comunistas, «abecedarios», etc., los cuales ungieron al señor Carlos Saladrigas, reconocido como candidato oficial. Se le opuso el doctor Ramón Grau San Martín, a quien secundaban su propio partido, el Revolucionario Auténtico de Cuba, los liberales, etc.

Los comicios constituyeron una gran sorpresa para el público en general. Apesar de que todos los pronósticos favorecían al candidato oficial, se impuso en las urnas el doctor Grau.

El General Batista aceptó ésta que, en cierto modo, podía considerarse su derrota.

El gobierno del doctor Grau se inauguró el 10 de octubre de 1944. De inmediato se vió obligado a cambiar la plana mayor del ejército, de la que se sospechaba, así como de la policía, que también manifestaba algunos síntomas de descontento.

Además, el doctor Grau y sus ministros empezaron sus actividades declarando públicamente los bienes con que entraron al gobierno. La fisonomía del nuevo régimen es democrática y nacionalista.

## CENTROAMERICA: «BANANA EMPIRE»

692.—*Una visión global.*

Realmente, la historia de los últimos cincuenta años en Centroamérica justifica el título de este capítulo, tomado de un difundido libro antimperialista, editado en Nueva York: «*Banana Empire*». Toda la vida política y económica de la región durante dicho tiempo ha girado en torno a los intereses de las grandes empresas extranjeras (sobre todo inglesas y yanquis), y a los enormes campos fruteros, controlados por la «*United Fruit*» y su «flota blanca». Si las Antillas sufrieron constantes intervenciones y desembarcos durante los años 1907-1926, Centroamérica no sólo padeció igual flagelo, sino que, además, vió supeditada su vida civil a intereses foráneos, y malogradas, a menudo, sus instituciones públicas por el empeño del capitalismo imperial en utilizarlas en su exclusivo provecho.

En este sentido, tal vez la única excepción sea Costa Rica. Además, a partir de 1903, el concierto centroamericano contó con un nuevo miembro: Panamá. No era éste una presa codiciada por sus frutos, aunque nadie puede decir qué podrá hallarse mañana en las regiones de Chiriquí, sino por su posición geográfica y por constituir la más fácil vía de acceso entre los dos mares y, consecuentemente, entre las dos costas de Estados Unidos.

Resulta muy corriente deslizarse de estas observaciones concretas a generalizaciones vagarosas y declamatorias. No es aquí su lugar. Nos limitamos, por tanto, a señalar escuetamente los hechos sin darles ni extraerles más proyecciones que las por ellos mismos dibujadas.

693.—*Guatemala: una larga dictadura y una tiranía absorbente.*

El general *José Reina Barrios*, Presidente de la República, cayó asesinado en 1898, después de haber gobernado seis años. Había sido un estadista prudente, pero tenía como vicepresidente o designado a un hombre de voluntad implacable: el licenciado *Manuel Estrada Cabrera*. En realidad, más parecía éste militar que hombre de leyes, por su



ímpetu, pero, luego, ya dueño del poder, se manifestó con la peligrosa y socorrida estrategia del legalista.

Estrada Cabrera gobernó Guatemala más de veinte años: desde 1898 hasta 1920, en que le derribó una revolución. Hombre de mentalidad ágil, de carácter vigoroso, enérgico y astuto, se guió en mucho por el ejemplo inmediato que, desde México, estaba impartiendo el general Porfirio Díaz. La tesis de los regímenes dilatados, del desenvolvimiento material antes que nada, de la disciplina impuesta, de la obtención de recursos de cualquier suerte, del soporte buscado en el clero, de cierta demagogia racista para impedir el ascenso de otras inquietudes, todo ello, que Díaz puso en práctica, lo echó a circular, en Guatemala, Estrada Cabrera. Se proclamó «protector de los indios», pero sin darles participación en la propiedad de la tierra ni realizar un movimiento realmente indigenista como el que Emiliano Zapata propugnara en México. Se ocupó en difundir la instrucción pública, pero no hizo de la educación moral su principal núcleo orientador: al revés, como ocurre con toda dictadura, combatió a los orgullosos e insobornables. Desarrolló la riqueza del país, pero también la propia, y, sobre todo, no vaciló en otorgar enormes concesiones a los capitalistas extranjeros con tal de disfrutar del reflejo de aquellas inversiones. Su mentalidad era, típicamente, la de cierto tipo de abogado indoamericano, cuyo civilismo es más peligroso y marcial que el propio militarismo.

Durante su dictadura (que toleró la competencia de los alemanes por el café, así como la trabada entre Wall Street y los capitalistas ingleses) ocurrieron hechos fundamentales, tanto para la vida americana como para la del mundo. Se produjo la secesión y autonomía de Panamá; se llevaron a cabo los contratos sobre el canal de Nicaragua; se desarrolló la guerra europea, con su secuela de auge y crisis, y fué ésta la que trajo por tierra a Estrada Cabrera.

En la caída del gobernante guatemalteco hubo un episodio que atrajo la atención del mundo: actuaba al lado del dictador, como consejero, en aquellos últimos años de su gobierno, el eminente poeta peruano José Santos Chocano. Los vencedores de Estrada Cabrera acusaron al poeta de haber aconsejado al dictador cañonear la ciudad de Guatemala, y lo condenaron a muerte. Si no es por la grito universal (se mezclaron las voces del Papa, el Rey de España, el Presidente del Perú y mil personalidades más), Chocano habría sido ejecutado entonces. Las pasiones reprimidas por 22 años de régimen de hierro, se desbocaron como suele ocurrir siempre en parecidas circunstancias.

694. — *Tránsito a otra dictadura.*

El presidente *Chacón*, uno de los sustitutos de Estrada Cabrera, alcanzó a gobernar hasta 1930, en que la nueva crisis financiera hizo insostenible su régimen. Reventó en flor de anarquía la vida política guatemalteca. El provisorio de *Palma*, reemplazante de *Chacón*, fué interrumpido por el motín del general *Orellana*, a quien no quiso reconocer la Casa Blanca, lo que equivalía a desahuciarlo en sus pretensiones. En 1931, la Asamblea Nacional nombró a un tiempo tres vicepresidentes. Las elecciones populares convocadas en seguida, ungieron presidente al general *Jorge Ubico* (1931-1937 y 1937-1943).

Ubico trató de revivir una vieja tradición centroamericana: la unidad de aquella faja de tierra. En su mente afloraron propósitos procéricos. Los ideales de Morazán y de Barrios se concretaban en su voluntad, pero, al par, había en él algo de Soulouque y de Toussaint l'Ouverture: la implacable dureza del primero, tamizada por años de ejercicio republicano, y el implícito bonapartismo paramental del segundo. El general Ubico, que consiguió firmar un Tratado de Confraternidad centroamericana en junio de 1934, no se limitaba a acariciar tal idea sino que pensó en ser el jefe y protector de dicha Confraternidad «por la razón o la fuerza». Pero, mientras cree posible unir a los países de Centroamérica, no concede cuartel a los que considera sus adversarios ideológicos y políticos. Guatemala está en guerra con el Eje desde Diciembre de 1941.

#### *Derrocamiento de la dictadura militar.*

El 30 de junio de 1944, a raíz de la agitación promovida por la revolución en Salvador y los sucesos de Ecuador y Cuba, estalló una huelga general en Guatemala, promovida por estudiantes, profesionales, empleados y obreros, ante cuyo empuje, el dictador Ubico resolvió renunciar el mando, retirándose a la vida privada, pero dejando en el poder a su ex ministro, el general Ponce.

Debía dicho general presidir las elecciones populares que el país reclamaba, pero, en poco tiempo, manifestó su oposición a hacerlo, y se vieron claramente sus propósitos continuistas, en complicidad con los partidarios de Ubico. El

candidato popular, doctor Juan José Arévalo, tuvo que refugiarse en la Embajada de México, hasta que entre la última semana de octubre y la primera de noviembre de 1944 se produjeron diversos estallidos de disgusto y una vasta sublevación juvenil, que, después de sacrificar alrededor de mil vidas en el asalto de los fuertes que rodean la ciudad de Guatemala, impuso su triunfo, llevando al gobierno a una Junta provisoria de tres miembros, la cual ha dirigido las elecciones parlamentarias de noviembre y las presidenciales de diciembre, de las que ha resultado electo Presidente, el doctor Arévalo, primer presidente civil y por elección típicamente popular, después de varios lustros

695.—*Nicaragua. El problema del Canal.*

Entre 1898 y 1909 gobernó Nicaragua un hombre de dotes singulares, *José Santos Zelaya*, tipo de patriota algo primitivo, de una individualidad sumamente acusada, por tanto con tendencias despóticas, pero en cambio, defensor de la riqueza nacional y de la independencia política de su patria, por lo que se destacó como opuesto a los avances del capitalismo imperial y también a las pretensiones entreguistas de *Adolfo Díaz* y del *general Estrada*.

Los Estados Unidos, bajo la política del «Destino Manifiesto» consideraron poco grato a Zelaya y auspiciaron campañas contra él. En cambio, los ingleses trataron de ganárselo, halagándolo. En 1915, sin embargo, Inglaterra, bajo la presión del avance yanqui en el Caribe, hubo de reconocer a Nicaragua su plena soberanía sobre el territorio de Mosquitos que aquella había tenido anteriormente.

Por fin, como solía ocurrir entonces, los Estados Unidos decidieron cortar por lo sano las discrepancias surgidas en torno a su política, y aprovechando unas disidencias intestinas de Nicaragua (como lo hicieron en Santo Domingo), desembarcaron fuerzas de marinería, en apoyo del candidato *Adolfo Díaz*, alto empleado de la «*Bluefield de la Luz y los Angeles Mining Co.*», adicto a la política imperial (1912).

Todo esto fué precedido de procedimientos realmente deplorables. La Casa Blanca pretendió que Zelaya reconociera al rebelde general Estrada, sin conseguirlo. El presidente *José Madriz*, que reemplazó a Zelaya, por designación del Congreso, halló la oposición yanqui. Como una elección popular fuera considerada peligrosa por los norteamericanos, se resolvió que Estrada cediera el paso al vicepresidente

Díaz. En 1911 éste obtuvo un empréstito de 15 millones de dólares, y luego, uno de 3 millones y medio más.

Alrededor de 1914, se firmó el Tratado *Chamorro-Bryan* en que se reconocía el derecho perpetuo de los Estados Unidos para abrir el canal transoceánico por Nicaragua, no sin que antes, como quien dispone de tierra propia, los representantes de Estados Unidos y de Inglaterra decidieran sobre cuál de ellos tenía mejor título sobre aquel territorio y el posible canal que ahí se abriera.

Las fuerzas de ocupación de los Estados Unidos controlaban la vida política de Nicaragua. Hasta que en 1926 (cuando, en virtud del mismo apoyo yanqui, *Adolfo Díaz*, por segunda vez presidente, venciera electoralmente al *doctor Sacasa, candidato popular*), resolvió alzarse un joven audaz y tesorero, *César Augusto Sandino*, quien, desde ese instante, se convirtió en el emblema de la resistencia nacional nicaragüense contra la invasión extranjera.

696.—*Sandino*.

Pocas figuras hay más discutidas que la de Sandino. La propaganda de los banqueros de *Wall Street* lo presentaba como un bandolero, igual que a los revolucionarios mexicanos, pero lo cierto es que fué un guerrillero con anhelos de libertador, y que enfrentando a fuerzas materialmente superiores, hubo de recurrir a todas las estratagemas de las campañas irregulares. Sandino, en la selva nicaragüense, mantuvo en alto el pendón de la soberanía nacional, combatiendo sin tregua a las fuerzas norteamericanas de desembarco, recibiendo constante ayuda de México, donde en esos momentos predominaba el antiyanquismo; venciendo dificultades ímprobas; corriendo toda suerte de amenazas y peligros, en un ejemplo de arrojo y constancia, de patriotismo y gallardía que sólo merece encomio. La epopeya de Sandino, pequeña en sus ámbitos, grande en su intención, impidió que Nicaragua se entregase al imperialismo entonces dominado, como nunca, por el lema del «Destino Manifiesto».

Durante más de un lustro continuó su lucha Sandino. Sólo acabaron con él, como con Pancho Villa en México (sin que la comparación valga para otra cosa que para identificar modos de morir), cuando ya se había retirado a la vida pacífica, logrado su propósito de limpiar su país de fuerzas armadas extranjeras (1934).



Mediante la presión de las fuerzas ocupantes, en 1929 había sido electo Presidente el señor *Moncada*. El 33 lo sucedió *Sacasa*. Se pensaba que nadie como éste podría coordinar las voluntades, ya que su anterior gestión de resistencia a los Estados Unidos, su amistad con Sandino, su posterior actitud benevolente a Washington y su nueva política, orientada ya hacia una cooperación sagaz y pacífica, permitían esperar los mejores frutos. La presidencia de *Sacasa* implicó un pacto con Adolfo Díaz y con Sandino, las dos fuerzas antagónicas.

Se hallaba el caudillo en plena paz, vuelto a sus labores del campo, cuando en febrero de 1934, invitado por el presidente, Sandino acudió a Managua. Los «Guardias Nacionales», cuerpo formado para perseguirle en otra etapa, le tendieron una celada. Iba el guerrillero con su anciano padre, pero de nada le valió. Lo apresaron y abalearon sin proceso: funesto episodio para Nicaragua y por sus efectos morales, para toda América. En 1936 fué designado presidente el general Anastasio Somoza, quien deberá gobernar hasta 1945. Nicaragua declaró la guerra al Eje en diciembre de 1941.

697.—*San Salvador.*

La presidencia del general Gerardo Barrios, en la última década del siglo pasado, significó para el Salvador un renacimiento económico. Se dió auge especial al café. El país empezó a desarrollarse materialmente. Su sucesor, el señor Zaldívar, que realizó un pomposo viaje por España y Francia, en 1884, prosiguió trabajando por el progreso nacional.

Pero, naturalmente, la fisonomía de la política salvadoreña cambió en forma radical a principios del presente siglo. La presidencia de Romero Bosque, la cesación de los viejos conflictos con Guatemala, todo ello contribuyó a incrementar su riqueza material; pero, bajo la tutela de los intereses capitalistas extranjeros, lejos de producirse un progreso político y espiritual, nacieron, al contrario, corrientes retrógradas, un caudillismo absorbente y un militarismo desenfrenado. Así, en 1931, el presidente *Arturo Araujo* se vió depuesto por el coronel *Aguirre*, a quien negó su pase (o reconocimiento) el gobierno de los Estados Unidos. Ante tan inesperado obstáculo *Aguirre* hubo de ceder, tomando el poder el vicepresidente general *Maximiliano Hernández Martínez*, bajo el cual se empezó a desarrollar una política represiva de severos caracteres.

Había surgido en los campos salvadoreños intensa inquietud social, acicateada por la crisis y por el curso de los fenómenos mundiales. Nada podía ser más peligroso para la «United Fruit», de suerte que resolvió eliminar aquel peligro incitando al Poder Ejecutivo a limpiar drásticamente el país de «agitadores». Y bajo la acusación de «comunistas» y «rebeldes», el ejército procedió a fusilar sin proceso a millares de obreros (1932), llegando a un número que los propios datos oficiales estiman en cifras muy altas. El General Hernández gobernará hasta 1945. Su país declaró la guerra al Eje en 1941 (diciembre)

No obstante haberse afiliado al frente de las Naciones Unidas, mediante la declaratoria de guerra contra el Eje, en diciembre de 1941, el régimen del general Hernández Martínez se caracterizaba por una inconfundible fisonomía reaccionaria, semifascista.

La ausencia de garantías ciudadanas, la crueldad de los métodos policiales, el monopolio de ganancias y privilegios se hacía cada vez más insoportable. Finalmente, el general Hernández Martínez anunció su propósito de prolongar de nuevo su permanencia en el poder, y se hizo más notoria su fría crueldad, disfrazada de prácticas espiritistas.

En mayo de 1944 estalló, al fin, una formidable huelga general en Salvador. La policía disparó implacablemente contra el pueblo, la clase media y los estudiantes, tendiendo a alrededor de tres mil víctimas sin vida.

No obstante los esfuerzos del dictador Hernández, no pudo resistir la presión colectiva, y se retiró.

Pero, permaneció en el país y dejó cerca del gobierno a su hechura, el coronel Aguirre.

Se preparaba el gobierno provisorio a dirigir las elecciones que darían al fin un régimen constitucional y democrático al país, cuando el coronel Osmín Aguirre se apoderó del mando (octubre, 1944). El Presidente de la Corte Suprema, que declaró ilegal el golpe, emigró a Guatemala, en donde constituyó un «gobierno en el destierro». Los Estados Unidos y los gobiernos latinoamericanos han denegado reconocimiento al régimen de Aguirre.

698.—*Honduras.*

El presidente de Honduras, en 1907, *Miguel R. Dávila*, se hallaba tan bajo la influencia del presidente *Zelaya*, de Nicaragua, que al caer éste, cayó él también, hostilizado por los capitalistas banqueros norteamericanos. Contra él se

había sublevado *Manuel Bonilla* a quien apoyaron los filibusteros yanquis Samuel Dreben, Guy Molony y Lee Christmas. Dávila, menoscabado desde 1909, renunció a bordo del *Tacoma*, barco norteamericano, en 1911, y Bonilla aceptó el provisoriato de *Francisco Bertrand*, para subir él mismo, en 1912. Pero falleció en 1913.

Más tarde también Honduras hubo de sufrir la ocupación yanqui en 1924 a consecuencia de no pago de deudas. Como en Haití y Santo Domingo, también en Honduras la intervención adoptó el carácter de *contralor financiero* de las aduanas y los ingresos internos.

En 1929, fué electo el liberal *Mejía Colindres*, para regir el país hasta 1933. No alcanzó a gobernar sino hasta 1931. La presión de las fuerzas exteriores alentó al *general Tiburcio Carias Andino*, conservador, a dar un golpe de Estado que fué reconocido por los Estados Unidos. Carias se ha prorrogado en el mando desde entonces, 1933, hasta 1943, y continúa en el gobierno a pesar de la oposición popular contra él.

#### 699.—Costa Rica

Entre los países centroamericanos, el que menos ha sufrido la influencia del caudillismo y ha logrado mantener casi incólume su fisonomía democrática, es sin duda Costa Rica. Dato interesante: *en él son más numerosos los maestros que los militares.*

Su ritmo político, aunque determinado por su poca población, o sea, por el predominio de unas cuantas familias, ha ofrecido, no obstante, campo, para un juego ciertamente liberal de las instituciones.

En efecto, después de la dictadura de don *Tomás Guardia* (1870-1882), en que se abrieron numerosos caminos, se dió vida a la industria del café, se iniciaron varias ferrovías, mediante *empréstitos a Inglaterra*, etc., el país ha sufrido pocos conflictos, y, sobre todo, casi ninguna grave disensión que se asemeje a las de otros países. En esta época, el norteamericano Minor C. Keith plantó los primeros bananos (1872).

Sus presidentes, entre 1882 y 1894 (*Fernández, Soto y Rodríguez*) cumplieron pacíficamente sus períodos. *Rafael Iglesias*, que gobernó ocho años, entre el 94 y el 1902, siguió el ejemplo de Guardia en cuanto a personalismo y a negocios con los *ingleses* para construir ferrocarriles. Su sucesor, *Ascensión Esquivel* (1902-1906), tuvo más actividad po-

lítica que financiera. Dejó a *Cleto González Víquez* (1906-1910), hombre tolerante, liberal, que empezó a *conceder el petróleo a las empresas norteamericanas y contrató un empréstito en Nueva York a fin de cancelar los préstamos hechos por los ingleses*. En su tiempo inicia su gran vuelo el *imperialismo yanqui* en Costa Rica.

*Ricardo Jiménez* (1910-1914) representa la etapa del materialismo y del gobierno fuerte. Con él cobran importancia mayor el café, las frutas del país, el cacao; Jiménez salió de la presidencia al iniciarse la guerra mundial, período lleno de sombra que hubo de afrontar *Adolfo González Flores* (1914-1917). El golpe de Estado de *Federico Tinoco* (27 de enero de 1917) derribó a aquél. Fué una dictadura fugaz, de tipo revolucionario, por cuanto trató de conjugar valores y principios diferentes a los consabidos. Duró sólo hasta 1919. El gobierno provisorio de *Aguilar Barquero* se limitó a organizar el proceso electoral.

Con *Julio Acosta García* (1920-1924) Costa Rica se enfrentó a la crisis subsiguiente a la liquidación de Versalles; y además a conflictos fronterizos con Panamá, que casi obligan a romper las hostilidades entre ambos países. La vuelta de *Ricardo Jiménez*, en su segundo período de mando (1924-1928), fué una etapa de reajuste económico y social. Nuevos empréstitos contratados en Nueva York aumentaron la dependencia de la economía nacional ante la norteamericana, a lo que se agregó la liquidación de las deudas de los franceses. Por segunda vez también, en una alternabilidad pacífica y elocuente, *Cleto González Víquez*, ocupa el gobierno entre 1928 y 1932; y por tercera vez, *Ricardo Jiménez* (1932-1936), sin poder esquivar la crisis, trata de infundir al régimen un soplo dictatorial, eco de malas enseñanzas europeas, por lo que chocó con varias revoluciones y una crisis financiera aguda. Los gobiernos de *León Cortez* (1936-1940) y *Rafael Angel Calderón Guardia* (1944) representan, sin duda, sosegada evolución, que podría ser más acelerada en una República dentro de la que, repetimos, hay mayor número de maestros que militares y, por tanto, el culto a la violencia ha cedido el paso al culto de la sagacidad.

Las elecciones de 1936 ungieron Presidente de la República al señor León Cortez, quien gobernó pacíficamente su período entero, hasta 1940.

En el período siguiente (1940-1944), para el cual fué electo don Angel Calderón Guardia, ocurrieron algunas in-



cidencias análogas a las del resto del mundo, conectadas con el auge del fascismo en Europa y el estallido de la guerra para América, después del asalto a Pearl Harbor.

Felizmente, las elecciones de 1944, que se anunciaban tormentosas, pudieron realizarse en forma bastante normal, y de ellas resultó electo el señor Teodoro Picado, por el período 1944-48, que parece será algo menos apacible que los anteriores, por las complicaciones propias de Centroamérica y por las inherentes a la etapa de la postguerra.

## PANAMA; NACIMIENTO DE UNA REPUBLICA

700.—*Antecedentes históricos de la secesión.*

Panamá fué, durante la Colonia, según es sabido, el paso obligado de las mercancías que venían de España y de las materias primas que iban hacia allá. Por eso la codiciaron tanto los corsarios y piratas, hasta el punto de que uno, Morgan, cayó como un alud sobre ella, destruyéndola. Panamá hubo de rehacerse en aquel siglo XVII, sobre otros cimientos, cerca de los chamuscados templos y fortines, mudos testigos del paso de las hordas vandálicas.

Al estallar la guerra emancipadora, Panamá, que, por su propia posición entre dos mares, resultaba más permeable a las corrientes de inquietud y renovación, tuvo que sofrenar sus ímpetus, porque la vigilaban muy de cerca, por el norte y el este, las guarniciones españolas de las Antillas, por el sudeste, las del fidelísimo Meridión colombiano, y por el sur la flota del virrey de Lima. Pero, ya en 1821, al sonar la hora de Boyacá y Carabobo, le fué posible sacudirse del yugo, y lo hizo, proclamando la constitución grancolombiana, creada por Bolívar.

Considerando su posición geográfica, Bolívar quiso hacerla sede de su sueño anfictiónico: el *Congeso de Panamá* (1826). Fracasado éste, Panamá continuó su vida de litoral abierto, siempre expuesto — y aquiescente — a las auras liberales. Hasta que en 1830 se rompió la Gran Colombia, Panamá ya adherida en su inmensa mayoría al liberalismo empezó a sentirse un tanto desligada de la Metrópoli. Su condición ístmica le daba una sensibilidad distinta.

Cierto que su cepa era y es colombiana: cierto que su metrópoli — muy distante y, a menudo, desatenta — se hallaba en la sabana de Cundinamarca, pero su vínculo político inicial se había resquebrajado. En 1840, después de la revolución neogranadina que cambió la estructura de la República, Panamá proclamó su autonomía. Durante alrededor de un año (del 40 al 41) tuvo un fugaz presidente propio, en la persona de don *Tomás Herrera*.

A esto vino a agregarse que, en 1846, los Estados Unidos, que ya tenían en mente la necesidad de contar con un paso seguro de uno a otro mar, firmaron un pacto con Colombia, para obtener libre tránsito por el Istmo. En 1850 se hacía realidad la iniciativa del ferrocarril de Colón a Panamá, merced al dinero yanqui. En el 55 sufría, como Centroamérica, el asalto de un aventurero audaz. El 63, al proclamarse la nueva Constitución federal colombiana bajo el nombre de Estados Unidos de Colombia, un sector panameño reclamó su condición de Estado soberano, lo que fué motivo de muchos incidentes políticos y militares. Finalmente, en 1878, *Fernando de Lesseps*, con los lauros frescos de su gigantesca empresa del Canal de Suez, obtuvo para la *Compañía Francesa* el privilegio de abrir el Canal de Panamá.

Poco después, el Istmo se transformaba en un emporio de labor. Cuando en 1881 se iniciaron los trabajos de los franceses, hubo una violenta afluencia de obreros de todo el globo hacia el Istmo. Griegos, jamaíquinos, barbadenses, levantinos, indos, franceses y norteamericanos, acudieron en crecido número. La fiebre amarilla, la severidad del clima y la dureza del trabajo coligados, azotaron a aquellas laboriosas y voraces mesnadas. Pero ya el presidente Grant, que entreviera la posibilidad segura de la obra, había querido traspasar para los Estados Unidos el monopolio de la empresa a lo que Colombia se opuso.

Finalmente, sobrevino el fracaso de la compañía francesa. Aquello no era Suez. Se requería una tarea mucho más costosa. Los capitales iniciales no bastaban. Tampoco los suscritos con posterioridad. Se habló de enormes fraudes. «Panamá» pasó a ser, en Francia, sinónimo de chantage o estafa. Lesseps, a pesar de sus años y sus glorias, fué presentado como un cazador de bolsas. Los Estados Unidos tomaron entonces la obra a su cargo. Con ello estaba decretada la suerte del Istmo. La doctrina del «Destino Manifiesto» iba a jugar de nuevo, ahí, su decisivo rol.

701.—*La independencia de Panamá.*

No se podría hablar de una guerra de secesión, ni de una campaña de independencia. Las cosas fueron más veloces y sencillas. Colombia, en primer lugar, se hallaba desangrada por la Guerra de los Mil Días. En Panamá los separatistas encontraban eficaz apoyo en los empresarios del ferrocarril y del Canal. Así las cosas, el 3 de noviembre de 1903, sin mayores desgarramientos, se dió el grito autonomista. La administración norteamericana del ferrocarril de Panamá a Colón y el jefe del barco norteamericano *Nashville*, por órdenes de Washington, impidieron el traslado de tropas colombianas. El día 6, apresuradamente, la Casa Blanca reconocía la independencia del nuevo Estado que nació bajo la vigilante mirada de la Casa Blanca. El 18 se celebraba en Washington el tratado entre la recién nacida *República de Panamá*, representada por el francés Buneau Varilla, y los Estados Unidos, representados por Mr. Hay, para entregar a éstos una faja de océano a océano, de más o menos de 1.500 kilómetros cuadrados, que abarcaba el territorio por el que debía pasar el Canal proyectado por Lesseps y que los norteamericanos rectificarían, aprovechando el curso del río Chagres y el Lago Gatún. En cambio Panamá recibiría 10 millones de dólares con una adición de 250.000 dólares al año.

702.—*El Canal de Panamá.*

Los trabajos norteamericanos en la desde entonces *Canal Zone* o *Zona del Canal*, empezaron el 29 de junio de 1906. La obra quedó coronada siete años después, mediante un gigantesco esfuerzo, tanto para abrir el canal como para construir las esclusas y, sobre todo, sanear el país. Quedaron proscritos, mediante la tesonera labor del *general Gorgas*, la malaria y la fiebre amarilla. Se crearon dos puertos clave; el de *Cristóbal*, junto a Colón, en el Atlántico, y el de *Balboa*, junto a Panamá, sobre el Pacífico. Las esclusas de Miraflores, Pedro Miguel y Gatún congregaron un enjambre de técnicos; las defensas militares del Canal, un conjunto de especialistas; los trabajos adicionales, una multitud de empleados, obreros, etc. A la cabeza de todo eso, un Gobernador, especie de virrey de la Zona, designado directamente por el Presidente de los Estados Unidos. Y en aque-

lla faja territorial norteamericana, una población distinta a la del otro lado de la línea, la criolla.

### 703.—*Vida política de Panamá.*

A pesar de la proximidad a ese sector de indudable fisonomía sajona, Panamá conserva mucho de sus tradiciones colombianas y españolas.

La vida política de Panamá se inicia con la presidencia de don *Manuel Guerrero Amador* (1904-1908), el caudillo de la secesión.

Después de afrontar una riesgosa tentativa del presidente *Amador*, para imponer, como sucesor, a don Ricardo Arias, se realizaron las elecciones. Fué el vencedor don *José Domingo de Obaldía* (1908), quien murió dos años después, siendo sustituido, entonces, por don Pablo Arosemena. Después de nuevos disturbios, resultó electo presidente, al término del período de Arosemena, el doctor *Belisario Porras*, caudillo liberal (1912-1916). Porras, de gran personalidad, se negó a aceptar la supervigilancia norteamericana para las elecciones de su sucesor, que fué don *Ramón Valdés*, quien murió en 1918. Porras nuevamente asumió, entonces, el gobierno, como presidente sustituto.

Nuevas controversias surgieron a raíz de algunas leyes y declaraciones norteamericanas. El doctor Porras renunció el mando poco antes de las elecciones de 1920, para poder ser reelegido, lo cual ocurrió, permitiéndole continuar en el ejercicio del mando por un nuevo período legal que terminó en 1924. En aquella época hubo de afrontar la disputa fronteriza con Costa Rica, que quedó sometida a arbitraje.

A Porras lo sucedió, en 1924, el doctor *Rodolfo Chiari*, su conmlitón y amigo, el cual como tarea primordial tuvo la de encarar un nuevo tratado con los Estados Unidos, y las cuestiones sociales (1926) que culminaron con la cruenta «huelga inquilinaria» de dicho año. Cuanto a lo primero, Porras que habíase alejado de Chiari, inspiró una campaña contra la ratificación del tratado, en lo que tuvo éxito.

El sucesor de Chiari, don *Florencio Harmodio Arosemena* (1928) cayó derrocado el 2 de enero de 1931, por un movimiento popular, conectado con la crisis política y económica de todo el continente a raíz del desastre de Wall Street, en octubre de 1929. El presidente interino, doctor *Ricardo J. Alfaro*, convocó a elecciones, en las cuales resultó electo don *Harmodio Arias* (1932-36). En su época se firmó el nue-



vo tratado con los Estados Unidos, favorable a la república panameña, tanto en sus términos políticos como en los económicos.

Después de numerosos disturbios y debates, fué designado presidente el señor *Demóstenes Arosemena*. Como muriera en 1939, se convocó a elecciones, triunfando el hermano de don Harmodio Arias, el médico don *Arnulfo*, quien inició una política de represión contra sus adversarios (entre ellos, el doctor Alfaro), y un activo y agresivo nacionalismo, a menudo con tintes fascistas.

En octubre de 1941, en plena guerra, *Arnulfo Arias* se opuso a la ley que ordenaba armar los buques mercantes panameños, lo cual iba directamente en contra de los intereses norteamericanos, pues muchos barcos de esta nacionalidad estaban registrados bajo el estandarte de Panamá (véase, Dane G. Munro, de la Universidad de Princeton, «The Latin American Republics», A History, Appleton C°. Nueva York, 1942, p. 469). Al día siguiente, de un modo pintoresco y sorpresivo, el señor Arias, que se hallaba fuera del territorio nacional sin permiso, era reemplazado en la presidencia por un golpe de Estado, que llevó al poder a su ministro de gobierno, don *Ricardo Adolfo de la Guardia*.

Desde el derrocamiento del señor Arnulfo Arias (octubre, 1941) lo reemplaza, pues, el señor Ricardo Adolfo de la Guardia, que era su Ministro de Gobierno, por haber renunciado los Designados o Vicepresidentes de aquél.

Este status interino se ha mantenido por casi cuatro años y parece que se prolongará hasta 1947, fecha en que constitucionalmente concluiría el período para el que fué electo el señor Arias.

Basados en que el señor de la Guardia ha logrado devolver a los ciudadanos y los partidos, las garantías que el señor Arias les había arrebatado, muchos de los grupos políticos propician la extensión de dicho interinato hasta la indicada fecha de 1947, sin necesidad de que la Asamblea proceda a elegir los Designados que, constitucionalmente, deberían sustituir al Presidente derrocado.

Encarándose al fenómeno ineludible de la postguerra, el gobierno panameño discute la posibilidad de aprovechar de su posición geográfica para crear un gran centro de comercio intercontinental, algo así como un remozamiento de la Colonial Feria de Portobelo, en el Istmo que se convertiría en un vasto puerto libre, punto de enlace de los consumidores y productores del Hemisferio Occidental.

A la vez, se ha puesto en marcha, con idénticos fines

unionistas, una Universidad Inter-Americana, aun no completamente definida.

Merced a constantes reclamaciones, se han modificado algunas de las cláusulas del Tratado primitivo entre Panamá y Estados Unidos, pero la posición estratégica del país lo coloca en situación peligrosa, a merced de los flujos y reflujos de la política mundial. En guerra con el Eje, a raíz del ataque contra Pearl Harbor; Panamá es una fortaleza, cuya potencia es una incógnita.

## VENEZUELA: UNA LARGA AUTOCRACIA

704.—*El despotismo de Cipriano Castro.*

El general *Ignacio Andrade* (sucesor de Crespo) alcanzó a gobernar apenas un corto período. Ganado por el afán caudillesco de sujetar en forma absoluta al país, según su arbitrio, pretendió convertir la temporalidad presidencial en perennidad, por medio de la prórroga, sin contar con que, junto a él, había jefes locales audaces y populares, cuyo mayor prestigio descansaba en la adhesión de sus huestes armadas. En efecto, el general *Cipriano Castro* alzó su bandera de rebeldía en los Andes, dando a su movimiento el nombre de *Revolución Restauradora*.

Para este movimiento contó con la eficaz ayuda de un hombre hasta entonces desconocido, que se había criado en dicha región, consagrado a labores rurales: Juan Vicente Gómez.

Triunfante la «Revolución Restauradora», Cipriano Castro asumió el poder, rodeado de notoria popularidad y contando con el apoyo de gente de valía que miraba en él la posibilidad de un reajuste civil. Pero, Castro, lejos de esto, dió rienda suelta a sus instintos. Era un personaje violento, explosivo y sensual, cuyo anecdotario podría llenar innumerables páginas. La hacienda pública, no obstante la creciente riqueza venezolana, entró en franca crisis. Y, más aún, el gobierno tropezó con reiterada oposición de algunos Estados europeos, a los que Castro trató con cierta destemplanza en la persona de sus diplomáticos, pero defendiendo la soberanía venezolana. Para algunos, esos gestos de Castro se asemejaban a los que Rosas tuvo con los enviados de

Francia e Inglaterra. En el caso de Venezuela, los más enconados reclamantes fueron Alemania, Holanda y Francia. Estados Unidos también pretendió impresionar a Castro a propósito del conflicto con la compañía de asfalto norteamericana en Venezuela, pero no llegó a autorizar el desembarco de tropas (1902). Castro se negó rotundamente a acceder a las peticiones y exigencias europeas. Con ese motivo las potencias aludidas pretendieron intimidarlo con una demostración naval. En tal oportunidad, se recuerda que Teodoro Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos, no titubeó en declarar al embajador alemán en Washington: «*Los Estados Unidos no consentirán que Venezuela se vea convertida en un nuevo Egipto*».

Pero, las actitudes de dignidad internacional de Castro no excusaban sus excesos en la política interna. La oposición trató en vano de derribarlo. Al cabo, Castro, que había contraído una enfermedad que exigía urgente operación quirúrgica, se dirigió a Europa a someterse al tratamiento adecuado en una clínica. En su reemplazo quedó, interinamente, el que había sido su Comandante General del Ejército, *Juan Vicente Gómez*. Dando oído a las insinuaciones de los opositores, el sustituto no tardó en proclamarse jefe del Estado (19 de diciembre de 1908). Para robustecer su acción, Gómez apeló al *asentimiento* de los Estados Unidos. La Casa Blanca destacó a Venezuela al almirante *W. L. Buchanan*, como alto comisionado» y con tres barcos de guerra de séquito. Con ello se inició una larga etapa de autocracia gomizta que duraría un cuarto de siglo. Sólo Rosas y Díaz gobernaron tan largo período.

705.—«*El hombre de los Andes*».

La biografía que el escritor norteamericano «Rourke» ha dedicado a Juan Vicente Gómez contiene multitud de datos llenos de apasionante interés. Pero, nada es quizá tan atractivo en el personaje como su ciega fe en su destino, la confianza en su autoridad, su concepto (algo medieval) de la economía y del orden.

Gómez, después del golpe de Estado que le permitió adueñarse del poder, en 1908, ejerció la presidencia hasta 1915, período en el cual dió muestras de cierta liberalidad y se vió rodeado por hombres de singulares méritos, malquistos con la autocracia de Castro. Durante esa etapa tuvo, cierto, que luchar contra tenaces conspiraciones, entre ellas



las del propio Castro, que se trasladó a un lugar cercano a Venezuela. Pero, salió triunfante de todas las asechanzas. No era un hombre brillante ni culto, Juan Vicente Gómez; al contrario: era un hombre de campo, de costumbres primitivas, de ideas limitadas, pero de un agudo sentido político, de evidente malicia y de un intuitivo conocimiento de los hombres.

Cuando en 1915 se hizo reelegir por otros siete años, ya la guerra europea se hallaba en pleno desarrollo, y él quiso ahorrarse el desprestigio que la posible crisis traería consigo, a la vez que impresionar con cierta apariencia democrática, de alternabilidad del poder. Encomendó, por eso, la presidencia al señor *Márquez Bustillos*, tras el cual la única voluntad que existía era la de Gómez.

Al cumplirse este segundo período, que significaba ya 14 años de gomizmo, hizo entrega del poder al doctor *Juan Bautista Pérez*, Presidente de la Corte de Justicia, para que rigiera el proceso electoral. Reelecto para un tercer período (1929-1936) se negó (claro está que en apariencia) a recibir el gobierno, lo que ya había hecho García Moreno en Ecuador, y sólo después de muchos ajetreos aceptó la *Comandancia en Jefe del Ejército*, mediante una reforma constitucional (que se hizo), por la que el Comandante del ejército aumentaba sus prerrogativas en forma tal que lo convertían en el verdadero director del Estado.

Mucho influyó en la determinación de Gómez la creciente efervescencia que se advertía en el pueblo venezolano. El año 28 se produjeron en Caracas varios motines, sobre todo uno de los *estudiantes*, que fué ahogado en sangre. Las mujeres caraqueñas organizaron otra protesta, también repelida por la fuerza. Con anterioridad, en 1923, se había realizado un drama de vasta resonancia: el misterioso asesinato de Juan C. Gómez, hermano del dictador y vicepresidente de la República. A raíz de esto, ocupó el segundo puesto de la República un hijo del gobernante. El sistema de los Monagas adquiría contornos más nítidos, ya entrada la tercera década del siglo XX.

Naturalmente, Gómez trató de capear el temporal, a la sombra de la pseudopresidencia de Pérez. Cuando las cosas hubieron cambiado, el General (llamado «el Benemérito») reocupó el «Palacio de Miraflores».

Además de los estallidos internos, Gómez tuvo que luchar con la tenaz propaganda y las expediciones armadas que se organizaron desde el exterior.

Finalmente, a pesar de todos los esfuerzos de la opo-



sición, dentro y fuera del país, el general Gómez terminó su mando, por muerte natural, el 17 de diciembre de 1935. Ese día se inició una nueva era para el pueblo venezolano.

706.—*La herencia de la dictadura.*

En el campo financiero, sin duda, la dictadura, que gozó de períodos de gran prosperidad, administrados patriarcalmente, dentro de un concepto feudal, tuvo cumplido éxito en cuanto a reducir (hasta anular) las deudas del Erario. Hizo más, acumuló una gruesa suma de dinero, como una especie de fondo de ahorro de la República, error manifiesto, pues con ese dinero pudo iniciar la nacionalización de ciertas fuentes de riqueza como la del petróleo, que, al revés, dejó en manos de compañías extranjeras. En cuanto a obras públicas, se caracterizó por un gran desarrollo caminero, pero el costo de estas obras es impugnado ardientemente como excesivo por los críticos del régimen. En cambio, no hay duda que el factor moral fué objeto de agudo menosprecio, y que el nivel de vida del pueblo tampoco significó nada en los cálculos del gobernante. Mucho menos el reconocimiento de derechos de los trabajadores, ni lo concerniente a la propiedad de la tierra, leyes de previsión social, ni defensa de las riquezas naturales frente al capitalismo extranjero. Pero, lo más llamativo fué, sin duda, la ausencia de garantías constitucionales y el reeleccionismo. De ahí que, a la muerte de Gómez, como a la caída de Machado en Cuba, se desbordaran las pasiones y, simbólicamente, fueran arrojados al mar los hierros de las cadenas y grillos que arrastraron durante décadas los presos de las cárceles estatales.

707.—*Hacia la constitucionalidad.*

Aunque Ministro del general Gómez, el general *Eleazar López Contreras* que lo sucedió, primero como interino en 1935, y luego electo por el Congreso en 1936, desarrolló una política de apaciguamiento y transición, hasta el término de su gobierno en 1941, en que fué electo el general *Isaias Medina* para el período 1941-1946. Su contendor (en la elección indirecta que aún se lleva a cabo en Venezuela), fué el insigne escritor *Rómulo Gallegos*.

En la época de López Contreras apareció en la palestra un partido político de extracción juvenil y vasta popularidad, el *P. D. N.* (*Partido Democrático Nacional*), de tipo antimperialista, popular y democrático, análogo, en sus líneas generales, al *Partido Nacional Revolucionario* de México, al *Aprismo* del Perú y al *Socialismo de Chile*.

Las convulsiones ideológicas, consecuencia de la guerra, han sacudido también la política venezolana. Hacia octubre de 1944 se descubrió un complot militar contra el Presidente Medina. Además, siguiendo la trayectoria de otros países, se han constituido en Venezuela dos amplios frentes políticos, uno de los cuales, como ocurrió en Cuba, abarca a Conservadores moderados y a comunistas, y otro a los miembros del PDN y otros elementos liberales. El primero de estos grupos apoyó al Presidente Medina y ha triunfado en las elecciones municipales de 1944, lo cual anuncia su posible victoria en los comicios presidenciales próximos.

## COLOMBIA: LA EVOLUCION HACIA EL LIBERALISMO

708 — *La Revolución  
de los Mil Días.*

Después del gobierno de Rafael Núñez, el enérgico caudillo liberal que, en el poder, se hizo conservador, ascendió al gobierno don *Carlos Holguín* (1888-1892), cuyo gobierno, aunque reaccionario, no tuvo los caracteres dictatoriales de su antecesor, tan buen poeta y filósofo como autócrata. Núñez, en realidad, tuteló el régimen de Holguín, después del cual fué nuevamente electo el propio Núñez, llevando como vicepresidente al eximio poeta y filólogo don *Miguel Antonio Caro*.

Fué éste, de hecho, quien ejerció la presidencia, ya que Núñez, gravemente enfermo, hubo de retirarse a la vida privada, a un punto distante de Bogotá, donde murió poco después.

Caro, católico practicante, exageró el tinte reaccionario de su gobierno. Tenía frente a sí, además, a un hombre de muy altos quilates morales: al general *Rafael Uribe Uribe*, caudillo del liberalismo, hombre de mucha elocuencia y de valor sin duda. Como arreciaran las disputas entre uno y

otro bando, al cabo, los liberales, que eran un partido vigoroso y doctrinario, se alzaron en armas, en uno de esos movimientos típicos de Colombia, por cuanto en ellos se auna la doctrina a la acción, en forma tal que no se los puede acusar por ningún motivo de vandalaje ni siquiera disimulado, como suele ocurrir con las insurrecciones de otros países.

El estallido liberal se produjo en las postrimerías del gobierno de Caro (que terminó en 1898), y llegó a su mayor pujanza en época de *M. Antonio San Clemente*, que fué electo para reemplazar a Caro, en 1898; pero como los conservadores lo juzgaron demasiado tibio, prefirieron apoyar a uno más de la entraña del partido, poeta también y filólogo como Caro y Núñez, pero, no por eso — o tal vez, por eso mismo — más drástico y dinámico que los no poetas: fué este sucesor don *José M. Marroquín* (1900), a quien le cupo debelar el movimiento liberal.

Había empezado la rebelión en 1899. *Uribe Uribe*, galvanizando los principios y energías de su partido, se lanzó al combate, conmoviendo al país entero. De un extremo a otro, ardió durante tres años y medio la hoguera revolucionaria. Más de 200 combates y no menos de 30.000 muertos señalaron aquella etapa trágica. Una de las batallas más célebres, la de *Palo Negro*, ocasionó enormes bajas a lado y lado, y en ella demostró su valor y su equilibrio el caudillo liberal. Al fin fué vencido. El conservadorismo contaba con sólidos baluartes en ciertas zonas del país, sobre todo en la sierra y al sur, mientras que el liberalismo tenía sus mejores puntos de apoyo en la costa atlántica.

#### 709.—*Consecuencias de la guerra.*

Sometida la revolución y desterrado Uribe Uribe, los conservadores pensaron tal vez disfrutar de su victoria, pero un golpe, largo tiempo esperado, pero no previsto en ese instante, ensombreció su triunfo: la *secesión y autonomía de Panamá*, (provincia, no siempre bien atendida por el gobierno central de Bogotá, y, en cambio, activamente halagada por el gobierno de la Casa Blanca) hecho ocurrido el 3 de noviembre de 1903, según vimos, hizo perder a Colombia aquella parte de su territorio. Poco después, subió al poder el general *Rafael Reyes*, conservador (1904-1909).

Rafael Reyes tuvo que afrontar las consecuencias de la guerra civil. La moneda colombiana había caído en forma

tal que era precisa una operación de urgencia en el organismo fiscal. La realizó Reyes, y, además, se consagró a trazar vías férreas y fomentar obras públicas, tanto más cuanto que a las desdichas producidas por la Guerra de los Mil Días, se sumaron las provenientes del cercenamiento de Panamá.

Desde luego, un gobierno bajo tales auspicios y en estado sudamericano, creyó indispensable adoptar, en seguida, un tono autoritario. No era lo más prudente, a raíz del grave desgarramiento sufrido por el país. Los conservadores, que pretendían siempre la suma total del poder, no se sintieron lo suficientemente garantizados, por el gobernante y procedieron en forma análoga a la empleada contra San Clemente. En 1909, Reyes caía del gobierno y lo reemplazaba el señor *González Valencia*, sobre quien ejercían influencia absoluta los clérigos, especialmente los jesuítas.

Las elecciones de 1910, acortado ya el régimen presidencial de 6 a 4 años, favorecieron al liberal moderado don *Carlos E. Restrepo*. En seguida, fué electo el conservador don *Juan Vicente Concha* (1914-1918), en cuyo período hubo de afrontar Colombia los efectos de la guerra mundial; y después ascendió al solio presidencial el insigne escritor y filólogo don *Marco Fidel Suárez*, hombre de catolicismo ascendrado, que tuvo por contendor electoral, no a un miembro de otro partido, sino a un conservador mismamente, al eximio poeta *Guillermo Valencia*, uno de los príncipes de las modernas letras castellanas.

Las luchas entre las facciones conservadoras llegaron a extremos increíbles, y ello fué causa de que el señor Suárez, hombre integérrimo incapaz de soportar una sombra sobre su reputación, renunciara la presidencia, dejando encargado del poder al general *Holguín* (1921), que ya otra vez lo había ejercido temporalmente. Las elecciones realizadas poco después, ungieron presidente a don *Pedro Nel Ospina* (1922-1926). Luego, surgió el conservador *Miguel Abadía Méndez* (1926-1930), en cuyo tiempo se firmó el tratado Salomón-Lozano (que puso fin a la disputa territorial entre Colombia y Perú), y ocurrieron serias disidencias con el Nuncio Apostólico, en las que el presidente Abadía (hombre de letras también, director de un periódico) mantuvo sus prerrogativas cívicas por sobre sus inclinaciones confesionales.



710.—*Advenimiento del liberalismo.*

Entretanto, la crisis había hecho su camino, soliviantando los ánimos y corroyendo las bases del conservadorismo. No obstante la muerte del *general Herrera*, jefe liberal, este partido había cobrado gran ímpetu, apoyado por las fuerzas obreras que una creciente industrialización vigorizaba en Colombia. Cuando se convocó a elecciones presidenciales en 1930, el partido liberal, unificado en torno a don *Enrique Olaya Herrera*, que había sido embajador en Washington, ganó los comicios y volvió al poder.

Olaya Herrera, hombre equilibrado, mantuvo una política nacional, antes que una política sectaria. Mentalidad flexible, convino con Estados Unidos un arreglo definitivo por la secesión de Panamá, recibiendo una suma de millones con que incrementó la economía nacional. En su tiempo, ocurrió la cuasi guerra con el gobierno peruano del general Sánchez Cerro, a propósito del cumplimiento del Tratado Salomón-Lozano, pero las dificultades fueron obviadas tanto por la feliz gestión de don Alfonso López, como por la violenta muerte, en Lima, de Sánchez Cerro.

El gobierno de don *Alfonso López* (1934-1938) (quien hizo un viaje por la costa del Pacífico, hasta Montevideo, a raíz de su elección) renovó mucho los métodos políticos y dió más libre juego a las fuerzas de izquierda, especialmente a los obreros de las zonas industriales. Sin embargo de ello, al terminar este período, fué electo un representante del sector moderado del partido liberal, don *Eduardo Santos* (1938-1942), ex delegado a la Liga de las Naciones y director-propietario de «*El Tiempo*» de Bogotá. Al señor Santos le tocó afrontar la segunda guerra mundial con sus desconcertantes consecuencias, los ecos de la guerra de España, y, además, la pugna en el seno de su propio partido, a propósito de la posición de Colombia ante el conflicto mundial, del partido frente a los problemas económico-sociales y también ante algunos personalismos poderosos.

Colombia disfruta ya de casi medio siglo de constructiva paz, y eso explica su creciente riqueza, el aumento de su demografía (9.000.000 de habitantes) y su pujanza económica. En agosto de 1942, electo por notable mayoría popular, ha ocupado de nuevo la Presidencia don *Alfonso López*. En 1943, Colombia ha establecido relaciones con la U.R.S.S.

*Afianzamiento liberal.*

A principios de 1944, la situación política colombiana hizo crisis. El Presidente Lopez, quien se hallaba disfrutando de licencia en los Estados Unidos, resolvió regresar a su país y reencargarse de su alto cargo. Aunque renunció (mayo, 1944) fué obligado por el pueblo a continuar.

Una intempestiva conspiración militar en Pasto (junio, 1944) puso en grave peligro al sistema constitucional. El Presidente fué apresado. Pero, se impuso la opinión pública, y los rebeldes escaparon.

Desde entonces, se ha hecho palpable el triunfo del señor López y del ala liberal que él preside, contra los conservadores y el ala liberal moderada, dirigida por el ex presidente Eduardo Santos.

En los últimos meses, el Presidente López ha dictado un Estatuto o Decreto Social, en que se reconocen los derechos de los trabajadores, se les asigna pensiones ad hoc, se rectifica el rumbo del sistema vigente, y se establecen nuevas bases para la República colombiana.

## ECUADOR: UNA REPUBLICA LAICA

711.—*Eloy Alfaro  
y el liberalismo.*

Es perfectamente lógico que el liberalismo de Ecuador presentara un carácter anticlerical más agudo que en otros países. Cosa análoga había ocurrido en México y Colombia, es decir, ahí donde el clero asumió un papel político beligerante. El conductor del liberalismo ecuatoriano fué *Eloy Alfaro*, en quien pervivía la voz del egregio Juan Montalvo. Al perfilarse el triunfo del tenaz guerrillero manabita (nacido en Manabí, sobre la costa), las altas clases conservadoras trataron de resistir por todos los medios, y, con ellas, la Iglesia. De ahí que, apenas victorioso, Alfaro dictara como una de sus primeras medidas la de arrebatar la enseñanza primaria a las congregaciones religiosas, a quienes la había confiado García Moreno.

Alfaro gobernó dos períodos, el primero de 1896 a 1901, y el segundo de 1906 a 1910. Le correspondió, durante esta segunda oportunidad, la difícil tarea de dirigir la política de su país ante el inminente laudo del rey de España sobre la cuestión fronteriza con Perú. Ecuador rechazó anteladamente dicho fallo. La situación se puso tan vidriosa que se decretó la movilización general en ambas naciones. Como aún se mantenía en pie el litigio de Tacna y Arica, la cancillería de Quito confiaba en el apoyo de Chile; y como era álgida la cuestión entre Bolivia y Perú, a propósito de otro laudo fallido — el del presidente argentino Figueroa Alcorta —, se pensaba que también Bolivia podría extremar sus exigencias, de suerte que el Perú se encontraba en muy difícil condición para abordar su diferendo del norte. Felizmente, una oportuna intervención de Estados Unidos, Brasil y Argentina puso término a los preparativos militares, y el asunto pudo resolverse en paz.

Mas, la coyuntura bélica no fué sino un episodio del gobierno de Alfaro. Lo más importante de su obra de estadista, es su campaña pertinaz para modernizar material, y espiritualmente al Ecuador, todavía entonces sujeto por las ataduras que forjara García Moreno. En ese orden la inauguración del ferrocarril de Guayaquil a Quito (1907), que puso fin al incomprensible alejamiento entre las dos ciudades principales del país, representativas de sus dos regiones características, merece mención especial. Trabajó Alfaro, además, con gran ahinco en dotar de escuelas modernas a su pueblo; en impartir organización técnica a su ejército; en dar realce a la producción agrícola e industrial de la costa y la selva; en robustecer la constitucionalidad; en dar vigor al Parlamento y desterrar al clero de la cosa pública; en oponer a la soberbia de los terratenientes coloniales, un sistema de gobierno más de acuerdo con los tiempos que se vivían.

Hombre enérgico, emprendedor, contaba como colaboradores a sus propios hermanos y con un grupo de civiles y militares entregados a su causa. No es de extrañar que la intransigencia conservadora, tanto en las altas esferas como en el bajo pueblo, fanatizado por siglos de predominio sectario, encontrara que la violencia era el mejor medio de desembarazarse de tan duro rival.

En efecto, cuando a raíz de la muerte del presidente *Estrada* (1911), que siguió al segundo período de Alfaro, es encargado del mando el doctor *Freile Zaldumbide* (1911-

1912), el viejo caudillo se consagró a preparar sus armas y sus huestes para una nueva campaña por el poder. Se lo impidió el gobierno, que, temeroso de un golpe de Estado, hizo encerrar en la Penitenciaría de Quito a Eloy Alfaro y sus principales secuaces, entre ellos a sus dos hermanos y al general Montero.

Los enemigos del liberalismo los «curuchupas» (como se llama peyorativa y popularmente a los conservadores en Ecuador) y también un grupo de liberales disidentes, asaltaron la prisión y abalearon como a fieras a los encerrados caudillos, hasta dejarles sin vida.

### 712.—*Anarquía y dictadura.*

El Ecuador vivió, de nuevo, años de incertidumbre. Aunque el gobierno del señor *Baquerizo Moreno* (1916-20) permitió cierta tregua, en realidad la pugna entre conservadores y liberal-radicales, así como la intervención constante del ejército en la política, provocaban un intenso mal-estar. En tales circunstancias, se produjo un movimiento militar que llevó primero al ministerio de Previsión Social y después a la presidencia al médico *Isidro Ayora* (1925), el cual, contagiado del ambiente dictatorial que se perfilaba en Perú, Bolivia, Chile, etc., dió un golpe de Estado y procedió a imponer un régimen personalista.

Las ideas fascistas habían, también, hecho su camino, y Ecuador contaba con varios años de educación militar italiana. No es de extrañar que en la Constitución de 1929 se injertara un pseudo «Senado corporativo o funcional». Sin embargo, esa misma Carta Fundamental aprobó reformas tan democráticas y esenciales como la del *voto secreto*, lo cual teóricamente al menos, permitiría al pueblo libertarse de la coacción que sobre él se ejercía.

El régimen de Ayora, que se parece en cierto modo a los de Leguía, Ibáñez y Siles, aunque sin su empuje material, cayó cuando cayeron aquéllos, arrastrados por la vorá-gine de 1930-31. Fué en esta última fecha cuando terminó su mando el dictador ecuatoriano.

Las consecuencias de los seis años de dictadura y de la intromisión del ejército en la política, se reflejaron en la anarquía que siguió a esta etapa. El coronel *Luis Larrea Alba*, popular entre las tropas y hombre de confesada tendencia socialista, ocupó por pocos días el gobierno; no tar-



dó en verse obligado a dimitir. Se llamó a terminar el período presidencial al señor *Baquerizo Moreno*. Ante las crecientes dificultades políticas y electorales que se acentuaron en el Congreso, éste anuló la elección de don *Neftalí Bonifaz*, alegando que este acaudalado terrateniente ecuatoriano, miembro del conservatismo había dado muestras de ser ciudadano del Perú. El desconocimiento de la elección de Bonifaz agrió los ánimos. Un famoso regimiento, el «*Bolívar*» se sublevó en Quito, y durante casi una semana la bala imperó en la ciudad (agosto de 1932). Sofocada la rebelión, el presidente del Senado, doctor *Guerrero Martínez*, rodeado por un ministerio de tendencia socialista, procedió a realizar nuevas elecciones, en las que salió electo el Ministro de Hacienda, señor *Juan de Dios Martínez Mera* (1932-1933).

La impopularidad del nuevo presidente quedó de manifiesto el mismo día de su toma de mando. Desde el Congreso, la oposición se obstinó en cerrarle el camino, torpedeándole todos sus ministerios, hasta que, prácticamente, no quedó sino la disyuntiva de una dictadura con disolución del Congreso, o la simple y llana dimisión presidencial. Como Martínez Mera no contaba con el ejército, tuvo que tomar este último partido. Fué electo en su reemplazo el líder de la oposición, doctor *José María Velasco Ibarra*, apoyado por los conservadores, contra el candidato socialista Carlos Zambrano.

El doctor Velasco Ibarra, notable hombre de gabinete y cátedra, y gran orador, no alcanzó a un año en el gobierno.

La presión del ejército y del Congreso lo pusieron en el trance de dimitir.

Los cinco años siguientes, a partir de la dictadura del ingeniero *Páez* en 1934, se han caracterizado por constantes cambios políticos. Si bien no se han producido conmociones tan cruentas como el levantamiento de 1932, no por eso ha sido regular ni pacífica la vida pública ecuatoriana. La lucha entre los radical-liberales y los conservadores se ha atenuado por la nueva beligerancia de otros partidos —el socialista y el comunista, etc.— a menudo más teóricos que prácticos. En 1940, hubo un ruidoso proceso electoral, en el que nuevamente se presentó como candidato, apoyado por gran fuerza popular, el doctor Velasco Ibarra, (de vuelta de largo exilio). Bajo la acusación de que conspiraba, el doctor Velasco Ibarra fué puesto fuera de la ley y expulsado del país. Su rival, el doctor *Carlos Arroyo del Río*, ungido Presidente, inauguró su gobierno poco después. Durante su período se

han presentado al país graves problemas engendrados por la guerra mundial y por el conflicto de límites entre Perú y Ecuador (1941), que, al fin, quedó definitivamente zanjado por el protocolo de Río de Janeiro (enero de 1942), con el cual se restableció la paz entre ambos países. Ecuador rompió relaciones con el Eje en esa misma fecha.

### *Hacia una rectificación popular.*

El conflicto bélico de 1941 con el Perú, quedó zanjado en la conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, reunida, a propuesta del Canciller chileno, Juan Bautista Rossetti, el 15 de enero de 1942, a raíz del ataque japonés a Pearl Harbor. Ahí, los plenipotenciarios de Ecuador y Perú acordaron las fronteras definitivas entre ambos países y convinieron en nombrar una comisión internacional, encargada de ello.

En Ecuador el arreglo no fué ni podía ser popular. Coincidió esto con el propósito gubernativo del presidente Carlos Arroyo del Río, de mantener fuera de toda posibilidad electoral al doctor José María Velasco Ibarra, quien, desde su destierro en Argentina y Chile, había visto notablemente incrementado su prestigio y se presentaba como un líder democrático.

En junio de 1944, estalló un movimiento de tipo popular y militar que trajo a tierra al régimen del señor Arroyo del Río, y que, después de un brevísimo interregno de junta provisoria, llamó al doctor Velasco Ibarra, el cual asumió la presidencia de la República y empezó a colaborar con una Asamblea Constituyente, encargada de rectificar la Carta Fundamental del Estado.

Aunque el señor Velasco Ibarra declaró su respeto a los pactos internacionales, incluyendo el arreglo limítrofe de Río de Janeiro, por otra parte ha procesado a los firmantes y promotores de dicho acuerdo, que considera lesivo a los intereses ecuatorianos. Además, ha iniciado una nueva política con respecto a los obreros. En lo tocante a la soberanía territorial, ha declarado que ninguna parte del territorio ecuatoriano, tanto el continental como el insular, podrá ser materia de enajenación alguna, lo cual desvirtúa la posibilidad de que dicho país entregue en arriendo o venta la isla de Galápagos, considerada como uno de los pilares de la defensa del Canal de Panamá.

## PERU: RETORNO AL MILITARISMO

713. — *Apogeo y caída del civilismo.*

La presidencia de *López de Romaña* (1899-1903), que siguió al progresista período de Piérola, representó, políticamente, el resurgimiento del *Partido Civil* y, por tanto, de la oligarquía nacional, conocida bajo el nombre de «civilismo», contra la cual batallara Piérola muchos años, pero con la que pactó en 1895.

Lima, la aristocracia colonial y la Iglesia recuperaron entonces posiciones, y, al par, el capitalismo extranjero ganó nuevas batallas, con redoblado vigor.

A Romaña lo sucedió el ex presidente del Partido Civil, don *Manuel Candamo*, quien apenas alcanzó a gobernar pocos meses. Murió, pero, como antes que él había también muerto su primer vicepresidente, asumió el poder para dirigir las elecciones el segundo vicepresidente, don *Serapio Calderón*. Los comicios ungieron, en medio de una lucha enconada, en que el popular caudillo Piérola se presentó como opositor al civilismo, a don *José Pardo*, hijo del fundador del Partido Civil (1904-1908).

El gobierno de Pardo se desenvolvió en paz y en creciente bonanza. Durante su tiempo se produjo la independencia de Panamá y se acentuaron los esfuerzos para resolver los litigios de fronteras. La labor de Pardo en pro de las escuelas y del armamentismo nacional, excitado por la prolongación del litigio con Chile, se desarrolló sin estorbos, excepto uno que otro conato de amotinamiento, sobre todo a fines de su período. Asomó entonces cierta inquietud social, que hizo pensar en la necesidad de una legislación obrera adecuada, pero los debates se complicaron en forma de anular los esfuerzos de algunos parlamentarios por mejorar las condiciones de los obreros.

A Pardo lo sucedió su ex Ministro de Hacienda, don *Augusto B. Leguía* (1908-1912), con quien se incrementó el régimen impositivo. Aunque cumplió íntegramente su período, durante su gobierno se fortaleció el militarismo, y los partidos políticos tradicionales hicieron crisis. Leguía era también miembro del civilismo, pero quiso formarse grupo propio. Sus manejos políticos produjeron escisiones y des-

contentos. Finalmente, el 29 de mayo de 1909 estuvo a punto de verse victimado por un motín que capturó el palacio de gobierno y al propio presidente. Desde ese instante, Leguía se apoyó más y más en el ejército, que le fué leal. A menudo conjugó los asuntos externos de acuerdo con los internos. En 1909 estuvo a punto de estallar una guerra con Bolivia; en 1910, una con Ecuador, cuando este país desconoció de antemano el Laudo Arbitral del Rey de España; la situación con Chile llegó a la ruptura de relaciones. Con Colombia surgieron desavenencias cruentas.

Se veía perfilarse en Leguía una voluntad dictatorial, entrabada por la presencia de un caudillo popular, Piérola, y los residuos de viejos partidos aun poderosos.

La gestión económica buscó el equilibrio presupuestario en los *empréstitos*, especialmente mediante la *Peruvian Corporation* y los banqueros ingleses.

Leguía pretendió dejar el gobierno a un hombre de su confianza, pero la opinión popular, ya en el pleno auge, pudo más que sus designios. En medio de un paro general y precedidas por varias huelgas, se realizaron las elecciones que dieron el triunfo a don *Guillermo Billinghurst* (1912). Como surgieron dificultades en el escrutinio de los votos, el Congreso dirimió en favor de Billinghurst, quien llevaba como vicepresidente a un hermano del presidente Leguía.

#### 714.—*Reaparición del militarismo.*

Hasta ahí, desde 1895, el ejército había vuelto a sus tareas profesionales, bajo la tutela de misiones francesas técnicas.

Billinghurst, maniatado por el Congreso que le había dejado Leguía, pero aspirando a una profunda transformación estructural, se apoyó abiertamente en las masas populares, desdeñando demasiado a los políticos profesionales y a los militaristas (no a los militares), ensoberbecidos desde el tiempo de Leguía. Tuvo un despertar amargo. Su propio Jefe de Estado Mayor, coronel *Oscar R. Benavides*, lo derrocó. Víctima de la jornada, asesinado en su lecho mientras dormía, fué el general Enrique Varela, Ministro de Guerra (febrero de 1914). Billinghurst partió hacia el destierro.

Debía reemplazar a Billinghurst, ya que se invocó la constitución para derribarlo, el vicepresidente *Roberto Leguía*, pero se había formado una *Junta de Gobierno*, bajo la presidencia del coronel *Benavides*, quien, proclamado presi-



dente provisorio el 15 de mayo de 1914, duró en el poder hasta septiembre de 1915. Continuos motines y asonadas lo obligaron a transmitir el mando antes de tiempo.

Durante el gobierno provisional de Benavides, de tipo totalmente militar, estalló la guerra europea; se emitieron billetes circulares y se llevaron a cabo varias transacciones sobre petróleo y sobre el puerto de Malabrigo. La acción del capitalismo extranjero se dejaba sentir poderosamente. Pero, no pudo esto impedir la crisis. Cuando Benavides abandonó el gobierno, para ser sustituido por José Pardo, nuevamente electo, el país estaba en alarmantes condiciones financieras.

Puede calificarse el segundo gobierno de *Pardo* (1915-1919) como una transición entre el militarismo y el civilismo. Si bien le tocó aprovechar las consecuencias del alza de productos nativos, no atinó a desarrollar un plan económico adecuado.

En las postrimerías del gobierno de Pardo, los conflictos obreros se aguzaron grandemente. No era sólo el ejemplo de la Europa convulsa de la trasguerra, sino también la crisis en ciernes. Sangrientos paros y huelgas (mayo de 1919) aceleraron la caída del régimen, lo cual fué precipitado por una circunstancia política: la sospecha de que se pretendía cerrar el paso a Leguía, vuelto del exilio con gran popularidad, merced a sus consignas de abaratar las subsistencias y viviendas, y de ampliar la petición peruana en el litigio con Chile. Mediante un golpe militar, *Leguía* —ya ungido, además, por los votos— entró al gobierno el 4 de julio de 1919; no lo abandonaría hasta que otro motín militar lo obligó a dimitir el 24 de agosto de 1930.

#### 715.—*La dictadura de Leguía.*

Leguía hizo promulgar una nueva Constitución (1920), en la que se pretendía dar al país una incipiente organización *descentralizada*, que fracasó. Pero, si bien el sistema no tuvo éxito, en cambio, es indudable que este régimen se caracterizó por el progreso de la clase media y la hegemonía de los provincianos, pero desde Lima y para Lima. La oligarquía sufrió rudo ataque de los recién llegados a la política. Los militares apoyaron resueltamente el nuevo orden. Se abolió la no-reelegibilidad del presidente, de suerte que, sin mayor pena, Leguía se hizo reelegir en 1924 y en 1929,

esta última vez para caer en seguida, arrastrado por la crisis de aquel tiempo.

Amanecida la etapa de 1919 al calor del movimiento pro reforma universitaria, sin embargo pronto se definió Leguía contra las inquietudes estudiantiles, pero el 3 de mayo de 1923, en que pretendiera consagrar la República al Corazón de Jesús (repitiendo el acto de García Moreno), tuvo que ceder bajo la presión de los estudiantes y obreros, conducidos por un joven líder, *Víctor Raúl Haya de la Torre*.

Leguía ejerció una dictadura un poco a lo incaico, por lo autocrático y paternal, salvo algunos casos de dureza y crueldad. Si en su tiempo se le juzgó implacable, comparados sus métodos con los posteriores, parecen más benignos. Para cohonestar su autoritarismo y su continuismo, dedicó grandes sumas a obras públicas, especialmente caminos. Para eso, no tuvo reparo en apelar a cuantiosos empréstitos e inclusive a la enajenación perpetua de la red ferroviaria del país, en beneficio de la empresa inglesa *Peruvian Corporation*. Los capitales norteamericanos ejercieron soberana tutela sobre la vida económica nacional. Los embajadores de esa nación llegaron a aparecer como cuasi funcionarios políticos, de incontestable autoridad. La mayor acusación que se hace a este régimen proviene de su gestión económica, aun más que por su ataque a las libertades individuales de asociación y de prensa.

En el aspecto internacional, el régimen de Leguía dió remate a dos de los más antiguos litigios de fronteras: el de Chile y el de Colombia. Los tratados Salomón-Lozano (1927) y Rada-Figueroa (1929) fijaron las fronteras nor-oriental y sur del país respectivamente.

#### 716.—*El militarismo en auge.*

En 1930, aguda ya la crisis mundial, pudo obtener éxito un movimiento revolucionario contra Leguía. El 22 de agosto se sublevaba, en Arequipa, el comandante *Luis Sánchez Cerro*, y el 24, la guarnición de Lima obligó al presidente a renunciar. En pocos meses se sucedieron varios gobiernos efímeros: hasta que en marzo de 1931, la Junta de Gobierno, presidida por don *Elías Samánez Ocampo*, convocó a elecciones bajo voto secreto y con el sistema de lista incompleta, y entregó el mando a *Sánchez Cerro*, cuyo adversario electoral, con volumen de votos casi igual, fué *Haya de la Torre*. Haya de la Torre había fundado en el destierro

el *Apra* (Alianza Popular Revolucionaria Americana), primer partido antimperialista de América latina, de filiación democrática, popular y orientado hacia un socialismo de moldes típicamente americanos.

Después de mucho tiempo, se oponían en el Perú dos fuerzas populares, una de ellas de carácter místico: la *aprista*. Sánchez Cerro representaba el viejo caudillismo, con todos sus defectos y cualidades, evocación de Melgarejo. En cambio, Haya de la Torre y el Aprismo encarnaban una decisión juvenil, mesiánica y doctrinal. Entre el 8 de diciembre de 1931, en que subió al gobierno Sánchez Cerro, y el 30 de abril de 1933, en que cayó asesinado, cuando se hallaba en marcha una guerra contra Colombia, el país vivió días de pesadilla. Después de mucho tiempo volvía a saberse de fusilamientos en masa (como los de Trujillo, Huaraz y San Lorenzo, en 1932) y de sublevaciones populares armadas. Síntoma de esos tiempos, bastará decir que el ex presidente Leguía fué dejado morir en la prisión; que Haya de la Torre, el líder de oposición, encerrado en la penitenciaría 15 meses, estuvo a punto de ser fusilado; que el ex presidente de la Junta de gobierno, comandante Jiménez, murió en un conato revolucionario (1933), y que el presidente Sánchez Cerro sucumbió a bala.

El Congreso eligió para completar el período de Sánchez Cerro al entonces jefe del ejército, general *Oscar R. Benavides*. Iniciado su gobierno bajo aparentes auspicios de paz, pronto ésta cedió el paso a la violencia.

En 1936 se realizaron las elecciones generales. Como a Haya de la Torre, nuevamente candidato, aunque perseguido, se le descalificara en vísperas de los comicios, el aprismo y sus aliados lanzaron la candidatura del señor *Luis A. Eguiguren*. Iba éste venciendo en los escrutinios al candidato oficial, cuando se suspendió el recuento de votos, y el general Benavides, de acuerdo con el Congreso, que ese mismo día se declaró cancelado, resolvió prorrogarse por tres años y reasumir, dictatorialmente, el poder legislativo y el ejecutivo en su persona.

Un levantamiento militar encabezado por su propio Ministro de gobierno, general Antonio Rodríguez, decidió al general Benavides a llevar a cabo las anunciadas elecciones de 1939 (previa una reforma electoral restrictiva de la libertad de sufragio), las que se realizaron sin permitir participar en ellas al partido aprista, colocado fuera de la ley, desde 1936.

En estas condiciones fué designado presidente don Manuel Prado por el período (ampliado también previamente) de 1939 a 1945. Durante este gobierno se suscitó un *casus belli* con el Ecuador el cual después de sangrientas incidencias, quedó solucionado por el Protocolo de Río de Janeiro (enero de 1942), término final del secular litigio de la frontera norte. En la misma fecha el Perú rompió relaciones con el Eje.

El 30 de noviembre de 1944, el Ejecutivo convocó a elecciones generales para el 10 de junio de 1945. Previamente, el Frente Democrático Nacional — en el cual militan el Apra, llamado ahora Partido del Pueblo, el Partido Descentralista, el Partido Democrático Reformista, la Unión Revolucionaria, la Juventud Independiente, etc., — pidió al congreso que se dictara una ley de amnistía y se otorgaran amplias garantías a todos los partidos, derogándose, por tanto, las leyes de excepción.

## CHILE: UNA DEMOCRACIA JERARQUICA

717. — *Predominio del parlamentarismo.*

La caída de *Balmaceda* tuvo, como efecto principal, entronizar el régimen parlamentario, más aún, la hegemonía parlamentaria. Lo paradójico del caso es que entre los adversarios del presidente suicida, que era de tendencia autoritaria y personal, pero antioligárquica, figuraba una combinación de pelucones, cuyo baluarte principal estaba en el Senado, y de los nuevos elementos radicales, tenidos por entonces como extremistas. Se juntaban así los que defendían el régimen liberal (en su acepción específica) y los que defendían sus privilegios. Balmaceda no pudo, como hemos visto, resistir tal conjunción.

El gobierno de *Jorge Montt*, jefe militar de las fuerzas que derrocaron a Balmaceda, hubo de habérselas con la reconstrucción de la República y, según ya dijimos, aumentó la cuota de empréstito colocados en Inglaterra. Le correspondió a la presidencia de don *Federico Errázuriz Echa-*



ren, cuya muerte ocurrió siendo jefe del Estado (1901), solucionar el conflicto fronterizo con la Argentina, cuya tensión llegó a amenazar con una guerra en 1898. Tuvo además que soportar la tiranía del Parlamento, lo que, en suma, significaba acogerse al despotismo del electorado, y, como éste se encontraba sumamente mediatizado por el cohecho, resultaba que el poder público lo concentraban los grandes propietarios de tierras y los antiguos pelucones, apenas atenuados por el recién surgido radicalismo y por los demócratas, numerosos, pero sin medios para imponerse.

En Chile (aparte de sus problemas internos, que ya despuntaban bajo la forma de continuas algaradas en la zona norte, es decir, en la región industrializada del salitre), existía un problema externo de creciente gravedad: el de Perú. A causa del incumplimiento de la cláusula tercera del Tratado de Ancón, según la cual se debía verificar un plebiscito en Tacna y Arica a los diez años de firmado el pacto (esto es, en 1894), Chile y Perú desataron una violenta ofensiva diplomática, origen del frustramiento de varias Asambleas panamericanas, como la de 1902 en México, pues los organizadores se veían obligados a limar el temario para que no se dividiesen los pareceres respecto a aquel asunto. El Presidente *Germán Riesco* (1901-1906), se apresuró a finiquitar acuerdos cordiales con Argentina, y, mediante los *Pactos de Mayo*, se convino en someter a arbitraje cualquier asunto que surgiera, así como limitar las adquisiciones navales. Sin embargo, Brasil, precisamente entonces, empezó a aumentar su flota de guerra.

Riesco zanjó definitivamente la paz con Bolivia, y adquirió a título perpetuo el antiguo litoral de esa República (1904), a cambio de una indemnización en dinero y de la construcción del ferrocarril Arica-La Paz, con facilidades especiales para los bolivianos.

### 718.—*La agitación social.*

Mas, fué en lo interno donde Riesco hubo de concentrar mayor atención. El movimiento democrático, nacido en la zona del litoral, había adquirido gran auge en las salitreras, donde *Luis Emilio Recabarren* adquiría el volumen de un conductor incontestable para las masas obreras. En 1903, la agitación aumentó al punto de estallar una bien organizada y agresiva huelga en las Compañías de Vapores de Valparaíso. El gobierno sofocó el motín por la violencia. El

saldo de muertos que dejó aquel conato, lejos de aminorar la agitación, le sirvió de incentivo.

Coincidió aquella efervescencia con una ola de encarecimiento de las subsistencias. En Santiago se produjeron varios movimientos de descontento y protesta, que culminaron, en 1905, con una insurrección de proporciones. El gobierno, que nuevamente actuó con energía, hubo de inclinarse ante las razones de los amotinados, y creó los primeros Consejos de Habitaciones para Obreros.

Pero, al año siguiente, surgió un conflicto superior a los mencionados: el de Antofagasta, donde los cargadores de playa, dirigidos por Recabarren, plantearon sus demandas en términos disyuntivos. Estalló la huelga general en las salitreras. La crisis financiera acicateaba el descontento. El exceso de emisión de moneda papel había producido un derrumbe financiero. A todo eso vino a sumarse el terremoto que destruyó Valparaíso. Chile se hallaba ante una de sus peores épocas. Parecía que el auge nacido de la segunda Guerra del Pacífico tocaba a su fin. Ante esa realidad, la exasperación gubernativa descargó todo su peso sobre los obreros sublevados. El gobierno de don *Pedro Montt* (el tercer *Montt* presidente: dato muy decidor por cierto), se halló con el agudo conflicto obrero del salitre. Y no atinó a solucionarlo sino por la violencia. El criterio de autoridad predominaba en la mente de los estadistas, ante cuyos ojos resultaba inédito fenómeno la insurgencia de las masas.

#### 719.—*El A. B. C.*

Don Pedro Montt murió siendo presidente. Se había esforzado en incrementar las relaciones de amistad con Argentina. Además, se constituyó por aquel entonces una entidad internacional, el *A. B. C.* (Argentina, Brasil y Chile), a través de la cual se trató de compensar la creciente influencia de Estados Unidos en el Pacífico Norte, y constituir un bloque meridional, que habría desarrollado quizá una mayor actividad, interviniendo en litigios interamericanos, si la circunstancia de que uno de sus miembros tuviera pendiente el más ruidoso de todos los conflictos, no le hubiera restado libertad de acción. De todos modos, el ensayo de *A. B. C.* tuvo interesantes repercusiones en la política continental.

720.—*La legislación social y el auge democrático.*

En 1915 asumió la Presidencia de Chile el señor *Juan Luis Sanfuentes*. Fué una época de gran actividad legislativa, por la constante presión de la insurgencia popular. La clase conservadora chilena, con un sentido político más avanzado que sus similares del continente, comprendió que su papel era el de encauzar el movimiento social, cediendo. Y así lo hizo, por medio de una avanzada legislación en esa materia.

En aquel tiempo, además, alcanzó suma algidez el litigio con el Perú. Culminación de ello fué «la movilización de 1920», hecha en parte con miras electorales, para distraer a la opinión pública y entorpecer el triunfo de un nuevo caudillo, don *Arturo Alessandri*, elocuente diputado que gozaba del unánime apoyo de las masas obreras más aguerridas del país: las del Norte. Conocido por el sobrenombre de «el León de Tarapacá», Alessandri había inaugurado una política nueva en Chile, a la que podría calificarse de «antiportaliana», a base de promesas mesiánicas a la «querida chusma» y apoyándose en el pueblo, en vez de la oligarquía.

Las elecciones presidenciales fueron muy reñidas. Don Luis Barros Borgoño, candidato de la derecha, empató con don Arturo Alessandri, el Mesías de la izquierda (ya se podía dividir el campo de tal guisa).

Nuevamente, el conservadorismo chileno, dando muestras de permeabilidad y equilibrio, procedió a transigir. Un tribunal de honor zanjó las diferencias entre los electores. *Arturo Alessandri* fué designado presidente (1920).

Desde luego, este gobierno se caracterizó, sobre todo en sus primeros pasos, por una mayor acentuación en las leyes sociales. Pero, Alessandri, alma de caudillo, tenía frente a sí, como contrapeso excesivo, un Parlamento mayoritariamente conservador. En el aspecto político, esto lo condujo a un impasse; Alessandri hubo de soportar un golpe militar que retrotrajo a Chile, por muy breve período, a la época preportaliana de las algaradas cuarteleras y la influencia de los capitanes.

Aunque Alessandri fué llamado de nuevo a la presidencia para terminar su período, en 1925, ya se perfilaba en la sombra la hegemonía política del ejército, cuyo representante máximo era el entonces coronel *Carlos Ibáñez*. Pero antes de cederle el paso, Alessandri logró promulgar la

Constitución «presidencialista» de 1925. Ibáñez, después de varios interinatos de civiles, todos dominados por su fuerte personalidad, asumió la presidencia de la República, en un ensayo dictatorial que arrasó con los partidos y usó de sistemas policiales para mantener el orden, pero que, sin embargo, no pudo destruir las principales instituciones del país. Las organizaciones obreras y estudiantiles sufrieron lo más recio del combate de Ibáñez. *El capitalismo norteamericano* creció a su amparo, empezando a derrotar al inglés. Arrastrado por la crisis de 1929, Ibáñez empezó a declinar. En 1931, la huelga general y las algaradas estudiantiles y populares dieron en tierra con su gobierno.

Pidió licencia y en seguida partió al ostracismo.

721. — *El viejo litigio del Norte.*

Durante su presidencia, Alessandri había querido liquidar de una vez el conflicto con el Perú, para lo cual tomó la iniciativa en una carta al gobierno de aquel país. De resultas de ello se abrieron las negociaciones de Washington, cuyo corolario fué el intento de llevar a cabo el plebiscito estipulado por el Tratado de Ancón. El fallo del árbitro, Presidente Coolidge (1925), fué favorable a la tesis chilena, pero el del Representante arbitral en la Comisión plebiscitaria (general Pershing, primero, y general Lassiter, después) secundó el punto de vista peruano (1926). Ello repercutió hondamente en la política interna de Chile, tocante a la personalidad del señor Alessandri. Posteriormente, el presidente general Ibáñez abrió negociaciones directas, que, situadas en Lima, llevaron al *Tratado de Paz y Amistad de 1929*, según el cual, Tacna y Tarata eran devueltas al Perú, y Arica se incorporaba definitivamente a Chile. Así se puso término a un largo litigio, hondamente perjudicial para la paz americana durante medio siglo.

722. — *Orientación más democrática.*

Al general Ibáñez lo sustituyó provisoriamente el señor *Juan Esteban Montero*. Entretanto se habían organizado varios partidos socialistas, y el partido comunista había adquirido vida más activa. El 4 de junio de 1932, los grupos socialistas dieron un golpe de Estado, de acuerdo con un



sector del ejército, y formaron una *Junta de Gobierno Revolucionaria*, cuyos directores eran los señores coronel *Marmaduke Grove*, don *Eugenio Matte* y don *Carlos Dávila*. Después de 11 días de lucha intensa por asentarse, saboteados por diversos sectores, la Junta fué depuesta por uno de sus miembros, el señor Dávila, antiguo embajador del régimen del General Ibáñez.

Entretanto, el ex presidente Alessandri había logrado reagrupar sus fuerzas, limar la oposición que le hacían los conservadores y liberales. Cuando Dávila fué derribado poco después, la candidatura de Alessandri no tenía prácticamente rival serio, sobre todo estando don Marmaduke Grove y Eugenio Matte confinados en la lejana isla de Pascua.

En diciembre de 1932, *Arturo Alessandri* era electo nuevamente Presidente de la República, pero, esta vez— caso análogo al de Núñez en Colombia, al de Castilla en Perú, etc.—, sus mejores compañeros de gobierno fueron sus adversarios de 1920.

Durante el período de Alessandri, las «izquierdas», formadas por los partidos radical, socialista (ya unificado), demócrata y comunista se vigorizaron grandemente. Imitando a España y Francia, constituyeron éstos y otros sectores políticos el *Frente Popular*, cuyo candidato triunfó en las elecciones de octubre de 1938. En diciembre inició, pues, su gobierno don *Pedro Aguirre Cerda*, de filiación radical, electo por el Frente Popular.

A este gobierno le tocó afrontar la crisis de la nueva guerra mundial, así como el desconcierto económico que produjo el terrible terremoto de enero de 1939.

El Presidente Aguirre Cerda falleció en noviembre de 1941, en medio de la congoja general y rodeado del homenaje de todos los partidos. Al declararse la guerra entre los Estados Unidos y el Japón, ejercía la Presidencia el Vicepresidente don Jerónimo Méndez.

Chile mantuvo hasta 1943 su política de no-beligerancia en lo referente a la guerra mundial, y de amplia libertad interior con respecto a todos los credos. Las elecciones presidenciales para ungir sustituto del señor Aguirre Cerda se decidieron en favor de don Juan Antonio Ríos, miembro del Partido Radical, con quien se unieron los mismos partidos que apoyaban a su antecesor, y algunos otros más. El 20 de enero de 1943, Chile rompió relaciones con los países del Eje.

El 11 de diciembre de 1944, mediante un acuerdo fir-

mado en Washington y en el cual intervinieron, como intermediario el Secretario de Estado Edward Stettinius, Chile estableció relaciones diplomáticas y consulares con la Unión Soviética, contra lo cual protestó en público documento, el Partido Conservador.

## ARGENTINA: NUEVAS CORRIENTES

723.—*Arreglo de fronteras. — La doctrina Drago.*

La segunda presidencia del general *Julio A. Roca* (1898-1902), cuya influencia subterránea fué evidente a través de varios regímenes, tuvo como característica el arreglo definitivo de cuestiones territoriales, mediante lo cual la República demarcó mejor no sólo sus límites, sino también su personalidad jurídica. A ello contribuyó grandemente la presencia de dos ciudadanos eminentes en el Ministerio de Roca: *Joaquín V. González* gran educador, y *Luis Drago*, reputado internacionalista.

Drago afirmó, entonces, un principio, conocido bajo el nombre de «*doctrina Drago*», voz de alerta contra el avance capitalista extranjero, grito de «alto» al imperialismo que, teniendo como avanzada las inversiones financieras de sus súbditos, enviaba, tras éstas, sus fuerzas de marina y ejército para imponer su derecho a cobro, según hemos visto ya.

Drago afirmó: Si el derecho moderno ha abolido la «*prisión por deudas*» en el campo individual, lógicamente es inadmisibles mantener su equivalente — la coerción armada — en el campo colectivo; por tanto no procede el cobro coercitivo de las obligaciones internacionales. Principio de una importancia suma, piedra angular de un nuevo derecho internacional.

Por aquella misma época, Argentina celebró con Chile los llamados «*Pactos de Mayo*», a que nos referimos más adelante, limitando los armamentos y adquisiciones navales de ambos países y apartando a la Argentina de participar en el litigio de Tacna y Arica, en el que sus simpatías estaban al lado del Perú. El incidente cuasi bélico de 1898 sirvió para rectificar la política internacional de Chile, y, a su vez, para que la Argentina hiciera lo propio. Además, el árbitro inglés (Eduardo VII) falló en aquel entonces (1902) sobre

el pleito fronterizo de dichos países, con lo que quedó eliminada la posibilidad de un conflicto. Por último, entre Roca y el presidente del Brasil, Campos-Salles, se cambiaron visitas de concordia. De esta suerte, cuando tomó el mando, don *Manuel Quintana* encontró al país exento de problemas exteriores.

#### 724.—*Nuevas formas sociales.*

Las corrientes inmigratorias habían traído consigo desconocidos gérmenes de inquietud. Bastaría señalar el siguiente hecho: en 1869 había 298.854 extranjeros dentro del territorio; en 1914 llegaban a 2.378.217, o sea que se habían casi decuplicado (1.000 por ciento) en menos de medio siglo. Muchos de los extranjeros habían venido buscando mejor campo para emplear sus energías, mayores ganancias o a menudo mayor libertad. Es útil destacar estos dos hechos: el padre del filósofo argentino Alejandro Korn, fué un emigrado alemán, perseguido a causa de sus ideas liberales en su patria; el padre del sociólogo José Ingenieros fué un liberal italiano, emigrado de su país por la misma razón; los hijos Korn e Ingenieros actuaron en el socialismo argentino. Numerosos anarquistas españoles, insatisfechos o perseguidos, se afincaron en Buenos Aires, y, sobre todo, en Rosario. Muchos judíos, también perseguidos, trajeron su ansia de libertad. La industrialización iba *in crescendo*, con su consiguiente cortejo de disciplina obrera, de conciencia social. La clase media se alejaba más y más de las altas clases. De ahí que surgieron, al par, un poderoso movimiento ácrata, cuya sede principal fué Rosario, y uno socialista, que tendría como inspirador principal al doctor *Juan B. Justo*, teórico notable, traductor de «*El Capital*» de Marx.

Durante la presidencia de Quintana, el *socialismo* hizo su presentación oficial en la política argentina. El presidente, a pesar de su abolengo conservador, no le negó su aquiescencia. Para él se trataba de un partido más, y, acaso, de un control para el radicalismo, cuya beligerancia era suma, no obstante la muerte de Alem, y que ahora tenía un caudillo dinámico, astuto, talentoso y terco: *Hipólito Irigoyen*. El radicalismo constituía una fuerza en aumento, y, so pretexto de que la ley electoral era imperfecta y favorecía a la oligarquía, burlando las expectativas del pueblo se ciñó a una estricta *abstención* electoral.

725.—*El radicalismo en marcha.*

El 4 de febrero de 1905, el radicalismo repitió, pero ya con ámbito nacional, la suerte que probara en El Parque, durante el gobierno de Juárez Celman. Esta vez, varias provincias se pusieron de su parte. Y aunque Quintana logró hacer imperar su autoridad, aquel enérgico y violento pedido de libertad de sufragio, con las armas en la mano, aceleró el proceso que en el subsiguiente período presidencial plasmaría una nueva ley electoral.

El año 6 murió el presidente Quintana. Fué un año luctuoso para la República: murieron también Mitre, Pellegrini y Bernardo de Irigoyen, los directores de la política nacional. Una cuarteta satírica de entonces refleja el espíritu de la época:

*Cuando mueran don Vicente,  
don Bernardo y don Bartolo,  
este país se queda solo  
aunque quede mucha gente (1).*

Por entonces se habían dictado las primeras leyes obreras (1904). El partido socialista había ganado, en Buenos Aires, su primera curul parlamentaria, con el diputado *Alfredo L. Palacios*.

Don *José Figueroa Alcorta*, vicepresidente de Quintana, entró a gobernar en seguida. Argentina había alcanzado una envidiable situación en el continente. Se la llamaba como árbitro en el conflicto peruanoboliviano (aunque su laudo fué desconocido entonces por Bolivia, 1909). Mas, en el interior maduraban nuevas corrientes, y la insatisfacción de los radicales, unida al fervor de los socialistas y a la fanática propaganda anarquista, iba a producir serias conmociones.

Una de ellas fué la del 1.º de *mayo de 1909*, en que la capital presenció numerosos motines, y una bomba explotó en pleno teatro Colón, metiendo pánico en el ánimo del vecindario.

En esas circunstancias tomó el mando *Roque Sáenz Peña*, hijo del ex presidente Luis Sáenz Peña, hombre de mundo, cordial, comprensivo, que había combatido con el

---

(1) Federico M. Quintana, «*En torno a lo argentino*», Buenos Aires, 1941, pág. 80. Don Vicente (López), don Bartolo (Mitre).



ejército del Perú, contra el de Chile, en la batalla de Arica (1880). Sáenz Peña, venciendo los prejuicios y presiones de su círculo, dictó la *nueva ley electoral*, hecho de tal significación que él solo marca una época en la vida nacional argentina.

726.—*La Ley Sáenz Peña.*

Sáenz Peña tenía como Ministro del Interior al doctor *Indalecio Gómez*. La nueva ley electoral descansaba en tres postulados principales: *voto secreto*, *voto obligatorio* y *lista incompleta*. Con lo primero se eliminaba la coacción a que daba lugar el voto público; con lo segundo, se impedía la abstención o la indiferencia; con lo tercero, se ponía coto a las listas unánimes, permitiendo así el ingreso de los representantes de la minoría. Aquello ocurría en 1912. La sorpresa y la agitación fueron enormes. Sáenz Peña tuvo que dirigirse al pueblo para explicar la ley e incitar a todos a que contribuyesen al progreso cívico del país, participando en los comicios. El Partido Radical abandonó entonces su abstención. 1000.000 electores de ese partido obtuvieron en Buenos Aires un ruidoso triunfo. Había sido una revolución incruenta, pero efectiva. Sáenz Peña murió en 1914, siendo presidente, mas, desde el año anterior, ya había confiado el poder a su vicepresidente, el doctor *Victorino de la Plaza*. Se hallaba éste en el gobierno cuando estalló la guerra europea, y la crisis hincó su garra en el organismo económico de la República.

727.—*El radicalismo al poder.*

Las elecciones de 1916 dieron una victoria rotunda a *Hipólito Irigoyen*, candidato de la Unión Cívica Radical. Alrededor de 400.000 votos sellaron su triunfo. Hombre sobrio, concentrado, de una rara popularidad (pues la había forjado sin exhibicionismos ni halagos a las masas), tenaz, de tipo puritano, nacionalista extremado, desdeñoso de la oligarquía, Irigoyen ejercía un extraño sortilegio sobre el pueblo, más acaso por sus ausencias que por su presencia. Mantuvo a toda costa la neutralidad argentina durante la guerra mundial. No trepidó en enfrentarse a un vicio nacional, el de las carreras de caballos, prohibiéndolas en los días de trabajo, así como prohibió la ruleta. *Declaró de propiedad nacional los yacimientos petrolíferos del país*, coincidiendo

con los postulados nacionalistas de la revolución mexicana, cuya Constitución de 1917 había sancionado solemnemente idéntico principio. Amplió la legislación sobre el trabajo. Creó la Universidad de El Litoral, y, producido el vigoroso y significativo movimiento de la Reforma Universitaria (1918), cuyos alcances fueron más allá de las aulas, lo apoyó resueltamente.

Al terminar su período, quedó en lugar suyo *Marcelo de Alvear* (1922), perteneciente a una aristocrática familia argentina, pero afiliado al radicalismo desde los tiempos de Alem. Durante el gobierno de Alvear se produjo la escisión en el radicalismo, entre los antipersonalistas, que eran una «élite», y los personalistas o «peludistas» (Irigoyen era llamado «el peludo» por su supuesta analogía espiritual con el armadillo, llamado peludo en la Argentina).

El socialismo hizo firmes progresos, pero sólo en Buenos Aires. Mas, nada de esto logró arrebatar a Irigoyen el indiscutible comando de las masas argentinas. Lo demostró en 1928, cuando teniendo al frente a Leopoldo Melo, candidato del antipersonalismo, lo venció decisivamente, inaugurando un nuevo período presidencial (1928).

Pero, el *Irigoyen* de la segunda presidencia no era ya el de la lucha del año 5 ni el presidente del anterior período. Había envejecido mucho, y aunque conservaba intactas sus virtudes esenciales (su antimperialismo, su nacionalismo constructivo, su sentido de la unidad nacional, reflejado en algunas de sus «intervenciones» federales), le vencía el burocratismo desarrollado en el seno de su propio partido y los achaques físicos que le sobrevinieron con los años. Tuvo que delegar el poder al *vicepresidente Martínez*. En esa situación se hallaba el poder ejecutivo el 5 de septiembre de 1930, cuando, a consecuencia de la tantas veces nombrada crisis de 1929 y de cierta anarquía administrativa desarrollada a la sombra de la enfermedad de Irigoyen, se hizo inminente el estallido militar, preparado por las altas clases de riqueza agropecuaria.

#### 728.—*Reacción oligárquica.*

En efecto, el 6 de septiembre, el Colegio Militar avanzó hacia Buenos Aires, teniendo como jefe al general *José F. Uriburu*. Fué una victoria fácil. Uriburu asumió el gobierno de *facto*. El 8 lo anunciaba solemnemente. Disolvió el Congreso; decretó la intervención federal en todas las

provincias, salvo en dos (San Luis y Entre Ríos); dictó el estado de sitio para todo el país, a cuya sombra se desataron persecuciones y confinamientos, entre ellos contra el anciano presidente Irigoyen, apresado a raíz de su dimisión.

Naturalmente, los radicales, perseguidos como enemigos públicos, trataron entonces de resistir. La provincia de Corrientes se sublevó contra la dictadura de Uriburu. Fué vencida.

Después de año y medio de este régimen, se convocó a elecciones generales. Tres fórmulas presidenciales se presentaron a disputar el poder: la democrática-progresista-socialista (De la Torre-Repetto), la radical antipersonalista (Justo-Roca) y la radical personalista Alvear-Guerra). Uriburu vetó a esta última, que era la más popular, eliminando así del proceso al radicalismo. Nuevamente el partido de Alem decretó la abstención. El general *Agustín Justo*, vencedor, inició su gobierno en febrero de 1932.

Este gobierno se señaló, dentro de una aguda crisis económica, por la creciente influencia británica, manifiesta en el contrato de coordinación de transportes y los pactos sobre monopolio de carne congelada y por la reiterada hostilidad al radicalismo. En esa época, después de múltiples padecimientos físicos y morales, a causa de la prisión y la persecución a que se le sometiera, murió Hipólito Irigoyen (3 de julio de 1933). Su sepelio fué una apoteosis, eco de la profunda popularidad del jefe radical en el pueblo argentino.

Justo se esforzó en robustecer los vínculos de la Argentina con el Brasil, para lo que cambiaron visitas él y Getulio Vargas, iniciador del primer régimen totalitario de Sudamérica. Buscó el apoyo del catolicismo, ya fuerza política desde el Congreso eucarístico de 1934, en Buenos Aires. Se alentó también entonces la vindicación de Rosas a la sombra de una suerte de nacionalismo antibritánico y, en ciertos aspectos, profascista. En diciembre de 1936, Buenos Aires fué sede de la Conferencia Interamericana, en que Franklin D. Roosevelt definió los alcances de su nueva política de Buena Vecindad.

En 1938, con el apoyo de los conservadores, fué electo presidente, el doctor *Roberto Ortiz*, radical antipersonalista, quien, sin embargo, inició un régimen de creciente libertad que permitió el triunfo de los radicales en varios procesos electorales a que se presentaron. Pero, el agravamiento de una vieja dolencia que padecía, obligó al doctor Ortiz a

abandonar temporalmente la presidencia, entregándola al vicepresidente, doctor *Ramón S. Castillo*, de tendencias conservadoras, bajo cuya autoridad se suscitaron conflictos de orden constitucional. Finalmente, el doctor Ortiz falleció a mediados de 1942, con lo cual la política de neutralidad ante la guerra mundial fué visto oficialmente más robustecida.

### *Caída del régimen civil.*

La muerte del Presidente Ortiz llevó al gobierno, según se ha dicho, al señor Ramón Castillo, su vicepresidente. La actitud de éste con respecto a las Naciones Unidas, así como su visible propósito de «dirigir» el proceso electoral de 1943, para imponer a un candidato conservador, provocaron intensa reacción de los partidos democráticos, la cual fué aprovechada por un grupo militar, que dió el golpe de Estado del 4 de junio de 1943, en que, mediante una marcha de los cuarteles al Palacio de Gobierno, después de algunas escaramuzas cruentas, el ejército asumió el control del país. Al principio ocupó la jefatura provisional del Estado, el general Rawson, en vista de que el General Ramírez, ex ministro de guerra del señor Castillo, había sido detenido. Confianza en que el nuevo régimen rectificaría la política neutralista del señor Castillo, la Secretaría de Estado de Washington se apresuró a reconocer la nueva situación. En tanto, el general Ramírez habíase hecho cargo del poder. La neutralidad fué afirmada. Las tentativas de reconciliar a la Argentina con las Naciones Unidas fracasaron ruidosamente al publicarse, (3 de setiembre) las cartas cambiadas entre el almirante Storni, ministro de Relaciones Exteriores argentino, y el secretario de Estado norteamericano, señor Cordell Hull. Posteriormente, en medio de un rudo ataque por parte de los elementos democráticos, el general Ramírez se allanó a romper relaciones con el Eje (26 de enero de 1944), pero, a los pocos días fué sustituido por su vicepresidente, el general Edelmiro Farrell, a quien asiste, como figura central, el coronel José D. Perón.



## BOLIVIA: UNA GUERRA DESCONCERTANTE

729.— *Tratando de liquidar problemas.*

El traslado de la capital a La Paz, a raíz de la revolución separatista o federativa, lejos de favorecer la unidad nacional la lesionó considerablemente, dando mayor agudeza aún al regionalismo. La rivalidad entre Sucre (la ciudad de los siete nombres) y La Paz fué un nuevo problema. En adelante, el Poder Ejecutivo no pudo apartarse de la nueva capital efectiva, pero el Poder Judicial y el arzobispado se mantuvieron en la anterior.

*Pando* gobernó de 1900 a 1904. En su época, el avance imperial brasileño sobre la zona cauchera asumió caracteres agresivos, tanto en lo referente a Bolivia como a Perú. Fué así como, misteriosamente alentada por manos poderosas, despuntó la revuelta separatista de *Gálvez*, en la provincia del *Acre*. En realidad, era el caucho la causa principal de aquel episodio, tan parecido a lo que Estados Unidos hizo en Texas, con respecto a México, y a lo que otras veces se trató de poner en juego en lo pertinente a Santa Cruz de la Sierra, también lejana provincia boliviana. Estuvo a punto de estallar la guerra entre Brasil y Bolivia. Ocurrieron algunas escaramuzas. Al fin, en 1903, se firmó el *tratado de paz de Petrópolis*, por el cual Bolivia cedía a Brasil el Acre y recibía, en cambio £ 2.000.000 para emplearlas en ferrovías.

El gobierno siguiente, en manos de don *Ismael Montes*, político con envergadura de estadista, siguió desbrozando el camino de asperezas internacionales. En efecto, el año 1904 dió carta de ciudadanía a la cesión del litoral, que Chile retenía desde la guerra del 79, convirtiendo al país en nación mediterránea, a cambio de una indemnización en dinero efectivo, de la construcción del ferrocarril Arica-La Paz por Chile, y de privilegios especiales para Bolivia en el puerto de Arica. Convencido de que el país necesitaba una enérgica política vial y educativa, Montes se dedicó a estas dos tareas, y además dió los pasos necesarios para liquidar la cuestión de límites con Perú, sometida al arbitraje del presidente argentino. Pero, al bosquejarse la posibilidad de un laudo adverso, surgieron nuevas dificultades (1909).

Había sucedido a Montes (1909-1913) don *Eliodoro Villazón*, veterano político y hombre de negocios, muy vinculado a la oligarquía plutocrática nacional. Venciendo muchas dificultades, se convino, entre los plenipotenciarios peruano y boliviano (*Polo* y *Bustamante*, respectivamente), un acuerdo de fronteras. Pero, en general, la política no progresó mucho. Prosiguieron las banderías de tinte personalista y el alejamiento del pueblo de la cosa pública.

*Montes* volvió al poder para el período 1913-1917, durante el cual se produjo la guerra europea y, por consiguiente, Bolivia experimentó cambios en su estructura económica. Teóricamente, el pueblo debió entonces enriquecerse considerablemente, ya que los principales productos nativos (especialmente el *estaño*) alcanzaban inmensa cotización en los mercados europeos, pero, en los hechos, aquella riqueza fué a beneficiar casi exclusivamente a un pequeño grupo de financistas, a cuya cabeza se hallaba *Simón Patiño*, rey del estaño.

730.— *Auge y decadencia del partido liberal.*

El segundo período de Montes — cuya popularidad, según Alcides Arguedas, sólo pudo ser comparable a la de Linares, en 1857 (1)—, se caracterizó por su actividad financiera. La fundación del Banco de la Nación, con la exclusividad de emitir billetes, fué causa de intenso debate y, luego de ser aprobado esto, se produjo un evidente desequilibrio económico. Para acallar la grito opositora, y aprovechándose de la circunstancia de haberse iniciado la guerra mundial, Montes decretó el estado de sitio en el país, a partir del 18 de agosto de 1914. El *Partido Republicano* se le puso al frente, causándole grandes molestias. El liberalismo, cuya encarnación era Montes, se vió mermado. A esto contribuyó la misteriosa muerte del general Pando, a mediados de 1917, atribuída a la camarilla presidencial. Y aunque ya había sido elegido presidente don *José Gutiérrez Guerra*, también liberal, quien venció al candidato republicano Escalier, prácticamente se adivinaba que aquel predominio no iba a durar mucho. El malestar administrativo era muy hondo. En materia de política externa e interna reinaba innegable desconcierto. No obstante el tratado de 1904, Bolivia creyó, en vista de las declaraciones del presi-

(1) Arguedas, «*Historia General de Bolivia*», La Paz, 1922, pág. 545.

dente Wilson, que era llegado el momento de revisar el tratado de paz con Chile, a fin de recuperar su litoral y hacerse parte en el conflicto entre Chile y Perú, teniendo como portavoz a Montes, el mismo propiciador del pacto de 1904.

731.—*El Partido Republicano en el gobierno.*

Por fin, en julio de 1920, el gobierno de Gutiérrez Guerra — y con él, inevitablemente, el partido liberal — fué derrocado por el *partido republicano*, a cuya cabeza se hallaban los señores *Bautista Saavedra* y *José M. Escalier*. Durante un semestre ejerció el mando una *Junta de Gobierno* (Saavedra, Escalier, Ramírez), hasta que en enero de 1921 se eligió presidente al primero de los nombrados. Comenzaba la acción del partido republicano.

En realidad, este poder se circunscribió al período de Bautista Saavedra, pues su sucesor, *Hernando Siles* (1926-1930), ex rector de la Universidad de Sucre y ex presidente de su Corte Suprema, trató de formar un partido propio — el nacionalista — y desarrollar las teorías y sistemas anexos a los gobiernos fuertes entonces en boga, como fueron los de Leguía, Ayora, Irigoyen, etc. Coincidió aquello con el auge de la penetración norteamericana (palpable en el extorsivo empréstito que pactó con Saavedra en 1924) y su acción sobre el petróleo, así como con la crisis financiera, común a todo el mundo a partir de 1928-1929. Siles, que pretendió prorrogarse el mando (en lo que no hacía sino estar de acuerdo con los métodos de varios de sus colegas de otras repúblicas), no pudo soportar un violento motín encabezado por los estudiantes y el ejército, al cual no había querido reconocer el Presidente las exageradas prerrogativas que le habían acordado otros gobernantes. Siles cayó del gobierno, casi al mismo tiempo que Leguía, Irigoyen, Ayora, Florencio Arosemena, Ibáñez y Washington Luiz.

Después de un interinato militar, siempre bajo la influencia de Patiño, fué electo presidente *Daniel Salamanca*, republicano (1931), veterano opositor de Montes, bajo cuyo gobierno se rompieron las hostilidades del Chaco.

732.—*La guerra del Chaco y sus consecuencias nacionales.*

La guerra del Chaco fué un gran espejismo y una gran quiebra. Bolivia, cuidadosamente preparada en lo militar, bajo la vigilancia de técnicos alemanes (el general Kundt, sobre todo), creyó poder realizar una campaña rápida. No contaba con el medio ambiente, ni con que la mayor parte de su ejército, constituido por hombres de puna y valle templado, no podría soportar la terrible hostilidad de la selva tropical y los medios de lucha que ella impone. Los paraguayos, más habituados a tal género de campaña, se hallaban en condiciones superiores para combatir allí. A lo largo de esos años, en los cuales la indiferencia de los países americanos y la lenidad de la Sociedad de Naciones hizo posible la prosecución de las hostilidades, ambos países se desangraron espantosamente. Y, algo peor, en cuanto a política interior, ambos quedaron desquiciados, especialmente Bolivia.

El ejército, descontento de los políticos, si bien toleró, en plena guerra, el traspaso de la presidencia al señor *Tejada Sorzano* (1934), no se resignó ya a permanecer como espectador, y pronto reclamó para sí la plenitud del poder. Los nombres del general *Blanco Galindo*, político y militar de transición, y de los militares coronel *David Toro* y comandante *Germán Busch*, abren, en esa luctuosa etapa de la liquidación de la guerra del Chaco, nuevamente la era del militarismo teñido de más o menos pasajeros matices socialistas.

Esto era inevitable. De la guerra no podían salir los bolivianos indemnes en lo social y lo político. Un nacionalismo agresivo, de cierto contenido colectivista, aunque jamás exento de la influencia de los grandes negociantes de minerales (*Patiño*, *Hostchild*, etc.), sustituyó a la vieja politiquería. En tiempo de *Toro* se decretó la nacionalización del petróleo y la consiguiente creación de los yacimientos petrolíferos bolivianos. Con *Busch* (37-39), joven militar, vehemente y decidido, se acentuó esta política reivindicatoria, en lo que un socialismo, más o menos discutible, contaba como aliado con una no discutible realidad autoritaria. (*Busch* se había proclamado dictador desde 1938).

Esta situación psicológica y social, que todavía pesa sobre Bolivia, sufrió un rudo golpe con la misteriosa muerte del popular presidente *Busch* en su propio palacio (agosto



de 1939). Como tantas veces, un gobernante boliviano desaparecía de la vida en forma violenta.

Al ocurrir el dramático suceso, era vicepresidente de la República don *Enrique Baldovino*, joven líder socialista, pero los militares decidieron entregar el mando al jefe del ejército, *general Quintanilla*, quien controló las elecciones que ungieron presidente al general *Enrique Peñaranda*, (1940).

La guerra europea de 1939 ha traído para Bolivia nuevos conflictos. En su suelo se ha manifestado en forma ostensible la disputa de los dos bandos por controlar la riqueza mineral del mundo y por influir en la política de defensa continental. La denuncia de haberse descubierto un complot nazi (julio de 1941) provocó cierta agitación en el país. En enero de 1942, Bolivia rompió relaciones con el Eje, cumpliendo con los acuerdos de Río de Janeiro.

En 1943, Bolivia ha vuelto a la actualidad no sólo por ser casi el único productor de ciertos minerales básicos (estaño, wolfram, etc.), sino a raíz de su agitación obrera en Catavi y de su reiterada demanda de un puerto.

### *¿Hacia un nuevo régimen?*

Indudablemente, la guerra del Chaco ejerció tremenda influencia en el aparato estatal y psicológico de Bolivia. Los combatientes volvieron de los campos de batalla profundamente heridos por el impacto de aquel antagonismo.

Durante alrededor de tres años estuvo fermentando, incesantemente, un radical cambio en la política interna. El 20 de diciembre de 1943, en uno de los movimientos mejor planificados, triunfó un golpe de estado, cuyo líder era el llamado Movimiento Nacional Revolucionario, que se caracterizaba por su implacable oposición al Partido de la Izquierda Revolucionaria, a quien se acusaba de tener relación íntima con el stalinismo soviético.

Caudillo de dicha insurrección, el Mayor Gaspar Villarroel, asumió de inmediato la jefatura del país. No obstante que, desde el principio, confesó una íntima adhesión a las Naciones Unidas, y mantuvo la declaratoria de guerra contra los países del Eje, se le denegó el reconocimiento por parte de los Estados Unidos y de todas las repúblicas del Hemisferio (excepto Argentina). Después de numerosas y constantes maniobras, el gobierno de Villarroel fué reconocido por aquellos, y dirigió las elecciones generales

que dieron como resultado la confirmación de dicho militar como Presidente de Bolivia.

En julio de 1944, ocurrieron graves sucesos. Uno de los líderes del movimiento izquierdista, el doctor José Antonio Arze, fué víctima de un atentado personal. El conocido industrial Mauricio Hostchild sufrió un prolongado secuestro. En noviembre, a raíz de haberse descubierto una intentona conspirativa en Oruro, fueron fusilados o, simplemente, eliminados, varios prominentes militares y civiles adictos a la oposición, y fué perseguida la representación parlamentaria del P. I. R.

## PARAGUAY: UNA LARGA CONVALECENCIA COLECTIVA

733.—*El predominio de los «Colorados». — Ascenso de los liberales.*

A los gobiernos del general *Ecíbar* y del doctor *González*, que cubren el período de 1886-1894, los sucedió el del general *J. B. Egúsquiza* (1894-1898), quien no alcanzó a llegar a su término. No obstante el severo castigo infligido al país por la guerra tripartita, no era posible restablecer tan de inmediato la paz, ni mucho menos habituar al pueblo al tránsito democrático de un presidente a otro, lo cual contrariaba inveteradas costumbres producidas por la dilatada autocracia del doctor Francia y los dos López. Finalmente, en 1898 asumió la jefatura del país un hombre de sagacidad y probidad indudables, don *Emilio Acebal*, cuyo régimen, que se extendía hasta 1902, se vió, sin embargo, turbado en sus postrimerías por un levantamiento de tipo militar, el del coronel *Juan Escurra*, con quien se inicia el predominio de los liberales.

Fué aquél un renacimiento de viejos ideales, del culto a las tradiciones heroicas del antiguo Paraguay. Aunque todavía tímida, se bosquejaba ya la reivindicación del mariscal Solano López. Paraguay necesitaba un eje para su vida nacional. Los regímenes de *Gaona* y de *Báez* así como el de *Beniano Ferreira*, que fué derribado del poder en 1910,

significaron tanteos de diverso tipo para definir por dónde debía dirigir sus pasos el sufrido y heroico país.

La dictadura del *coronel Jara* en 1910, modificó considerablemente la organización política paraguaya, e influyó en su fisonomía social. Y aunque duró escaso tiempo, retrotrajo los sentimientos a épocas anteriores, reavivando la siempre encendida llama del nacionalismo, no pocas veces exultante, del heroico país.

Sin embargo de esto y de los pasos dados en orden a obtener mejoras económicas y políticas por los gobiernos de *Eduardo Schaerer* (1912-1916), *Manuel Franco* (1916-1920), *Montero Ayala* y, sobre todo, *José Guggiari*, liberal, no se pudo evitar que la penetración económica extranjera ejerciera, a pasos agigantados, constante presión en el aparato hacendario y estatal del Paraguay. La mayor riqueza del país, la *yerba mate*, era explotada por empresas argentinas. Su exportación, al tener que buscar la salida por el Río de la Plata, dependía y depende en gran parte de dicho país. La vecindad con Corrientes y Misiones rebotaba visiblemente en la política paraguaya. Y como contraposición obligada, el nacionalismo, nutrido a los pechos de la Guerra Tripartita, venerando cada vez más la memoria bárbara si se quiere pero indiscutiblemente gallarda y pujante de Solano López, iba haciendo su camino. Entre 1929 y 1930, el lopizmo eclosionó en magníficos frutos literarios y en un inquietante fruto político. Campeón de dicha tendencia, el escritor Juan E. O'Leary inició a la juventud en el culto al Mariscal, acogido fervorosamente por toda la República. La tesis de la «libre determinación de los pueblos», la propaganda antimperialista y las nuevas ideas, crearon un movimiento xenóforo. Dada la enorme superioridad material de sus vecinos Brasil y Argentina, la única posibilidad de conflictos no podría surgir más que de un lado: del Chaco Boreal.

#### 734.—*El conflicto del Chaco.*

Una revolución depuso en 1932 al presidente Guggiari, reemplazándolo con el vicepresidente *González Navero*. Poco después, Guggiari fué restablecido en el poder y terminó su gobierno. Pero, en su tiempo, se agudizaron las disputas con Bolivia, acerca del Chaco, hasta el punto de hacer inevitable la guerra, que estalló en aquellos días (1932).

Bolivia, después del tratado con Chile de 1904, en que ratificó la pérdida de su litoral, y tras el poco éxito de la reclamación entablada durante los años 1919-1921 ante la Liga de las Naciones para recuperar dicha faja costera, mantuvo en reserva sus naturales aspiraciones portuarias. El Tratado de Paz y Amistad entre Perú y Chile de 1929 estableció que, en adelante, Perú renunciaba a toda reclamación sobre Arica, y que Chile devolvía Tarata y Tacna, lo cual equivalía a refrendar la conquista, pasarla a la categoría de hecho consumado, y dar carta de soberanía definitiva a Chile sobre Arica, situada al norte del antiguo litoral boliviano. Además, ambos gobiernos convinieron en que ninguno de ellos resolvería nada respecto a los territorios materia del tratado, sino de mutuo acuerdo, lo que significaba una advertencia implícita a Bolivia.

Anhelosa de abrirse un paso propio hacia el mar, de tener una vía de salida suya, Bolivia dirigió su actividad diplomática en el sentido del *Atlántico*, no ya del Pacífico. El campo propicio para desarrollar esta nueva política era, sin duda, el Chaco Boreal, sobre cuya propiedad existía una disputa subyacente entre Paraguay y Bolivia. Si a esto se añade que la riqueza natural y casi inexplorada del Chaco, zonas boscosas, ricas en importantes productos naturales, despertaba varias codicias, se tendrá una idea aproximada de lo que ocurriría y ocurrió en esa región.

Primero, unos choques de patrullas; luego, ataques más extensos, y, finalmente, el envío de ejércitos enteros, conmovieron a la opinión de ambos países, comprometieron sus capitales en armamentos, su sangre en las batallas y embargaron la atención de los países limítrofes, los cuales, sin embargo, no supieron interpretar a fondo el significado de todo aquello ni usaron de su poder ni de su influencia oportunamente en la forma en que debieron hacerlo.

La toma de algunos fortines bolivianos por las tropas paraguayas en 1929 reencendió el debate. Pero la guerra se hizo esperar casi tres años, que, por cierto, no fueron de paz.

El presidente *Eusebio Ayala*, sucesor de Guggiari se encontró abocado a una situación de *facto*. Y el ejército paraguayo más habituado a la vida en el trópico, chocó con el boliviano, superior en material y número, pero constituido por gentes en su mayoría de la puna y de valles templados, desacostumbrados a ese género de lucha.

Después de casi cuatro años de batallas constantes, de una mortandad mayor causada por la sed, la malaria, la dif-



teria y el escorbuto; tras encuentros sangrientos, bajo un clima abrasador, cuando ya Paraguay había abandonado la Sociedad de Naciones (1935) y Bolivia miraba con vivo rencor a otros países que, pudiendo, no intervinieron eficazmente para apaciguar la lucha o para dejar el paso de armamentos necesarios, se produjo la Tregua de Villamontes, preámbulo de la paz.

735.—*Resultado de la guerra del Chaco.*

El saldo de aquella guerra ha sido y es lamentable. De un lado y de otro, el militarismo volvió a sus perdidos cuarteles. De un lado y otro, quedaron latentes pasiones. Y si Paraguay tuvo mayor fortuna en el transcurso de la guerra, no es menos cierto que Bolivia sostiene que, cuando sus hombres y su material empezaban a pesar más en la balanza, hubo interesados en detener su entonces posible mejor suerte.

Lo más grave de esta guerra, aparte del desangre injustificable de vidas hermanas, aparte del sedimento de amargura y odio que ella dejó, aparte aun de que el militarismo se entronizó en ambas repúblicas, es que sembró un nuevo germen disociador. La tardía intervención de algunas repúblicas, la ninguna intervención de otras, todo ello ha creado una atmósfera de recelos, dando pábulo a la extendida versión de que hay posibles *imperialismos sudamericanos*. En todo caso, para los imperialismos inglés y norteamericanos, la guerra del Chaco les ha significado una declaratoria general de repudio por parte de uno y otro contrincantes.

Varios movimientos revolucionarios se han sucedido en Paraguay en los últimos tiempos. Uno de ellos, el del *coronel Franco*, que revistió caracteres de reintegración nacionalista, alteró el ritmo de la vida paraguaya, y se acogió, como toda reforma juvenil y patriótica del país, a los auspicios de la memoria del Mariscal Solano López.

Posteriormente, fué elegido presidente el general *José Estigarribia*, ex jefe de las huestes paraguayas, en la guerra del Chaco. Este oficial, educado en Chile y de prestigio indudable, murió trágicamente en un accidente de aviación (1940), por lo que se realizaron nuevas elecciones que exaltaron al *general Morínigo* como su sucesor.

Tanto Estigarribia como Morínigo adoptaron, en cierto modo, las tesis políticas de Getulio Vargas, en orden a abolir los partidos, so pretexto de suprimir la beligerancia política

y crear una tregua interior. Morínigo ha asumido, como Estigarribia, la plenitud del poder. Frente a la Guerra Mundial, agresión de Japón a los EE. UU., Paraguay ha roto relaciones con los países del Eje.

En 1943, Higinio Morínigo, como candidato único y a través de un singular proceso comicial, ha sido designado Presidente por un nuevo período.

## URUGUAY: UN EJEMPLO DEMOCRATICO

736.— *La personalidad de José Batlle y Ordóñez.*

El asesinato del presidente *Idiarte Borda* (1897) puso el poder en manos del Presidente del Senado, don *Juan Lindolfo Cuesta*, quien, para cohonestar las medidas administrativas que estaba tomando, al par que combatir al caudillaje rural tan ensoberbecido y audaz, se proclamó *dictador* en 1898. Poco duró la intentona autocrática. Ya fermentaban en el Uruguay fuerzas políticas organizadas y de un liberalismo, no sólo claro, sino también mayoritario. El pueblo se incorporaba cada vez más a la discusión doctrinaria. En la otra banda del Río de la Plata, la Unión Cívica Radical, cuyo nacimiento requirió el sacrificio personal y voluntario de Leandro Alem, abrigaba propósitos en cierto modo semejantes a los que Batlle y Ordóñez enarboló en el Uruguay.

Era *José Batlle y Ordóñez* un hombre enérgico, firme, tenaz, de ideas bien ordenadas, anticlerical, anticaudillista (a pesar de ser él mismo un caudillo) hombre civil por excelencia, con quien el *Partido Colorado* adquirió un volumen y una orientación diferentes a los hasta allí predominantes en su seno. Desempeñaba la Presidencia del Senado cuando ocurrió el disturbio de Cuesta por lo que, casi automáticamente, al ser éste descalificado, pasó a ocupar la presidencia provisoria. El proceso electoral que se organizó en seguida le entregó el poder por el período 1899-1903. Concluído éste, la reelección de que fué objeto, extendiendo su autoridad desde 1903 hasta 1907, confirmó la valía de su gestión administrativa y la preeminencia que rápidamente había conquistado entre sus conciudadanos.

Por cierto, el caudillismo rural no se doblégó tan de pron-

to. Cada provincia, cada trozo de la campaña oriental tenía un cabecilla, verdadero señor feudal, patriarca de su región. Ante las medidas de Batlle y Ordóñez, quien, además, reunía en su persona atributos de conductor de alta alcurnia (gran espadachín, sempiterno duelista, periodista recio para la polémica al par que estadista ponderado y previsor), no faltaron ni podían faltar insurrecciones. Una de ellas, la del famoso *Aparicio Saravia*, se produjo en 1904, encendiendo la guerra civil en el país. Aparicio Saravia murió en ese entonces, lo que contribuyó a facilitar la tarea apaciguadora.

Batlle transformó el sistema electoral de la República dando mayor intervención al pueblo, como lo haría en Argentina el radicalismo, a partir de 1912. Orientado por el camino del positivismo — teoría que halló ancha audiencia en nuestra América —, se pronunció contra el clericalismo y trató de laicizar todos los servicios, en uno de cuyos episodios el referente a la abolición de la imagen de Cristo en las salas de los hospitales — tropezó con la oposición de *José Enrique Rodó*, el insigne autor de «*Ariel*», quien escribió, a propósito de ello, los artículos que constituyen su difundido folleto «*Liberalismo y jacobinismo*».

Además, y esto es a nuestro juicio lo esencial de la obra de Batlle, no sólo durante sus ocho años de gobierno, sino durante su presidencia moral de la República, que se ejercitó a través de varios períodos, lo que él quiso hacer, e hizo, fué sustituir el orden militar, primario e improvisador, que reinaba por un *orden jurídico* no exento de la energía indispensable, para hacerlo triunfar.

#### 737.— *Afianzamiento del orden jurídico.*

El sucesor de Batlle y Ordóñez, doctor *Claudio Willimare*, se dedicó a proseguir la obra cívica y civil de su predecesor.

Inauguró varias vías férreas, para romper la incomunicación con el interior, una de las causales del caudillismo; remozó el puerto de Montevideo, a fin de incrementar el tráfico por él, y, en materia legislativa, congruente con el espíritu liberal que predominaba en el país, *abolió la pena de muerte*, estableció el *divorcio absoluto* y proscribió la enseñanza religiosa. En algunos aspectos, tocante a esto último, se llegó a algunas exageraciones como la de suprimir del calendario las fiestas religiosas y reemplazarlas por otras

civiles, repitiéndose, al cabo de los años, la experiencia de la Francia de la Revolución.

En 1911, *Batlle y Ordóñez* fué electo presidente por tercera vez. En el entretanto, había viajado por Europa, estudiando atentamente las instituciones políticas de aquel continente, en especial las de Suiza, y trajo el proyecto del *Ejecutivo colegiado*, pensando que diluir el gobierno en un cuerpo plural, suprimiendo las posibilidades autocráticas inherentes al presidencialismo, sería un modo definitivo de acabar con todo riesgo de resurgimiento caudillista. El gobierno de Batlle se distinguió por su respeto constante a la opinión pública, inclusive a sus adversarios, los Blancos, y por un aire si bien popular y democrático, no exento de teorizantismo.

### 738.— *El Ejecutivo colegiado.*

Ya se había ensayado en América, según vimos, pero no en la forma técnica y sistemática en que lo llevó a cabo el Uruguay. Durante la presidencia del doctor *Feliciano Vera* (1915-1919) se operó dicha reforma, una de las plataformas esenciales de la política batllista.

La nueva Constitución, prácticamente, reducía el papel del Presidente de la República al de un coordinador y representante del gobierno, no a un gobernante efectivo. Para realizar las tareas que antes eran de su inmediata incumbencia, se creaba un *Consejo Nacional de Administración*, idea tomada del sistema suizo. De esta suerte el Presidente tenía como control indispensable a los miembros del Consejo, elegidos por comicios populares. Además, el voto se hacía *secreto*, como en la ley Sáenz Peña, de Argentina. El sufragio era ya *universal*. La Iglesia y el Estado quedaban separados, cada uno circunscrito a su respectiva órbita. En general, las reformas esenciales por las que se debatía Uruguay eran, en su mayor parte, de tipo político, a diferencia de las de México que fueron de tipo económico-social. Ello demostraba que en el Uruguay, el gobierno, pese a la ancha puerta abierta a la democracia, era ejercido, por la gente culta, lo cual explica la sucesión de «doctores» en la presidencia.

Así, al doctor Vera, lo sucedió el *doctor Baltasar Brum* (1919-1923), hombre joven y ya eminente, tratadista en derecho internacional, brillante orador, que se consagró a poner en mejor funcionamiento la democracia ideal creada por Batlle, y a afirmar las relaciones con el resto de América, lo



cual era tanto más necesario cuanto las necesidades surgidas de la trasguerra mundial lo requerían así.

Los gobiernos de los doctores *Serrato* (1923-1927) y *Campisteguy* (1927-1931) se caracterizaron siempre por ese mismo ritmo constitucional y doctrinario.

Hasta que llegó al poder el doctor *Gabriel Terra*, en 1931.

739. — «*La Revolución de Machete*» y sus consecuencias.

Por cierto, en Uruguay habían ido fermentando corrientes sociales nuevas. El socialismo dirigido por el doctor *Emilio Frugoni*, había adquirido fuerza, no obstante que el Uruguay no es un país industrializado que permita una sólida base de ese tipo; pero los intelectuales, los estudiantes y, los núcleos de obreros existentes, permitieron constituir ese partido.

Había ocurrido otro fenómeno, digno de ser tomado en cuenta. La III Internacional Comunista, con sede en Moscú, había establecido en Montevideo su Buró Latinoamericano, entre otras cosas por las franquicias dadas a los inmigrantes ahí. La penetración comunista fué intensa, no obstante no estar de acuerdo con la realidad social y económica de la República.

Pero, si bien estas razones y estos hechos pesaron en las decisiones del doctor Terra, más pudo en su ánimo el propósito de barrer las cortapisas que se oponían a su voluntad hegemónica, que reverdecía los viejos laureles del caudillismo extinto por Batlle. Terra, que pertenecía al mismo Partido Colorado, se alzó contra la doctrina del partido y, apoyándose en la policía, dió un golpe de Estado en 1933, suprimiendo la Constitución y el Ejecutivo colegiado y proclamándose dictador. El ex presidente Brum, encarnación viva del batllismo (Batlle había muerto ya), prefirió suicidarse en plena calle, antes de aceptar la situación creada. Hubo destierros y prisiones. El líder Frugoni—que bautizó a aquel golpe de Estado con el título de este párrafo—fué exilado. Terra inició un gobierno autoritario, hasta el fin de su período. Muchas de las reformas de Batlle quedaron trizadas en el camino, ya que la mentalidad del gobierno pretendía seguir los pasos del resurgimiento dictatorial argentino (1930) y amoldarse un poco a las corrientes fascistas de Europa.

En la actualidad, gobierna el Uruguay el general *Alfredo Baldomir*, con quien ha tomado gran auge la política de co-

laboración con los Estados Unidos, a propósito de la guerra mundial y de la persecución a las Quintas Columnas nazis. Uruguay es hoy, seguramente, uno de los países sudamericanos más firmemente adherido a la política de «Defensa Continental» que patrocina la Casa Blanca. Naturalmente rompió relaciones con el Eje poco después de la agresión nipona a los EE. UU.

En 1943, ha sido elegido presidente de la República don *Juan José Amézaga*. Uruguay ha reconocido a la U.R.S.S., renovando sus relaciones diplomáticas con ella.

## BRASIL: HACIA UN ESTADO TOTALITARIO

740. — *Delimitando la nueva República.*

Los gobiernos del Mariscal Deodoro da Fonseca y de Peixoto tuvieron que afrontar las primeras medidas inherentes a la creación misma de la República (1889). El de *Campos Salles* (1898-1902) hubo de vérselas con un fenómeno tan grave como aquél: el de la *Federación*.

Durante la monarquía él constituyó un problema grave. Durante la República su agudeza fué mayor aún. Verdad que contó en favor suyo el gobierno de Campos Salles, con el auge económico surgido entonces. Además el apoyo de Inglaterra a su régimen se manifestó desde las vísperas de su acceso a la presidencia. Siendo candidato realizó un viaje a Londres, en donde pudo concertar acuerdos que le permitieron conjurar la crisis financiera en que halló a la República. Y así, mediante tal cooperación, no es raro que lograrse ver negocios en marcha ascendente e impulsar la vida económica del país.

Pero, había otra tarea que realizar: definir los límites mismos de la nación, tan asendereados a través de las polémicas entre españoles y portugueses, y con las creaciones de las Repúblicas de Uruguay, Paraguay, Argentina, Perú y Bolivia. El Brasil tenía frente a su cancillería (donde siempre reinaba la tradición imperial) a *Olinto de Magalhaes*, precursor del célebre Barón de Río Branco. Magalhaes abordó intrépida y sagazmente la liquidación de las desavenencias fronterizas.

Las diferencias con Argentina quedaron zanjadas con

los acuerdos perfeccionados con la visita del presidente argentino Roca al Brasil, y del brasileño Campos a Buenos Aires, culminación del arbitraje escogido como arma decisoria desde 1894. Con Francia, que también mantenía abierta disputa, se terminó todo diferendo en 1900. Más tarde, durante la presidencia de *Rodríguez Alves*, y después de un conato de guerra con Bolivia, quedó solucionada la cuestión del *Acre*, que brasil incorporó a su territorio occidental. En 1904 se concluyó el litigio con Inglaterra a propósito de la Guayana inglesa.

#### 741.—*Predominio de las Regiones.*

*Rodríguez Alves* (1902-1906) y *Alfonso Pena*, que le siguió (1906), tuvieron que afrontar la política eminentemente regional que se había desarrollado en el país, con su infaltable cortejo de rivalidades y rupturas entre Estado y Estado, sobre todo en lo tocante a Sao Paulo y Minas, cuya alianza era determinante para la política nacional. A tal punto se había llegado en esta arrogancia provincial que una convención de presidentes de los Estados determinaba la designación del presidente de la República. En un territorio tan vasto y de comunicaciones tan difíciles y con población tan heterogénea, no era posible esperar una homogeneidad mayor. El gobierno central tuvo que abocarse, entonces, a otros problemas materiales y diplomáticos, antes que a los políticos, partiendo de aquéllos en vez de éstos para obtener una creciente unidad.

Las obras públicas ocuparon el tiempo de los gobernantes, además de las numerosas insurrecciones regionales que solían estallar.

Las medidas sanitarias asumieron las proporciones de verdaderas convulsiones nacionales. Tal, la «revolución» contra la viruela, que asolaba a la población, y tal la campaña contra la *fiebre amarilla*.

#### 742.—*Brasil, imperio republicano.*

El descubrimiento de la riqueza del *caucho*, o, mejor dicho, el incremento de esta explotación forestal, dió un violento impulso a la economía brasileña, igual que al oriente peruano y al oriente colombiano. De la noche a la mañana, la región amazónica adquirió un auge inconmensurable. Lánguidos villorios se transformaron en ciudades prósperas. Manaos y Pará pasaron a ser ciudades de primera fila. Lo cual,

hábilmente secundado por la política internacional de *Río Branco*, canciller de la República, convirtió al Brasil en una potencia sudamericana de primer orden. Ello se reflejó en el incremento de sus medios defensivos, especialmente en su marina de guerra (1908).

Cuando murió el presidente Pena, y lo sucedió el vicepresidente *Nilo Pecanha*, el país andaba ya por un camino de prosperidad y grandeza indudables.

Las elecciones presidenciales a que convocó Pecanha, pusieron frente a frente al Mariscal *Hermes Fonseca*, representante de la tradición imperial, y al doctor *Ruy Barboza*, uno de los más eminentes juristas de América, encarnación del alma civil. Venció, como siempre suele ocurrir en casos parejos, el Mariscal, cuyo período (1908-1912) estuvo signado por numerosas revoluciones, que hicieron temer por la integridad del Brasil, hábilmente socavada por los explotadores del caucho, cuya sede principal estaba en Londres.

Al inquieto período del Mariscal Fonseca siguió el del doctor *Wenceslao Bras* (1912-1916), (oriundo de Minas), en cuya época hubo el Brasil de afrontar las consecuencias de la guerra europea. A éste lo reemplazó *Rodrigues Alves*, nuevamente presidente (1916-1920), quien murió en el ejercicio de su cargo.

Los gobiernos de *Epitacio Pessoa* y de *Washington Luiz* tuvieron, a su turno, que encargarse de graves problemas. Las diferencias entre Estado y Estado, la crisis de 1929, las todavía subsistentes dificultades con la flota y el ejército, el estallido de movimientos populares, coincidentes con la exacerbación del «Destino Manifiesto» extendido por la administración Coolidge a toda América Latina, confluyeron en una crisis política y espiritual patente en el golpe de Estado que dió *Getulio Vargas* en 1931.

743.— *Un Estado totalitario.— Getulio Vargas.*

Aparentemente, Getulio Vargas era la consecuencia de la situación caótica, común a la Argentina, al Perú, a Brasil, a Panamá, a Ecuador, como efecto de la bancarrota económica de 1929. Pero en la realidad, sus gérmenes eran más complicados y profundos.

Se hallaban cara a cara, disputándose al pueblo brasileño, el partido *integralista*, de tendencias fascistas, y los partidos de izquierda, entre ellos el *comunista*. Getulio Var-



gas inició su gobierno apoyándose en el primero, so capa del excesivo aire revolucionario de los segundos.

La panacea de los integralistas, igual que la del gobierno de ellos cobró aliento, era el nacionalismo. Defender la riqueza nacional y el espíritu patrio representaban un programa fácil y difundido. Pero, más tarde, a medida que crecía el poder de Getulio Vargas, cuyo primer cuidado fué el de sofrenar a las provincias e imponer un sentido unitario al federalismo brasileño, el integralismo se convirtió también en una amenaza.

En 1934, de acuerdo con las pautas dictadas por la III Internacional y la nueva línea política de Dimitroff, los comunistas brasileños trataron de construir una especie de Frente Popular, bajo el nombre de Alianza Libertadora, cuya jefatura quedó a cargo del capitán *Luis Carlos Prestes*.

Getulio Vargas no omitió esfuerzos para reprimir aquel movimiento. Pronto se vieron reducidos a prisión los principales directores del movimiento, entre ellos Prestes. Y empezó a reinar un régimen de tipo totalitario, al que el gobierno brasileño quiso revestir de un tono exclusivamente nacional.

El integralismo, usado al principio como ariete contra la Alianza Libertadora, cayó también en desgracia y el presidente de la República quedó como árbitro único de la situación.

La tendencia a un Estado corporativo, totalitario, con supresión de la lucha de clases, protegido por un aparato policial poderoso y basado en prórroga indefinida del gobernante se hallaba en pleno auge cuando estalló la segunda guerra mundial. En tales circunstancias, los Estados Unidos han desarrollado una labor activa y eficaz, han extendido sus créditos al gobierno brasileño, a trueque de un apoyo decidido a la política del Buen Vecino y de la Defensa Continental, a la que presta su adhesión Getulio Vargas. No obstante eso, son muchos los que creen que, en el sur del Brasil, densamente poblado por alemanes y descendientes de ellos, se encuentra uno de los puntos neurálgicos para la tesis de la Buena Vecindad, y en Natal, una puerta de franco acceso a las tendencias totalitarias que hoy combaten por el dominio del mundo.

En enero de 1942, Brasil rompió relaciones con el Eje, y en agosto a raíz del hundimiento de varios de sus buques, declaró la guerra a Italia y Alemania.

## VIDA POLITICA

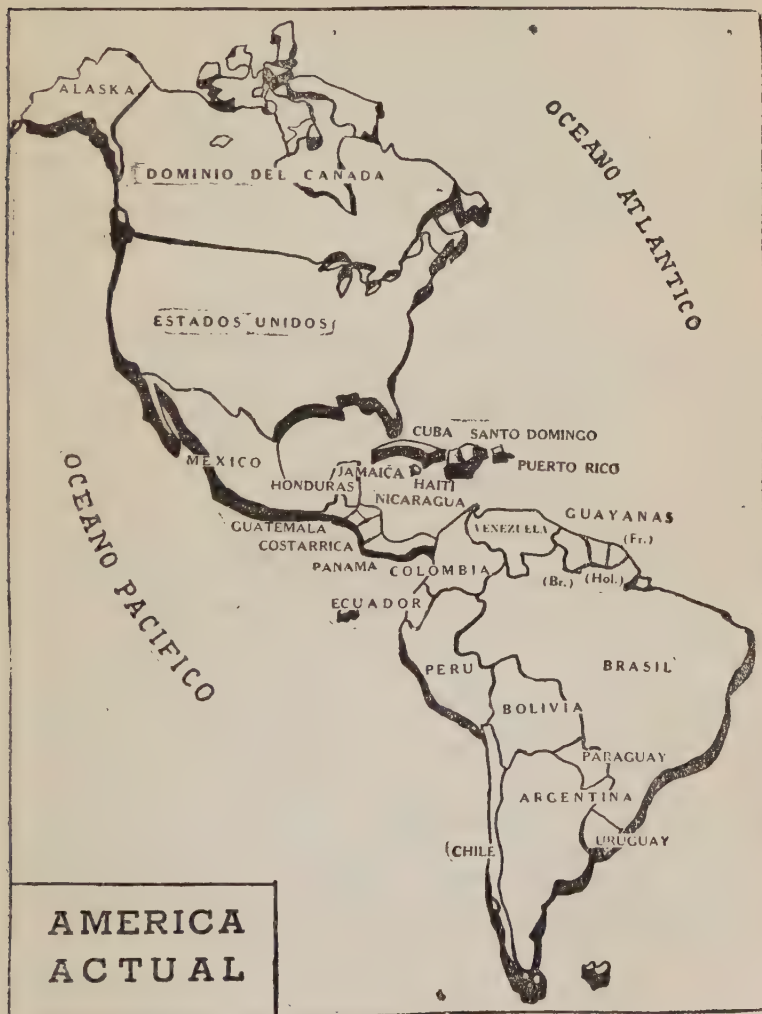
744.—*Las Constituciones.*

Sorprende a lo largo de la reseña anterior, cuántas veces mudaron de pauta constitucional los países de Indoamérica, y en cambio, fueron persistentes las normas fundamentales de la República de Estados Unidos. Con excepción del Brasil, cuyo desarrollo, bajo la monarquía, se desenvolvió tumultuoso en los hechos pero sobrio en las leyes, los otros países cual más cual menos, adolecieron de fiebre constitucionalista. Todo motín enarboló en la generalidad de los casos un artículo de la Constitución Nacional, el cual había sido trasgredido por el régimen imperante. Las autocracias, salvo excepciones, se valieron de reformas «constitucionales» o de artículos desusados para cohonestar sus designios. Cuando la ley prohibía la reelección, el déspota «reformaba» la ley de suerte de quedar siempre dentro de ella. El sociólogo francés André Siegfred decía en cierta ocasión que en «América Latina hay muchas leyes y muchos abogados porque nadie cumple aquéllas.» Cada arbitrariedad se ampara, la mayoría de las veces, en una disposición escrita. Si es verdad que las leyes carecen de efecto retroactivo, según normas universales de derecho, no faltan oportunidades en que la ley misma autorice la retroactividad. De ahí lo inútil de estudiar la historia política de Indoamérica a la luz de las Constituciones, calcadas, sucesivamente, de la de Estados Unidos, Francia, Weimar, la Italia fascista y la Constitución bolchevique del 17; pero rara vez atentas a los propios problemas. Los hechos han seguido, en cambio, sendero más pragmático.

745.—*Los Presidentes.*

Aunque la ley escrita establece precisas y hasta severas limitaciones al poder presidencial, en general se advierte a lo largo de esta historia que cuando se menciona a un caudillo es como si se nombrara a su país, no tanto por la identificación entre el pueblo y él, cuanto porque cada general triunfante se adueñaba, por decreto, de la voluntad nacional. De ahí que cuando se habla de Alfaro, Rosas, García Moreno, Morazán, Carrera, Castillo, Díaz, etc., el Estado queda im-

plicito bajo dichos nombres. Si bien en Norteamérica la autoridad presidencial es semejante a la de un monarca, el contralor del Parlamento y sobre todo la *opinión pública* es muy



fuerte, mientras que en América Latina este contrapeso es más nominal que efectivo, salvo excepciones. Por lo tanto, aunque teóricamente son regímenes parlamentarios casi to-

dos ellos, en realidad predomina avasalladora la voluntad presidencial.

Lo característico del poder ejecutivo (presidente, ministros, altos funcionarios, etc.) de los países de América Latina es que en él influye mucho una minoría de tipo plutocrático, cuando no una autocracia y su respectivo nepotismo. Un sistema democrático efectivo no ha sido puesto en práctica, salvo en breves lapsos y sólo en algunas repúblicas. De ahí que sea aventurado hablar del éxito o del fracaso de la democracia en América Latina, puesto que no se ha ensayado debidamente. Y ello no depende del «peso muerto» de sus masas analfabetas, sino, al revés, en casi todos los casos, del absorbentismo centralista.

#### 746.—*Centralismo y Federalismo.*

Con excepción de Brasil y a veces Argentina, pero sólo en épocas anteriores al 1900, toda América Latina es *centralista*. Gran parte de su historia civil fué consumida por la lucha ente la ciudad capital y las provincias. Ningún ejemplo más ilustrativo que el de Buenos Aires y las provincias de Argentina, y la pugna entre las ciudades brasileñas. Sao Paulo, Minas y Río han disputado largo tiempo, pero la tendencia centralista se ha impuesto en forma tal, que las repúblicas latinoamericanas tienen cierto dejo monárquico, en cuanto a que nada se puede hacer en ellas eficazmente sino desde la capital. Quizá en México, Brasil y Colombia subsista algo de federalismo auténtico, pero en el resto, la vida se concentra en un sector del país, e: de su capital, llámese ésta Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Lima, Bogotá, Caracas La Habana, La Paz, Asunción, Guatemala, San José. En algunas partes existen rivalidades —por incomunicación—entre algunas regiones: tal el caso de Guayaquil (costa) y Quito (sierra), en Ecuador, pero a medida que la vialidad progresa se tiende a concentrar la población y la riqueza, lo cual, sin duda se verá sustituido por un proceso inverso más tarde. Como contraste en Norteamérica, la capital, Washington, es sólo sede política, pero Nueva York y San Francisco tienen vida perfectamente propia.

#### 747.—*Los partidos políticos.*

Los partidos han seguido en la mayoría de los casos, a un hombre. Mientras en Estados Unidos la división de republicanos y demócratas significa plataformas distintas y



concretas, en casi toda América Latina los partidos se han confundido a menudo con intereses momentáneos; sin embargo, la lucha entre liberales y conservadores colombianos, entre apristas y «civilistas» del Perú, ostenta tonos doctrinarios más nítidos que otras.

A las antiguas agrupaciones de tipo personalista y divididas por opiniones religiosas (el radicalismo con Alem, Batlle y Ordóñez, Alfaro, en Argentina, Uruguay y Ecuador, respectivamente; o el liberalismo con Juárez, en México), han venido a superponerse partidos de estructuración más económica y clasista, sobre todo después de la guerra de 1914. Los movimientos socialistas, comunistas y apristas de América Latina, y los socialistas y comunistas de Estados Unidos, oscilan entre los que siguen directivas internacionales de preferencia a las nacionales, o los que se arraigan a lo nacional con o sobre lo internacional, caso este último en que se hallan el P. N. R. de México, el P. D. N. de Venezuela, el A. P. R. A. del Perú, el socialismo chileno y, después de una activa evolución, el liberalismo colombiano a partir de 1934.

748.—*El Poder Legislativo.—Las elecciones.*

Algo que se ha ensayado poco en América Latina es la elección libre. Mientras en Estados Unidos ello es un dogma, en el resto del continente su no existencia es, al revés, casi el dogma vigente. A los antiguos métodos de coacción violenta y limitación del voto a un sector de la ciudadanía, han venido a reemplazarlos otros más ajustados a las normas técnicas del voto secreto y obligatorio. Sin embargo, el cohecho, el fraude y la presión caracterizan muchas de las elecciones de nuestro continente. Como a menudo los Parlamentos deben depender de la voluntad de un hombre, suelen en tales casos apresurarse a rendirle pleitesía y a reformar las leyes a su antojo. En algunos casos se ha llegado a prescindir del congreso para «facilitar» la tarea del presidente de la República. Sobre todo en los últimos tiempos, este procedimiento, tenido antes como de emergencia y digno de disimulo, ha sido exhibido como una plausible medida de salud pública.

749.—*La policía.*

He aquí un organismo que ha cobrado descomunal importancia en los últimos veinticinco años, hasta el punto

de haber pasado a ser un Cuarto Poder del Estado y modificar totalmente las costumbres políticas y no pocas de las sociales.

Después de la revolución rusa y del auge fascista, las policías han extendido su radio de acción, cubriendo casi íntegramente la vida del ciudadano. Servicios de espionaje técnico, de investigación científica, expertos en identificaciones e interrogatorios, armamento represivo eficaz y rápido, número considerable y disciplina férrea: he ahí algunos de los elementos que han transformado a la policía de simple aparato de vigilancia, en organismo de prevención y represión, no sólo para usos policiales propiamente dichos, sino también y principalmente para usos políticos.

#### 750.—*Los municipios.*

En todos los países latinoamericanos los municipios conservan su característica de representaciones populares, emanadas del voto ciudadano. En ellos participan los extranjeros después de algún tiempo de avcindamiento. A veces, los alcaldes son designados por el poder Ejecutivo, y a menudo los Consejos tienen como cabeza al Intendente, también de emanación gubernamental. El centralismo y la autocracia han chocado en ocasiones con la autonomía municipal. En Perú, por ejemplo, no realizan elecciones municipales desde 1922; las funciones pertinentes son ejercidas por Juntas de Notables, nombradas por el Poder Ejecutivo.

## VIDA SOCIAL

#### 751.—*Las razas.*

Aunque no hay razas puras, sino que todas las que existen son fruto de *mestizaje*, debemos referirnos, para mantener un vocabulario ritual, a las razas principales que hay en el continente.

Estados Unidos es predominantemente blanco, de procedencia europea (ingleses, alemanes, holandeses, irlandeses), pero con un diez por ciento de negros y cierto resabio de mestizaje indio, muy pequeño en verdad, ya que hubo una época en que la política racista de la unión solía enunciar como lema este poco caritativo y menos justo: «el mejor indio es el indio muerto». De ahí tomaron parecido «slogan»

los «héroes del desierto» de Argentina, y los «civilizadores» del sur de Chile. Hoy día, a la luz de nuevas investigaciones y de un estudio más cabal de la historia y la sociología, tal criterio se ha modificado, y hay muchos que lamentan no haber sabido apreciar a tiempo el cimiento sólido que para una nacionalidad significa tener un grupo humano con viejas tradiciones, compenetrado con el medio, especie de vínculo telúrico que permite proyectar más desembarazadamente empresas de futuro.

Es probable que los países más blancos del continente sean Argentina y Uruguay, no obstante el crecido porcentaje de mestizaje indio que subsiste en sus pobladores del interior. Al respecto se debe considerar que el vocablo «blanco» en América encierra más bien un anhelo *psicológico* y un modo de vivir *económico* y *social*, que un efectivo lazo étnico de sangre. Igual ocurre con indios y cholos. Son *razas sociales*, antes que razas sanguíneas.

El mayor volumen de población *india* se halla en México, Centroamérica (excepto Costa Rica), Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Brasil y aun Colombia. El mestizaje de indio y español predomina sobre toda otra mezcla en Indioamérica.

La población mestiza de blanco e indio constituye los cuadros gubernativos. De ella han emergido casi todos los caudillos principales de América no sajona.

El *negro* tiene sus centros más importantes (aparte de los 13 millones de Norteamérica) en Brasil, Cuba, Haití, Santo Domingo, Panamá, la Costa atlántica colombiana, Venezuela. Hay núcleos reducidos en Uruguay y Perú. El negro no forma parte del gobierno sino como concesión. En todo el continente subsiste un prejuicio desdeñoso para el negro, no porque se le juzgue inferior psicológicamente, sino como rezago de la esclavitud y rechazo a sus características fisionómicas.

En cambio, un gran caudal de mestizos de negro y blanco, o de negro e indio, actúan en puestos principales del Gobierno.

Aparte Estados Unidos, que se inició con una vigorosa inmigración proveniente de varios países europeos (excepto españoles), el resto de América formó sus núcleos inmigratorios con españoles, primero, e italianos, después. Los alemanes empezaron a afluir, según hemos visto, desde la última década de la primera mitad del siglo XIX. Sus lugares predilectos fueron el sur de Brasil, el norte de Uruguay y el sur de Chile. A la Argentina también acudieron

en crecido número, pero fueron ahogados por el caudal ítalo-hispano.

En cambio, ingleses y norteamericanos los hay en corto número. Generalmente vienen como técnicos y se van apenas cumplen su contrato o logran sus propósitos personales. No se incorporan, como los hispanos y los italianos, al modo de vivir de los latinos.

A mediados del siglo pasado se inició una intensa corriente migratoria *asiática*. Como casi todos los países dieron libertad a sus antiguos esclavos negros, los chinos y japoneses vinieron en calidad de «mano de obra barata» a realizar labores agrícolas. Después han pasado a las tareas comerciales e industriales.

En resumen, la población predominante es: en Estados Unidos, la de sangre europea; en la nuestra, la de sangre indolusohispana.

#### 752.—*Las clases.*

Hasta fines del siglo pasado, no se hablaba entre nosotros de clases sociales, salvo de ricos y de pobres. «Los de abajo» —título de una significativa novela del mexicano Mariano Azuela— debían soportar los excesos de los de arriba. El surgimiento de movimientos laicos y corrientes migratorias sirvió para relieves el papel de una clase hasta ahí olvidada: la clase media. Con retraso de un siglo, esta clase principió a empinarse hacia el gobierno alrededor de 1890. En Europa ello había acontecido por lo menos desde 1789, tocante a Francia, y mucho antes en Inglaterra y Alemania.

Desde luego las luchas sociales tuvieron como primeros escenarios los puntos donde la industria había desarrollado el espíritu de clase.

Estados Unidos en 1886, atrajo la atención mundial cuando, en Chicago, el 1° de mayo, se realizó un gigantesco mitin pro jornada de ocho horas, y cuando a consecuencia de eso y de la inquietud propagada entonces, un grupo de obreros fué enviado a la prisión, primero, y al cadalso después. Los «mártires de Chicago» figuran desde entonces en el santoral de los obreros del mundo, y el 1.º de mayo es la fiesta clásica del proletariado universal.

En la mayor parte de los casos, los promotores de esos movimientos iniciales fueron anarquistas europeos. La teoría de la agitación permanente, preconizada por el ruso Miguel Bakunin, en contraposición a Marx, tuvo muchos adeptos en



la Europa mediterránea, de donde vinieron los principales núcleos de inmigrantes. En Alemania, también era conocida la figura del famoso revolucionario, tanto o más que la de Marx, cuyo choque con Lasalle había tenido inmensa repercusión en los medios de trabajadores.

Los principales estallidos de insatisfacción social surgieron ahí donde llegaron en mayor abundancia obreros italianos y españoles. Las organizaciones de proletarios se orientaban dentro del anarcosindicalismo, con gran auge de la personalidad, lo cual convenía también a la idiosincrasia de los latinoamericanos, individualistas e indisciplinados, románticos y valerosos.

Hubo famosas jornadas entre los años de 1900 y 1910. Paros obreros, huelgas sangrientas, no sólo en Estados Unidos, sino también en Argentina y Chile. En el resto de América, las condiciones económicas prevalecientes eran más de tipo feudal y agrario, por lo que la agitación tuvo menores proporciones.

Hacia 1918, el anarcosindicalismo entró a confrontar nuevas ideas y tácticas. El triunfo del bolchevismo en Rusia alentó a la imitadora América a ensayar partidos similares. A la vez, el socialismo de la II Internacional, pese a su quebrantamiento de 1914, se había propagado mucho.

Pero después del despertar fascista y de los virajes de la Internacional Comunista, al par que considerando la arrogancia de la política imperialista, se formaron movimientos de contenido nacional, democrático, popular y antimperialista, tópicos que no integraban el cuerpo ideológico de los antiguos partidos. Todas estas organizaciones buscaron sus adherentes entre obreros de la ciudad y el campo, entre intelectuales y clases medias, sobre todo empleados y pequeños propietarios. Las Ligas y frentes antimperialistas comenzaron a constituirse en forma orgánica como estructuraciones disciplinadas y de programa colectivo y nacional, a partir de la fundación del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) por el líder peruano V. R. Haya de la Torre, en mayo de 1924. Un grupo de profesores e intelectuales argentinos, secundó esa tendencia, desde su país, con la ULA. *Unión Latino Americana*, establecida por José Ingenieros, Alfredo Palacios y otros. El primer partido socialista aparecido en América Latina fué el argentino, que dirigió Juan B. Justo, traductor del primer tomo de «*El Capital*» de Marx. Este partido, según vimos en el capítulo de Argentina, alcanzó pronto representación parlamentaria;

pero se circunscribió casi íntegramente a la ciudad de Buenos Aires.

El APRA dió vida al Partido Aprista Peruano, que ha contendido electoral y revolucionariamente en el Perú, desde hace diez años, y que desde 1936, se halla colocado en situación de ilegalidad.

753.—*Las leyes sociales.*

Gracias a estos movimientos, el proletariado y la clase media han conquistado importantes mejoras. Pero, reina tanta disparidad al respecto entre las naciones, que no se debe hablar, ni remotamente siquiera, de algo que pudiera ser considerado como un denominador común en esta materia.

Así, mientras en Estados Unidos el standar de vida del obrero industrial es más alto que el correspondiente a la clase media en América Latina, ésta cuenta con un campesinado que todavía cobra su salario en especies (como la coca), reducido a verdadera situación de servidumbre feudal (el «pongo» de Bolivia, Ecuador, Perú), mantenido en estado de analfabetismo y dentro de un régimen de vida muy bajo.

Argentina, bajo el impulso de la representación parlamentaria socialista, inició la aprobación de varias leyes en pro de los trabajadores a principios del siglo (ley de accidentes del trabajo, sobre labor de la mujer y el niño, jornada de ocho horas, salario mínimo, etc.). Disposiciones semejantes no fueron aprobadas en el Perú, por ejemplo, sino hasta 1911 y 1918, después de tenaces esfuerzos de los obreros y estudiantes, reflejadas en sangrientas huelgas. En Chile fueron necesarias la cruenta agitación de 1903-1907 y la efervescencia de 1918-1920, para que se lograra un cuerpo de leyes —de las más avanzadas del continente— en materia de trabajo. México, que bajo el Porfiriato retrasó su evolución hasta 1911, luego aceleró lo concerniente a organizaciones obreras y al incremento de la protección al campesino.

Desde 1920, las organizaciones oficiales del Trabajo están adheridas a la Oficina respectiva de Ginebra, que sustenta la Sociedad de las Naciones.

La *sindicalización* obrera y campesina es otra conquista que se viene logrando con notorios altibajos. No obstante que las Constituciones del continente —siempre liberales en su letra— garantizan la libertad de asociación, en la práctica tal derecho ha sido denegado en muchos países, sobre todo desde la crisis de 1930. Sindicatos organizados, con mayor o

menor libertad, pero reconocidos, los hay en Chile, México, Colombia, y, desde luego, en Estados Unidos. En otros países no disfrutan de las prerrogativas que en los mencionados.

Con todo los trabajadores manuales, excepto los campesinos, han logrado importantes conquistas. En cambio, la clase media se encuentra en situación muy desmedrada.

Desde 1938 se ha constituido, con sede en México, la *Confederación Latinoamericana de Trabajadores*, merced a iniciativa de la C.T.M, o Confederación de Trabajadores de México, vigorosa organización sindical.

#### 754.—*Las costumbres.*

Sin duda alguna, durante el cuasi siglo que corre de 1848 a 1941, las costumbres han sufrido notorias modificaciones. Primero fué la hegemonía francesa, a que nos hemos referido. Las altas clases tenían a honra hablar francés y actuar como los franceses. Las modas de vestir, de pintar, de construir, de escribir, de conducirse, venían de Francia. Inclusive en 1900, el recargado estilo «*art nouveau*» —que no sólo se refiere a la construcción de las casas, sino a los muebles, a las costumbres, a los bailes, a los dichos, a los pensamientos y a los peinados — tenían clara progenie gala.

Pero a partir de 1920, con la hegemonía norteamericana, se deja sentir en América Latina la influencia de la República del Norte, y ésta, que a su vez se debatía bajo la tutela espiritual de franceses y británicos, ha adquirido un tono personal, que la va distinguiendo ya del resto de las culturas del globo.

Importante vehículo para este cambio de costumbre ha sido, indudablemente, el *cinematógrafo*. Por toda la América Latina él ha importado de Estados Unidos, modos de pensar, de proceder, de vestirse, de comer, de hablar, de entretenerse, distintos a los que hasta aquí reinaban. El proceso de yanquización y standardización es innegable.

Para ilustrar mejor los hechos sería inútil referirnos a determinados aspectos, como por ejemplo: la mujer, la calle, las fiestas y espectáculos, las comidas, las diversiones, en una palabra, a las expresiones multitudinarias.

#### 755.—*La mujer.*

Aunque no hemos sufrido una guerra que obligara a que las mujeres ocupasen el puesto de los hombres, cada día son más las obreras y empleadas, en competencia con los varones.

Al comienzo esta rivalidad se llevaba a cabo al amparo del menor salario que se daba a las mujeres; hoy, no.

Sin los desgarramientos ni tumultos de las sufragistas inglesas, las mujeres de varios países americanos han obtenido el derecho al sufragio político o, cuando menos, al municipal.

Muchos de los viejos hábitos coloniales han cedido el paso a la libertad moderna. Un salón de nuestros días dista mucho del ceremonial estirado de mediados del siglo XVIII. Los noviazgos, que pueden ser considerados paradigmas del cambio de mentalidad, tienen caracteres más veloces y libres que antaño. El divorcio ha abierto una grieta en las familias, al par que ha contribuído a evitar determinados conflictos antañones. El divorcio absoluto existe en casi todos los países (México, Uruguay, Perú, Ecuador, etc.); en cambio, en otras partes donde no se ha permitido el divorcio, como en Chile, existe la nulidad del vínculo conyugal. En general, la tendencia generalizada es admitir que el matrimonio, como institución humana, es susceptible de yerros y de enmiendas. Producido el triunfo del matrimonio civil sobre el religioso, como ocurrió desde el 80, la teoría mencionada es su inevitable corolario.

Además, la mujer que gana su sustento no puede ser considerada ya bajo la misma condición que la que vive bajo patria potestad permanente.

### 756.—*La calle.*

La calle ha adquirido mucha resonancia en la vida americana del siglo que revistamos. Cierta que como opinión pública, no ha conservado en todos los países la misma importancia que a principios de 1900, pero, en cambio, no se puede negar que la vida de hogar ha cedido el paso a la inquieta vida de la oficina, de la calle y el hotel.

En 1848 no se concebía el número creciente de casas de huéspedes, hoteles y restaurantes que abundan ahora en nuestra América. No se precisaban tampoco por las dimensiones reducidas de las poblaciones y su modesta densidad demográfica. En cambio, con el crecimiento de las ciudades, se hace indispensable proveer al hombre y la mujer que trabajan, de toda clase de facilidades para su sustento y diversión, cerca de los centros de trabajo, al par que, debido a la multiplicación y concentración de fábricas, se impone la urgencia de construir barrios residenciales, más salubres, lejos de los núcleos de labor.



La apertura de carreteras, el aumento del número de vehículos motorizados, la construcción de ferrocarriles subterráneos y elevados, las casas de muchos pisos, todo ello ha tenido que repercutir en las costumbres y la moral de la gente.

Por lo mismo, dado el perfeccionamiento de las armas automáticas, las costumbres políticas han debido ser modificadas. Ya no cabe organizar las pintorescas revoluciones de mediados del siglo XIX: el avión, el tanque, y la ametralladora han cancelado la etapa del levantamiento civil o, al menos, la han dificultado enormemente. Por lo tanto, la mentalidad de los hombres, ante el robustecimiento material del Estado ha evolucionado también.

757.—*El deporte.*

He aquí, junto con la policía mecanizada, un nuevo factor en la vida colectiva e individual. La educación española concedió muy corto margen al deporte. Los toros, el teatro, las peleas de gallo, y a veces, la lucha, constituían los espectáculos predilectos. Los ingleses, que importaron el boxeo, trajeron también las carreras de caballos y el football asociado. Los norteamericanos, el basketball, el baseball, el volleyball, el catch-as-catch-can, el boxeo americano, el rugby, el nuevo estilo de natación. Grandes estadios constituyen un complemento indispensable de la vida cotidiana.

758.—*La moda.*

Francia imperó siempre, aun en tiempos coloniales, sobre el vestuario femenino. Esta situación no se ha alterado sino ligeramente en los últimos tiempos, en que, en vez de venir las modas parisienses directamente, lo hacen a través de la traducción norteamericana que lanzan las películas cinematográficas, y ciertas revistas de gran lujo especializadas en trajes femeninos. En cuanto a los hombres, la moda imperante vino de Inglaterra, hasta que los Estados Unidos, con más eficacia en este caso que en el de la mujer, sustituyeron (sobre todo en los países del Pacífico) las modas británicas. Cuello suelto, vestido amplio, modales más familiares, sombrero blando, he ahí los caracteres primarios de la moda norteamericana. En el Atlántico y algo en ciertas clases sociales chilenas, continúa predominando el uso inglés.

Los norteamericanos por consiguiente, han hallado un estilo personal en su traje. En América del Sur, sólo los

argentinos podrían decir cosa semejante, no obstante el tinte fundamentalmente británico de su vestuario masculino.

### 759.—*Las comidas.*

Ha variado sustancialmente el hábito de las mesas «de mantel largo». En Estados Unidos, sobre todo, se usa mucho el desayuno fuerte, que permite ligeros refrigerios durante el día. Los países del Pacífico conservan más las antiguas viandas criollas, o hispanoindígenas. En general las altas clases consumen platos a la francesa; mientras que las populares siguen fieles a sus platos criollos.

## VIDA ECONOMICA

### 760.—*El imperialismo.*

La clave de la fisonomía económica de América se halla en esta simple palabra: «imperialismo». Le dió carta de ciudadanía Hobson en 1902, pero el hecho existía desde mucho antes, según hemos visto. El monopolio español y lusitano en las Américas, española y portuguesa, respectivamente, viene a ser sustituido por la hegemonía británica. Los Estados Unidos surgieron como potencia imperial, teóricamente, desde *Monroe* (1823), pero más acusadamente después de la Guerra de Secesión, cuando se definió la teoría del «*Destino Manifiesto*» y, sobre todo, a raíz de la derrota española en 1898. La tercera etapa, a continuación de la guerra mundial de 1914, se caracteriza, según se ha indicado, por la intervención armada como soporte de la financiera. El auge del fascismo, y la penetración del dumping nipón, ruso y germano, desde 1930 aproximadamente, han orientado una política distinta. A partir de entonces la Casa Blanca ha descartado la intervención armada y, aun más, esquivo la intervención diplomática oficialmente declarada en los conflictos con el capitalismo norteamericano, pero la estructura y la expansión de este capitalismo se mantienen casi intactas.

El imperialismo, que para algunos suele existir esporádicamente, según sus simpatías, sus conveniencias o, sus pasiones, es un hecho económico independiente de tales factores subjetivos. Existe. Los Estados Unidos de Norteamé-

rica que, durante el coloniaje, lograron desarrollar industria propia y comercio con barcos construídos en sus astilleros, al par que fomentar un espíritu autónomo, aun con respecto a la metrópoli londínense, han considerado a los países de América Latina como «países-campo», reservándose para sí el papel de «país- máquina», distinción que, si bien puede subsistir de hecho, no es una norma para el futuro.

Por otra parte, el imperialismo (que en sus rasgos más simples consiste en la inversión del exceso de capital de un país rico en otros más pobres, aprovechando las materias primas de éstos, su mano de obra más barata y, por tanto, la mejor reutilización del capital invertido), no se limita a esto, sino que, en seguida, trasciende al campo político, e interviene en la contextura de los gobiernos. El ejemplo de lo ocurrido en Centroamérica, a propósito de las aduanas de Santo Domingo y Haití; o en Nicaragua, a propósito del canal interoceánico, o en Panamá, a propósito de la apertura y conservación del Canal, o en Cuba bajo la Enmienda Platt; o en México, en muchas ocasiones; lo ocurrido en Venezuela con los interventores holandeses, franceses, norteamericanos y británicos; la resistencia argentina a las intromisiones británicas y francesa; la actitud de la *Peruvian Corporation* y la *Standard Oil*, en Perú, etc., todo ello significa que poderes extraños, más poderosos que los Estados mismos, se interfieren en la política y en la cultura nacionales. Si el imperialismo no hubiera desarrollado en tan vasta escala su acción desde fines del siglo XIX, posiblemente se habría retrasado un poco —en el período inicial, no ahora— el desarrollo económico, pero en cambio se habría cumplido una etapa democrática efectiva, con el ascenso de la clase media al poder.

No se trata de formular acusaciones, pero tampoco de esconder hechos. Y el imperialismo es una fuerza histórica más importante que la episódica frase de Melgarejo al pueblo de La Paz, cuando mató a Belzú, o que el lema de Porfirio Díaz para sostenerse durante más de veinte años en el mando.

#### 761.—*La propiedad.*

No se podría afirmar tampoco que la tierra haya sufrido muchas modificaciones cuanto a su régimen de propiedad. El latifundio, derivado de la encomienda y las manos-muertas coloniales, rige en toda la América Latina, y no ha desaparecido del todo en el sur de Estados Unidos. Más aún: la revolución mexicana que, al grito de «*tierra y libertad*»

(lema de Emiliano Zapata), ha tratado de llevar a cabo una vigorosa política parcelaria, bien poco es lo que ha conseguido hasta hoy. Los estancieros argentinos, los gamonales peruanos, los patrones de fundo chilenos, los hacendados mexicanos, etc., constituyen un grupo pequeño en número, pero fuerte en posesión de tierras y, por tanto, de dinero y de hombres. A través de este régimen de enormes propiedades, a menudo incultivadas, el sufragio no ha podido regir verdaderamente, ni las hermosas leyes sociales cumplirse totalmente, relegando así al campesino a una situación muy inferior a la del obrero de las ciudades.

#### 762.—*La industria.*

Estados Unidos marcha, desde luego, a la cabeza de las industrias del continente. Utilizando sus propias materias primas, las de sus colonias y las de América Latina, prácticamente controla algunos rubros mundiales: el petróleo y sus derivados, los automóviles, las máquinas, el caucho. En Indoamérica, la industria se ha desenvuelto en forma destacada en Brasil, Argentina, Chile y México. Por consiguiente —con excepción de Brasil, donde el singular régimen que impera desde 1930 ha descoyuntado por medios policiales la organización de los trabajadores—, en dichos países es donde existe un proletariado más evolucionado.

#### 763.—*El comercio.*

Estados Unidos es un país esencialmente exportador; Indoamérica es importadora de productos elaborados, y exportadora de materias primas.

Si bien en el sector atlántico (especialmente Argentina) Inglaterra es el primer cliente; y en el Pacífico (especialmente en Perú) Japón no figura entre los últimos, en globo resulta que los Estados Unidos van sustituyendo progresivamente a los demás competidores y, prácticamente, a raíz de la actual guerra, monopolizan las importaciones y exportaciones de Indoamérica, lo cual planteará un problema de enorme repercusión política, económica y social.

#### 764.—*La agricultura.*

Es hasta hoy la actividad mayor del conjunto de América. Pero se destacan en ella dos facetas muy diferentes una de otra. La mecanización de los implementos agrícolas en



Estados Unidos (y parcialmente en algunos países indoamericanos) y la perseverancia en los métodos coloniales de cultivo de la tierra en la mayoría, ofrecen un rudo contraste, en el cual se reflejan dos modos de vivir, si no antagónicos, de todos modos radicalmente diversos. América ofrece dos rostros al observador: el del obrero del campo especializado y progresista, y el del triste siervo, superviviente del siglo XVI. En el orden político, cultural y moral, esta discrepancia tiene profundos ecos.

765.—*Las rentas.*

No se podría afirmar que el sistema impositivo haya sufrido una transformación tan radical como las costumbres sociales de las ciudades, los gustos de la gente, la literatura, etc. Si teóricamente se ha avanzado mucho, en la práctica rigen no pocas de las prácticas denunciadas por Ulloa y Juan en su célebre libro «Noticias secretas de América», de mediados del siglo XVIII. La participación creciente del Estado en las utilidades privadas es ostensible en Estados Unidos y en unos pocos países del sur del Río Grande, pero la ausencia de una democracia auténtica en algunos de ellos trae como consecuencia una legislación financiera de tipo muy conservador.

766.—*El petróleo.*

Uno de los mayores y más poderosos protagonistas de la Historia americana —y la mundial— en este período es el petróleo. Como se sabe, la máquina de vapor trajo como consecuencia el progreso inmediato de los países que poseen hierro y carbón. De ahí el esplendor de Inglaterra, que alcanzó su máximo en la época victoriana, esto es en las dos últimas décadas del siglo pasado.

Pero, el descubrimiento de un nuevo combustible (petróleo) y, por tanto, el aumento del valor del petróleo, desplazó el eje económico. Los Estados Unidos, dueños del 60% del petróleo del mundo, y la América Latina, del 16%, reúnen en sus manos el 76% de la producción mundial. La lucha por el petróleo puso frente a frente a dos grandes potencias, ambas encubiertas tras las apariencias de las sociedades anónimas, con que actúa el capitalismo internacional: Inglaterra y Estados Unidos. La competencia entre la *Royal Dutch* y la *Standard Oil* explica más de un misterio de la política contemporánea: guerras, revoluciones y atentados.

A causa del petróleo las relaciones con los Estados Unidos sufrieron bruscos virajes. La nacionalización del petróleo mexicano produjo un aumento del interés de los petroleros norteamericanos en Venezuela. Y este país ha quedado convertido prácticamente en monocultor, no obstante ser dueño de variadas riquezas. En torno a la nacionalización del petróleo ha girado la política internacional de Bolivia desde 1936 hasta nuestros días. La nacionalización del petróleo argentino es otro capítulo importante en la vida del continente. En la guerra del Chaco y en varias contiendas civiles, el papel del petróleo ha sido muy importante.

767.— *Las compañías anónimas y los trusts.*

Desde luego la actuación de los petroleros y de los Estados que los sustentan se disimula bajo la apariencia de los consorcios y sociedades anónimas. Las entidades de este tipo, tales como la Standard Oil, Royal Dutch Company, United Fruit, Guarantee Trust, National City Bank, Banco Alemán Transatlántico, Grace Co., Peruvian Corporation, Smelter Mining Company, Chuquicamata, etc., han ejercido actividades no siempre sólo financieras, sino políticas y, en veces, hasta culturales.

768.— *Los minerales.*

La riqueza minera de América está de nuevo en juego, como en los días coloniales. El cobre chileno; el estaño, el tungsteno y el wolfram bolivianos; la plata del Perú y México, el vanadio peruano, etc., contribuyen poderosamente a la industria pesada y de armamentos de Estados Unidos y de Europa, pero, generalmente su explotación no se halla bajo el control de manos y cerebros nativos, sino sometida a la tutela de las grandes empresas extranjeras. Si, como se proyecta ya, se realiza una progresiva nacionalización, que no desconozca las inversiones hechas, o se llega a un acuerdo mediante el cual se corrijan modalidades perjudiciales a la soberanía nacional y se incremente el aporte de estas industrias extractivas a la economía de cada país, no hay duda de que la riqueza de nuestra América aumentará considerablemente, se desarrollarán nuevas industrias y el *standard* de vida del trabajador, en la ciudad y el campo, sufrirá una benéfica transformación.

## VIDA RELIGIOSA

769.—*La Iglesia y el Estado.*

Desde la Independencia surgió, según vimos, la discrepancia entre la Iglesia y los recién libres Estados. No obstante que el bajo clero fué partidario de la libertad el alto observó una actitud contraria. Hubo arzobispos que anatematizaron a la República. Además, algunas órdenes religiosas, singularmente los jesuítas, intervinieron, según también se ha visto en la vida estatal, al amparo de la lucha entre los partidos conservadores y liberales de cada país. Todo eso contribuyó a que el asunto religioso se mezclara íntimamente con el político. Las revoluciones alzaron el pendón de la fe, como nuevas cruzadas, o al revés, el del libre pensamiento contra el clero predominante.

En los Estados Unidos esto se evitó gracias al carácter generalmente liberal de su organización desde la época colonial. La República no podía reducir, sino aumentar las preexistentes libertades. Pero, en el resto de América, el problema tuvo otras facetas. Buena parte de la lucha de México se cubrió de manto religioso. Juárez defendía un nacionalismo indígena y *laico*, contra el ultramontanismo de los reaccionarios del país, partidarios de Maximiliano. Entre García Moreno y el radicalismo ecuatoriano se levantó, como tema de disputa, el Corazón de Jesús. Creer en la autoridad de la Iglesia o negarla, admitir o no a los jesuítas, fué piedra de toque en las luchas políticas colombianas: García Moreno pretendió invadir a Colombia, en defensa de la Compañía de Jesús. Fué menor la influencia de la Iglesia en el resto de América, y, sin embargo, la acción batllista en Uruguay se caracterizó por el anticaudillismo y el anticlericalismo.

Desde 1900, una a una las repúblicas indoamericanas fueron virando, primero hacia la *tolerancia de cultos*; después algunas, hasta la *separación de la Iglesia del Estado*, la cual en el caso de Chile, fué producto de un acuerdo pacífico, sin desgarramiento alguno.

Desde 1900 hasta 1930, aproximadamente, la tónica pre dominante en esta materia fué de un más o menos franco escepticismo. Pero, a raíz de la reunión de los Congresos Eucarísticos y la crisis económica de aquel año, se produjo un renacimiento católico, en el que no dejan de verse algunos

factores políticos. Por curiosa coincidencia, han recrudecido paralelamente los regímenes « fuertes » y la beligerancia política de la Iglesia Católica. En 1936, a raíz de la iniciación de la guerra de España, tal hecho se ha acentuado considerablemente. La pugna entre Hitler y la Iglesia ha producido alteraciones en ella.

#### 770.—*Católicos y protestantes.*

Mientras en Estados Unidos el avance de la Iglesia Católica es considerable, (llegan a 23 millones los católicos, en 1943) en la América Latina se ha producido cierto progreso de la Iglesia Evangélica. No hay proporción entre uno y otro dentro del orden numérico, pero se puede comprobar que, especialmente en los sectores indígenas, la propaganda evangélica ha hecho camino, y que en Norteamérica el robustecimiento del catolicismo está fuera de toda duda.

En el campo educacional, la disputa entre ambas iglesias cristianas es más evidente. Los católicos han fundado Universidades, que sirven de coronación de la tarea pedagógica de la escuela; los protestantes han fundado institutos y colegios de tipo evangélico.

## VIDA CULTURAL

#### 771.— *Instrucción pública. La escuela.*

En este siglo se ha realizado el mayor avance de la instrucción pública que registra la historia de América. Aunque el analfabetismo subsiste en gran proporción todavía —y en Indoamérica puede calcularse que no baja de un 60% de la población tomada en globo— su reducción es considerable.

La Colonia se preocupó de algunas Universidades, pero no de la instrucción primordial, dejada a los conventos, mezclada, por tanto, con enseñanzas religiosas. La República, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se consagró sobre todo a la instrucción primaria; y en el XX ha vuelto a dar redoblada beligerancia a la superior o profesional.

Los libertadores de Estados Unidos se preocupaban ya de la cultura de su pueblo. Franklin, Jefferson, Adams, todos ellos sabían que un país defiende mejor su libertad y trabaja



mejor por su progreso, cuanto más conciencia tiene de ambos. La subsistencia del latifundio y el régimen feudal campesino, así como la conservación de algunos viejos prejuicios de tipo monacal, antes que religioso, impidieron que en la otra América primara idéntico concepto.

Pero el auge liberal de 1848 repercutió dentro del orden político en cuanto a subrayar la urgencia de conceder a la instrucción la importancia que le correspondía. Domingo Faustino Sarmiento llevó a cabo su campaña desde el destierro, desde la función pública y desde la Presidencia, a base de pedir y trabajar por el desenvolvimiento de la escuela primaria. Con él empieza a considerarse algo más que meros instructores y burócratas a los maestros de escuela.

A fines del siglo, se generalizó la tendencia a laicizar los planteles de enseñanza, arrancándolos del poder de la Iglesia. Hemos visto, a los largo de los capítulos anteriores, cómo ello fué causa de más de una revolución en Colombia, México, Ecuador, Venezuela, etc.

Pero, sólo en los primeros años de este siglo se extendió más la escuela primaria con sus lemas sustanciales: obligatoria, universal, gratuita, y del Estado. La enseñanza estadual se ha desarrollado considerablemente ahí donde la democracia ha sido ejercitada. La particular aumenta sus prerrogativas ahí donde rige la autocracia, excepto en los Estados Unidos.

Casi todos los países han usado en este lapso misiones de técnicos extranjeros. Los modelos suizos, franceses, e italianos han sido los preferidos. Pero, hoy se levanta, como un *leitmotiv*, el de la escuela nacional. México, en Indoamérica señaló el ejemplo de ello, a raíz del triunfo de la revolución, después de la década sangrienta de 1910-20.

### 772.—*Las Universidades.*

En los dos últimos lustros, la Universidad ha cobrado singular importancia. En los Estados Unidos se han multiplicado, bien por acción y donativo de particulares, bien por intervención de los gobiernos estaduales o del federal.

En América Latina, un considerable número de institutos de enseñanza superior se ha agregado a los que España estableció durante la Colonia. Algunas de las nuevas universidades son de tipo *libre*, no regido por el gobierno, como la Universidad Obrera de México, la Universidad Libre de Bogotá, etc. Otras son sostenidas por congregaciones, sectas

o grupos confesionales. Las hay de tipo oficial, pero con *autonomía*, como las recientemente erigidas en Argentina y Bolivia. Las hay, en fin, dependientes de los Gobiernos.

Pero, por lo general, la Universidad americana es autónoma.

En 1918 se operó en casi toda Indoamérica un movimiento de «*reforma*», que más bien debiera considerarse como una revolución espiritual. Se inició en la Universidad de Córdoba (Argentina), y se propagó a toda América. Los postulados principales de aquella insurgencia fueron: libre docencia, asistencia libre del alumnado, autonomía universitaria, movilidad de las cátedras, enseñanza activa en seminarios y laboratorios, acercamiento de la Universidad al pueblo, provisión de las cátedras por concurso de méritos, con gobierno universitario: en suma, la negación de la Universidad virreinal.

Los estudiantes, desde entonces han mantenido estrecho contacto con los obreros, participando en muchos de sus movimientos y constituyendo núcleos políticos conjuntos, lo cual señala una de las diferencias fundamentales entre el estudiante indoamericano (de aguda sensibilidad social) y el norteamericano (deportivo y especializado).

### 773.—*Las letras.*

Claramente pueden distinguirse tres tiempos en la evolución de la literatura continental a través del lapso 1848-1940: el *romanticismo*, con su predominio político e histórico; el *modernismo*, con su predominio estético, y las *corrientes actuales*, con su complejidad. A través de ellas surgen personalidades descollantes. Estudiar nuestras letras sin referencia concreta a Emerson y Sarmiento, a Thoreau y Palma, a Whitman y González Prada, a Martí y Montalvo, a Sierra y Darío, a Chocano y Neruda, a Lugones y Hostos, a Lewis y a Machado de Assis, a Herrera y Reissig y a Rivera, a Poe y Alberdi, a Hawthorne y Rodó, sería materialmente imposible.

En 1848, comenzó el movimiento *romántico*. El iniciador en la América Latina fué el argentino *Esteban Echeverría*, autor de «*La Cautiva*» y el «*Dogma socialista*». Aportó a las letras americanas, dicho autor, la adhesión a los temas vernáculos y a las tradiciones históricas.

El romanticismo fué, por consiguiente, una tendencia literaria de complejo contenido. Por una parte correspondía a necesidades y orientaciones propias, y, por otra, al eco de

imitaciones extranjeras. En Estados Unidos, el romanticismo palpable en *Edgar Allan Poe*, a quien hemos aludido, se reflejó en una tendencia *eticista*, que trataba de moralizar los usos y costumbres, la tendencia encabezada por los llamados «trascendentalistas», o sea, *Ralph Waldo Emerson* y *D. H. Thoreau*, a quienes nos referimos ya. En Indoamérica, dicho rumbo estuvo personificado por otros escritores, sin el contenido ético de los yanquis, más bien con un fondo político y literario. Tan discutible amalgama se ve patentemente en los llamados «hidalgos de la literatura americana», o sea en aquellos que fueron, al par que insignes escritores, connotados rectores del pensamiento, tales como: *Domingo Faustino Sarmiento*, *Juan Montalvo*, *Manuel González Prada*, *José Victorino Lastarria*, *Juan B. Alberdi*, *Francisco Bilbao*, *José Martí*, *Eugenio María Hostos*, *Lucas Alamán*, *Justo Sierra*, etc.

¿Qué es lo característico de dichos hombres? En otro libro (1) hemos hablado pormenorizadamente de la labor de cada uno de ellos. Aquí nos basta con mencionar su tendencia más notoria, su denominador común.

Ante todo, no fueron tiempos propicios a una demarcación definitiva entre política y literatura. De ahí que ambos caminos se entremezclen, como se ve en el ecuatoriano Montalvo, gran lingüista, uno de los más preclaros campeones de la libertad política, al par que uno de los más profundos discriminadores de la sociología local y de la pulcritud idiomática. Pocos han manejado como Montalvo el idioma castellano, y pocos, también, supieron arriesgarse más, en aras del liberalismo, atropellado por el teócrata García Moreno. En Sarmiento ocurre algo semejante. No es él por cierto, un modelo de limpieza lingüística, pero, sí, de fuerza ideológica. Fué, a la vez, hondo disector de las realidades argentinas, como se ve en su «*Facundo*», y polemista de extraordinaria garra. Llegó a Presidente de la República, pero, antes, supo apoderarse de la admiración de los chilenos, de los peruanos y, luego, del continente entero. En Manuel González Prada se ve parejo fenómeno, poeta impar en la literatura peruana, por su parquedad expresiva y por su originalidad temática, no bien le tocó el aguijón de la guerra trocose en activo y encendido apóstol de un nacionalismo fervoroso y ahincado, credo en el cual pervivió sin transacciones hasta la hora misma de su muerte, no obstante

---

(1) L. A. Sánchez, «*Historia de la literatura americana*», 4.ª edición Santiago, 1943.



los toques socialistas de sus últimas obras. Prosador de rara eburneidad, poeta de singular vuelo metafórico, González Prada resalta también como inquietador y apóstol de vigoroso ímpetu, de clara estirpe nacional y rebelde.

El romanticismo produjo, sincrónicamente, un nuevo culto a las tradiciones americanas, de preferencia, a las coloniales. Lo indígena quedó supeditado a lo virreinal, relegado a un segundo plano como elemento vergonzante o, cuando mucho, pictórico. Entre los tradicionistas ninguno alcanza la fama de Ricardo Palma autor de las célebres «*Tradiciones Peruanas*».

A fines del siglo XIX, y después de la transición que implicó el *realismo*, hijo ilegítimo de los románticos, surge el *modernismo*. Fué ésta una tendencia eminentemente decorativa, esteticista, capitaneada por el poeta nicaragüense *Rubén Darío*. Correspondía a una época suntuaria y escéptica. Ciertamente uno de sus precursores fué *José Martí*, el apóstol cubano, tan exquisito poeta como vigoroso agitador; pero en el fondo, ocurría que el continente había pasado a la hora de adolescencia y se injertaba en el cuadro de la intelectualidad mundial.

Rubén Darío reivindicó el predominio de la forma. A través de rapsodias francesas, enriqueció lo castizo con tradiciones y formas desconocidas. La literatura española sintió la influencia de aquella escuela, directamente nacida del simbolismo galo, y se rindió ante ella. Los mayores poetas hispanos e hispanoamericanos siguieron los rastros de Rubén.

Con el modernismo coincide en Norteamérica un movimiento de busca de lo terrígeno, al par que cierta tendencia escéptica, cuyo exponente más divulgado fué *W. H. Miencken*. Pero, eso no traducía sino algo inicial. No pasarían muchos años sin que le naciera al idioma castellano, en América, una poesía totalmente emancipada de los viejos módulos, y sin que una nueva epopeya, hecha de elementos naturales y no sobrenaturales, viniera a dar vida a la novela.

La *novela* y la nueva *poesía* se identifican con las corrientes espirituales de la trasguerra.

Mientras América fué campo sin problemas, la novela se limitó a relatos aislados, y el poema permaneció en la zona objetiva y sonora de la rapsodia rimada de los temas cotidianos. Con los acaecimientos de la post-guerra, en 1918, todo cambió. Le nacieron a América impresentidas complicaciones, entre ellas la *inquietud social*. Y, por ende, aparecieron en su vida la novela y el poema sociales.

Uno de los fenómenos llamativos surgidos en el siglo



XX dentro de la literatura mundial, ha sido la *novela americana*. Primero fué en Norteamérica, donde asomó la obra crítica de *Sinclair Lewis*, *Upton Sinclair*, *Teodoro Dreiser*, *Sherwood Anderson*, todos ellos escritores tremantes, trastuntos de un mundo caótico, urbano antes que rural, al revés de la novela indoamericana, donde las tragedias y los conflictos se ubican en el mundo campestre, no en el burgués, todavía sometido a un ritmo policial y pacífico o pacificado.

Frente al caos ciudadano de los nombrados escritores de Norteamérica, surge la confusión *selvática* y *campera* de *José Eustasio Rivera*, *Rómulo Gallegos*, *Ricardo Güiraldes*, *Mariano Azuela*, *Graça Aranha*, *Ciro Alegría*, *Jorge Amado*, *Jorge Icaza*, representantes de diversas literaturas sudamericanas, en quienes el orden no subsiste sino condicionalmente, y para quienes la vida adquiere dimensiones e intensidad imprevistas.

La poesía continental se dirige, también, por sendas diversas. La norteamericana, de acuerdo con los cauces de *Walt Whitman*, sigue la ruta multitudinaria con *Masters*, *Langston Hughes*, *Sandburg*, etc.; mientras la indoamericana se retuerce de ardido subjetivismo con *Neruda*, *Vallejo*, *Eugenio Florit*, o sigue el camino de la objetividad racial con los poemas negros de Cuba, con los indios y cholos de la poesía peruana.

En todo caso, se puede afirmar, sin miedo a equivocarse, que la literatura indoamericana está adquiriendo en nuestros días características *nacionales* y *continentales*, y que su dependencia de Europa es cada día menor, y disminuirá aún a medida que pase el tiempo con su séquito de escombros y tragedias.

#### 774.—*Artes plásticas.*

Desde luego no se puede pensar que desde 1848 floreciera un arte plástico autóctono. Estaba demasiado reciente el coloniaje, y Europa ejercía una influencia extraordinaria sobre el pensamiento y el gusto americanos, ayunos de conocimientos técnicos adecuados. El retrato y la pintura histórica, la estatua de próceres, he ahí los temas de las artes plásticas de entonces, no siempre confiados, por lo demás, a manos criollas. Así ocurre con los más célebres monumentos de Bolívar que se ven en los parques del continente, originales de autores italianos.

En Estados Unidos, por ejemplo, el género predilecto

fué el del retrato, representado por artistas como *Chester Harding* y *Sergent*. Igual ocurre en los países del Sur, y, en verdad, si no fuera por ello, ausente la fotografía, no tendríamos reproducción fisonómica de los principales prohombres del amanecer de nuestras Patrias.

Se destaca, singularmente, en la primera parte de este período, un grupo de pintores venezolanos, entre ellos *Carmelo Fernández* (muerto en 1877), más litógrafo y dibujante que pintor, a quien se debe un conocido retrato de Bolívar; *Martín Tovar y Tovar* (1828-1902), consagrado con gran éxito a la pintura histórica; *Arturo Michelena*, tal vez el más grande artista plástico de Venezuela (1868-1898), trunco a temprana edad, discípulo del francés Lourens; el dramático *Cristóbal Rojas*, también alumno de Lourens, y *Carlos Rivera Sanavria*, de idéntica escuela. Las escenas históricas de Michelena y Tovar (por ejemplo, el «Miranda en Puerto Cabello») están llenas de interés pictórico y documental, según se ve en los ejemplares que se conservan en la Casa Amarilla de Caracas (1).

Las influencias francesa e italiana se hacen patentes también en el gran pintor peruano *Ignacio Merino*, autor de composiciones históricas de vuelo, como «*La Venganza de Cornaro*», «*La lectura del Quijote*», «*El descubrimiento del Pacífico*», etc.; en Francisco Lasso, cuya «*Santa Rosa*» ha pasado a ser una obra clásica, y en *Luis Montero*, cuyo «*Funerales de Atahualpa*» ha alcanzado reputación.

En México, en mayor contacto con Europa, en Brasil, en Argentina, en todas partes, floreció una pintura un tanto heroica si se quiere, que daba más importancia al gesto, al ademán teatral, que a motivaciones más profundas. En general lo vernáculo —a diferencia del tiempo nuevo— anduvo ausente de ahí hasta 1900.

Puede decirse, sin temor a incurrir en yerro que, a partir de esta fecha, la pintura americana en general adquiere otro tono. La ganó el *realismo*, apartándola de la imitación europea, y adquirió, al propio tiempo que realismo, una orientación *decorativa y mural*.

La nueva pintura norteamericana se caracteriza por su divorcio de los modelos clásicos de *Sergent*, autor de famosos retratos, y por su tendencia sarcástica, crítica y periodística.

En México, a su vez, nació una pintura que, al mismo tiempo, era realista y alegórica. Al conjuro de la revolución y

---

(1) Véase José Nucete Sardi: «*Notas sobre la pintura y la escultura en Venezuela*», Caracas, 1940.

de ciertas influencias europeas, las expresionistas sobre todo, se fué formando un arte indigenista, proletario, en el cual se destaca como precursor *Saturnino Herrán*, y, más tarde, como realizadores, *Diego Rivera*, el más discutido de todos, *Orozco*, *Montenegro*, *Tamayó*, etc. La pintura mexicana sobresale especialmente en el cultivo de los frescos y cuadros murales y por su sentido amargo y combativo.

El indigenismo de la pintura mexicana halló pronto eco en los países de más acusado abolengo indígena, como Perú, Ecuador y Bolivia, que por cierto son tierras por excelencia plásticas. Los nombres de *José Sabogal*, *Julia Codesido*, *Camilo Blas* y *Jorge Vinatea Reinoso* (éste muerto en plena juventud) reflejan los más altos valores de la pintura peruana. En Ecuador, *Sergio Guarderas*, *C. Egas* y algunos más se caracterizan por la pintura regional. En Bolivia, *Guzmán de Rojas*, captor del alma aimará, y *Gil de Coimbra*, de rumbo simbolista, se distinguen sobre todos.

La pintura argentina, brasileña, chilena y uruguaya ha vivido y vive más en contacto con lo europeo, atenta a las lecciones del otro lado del Atlántico. Así se advierte, por ejemplo, en las obras de *Spilimbergo* y *Petorutti*, aun en las de *Figari*, el pintor de gauchos en Uruguay, en las de *Juan Francisco González*, *Rebolledo*, *Pacheco Altamirano*, etc., de Chile. Y también en las de *Tito Salas*, el más discutido y más célebre pintor venezolano de nuestros días.

Con todo no se puede negar que la pintura americana está adquiriendo un tono personal.

En cuanto a la escultura, su desenvolvimiento es notoriamente menor. Muchas de las estatuas destacadas, inclusive las de héroes nacionales, se deben al escople y al cincel de artistas europeos.

### 775.—*La arquitectura.*

En los últimos años, la arquitectura americana ha definido sus contornos. En Estados Unidos, por cierto, tiene ya un carácter propio. Los «*skycrapers*» o rascacielos han impuesto sus líneas en casi todos los países del globo donde las concentraciones humanas requieren ese tipo de edificios. Pero al par, conjugando las líneas de las construcciones españolas con la psicología indígena, se ha dado vida a un nuevo estilo, de dos o tres pisos cuando mucho, ancho patio, ventanas de barrotes metálicos o madera, remedando las viejas casonas de la colonia. Este estilo, llamado *californiano* en el Norte, se reforma con más elementos indígenas y adopta

el nombre de *neoperuano* en Perú. Junto a esos dos tipos de edificios, florecen otros de origen europeo, especialmente de Alemania.

#### 776.—*La música.*

Lo más saltante del desenvolvimiento musical de América en este siglo podría reducirse a dos aspectos: la aparición mundial del *hot-jazz*, proveniente de los negros norteamericanos (con los *spirituals*, *jazzes*, etc.), y el auge y estilización de la *música popular criolla*, tanto los aires indígenas propiamente dichos, como los mestizos: tangos, machichas, rumbas.

Todo esto radica en el campo de lo típico, de lo peculiar. Más *folklore* que arte. Grandes compositores los hay en escaso número, salvo en Estados Unidos; grandes ejecutantes sí, en casi todas partes, especialmente en Estados Unidos, Argentina, Brasil y Chile,

La actual entusiasta acogida a los aires nativos americanos se asemeja, sin tanto vuelo a la que se dispensó igualmente a las tonadas rusas populares hace medio siglo.

No sería aventurado afirmar que, antes de mucho, la música americana, trascendiendo de lo popular, estilizándose, ha de encontrar expresiones de más depurada estética y creciente perfección técnica.

#### 777.—*Descubrimientos e inventos científicos.*

En materia científica, este siglo significa la aparición de una indudable aportación continental. En casi todos los ramos la presencia americana se ha hecho, día a día, más patente. Basta leer cualquier manual de medicina, por ejemplo, para darse cuenta de lo que han trabajado en pro de la salud del hombre los médicos e investigadores americanos, bien sea en los laboratorios de Norteamérica, bien en los de Indoamérica.

En éstos, a fines del siglo pasado, surgió la figura de un auténtico mártir de la ciencia: el estudiante peruano *Daniel A. Carrión*, quien, para descubrir el germen y proceso de la mortífera «verruga», no titubeó en inculársela, arrojando la muerte con tal de legar a la humanidad una experiencia más. En Norteamérica, los descubrimientos en torno a las aplicaciones de la electricidad, al combate de la anemia



infecciosa, la tuberculosis, la malaria, la fiebre amarilla, etc., son sencillamente admirables.

Los laboratorios e institutos *Carnegie*, *Rockefeller*, *Smithsonian*, etc., han contribuído poderosamente a mejorar las condiciones de salubridad en que se desarrolla la vida humana. Igual cosa han hecho los laboratorios de Brasil, Argentina, Chile, por citar aquellos en donde las especialidades terapéuticas y bacteriológicas han sido mayormente cultivadas.

En materia de inventos de aplicación industrial corresponde la mayor parte de ellos a los Estados Unidos, conforme a su ritmo industrial y técnico. *Morse* y el telégrafo; *Cyrus Field* y el cable; *Thomas Edison* y la lámpara eléctrica, son hechos y nombres de resonancia mundial. Se explica: en Estados Unidos, ya en 1860 ocurría que una sexta parte de la población (6 millones) dependía del trabajo en las industrias, donde laboraban 1.100.000 varones y 285.000 mujeres, como pilares económicos de la colectividad obrera.

El crecimiento industrial en el norte de Estados Unidos fué también abrumador, y sólo entre 1850 y 1860, es decir, en vísperas de la guerra de Secesión, alcanzaba a un 86%, o sea que subió de 1.019.166.616 dólares a 1.900.000.000.

## VIDA INTERNACIONAL

### 778.—*Las vías de comunicación y la corriente inmigratoria.*

En todo el continente se inició, a partir de 1850, la etapa ferrocarrilera, cuyo modelo era entonces Inglaterra, dueña del carbón y el hierro.

Argentina, en 1851, creó una compañía nacional para administrar sus ferrovías, pero después dichas comunicaciones cayeron en manos de compañías británicas. Lo propio pasó, según hemos visto, en otros países. La red ferrocarrilera inaugurada por el gobierno de Balta, en el Perú, hacia 1870, hubo de transformarse también en prenda de empréstitos, poco después de la guerra del Pacífico. Situaciones parecidas se presentaron en otros países.

Estados Unidos, en cambio, trabajó en paz sus propias líneas férreas, financiándolas con sus propios medios, construyéndolas con su propio acero, alimentándolas con su propio combustible. Cuando a fines del siglo, surgió la movi-

lización a petróleo, las circunstancias pudieron cambiar, puesto que América Latina lo producía en apreciable escala, pero entonces surgió la acción avasalladora de las empresas capitalistas extranjeras, y lejos de ser un factor de liberación, el petróleo se convirtió en una cadera más.

De todos modos, ello repercutió intensamente en la política demográfica y en las relaciones internacionales del continente.

Estados Unidos, seguro de su potencia transformadora, tenía desde el coloniaje, abiertas sus puertas a la inmigración europea. Las ex posesiones españolas y portuguesas no pudieron hacer otro tanto hasta mediados del siglo XIX. Además del grueso contingente de alemanes, holandeses, escandinavos e irlandeses que ya, desde el siglo XVIII, encerraba en su seno Norteamérica, a partir de 1845 auspició el advenimiento de nuevos aportes europeos. La hostilidad religiosa fué causa que nuevos irlandeses vinieran a asilarse en tierra del Nuevo Mundo. No menos de 750.000 ingresaron a Estados Unidos entre 1850-60. Hacia 1847 llegaron allí más de 50.000 alemanes; en 1860, el censo arrojaba 1.600.000 germanos.

La inmigración alemana fué también notable en Brasil, Chile y Uruguay. Muchos de ellos, inadaptables a las nuevas condiciones políticas de su patria, a raíz de las revoluciones de 1848, se instalaron en el norte uruguayo y el sur de Chile.

Por lo general, América comprendía que sus tierras eran muy vastas, su población muy escasa y técnicamente imprevista y que le interesaba recibir un aporte de conocimientos y un número de gente más evolucionada. Fué así como el argentino Alberdi, condensando tal necesidad, redujo el problema a una sola frase inserta en su célebre libro «*Bases*», fundamento de la Constitución argentina de 1853: «*Gobernar es poblar*», añadiendo que «*poblar es educar*».

Pero el espíritu colonial, superviviente en algunos países, y por otra parte, el recelo a los europeos que mostraban claras intenciones dominadoras (guerra de México; guerra de España en el Pacífico; guerra de España en Cuba; intervención contra Rosas; intervención contra Nicaragua, Guatemala, Venezuela, etc.) provocaron una resistencia tenaz no por sorda menos efectiva.

#### 779.—*Internacionalismo Obrero.*

Durante el siglo XX, las agrupaciones de obreros comenzaron, en América, a adquirir un más acelerado ritmo

de cooperación. Ello se debió al comienzo, de manera primordial, a la labor desarrollada por los núcleos de anarquistas, que se hicieron fuerte en Estados Unidos, Argentina y Uruguay.

Pero, es después del triunfo de la revolución rusa cuando la actividad organizativa obrera adquiere mayor volumen.

La fundación de partidos socialistas de tipo moderno, y, luego, la fundación de células, primero, y partidos, después, comunistas, aceleró, sin duda, dicho proceso.

Durante la revolución mexicana se vió la importancia de las organizaciones de obreros. En 1920, por ejemplo, fué indudable la eficacia de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), fundada por Luis Morones, en la derrota de Carranza a manos de Obregón.

Este ejemplo fué saludado en el resto de América promisoramente. Desde antes, el 1.º de mayo sangriento en Buenos Aires, y las huelgas de los portuarios y salitreros en Chile (1903-1907), así como el Mayo trágico del Perú (1919) habían sido otros tantos ingredientes para alentar a los trabajadores a organizar sólidos frentes de acción.

La Primera guerra europea, al liquidar a la segunda Internacional y dar vida a la Tercera, planteó nuevos problemas.

Finalmente, después de largos titubeos, casi siempre a causa de la pugna entre socialistas y comunistas de una parte, y anarquistas de la otra, se organizó en México la Cetal, o sea la Confederación de Trabajadores de América Latina, sobre la base de la CTM, o Confederación de los Trabajadores de México. Aquello se realizó, bajo el amparo del Presidente Cárdenas, en septiembre de 1938.

Desde entonces, ese organismo ha crecido mucho, aunque atraviesa una época de crisis, marcada, singularmente, por el choque, en su seno, de las corrientes comunistas (que tienen predominio en ella) y las de otros sectores de izquierda, tales como socialistas, apristas y otros.

Sin embargo de semejantes discrepancias, es palmario el hecho de que la CETAL ha conseguido agrupar a la mayoría de los obreros del continente, si bien su labor podría ser más amplia, a poco que venciera ciertos prejuicios ostensibles en sus rumbos directivos.

En Brasil, las organizaciones obreras han sido, prácticamente, anuladas durante el gobierno de Getulio Vargas (1931).

En Estados Unidos, la sindicalización es hoy ma

que antes de la guerra, y se calcula en 11 millones de obreros los miembros de las dos instituciones más poderosas: la American Federation of Labor, que dirige William Green, y que fué fundada por Samuel Gompers, de carácter más conservador y con limitaciones raciales entre sus miembros; y la CIO o Congreso de Organizaciones Industriales, cuya base principal han sido los mineros, encabezados por el fogoso John Lewis. La CIO tiene ideas más amplias que la AF of L. En la actualidad, bajo la presidencia de William Murphy, la CIO, ha convenido en mantenerse en paz con la institución rival.

En la actualidad se trabaja por un más activo intercambio entre las instituciones obreras indoamericanas y anglosajonas.

### 780.—*El Panamericanismo.*

En estas circunstancias nació una teoría internacional, que trató de conciliar las nuevas interpretaciones dadas a las ideas de Bolívar y Monroe; el Panamericanismo.

El Panamericanismo surge oficialmente hacia 1888. Los Estados Unidos propugnaron entonces la primera Asamblea de ese tipo, que se realizó al año siguiente en Washington. La segunda, que debió ser en 1902, no tuvo el éxito esperado, porque el conflicto de Tacna y Arica dividió a los concurrentes en dos bandos y amenazó la unidad de la Conferencia con la discusión de un tema tan espinoso.

La tesis del Panamericanismo coincidía con el auge de la del «Destino Manifiesto». A su sombra, la República del Norte apoyaba francamente a su propia primacía sobre el resto del Nuevo Mundo. Teodoro Roosevelt coronó la idea imperial del «Destino Manifiesto» con su célebre «Corolario» de la Doctrina de Monroe.

Hubo varias reuniones de tipo panamericano. Un poeta, el más grande de la América de entonces, Ruben Darío, ironizaba en un célebre poema: «Yo también panamericanicé». En general, muchos hombres prominentes «panamericanizaron», a la sombra de la tutoría norteamericana. Algunas disposiciones internacionales se perfeccionaron en dichas asambleas. Pero, los vínculos fundamentales no salieron tan robustecidos como era de pensarse. En la reunión de La Habana, de 1928, al contrario, se revelaron discrepancias antes que coincidencias.

A partir de la asamblea de Montevideo, en 1933, la política panamericana empezó a virar. Pero ese viraje no se



hizo ostensible sino en 1936, cuando, con ocasión de la Conferencia Interamericana por la Paz, Franklin D. Roosevelt definió el carácter de la nueva política de los Estados Unidos con respecto al resto del continente.

781.—*La «Diplomacia del Dólar» y el «Destino Manifiesto».*

En general la causa de las dificultades surgidas en torno al llamado «monroísmo» dependió de la interpretación parcial que a la tesis de Monroe daba la Cancillería norteamericana en la época de la «Diplomacia del Dólar». Este término fué popularizado por dos publicistas yanquis, Joseph Freeman y Scot Nearing, en un libro así titulado, y con él caracterizaron la táctica de penetrar financieramente en los países menos fuertes. La «Diplomacia del Dólar» venía, así, a reemplazar, ampliándola a la del «Destino Manifiesto» que se circunscribía sólo a las Antillas y América Central.

782.—*El Interamericanismo.*

Desde 1936, la fórmula del Interamericanismo ha sustituido en parte a la del Panamericanismo. Definiéndola, Haya de la Torre subraya que mientras el Panamericanismo incurre en el error de considerar como un todo homogéneo al continente entero, el interamericanismo, desde su propio enunciado, reconoce que hay dos Américas entre las cuales (Inter-América) se conviene un pacto de colaboración, respetando la idiosincrasia de cada una de ellas.

Los sucesos desde 1936 a la fecha han definido más el contenido del *interamericanismo*. Se trataría de un pacto de *asistencia mutua, dentro de la democracia y sin la idea de imperio*. Descansa en el concepto de que Estados Unidos necesita a Indoamérica para su propia defensa y para tener las materias primas que requiere su industria; así como en que Indoamérica urge de la asistencia de los Estados Unidos para su defensa y para exportar sus productos. Eliminar la idea de imperio es algo sustancial, en lo cual parecen coincidir los directores de la opinión pública tanto en la República del Norte como en las del Sur.

783.—*La «Buena Vecindad»  
y la «Defensa Continental».*

Fórmulas congruentes con la enunciada, son las de «Buena Vecindad» y «Defensa Continental».

Ello representa una superación de la doctrina de Monroe, puesto que supone que América rechaza toda intromisión europea en su territorio y que además puede tomarse posiciones en otro continente, si es preciso, para defenderse, como ha ocurrido con la ocupación de Groenlandia e Islandia por fuerzas norteamericanas.

La «Buena Vecindad» implica, por otra parte, homogeneidad en el régimen democrático a defender.

784.—*Las relaciones interamericanas.*

En el transcurso de este siglo, las relaciones interamericanas se han modificado favorablemente.

México y Estados Unidos han liquidado sus problemas fronterizos y parece que se acercan a un arreglo con respecto a sus intereses económicos.

Se han celebrado pactos definitivos de límites entre Chile y Bolivia, Perú y Colombia, Perú y Brasil, Bolivia y Brasil, Colombia y Ecuador, Colombia y Venezuela, Argentina y Chile, Paraguay y Bolivia, Guatemala y Salvador, Perú y Ecuador, etc. El diferendo entre Panamá y Costa Rica se encuentra entregado a la decisión de un árbitro. Prácticamente no quedan ya problemas limítrofes insolutos en el Hemisferio Occidental, salvo pequeños detalles de aplicación de protocolos existentes ya. Sin embargo, no obstante de que las causas formales de diferendos han sido abolidas, a la sombra de los nuevos movimientos ideológicos y como secuela de los fenómenos mundiales despertados por la Guerra Mundial, se debe dejar constancia de que han resurgido algunos militarismos agresivos, que según observadores acuciosos, pueden convertirse en fuente de futuros conflictos continentales.

785.—*Los bloques interamericanos.*

La política de bloques regionales tuvo su más neta expresión en el A.B.C. (Argentina, Brasil, Chile). Posteriormente, el presidente López, de Colombia, propugnó la re-

validación de la gran Colombia. En general, puede afirmarse que hay en América cinco unidades típicas: 1.º, Estados Unidos (hoy vinculado íntimamente con Canadá, dominio europeo); 2.º, México y los países de las Antillas (zona sumamente penetrada por Norteamérica); 3.º, los países del Pacífico o grancolombianos; 4.º, Chile y los países del Sud Atlántico, y 5.º, el Brasil.

A pesar de que la fisonomía general de tales bloques es lógica y vigorosa, sería demasiado prematuro referirse a su real existencia y, en todo caso, a su efectiva solidez. En varias oportunidades se ha comprobado que intereses momentáneos pueden más que los permanentes, y que, por encima de lo más vital para América, a ratos priman asuntos pasajeros y superficiales. Más aun, en ciertos casos, existen serias dudas acerca de la posición definitiva de algunos países. Por ejemplo, el Perú oscila entre su involuación en el bloque grancolombiano o un entendimiento con Chile y Argentina; a su turno, Chile se ve atraído por una posible confederación del Pacífico o por Argentina; y en cuanto a Panamá, también titubea entre su destino geográfico, como miembro de América Central, o el histórico, como parte de la Gran Colombia. De todos modos, es indudable que la tendencia a constituir gradual o definitivamente una vasta unidad indoamericana, latinoamericana o iberoamericana, avanza día a día, sobre todo, después de la experiencia de la presente guerra mundial.

786.—*Los procedimientos pacíficos y de cooperación.*

En las más recientes reuniones interamericanas de Panamá, La Habana, y Río de Janeiro, ya iniciada la actual guerra mundial (1939, 1940, y 1942), se han ratificado algunas decisiones indispensables para la buena marcha de las relaciones continentales y para el afianzamiento de una verdadera conciencia del Nuevo Mundo. Al margen de lo resuelto en dichas asambleas, se han producido declaraciones semificiales, a través de discursos, notas y artículos, que permiten orientar mejor el rumbo de la Unidad Continental. En primer término, se ha convenido en que cualquier conflicto que surga entre los países de América debe ser resuelto pacíficamente. En segundo lugar, que, en caso de que cualquier país del continente se vea atacado por una nación no americana, las demás repúblicas acudirán en su ayuda;

en tercer puesto, se han realizado algunos leves sondeos para asentar regímenes democráticos en todos los países, aunque sin llegarse a precisiones más avanzadas al respecto. Y, en cuarto lugar, se ha insistido, tanto en el Sur como entre algunos elementos del Norte, en eliminar la sospecha de «imperio» en esta mancomunidad de intereses americanos, lo cual es bastante difícil de perfeccionar, en tanto subsistan algunos factores reñidos con tal fin.

Ya en el caso preciso del ataque japonés a los Estados Unidos en Pearl Harbor y las Filipinas, todas las repúblicas de América con excepción de Argentina y Chile, rompieron relaciones con los países del Eje o declararon la guerra a éstas; pero tanto Argentina como Chile, si bien la primera neutral y el segundo no-beligerante, concurrieron a renovar el tratamiento de país no-beligerante a las naciones americanas en guerra con potencias extracontinentales.

En suma en medio de las dramáticas circunstancias por que atraviesa el mundo, América ha avanzado en un sentido de unidad y cooperación, para cuyo perfeccionamiento será preciso que encuentre cuanto antes; 1.º, fórmulas precisas de paz para el hemisferio; 2.º, una efectiva homogenización democrática en el conjunto de pueblos que los constituyen; y 3.º, eliminar de veras toda idea de imperio que frustraría la coordinación y asistencia mutuas entre las repúblicas americanas. Es así como nos corresponde encarar las imprevistas y terribles consecuencias de la catástrofe que hoy aflige al mundo entero, para sacar de ella una definida y fecunda conciencia continental.

*FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO*





DATE DUE


970

Sa55h

Ed.3 v.2 109232



3 3124 00352 8949

970

Sa55h

Ed.3 v.2 109232

Sánchez, L. A.

... Historia general de América.

DATE	ISSUED TO

WHEATON COLLEGE LIBRARY  
WHEATON, ILLINOIS



08-AHS-845

